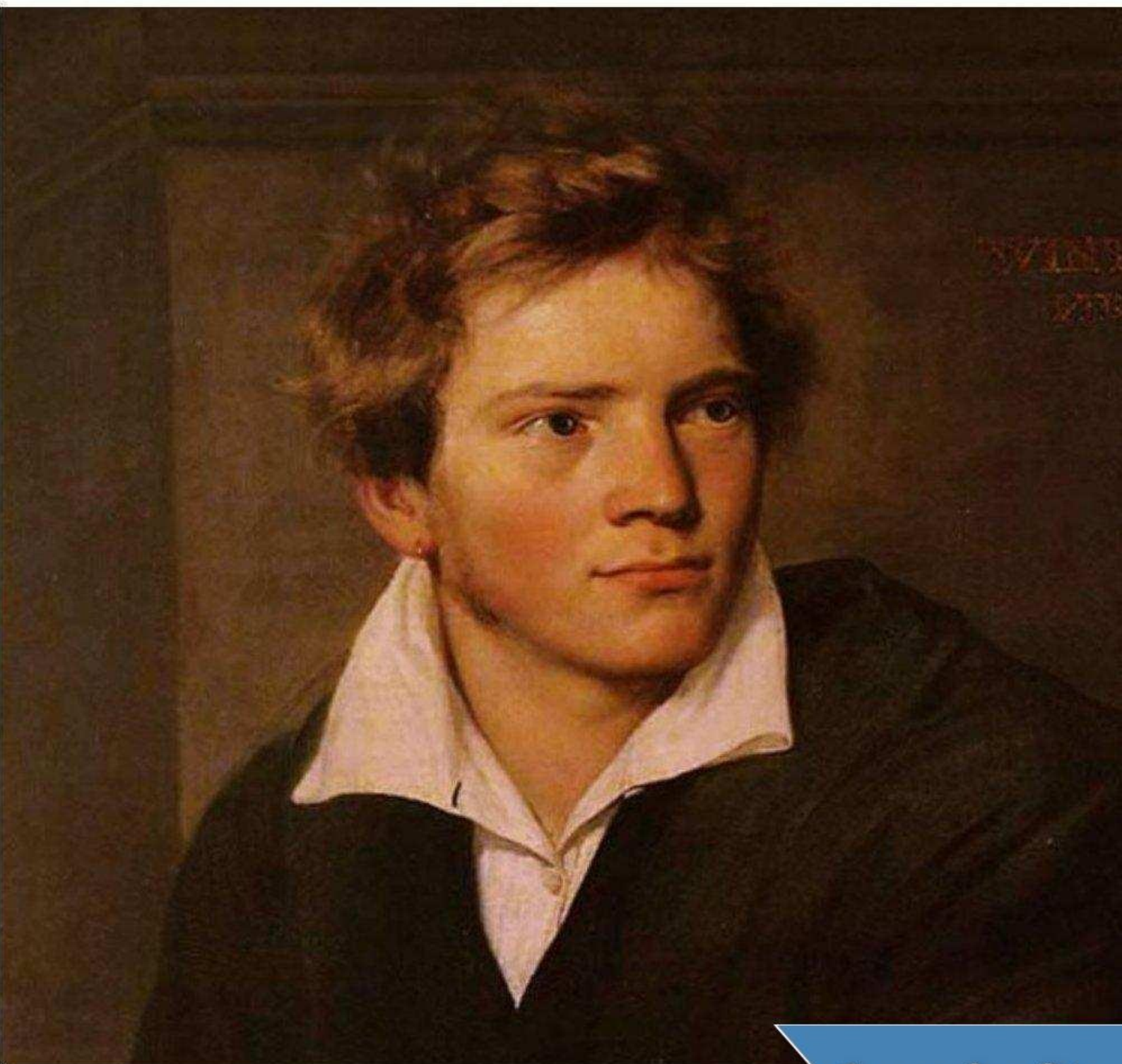


Honoré de
Balzac

Las ilusiones perdidas



Lectulandia

Obra maestra de Balzac, *Las ilusiones perdidas* cuenta la historia de un joven de provincias con ambiciones artísticas que sueña con triunfar en París. La odisea de Lucien de Rubempré desde la inocencia de su Angulema natal hasta el fango del fracaso constituye uno de los periplos narrativos más audaces, embelesadores e imponentes de la narrativa del siglo XIX. Crónica de toda una época, elegía y recuerdo de los perdidos sueños de juventud, esta novela, apoteosis y a la vez síntesis de *La Comedia Humana*, ha consolidado con el tiempo el vigor de su intimidante grandeza.

Lectulandia

Honoré de Balzac

Las ilusiones perdidas

ePUB v1.0

griffin 27.05.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Illusions perdues*
Honoré de Balzac, 1843
Traducción: Juan Ramón Mestre
Prólogo: Carlos Pujol

Editor original: Griffin (v1.0)
ePub base v2.0

Al señor Víctor Hugo

Usted, que, por el privilegio de los Rafael y de los Pitt, era ya un gran poeta a la edad en que los hombres son aún tan pequeños, como Chateaubriand, como todos los verdaderos talentos, ha luchado contra los envidiosos emboscados tras las columnas, o agazapados en los subterráneos del periódico. Con tal motivo, también deseo que su nombre victorioso ayude a la victoria de esta obra que le dedico, y que, según ciertas personas, será un acto de heroísmo a la vez que una historia llena de verdad. ¿Acaso los periodistas no hubiesen pertenecido, como los marqueses, los financieros, los médicos y los procuradores a Molière y a su teatro? ¿Por qué pues la Comedia Humana, que *castigat ridendo mores* exceptuaría una potencia, cuando la Prensa parisiense no exceptúa ninguna?

Me considero dichoso de poder declararme de este modo, su sincero admirador y amigo.

de Balzac.

Prólogo

Ilusiones perdidas (*Illusions perdues*) fue primitivamente una idea destinada a un relato de pocas páginas, pero el proyecto va a crecer hasta convertirse en una de las obras más extensas de Balzac. La primera parte, *Los dos poetas*, se publicó en 1837, la segunda, *Un gran hombre de provincias en París*, dos años después, y la tercera, *Los sufrimientos del inventor*, apareció en forma de folletín en 1843. Pero no acaban ahí las aventuras del protagonista, y el desenlace del libro es de los de «continuará en el próximo número», dejándonos en el umbral de una nueva novela, *Esplendores y miserias de las cortesanas*, donde concluye esta historia de ambiciones y desengaños.

El desarrollo novelesco de la aspiración a ser alguien y hacer algo parece tocar puntos muy sensibles de la personalidad balzaquiana, y en lo que podía ser un cuadro de costumbres con amarga moraleja, advertimos impulsos contradictorios que casi hacen de los matices reservas mentales. Lo que se dice se anula a veces por la manera como se callan otras cosas, y la voz del escritor más sus silencios significativos produce una sensación de involuntaria ambigüedad. Orden y Aventura, Virtud y Vicio se encarnan en lugares y personas con una rigidez desmentida sin cesar por muchas situaciones que se expresan equívocamente.

Los lugares son Angulema y París, la provincia y la capital, que al principio se excluyen entre sí como la oscuridad y la luz para acabar hermanándose en el crepúsculo de las ilusiones. En Angulema transcurren la primera y la tercera parte, en París la segunda, y tras ese itinerario de ida y vuelta —de la ilusión al fracaso—, la historia parece recomenzar cuando llega a su fin, y hay un nuevo retorno que significa el desquite, la venganza, y quizá no sólo del personaje, sino también del autor respecto a su propio libro: Angulema es una ciudad prisionera de su pasado en la que durante la Restauración la vida parece aletargada. Un cuarto de siglo antes el Terror revolucionario trastornó las existencias más vegetativas de ese rincón de mundo, e hizo posible que el señor Séchard empezara a enriquecerse, que se diera el desigual matrimonio de los padres de Lucien y que Anaïs adquiriese unos conocimientos insólitos en una señorita provinciana. Ahora el intento de restablecer el Antiguo Régimen acentúa la tensión entre los dos núcleos de la ciudad —la zona señorial y antigua, y el barrio del Houmeau, rico e industrial—, marcando una línea divisoria que también separará a los dos jóvenes.

Los llamados dos poetas personifican estos dilemas convertidos en alegorías. David es el hombre del arraigo, una fuerza centrípeta que tiende a reunir en torno a él el máximo de humanidad (levanta un piso en su vivienda para que se instalen allí su esposa, su suegra y su cuñado), y Lucien es el hombre de la dispersión, la vocación de la huida. El primero está en una situación peor que la del desamparo, porque es víctima de un padre abusivo, y se acoraza con una familia artificial; el segundo,

aunque huérfano de padre, sólo tiene a su alrededor a personas que le miman (madre, hermana, amigo, protectora) y necesita ir en busca de una arriesgada libertad. Los dos quieren lo que no tienen, y reaccionan según sus carencias.

David Séchard es provinciano por su aspecto, por su talante, por sus orígenes y aficiones; Balzac le llama emblemáticamente «el Buey», sin que ello deba interpretarse como un mote desdeñoso, como se advierte por el hecho de que le atribuya sus propios rasgos físicos. Es fuerte, tenaz, modesto, laborioso, fiel, desinteresado, un cúmulo de virtudes que se asocian con la constancia y la solidez. Todo un hombre, diríase, sobre todo comparándole con su amigo Lucien, en cuyas características feminoideas se insiste tanto.

Lucien será un aguilucho empeñado en volar a gran altura, que sólo piensa en los grandes horizontes de París; tiene sueños desmesurados de gloria, y es nervioso, inestable, inconstante, vanidoso, egoísta. Si su amigo es robusto, chato, de aspecto plebeyo, Lucien es guapo, esbelto, elegante. Uno es impresor, es decir, reproduce mecánicamente lo que escriben los demás, el otro es el creador por antonomasia, el poeta, constituyendo así las dos vertientes de oficio y arte de la misma actividad. David es práctico y realista, lo suyo son las ciencias y las técnicas, Lucien un soñador candidato a la poesía sublime.

Pero aun siendo tan diferentes, los dos tienen en común, desde el punto de vista social y de los estímulos ambientales, el ser como hijos de la nada, hijos de una tierra poco agradecida, como denuncian sus nombres. Esos nombres que en Balzac son muchas veces significativos (como nos comenta el propio autor, Séchard es un nombre apropiado para un borrachín, que parece tener una red inextinguible), aquí dicen sequedad: Séchard tiene la raíz de seco, y Chardon significa cardo, la planta espinosa de las tierras áridas.

David se conforma con su apellido, lo hace suyo y, más aún, lo multiplica, lo extiende por su matrimonio a su mujer y luego a sus hijos. Lucien se despoja de su apellido y adopta el materno, Rubempré, que dice prado, verdor, más «ruban», cinta, adorno. Apellido fresco, sonoro y ornamental (que no es invención, ya que Balzac sabía de la bella y voluble Alberthe de Rubempré, prima y amante de Delacroix, la stendhaliana «Madame Azur»), al que precede la mágica partícula, la preposición que denota alto linaje.

La metamorfosis en cierto sentido es legítima, ya que siendo el de su madre este nombre también es suyo, pero estaba como postergado por la primacía del otro. Lucien reniega de lo inmediato y manifiesto que se juzga consustancial; no será hijo de un boticario, no se llamará Chardon, no habitará la triste Angulema, componiéndose así una nueva personalidad a su gusto. Pero ¿se va de Angulema como un conquistador o como un fugitivo? ¿Deja de ser quien era para aspirar a empresas más altas o para huir de sí mismo? En esta postura ambivalente está el

secreto de Los dos poetas. Balzac no le condena, al contrario, le justifica, él también ha sido y es Lucien, pero mientras, le prepara derrota tras derrota.

Entretanto, presta su físico a David, a quien encadena al apellido plebeyo, al trabajo ingrato y a las penalidades de una vida oscura. También a la dicha junto a la Mujer, su amada Ève, otro nombre que Balzac subraya intencionadamente. Es la opción fecunda y necesaria, honrosísima, la heroicidad de lo gris y de lo cotidiano, pero su corazón está con el rebelde. Entre los dos ejemplos, vemos a Balzac como desgarrado, evadiéndose a otra dimensión, la del narrador que lo abarca todo y que lo comprende todo para podérselo contar (y para no tener que elegir).

A imagen de ambos amigos, Angulema queda también dividida en dos zonas que se distinguen entre sí por su arraigo y la fijeza onomástica. La mayoría está apegada a los nombres heredados y a su identidad local (en el padre de David hay incluso una regresión campesina, una vuelta a los orígenes, ya que abandona la pequeña ciudad por el campo); los inquietos, descontentos y ambiciosos, que son el puente entre Angulema y París, presentan alteraciones en sus nombres: Sixte du Châtelet se apropia indebidamente la partícula, y Madame de Bargeton, la más desarraigada, se llama también Anaïs y Naïs para los íntimos, pide a Lucien que la llame Louise, concediéndole la exclusividad del nombre, y firma sus cartas con su apellido de soltera, De Nègrepelisse (más adelante recibirá un apodo burlesco, y al final cambia otra vez de nombre al convertirse en condesa).

Los dos protagonistas representan su papel con un punto de almidonamiento, muy pendientes de su arquetipo, y el mismo reproche podría hacerse a la hermana de Lucien: tiene el candor, la abnegación, la dulzura y la modesta belleza que caracterizan a todo el repertorio de ángeles de Balzac. A veces los comparsas nos parecen más personajes por no deber su existencia a ninguna idea preconcebida, y muchos de ellos están observados de un modo estupendo; el novelista se divierte horrores pintando a los esperpentos del salón provinciano de Madame de Bargeton, y su propio marido, todo él bondadosa oquedad, inimaginablemente obtuso, es una rara silueta que hace nuestras delicias.

Un gran hombre de provincias en París (entiéndase que el título es irónico) es la más larga de las tres partes de la novela, pero es la que da más impresión de rapidez, porque sus cambios son incesantes. El tema del trabajo útil y oscuro tiene un ritmo lento y sosegado, el tiempo de la ambición y los placeres transcurre veloz. En pocas horas hay inmensas transformaciones: por la tarde Lucien es un desconocido objeto del desdén general, y aquella misma noche ya es un ídolo de la prensa, tiene una amante y es agasajado por las celebridades parisienses. En la primera redacción las cosas lén iban más aprisa, pero luego Balzac hizo retoques («una semana» se convirtió en «dos meses», «quince días» en «varios meses», etc.), como asustado por la celeridad que había llegado a imprimir a la historia.

En medio de ese tumulto el protagonista es frágil e indeciso, y se le define una y otra vez como un ser débil, sugestionable, que está entre el niño y la mujer. Es un adonis de «belleza sobrehumana», muy seductor, aunque la expresión más justa sería la de muy seducido: cuando se va de Angulema con su amada, más que raptarla es raptado por ella, y en el teatro es la actriz la que se trastorna ante su guapura, y hay que suplicar al joven que acceda a corresponder a una pasión tan fulminante. En toda la obra el papel de Lucien será no afeminado, pero sí femenino, casi andrógino.

Y muy infantil, como también se nos repite sin cesar, inspirando sentimientos de protección en sus amigos, a quienes trata como a hermanos mayores, y enamorándose de mujeres de más edad, que podrían ser su madre; mujeres que le guían, le aconsejan, le miman, casi le acunan, y que por fin le traicionan, porque el despecho, los celos y la perfidia parecen formar parte ineludible de la actitud de esas damas — madres, hadas madrinas, amantes o musas—, que no siempre saben a qué carta quedarse. Pero es que hasta en la joven Coralie despierta un «amor maternal», y cuando está borracho en sus brazos sólo dice en sus balbuceos: «Gracias, mamá».

En un rapidísimo proceso de pocos días hay un derrumbe de ilusiones. A la luz de París su amada no es lo que parecía antes, y tampoco Lucien es el mismo a los ojos de ella, ambos se decepcionan recíprocamente. Nuevo desengaño, pues, ni en Angulema ni en la capital las cosas son como él imaginaba; cree todavía en el valor de lo que lleva dentro, talento, amor, inspiración, pero los valores más externos y superficiales son los que imponen la ley, y es vencido por la moda, el lujo y la opinión pública.

Abandonado a sus propios recursos, se retira a una pensión barata del Barrio Latino, preparándose para triunfar sólo por su esfuerzo. Esta experiencia que Balzac hizo en su primera juventud, y en la que fracasó, la va reiterando con sus personajes, hasta conducirles también a la derrota y al desaliento. En literatura, porque Lucien se consagra a un libro de sonetos y a una novela histórica, el éxito tiene nombres absurdos, como Delavigne y el vizconde de Arlincourt, que ya eran best-sellers tan absurdos como trasnochados cuando Balzac escribía, y comprueba que la edición es un comercio para el cual un libro es una mercancía nada más.

Para confortarle en tan difícil momento intervienen los ángeles buenos de la intelectualidad, «espíritus angélicos» e «inteligencias casi divinas», los miembros del sublime Cenáculo, entregados a «dulces coloquios» sobre elevadísimas cuestiones. Su consigna es «sufrir valerosamente y confiar en el trabajo», lo cual por el momento les relega a míseras buhardillas, mientras se preparan un porvenir de gloria. Estas futuras eminencias de corazón recto y generoso —el escritor D'Arthez, el médico Bianchon, el político Chrestien, etcétera— son un gran esfuerzo balzaquiano por dar una pauta de ejemplaridad en medio de las negruras de su narración.

Pero este equipo intelectual, mitad arcangélico mitad sansimoniano (que debe

muchos de sus elementos a la confusa admiración del escritor por el sansimonismo y sus utopías), nos parece irreal, y, para hablar con franqueza, un poco cargante. Una vez los ha puesto en el pedestal, Balzac no sabe qué hacer con ellos, le empalagan y le estorban, trata de convencerse a sí mismo de que son el summum del mérito y de la virtud, y por fin los va desperdigando por distintas novelas y matándoles con todos los honores a la primera ocasión que se presenta.

Lo que no logra con los buenos, sí lo consigue cuando se ocupa de los malos, describiendo con gran fuerza de convicción, no los modelos que hay que seguir y que casi nadie sigue, sino los peligros que hay que evitar y en los que casi todo el mundo cae. Balzac nos pinta la corrupción del talento en las diferentes zonas en que éste es explotado por el interés y la vanidad: el periodismo —un periódico es «un almacén de veneno», y los periodistas «mercaderes de frases», «aves de presa», «leones», «panteras», «tigres con dos manos»—, el mundillo teatral, el negocio de la edición y la política.

Aquí mandan «las realidades del oficio», «las fangosas necesidades», dice Balzac, que hacen de la vida literaria una serie ininterrumpida de bajezas, claudicaciones y chanchullos. «Lupanares del pensamiento», «un infierno de iniquidades, de mentiras, de traiciones», pero también un camino rápido y brillante para triunfar, la tentación suprema; y «el viento del desorden y el aire de la voluptuosidad» lo arrastran todo, y como no podía ser menos también al débil Lucien.

La pintura, aunque atroz, es mucho más interesante que la que nos ha hecho de D'Arthez y sus amigos. Conocemos las Galerías de Madera del Palais-Royal, pintoresco bazar que se describe en páginas herederas de la tradición costumbrista; la tienda del librero-editor Dauriat, donde se hace y se deshace la literatura, y se fabrica la gloria; la vida entre bastidores, los tejemanejes de empresarios, autores, críticos, actrices dobladas de cortesanas, más un hormiguo de revendedores, prestamistas, jefes de claqué, etc., con multitud de anécdotas, a menudo terribles.

Sin embargo, las figuras más impresionantes corresponden a periodistas y escritores, que viven una alocada bohemia, a un tiempo opulenta y miserable. Su signo es la inestabilidad, la existencia provisional en la que todo es muy efímero y tiene que rehacerse día a día; el periódico, que sólo existe durante unas horas, y el trabajo de la actriz, rehecho una y otra vez a cada función, son las máximas expresiones de un vivir cambiante y engañoso. El teatro se hermana así con la prensa, la política y la literatura, como aspectos diferentes de la misma ficción interesada.

Balzac juzga muy severamente esta sociedad de la Restauración, pensando en la de la Monarquía de Julio, en la que él está escribiendo, desde la óptica de un legitimista converso. Pero qué duda cabe de que todo ese muestrario de banalidades y sordideces, sin dejar de horrorizarle también le fascina, y de ahí la intensidad de esas páginas y su fuerza de sugestión. Ese gran espectáculo de compraventa, teatro de

todas las vanidades y todos los intereses, es tan odioso como consustancial a su modo de ser.

Tras numerosas peripecias, Lucien y Lousteau, el que había sido su introductor en las esferas de la corrupción, vuelven a encontrarse en el fonducho de la plaza de la Sorbona, en la más absoluta miseria. El círculo acaba de cerrarse, es la tercera caída de Lucien, y no será la última. Como en el teatro, al término de la representación que ofrece un simulacro de felicidad y de alegría, al apagar las luces sólo quedan «el frío, el horror, la oscuridad, el vacío». El melodramático final parece estar pidiendo música de ópera, y al enterrar a Coralie, Lucien, como el Rastignac de *Papá Goriot*, también reflexiona desde las alturas del cementerio del Père Lachaise. Pero él no es un «gran hombre» que sabe imponerse a la adversidad, sino un vencido.

Los sufrimientos del inventor nos devuelven a Angulema y a «la familia trabajadora y resignada» de los Séchard, que será víctima de una conjura en la que una vez más los débiles van a ser atropellados. Los sucesos de París habían sido una guerra por la vanidad, estos combates provincianos serán pura codicia; el drama de antes tenía algo desazonantemente inmaterial, todo estribaba en tener o no ingenio, en escribir de un modo u otro, en la fama, la distinción, las ideas, los títulos nobiliarios. París, capital de la vanagloria y del humo, reino de las apariencias. En provincias impera lo sólido y palpable, viñedos, imprentas y pasta de papel, y la historia desemboca en una tragedia comercial.

Balzac tenía una asombrosa capacidad para fundir en las mismas páginas arrebatos espirituales y detalles prosaicos; aquí tenemos al inventor mártir de su visión genial, con un afán casi prometeico; pero de la que se nos habla es de la industria papelera, de un secreto de fabricación, de la competencia, de las patentes, y el texto se recrea en largos tecnicismos que no desdeñan ningún pormenor práctico. La poesía puede consistir en armoniosos sonetos o en la manera de fabricar papel a bajo coste, en cualquier caso no salimos de la explotación del talento por los que se aprovechan astutamente de los poetas.

Como es bien sabido, Balzac cree mucho más en la fuerza del mal que en la del bien, y sus buenos vuelven a ser sosos, mientras que los malos rebosan personalidad. La reaparición de papá Séchard, el impresor analfabeto, avaro y borrachín, nos lo confirma como una excelente variante del personaje de Grandet, y desde luego nos interesa mucho más que su hijo; en cuanto a los hermanos Cointet, el traidor Cérizet y Petit-Claud, el falso amigo, que son una colección de canallas, tienen tanto relieve, sus ruines estratagemas están tan bien ideadas —diríase que se cuentan casi con morosa satisfacción—, que sospechamos que el escritor es sin proponérselo cómplice de la conjura. La moral tiene que quedar a salvo, pero las inconfesables simpatías de Balzac son para los fuertes.

En la obra los siniestros personajillos de Angulema se rebajan humanamente

hasta hacer imposible la admiración de los lectores, pero frente a su energía y a su habilidad los Séchard resultan tan incoloros que esta guerra de buenos contra malos contiene no pocas dudas y perplejidades. Hay un momento en la narración, cuando su significado ya es irreversible, en el que Balzac parece caer en la cuenta de que la novela se le ha pervertido; la suerte está echada, David ya no tiene remedio, y Lucien, por culpa de su orgullo y de fatuidad, ha fracasado nuevamente. Que era lo que se trataba de mostrar. Y no obstante hay en el fondo de esta historia algo que le duele, que no da por resuelto y que le tiene en vilo.

Entonces, en las escenas finales hace aparecer a Carlos Herrera, corroborando en la impresión anterior, porque es un malo fuerte y atractivo, de mucha mayor talla que los conjurados de Angulema, pero que prepara un desquite. En apariencia el de Lucien, a quien se ofrece la oportunidad de reconquistar París, en el fondo el del propio escritor, que no se conforma con que su creación se haya rebelado pirandellianamente contra él. Este breve episodio, cuando ya el libro se aproxima a su desenlace, es una de las intuiciones más hondas de la *Comedia Humana*, y tiene el aire de gesto brusco e improvisado con el que Balzac se sorprende a sí mismo.

El encuentro de Lucien con el canónigo español es una ocurrencia genial que Proust imitará, magnificando la situación de un modo prodigioso, en el encuentro de Charlus con el Narrador. Se cumple la profecía de D'Arthez, según la cual su amigo era capaz de «firmar un pacto con el demonio si este pacto le ofreciese durante unos años una vida brillante y lujosa». Don Carlos Herrera, supuesto jesuita, le alecciona del modo más cínico, y le brinda el poder y los placeres a cambio de que le obedezca «como una mujer a su marido, como un niño a su madre». Lucien, tantas veces comparado ya a una mujer y a un niño, abraza gozosamente al hombre fuerte de su vida, al que por su condición eclesiástica tiene que llamar «padre». El padre Herrera, el padre de Hierro.

El temible jesuita, cuya verdadera identidad no se da a conocer hasta el libro siguiente, se apresura a contarle una anécdota histórica en la que un personaje de modesta extracción llega a las cumbres del poder gracias a su extraña manía de comer papel. Lo del papirófago colma la medida, porque lo cierto es que en esta novela el papel abunda obsesivamente: la imprenta, el periodismo, la literatura, los efectos firmados por Lucien, la fabricación de pasta de papel, la falsa carta que pierde a David, el papel sellado que protagoniza casi a lo Kafka toda la tercera parte.

El papel y sus usos de comunicación sólo han traído males, y ahora el modelo que se propone a Lucien es un inesperado empleo del papel escrito: engullirlo, hacerlo desaparecer. David y Lucien han sido hasta ahora hombres de papel, es decir, frágiles, y David y los suyos, siempre más cerca de aceptar la realidad, abandonan la ambición y renuncian al mundo, pero de un modo que Balzac ilumina cruelmente, haciendo rechinar lo que hubiese podido ser una prueba de sensatez y de sentido común:

quedan estafados y contentos, y además llenos de gratitud para con sus expoliadores. Hay un tipo de realismo que tal vez ayude a la felicidad, pero que está cerca de la tontería, eso es lo que creemos entender. Lucien, el eterno vencido, pero también el eterno ambicioso, se lanza de nuevo a la conquista de París, pero ya no para triunfar allí en la literatura, sino, renunciando al papel, tragándose su sueños de gloria, para servir al diabólico afán de dominio de su mentor; como éste tendrá que ser férreo, no de papel. Pacto doblemente fáustico; Lucien vende su alma por un tiempo de goces, y Mefistófeles revive en el poeta su juventud, con un impulso de paternidad vagamente enturbiado por la atracción que siente por el apuesto joven. La más larga e intrincada de las novelas de Balzac termina revolviéndose contra sí misma, negándose a aceptar el curso natural de la ficción. David queda abandonado a su dorada y ciega mediocridad, y la historia de Lucien renace de sus cenizas cuando lógicamente había llegado también a su fin. La cuidada simetría de ambos personajes se rompe cuando Balzac se niega a seguir su propio juego, infringiendo las normas que él mismo se había dado. De David se desinteresa, pero a Lucien ha de darle otra oportunidad, que es también la del escritor.

Después de tantas páginas —en realidad no hemos leído una novela, sino una larga trilogía—, después de tanto papel, se declara insatisfecho, y no da por concluido el asunto. Necesita prolongar la experiencia imaginaria del ambicioso, que ahora se dará en un registro nuevo, en condiciones muy diferentes. Pese a lo cual, como verá el lector de *Esplendores y miserias de las cortesanas*, Balzac será fiel a su visión de las cosas, es decir, a irresolubles contradicciones que llevan su literatura mucho más lejos que los propósitos que tenía.

Carlos Pujol

Los dos poetas

En la época en que esta historia comienza, la prensa de Stanhope y sus rodillos distribuidores de tinta no funcionaban aún en las pequeñas imprentas de provincias. A pesar de la especialidad que le pone en contacto con la tipografía parisiense, Angulema utilizaba siempre prensas de madera, de las que se ha conservado la expresión «hacer gemir las prensas» que hoy en día ya no tiene razón de ser. La antigua imprenta utilizaba aún los tampones de cuero, recubiertos de tinta, con los que uno de los prensistas frotaba los moldes. La plataforma móvil en donde se coloca la forma, sobre la que se aplica la hoja de papel, era aún de piedra y justificaba su nombre de mármol. Las devoradoras prensas mecánicas han hecho hoy olvidar tan bien este mecanismo, al que debemos, a pesar de su imperfección, los bellos libros de Elzevir, Plantin, Aldo y Didot, que es necesario mencionar el viejo utillaje por el que Jérôme-Nicolas Séchard sentía un afecto supersticioso, ya que desempeña un papel en esta gran pequeña historia.

Este Séchard era un antiguo prensista, a quienes en su jerga los tipógrafos llamaban osos. El movimiento de vaivén, que se parece bastante al de un oso en la jaula, mediante el cual los prensistas van del tintero a la prensa y de la prensa al tintero, les ha valido, sin duda alguna, este apodo. Pero, es a causa del continuo ejercicio que estos señores hacen para coger las letras en los ciento cincuenta y dos cajetines que las contienen.

En la desastrosa época de 1793, Séchard, que contaba unos cincuenta años, se encontró casado. Su edad y su matrimonio le habían librado de la gran movilización que llevó a todos los obreros al ejército. El antiguo impresor se quedó solo en la imprenta, cuyo propietario acababa de morir, dejando una viuda sin hijos. El establecimiento parecía estar abocado, por lo tanto, a una inmediata desaparición. El solitario oso parecía incapaz de convertirse en mono, ya que en su calidad de impresor nunca había sabido leer ni escribir. Sin tener en cuenta esta incapacidad, un representante del pueblo, que deseaba dar a conocer en seguida los decretos de la Convención, concedió al operario el privilegio de maestro impresor, encargándole oficialmente de este trabajo. Después de aceptar tan peligroso título, el ciudadano Séchard indemnizó a la viuda entregándole las economías de su mujer, con las que pagó el material que había en la imprenta. Sin embargo, esto no era todo. Había que imprimir sin la menor dilación los decretos republicanos. En situación tan apurada, Séchard tuvo la suerte de encontrar a un noble marsellés que no deseaba emigrar a ninguna parte para no perder sus tierras, ni tampoco ponerse en evidencia para no perder la cabeza, por lo que no podía comer si no era trabajando. Así fue como el señor conde de Maucombe vistió la humilde blusa de regente en una imprenta de provincias, compuso y corrigió por sí mismo los decretos que condenaban a muerte a

los ciudadanos que ocultaban a los nobles, y el oso, convertido ya en propietario, los hizo fijar en las esquinas quedando así ambos a salvo.

En 1795, después de haber pasado la peor época del terror, Nicolas Séchard se vio obligado a buscar otro colaborador. Entonces fue un cura, que había sido obispo durante la Restauración y que se negaba a prestar juramento, quien remplazó al conde de Maucombe hasta el día en que el Primer Cónsul restableció la religión católica.

Si bien Jérôme-Nicolas Séchard no sabía en 1802 leer ni escribir mejor que en 1793, a cambio se había procurado abundantes medios para poder pagar un buen colaborador. El operario que antes se preocupaba tan poco de su porvenir, ahora se hacía temer de sus osos y monos. Y es que la avaricia comienza donde la pobreza cesa. El día que el impresor entrevió la posibilidad de hacer fortuna, el interés desarrolló en él una inteligencia material de su estado, pero ávida, suspicaz y penetrante. Su práctica despreciaba a la teoría. Había terminado por calcular en una sola ojeada el precio de una página y de una hoja, según el cuerpo de cada carácter. Probaba a sus ignorantes parroquianos que las letras grandes costaban más de manejar que las finas; si eran pequeñas, decía que eran más difíciles de manipular. Siendo la composición la parte tipográfica de la que nada entendía, tenía tanto miedo a equivocarse que sólo hacía contratos leoninos. Si sus cajistas trabajaban por horas, los vigilaba constantemente. Si se enteraba de que algún fabricante se encontraba en apuros, compraba su papel a un precio irrisorio y lo almacenaba. Desde aquellos tiempos, también, poseía la casa donde la imprenta estaba instalada desde tiempo inmemorial. Tuvo toda suerte de dichas: quedó viudo y no tuvo más que un solo hijo; lo colocó en el liceo de la ciudad, más que por darle una educación, por prepararse un sucesor; le trataba severamente a fin de prolongar la duración de su poder paternal; en consecuencia, los días de vacaciones le hacía trabajar en las cajas para que, según le decía, aprendiera a ganarse la vida a fin de que un día pudiera recompensar a su pobre padre que se mataba por instruirle. A la marcha del sacerdote, Séchard escogió como regente a aquel de sus cuatro cajistas que el futuro obispo le señaló como el más honrado e inteligente. De este modo el hombre se encontró en situación de esperar el momento en que su hijo pudiera dirigir el establecimiento, que entonces se ampliaría bajo jóvenes y hábiles manos.

David Séchard hizo unos brillantes estudios en el liceo de Angulema. A pesar de que como oso, advenedizo y sin conocimientos ni educación, despreciaba la ciencia considerablemente, el tío Séchard envió a su hijo a París para que estudiara alta tipografía, pero le hizo una recomendación tan enérgica de amasar una buena suma en una región a la que llamaba el paraíso de los obreros, diciéndole que no contara con la bolsa paterna, que veía, sin duda, un medio de llegar a sus fines en esa estancia en el país de la Sabiduría. Mientras aprendía su oficio, David terminó su educación en París. El regente de los Didot se hizo un sabio. Hacia fines del año 1819, David

Séchard abandonó París sin haber costado un céntimo a su padre, quien le llamó para colocar entre sus manos el timón de sus negocios. La imprenta de Nicolas Séchard poseía por aquel entonces el único diario de anuncios judiciales que existía en el departamento, y trabajaba para la Prefectura y el Obispado, tres clientelas que deberían proporcionar una gran fortuna a un joven activo.

Precisamente por esta época, los hermanos Cointet, fabricantes de papel, compraron el segundo título de impresor con residencia en Angulema, y que hasta entonces el viejo Séchard había sabido reducir a la más completa inactividad, gracias a las crisis militares que, bajo el Imperio, redujeron cualquier movimiento industrial; por tal razón, no la había adquirido y su tacañería fue una causa de ruina para la vieja imprenta. Al enterarse de esta noticia, el viejo Séchard pensó alegremente que la lucha que se establecería entre su establecimiento y los Cointet sería sostenido por su hijo y no por él.

«Yo hubiese sucumbido —se dijo—, pero un joven educado y formado en la casa Didot saldrá adelante».

El septuagenario suspiraba por el momento en que pudiera vivir a sus anchas. Si en la alta tipografía tenía pocos conocimientos, en cambio pasaba por ser extremadamente ducho en un arte que los obreros han dado en llamar humorísticamente la borrachografía, arte muy estimado por el autor de Pantagruel, pero cuyo culto, perseguido por las sociedades llamadas de templanza, está cada día más abandonado.

Jérôme-Nicolas Séchard, fiel al destino que su nombre le había trazado, estaba dotado de una sed inextinguible. Durante muchos años su mujer había contenido dentro de sus justos límites esta pasión por la uva prensada, gusto tan natural a los osos, que el señor de Chateaubriand lo observó en los verdaderos osos de América; pero los filósofos han observado acertadamente que las costumbres de la edad temprana vuelven de nuevo en la vejez con más fuerza aún. Séchard confirmaba esta ley moral: cuanto más envejecía, más le gustaba la bebida. Su pasión dejaba sobre su fisonomía de oso unas huellas que le hacían original: su nariz había adquirido el desarrollo y la forma de una A mayúscula de considerable tamaño, sus dos mejillas venosas se parecían a esas hojas de viña llenas de protuberancias violáceas, purpurinas y a veces empenachadas; se hubiera dicho que era una monstruosa trufa envuelta en los pámpanos otoñales. Escondidos bajo dos espesas cejas, semejantes a dos arbustos cargados de nieve, sus ojillos grises, en los que chispeaba la astucia de una avaricia que lo mataba todo en él, incluso la paternidad, conservaban su inteligencia incluso dentro de la borrachera. Su cabeza calva y desmochada, pero orlada por cabellos grises que aún se rizaban, recordaba a los franciscanos de los *Cuentos de La Fontaine*.

Era bajito y ventruado, como muchos de esos viejos quinqués que consumen más

aceite que mecha, ya que los excesos en cualquier cosa empujan el cuerpo al camino que le es más cómodo. La embriaguez, como el estudio, engorda aún más al hombre gordo y adelgaza al hombre ya de por sí delgado. Jérôme-Nicolas Séchard llevaba desde hacía treinta años el famoso tricornio municipal, que en algunas provincias aún se encuentra sobre la cabeza del pregonero de la villa. Su chaleco y su pantalón eran de una pana verdosa. También tenía una vieja levita marrón oscuro, medias de algodón de varios colores y zapatos con hebilla de plata. Esta vestimenta, en la que una vez más el obrero reaparecía en el burgués, convenía tan bien a sus vicios y a sus costumbres y expresaba su forma de vida de modo tan perfecto, que aquel hombre daba la impresión de haber nacido completamente vestido; os hubiera parecido tan raro sin sus ropajes como una cebolla sin su piel.

Si el viejo impresor no hubiese dado ya desde hacía tanto tiempo una medida de su ciega avidez, su abdicación hubiese sido suficiente para describir su carácter. A pesar de los conocimientos que su hijo debería traer de la gran escuela de los Didot, se propuso realizar a sus expensas el buen negocio que desde hacía tanto tiempo rumiaba. Si el padre hacía uno bueno, el hijo debía de hacerlo malo. Mas para el hombre en los negocios no había padres ni hijos. Si en un principio había visto en David a su hijo único, más tarde lo consideró como un comprador cuyos intereses eran opuestos a los suyos: quería vender caro. David tenía que comprar barato; su hijo, por tanto, se convertía en un enemigo al que había que vencer.

Esta transformación del sentimiento en interés personal, ordinariamente lenta, tortuosa e hipócrita entre las personas bien educadas, fue rápida y directa en el viejo oso, que demostró hasta qué punto dominaba la astuta borrachografía a la tipografía instruida. Cuando llegó su hijo, el buen hombre le testimonió la ternura comercial que las gentes hábiles sienten por los cándidos: se preocupó por él como un amante se hubiese ocupado de su querida; le dio el brazo, le dijo dónde era necesario poner los pies para no tropezar; había hecho arreglar su cama, encender el fuego y preparar una cena. A la mañana siguiente, después de haber intentado emborrachar a su hijo en el curso de una succulenta cena, Jérôme-Nicolas Séchard, bastante avinado, le dijo un «¿Hablamos de negocios?» que pasó tan dificultosamente entre dos hipos, que David le rogó dejar los negocios para la mañana siguiente. El viejo oso sabía sacar demasiado buen partido de su embriaguez para abandonar una batalla preparada desde hacía tanto tiempo. Además, después de haber llevado la cruz durante cincuenta años, se dijo, no quería conservarla ni una hora más. Mañana su hijo sería el Ingenuo.

Aquí tal vez sea necesario decir algo sobre el establecimiento. La imprenta, situada en el lugar en donde la calle de Beaulieu desemboca a la plaza du Murier, se había establecido en esta casa de finales del reinado de Luis XIV. Por tal motivo, y desde hacía mucho tiempo, el lugar había sido ya adecuado a la explotación de esta

industria. La planta baja formaba una inmensa sala que recibía luz de la calle a través de una vieja cristalera, y por una claraboya, de un patio interior. Al despacho del dueño se podía llegar por una senda. Pero en provincias, los procedimientos de la tipografía son siempre objeto de una curiosidad tan viva que los parroquianos prefieren entrar por una puerta vidriera, practicada en la fachada que daba a la calle, aunque era preciso bajar unos escalones, ya que el suelo del taller se encontraba por debajo del nivel de la calle. Los curiosos, embobados, nunca se preocupaban de las dificultades de pasar a través de los estorbos del taller. Si contemplaban los racimos de hojas colgadas de cuerdas que pendían del techo, se pegaban contra las cajas o se despeinaban con las palancas de las prensas. Si seguían los ágiles movimientos de un cajista, escogiendo sus letras de los ciento cincuenta y dos cajetines de su caja, mientras leía su manuscrito, releía la línea en su componedor y colocaba en él una interlínea, se tropezaban con una resma de papel mojado o se golpeaban la cadera contra el ángulo de un banco; todo ello ante el gran regocijo de los osos y de los monos. Nunca nadie había podido llegar sin accidente hasta dos grandes cajas situadas al fondo de esta caverna, que formaban una especie de pabellones en el patio, en uno de los cuales sentaba cátedra el regente y en el otro el maestro impresor.

En el patio, las paredes estaban decoradas agradablemente con emparrados que, vista la reputación del dueño, tenían un apetitoso color local. Al fondo, y adosado al negro muro medianero, se alzaba un cobertizo en ruinas donde se secaba y se arreglaba el papel. Allí se encontraba el lavadero, donde antes y después de cada impresión se lavaban las formas, o, por emplear un lenguaje más sencillo, los moldes de los tipos; de allí se escapaba una decocción de tinta, mezclada a las aguas negras provenientes de la casa que hacía creer a los aldeanos que llegaban el día de mercado que el diablo se había adueñado de aquella casa. Este cobertizo estaba flanqueado por un lado por la cocina y por el otro por una leñera. El primer piso de esta casa, sobre el cual no había más que dos habitaciones abuhardilladas, se componía de tres cuartos. El primero, tan largo como la senda, menos la caja de la vieja escalera de madera, iluminado por la calle mediante una claraboya oblonga, y al patio por un ojo de buey, servía a la vez de antecámara y comedor. Pura y simplemente blanqueado, se hacía señalar por la cínica simplicidad de la avaricia comercial: el sucio cristal nunca había sido lavado; el mobiliario se componía de tres sillas cojas, una mesa redonda y un aparador situado entre dos puertas que daban entrada a un dormitorio y a un salón; las ventanas y la puerta estaban ennegrecidas por la mugre, papeles blancos o impresos la llenaban la mayor parte del tiempo; a menudo, el postre, las botellas o los platos de la cena de Jérôme-Nicolas Séchard se encontraban sobre los fardos.

El dormitorio, cuya viga tenía una vidriera emplomada que hacía pasar la luz desde el patio, estaba cubierto por una de esas viejas alfombras que se suelen ver a lo largo de las casas el día del Corpus Christi. Había también un gran lecho con

columnas, guarnecido por cortinas, con dosel y un cubrepiés de sarga roja, dos sillones carcomidos, dos sillas de madera de nogal y tapizadas, un viejo escritorio, y sobre la chimenea un antiguo reloj. Esta habitación, en la que se respiraba lo campechano y patriarcal, llena de matices oscuros, había sido amueblada por el señor Rouzeau, predecesor y maestro de Jérôme-Nicolas Séchard. El salón, modernizado por la difunta señora Séchard, ofrecía espantosos revestimientos de madera, pintados de un azul deslavazado; los entrepaños estaban decorados con un papel con escenas orientales, coloreadas en bistre sobre un fondo blanco; el mobiliario consistía en seis sillas guarnecidas con badana azul y cuyos respaldos representan unas liras. Las dos ventanas, groseramente abogadas, a través de las cuales la vista abrazaba la plaza du Murier, carecían de cortinas; la chimenea no tenía ni fuego, ni reloj, ni espejo. La señora Séchard había muerto en medio de sus proyectos de embellecimiento y el oso no comprendía la utilidad de las mejoras que no proporcionaban ningún beneficio, por lo que las abandonó. Allí fue adonde Jérôme-Nicolas Séchard, *pede titubante*, condujo a su hijo enseñándole sobre la mesa redonda una lista del material de la imprenta que, según sus instrucciones, el regente había preparado.

—Lee eso, hijo mío —dijo Jérôme-Nicolas Séchard, girando sus borrachos ojos del papel a su hijo y de su hijo al papel—. Podrás ver la joya de imprenta que te doy.

—Tres prensas de madera, dirigidas por barras de hierro con una platina de fundición...

—Es una mejora que he hecho —dijo el viejo Séchard, interrumpiendo a su hijo.

—Con todos sus utensilios: tinteros, tipos y bancos, etc., ¡mil seiscientos francos! Pero, padre —dijo David Séchard, dejando caer el inventario—, sus prensas son unos cacharros que no valen ni cien escudos y que sólo sirven para el fuego.

—¿Cacharros?... —gritó el viejo Séchard—, ¿cacharros?... ¡Coge el inventario y bajemos! Vas a ver si vuestras invenciones de mala cerrajería maniobran como esos viejos aparatos tan despreciados. Después no tendrás el valor suficiente para injuriar a honestas prensas que marchan mejor que los coches correos y que aún marcharán durante toda tu vida sin necesitar la menor reparación: ¡Cacharros! ¡Sí, son los cachorros los que te ayudarán a encontrar la sal para cocer los huevos que has de comer! Cacharros que tu padre ha manipulado durante veinte años y que le han servido para hacer de ti lo que ahora eres.

El padre se precipitó por la escalera vieja y usada, tambaleándose, pero sin perder el equilibrio; abrió la puerta que daba al taller, se precipitó sobre la primera de sus prensas, disimuladamente engrasada y limpia, y mostró las fuertes patas de madera de roble, barnizadas por su aprendiz.

—¿Acaso no es un encanto de prensa? —dijo.

Había una participación de boda en aquel momento. El viejo oso hizo descender la frasqueta sobre el tímpano y el tímpano bajo la platina, que deslizó bajo la prensa;

empujó la barra, desenrolló la cuerda para atraer de nuevo la platina, y levantó tímpano y frasqueta con la agilidad que hubiese tenido un joven oso. La prensa, maniobrada de esta forma, lanzó un gemido tan alegre como el de un pájaro que tras de golpearse contra un cristal hubiese logrado levantar el vuelo libremente.

—¿Hay una sola prensa inglesa que sea capaz de llevar ese ritmo? —dijo el padre al sorprendido hijo.

El anciano Séchard corrió sucesivamente a la segunda y tercera prensa, en cada una de las cuales realizó la misma maniobra con igual habilidad. La última ofreció a su vista enturbiada por el vino un rincón descuidado por el aprendiz; el borracho, tras de haber jurado profusamente, tomó uno de los faldones de su levita para frotar como un chalán que lustra el pelo de un caballo que ha de vender.

—Con esas tres prensas, sin regente, puedes llegar a ganar tus nueve mil francos por año, David. Como futuro socio tuyo, me opongo a que las reemplaces por esas malditas prensas de fundición que inutilizan los caracteres. En París habéis gritado milagro al conocer el invento de ese maldito inglés, un enemigo de Francia que ha querido hacer la fortuna de los fundidores. ¡Ah!, ¡habéis querido unas Stanhope!; gracias por vuestras Stanhope, cada una cuesta dos mil quinientos francos, casi dos veces más de lo que cuestan mis tres perlas en conjunto y que matan la letra por su falta de elasticidad. No soy instruido como tú, pero acuérdate siempre de esto: la vida de las Stanhope es la muerte del tipo. Estas tres prensas te harán un buen servicio, la obra quedará tirada rápidamente, y los anguleminos no te pedirán más. Imprime con hierro o con madera, con oro, o con plata, como quieras, que no te pagarán un ochavo más.

—Ítem —dijo David—, cinco millares de libras de tipos procedentes de la fundición del señor Vaflard...

Ante este nombre, el alumno de los Didot no pudo retener una sonrisa...

—¡Ríe, ríe! Después de doce años, los tipos están aún nuevos. ¡Eso es lo que yo llamo un fundidor! El señor Vaflard es un hombre honrado que suministra material sólido, y para mí el mejor fundidor es aquel a cuya casa se va lo menos posible.

—Valorados en diez mil francos —continuó David—. ¡Diez mil francos, padre! ¡Pero si es a cuarenta sueldos la libra, y los señores Didot venden su cicero nuevo sólo a treinta y seis sueldos la libra! Esos tipos usados no valen más que el precio del plomo, diez sueldos la libra.

—Tú llamas tipos usados a las bastardillas, y a las negritas y a las redondas del señor Gillé, que fue impresor del Emperador, tipos que valen a seis francos la libra, obras maestras del grabado compradas hace cinco años y muchas de las cuales aún conservan el blanco del metal, ¡mira!

El viejo Séchard abrió algunas cajas con tipos que no habían sido utilizados y se los enseñó.

—No soy un sabio, no sé leer ni escribir, pero aún sé lo suficiente para adivinar que los tipos de escritura de la casa Gillé han sido los padres de los ingleses de tus señores Didot. He aquí una redonda —dijo, señalando una caja y cogiendo de ella una M—, una redonda de cicero que aún no ha sido desengrasada.

David se dio cuenta de que no había forma de discutir con su padre. Era preciso admitirlo todo o rechazarlo todo; se encontraba entre un no y un sí. El viejo oso había incluido en el inventario hasta las cuerdas. La mínima resmilla, las tablas, las escudillas, la piedra y los cepillos de limpiar, todo estaba valorado con la escrupulosidad de un avaro. El total llegaba a los treinta mil francos, incluyendo el título de maestro impresor y la clientela. David se preguntaba si el asunto valía o no la pena. Viendo a su hijo atónito ante aquella suma, el viejo Séchard comenzó a inquietarse, ya que prefería un debate violento a una aceptación silenciosa. En esta clase de transacciones, la discusión anuncia a un negociante capaz que defiende sus intereses. «Quien consiente en todo —decía el viejo Séchard —no paga nada». Espiando siempre el pensamiento de su hijo, dedujo los utensilios averiados, necesarios para la explotación de una imprenta en provincias; sucesivamente condujo a David ante una prensa de satinar, una guillotina para hacer las obras de ciudad y le ensalzó su utilidad y solidez.

—Los viejos aparatos son siempre los mejores —dijo—. En la imprenta se deberán pagar más caros que los nuevos, como se hace en los batidores de oro.

Horribles cromos representando Himeneos, Amores o muertos que levantaban las losas de sus sepulcros, describiendo una V o una M, enormes cuadros de máscaras para los pasquines de espectáculos, se convirtieron, por efectos de la elocuencia avinada de Jérôme-Nicolas, en objetos del mayor valor. Dijo a su hijo que la costumbre de los provincianos estaba tan fuertemente arraigada que trataría en vano de ofrecerles cosas mejores que a las que estaban acostumbrados. Él mismo, Jérôme-Nicolas Séchard, había intentado venderles mejores almanaques que los del Double Liégeois, impreso en papel de primera calidad, y, ¿qué había pasado? El verdadero Double Liégeois había sido preferido a los mejores y magníficos almanaques. Bien pronto David reconocería la importancia de estas antiguallas vendiéndolas más caras que las novedades más costosas.

—¡Ah!, hijo mío, la provincia es la provincia y París es París. Si un hombre del Houmeau se te presenta para encargarte su participación de boda y tú no se la imprimes con un amorcillo rodeado de guirnaldas, no se considerará casado y no se la llevará si sólo ve una M como en el establecimiento de tus señores Didot, que son la gloria de la tipografía, pero cuyas ideas no serán adoptadas en la provincia antes de cien años. Y eso es todo.

Las personas generosas suelen ser malos comerciantes. David tenía una de esas púdicas naturalezas tiernas que se azaran en una discusión y que ceden en el

momento en que el adversario apela demasiado al corazón. Sus elevados sentimientos y el imperio que el viejo borracho había conservado sobre él, le hacían aún menos idóneo para mantener un debate sobre el dinero con su padre, sobre todo cuando él pensaba que iba con las mejores intenciones, ya que en un principio atribuyó su voracidad al interés y al apego que el impresor tenía por sus instrumentos. Sin embargo, como Jérôme-Nicolas Séchard habíalo obtenido todo de la viuda Rouzeau por diez mil francos en asignados, y que en el actual estado de las cosas treinta mil francos eran un precio exorbitante, el hijo exclamó: —¡Padre!, ¡me ahoga!

—¿Yo, que te di la vida?... —dijo el viejo borracho, levantando la mano hacia el tendedero—. Pero, David, ¿en cuánto valoras tú la licencia? ¿Sabes lo que significa el Diario de Anuncios, a diez sueldos la línea, privilegio que, sólo él, ha dado quinientos francos el mes pasado? ¡Muchacho, repasa los libros, mira lo que producen los bandos y los registros de la prefectura, la clientela de la alcaldía y la del obispado! Eres un perezoso que no quiere hacer fortuna. Estás regateando el caballo que te ha de conducir a alguna buena propiedad, como la de Marsac.

A este inventario iba unida un acta de sociedad entre el padre y el hijo. El buen padre alquilaba su casa a la sociedad por una suma de mil doscientos francos, a pesar de que cuando la compró no pagó más de seis mil libras, reservándose una de las dos habitaciones hechas en la buhardilla. Mientras David Séchard no hubiese devuelto los treinta mil francos, los beneficios se repartirían a medias; el día en que hubiese reembolsado esa suma a su padre, se convertiría en el único propietario de la imprenta. David calculó el título, la clientela y el diario sin preocuparse de la herramienta; pensó que podría liberarse, y aceptó las condiciones. Acostumbrado a las trapacerías de los aldeanos y no conociendo nada de los amplios cálculos de los parisienses, el padre se extrañó de una conclusión tan rápida.

«¿Se habrá enriquecido mi hijo —se dijo—, o en este momento se está imaginando la manera de no pagarme?».

Guiado por este pensamiento, le estuvo preguntando, para sonsacarle, si había traído dinero consigo a fin de que le diera algo a cuenta. La curiosidad del padre despertó la desconfianza del hijo. David no despegó los labios. A la mañana siguiente, el viejo Séchard hizo que el aprendiz le llevara a la habitación del segundo piso todos sus muebles, que esperaba trasladar a su casa de campo por los carros que volverían de allí de vacío. Abandonó a su hijo las tres habitaciones del primer piso completamente vacías, al mismo tiempo que le hacía tomar posesión de la imprenta sin darle un céntimo para pagar a los obreros. Cuando David rogó a su padre que en su calidad de asociado contribuyera a los gastos necesarios para la puesta en marcha de la explotación común, el viejo impresor se hizo el desentendido. No se había obligado, dijo, a entregar dinero al dar su imprenta; su aportación a los fondos ya había sido hecha. Presionado por la lógica de su hijo, le respondió que cuando había

comprado la imprenta a la viuda Rouzeau se había abierto camino sin un céntimo. Si él, pobre obrero sin conocimientos ni instrucción, había triunfado, un alumno de Didot lo podía hacer aún mejor. Por otro lado, David había ganado dinero que provenía de la educación pagada con el sudor de la frente de su anciano padre; bien podía emplearlo hoy.

—¿Qué has hecho de tus dineros? —le dijo, volviendo a la carga a fin de aclarar el problema que el silencio de su hijo había dejado la víspera tan oscuro.

—¿Pero, acaso no tenía que vivir, no he comprado libros? —respondió David, indignado.

—¡Ah!, ¿comprabas libros? Harás malos negocios. Las personas que compran libros no sirven para imprimirlos —respondió el oso.

David experimentó la más horrible de las humillaciones, la causada por la sordidez de un padre: le fue preciso sufrir el flujo de viles razonamientos, llorosos y ruines, comerciales, mediante los que el viejo avaro formuló su negativa. Ocultó su dolor en el fondo de su alma, viéndose solo, sin apoyo, encontrando que su padre era un especulador, a quien, por curiosidad filosófica, quiso conocer a fondo. Le hizo saber que jamás le había pedido cuentas de la fortuna de su madre. Si esta fortuna no podía servir de compensación en el precio de la imprenta, serviría para la explotación en común.

—¿La fortuna de tu madre? —dijo el viejo Séchard—. ¡Pues sólo era su inteligencia y su belleza!

Ante esta respuesta, David adivinó por completo el carácter de su padre y se dio cuenta de que para obtener un adelanto le sería necesario intentar un proceso interminable y deshonesto, además de muy costoso. Este noble corazón aceptó la carga que sobre él iba a pesar, ya que sabía a costa de cuántos esfuerzos cumpliría los compromisos acordados con su padre.

«Trabajaré —se dijo—. Después de todo, si a mí me cuesta, también él lo pasó mal. Por otro lado, siempre será trabajar para mí mismo».

—Te dejo un tesoro —dijo el padre, inquieto por el silencio de su hijo.

David preguntó qué tesoro era ése.

—Marion —dijo el padre.

Marion era una gruesa muchacha campesina, indispensable para la explotación de la imprenta: ella humedecía el papel y lo recortaba, hacía los recados y cocinaba, lavaba la ropa, descargaba los carros de papel, quitaba y limpiaba los tampones. Si Marion hubiese sabido leer, el viejo Séchard la hubiese puesto en las cajas.

El padre emprendió a pie el camino del campo. A pesar de que se sentía muy contento por aquella venta disfrazada de asociación, se encontraba inquieto al pensar en la forma en que sería pagado. Tras de las angustias de la venta, vienen siempre las de su realización. Todas las pasiones son esencialmente jesuíticas. Este hombre, que

consideraba la instrucción como inútil, se esforzó en creer en la influencia de la instrucción. Hipotecaba sus treinta mil francos a las ideas del honor que la educación tenía que haber desarrollado en su hijo. Como joven bien educado, David sudaría sangre y lágrimas para cumplir sus compromisos, y sus conocimientos le ayudarían a encontrar soluciones; se había mostrado lleno de buenos sentimientos, y pagaría. Muchos padres que reaccionan de esta forma creen haber obrado paternalmente, al igual que el viejo Séchard había acabado por considerarlo así al llegar a su viñedo situado en Marsac, pequeño pueblo a cuatro leguas de Angulema. Esta propiedad, en la que el propietario precedente había levantado una bonita casa, había ido aumentando de año en año desde 1809, época en la que el viejo oso la había adquirido. A los cuidados de la prensa sustituyeron los cuidados al lagar, y como él mismo decía, hacía tanto tiempo que era fiel a la viña, que sabía bien lo que se hacía. Durante el primer año de su retiro en el campo, el tío Séchard dejó ver un rostro preocupado por encima de sus rodrigones; siempre estaba en su viñedo como antaño se encontraba en su taller.

Estos treinta mil francos inesperados le embriagaban aún más que el néctar otoñal, los manejaba entre sus pulgares idealmente. Cuanto menos se le debía más ansias sentía por terminar de cobrar. Con tal motivo, a menudo corría de Marsac a Angulema, atraído por sus inquietudes. Escalaba las rampas de la roca en cuya cima se asienta la ciudad y entraba en el taller para ver si su hijo salía adelante. Las prensas se encontraban en su sitio. El único aprendiz, tocado con un gorro de papel, limpiaba un tampón. El viejo oso oía rechinar a una prensa sobre alguna participación, reconocía sus viejos tipos y distinguía al regente y a su hijo, cada uno en su jaula, leyendo un libro, que el oso tomaba por pruebas. Tras de haber comido con David, se volvía a sus tierras de Marsac, rumiando sus temores.

La avaricia, al igual que el amor, tiene un don especial de visión: los acontecimientos futuros los presiente y los adivina. Lejos del taller, donde la silueta de sus máquinas le fascinaba, trasladándole a los días en los que hacía fortuna, el viñador encontraba en su hijo inquietantes síntomas de inactividad. El nombre de Cointet hermanos le enfurecía, lo veía dominando al de Séchard e hijo. En una palabra, el viejo notaba el viento de la desgracia. Este presentimiento era justo: la desgracia se cernía sobre la casa Séchard. Pero los avaros tienen un dios. Debido a una coincidencia de imprevistas circunstancias, este dios tenía que hacer caer en la escarcela del borracho el precio de su venta usuraria. He aquí por qué la imprenta Séchard iba a menos, a pesar de sus elementos de prosperidad. Indiferente ante la reacción religiosa que la Reacción producía en el gobierno, y sin preocuparse tampoco por el liberalismo, David mantenía la más perjudicial de las neutralidades en materia política y religiosa. Vivía en una época en la que los comerciantes de provincias tenían que profesar una opinión para poder tener una clientela, ya que era

preciso optar entre la parroquia de los liberales y la de los realistas. Un amor que llegó al corazón de David, sus preocupaciones científicas y su buen carácter, le impidieron tener esa disposición para la ganancia que constituye y forma el carácter del verdadero comerciante y que le hubiese hecho estudiar las diferencias entre la industria provinciana y la parisiense. Los matices, tan acusados en provincias, desaparecían en el gran movimiento de París. Los hermanos Cointet se pusieron a tono con las opiniones monárquicas, ayunaron de forma ostensible, frecuentaron la catedral, cultivaron la amistad de los curas y reimprimieron los primeros libros religiosos cuya necesidad se hizo pronto sentir. Los Cointet tomaron, pues un adelanto en esta lucrativa rama y calumniaron a David Séchard, acusándole de liberalismo y ateísmo. ¿Cómo trabajar, decían, con un hombre que tenía por padre un *septembriseur*, un borracho, un bonapartista, un viejo avaro que tarde o temprano dejaría montones de oro? Ellos eran pobres, cargados de familia, mientras que David era soltero y sería inmensamente rico, y por eso sólo pensaba en su conveniencia, etc. Influidos por estas acusaciones hechas contra David, la Prefectura y el Obispado acabaron por dar el privilegio de sus impresiones a los hermanos Cointet. Bien pronto, estos ávidos antagonistas, enardecidos por la pasividad de su rival, crearon un segundo diario de anuncios. La vieja imprenta quedó reducida a las impresiones de la ciudad, y el producto de su hoja de anuncios quedó reducido en su mitad. Enriquecida con las ganancias tan considerables obtenidas con los libros eclesiásticos y de piedad, la casa Cointet propuso en seguida a los Séchard la compra de su diario para, de esa manera, tener los anuncios de la provincia y las inserciones judiciales en exclusiva. En cuanto David comunicó esta noticia a su padre, el viejo viñador, asustado ya por los progresos de la casa Cointet, se lanzó de Marsac hasta la plaza du Murier con la rapidez de un cuervo que ha olfateado los cadáveres en un campo de batalla.

—Déjame a mí entendérmelas con los Cointet, no te mezcles en este asunto — dijo a su hijo.

El anciano pronto adivinó el interés de los Cointet y les aterró por la sagacidad de su agudeza.

—Su hijo cometía una tontería que venía a impedir —dijo—. ¿Sobre qué descansará nuestra clientela si cede nuestro diario? Los abogados, los notarios, todos los negociantes del Houmeau, serán liberales; los Cointet han querido perjudicar a los Séchard, acusándoles de liberalismo; de esta manera les han dado una sólida base, ya que todos los anuncios de los liberales serán para los Séchard. ¿Vender el diario?... Pues ya tanto daba vender el material y la licencia.

Entonces pidió a los Cointet sesenta mil francos por la imprenta, para no arruinar a su hijo: quería a su hijo y defendía a su hijo. El viñador se sirvió de su hijo como los aldeanos utilizan a sus mujeres: su hijo quería o no quería, según las proposiciones que una a una arrancaba a los Cointet, conduciéndolos, no sin

esfuerzos, a dar una suma de veintidós mil francos por el *Diario de la Charente*. Pero David tuvo que comprometerse a no volver a imprimir nunca más un diario, bajo pena de treinta mil francos de daños y perjuicios. Esta venta era el suicidio de la imprenta Séchard, pero el viñador no se preocupaba lo más mínimo. Tras el robo viene siempre el asesinato. El hombre contaba con aplicar esta suma al pago de su fondo, y para poderla palpar hubiese dado hasta a David; además, sobre todo, teniendo en cuenta que ese molesto hijo tenía derecho a la mitad de este inesperado tesoro. Como compensación, el generoso padre le entregó la imprenta, pero manteniendo el alquiler de la casa en los famosos mil doscientos francos. Después de la venta del diario a los Cointet, el viejo fue raras veces a la ciudad, alegando su avanzada edad, pero la verdadera razón era el poco interés que sentía por una imprenta que ya no le pertenecía. Sin embargo, no pudo repudiar de una forma completa el afecto que hacia sus antiguas herramientas sentía. Cuando algún asunto le llevaba a Angulema, hubiese sido muy difícil discernir cuál de las dos cosas le atraían más en su antigua casa: sus prensas de madera o su hijo, al que iba a reclamar sus alquileres de manera formularia. Su antiguo regente, ahora de los Cointet, sabía a qué atenerse respecto a esta generosidad paternal; decía que este zorro inteligente se preparaba de este modo el derecho de intervenir en los negocios de su hijo, instituyéndose deudor privilegiado a causa de la acumulación de los alquileres.

El abandono de David Séchard era debido a causas que explicarían el carácter de este muchacho. Unos días después de su instalación en la imprenta paterna, se había encontrado a uno de sus compañeros de colegio, en aquel tiempo sumido en la mayor miseria. El amigo de David Séchard era un joven que por aquel entonces contaba alrededor de los veintiún años, llamado Lucien Chardon, hijo de un antiguo cirujano mayor del ejército republicano, excluido del servicio activo a causa de una herida. La naturaleza había hecho de Chardon padre un químico, y el azar le llevó a establecerse como farmacéutico en Angulema. La muerte le sorprendió en medio de los preparativos necesarios para el descubrimiento lucrativo en cuya investigación había empleado muchos años de estudios científicos. Quería curar cualquier especie de gota.

La gota es la enfermedad de los ricos, y los ricos pagan cara la salud cuando se ven privados de ella. Por tal motivo, el farmacéutico había escogido la solución de este problema entre los varios que se habían ofrecido a sus medios. Situado entre la ciencia y el empirismo, el difunto Chardon comprobó que la ciencia era la única que podía asegurar su fortuna: por lo tanto, había estudiado las causas de la enfermedad y basado su remedio en un determinado régimen que él adaptaba a cada temperamento. Murió durante una estancia en París, adonde había ido para solicitar la aprobación de la Academia de Ciencias, perdiendo de este modo el fruto de sus trabajos.

Presintiendo su fortuna, el farmacéutico no había escatimado nada en la

educación de su hijo y de su hija, de forma que el mantenimiento de su familia devoró de forma constante los beneficios obtenidos con la farmacia. De este modo, no sólo dejó a sus hijos en la miseria sino que, por desgracia suya, les había educado con la esperanza de que aspiraran a brillantes destinos, que se extinguieron con él. El ilustre Desplein, que le cuidó, le vio morir entre convulsiones de rabia.

Esta ambición tuvo por principio el violento amor que el antiguo cirujano sentía por su mujer, último retoño de la familia de Rubempré, milagrosamente salvada por él del patíbulo en 1793. Sin que la muchacha hubiese querido consentir en esta mentira, había ganado tiempo diciendo que se encontraba embarazada. Después de haberse creado, en cierto aspecto, el derecho de casarse con ella, Jo hizo a pesar de su común pobreza. Sus hijos, como todos los hijos del amor, tuvieron como única herencia la maravillosa belleza de su madre, presente tan fatal muchas veces, cuando lo acompaña la miseria. Estas esperanzas, esos trabajos, y aquella desesperación con los que tan estrechamente vivió, habían alterado de forma profunda la belleza de la señora Chardon, al igual que las lentas degradaciones de la indigencia habían cambiado sus costumbres; pero su valor y entereza, y el de sus hijos, igualó a su infortunio.

La pobre viuda vendió la farmacia, situada en la calle Mayor del Houmeau, el barrio principal de Angulema. El precio de la farmacia le permitió hacerse con una renta de trescientos francos, suma insuficiente hasta para su propio mantenimiento, pero tanto ella como su hija aceptaron sin avergonzarse su nueva posición y se dedicaron a trabajos mercenarios. La madre cuidaba de las parturientas y sus buenas maneras hacían que en las casas distinguidas fuese preferida a cualquier otra, donde vivía sin costar nada a sus hijos y ganando veinte sueldos por día. Para evitar a su hijo el disgusto de ver a su madre en tan bajo menester y condición, había adoptado el nombre de señora Charlotte. Las personas que reclamaban sus cuidados se dirigían al señor Postel, el sucesor del señor Chardon. La hermana de Lucien trabajaba en casa de una honrada mujer, muy considerada en el Houmeau, llamada la señora Prieur, planchadora de prendas finas, que era su vecina, y donde ganaba alrededor de quince sueldos diarios. Dirigía a las obreras y gozaba en el taller de una especie de supremacía que le hacía sobresalir un poco de la clase de las trabajadoras. Los escasos productos de sus trabajos, unidos a las trescientas libras de renta de la señora Chardon, sumaban alrededor de ochocientos francos al año, con los que estas tres personas se tenían que vestir, vivir y alojarse. La estricta economía de este hogar apenas si hacía suficiente esta suma, absorbida casi totalmente por Lucien.

La señora Chardon y su hija Ève creían en Lucien como la mujer de Mahoma creyó en su marido; el sacrificio por su porvenir era sin límites. Esta pobre familia vivía en el Houmeau, en un alojamiento alquilado por una módica cantidad por el sucesor del señor Chardon, y se encontraba emplazado en el fondo de un patio

interior, encima del laboratorio. Lucien ocupaba allí una miserable habitación en la buhardilla. Estimulado por un padre que, apasionado por las ciencias naturales, le había empujado en un principio por este camino, Lucien fue uno de los alumnos más brillantes del colegio de Angulema, en donde se encontraba en el quinto año cuando Séchard finalizaba allí sus estudios.

Cuando el azar hizo que los dos compañeros de colegio volvieran a encontrarse, Lucien, cansado ya de beber en la desagradable copa de la miseria, estaba a punto de tomar una de esas decisiones extremas por las que uno se decide a los veinte años. Cuarenta francos que David dio generosamente a Lucien, ofreciéndose a enseñarle el oficio de regente, aunque un regente le era completamente inútil, salvó a Lucien de su desesperación. Los lazos de esta amistad de colegio, renovados de esta manera, se estrecharon muy pronto a causa de la semejanza de sus destinos y por las diferencias de sus caracteres. Ambos, con un talento grávido de varias fortunas, poseían esa elevada inteligencia que sitúa al hombre al nivel de las más altas personalidades, viéndose arrojados en lo más bajo de la sociedad. Esta injusticia en su suerte fue un nudo poderoso. Luego, los dos habían llegado a la poesía a través de una pendiente diferente. A pesar de haber sido destinado a las especulaciones más elevadas de las ciencias naturales, Lucien se inclinaba arduamente hacia la gloria literaria; sin embargo, David, a quien su genio meditativo predisponía hacia la poesía, se inclinaba por gusto hacia las ciencias exactas. Esta interposición de papeles engendró una especie de fraternidad espiritual. Pronto Lucien comunicó a David los altos conocimientos que de su padre tenía sobre las aplicaciones de la Ciencia a la Industria, y David hizo conocer a Lucien los nuevos caminos que debería tomar en la literatura para hacerse un nombre y una fortuna.

En pocos días, la amistad de estos dos jóvenes se convirtió en una de esas pasiones que únicamente nacen al salir de la adolescencia. David pronto conoció a la bella Ève y se prendó de ella como lo hacen los espíritus melancólicos y meditabundos. El *hic nunc et semper et in sécula seculorum* de la liturgia es la divisa de estos sublimes y desconocidos poetas, cuyas obras corazones. Cuando el enamorado hubo conocido el secreto de las esperanzas que la madre y la hermana de Lucien ponían constituyen magníficas epopeyas creadas y perdidas entre dos en esta bella frente de poeta, cuando conoció su ciega abnegación, encontró una dulzura en aproximarse aún más a su amada, compartiendo con ella sus inmolaciones y sus esperanzas. Lucien fue, para David un hermano escogido. Al igual que los ultras, que querían ser más realistas que el Rey, David exageró la fe que la madre y la hermana de Lucien tenían en su genio, y le mimó como una madre mimó a su hijo. Durante una de esas conversaciones en las que, acuciados por la falta de dinero que les ligaba las manos, rumiaban, como todos los jóvenes, los medios para obtener una pronta fortuna sacudiendo todos los árboles, despojados ya por los que habían llegado antes,

sin obtener frutos de ellos, Lucien recordó dos ideas que su padre un día le comunicó. El señor Chardon había hablado de reducir el precio del azúcar a su mitad con el empleo de un nuevo agente químico, y rebajar otro tanto el precio del papel, trayendo de América ciertas materias vegetales parecidas a las empleadas por los chinos y que costaban poco. David, que conocía la importancia de este asunto, estudiado ya en casa de los Didot, se apropió de esta idea viendo en ella una fortuna y consideró a Lucien como un bienhechor con el que siempre estaría en deuda.

Todos adivinan ahora de qué forma los pensamientos y la vida interior de los dos amigos les hacían poco aptos para dirigir una imprenta. En vez de proporcionar de quince a veinte mil francos, como la de los hermanos Cointet, impresores-libreros del Obispado, propietarios del Correo de la Charente, ya el único diario del departamento, la imprenta de Séchard hijo apenas producía trescientos francos al mes, de los que había que deducir el sueldo del regente, el de Marion, los impuestos y el alquiler, lo que dejaba a David un centenar de francos al mes. Unos hombres activos y emprendedores hubiesen renovado los tipos, comprado prensas de hierro, hubiesen buscado en la biblioteca de París algunas obras que hubieran podido imprimir a bajo precio; pero el dueño y el regente, perdidos en los absorbentes afanes de la inteligencia, se contentaban con los trabajos que les daban sus últimos clientes. Los hermanos Cointet habían llegado a conocer al fin el verdadero carácter y costumbres de David y ya no le calumniaban; al contrario, una hábil política les aconsejaba dejar sobrevivir esta imprenta y mantenerla en una honesta mediocridad para que no cayese en manos de algún temible antagonista; ellos mismos le enviaban los trabajos llamados de ciudad. De esta manera, y sin saberlo, David Séchard sólo existía, comercialmente hablando, gracias a un hábil cálculo de sus competidores. Felices con lo que ellos llamaban su manía, los Cointet tenían para con él procedimientos llenos de rectitud y lealtad, pero en realidad obraban al igual que la administración de Postas, cuando simula una competencia para, de esta forma, evitarse otra que sea verdadera.

La parte externa de la casa Séchard armonizaba con la miserable avaricia que reinaba en el interior, donde el viejo oso nunca había reparado nada. La lluvia, el sol y las inclemencias de cada estación habían dado a la puerta de entrada el aspecto de un viejo tronco de árbol, de tal forma se encontraba surcada por grietas desiguales. La fachada, mal construida con piedras y ladrillos, mezclados sin simetría, parecía doblarse bajo el peso de un tejado carcomido, sobrecargado con esas tejas cóncavas que forman todos los tejados en el sur de Francia. Las ventanas, medio deshechas, estaban resguardadas por esos enormes ventanillos sujetos por gruesos travesaños, según lo exige lo cálido del clima. Hubiese sido difícil encontrar en toda Angulema una casa más deteriorada que ésta, que ya sólo se mantenía en pie por la pura fuerza del cemento. Imaginaos este taller, claro en sus extremos y sombrío en el centro, sus

paredes cubiertas de pasquines, ennegrecidos en su parte inferior por los obreros que durante treinta años habían pasado por allí; su conjunto de cuerdas pendientes del techo, sus pilas de papel, sus viejas prensas, sus montones de losas en donde cargar los papeles mojados, sus hileras de cajas, y en ambos extremos los dos pabellones en donde, cada uno por su lado, se instalaban el dueño y el regente; ahora podréis comprender la existencia de los dos amigos.

En 1821, durante los primeros días del mes de mayo, David y Lucien se encontraban junto a la ventana del patio en el momento en que, hacia las dos de la tarde, sus obreros abandonaban el taller para ir a comer. Cuando el dueño vio como el aprendiz cerraba la puerta con campanilla que daba a la calle, condujo a Lucien al patio, como si el olor de papales, tinteros, prensas y viejas maderas le fuese insoportable. Ambos se sentaron en una glorieta desde donde sus ojos podían ver a cualquiera que entrara en el taller. Los rayos del sol, que se deslizaban por entre los pámpanos del emparrado, acariciaron a los dos poetas, envolviéndolos con su luz como en una aureola. El contraste producido por la oposición de estos dos caracteres y estos dos rostros fue entonces acusado con tal vigor que hubiese seducido el pincel de un gran pintor. David tenía las formas que la naturaleza da a los seres destinados a grandes luchas, brillantes o secretas. Su amplio busto estaba flanqueado por robustos hombros en armonía con todo su aspecto. Su cara, de tono moreno, gruesa y con color, se encontraba soportada por un grueso cuello y cubierta por un bosque abundante de cabellos negros, y se parecía a primera vista a la de los canónigos cantados por Boileau: pero un segundo examen os revelaba en los surcos de sus gruesos labios, en el hoyuelo de la barbilla, en la conformación de una nariz cuadrada, hendida por una línea tortuosa, y en los ojos sobre todo, el fuego continuo de un único amor, la sagacidad del pensador, la ardiente melancolía de un espíritu que podía abarcar los dos extremos del horizonte, penetrando en todas sus sinuosidades, y que fácilmente aborrecía el disfrute totalmente ideal al llevar a él la claridad del análisis. Si en estas facciones se adivinaban los destellos del genio que se lanza adelante, se veían igualmente las cenizas junto al volcán; la esperanza se extinguía con un profundo sentimiento de negación social, donde el oscuro nacimiento y la carencia de fortuna mantienen a tantos espíritus superiores.

Junto al pobre impresor, a quien su estado, si bien tan próximo a la inteligencia, producía nauseas; junto a este Sileno, pesadamente apoyado sobre sí mismo y que bebía a grandes sorbos en la copa de la ciencia y de la poesía, emborrachándose para olvidar las desgracias de la vida provinciana, Lucien se mantenía en la graciosa postura imaginada por los escultores para el Baco indio. Su rostro tenía la distinción de líneas de la belleza clásica; eran una frente y una nariz griegas, la blancura aterciopelada de las mujeres, ojos negros a fuerza de ser intensamente azules, ojos repletos de amor y cuyo blanco disputaba su frescor al de un niño. Estos bellos ojos

eran coronados por cejas que parecían trazadas por un pincel chino y bordeados por largas pestañas color castaño. A lo largo de las mejillas brillaba un sedoso vello cuyo color armonizaba con el de una rubia cabellera de rizado natural. Una divina suavidad respiraba en sus sienes, de un blanco dorado. Una nobleza incomparable estaba impresa en su corto mentón, suavemente erguido. La sonrisa de los ángeles tristes erraba en sus labios de coral, realzados por bellos dientes. Tenía manos de hombres de encumbrado linaje, manos elegantes, a cuyo simple ademán los hombres deberían obedecer, y que las mujeres gustan de besar. Lucien era esbelto y de mediana estatura. Al ver sus pies, un hombre hubiese tenido la tentación de tomarle por una muchacha disfrazada, ya que, a semejanza de los hombres agudos, por no decir astutos, sus caderas tenían la conformación de las de una mujer. Este indicio, que engaña raramente, era verdad en Lucien, a quien la pendiente de su espíritu inquieto a menudo traía a colación, cuando analizaba el actual estado de la sociedad en el terreno de la depravación particular, a los diplomáticos que creen que el éxito es la justificación de todos los medios, por vergonzosos que éstos sean.

Una de las desgracias a las que se ven sometidas las grandes inteligencias es la de comprender por fuerza todas las cosas, tanto los vicios como las virtudes. Estos dos jóvenes juzgaban a la sociedad tanto más soberanamente cuanto que se encontraban situados más bajos, ya que los hombres desconocidos se vengan de la humildad de su posición mediante la altura de sus críticas. Pero también su desesperación era tanto más amarga cuanto que de esta forma iban más rápidamente hacia donde les llevaba su verdadero destino. Lucien había leído mucho y comparado mucho; David había pensado mucho y meditado mucho. A pesar de la apariencia de una salud vigorosa y pueblerina, el impresor tenía un carácter melancólico y enfermizo, dudaba de sí mismo; por el contrario, Lucien, dotado de un espíritu emprendedor y movido, tenía una audacia que estaba en desacuerdo con su blando talante, casi débil, pero lleno de gracia femenina.

Lucien mantenía en su más alto grado el carácter gascón, osado, valiente, aventurero, que exagera lo bueno y minimiza lo malo, que no se detiene ante una falta si de ella puede sacar algún provecho y que se burla del vicio si éste le puede servir de trampolín. Estas disposiciones de ambicioso se encontraban entonces comprimidas por las ilusiones de la juventud, por el ardor que le empujaba a los nobles medios que los hombres, amantes de gloria, emplean antes que los demás. Entonces se encontraba en pugna únicamente con sus propios deseos y no con las dificultades de la vida con su propia pujanza y no con la cobardía de los hombres, que es de un fatal ejemplo para los caracteres movidos e inquietos.

Vivamente seducido por la brillante inteligencia de Lucien, David lo admiraba, aunque rectificando los errores en los que le hacía caer la furia francesa. Este hombre tenía justamente un carácter tímido en desacuerdo con su fuerte complexión, pero no

carecía en absoluto de la tenacidad de los hombres del norte. Si bien veía todas las dificultades, también se prometía vencerlas sin retroceder ante ellas; y si tenía la firmeza de una virtud verdaderamente apostólica, la atemperaba mediante las gracias de una inagotable indulgencia. En esta amistad, ya antigua, uno de los dos amaba con idolatría, y era David. Con tal motivo, Lucien mandaba como mujer que se sabe amada. David obedecía complacientemente. La belleza física de su amigo entrañaba una superioridad que aceptaba, encontrándose torpe y vulgar.

—Para el buey la vida tranquila, para el pájaro la vida despreocupada —se decía el impresor—. Por lo tanto, yo seré el buey y Lucien será el águila.

Desde hacía alrededor de tres años, los dos amigos habían pues unido sus destinos, tan brillantes en el futuro. Leían las grandes obras que aparecieron tras la paz en el horizonte literario y científico, las obras de Schiller, Goethe, lord Byron, Walter Scott, Jean Paul, Berzélius, Davy, Cuvier, Lamartine, etc. Se calentaban en el seno de estas grandes hogueras, se ensayaban en obras abortadas o conseguidas, dejadas y reemprendidas con ardor. Trabajaban de forma continua, sin cejar, con las inagotables fuerzas de la juventud. Pobres igualmente, pero consumidos por el amor del arte y de las ciencias, olvidaban la actual miseria mientras se ocupaban de poner los cimientos de su fama.

—Lucien, ¿sabes lo que acabo de recibir de París? —dijo el impresor, sacando de su bolsillo un pequeño volumen—. ¡Escucha!

David leyó, como saben leer los poetas, el idilio de André de Chénier, titulado *Nèère*; luego el *Joven enfermo* y después la elegía sobre el suicidio, la compuesta al estilo antiguo y los dos últimos yambos.

—¿O sea que así es André de Chénier? —exclamó Lucien en varias ocasiones—. Es desesperante —repetía por tercera vez, cuando David, demasiado emocionado para continuar, le dejó coger el libro—. Un poeta descubierto por un poeta —dijo, viendo la firma del prefacio.

—Después de haber publicado este volumen —continuó David—, Chénier creyó que nada de lo que había hecho era digno de ser publicado.

Lucien, a su vez, leyó el épico trozo del Ciego y varias elegías. Cuando llegó al fragmento:

«Si ellos no tienen la felicidad, ¿acaso la hay en la tierra?», besó el libro y los dos amigos lloraron, ya que ambos amaban con idolatría.

Los pámpanos se habían dorado, las viejas paredes de la casa, resquebrajadas, medio derruida, agujereadas por las madrigueras de las lagartijas, se habían recubierto de bajorrelieves, tallas y obras de arte innumerables de no sé qué arquitectura, como por obra de las hadas. La fantasía había desparramado sus flores y sus rubíes sobre el pequeño y oscuro patio. La Camille de André Chénier se había convertido para David en su Ève adorada y para Lucien en una gran dama a la que

cortejaba. La Poesía había sacudido los pliegues majestuosos de su ropaje estrellado en el taller en el que gesticulaban los monos y los osos de la tipografía. Daban las cinco, pero los dos amigos no tenían ni hambre ni sed; sus vidas eran como un sueño dorado, tenían todos los tesoros de la tierra a sus pies. Podían percibir ese rincón del horizonte azulado señalado por el dedo de la esperanza a los que la vida es tormentosa y a los que su voz de sirena dice: «Id, volad, escaparéis a la desgracia a través de este espacio de oro, plata y azur». En ese preciso instante, un aprendiz llamado Cérizet, un pilluelo de París que David se había traído a Angulema, abrió la pequeña puerta encristalada que daba del taller al patio y mostró los dos amigos a un desconocido que se adelantaba, saludándolos.

—Caballero —dijo a David, sacando de su bolsillo un enorme cuaderno—, aquí traigo una memoria que me gustaría imprimir, ¿podría decirme aproximadamente cuánto puede costar?

—No imprimimos manuscritos tan largos —respondió David sin mirar el cuaderno—; vaya a casa de los señores Cointet.

—Pero, tenemos un tipo muy bonito que tal vez podría irle muy bien —terció Lucien, cogiendo el manuscrito—. Sería mejor que tuviese la amabilidad de volver mañana, dejándonos su obra para calcular los gastos de impresión.

—No es con el señor Lucien Chardon con el que tengo el honor...

—Sí, caballero —repuso el regente.

—Me siento dichoso, caballero —dijo el autor—, de haber podido conocer a un joven poeta que tiene un porvenir tan brillante. Me ha enviado la señora de Bargeton.

Al oír este nombre, Lucien se sonrojó y balbuceó unas frases para expresar su agradecimiento por el interés que le demostraba la señora de Bargeton. David se dio cuenta del rubor y confusión de su amigo, al que dejó mantener la conversación con el gentilhomme campesino, autor de una memoria sobre la cría del gusano de seda y a quien la vanidad impulsaba a hacerse imprimir para poder ser leído por sus colegas de la Sociedad de Agricultura.

—Bien, Lucien —dijo David cuando el caballero se fue—, ¿acaso amas a la señora de Bargeton?

—Con toda mi alma.

—Pero estáis más separados el uno del otro por los prejuicios que si ella estuviese en Pekín y tu en Groenlandia.

—La voluntad de dos enamorados triunfa por encima de todo —dijo Lucien, bajando la vista.

—Nos olvidarás —replicó el temeroso enamorado de la bella Ève.

—Tal vez, por el contrario, haya sacrificado a mi amor por ti —exclamó Lucien.

—¿Qué quieres decir?

—A pesar de mi amor, a pesar de los diversos intereses que me obligan a

frecuentar su casa, le he dicho que no volvería a poner los pies en ella si un hombre cuyo talento es superior al mío, cuyo porvenir debe ser glorioso, si David Séchard, mi hermano y amigo no era recibido por ella. Debo tener una respuesta en casa. Pero aunque todos los aristócratas sean invitados esta noche para oírme leer versos, si la respuesta es negativa, jamás volveré a poner los pies en casa de la señora de Bargeton.

David apretó fuertemente la mano de Lucien tras haberse enjugado los ojos. Dieron las seis.

—Ève debe estar inquieta; adiós —dijo bruscamente Lucien.

Y desapareció, dejando a David sumido en una de esas profundas emociones que sólo a esta edad se sienten por completo, sobre todo en la situación en la que se encontraban estos dos jóvenes cisnes, a los que la vida de provincia aún no había cortado las alas.

—¡Corazón de oro! —exclamó David, siguiendo con la vista a Lucien, que atravesaba el taller.

Lucien bajó al Houmeau por el bello paseo de Beaulieu, por la calle de Minage y la puerta Saint-Pierre. Si de esta forma tomaba el camino más largo, decid que era porque la casa de la señora de Bargeton se encontraba en este trayecto. Experimentaba tanto placer en pasar bajo las ventanas de esta mujer, aun ignorándolo ella, que desde hacía dos meses ya no iba al Houmeau por la puerta Palet.

Al llegar bajo los árboles de Beaulieu, contempló la distancia que separaba Angulema del Houmeau. Las costumbres de la región habían levantado barreras morales mucho más difíciles de franquear que las cuestas por las que bajaba Lucien. El joven ambicioso que acababa de introducirse en el palacio de Bargeton, lanzando la gloria como un puente volante entre la ciudad y el arrabal, se encontraba inquieto por la decisión de su amada, como un favorito que teme una desgracia tras de haber intentado extender su poderío. Estas palabras pueden parecer oscuras a los que aún no han observado las costumbres propias de las ciudades divididas en parte alta y parte baja, pero es tanto más necesario dar aquí algunas explicaciones sobre Angulema por cuanto que ellas harán comprender mejor a la señora de Bargeton, uno de los personajes más importantes de nuestra historia.

Angulema es una vieja ciudad edificada en la cumbre de una montaña en forma de pan de azúcar, que domina los valles y praderas por los que discurre el Charente. Esta roca se enfrenta por la parte del Périgord con una larga colina que termina bruscamente en la carretera de París a Burdeos, formando una especie de promontorio dibujado por tres pintorescos valles. La importancia que esta ciudad tenía en los tiempos de las guerras de religión queda atestiguada por sus murallas, sus puertas y los restos de una fortaleza situada en la cumbre de la montaña. Su situación hacía antaño de ella un lugar estratégico, igualmente precioso para católicos como para

calvinistas; pero su fuerza de otros tiempos constituye hoy en día su debilidad; al impedirle extenderse sobre el Charente, sus murallas y la pendiente demasiado brusca de la roca la han condenado a la inmovilidad más funesta.

Por la época en que se desarrolla esta historia, el Gobierno trataba de extender la ciudad hacia la parte del Périgord edificando a lo largo de la colina el palacio de la Prefectura, una escuela de náutica, edificios militares, y preparando carreteras. Pero el comercio ya había tomado la delantera en otra parte. Desde hacía algún tiempo, el barrio del Houmeau había crecido como los hongos al pie de la roca y en las márgenes del río, a lo largo del cual transcurre la carretera de París a Burdeos. Nadie ignora la fama de las papeleras de Angulema, que desde hacía tres siglos se habían situado por fuerza junto al Charente o sus afluentes, donde encontraban abundante agua. El Estado había creado en Ruelle su fundición más importante de cañones para la marina. Los talleres, transportes, industrias de carruajes públicos, carenajes y todo negocio que vive de la carretera y del río, se habían agrupado en la parte baja de Angulema, para evitar los problemas que presentaban sus cercanías. Naturalmente, los curtidos, tintorerías y todos los comercios acuáticos quedaron en las cercanías del Charente; después, los almacenes de aguardientes, los depósitos de todas las materias primas transportadas por el río, y finalmente todo el tránsito festoneó con sus establecimientos el borde del Charente.

El barrio del Houmeau se convirtió por tanto en una ciudad rica e industriosa, en una segunda Angulema, que creó celos en la ciudad alta, donde quedaron el Gobierno, el Obispado, la Justicia y la aristocracia. De esta manera, el Houmeau, a pesar de su actividad y creciente pujanza, no fue otra cosa que una segunda Angulema. Arriba la Nobleza y el Poder; abajo, el Comercio y el Dinero; dos zonas sociales constantemente enemigas en todo lugar; es por tanto difícil adivinar cuál de las dos ciudades odiaba más a su rival. La Restauración había agravado este estado de cosas desde hacía nueve años, rompiendo la tranquilidad en que había estado durante el Imperio.

La mayor parte de las casas de la alta Angulema están habitadas bien por familias nobles, bien por familias burguesas de abolengo que viven de sus rentas y forman una especie de nación autóctona en la que los extraños jamás son recibidos. Apenas tras doscientos años de convivencia, tras una alianza con una de las principales familias, una familia procedente de alguna provincia vecina se ve adoptada; a los ojos de los indígenas parece que fue ayer cuando llegó a la región. Los prefectos, los recaudadores de contribuciones, las administraciones que han ido sucediéndose desde hace cuarenta años, han tratado de civilizar a las viejas familias encaramadas en su roca como cuervos desafiadores; las familias han aceptado sus fiestas y sus recepciones, pero en lo tocante a recibirlos en casa, constantemente los han rechazado. Burlones, denigrantes, envidiosos y avarientos, estos linajes se casan entre

ellos, forman en cerradas y apretadas filas para no dejar entrar ni salir a nadie; ignoran las creaciones del lujo moderno; para ellos, enviar un hijo a París es llevarlo a su perdición. Esta prudencia describe la moral y costumbres retrógradas de estas familias imbuidas de un monarquismo miope, repletas de devoción más que religiosas y que viven todas ellas inmóviles como su ciudad y su montaña. Sin embargo, Angulema goza de una gran reputación en las vecinas provincias por la educación que en ella se recibe. Las ciudades adyacentes envían a sus hijas a los pensionados y conventos. Es fácil darse cuenta lo que el espíritu de casta influye en los sentimientos que separan a Angulema del Houmeau. El comercio es rico, la nobleza generalmente es pobre. La una se venga del otro mediante un desprecio igual por ambas partes. La burguesía de Angulema comulga con esta querrela. Un comerciante de la parte alta dice de un negociante del barrio, con acento indefinido:

—¡Es uno del Houmeau!

Dibujando la posición de la nobleza en Francia y dándole esperanzas que no podían realizarse sin un trastorno general, la Restauración aumentó la distancia moral que separaba, aún más que la distancia local, a Angulema del Houmeau. La sociedad noble, unida entonces en el gobierno, se hizo más exclusivista que en cualquier otro lugar de Francia. El habitante del Houmeau se parecía bastante a un paria. De ahí procedían esos sordos odios, tan profundos y arraigados que dieron su espantosa unanimidad a la insurrección de 1830 y destruyeron los elementos de un duradero Estado social en Francia. El orgullo y vanidad de la nobleza de la corte hizo que la nobleza provinciana se desentendiera del trono, del mismo modo que ésta se enemistó con la burguesía al herir todas las vanidades. Un habitante del Houmeau, hijo de un farmacéutico, introducido en la casa de la señora de Bargeton era, por lo tanto, una pequeña revolución. ¿Quiénes eran sus autores? Lamartine y Víctor Hugo, Casimir Delavigne y Canalis, Béranger y Chateaubriand, Villemain y M. Aignan, Soumet y Tissot, Étienne y d'Avrigny, Benjamín Constant y La Mennais, Cousin y Michaud, y en una palabra, tanto las viejas como las jóvenes glorias literarias, los liberales como los monárquicos. La señora de Bargeton era aficionada a las artes y a las letras, gusto extravagante, manía muy deplorada en Angulema, pero que es necesario justificar al esbozar la vida de esta mujer, nacida para ser célebre, mantenida en la oscuridad por fatales circunstancias y cuya influencia determinó el destino de Lucien.

El señor de Bargeton era biznieto de un jurado de Burdeos llamado Mirault, ennoblecido bajo Luis XIII en premio al largo tiempo en el ejercicio de sus funciones. Bajo Luis XIV, su hijo, Mirault de Bargeton, fue oficial de los Guardias de Palacio e hizo un excelente matrimonio de interés, lo cual permitió que en tiempos de Luis XV su hijo fuese llamado pura y simplemente señor de Bargeton. Este señor de Bargeton, nieto del señor Mirault-le-Jurat, puso tanto empeño en comportarse como perfecto gentilhomme, que se comió todos los bienes de la familia y dilapidó su fortuna. Dos

de sus hermanos, tíos abuelos del actual Bargeton, se hicieron negociantes, por lo que se pueden encontrar Mirault en el comercio de Burdeos. Como la tierra de Bargeton, situada en el Angoumois en el feudo dependiente de La Rochefoucauld, había subsistido, así como una casa en Angulema, llamada el palacio de Bargeton, el nieto del señor Bargeton el derrochador heredó estos dos bienes. En 1789 perdió sus derechos útiles y sólo contó con las rentas de la tierra, que estaba valorada en unas diez mil libras. Si su abuelo hubiese seguido los gloriosos ejemplos de Bargeton y de Bargeton II, Bargeton V, al que puede darse el sobrenombre de el Mudo, hubiese sido marqués de Bargeton, y si se hubiese aliado a cualquier gran familia se hubiese encontrado duque y par como tantos otros; mientras que en 1805 se sintió muy halagado por contraer matrimonio con la señorita Marie-Louise Anaïs de Nègrepelisse, hija de un gentilhomme olvidado desde hacía mucho tiempo en su casa solariega, a pesar de que pertenecía a la rama menor de una de las más antiguas familias del mediodía de Francia.

Ya hubo un Nègrepelisse entre los rehenes de San Luis; pero el jefe de la rama mayor lleva el ilustre nombre de Espard, adquirido en tiempos de Enrique IV, a raíz de un matrimonio con la heredera de esta familia. Este gentilhomme, hijo menor a su vez de un hijo menor, vivía de la fortuna de su mujer, consistente en una pequeña propiedad situada cerca de Barbezieux que explotaba a las mil maravillas, llevando a vender su trigo al mercado, quemando él mismo su vino y burlándose de las chanzas de los demás, siempre y cuando pudiera embolsarse unos escudos y ampliar sus posesiones de vez en cuando.

Circunstancias bastante raras en el fondo de las provincias, habían inspirado a la señora de Bargeton el gusto por la música y una inclinación hacia la literatura. Durante la Revolución, un abate Niollant, el mejor alumno del abate Roze, se escondió en el pequeño castillo de Escarbas llevándose su bagaje de compositor. Pagó con creces la hospitalidad del viejo hidalgo, educando a su hija, Anaïs, a la que para abreviar se llamaba Naïs, y que sin esta aventura hubiese quedado abandonada a sí misma o en el peor de los casos, a cualquier doncella. El abate no sólo era músico, sino que poseía además conocimientos bastante extensos de literatura y sabía italiano y alemán. Así pues, enseñó estos dos idiomas y el contrapunto a la señorita de Nègrepelisse; le explicó las grandes obras literarias de Francia, de Italia y de Alemania, descifrando junto con ella la música de todos los grandes maestros. Finalmente, para combatir la inactividad de la profunda soledad a la que le condenaban los acontecimientos políticos, le enseñó griego y latín y le dio un cierto barniz de ciencias naturales. La presencia de una madre no modificó en absoluto esta educación tan masculina en una joven, ya de por sí inclinada a la independencia debido a la vida campestre. El abate Niollant, alma entusiasta y poética, era sobre todo digno de tenerse en cuenta por su carácter, peculiar de los artistas, que encierra

varías cualidades notables, pero que se eleva por encima de las ideas burguesas por la libertad de los juicios y el alcance de sus opiniones.

Si en el mundo este carácter se hace perdonar sus temeridades a causa de su original profundidad, en la vida privada puede parecer perjudicial por los extravíos que provoca. Al abate no le faltaba corazón, y sus ideas, por tanto, fueron contagiosas para una muchacha en quien la natural exaltación de los jóvenes se encontraba corroborada por la soledad del campo. El abate Niollant comunicó su agudeza de examen y su facilidad en enjuiciar las cosas a su alumna, sin pensar que estas cualidades, tan necesarias en un hombre, se convierten en defectos en una mujer destinada a las humildes ocupaciones de una madre de familia. A pesar de que el abate continuamente recomendaba a su alumna ser tanto más graciosa y modesta cuanto iba aumentando su saber, la señorita de Nègrepelisse adquirió una excelente opinión sobre sí misma y concibió un sólido desprecio por la humanidad. No viendo a su alrededor más que personas presurosas por obedecerla y gente de rango inferior, adquirió la altanería de las grandes damas, sin tener las suaves astucias de su cortesía. Halagada en todas sus vanidades por un pobre cura que se recreaba en ella como un autor en su obra, tuvo la desgracia de no hallar ningún punto de comparación que le ayudara a juzgarse a sí misma.

La falta de compañía es una de las mayores desgracias en la vida del campo. A falta de tener para los otros la consideración de los pequeños sacrificios que exige la urbanidad y el tocado, se acaba por adquirir la costumbre de no preocuparse por los demás. Todo se vicia entonces en nosotros, la forma y el ingenio. Al no ser reprimido por el trato de la sociedad, el atrevimiento de las ideas de la señorita de Nègrepelisse pasó a su comportamiento y a su mirada; tenía aquel aire desenvuelto que en un principio parece original, pero que solamente se ve en las mujeres de vida aventurera. De tal forma, esta educación, cuyas asperezas se hubiesen ido puliendo en las altas regiones sociales, debía ridiculizarla en Angulema en cuanto sus adoradores dejaran de divinizar errores, que solamente son graciosos en la juventud. En cuanto al señor de Nègrepelisse, hubiese dado todos los libros de su hija con tal de salvar a un buey enfermo; ya que era tan avaro que no le hubiese concedido ni un ochavo más de su pensión, aunque se hubiese tratado de comprarle la bagatela más necesaria para su educación. El sacerdote murió en 1802, antes de la boda de su querida niña, boda que sin duda hubiese desaconsejado.

El anciano gentilhomme se encontró muy embarazado con su hija tras la muerte del clérigo. Se sentía demasiado débil para sostener la lucha que iba a estallar entre su avaricia y el espíritu independiente de su desocupada hija. Como todas las jóvenes que se han salido del camino trazado por el que deben de caminar las mujeres, Naïs había juzgado el matrimonio y se preocupaba muy poco por él. Le repugnaba someter su inteligencia y su persona a hombres sin valor y sin grandeza personal, como los

que hasta entonces había conocido. Quería mandar y debería obedecer. Entre obedecer a groseros caprichos y a espíritus sin indulgencia por sus gustos, o huir con un amante que le gustara, no habría dudado.

El señor de Nègrepelisse era aún lo suficientemente hidalgo como para temer un matrimonio desigual. Como muchos otros padres, resolvió casar a su hija, más que por ella misma, por su propia tranquilidad. Le era preciso un noble o un gentilhomme corto de luces, incapaz de discutir sobre las cuentas de tutela que quería presentar a su hija, lo bastante carente de talento y de voluntad como para que Naïs pudiera obrar a su antojo y lo bastante desinteresado para que se casara sin dote. Pero, ¿cómo encontrar un yerno que conviniera por igual al padre y a la hija? Un hombre parecido debería ser el fénix de los yernos. Con este doble interés, el señor de Nègrepelisse estudió a los hombres de la provincia, y el señor de Bargeton le pareció ser el único que respondía a su programa. El señor de Bargeton, cuarentón bastante dañado por las disipaciones amorosas de su juventud, era acusado de una seria impotencia intelectual; pero, precisamente, le quedaba el suficiente buen juicio para administrar su fortuna y los suficientes modales para convivir en Angulema sin cometer errores ni tonterías. El señor de Nègrepelisse explicó crudamente a su hija el negativo valor del marido-modelo que le proponía y le hizo ver las ventajas que podía sacar de tal situación para su propia dicha: se casaba con un nombre y un blasón con más de doscientos años de antigüedad, los Bargeton «cuartelan de oro en tres cabezas descarnadas de ciervo de gules, dos y unos cruzados por tres cabezas de buey de sable, uno y dos y fajado de azur y plata de seis piezas, con el azur cargado con seis conchas de oro, tres, dos y uno». Provista de una «carabina», podría disponer de su fortuna a su antojo, al abrigo de una razón social y con la ayuda de las relaciones que en París le proporcionarían su inteligencia y su belleza. Naïs quedó seducida ante la perspectiva de una libertad semejante. El señor de Bargeton pensó que realizaba un brillante matrimonio, estimando que su suegro no tardaría en dejarle tierras que con tanto esmero cuidaba; pero en aquel momento el señor de Nègrepelisse parecía tener que escribir el epitafio de su yerno.

La señora de Bargeton se encontró entonces con que tenía treinta y seis años y su marido cincuenta y ocho. Esta disparidad chocaba tanto más cuanto que el señor de Bargeton aparentaba setenta años, mientras su mujer podía impunemente hacer el papel de jovencita, vestirse de rosa o peinarse de un modo infantil. A pesar de que su fortuna no excedía de doce mil libras de renta, se encontraba clasificada entre las seis fortunas más considerables de la ciudad antigua, exceptuando a los negociantes y a los administradores. La necesidad de cultivar a su padre, de quien la señora de Bargeton esperaba la herencia para trasladarse a París, y que le hizo esperar tanto que su yerno murió antes que él, éste obligó al señor y a la señora de Bargeton a vivir en Angulema, en donde las brillantes cualidades del ingenio y las riquezas en bruto

escondidas en el corazón de Naïs deberían perderse sin dar fruto, para irse cambiando con el transcurrir del tiempo en ridiculeces. Efectivamente, nuestras ridiculeces son causadas en su mayor parte por un bello sentimiento, por las virtudes o por facultades llevadas a sus últimos extremos. El orgullo, que no modifica en nada la forma de obrar del gran mundo, se convierte en algo mezquino al desplegarse en pequeñas cosas en lugar de ampliarse en un círculo de sentimientos elevados. La exaltación, esta virtud en la virtud que engendra a las santas, que inspira los ocultos sacrificios y las brillantes poesías, se convierte en una exageración al aplicarla a las naderías de provincias. Lejos del centro en donde brillan los espíritus preclaros, en donde el aire está cargado de pensamientos, en donde todo se renueva, la instrucción envejece, el gusto pierde su naturaleza como si de agua estancada se tratara. A falta de ejercicio, las pasiones se achican al aumentar las mínimas cosas. Ahí es donde se ha de buscar la razón de la avaricia y del comadreo que infestan la vida de provincias. Bien pronto la imitación de las ideas estrechas y de los comportamientos mezquinos se adueña de la persona más distinguida. De este modo perecen los hombres nacidos para ser grandes, las mujeres que, educadas por las enseñanzas del mundo y formadas por espíritus superiores, hubiesen sido encantadoras. La señora de Bargeton tomaba la lira a propósito de una bagatela, sin distinguir las poesías personales de las poesías públicas. Hay efectivamente ciertas sensaciones incomprendidas que deben reservarse para uno mismo. Indudablemente una puesta de sol es un gran poema, pero una mujer, ¿acaso no es ridícula al describirla con frases enfáticas ante un público de personas materialistas? Existen esa clase de voluptuosidades que sólo pueden saborearse entre dos, de poeta a poeta, de corazón a corazón. Tenía el enorme defecto de emplear aquellas inmensas frases recargadas con palabras enfáticas y tan ingeniosamente llamadas en la jerga del periodismo tartinas, de las que todas las mañanas ofrece una buena ración a sus abonados, quienes se las tragan a pesar de ser bastante poco digeribles. Prodigaba desmesuradamente superlativos que recargaban su conversación y en donde las cosas más pequeñas adquirían dimensiones gigantescas.

En esta época es cuando todo se comenzaba a tipificar, individualizar, sintetizar, dramatizar, superiorizar, analizar, poetizar, prosaizar, colosificar, angelizar, minimizar y personificar; ya que es preciso violar por un momento el lenguaje a fin de describir nuevos defectos que comparten algunas mujeres. Su manera de ser se inflamaba entonces tanto como su lenguaje. El ditirambo se encontraba en su corazón y en sus labios. Palpitaba, desfallecía y se entusiasmaba con cualquier acontecimiento: por el sacrificio de una hermana gris, por la ejecución de los hermanos Faucher, por el *Ipsiboé* del señor de Arlincourt, como por el *Anaconda* de Lewis, por la evasión de Lavalette, como por una de sus amigas que había logrado poner en fuga a unos ladrones imitando una voz de hombre.

Para ella todo era sublime, extraordinario, extraño, divino, maravilloso. Se animaba, se enojaba, caía en el abatimiento, se elevaba, volvía a caer, miraba el cielo o la tierra; sus ojos se llenaban de lágrimas. Consumía su vida en perpetuas admiraciones y se consumía en medio de extraños desdenes. Se imaginaba al bajá de Janina y hubiese querido luchar con él en su serrallo, y encontraba algo de grandeza en ser cosida en un saco y lanzada al agua. Tenía envidia de lady Esther Stanhope, aquella literata del desierto. Sentía ganas de hacerse hermana de Santa Camila e ir a morir de fiebre amarilla en Barcelona, cuidando enfermos: ¡eso sí que era un objetivo grande y noble! En una palabra, se sentía sedienta de todo lo que no fuera el agua clara de su vida, escondida entre las hierbas. Adoraba a Lord Byron, a Jean-Jacques Rousseau y a todas las existencias poéticas y dramáticas. Tenía lágrimas para todas las desgracias y fanfarrias para todas las victorias. Simpatizaba con Napoleón vencido y simpatizaba con Mehemet-Alí, asesinando a los tiranos de Egipto. En resumen, envolvía a las personas con una aureola y creía que vivían en medio de luz y perfumes. Para mucha gente daba la impresión de ser una loca cuya locura no era peligrosa; pero, con toda seguridad, a un observador perspicaz estas cosas hubiesen parecido los restos de un magnífico amor desmoronado tan pronto como fue construido, los escombros de una Jerusalén celestial, en fin, el amor sin el amante. Y era verdad.

La historia de los dieciocho primeros años de matrimonio de la señora de Bargeton puede escribirse en pocas palabras. Vivió durante algún tiempo de su propia substancia y de lejanas esperanzas. Luego, tras de haber reconocido que la vida de París, a la que aspiraba, le estaba vedada a causa de la mediocridad de su fortuna, se entretuvo en observar a las personas que la rodeaban y se estremeció ante su soledad. No veía a su alrededor a ningún hombre que pudiera inspirarle una de esas locuras a las que las mujeres se abandonan, empujadas por la desesperación que les causa una vida sin perspectivas, sin acontecimientos, sin interés. No podía contar con nada, ni siquiera con el azar, pues hay vidas sin azar. En los tiempos en que el Imperio brillaba en toda su gloria, a raíz del paso de Napoleón a España donde enviaba a la flor y nata de su ejército, las esperanzas de esta mujer, hasta entonces defraudadas, se despertaron. La curiosidad la empujó naturalmente a contemplar a estos héroes que conquistaban Europa con una palabra que saliera en la orden del día, y que aumentaban las fabulosas hazañas de la caballería. Las ciudades más avariciosas y refractarias se veían obligadas a festejar a la Guardia Imperial, a cuyo encuentro iban los alcaldes y los prefectos con una arenga en los labios, como en tiempos de la Monarquía.

La señora de Bargeton, que asistió a un baile ofrecido a la ciudad por uno de los regimientos se prendó de un gentilhomme, simple teniente a quien el astuto Napoleón había enseñado el bastón de mariscal de Francia. Esta contenida pasión, noble y

grande, que tanto contrastaba con las pasiones de entonces, tan fáciles de ligar y desligar, fue consagrada castamente por la mano de la muerte. En Wagram, una bala de cañón estalló sobre el corazón del marqués de Cante-Croix, destrozando el único retrato que atestiguaba la belleza de la señora de Bargeton. Lloró durante mucho tiempo a aquel guapo muchacho, que en sólo dos campañas había llegado al grado de coronel, animado por la gloria y el amor, y que anteponía una carta de Naïs a las distinciones imperiales. El dolor dejó en el rostro de esta mujer un velo de tristeza. Esta nube no se disipó hasta la edad terrible en que la mujer comienza a lamentar sus bellos años pasados sin haberles sacado provecho, cuando ve marchitarse sus rosas y cuando los deseos del amor renacen con el ansia de prolongar las últimas sonrisas de la juventud.

Todas sus superioridades hicieron una llaga en su alma en el instante que se apoderó de ella el frío de la provincia. Al igual que el armiño, se hubiese muerto de pesar si, por una casualidad, se hubiese mancillado al contacto de hombres que sólo piensan en jugarse unas monedas por la noche tras de haber cenado opíparamente. Su orgullo la preservó de los tristes amoríos de provincias. Entre la nulidad de hombres que la rodeaban y la nada, una mujer debe preferir la nada, sobre todo si se trata de una mujer superior. Así, el matrimonio y el mundo fueron para ella un monasterio. Vivió para la poesía como la carmelita vive para la religión. Las obras de los ilustres extranjeros, desconocidos hasta entonces, y que se publicaron, entre 1815 y 1821; los grandes tratados del señor de Bonald y los del señor de Maistre, estas dos águilas pensadoras, en fin, las obras menos grandiosas de la literatura francesa, que tan vigorosamente dio sus primeros frutos, embellecieron su soledad, pero no suavizaron ni su carácter ni su persona. Se mantuvo terca y fuerte como un árbol que ha aguantado un rayo sin haber sido abatido. Su dignidad se irguió, su realeza la hizo preciosa y quintaesenciada. Como todos aquellos que se dejan adular por cortesanos cualesquiera, dominaba con sus defectos. Tal era el pasado de la señora de Bargeton, fría historia que era necesario contar para que puedan comprenderse sus relaciones con Lucien, que fue introducido en su casa de forma un tanto singular. Durante el último invierno había llegado a la ciudad una persona que animó la existencia monótona que llevaba la señora de Bargeton. El puesto de director de contribuciones indirectas había quedado vacante y el señor de Barante envió para ocuparlo a un hombre cuyo aventurero destino decía en su favor lo bastante como para que la curiosidad femenina le sirviese de pasaporte para llegar hasta la reina de la región.

El señor du Châtelet, venido al mundo bajo el nombre de Sixte Châtelet a secas, pero que a partir de 1806 había tenido la buena ocurrencia de atribuirse la partícula, era uno de esos jóvenes agradables que bajo Napoleón escaparon a todas las levadas y reclutamiento, permaneciendo junto al sol imperial. Había iniciado su carrera con el puesto de secretario de órdenes de una princesa imperial. El señor du Châtelet poseía

toda la capacidad exigida para su trabajo. Apuesto, guapo, buen bailarín, sabía jugar al billar, ducho en todos sus ejercicios, mediocre actor de sociedad, cantante de romanzas, aplaudidor de frases ingeniosas, presto a todo, ágil, envidioso, lo sabía todo y todo lo ignoraba. Poco dotado para la música, acompañaba al piano, bien que mal, a una mujer que quería cantar por capricho una romanza aprendida con mil penas durante un mes. Incapaz de sentir la poesía, pedía audazmente el permiso de pasear durante diez minutos a fin de hacer una improvisación, alguna quarteta insípida y en donde la rima reemplazaba a la idea. El señor du Châtelet estaba también dotado con el talento necesario para terminar la tapicería cuyas flores había empezado la princesa, sostenía con gracia infinita los hilos de seda que ella iba separando, mientras le decía nimiedades en donde la indecencia se escondía bajo una gasa más o menos agujereada. Completamente ignorante en pintura, sabía copiar un paisaje, esbozar un perfil diseñar un vestido y colorearlo. En una palabra, gozaba de todas aquellas pequeñas cualidades que eran tan enormes vehículos de fortuna en una época en que las mujeres han tenido en todo una influencia mayor de lo que se puede sospechar. Pretendía tener vastos conocimientos en diplomacia la ciencia de los que no disponen de ninguna y que son profundos a causa de su vacío; ciencia, por otro lado, muy cómoda en el sentido que se demuestra mediante el ejercicio de sus altas funciones; ya que necesitando hombres discretos, permite que los ignorantes no digan nada, refugiándose en sus misteriosas inclinaciones de cabeza; y finalmente, el hombre más fuerte es el que nada manteniendo su cabeza por encima de la corriente de los acontecimientos, que de este modo parece guiar, lo que se convierte en una cuestión de ligereza específica. Allí, como en las artes, se encuentra con mil mediocridades para un hombre de genio.

A pesar de su servicio ordinario y extraordinario cerca de su Alteza Imperial, el crédito e influencias de su protectora no habían podido colocarle en el Consejo de Estado; y no porque no hubiese sido un delicioso *Maître des Requêtes* como tantos otros, sino porque la princesa le consideraba mejor situado cerca de ella que en cualquier otra parte. Sin embargo fue nombrado barón y llegó a Cassel como enviado extraordinario, y desde luego pareció ser muy extraordinario. En otras palabras, Napoleón, durante una crisis, se sirvió de él como de un correo diplomático. En el momento en que el Imperio cayó, el barón du Châtelet tenía la promesa de ser nombrado ministro en Westfalia, junto a Jerónimo. Después de haber perdido lo que él denominaba una embajada de familia, fue presa de la desesperación; realizó un viaje a Egipto en compañía del general Armand de Montriveau. Separado de su compañero por sorprendentes acontecimientos, erró durante dos años por el desierto, de oasis en oasis, de tribu en tribu, cautivo de los árabes, que se lo vendían los unos a los otros sin poder sacar el menor provecho de sus aptitudes. Finalmente llegó a las posesiones del imán de Máscate, mientras Montriveau se dirigía a Tánger, pero tuvo

la suerte de encontrar en Máscate un navío inglés que se hacía a la vela y pudo regresar a París un año antes que su compañero de viaje. Sus recientes desgracias, algunas relaciones que de antaño conservaba favores hechos a algunos personajes entonces influyentes, le valieron una recomendación para el presidente del Consejo, quien le situó junto al señor de Barante, en espera de que quedase libre una Dirección. El papel desempeñado por el señor du Châtelet juntó su Alteza Imperial, su reputación de hombre galante, los singulares acontecimientos de su viaje, sus sufrimientos, todo ello excitó la curiosidad de las damas de Angulema. Enterado de las costumbres de la ciudad alta, el señor barón Sixte du Châtelet se comportó en consecuencia. Se hizo el enfermo, interpretó el papel de un hombre desilusionado y escéptico.

A la menor ocasión se cogía la cabeza entre las manos como si sus sufrimientos no le dejaran un momento de descanso, astuta maniobra que recordaba su viaje y le hacía interesante. Visitó a las autoridades superiores, el general, el prefecto, el recaudador general y el obispo; pero en todas partes se mantuvo frío, educado y ligeramente desdeñoso como aquellas personas que no se encuentran en el lugar que les corresponde y que esperan favores del poder. Dejó adivinar su talento social, que ganó al no ser conocido; y luego, tras de haberse hecho desear sin dejar que la curiosidad decayera, tras de haber reconocido la nulidad de los hombres y haber examinado hábilmente a las mujeres durante varios domingos en la catedral, reconoció en la señora de Bargeton a la persona cuya intimidad le convenía. Contó con la música para abrirse las puertas de aquel palacio, impenetrable a los forasteros. Secretamente consiguió una misa de Miroir y la estudió al piano; luego, un domingo en el que toda la sociedad de Angulema se encontraba en misa, extasió a los ignorantes tocando el órgano y despertó el interés que a su persona se había adherido haciendo circular discretamente su nombre por entre los miembros del bajo clero. A la salida de la iglesia, la señora de Bargeton le felicitó y lamentó no tener ocasión de interpretar música juntos; durante este encuentro preparado, se hizo, naturalmente, ofrecer el pasaporte que no hubiese obtenido si lo hubiera solicitado. El hábil barón fue a la casa de la reina de Angulema, a la que prodigó atenciones comprometedoras. Este apuesto anciano, pues ya contaba cuarenta y cinco años, vio en esta mujer toda una juventud que reanimar, tesoros que revalorizar y tal vez una viuda rica dispuesta a casarse, en una palabra, una alianza con la familia de los Nègrepelisse que le permitiría abordar en París a la marquesa de Espard, cuya influencia podía abrirle de nuevo las puertas de la carrera política. A pesar del muérdago sombrío y lujuriente que estropeaba a este bello árbol, resolvió dedicarse a él, podarlo y cultivarlo para obtener de él bellos frutos. La Angulema noble protestó por la intromisión de este infiel en la alcazaba, ya que el salón de la señora de Bargeton era el cenáculo de una sociedad pura de toda mezcla. Sólo el obispo asistía con cierta frecuencia, el prefecto

era recibido solamente dos o tres veces al año; el recaudador general de contribuciones no ponía los pies en él; la señora de Bargeton iba a sus reuniones y a sus conciertos, pero nunca cenaba en su casa. No recibir al recaudador general y aceptar a un simple director de contribuciones era una falta de respeto para la jerarquía que pareció inconcebible a las desdeñadas autoridades.

Los que en alas del pensamiento pueden iniciarse en las pequeñeces que se encuentran en cada esfera social, comprenderán muy bien lo que imponía el palacio de Bargeton a la burguesía de Angulema. Respecto al Houmeau, las grandezas de este Louvre en pequeño, la gloria de este palacio de Rambouillet angulemino brillaba a una distancia solar. Todos los que en él se reunían eran los ingenios más pedestres, las inteligencias más mezquinas, los más pobres señores en veinte leguas a la redonda. La política se extendía en verbosas trivialidades apasionadas; *Le Quotidienne* allí parecía morigerado, Luis XVIII era tildado de jacobino. En cuanto a las mujeres, la mayor parte tontas y sin gracia, se arreglaban mal, todas tenían alguna imperfección que las afeaba, nada allí era completo, ni la conversación, ni el tocado, ni el espíritu, ni la carne.

Sin sus proyectos acerca de la señora de Bargeton, Châtelet no hubiese podido resistirlo. Sin embargo, los modales y el espíritu de casta, su aire de gentilhombre, el orgullo del noble de pequeño feudo y el conocimiento de las leyes de la educación, ocultaban todo este vacío. Allí la nobleza de sentimientos era mucho más real que en la esfera de las grandezas parisienses; a pesar de todo, mostraban una respetable adhesión a los Borbones. Esta sociedad podía compararse, si es posible admitir tal imagen, a la plata antigua, ennegrecida pero pesada. La inmovilidad de sus opiniones políticas tenía cierto parecido con la fidelidad. El espacio que se interponía entre ella y la burguesía, la dificultad por alcanzarla, simulaban una especie de elevación y le daban un valor convencional. Cada uno de esos nobles tenía su precio para los habitantes, al igual que las conchas representan la plata entre los negros de Bambarra. Diversas mujeres, halagadas por el señor du Châtelet y reconociendo en él la superioridad de que carecían los hombres que solían tratar, calmaron la insurrección de los amores propios: todas esperaban apropiarse de la sucesión de su Alteza Imperial. Los puristas pensaron que verían al intruso en casa de la señora de Bargeton, pero que no sería recibido en ninguna otra casa.

Du Châtelet encajó varias impertinencias, pero se mantuvo en su posición cultivando al clero. Luego, acarició los defectos que el terruño había proporcionado a la reina de Angulema, le trajo todos los nuevos libros y le leía las poesías que se iban publicando. Se extasiaban juntos con las obras de los poetas jóvenes, ella de buena fe, él aburriéndose, pero tomando con paciencia los poetas románticos que, como hombre de la escuela imperial, comprendía difícilmente. La señora de Bargeton, entusiasmada por el renacimiento debido a la influencia de los lises, admiraba al

señor de Chateaubriand por haber llamado a Victor Hugo un niño sublime. Triste por no conocer al genio más que de lejos, suspiraba por París, en donde vivían los grandes hombres. El señor du Châtelet creyó entonces maravillarla, haciéndole saber que en Angulema existía otro niño sublime, un joven poeta que, sin saberlo, sobrepasaba en brillantez el resplandor de las estrellas parisienses. ¡Un futuro gran hombre había nacido en el Houmeau! El prefecto del colegio había enseñado admirables composiciones poéticas al barón. Pobre y modesto, el muchacho era un Chatterton sin cobardía política, sin el odio feroz contra las grandezas sociales que empujó al poeta inglés a escribir panfletos contra sus bienhechores.

En medio de las cinco o seis personas que compartían su afición por las artes y las letras, éste porque rascaba un violín, aquel porque ensuciaba más o menos el papel blanco con alguna sepia, uno en su calidad de presidente de la Sociedad de Agricultura, el otro en virtud de una voz de bajo que le permitía cantar en forma de tocata de caza el *Se fiato in corpo habete*; entre estas figuras caprichosas, la señora del Bargeton se encontraba como un hambriento ante una comida de teatro, en donde los manjares son de cartón. De esta forma, nada podría describir su alegría cuando se enteró de esta noticia. Quiso ver a este poeta, ¡a este ángel!, se excitó, se entusiasmó y habló de ello durante dos horas completas. A la mañana siguiente, el antiguo correo diplomático había negociado a través del prefecto la presentación de Lucien en casa de la señora de Bargeton.

Sólo vosotros, pobres islotes de provincias para quienes las distancias sociales son más largas a recorrer que para los parisienses, a cuyos ojos se acortan de día en día, vosotros sobre los que tan duramente pesan las rejas entre las que cada uno de los diferentes mundos del mundo se anatematiza y se llama roca, sólo vosotros llegaréis a comprender el trastorno que se operó en el cerebro y el corazón de Lucien Chardon cuando su imponente prefecto le dijo que ¡las puertas del palacio de Bargeton se iban a abrir ante él!, ¡la gloria las había hecho girar sobre sus goznes! Sería bien recibido en esta casa cuyos viejos aguilonos atraían su mirada cuando por la noche se paseaba por Beaulieu junto con David, diciéndose que sus nombres tal vez nunca llegarían a sus oídos, duros y sordos para una ciencia que viene desde tan abajo. Sólo su hermana fue enterada del secreto. Como buena ama de casa y divina adivinadora, Ève sacó algunos luises del tesoro para comprar zapatos finos a Lucien en el mejor zapatero de toda Angulema y un traje nuevo en el mejor sastre. Le adornó su mejor camisa con una chorrera que ella misma almidonó y planchó. ¡Qué alegría cuando le vio vestido!, ¡qué orgullosa se sintió de su hermano!, ¡cuántas advertencias! Adivinó mil pequeñas tonterías. El entrenamiento de la meditación había proporcionado a Lucien la costumbre de acodarse en cuanto se sentaba, llegaba al extremo de traer hacia sí una mesa para apoyarse en ella; Ève le prohibió que en el santuario se abandonara a modales desenvueltos. Le acompañó hasta la puerta de Saint-Pierre,

llegó casi enfrente de la catedral y le vio dirigirse por la calle de Beaulieu para llegar hasta la Alameda, en donde le esperaba el señor du Châtelet. Luego, la pobre muchacha permaneció conmovida como si se tratara de algún gran acontecimiento. Lucien en casa de la señora de Bargeton era para Ève la aurora de la fortuna. La santa criatura ignoraba que donde empieza la ambición, cesan los sentimientos espontáneos y desinteresados.

Al llegar a la calle de Minage el aspecto exterior no extrañó a Lucien en absoluto. Este Louvre al que su imaginación había atribuido dimensiones gigantescas era una casa construida en piedra caliza, abundante en la región, y que el tiempo había dorado. El aspecto, de bastante tristeza en la calle, era en su interior muy sencillo: era el patio de provincias, frío y bien cuidado; una arquitectura sobria, casi monástica, bien conservada. Lucien subió por una vieja escalera con balaustrada de castaño, cuyos escalones dejaban de ser de piedra en el primer piso. Tras de atravesar una mezquina antecámara y un gran salón poco iluminado, encontró a la soberana en un saloncito revestido de madera tallada al gusto del siglo pasado y pintada de color gris. La parte superior de las puertas era de camafeo. Un viejo damasquinado rojo, mezquinamente acompañado, decoraba los entrepaños. Los muebles, de formas antiguas, se escondían lastimosamente bajo fundas a cuadros rojos y blancos.

El poeta vio a la señora de Bargeton sentada en un canapé con un pequeño colchón de piqué, ante una mesa redonda cubierta con un tapete verde e iluminada con un quinqué antiguo de dos bujías y pantalla. La reina no se levantó, se agitó agradablemente en su asiento, sonriendo al poeta, a quien aquel serpenteo causó mucho efecto, encontrándolo distinguido. La gran apostura de Lucien, la timidez de sus ademanes, su voz, todo él, causó una gran impresión en la señora de Bargeton. El poeta era ya poesía. El joven examinó con discretas ojeadas a esta mujer que le pareció en armonía con su reputación; no se sentía defraudado en ninguna de sus ideas acerca de una gran dama. La señora de Bargeton llevaba, siguiendo una nueva moda, un gorrito acuchillado de terciopelo negro. Este tocado, que mantiene una reminiscencia de la Edad Media, impone a un joven, ampliando, por así decirlo, a la mujer; se escapaba un cabello rebelde de un rubio casi rojizo, dorado a la luz y ardiente alrededor de los rizos. La noble dama tenía el resplandeciente rostro con el cual una mujer compensa los pretendidos inconvenientes de tal aleonado color. Sus grises ojos chispeaban y estaban perfectamente coronados por la masa blanca, perfectamente tallada, de su frente un tanto arrugada ya; cercados por un margen nacarado en donde, a cada lado de la nariz, unas venas azules hacían resaltar la blancura de este delicado encuadre. La nariz era de una curvatura borbónica que contribuía al fuego de un rostro alargado, presentándolo como un punto brillante en donde se pintaba el real ascendiente de los Conde. La cabellera no ocultaba el cuello completamente. El vestido, cruzado descuidadamente, dejaba ver un pecho níveo en

donde el ojo adivinaba unos senos intactos y bien colocados.

Con sus dedos afilados y delgados, pero cuidados, la señora de Bargeton hizo al joven poeta un gesto amistoso para indicarle la silla que se encontraba junto a ella. El señor du Châtelet tomó un sillón. Lucien se dio cuenta entonces de que se encontraban solos. La conversación de la señora de Bargeton embriagó al poeta del Houmeau. Las tres horas que pasó junto a ella fueron para Lucien uno de esos sueños que quisieran eternizarse. Encontró a esta mujer más bien adelgazada que delgada, amante sin amor, enferma a pesar de su vitalidad; los defectos que su comportamiento exageraba, le gustaron, ya que la juventud empieza por gustar de la exageración, esa mentira de las almas nobles. No se fijó en lo ajado de sus mejillas, con barrillos en los pómulos y a los que los disgustos y algunos sufrimientos habían dado un tono color ladrillo. Su imaginación se adueñó en un principio de aquellos ojos de fuego, de aquellos elegantes bucles por donde se desparramaba la luz, de aquella brillante blancura, puntos luminosos en los que se embelesó como una mariposa en una bujía. Por otra parte, aquella alma habló demasiado a la suya para que pudiera juzgar a la mujer. La animación de esta exaltación femenina, el verbo de las frases un tanto viejas que desde hacía mucho tiempo repetía la señora de Bargeton, pero que a él le parecieron nuevas, le fascinaron tanto más cuanto que él estaba empeñado en encontrarlo todo bien. No había traído ninguna poesía para poder leer, pero no hubo necesidad de ello: había olvidado sus versos para así tener una nueva excusa para volver; la señora de Bargeton no había hablado de ello para comprometerle a hacer una lectura cualquier otro día. ¿No era éste un primer acuerdo? El señor Sixte du Châtelet quedó descontento con aquella recepción. Un tanto tardíamente se dio cuenta de que en aquel apuesto joven podía haber un rival, por lo que le acompañó a la vuelta hasta la primera curva de la cuesta hacia Beaulieu, en un afán de someterle a su diplomacia. Lucien no quedó ni medianamente extrañado al oír al director de contribuciones indirectas vanagloriarse de haberle introducido y dándole, en consecuencia, algunos consejos.

—Quiera Dios que fuese mejor tratado que él —decía el señor du Châtelet—. La corte era menos impertinente que esta sociedad de patanes. En ella se recibían mortales heridas y había que encajar tremendos desdenes. La revolución de 1789 volvería de nuevo si aquellas gentes no se corregían. En cuanto a él, si continuaba yendo a aquella casa era por la señora de Bargeton, la única mujer limpia que había en Angulema y a la que había hecho el amor a causa del ocio y de la que estaba locamente enamorado. La iba a poseer muy pronto, pues todo presagiaba que era correspondido. La sumisión de esta reina orgullosa sería la única venganza que obtendría de aquella necia casa de hidalgueros.

Châtelet expresó su pasión como hombre capaz de matar a un rival, si es que encontraba alguno. La vieja mariposa imperial cayó con todo su peso sobre el pobre

poeta, tratando de aplastarle con su importancia y darle miedo. Se hinchó, contando los peligros de su viaje, ciertamente aumentados; pero si causó cierto efecto a la imaginación del poeta, no asustó en absoluto al amante.

Después de esta velada, y a pesar del viejo fatuo, no obstante sus amenazas y su continente de espadachín burgués, Lucien había vuelto a casa de la señora de Bargeton, primero con la discreción de un habitante del Houmeau, pero luego bien pronto se familiarizó con lo que en un principio le había parecido un enorme favor y vino a verla cada vez más frecuente mente. El hijo de un farmacéutico fue tomado por aquellas gentes como un ser sin importancia. En un principio, si algún gentilhomme o algunas mujeres de visita en casa de Naïs se encontraban con Lucien, tenían todos la abrumadora cortesía de las personas conforme es debido para con los inferiores.

Lucien, al principio, encontró a este mundo muy gracioso, pero más tarde adivinó el sentimiento de donde procedían aquellas falaces consideraciones. Bien pronto sorprendió algunos aires protectores, que removieron su hiel y le confirmaron en las odiosas ideas republicanas por las que muchos de estos futuros patricios se inician en la alta sociedad. Pero cuántos sufrimientos no hubiese aceptado a causa de Naïs, a la que oía llamar así, ya que entre los íntimos de ese clan, al igual que entre los Grandes de España o la *creme* de Viena, se llamaban, mujeres y hombres, por sus diminutivos, último matiz inventado para poner una distinción en el corazón de la aristocracia angulemina.

Naïs fue amada como todo joven ama a la primera mujer que le adula, ya que Naïs auguraba un gran porvenir, una inmensa gloria a Lucien. La señora de Bargeton echó mano de toda su habilidad para establecer en su casa a su poeta: no solamente le exaltaba fuera de toda medida, sino que le presentaba como un muchacho sin fortuna al que quería dar una situación y le empequeñecía a fin de poder conservarlo; hacía de él su lector, su secretario, pero le amaba más de lo que creía poder amar tras el desgraciado incidente que le había ocurrido. En su fuero interno se trataba muy duramente, se decía que sería una locura querer a un joven de veinte años que ya por su misma posición se encontraba tan lejos de ella. Sus familiaridades eran caprichosamente desmentidas por la altanería que le inspiraba sus escrúpulos. Se mostraba unas veces altanera, otras protectora; unas tierna, otras aduladora.

En un principio, intimidado por el alto rango de esta mujer, Lucien fue presa de todos los terrores, esperanzas y abatimientos que acompañan al primer amor y lo sitúan de forma tan preeminente en el corazón por los golpes que alternativamente proporcionan el dolor y el placer. Durante dos meses vio en ella una bienhechora que se iba a ocupar de él maternalmente. Pero pronto comenzaron las confidencias. La señora de Bargeton llamó a su poeta querido Lucien; luego, simplemente querido. El poeta, enardecido, llamó a esta gran dama Naïs. Al oír que la llamaba de ese modo,

fue presa de una de esas cóleras que tanto gustan a los niños; le reprochó usar un nombre que todo el mundo utilizaba. La altiva y noble Nègrepelisse ofreció a este bello ángel aquel de sus nombres que aún se encontraba inédito y quiso ser Louise para él. Lucien alcanzó el tercer cielo del amor. Una tarde, Lucien entró en el momento en que Louise contemplaba un retrato, que rápidamente ocultó, y él quiso verlo. Para calmar la desesperación de un primer ataque de celos, Louise le enseñó el retrato del joven Cante-Croix, y le contó, no sin llanto, la dolorosa historia de sus amores, tan puros y ahogados con tanta crueldad. ¿Imaginaba ser causante de una infidelidad para con su muerto, o había pensado hacer a Lucien un rival de este retrato? Lucien era muy joven para analizar a su amada y se desesperó ingenuamente, ya que ella se lanzó a la campaña durante la cual las mujeres hacen batirse en la brecha a escrúpulos fortificados más o menos ingeniosamente. Sus discusiones acerca de los deberes, de las conveniencias, sobre la religión, son como plazas fuertes que les gusta ver tomadas por asalto. El inocente Lucien no tenía necesidad de todas estas coqueterías, hubiese guerreado de forma completamente inocente.

—Yo no moriré —le dijo un día Lucien audazmente, queriendo acabar con el señor de Cante-Croix—, yo viviré para usted. Y le dirigió una mirada en la que se leía una pasión que llegaba a su paroxismo.

Asustada por los progresos que este nuevo amor hacía en ella y en su poeta, Louise le pidió los versos prometidos para la primera página de su álbum, buscando un motivo de disputa en el retraso que ponía en componerlos. ¿Qué experimentó al leer estas dos estrofas, que, naturalmente, encontró más bellas que las mejores de Canalis, el poeta de la aristocracia?

El mágico pincel, las musas lisonjeras,
no siempre adornarán, de mis hojas ligeras
su fiel blancura;
y el lápiz furtivo de la bella amada mía
me confiará a menudo su secreta alegría
o su muda locura.
Ahí, cuando sus dedos más torpes a mis páginas marchitas
pidan rasan de las horas exquisitas
que le depara el futuro,
quiera entonces el amor que de este bello viaje
el recuerdo seguro
sea agradable como el firmamento sin celaje.

—¿Soy yo, verdaderamente, quien se las ha inspirado? —preguntó ella.
Esta sospecha, dictada por la coquetería de una mujer que se complacía en jugar

con fuego, hizo asomar una lágrima a los ojos de Lucien; ella le calmó besándole por primera vez en la frente. Decididamente, Lucien fue un gran hombre que ella quiso formar; pensó enseñarle el italiano y el alemán, perfeccionar sus modales, y así encontró una excusa para tenerle siempre en casa, ante las barbas de sus pesados cortesanos, siempre tan aburridos. Su vida se llenó de interés. Se dedicó de nuevo a la música a causa de su poeta, a quien descubrió el mundo musical, le interpretó algunos bellos pasajes de Beethoven y le encantó; dichosa con su alegría, le decía hipócritamente, viéndole medio pasmado:

—¿Acaso no es posible contentarse con esta dicha?

El pobre poeta era lo suficientemente necio como para contestar:

—Sí.

Finalmente las cosas llegaron a tal punto que Louise hizo que Lucien cenara en su casa, teniendo como tercero en la mesa al doctor de Bargeton. A pesar de esta precaución, toda la ciudad se enteró del hecho y lo consideró tan excesivo que todos se preguntaron si podía ser verdad. Fue un tremendo rumor. Para muchos, pareció que la Sociedad se encontraba en vísperas de una catástrofe. Otros exclamaron:

—He aquí el fruto de las doctrinas liberales.

El celoso du Châtelet se enteró entonces que la señora Charlotte, que cuidaba a las parturientas, era la señora Chardon, madre del Chateaubriand del Houmeau, según decía él. Esta expresión fue considerada como una frase ingeniosa. La señora de Chandour fue la primera en correr a casa de la señora de Bargeton.

—¿Sabe, querida Naïs, de lo que habla todo Angulema? —le dijo—. Parece ser que ese poetastro tiene por madre a la señora Charlotte, que hace sólo un par de meses cuidaba a mi hermana durante el parto.

—Querida —le repuso la señora de Bargeton, adoptando un aire plenamente majestuoso—, ¿qué hay de extraordinario en eso? ¿No es acaso la viuda de un farmacéutico? Un pobre destino para una señorita de Rubempré. Supongamos que no tenemos ni un céntimo... ¿qué haríamos para vivir nosotras?, ¿cómo mantendría usted a sus hijos?

La sangre fría de la señora de Bargeton calmó las lamentaciones de la nobleza, acallándolas bruscamente. Las almas nobles siempre están dispuestas a transformar una desgracia en una virtud. Además, existen muchos atractivos en la persistencia de hacer un bien que se reprocha: la inocencia tiene el atractivo del vicio. Por la tarde, el salón de la señora de Bargeton se llenó con sus amigos, que iban a amonestarla. Ella desplegó toda la causticidad de su carácter; dijo que si los hidalgos no podían ser ni Molière, ni Racine, ni Rousseau, ni Voltaire, ni Massillon, ni Beaumarchais, ni Diderot, no quedaba más remedio que aceptar a los tapiceros, relojeros o ferreteros, cuyos hijos se convertían en grandes hombres. Añadió que el genio siempre era noble. Reprendió a todos aquellos hidalgos de poca monta por el poco conocimiento

de sus verdaderos intereses que demostraban. En resumen, dijo muchas tonterías que hubiesen abierto los ojos a personas menos necias, pero que aquéllas atribuyeron a su originalidad. Conjuró la tormenta a cañonazos.

Cuando Lucien, por orden suya, entró por primera vez en el viejo y marchito salón en donde en cuatro mesas se jugaba al *whist*, le hizo un gracioso recibimiento y lo presentó en su papel de reina que desea ser obedecida. Llamó al director de contribuciones «señor Châtelet», y le dejó anonadado al hacerle comprender que sabía la ilegal agregación de su partícula. A partir de aquella noche, Lucien quedó violentamente introducido en la sociedad de la señora de Bargeton, pero fue aceptado como una sustancia venenosa que cada uno se prometió expulsar sometiéndola al contraveneno de la impertinencia. A pesar de ese triunfo, Naïs perdió parte de su imperio; hubo dos disidentes que intentaron emigrar. Según consejo del señor du Châtelet, Amélie, que era la señora Chandour, resolvió levantar altar contra altar, recibiendo en su casa los miércoles. La señora de Bargeton abría su salón todas las noches y las personas que acudían a su casa eran tan rutinarias y tan bien acostumbradas a encontrarse delante de los mismos tapetes, a jugar en los mismos *trictracs*, a ver la misma gente y las mismas lámparas, a ponerse sus abrigos, sus zapatos de doble suela y sus sombreros en el mismo corredor, que querían los escalones tanto como la misma dueña de la casa. Por lo tanto, todos se resignaron a soportar al poeta, y el presidente de la Sociedad de Agricultura calmó la sedición con una observación magistral.

—Antes de la Revolución —dijo—, los señores más encumbrados recibían a Duelos, Grimm, Crébillon, todas ellas personas que, como este poetilla del Houmeau, carecían de importancia, pero no admitían de ninguna manera a los recaudadores, que es lo que en realidad es Châtelet.

Du Châtelet pagó por Chardon y cada uno le demostró su frialdad. Al verse atacado, el director de contribuciones, quien a partir del momento en que ella le había llamado Châtelet a secas se juró poseer a la señora de Bargeton, siguió el juego a la dueña de la casa; defendió al joven poeta, declarándose su amigo. Este gran diplomático, del que por desgracia se había visto privado el Emperador, aduló a Lucien y se declaró su amigo. Para lanzar al poeta dio una cena a la que asistieron el prefecto, el recaudador general, el coronel del regimiento de la guarnición, el director de la Escuela de Náutica, el presidente del tribunal, y, en una palabra, todas las figuras relevantes de la administración. El pobre poeta fue festejado tan a lo grande que, cualquier otro que no fuese un joven de veintidós años, hubiera sospechado vehementemente una mitificación en las alabanzas con las que se le engañó. A los postres, Châtelet hizo recitar a su rival una oda de Sardanápalo agonizante, la obra maestra del momento. Al oírle, el prefecto del colegio, hombre más bien flemático, aplaudió mientras decía que ni siquiera el propio Jean-Baptiste Rousseau lo hubiese

hecho mejor. El barón Sixte Châtelet pensó que el pequeño rimador se asfixiaría tarde o temprano en el invernadero de las alabanzas, o que, en la embriaguez de una gloria anticipada, se permitiría algunas impertinencias que le harían volver a su primitiva oscuridad.

Esperando la muerte del genio, simuló inmolar sus pretensiones a los pies de la señora de Bargeton, pero con la habilidad de los libertinos había trazado su plan y siguió con estratégica atención la marcha de los dos amantes, espionando la ocasión de exterminar a Lucien. A partir de entonces, en Angulema se levantó un sordo rumor que proclamaba la existencia de un gran hombre en la región. La señora de Bargeton era generalmente alabada por los desvelos y cuidados que prodigaba a esta joven águila. Una vez aceptada su conducta, quiso obtener la sanción general. Hizo proclamar por todo el departamento que ofrecería una velada con helados, pastas y té, gran innovación en una ciudad en donde el té se vendía aún en las farmacias como remedio contra las indigestiones. La flor y nata de la aristocracia fue invitada para escuchar una gran obra que tenía que leer Lucien. Louise había ocultado a su amigo las dificultades que había tenido que vencer, pero le dejó entrever algo de la conjuración formada contra él por el mundo, ya que no quería que ignorara los peligros que existen en el camino que han de recorrer los hombres geniales y en donde se encuentran obstáculos infranqueables al valor mediocre. De esta victoria hizo una enseñanza. Con sus blancas manos le mostró la gloria pagada con suplicio continuo, le habló de la hoguera de los mártires que no quedaba más remedio que atravesar, le envolvió con su verbosidad más fecunda y le rebozó con sus más pomposas expresiones. Fue una falsificación de las improvisaciones que deslucen la novela de *Corinne*. Louise se sintió tan grande en su elocuencia, que su amor por el Benjamín que se la inspiraba aumentó; le aconsejó repudiar audazmente a su padre, adoptando el noble nombre de Rubempré, sin que se preocupara de los comentarios que despertaría un cambio, que por otro lado el Rey legitimaría. Emparentada con la marquesa de Espard, de soltera una de Blamont-Chauvry, con bastante influencia en la corte, ella misma se encargaría de obtener este favor. Ante tales palabras, el Rey, la marquesa de Espard, la corte, Lucien vio como un fuego de artificio y quedó convencido de la necesidad de rebautizarse.

—Mi querido pequeño —le dijo Louise, con una voz tiernamente burlona—, cuanto antes se haga, antes será aceptado.

Fue levantando una a una las sucesivas capas del Estado Social e hizo contar al poeta los escalones que de golpe franqueaba mediante esta hábil determinación. En un instante hizo abjurar a Lucien de sus ideas populacheras sobre la quimérica igualdad de 1793, y despertó en él la sed de distinciones que la fría razón de David había calmado, le mostró la alta sociedad indicándole que era la única escena que debía pisar. El furibundo liberal se convirtió en monárquico *in petto*. Lucien mordió

la manzana del lujo aristocrático y de la gloria. Juró traer a los pies de su dama una corona, aunque fuese ensangrentada; la conquistaría a cualquier precio, *quibuscumque viis*. Para demostrar su temple contó sus actuales sufrimientos, que había ocultado a Louise aconsejado por este indefinible pudor que va unido a los primeros sentimientos y que prohíbe al joven exponer sus grandezas, pues gusta en alto grado ver cómo se aprecia su alma en su incógnito. Describió los pesares de una miseria sobrellevada con orgullo, sus trabajos en el taller de David, sus noches dedicadas al estudio. Este ardor juvenil hizo recordar a la señora de Bargeton a su coronel de veintiséis años, y su mirada se humedeció. Al ver como la debilidad se iba apoderando de su admirada amante, Lucien tomó una mano, que se le abandonó, y la besó con la furia de un poeta, de un joven, de un enamorado. Louise llegó hasta permitir que el hijo del farmacéutico alcanzara su frente y dejara impresa en ella la huella de sus palpitantes labios.

—¡Niño, niño! Si alguien nos viera, que ridícula me encontraría yo —dijo, incorporándose con una torpeza estática.

Durante esta velada el carácter de la señora de Bargeton causó grandes estragos en lo que ella llamaba los prejuicios de Lucien. Al oírla, había que creer que los hombres de genio no tenían hermanos, ni hermanas, ni padres, ni madre; la: grandes obras que tenían que llevar a cabo les imponían un egoísmo aparente y les obligaban a sacrificarlo todo a su grandeza. Si en un principio la familia sufría las terribles exacciones forzosas para un gigantesco cerebro, más tarde recibiría, centuplicado, el premio a los sacrificios de toda índole exigidos por las primeras luchas de una realeza contrariada, al compartir los frutos de la victoria. El genio sólo dependía de sí mismo, era el único juez de sus medios, ya que sólo él conocía el fin y debía, por lo tanto, situarse por encima de las leyes, ya que estaba llamado a rehacerlas y mejorarlas; además, el que se adueña de su siglo puede tomarlo todo, arriesgarlo todo, ya que todo es de él. Citaba los comienzos de la vida de Bernard de Palissy, de Luís XI, de Fox, de Napoleón, de Cristóbal Colón, de César, de todos los jugadores ilustres, acribillados de deudas en un principio y sumidos en la miseria, incomprendidos, tomados por locos, por malos hijos, por malos padres, por malos hermanos, pero que más tarde se convertían en el orgullo de la familia, del país y del mundo entero. Estos razonamientos abundaban en los secretos vicios de Lucien e iban adelantando la corrupción en su corazón, ya que, en el ardor de sus deseos, admitía los medios a priori. Pero no triunfar es un crimen de lesa majestad social. ¿Acaso un vencido no ha asesinado todas las virtudes burguesas sobre las que reposa la sociedad que aleja con horror a los Mario sentados ante sus ruinas? Lucien, eme no se sabía entre la infamia de la prisión y la palma del genio, planeaba sobre el Sinaí de los profetas sin ver, allá abajo, el mar Muerto, el horrible sudario de Gomorra.

Louise desnudó de forma tan perfecta el corazón y el ánimo de su poeta de los

pañales con que le habían envuelto las costumbres de la provincia, que Lucien quiso hacer una prueba con la señora de Bargeton a fin de saber si podía, sin arriesgarse a la vergüenza de una negativa, conquistar esta gran presa. La anunciada velada le proporcionó la ocasión de intentarlo. La ambición se mezclaba con su amor. Amaba y quería medrar, un doble deseo muy natural entre los jóvenes que tienen un corazón que satisfacer y la indigencia que combatir.

Al convidar hoy a todos sus hijos al mismo festín, la Sociedad despierta sus ambiciones desde la aurora de la vida. Arrebata a la juventud de sus encantos y vicia la mayor parte de sus sentimientos generosos al mezclar en ellos los cálculos. La poesía desearía que las cosas sucedieran de otra forma, pero los hechos desmienten con harta frecuencia la ficción en la que se quisiera creer para que se pudiera permitir representar al joven de manera distinta a como es en el siglo XIX. El cálculo de Lucien le pareció hecho en provecho de un sentimiento bueno, su amistad con David.

Lucien escribió una larga carta a su Louise, ya que se sentía más atrevido con la pluma en la mano que con la palabra en los labios. En doce cuartillas, copiadas tres veces, contó la genialidad de su padre, sus perdidas esperanzas y la horrible miseria en la que estaba a punto de caer. Describió a su querida hermana como a un ángel, a David como a un futuro Cuvier que, antes que ser un gran hombre, era como un padre y un hermano para él; se creería indigno de ser amado por Louise, su primera gloria, si no le pedía que hiciera por David lo que estaba haciendo por él mismo. Renunciaría a todo antes que traicionar a David Séchard, quería que David presenciara su éxito. Escribió una de esas cartas locas en las que los jóvenes oponen la pistola a una negativa, en las que flota el casuismo de la infancia, en donde habla la insensata lógica de las almas bellas; delicioso charloteo adornado con esas ingenuas escapadas del corazón a espaldas del escritor y que tanto gustan a las mujeres. Después de haber entregado esta misiva a la doncella, Lucien había pasado el día corrigiendo pruebas, dirigiendo algunos trabajos y poniendo en orden los pequeños asuntos de la imprenta, sin decir nada a David. En la época en que el corazón aún es niño, la juventud tiene estas sublimes discreciones. O, tal vez, Lucien comenzaba a temer el hacha de Podón, que David sabía manejar; tal vez temía la claridad de una mirada que penetraba hasta el fondo del alma. Tras la lectura de Chénier, su secreto había pasado de su corazón a sus labios, alcanzado por un reproche que le hizo el mismo efecto que el dedo que el médico coloca sobre la herida.

Ahora, imaginad los pensamientos que se apoderaron de Lucien mientras bajaba de Angulema al Houmeau. ¿Se habría enfadado esta gran dama?, ¿recibiría a David en su casa?, ¿ni sería precipitado el ambicioso a su foso del Houmeau? A pesa de que antes de besar a Louise en la frente Lucien había podido medir la distancia que separa a una reina de su favorito no dudaba que tal vez David pudiera franquear en un abrir y cerrar de ojos la distancia que a él le había costado recorrer cinco meses. Ignorante

de lo absoluto que suele ser el ostracismo al que se condena a las personas de poca categoría, no se daba cuenta de que una segunda tentativa en este aspecto sería la pérdida de la señora de Bargeton. Convicta y confesa de haberse encanallado, Louise se vería obligada a abandonar su ciudad, en donde su casta la evitaría como en la Edad Media se evitaba a un leproso. El clan de la alta aristocracia y el mismo clero defenderían a Naïs contra todos y contra todo en el caso de que se permitiera cometer un desliz; pero el crimen de frecuentar malas compañías nunca le sería perdonado; ya que si las faltas del poder son excusadas, se las condena tras su abdicación. Y en consecuencia, el recibir a David ¿no era abdicar? Si Lucien no se percataba de este aspecto de la cuestión, su instinto aristocrático le hacía presentir muchas otras dificultades que le aterraban. La nobleza de sentimientos no proporciona inevitablemente la nobleza en los modales. Si Racine tenía el aspecto de uno de los más nobles cortesanos, Corneille parecía más bien un tratante en ganado. Descartes presentaba una figura de buen comerciante holandés. Muchas veces, al encontrar a Montesquieu con su azada a la espalda y su gorro en la cabeza, los visitantes de La Brède le tomaron por un vulgar jardinero. La desenvoltura mundana, cuando no es un don del alto linaje, una ciencia mamada con la leche o transmitida por la sangre, constituye una educación que el azar ha de secundar mediante una cierta elegancia de formas, mediante una distinción en los rasgos o mediante un timbre de voz adecuado. Todas esas grandes pequeñas cosas faltaban a David mientras que, por el contrario, la Naturaleza se las había proporcionado a su amigo. Noble por parte de su madre, Lucien tenía incluso el pie alto y curvo del franco, mientras que David poseía los pies planos del galés y el cuello de su padre el prensista.

Lucien creía oír las burlas que lloverían sobre David y ya le parecía ver la sonrisa que la señora de Bargeton intentaría reprimir. En resumen, sin que precisamente tuviese vergüenza de su hermano, se prometió no volver a ser más víctima de su primer impulso y pensárselo mejor en el futuro. Así pues, tras la hora de la poesía y de la abnegación, tras una lectura que venía a mostrar a ambos amigos los campos literarios iluminados por un nuevo sol, la hora de los cálculos y de la política había sonado para Lucien. Al regresar al Houmeau, se iba arrepintiéndose de haber escrito aquella carta y hubiera querido poder recuperarla, ya que en una intuición se daba cuenta de las despiadadas leyes del mundo. Adivinando cuánto favorecía la ambición la fortuna adquirida, le costaba retirar el pie del primer peldaño de la escala por la que debía subir al asalto de la grandeza. Luego, las imágenes de su vida, simple y tranquila, adornada con las más vivas flores del sentimiento; este David, lleno de inteligencia, que tan noblemente le había ayudado, que si fuera necesario le daría hasta su vida; su madre, tan serena y tan gran dama en su desgracia, y que le creía tan bueno y con tanto talento; su hermana, esta graciosa muchacha, tan alegre en su resignación, su infancia tan pura y su conciencia aún impoluta; sus esperanzas, que

aún río había deshojado ningún vendaval, todo ello florecía de nuevo en su recuerdo. Entonces se decía que era más bello atravesar los batallones de la turba aristocrática o burguesa a golpes de triunfo que alcanzar el éxito mediante la ayuda y los favores de una mujer. Su genio triunfaría tarde o temprano, como el de tantos otros, sus predecesores que habían dominado a la sociedad; ¡entonces le amarían las mujeres! El ejemplo de Napoleón, tan fatal al siglo XIX por las pretensiones que inspira a tantas personas mediocres, se apareció ante Lucien, que arrojó sus cálculos al viento, mientras se reprochaba su proceder. Lucien tenía ese carácter, iba del bien al mal y del mal al bien con igual facilidad. En lugar del amor que el sabio siente por su retiro, Lucien experimentaba desde hacía un mes aproximadamente una especie de vergüenza al ver la tienda en donde se leía en letras amarillas sobre fondo verde:

«Farmacia de Postel, sucesor de Chardon».

El nombre de su padre, escrito así, en un lugar por el que pasaban todos los coches, le hería la vista. La tarde en que franqueó su puerta, adornada con una pequeña verja de mal gusto, para exhibirse por Beaulieu, entre los jóvenes más elegantes de la ciudad alta, dando el brazo a la señora de Bargeton, había deplorado con extrañeza el desacuerdo que reconocía existir entre aquella morada y su buena suerte.

«¡Amar a la señora de Bargeton, poseerla pronto tal vez, y tener que vivir en esta ratonera!», se decía, desembocando por la senda al pequeño patio en donde numerosos paquetes de hierbas hervidas se apilaban a lo largo de las paredes, donde el aprendiz fregaba los matraces del laboratorio, donde el señor Postel, ceñido con un delantal de preparador y una varilla en la mano, examinaba un producto químico sin perder de vista la tienda y, si se fijaba con un poco más de atención en su droga, mantenía el oído atento a la campanilla.

El olor de la camomila, de la menta y de otras plantas destiladas, llenaba el patio y el modesto piso adonde se subía por una de esas escaleras rectas, llamadas escaleras de molinero, sin otro pasamanos que dos cuerdas. Encima se encontraba la única habitación o buhardilla en donde vivía Lucien.

—Buenos días, muchachos —le dijo el señor Postel, verdadero tipo del comerciante de provincias—. ¿Cómo va la salud? Acabo de hacer un experimento con la melaza, pero hubiese sido necesario que su padre se encontrara aquí para dar con lo que yo busco. ¡Él sí que era un gran hombre! Si yo hubiese conocido su secreto contra la gota, hoy en día los dos iríamos en carroza.

No pasaba una semana sin que el farmacéutico, tan tonto como buena persona, no diese una puñalada a Lucien, hablándole de la fatal discreción que su padre había guardado acerca del invento.

—Es una gran desgracia —respondió brevemente Lucien, quien comenzaba a encontrar bastante simple al alumno de su padre, después de haberle bendecido a menudo, ya que más de una vez el honrado Postel había socorrido a la viuda y a los hijos de su amo.

—¿Qué le sucede? —preguntó el señor Postel, colocando su probeta sobre la mesa del laboratorio.

—¿Ha llegado alguna carta para mí?

—Sí, una que es más fragante que un perfume; está en mi pupitre, junto al mostrador.

¡La carta de la señora de Bargeton mezclada con los tarros de la farmacia! Lucien se lanzó hacia la tienda.

—Date prisa, Lucien, tu comida te espera desde hace más de una hora, ya debe estar fría —gritó dulcemente una bonita voz a través de una ventana entreabierta y a la que Lucien no prestó atención.

—Su hermano está sonado, señorita —dijo Postel, levantando la nariz.

Este solterón, semejante a un pequeño tonel de aguardiente sobre el que la fantasía de un pintor hubiese colocado una gruesa faz salpicada de viruela y rojiza, adoptó, al mirar a Ève, un aire ceremonioso y agradable, que probaba que pensaba casarse con la hija de su predecesor sin poder poner fin al combate que el amor y el interés libraban en su corazón. Con tal motivo, a menudo decía a Lucien, sonriendo, la frase que le volvió a repetir cuando el joven pasó cerca de él:

—Su hermana es muy guapa, y usted no está tampoco mal del todo. Su padre lo hacía todo bien.

Ève era una muchacha alta, morena, de pelo negro y ojos azules. A pesar de que tenía cierto aspecto viril en su carácter, era dulce, tierna y afable. Su candor, su ingenuidad, su tranquila resignación a una vida laboriosa, su prudencia, que ninguna maledicencia atacaba, era lo que había seducido a David Séchard.

Con tal motivo, a partir de su primer encuentro, una sorda y simple pasión se había establecido entre ellos, a la alemana, sin ruidosas manifestaciones ni apresuradas declaraciones. Cada uno de ellos había pensado en el otro secretamente, como si hubiesen estado separados por un celoso marido al que hubiese ofendido este sentimiento. Ambos se escondían de Lucien, al que tal vez creían causar algún perjuicio. David tenía miedo de no gustar a Ève, quien, a su vez, se refugiaba en las timideces de la pobreza. Una verdadera obrera hubiese sido más desenvuelta, pero una muchacha bien educada y venida a menos se conformaba con su triste suerte. Modesta en apariencia, pero orgullosa en la realidad, Ève no quería ir detrás del hijo de un hombre que pasaba por tener cierta fortuna.

En aquel tiempo, las personas al corriente de creciente valor de las propiedades estimaban en más de ochenta mil francos la posesión de Marsac, sin contar las tierras

que el viejo Séchard, rico en ahorros, con suerte en las cosechas, hábil en la venta, iba añadiendo aprovechando las ocasiones. Seguramente David era la única persona que nada sabía de la fortuna de su padre. Para él, Marsac era una ganga comprada en 1810 en quince ó dieciséis mil francos, adonde iba una vez al año, en tiempo de la vendimia, y donde su padre le paseaba por entre las viñas, ensalzándole cosechas que el impresor nunca veía y que muy poco le importaban.

El amor de un sabio, acostumbrado a la soledad y que hizo crecer aún más a los sentimientos, exagerando sus dificultades, quería ser alentado; ya que para David Ève era una mujer que le infundía más respeto que una gran dama a un simple empleado. Torpe e inquieto cuando se encontraba junto a su ídolo, tan apresurado por marcharse como por llegar, el impresor contenía su pasión en lugar de expresarla. Muchas veces, al anochecer, tras de haber buscado un pretexto para consultar a Lucien, bajaba desde la plaza du Murier hasta el Houmeau, por la puerta Palet; pero al llegar a la cancela de verdes barrotes de hierro volvía atrás, temiendo llegar demasiado tarde o de parecer inoportuno a Ève, quien sin duda ya se habría acostado. A pesar de que ese amor sólo se había revelado en pequeños detalles, Ève lo había comprendido muy bien; se sentía halagada, sin orgullo al verse tratada con un profundo respeto que se traslucía en las miradas, las palabras y los gestos de David; pero la mayor seducción del impresor era su fanatismo por Lucien; había adivinado el mejor medio de gustar a Ève. Para decir en qué se diferenciaban las mudas delicias de este amor de las tumultuosas pasiones, sería preciso compararlo a las flores silvestres, opuestas a las soberbias flores de los jardines. Eran miradas dulces y delicadas como los lotos azules que nadan sobre las aguas, fugitivas expresiones como el suave perfume de la gavanja, tiernas melancolías como el terciopelo de los musgos; flores de dos bellas almas que nacen en una tierra rica, fecunda e inmutable. Ève había adivinado ya muchas veces la fuerza que se ocultaba bajo esa debilidad; agradecía tanto a David todo lo que él no se atrevía a hacer o decir, que de este modo el más ligero incidente podía conducir a una unión más íntima de sus almas.

Lucien encontró la puerta abierta por Ève y se sentó sin decirle nada ante una pequeña mesa colocada sobre una X, sin mantel, y donde habían colocado su cubierto. El pobre hogar no tenía más que tres cubiertos de plata y Ève los utilizaba todos para su hermano adorado.

—¿Qué estás leyendo? —le dijo, tras de colocar sobre la mesa una fuente que retiró del fuego, y tras de apagar su hornillo portátil y haberlo tapado con una funda.

Lucien no contestó. Ève cogió un pequeño plato, coquetonamente adornado con hojas de viña, y lo colocó sobre la mesa con una gran cucharada de crema.

—Toma, Lucien, te he puesto fresas. Lucien prestaba tanta atención a su lectura, que ni siquiera oyó. Ève, entonces, se sentó junto a él, sin dejar escapar ni un solo murmullo, ya que en los sentimientos de una hermana por su hermano también cabe

el placer de ser tratada sin miramientos.

—Pero, ¿qué es lo que te sucede? —exclamó al ver brillar unas lágrimas en los ojos de su hermano.

—Nada, nada, Ève —repuso él, atrayéndola por el talle y depositando un beso en su frente y en su pelo, y luego en el cuello con sorprendente ímpetu.

—Tú me ocultas algo.

—Pues bien, sí. ¡Ella me ama!

—Ya sabía yo muy bien que no era a mí a quien tú besabas —dijo en tono burlón la pobre hermana, ruborizándose.

—Todos seremos felices —exclamó Lucien, comiéndose la sopa a grandes cucharadas.

—¿Todos? —repitió Ève. Inspirada por el mismo presentimiento que se había apoderado de David, añadió—: ¡Ahora nos querrás menos!

—¿Cómo puedes decir tal cosa, conociéndome como me conoces?

Ève le tendió la mano para apretar la suya; luego quitó el plato vacío, la sopera de oscura cerámica y colocó el plato que acababa de cocinar. En vez de comer, Lucien releyó la carta de la señora de Bargeton, que la discreta Ève no pidió ver, hasta tal punto sentía respeto por su hermano; si él quería comunicársela, tenía que esperar; y si él no quería, ¿podía exigirlo ella? Esperó. He aquí la carta:

«Amigo mío, ¿por qué iba a rehusar yo a su hermano en ciencia el apoyo que a usted le he prestado? A mis ojos, todos los talentos tienen los mismos derechos; pero ignora los prejuicios de las personas que componen mi sociedad. No podemos hacer reconocer la nobleza del espíritu a aquellos que son la aristocracia de la ignorancia. Si no tengo el suficiente poder como para imponerles al señor David Séchard, le sacrificaré con mucho gusto esas pobres gentes. Será una especie de antigua hecatombe. Pero, querido amigo, usted, sin duda alguna no desea hacerme aceptar la compañía de una persona cuyo carácter o modales podrían disgustarme. Sin halagos me han enseñado lo fácilmente que la amistad se ciega; ¿se molestaría si pongo una restricción a mi consentimiento? Quiero ver a su amigo, saber por mí misma, en interés de su futuro, si no se engaña. ¿No es acaso uno de esos cuidados maternos que ha de tener por usted, mi querido poeta?

Louise de Nègrepelisse».

Lucien ignoraba con cuánto arte se emplea el sí en el gran mundo para llegar al no y el no para llegar al sí. Esta carta fue un triunfo para él. David iría a casa de la señora de Bargeton y allí brillaría con la majestad del genio. En la embriaguez que le

causaba una victoria que le hizo pensar en su poderoso ascendiente sobre los hombres, adoptó una actitud tan altiva y tantas esperanzas se reflejaron en su rostro, dándole un aspecto tan radiante, que su hermana no pudo por menos de decirle que estaba muy guapo.

—Si es inteligente, esta mujer no puede por menos de quererte mucho, y entonces esta noche se va a sentir desgraciada, pues todas las mujeres te van a hacer mil coqueterías. Estarás muy guapo, leyendo tu San Juan en Patmos. Me gustaría ser un ratoncillo para poderme deslizar hasta allí. Ven, he preparado tus ropas en el cuarto de nuestra madre.

Esta habitación era de una decente miseria. Había una cama de nogal, con cortinas blancas y bajo la que se extendía un raída alfombra verde. Una cómoda de madera, con un espejo y unas sillas de nogal, completaban el mobiliario. Sobre la chimenea, un reloj recordaba los tiempos de la antigua abundancia, ahora desaparecido. La ventana tenía cortinas blancas. Las paredes estaban recubiertas por un papel gris con flores grises. El suelo, encerado y frotado por Ève, brillaba muy limpio. En el centro de esta habitación había una mesita, con una fuente roja con adornos dorados que contenían tres tazas y un azucarero de porcelana de Limoges. Ève dormía en un gabinete contiguo que contenía una cama estrecha, un viejo sillón y una mesita de labores junto a la ventana. La exigüidad de esta cabina de marino exigía que la puerta de cristales estuviese siempre abierta para que entrara el aire. A pesar de la estrechez que se adivinaba en todas las cosas, allí se respiraba la modestia de una vida trabajadora. Para aquellos que conocían a la madre y a los dos hijos, este espectáculo ofrecía armonías conmovedoras.

Lucien se estaba arreglando la corbata, cuando el paso de David se oyó en el patio y el impresor apareció de improviso con el aspecto de persona que tenía prisa por llegar.

—Pues bien, David —exclamó el ambicioso—, ¡triunfamos! ¡Ella me ama y tú irás!

—No —dijo el impresor, con aire confuso—, vengo a darte las gracias por esta bella prueba de amistad sobre la que me he hecho serias reflexiones. Mi vida propia, Lucien, se ha detenido. Soy David Séchard, impresor del Rey, en Angulema, y cuyo nombre se lee en todas las paredes al pie de los pasquines. Para las personas de esa casta, soy un artesano, un negociante si quieres, pero un industrial establecido en una tienda, en la calle de Beaulieu, en la esquina de la plaza du Murier. No tengo aún ni la fortuna de un Keller ni la fama de un Desplein, dos clases de poder que los nobles intentan aún ignorar, pero que, y en esto estoy de acuerdo con ellos, no son nada sin los modales y el refinamiento de los gentilhombres. ¿A causa de qué puedo legitimar esta súbita elevación? Se burlarán de mi, tanto los burgueses como los nobles. Tú estás en una situación diferente. Un regente no se compromete a nada. Trabajas para

adquirir los conocimientos indispensables para triunfar, tu actual ocupación puede ser explicada en función de tu futuro. Además, si tú quieres, puedes emprender otra cosa, estudiar Derecho, la Diplomacia, entrar en la Administración del Estado. En una palabra, no estás colocado ni comprometido. Aprovechate de tu virginidad social; adelántate solo y acapara los honores. Saborea alegremente todos los placeres, incluso aquellos que la vanidad produce. Sé feliz, yo disfrutaré con tus triunfos, serás una especie de segundo yo para mí. Sí, mi pensamiento me permitirá vivir tu vida. Para ti las fiestas, el brillo mundano y los rápidos resortes de sus intrigas. Para mí la vida oscura y laboriosa del comerciante y los lentos afanes de la ciencia. Serás nuestra; aristocracia —dijo él, mirando a Ève—. Cuando vaciles, siempre encontrarás mi brazo, presto a sostenerte. Si has de quejarte de alguna traición, siempre podrás refugiarte en nuestros corazones, donde encontrarás un amor inalterable. La protección, el favor, el bien querer de las personas, repartidos en dos cabezas, podría cansarte, nos perjudicaríamos ambos; ve tú delante, si es preciso ya me remolcarás. En vez de envidiarte, me consagro a ti. Lo que acabas de hacer por mí, arriesgándote a perder a tu bienhechora, a tu amada tal vez, antes que abandonarme, que renegar de mí, esta simple cosa tan grande, pues bien, Lucien, me ligaría a ti para siempre si no fuésemos ya como dos hermanos. No tengas remordimientos ni preocupaciones de parecer la parte más fuerte. Este reparto a la Montgomery es de mi agrado. Finalmente, cuando me causes algún perjuicio, ¿quién sabe si continuaré estándote agradecido? —Al decir estas palabras, lanzó la más tímida de las miradas en dirección a Ève, quien tenía los ojos llenos de lágrimas, ya que lo adivinaba todo—. En resumen —continuó diciendo a Lucien, sorprendido—, tú eres atractivo, tienes buen porte, los trajes te caen muy bien, tienes todo el aspecto de un gentilhomme con tu traje azul de botones amarillos y un simple pantalón de nankín; yo tendría todo el aspecto de un obrero en medio de toda esa gente, estaría torpe, preocupado, diría tonterías, o no despegaría los labios; tú puedes, para obedecer al prejuicio de los apellidos, adoptar el de tu madre y hacerte llamar Lucien de Rubempré; yo soy y seré siempre David Séchard. Todo te sirve y todo me perjudica en el mundo a donde tú vas. Estás hecho para triunfar en él. Las mujeres adorarán tu cara angelical. ¿No es verdad, Ève?

Lucien se lanzó sobre David y lo abrazó. Esta modestia acababa en seco con muchas dudas y dificultades. ¿Cómo no iba a recobrar su ternura por un hombre que acababa de hacer por amistad las mismas reflexiones que él se había hecho por interés? El ambicioso y el enamorado veían de esta forma el camino sin obstáculo, y el corazón del joven y de su amigo se dilataba. Fue uno de estos raros momentos de la vida en el que todas las fuerzas se encuentran dulcemente tensas, en el que todas las cuerdas vibran dando plenos sonidos. Pero esta sabiduría de un alma noble excitaba aún más en Lucien la tendencia que hay en el hombre de atribuírselo todo a

sí mismo. Todos nosotros decimos más o menos como Luis XIV: «¡El Estado soy yo!». El exclusivo cariño de su madre y de su hermana, el sacrificio de David y la costumbre que tenía de verse objeto de secretos esfuerzos por parte de estos tres seres, le daban los vicios del niño de casa bien, engendrando en él este egoísmo que devora al noble y que la señora de Bargeton acariciaba, incitándole a que olvidase las obligaciones para con su hermana, su madre y David. Aún no había sucedido nada, pero ¿acaso no había que temer que al trazar a su alrededor el círculo de su ambición se viese obligado a no pensar más que en él para mantenerse en su posición?

Una vez superada esta emoción, David hizo observar a Lucien que su poema de San Juan en Patmos era tal vez demasiado bíblico para ser leído delante de un auditorio para el que la poesía apocalíptica debía ser poco familiar. Lucien, que tenía que enfrentarse con el público más difícil de todo el Charente, pareció inquieto. David le aconsejó llevar André de Chénier y sustituir un placer dudoso por un placer seguro. Lucien leía perfectamente, gustaría con toda seguridad, y demostraría una modestia que sin duda le serviría de mucho. Como la mayor parte de los jóvenes, atribuían a las personas de mundo su inteligencia y sus virtudes. Si la juventud que aún no ha caído carece de indulgencia para las faltas de los demás, les presta igualmente sus magníficas creencias. En efecto, es preciso haber experimentado profundamente la vida antes de reconocer que, de acuerdo con una bella frase de Rafael, comprender es igualar. En general, el sentido necesario a la mejor comprensión de la poesía es raro en Francia, en donde el ingenio seca prontamente la fuente de santas lágrimas del éxtasis, en donde nadie quiere tomarse el trabajo de descifrar lo sublime, de sondearlo para así percibir en él el infinito. Lucien iba a tener su primera experiencia de las ignorancias y las frialdades mundanas.

Pasó por casa de David para recoger allí el volumen de poesía.

Cuando los enamorados se encontraron solos, David se sintió más embarazado que en cualquier otro momento de su vida. Presa de mil terrores, quería y temía a la vez un elogio; deseaba escapar, ya que el pudor tiene igualmente su coquetería. El pobre enamorado no se atrevía a decir una frase que hubiese dado la impresión de pedir un agradecimiento; encontraba comprometedor cualquier palabra y se callaba mostrando una actitud de criminal. Ève, que adivinaba las torturas de esta modestia, se complació disfrutando de este silencio; pero cuando David arrugó su sombrero para marcharse, ella sonrió.

—Señor David —le dijo—, si no pasa la velada en casa de la señora de Bargeton, podemos pasarla juntos. Hace buen tiempo, ¿quiere que demos un paseo a orillas del Charente? Hablaremos de Lucien.

A David le entraron ganas de prosternarse ante esta deliciosa muchacha. Ève había dado a su voz inflexiones de inesperadas recompensas; con la ternura de su acento había resuelto las dificultades de aquella situación; su proposición era más que un elogio, era el primer favor del amor.

—Solamente —dijo a un gesto que hizo David— déme unos minutos para que me arregle.

David, que en toda su vida no había sabido lo que era una tonada, salió canturreando, lo que sorprendió al honrado Postel, inspirándole vivas sospechas acerca de las relaciones entre Ève y el impresor.

Hasta las menores circunstancias de esta velada cobraron sobre Lucien de forma acusada, ya que poseía un carácter inclinado a escuchar las primeras impresiones. Como todo enamorado inexperto, llegó tan temprano que Louise aún no había bajado al salón. El señor de Bargeton se encontraba solo. Lucien había comenzado su aprendizaje sobre las pequeñas bajezas mediante las que el amante de una mujer casada compra su amor, y que a las mujeres da la medida de lo que pueden exigir; pero aún no se había encontrado cara a cara con el señor de Bargeton.

Este gentilhomme era uno de esos caracteres débiles, situados dulcemente entre la inofensiva nulidad que aún comprende y la orgullosa estupidez que no quiere dar nada ni aceptar nada. Consciente de sus deberes para con el mundo, y esforzándose para serle agradable, había adoptado como único lenguaje la sonrisa del bailarín. Contento o descontento, sonreía siempre. Lo mismo sonreía a una noticia desastrosa que ante un acontecimiento feliz. Esta sonrisa respondía a todo, según las expresiones que le daba el señor de Bargeton. Si era absolutamente precisa una aprobación directa, reforzaba su sonrisa con una risa complaciente, no dejando escapar ni una palabra más que en el último extremo. Una entrevista en privado era para él el único problema que complicaba su vida vegetativa, se veía obligado entonces a buscar algo en el inmenso vacío de su vida interior. La mayor parte del tiempo salía de apuros reemprendiendo las ingenuas costumbres de su infancia; pensaba en voz alta, os

iniciaba en los, más nimios detalles de su vida; os explicaba sus necesidades, sus pequeñas sensaciones que, para él, se parecían a las ideas. No hablaba ni de la lluvia ni del buen tiempo; no caía en lugares comunes de la conversación por donde se salvan los imbéciles, se refería a los intereses más íntimos de su vida. «Por complacer a la señora de Bargeton, esta mañana he comido ternera, que a ella le gusta mucho, y ahora el estómago me hace sufrir —decía—. Lo sé, y siempre me dejo coger, explíqueme este fenómeno». O bien: «Voy a llamar para que me traigan un vaso de agua azucarada. ¿Quiere que pida otro para usted?». O bien: «Mañana montaré a caballo e iré a visitar a mi suegro». Estas pequeñas frases, que no daban pie a ninguna discusión, arrancaban un no o un sí a su interlocutor, y la conversación decaía por completo. El señor de Bargeton imploraba entonces la ayuda de su visitante colocando al oeste su nariz de viejo dogo asmático, mirando con sus grandes ojos zarcos como queriendo decir: «¿Decía?».

A los pesados que siempre estaban dispuestos a hablar de sí mismos, los mimaba y los escuchaba con una delicada y honrosa atención que le hacía tan inapreciable que a los charlatanes de Angulema le concedían una disimulada inteligencia y le consideraban incomprendido. De esta manera, cuando toda esta gente carecía de auditorio, se acercaban a él y terminaban de contar sus historias o sus razonamientos, junto a un gentilhombre, seguros de encontrar su sonrisa elogiosa.

El salón de su esposa siempre estaba lleno y generalmente se encontraba a sus anchas. Se ocupaba de los más pequeños detalles: miraba quién entraba, saludaba sonriente, y llevaba a su mujer al recién llegado; observaba a los que se iban y les seguía la corriente, acogiendo sus adioses con su eterna sonrisa. Cuando la velada era animada y veía a cada uno en sus asuntos, el feliz mudo se quedaba plantado sobre sus dos largas piernas al igual que una cigüeña sobre sus patas, con el aspecto de estar escuchando una conversación política; o se acercaba a estudiar las cartas de un jugador sin comprender nada, ya que no sabía ningún juego; a veces se paseaba, tomando rapé y soportando su digestión.

Anaïs era el lado bueno de su vida, pues le proporcionaba infinitos placeres. Cuando ella interpretaba su papel de señora de la casa, él se tendía en un diván, mientras la admiraba, ya que ella hablaba para él: más tarde se distraía tratando de encontrar el sentido de sus frases, y como muchas veces no las entendía hasta mucho después de haber sido dichas, se permitía sonrisas que salían como balas enterradas que se despiertan. Su respeto hacia ella rayaba en la adoración. ¿Acaso una adoración cualquiera no es suficiente para la dicha de la vida?

Como persona generosa y de talento, Anaïs no había abusado de sus ventajas y reconocía en su marido la naturaleza fácil de un niño que no pide nada más que ser gobernado. Se había cuidado de él como quien se cuida de un abrigo; lo mantenía limpio, lo cepillaba, lo tapaba y lo examinaba; sintiéndose limpio, cuidado y

cepillado, el señor de Bargeton había contraído para con su mujer un afecto canino. ¡Es tan fácil conceder una dicha que nada cuesta! Y la señora de Bargeton, al no conocer en su marido ningún otro placer que el de la buena mesa, le prepara comidas exquisitas; tenía compasión de él; ella nunca se había quejado, y algunas personas que no comprendían el silencio de su orgullo atribuían al señor de Bargeton virtudes ocultas. Por otro lado, ella le había disciplinado militarmente y la obediencia de este hombre a la voluntad de su mujer era pasiva. Le decía: «Haz una visita a tal o cual señora», y él iba como el soldado a su puesto de guardia. Del mismo modo, ante ella se mantenía en situación de presenten armas e inmóvil. Era preciso hablar de ese mudo diputado en este momento. Lucien hacía demasiado poco que frecuentaba la casa para haber levantado el velo bajo el que se ocultaba este carácter inimaginable. El señor de Bargeton, sepultado en su sillón, dando la impresión de verlo todo y comprenderlo todo, haciendo una dignidad de su silencio, le imponía de forma prodigiosa. En lugar de tomarle por un pilón de granito, Lucien hizo de este hombre una temible esfinge, como resultado de la tendencia que todo hombre de imaginación tiene a aumentar todo o a prestar un alma a todas las formas, y creyó necesario halagarlo.

—Veo que llego el primero —dijo, saludándole con más respeto que el que se solía conceder a aquel infeliz.

—Es muy natural —respondió el señor de Bargeton.

Lucien tomó esa frase como la ironía de un marido celoso, se ruborizó y se miró en un espejo para recuperar la serenidad.

—Usted vive en el Houmeau —dijo el señor de Bargeton—; todas las personas que viven lejos llegan antes que las que viven cerca.

—¿Y a qué se debe esto? —dijo Lucien, adoptando un aire agradable.

—No lo sé —replicó el señor de Bargeton, que volvió a sumirse en su mutismo.

—Tal vez no ha querido investigarlo —siguió Lucien—. Un hombre que es capaz de hacer una reflexión puede muy bien encontrar la causa.

—¡Ah —exclamó el señor de Bargeton—, las causas finales! ¡Ahí, ahí!...

Lucien se exprimió el cerebro para reanimar la conversación, que volvió a decaer.

—La señora de Bargeton debe estar vistiéndose, ¿no? —dijo, estremeciéndose ante la tontería de tal pregunta.

—Sí, se está vistiendo —respondió el marido con naturalidad.

Lucien alzó los ojos para contemplar las dos vigas salientes, pintadas de gris y cuyos huecos estaban encalados, sin encontrar una frase que encadenara; pero se percató, no sin terror, que la pequeña araña con viejos colgantes de cristal había sido desprovista de su gasa y repleta de bujías. Las fundas de los muebles habían sido retiradas y el lampasado rojo mostraba sus flores marchitas. Todos estos preparativos anunciaban una reunión extraordinaria. El poeta comenzó a tener sus dudas sobre la

conveniencia de su atuendo, ya que llevaba botas. Se entretuvo en contemplar con el estupor del temor un jarrón japonés que adornaba una consola con guirnaldas de tiempos de Luis XV; después temió no gustar a aquel marido si no le cortejaba, y se decidió a buscar en aquel hombre alguna afición que pudiera halagar.

—¿Suele ausentarse rara vez de la ciudad, caballero? —dijo al señor de Bargeton mientras se dirigía hacia él.

—Nunca.

De nuevo se hizo el silencio. El señor de Bargeton espío como una gata suspicaz los menores movimientos de Lucien, quien turbaba su descanso. Cada uno tenía miedo del otro.

«¿Sospechará de mi asiduidad? —pensó Lucien—. Pues noto una marcada hostilidad hacia mí».

En aquel preciso instante, por suerte para Lucien, que se sentía muy violento por tener que sostener las miradas inquietas con las que el señor de Bargeton le examinaba mientras se paseaba, el viejo criado, que lucía una librea, anunció a du Châtelet. El barón entró con desenvoltura, saludó a su amigo Bargeton e hizo a Lucien una pequeña inclinación de cabeza, que estaba a la moda por aquel entonces, pero que el poeta encontró financieramente impertinente. Sixte du Châtelet llevaba un pantalón de una blancura deslumbrante, con trabillas interiores que marcaban el pliegue perfectamente. Llevaba unos finos zapatos y medias de hilo escocés. Sobre su blanco chaleco flotaba la cinta negra de sus anteojos. Finalmente, su chaqueta negra se distinguía por un corte y una forma parisienses. Era el perfecto presumido que sus antecedentes anunciaban; pero la edad le había dotado de un pequeño vientre redondo bastante difícil de contener dentro de los límites de la elegancia. Se teñía los cabellos, y sus patillas, blanqueadas por los sufrimientos de su viaje, le daban un aire de dureza. Su piel, antaño muy delicada, había adquirido el color cobrizo de las personas que vuelven de las Indias; pero su aspecto, aunque un tanto ridículo para las pretensiones que conservaba, revelaba, sin embargo, al agradable Secretario de Órdenes de una Alteza Imperial. Tomó sus anteojos y miró el pantalón de nankín, las botas, el chaleco y la chaqueta azul, hecha en Angulema, de Lucien; en fin, a todo su rival. Luego, volvió a colocar fríamente sus anteojos en el bolsillo de su chaleco, como diciendo: «Me doy por satisfecho».

Abrumado por la elegancia del financiero, Lucien pensó que ya se tomaría el desquite cuando mostrara a la asamblea su rostro animado por la poesía; pero no por eso dejó de sentir una pena menos viva que acentuó aún más el malestar interior que la supuesta hostilidad del señor de Bargeton le había proporcionado. El barón parecía descargar sobre Lucien todo el peso de su fortuna para humillar aún más esta miseria.

El señor de Bargeton, que contaba ya con no tener que decir nada más, quedó consternado ante el silencio que guardaban los dos rivales, mientras se examinaban;

pero, cuando ya se encontraba al límite de sus esfuerzos, tenía una pregunta que se reservaba como una pera para la sed, y juzgó necesario soltarla, adoptando un aire preocupado:

—Bien, caballero —dijo a du Châtelet—, ¿qué hay de nuevo?, ¿se dice alguna cosa?

—Pero —dijo maliciosamente el director de contribuciones— la novedad es el señor Chardon. Diríjase a él. ¿Nos trae algún bonito poema? —preguntó el vivaracho barón, arreglándose el bucle de una de sus sienes, que le pareció mal colocado.

—Para saber si he triunfado, tendría que haberle consultado —respondió Lucien—. Usted ha cultivado la poesía mucho antes que yo.

—¡Bah! Cosillas agradables hechas por diversión, canciones de compromiso, romanzas que la música ha realzado, mi gran epístola a una hermana de Bonaparte (¡el ingrato!), no son títulos que pasen a la posteridad.

En aquel momento, la señora de Bargeton apareció en todo el esplendor de un estudiado tocado. Llevaba un turbante judío adornado con un broche oriental. Un chal de gasa, bajo el que brillaba los camafeos de un collar, se encontraba graciosamente arrollado a su cuello. Su vestido de muselina estampada, de mangas cortas, le permitía exhibir multitud de brazaletes y pulseras colocados sobre sus bonitos brazos blancos. Esta teatral presentación gustó a Lucien, quien quedó encantado. El señor du Châtelet dirigió igualmente a esta reina cumplidos nauseabundos que le hicieron sonrojarse de placer, hasta tal punto se sintió dichosa de verse ensalzada delante de Lucien. Cambió una mirada con su querido poeta y respondió al director de contribuciones, mortificándole con una cortesía que le excluía de su intimidad.

Por entonces empezaron a llegar los invitados. En primer lugar se presentaron el obispo y su vicario general, dos figuras dignas y solemnes, pero que ofrecían un violento contraste: Monseñor era alto y delgado y su acólito era pequeño y regordete. Ambos tenían la mirada brillante, pero el obispo era: pálido y su vicario general ofrecía un rostro purpúreo rebotante de salud. Tanto en uno como en otro los gestos y ademanes eran escasos. Ambos parecían prudentes, su reserva y su silencio intimidaban, y pasaban por ser personas de mucho talento.

Los dos sacerdotes fueron seguidos por la señora de Chandour y su marido, personajes extraordinarios que las personas desconocedoras de la provincia creerían ser una fantasía. El marido de Amélie, la mujer que se presentaba como antagonista de la señora de Bargeton, el señor de Chandour, al que se llamaba Stanislas, era un antiguo joven, aún delgado a sus cuarenta y cinco años y cuya cara semejaba un cedazo, Su corbata siempre estaba anudada de forma que presentaba dos puntas amenazadoras, una a la altura del oído derecho y la otra apuntando hacia abajo, junto a la cinta roja de su cruz. Los faldones de su levita estaban vueltos violentamente. Su chaleco, muy abierto, dejaba ver una camisa abultada y almidonada, cerrada mediante

broches recargados de orfebrería. En una palabra, todo su vestir tenía un aspecto chabacano y exagerado que le daba una tan gran semejanza con las caricaturas, que al verle los forasteros no podían evitar una sonrisa. Stanislas se contemplaba continuamente con una especie de satisfacción, de arriba abajo, verificando el número de sus botones del chaleco, siguiendo la línea sinuosa de su pantalón estrecho y acariciando sus piernas con una amorosa mirada que se detenía en la punta de sus botas. Cuando cesaba de mirarse de esta forma, sus ojos buscaban un espejo y observaba si sus cabellos conservaban el rizado, interrogaba a las mujeres con semblante feliz, metiendo uno de sus dedos en el bolsillo de su chaleco, balanceándose hacia atrás y colocándose de perfil, triquiñuelas de gallo que le hacían triunfar en la sociedad aristocrática de la que era el Apolo. La mayor parte de las veces su conversación llevaba un matiz de indecencia, como se decía en el siglo XVIII. Este género detestable de parlamentos le daba cierto éxito entre las mujeres. Les hacía reír.

El señor du Châtelet comenzaba a inquietarle. Efectivamente, intrigadas por el desdén del fatuo de las contribuciones indirectas, estimuladas por su afectación en pretender que le era imposible hacerlo salir de su marasmo y picadas por su aire de sultán saturado, las mujeres le buscaban aún con más ahínco que a su llegada, después de que la señora de Bargeton se había prendado del Byron de Angulema. Amélie era una mujercita mala comediente, regordeta, blanca de tez, cabellos negros, exagerándolo todo, hablando en voz alta, pavoneándose con su cabeza cargada de plumas en verano y flores en invierno; buena habladora, pero no pudiendo acabar sus frases sin darle, como acompañamiento, los silbidos de un asma que nunca quería confesar.

El señor du Saintot, llamado Astolphe, el presidente de la Sociedad de Agricultura, hombre de vivos colores, alto y grueso, apareció, remolcado por su mujer, especie de figura bastante parecida a un helecho seco, a la que llamaban Lili, abreviatura de Elisa. Este nombre, que hacía suponer en la persona un no sé qué de infantil, estaba en desacuerdo con el carácter y comportamiento de la señora de Saintot, mujer solemne, extremadamente piadosa, engañadora, difícil y enredadora. Astolphe estaba considerado como un sabio de primer orden. Ignorante como una carpa, no por eso había dejado de escribir los artículos Azúcar y Aguardiente en un diccionario de Agricultura, dos obras copiadas al pie de la letra de todos los artículos de periódicos y de todos los tratados antiguos que hacían referencia a estos dos productos. Todo el departamento le creía ocupado en un tratado sobre los cultivos modernos. A pesar de que permanecía encerrado toda la mañana en su despacho, en doce años no había escrito ni dos páginas. Si alguien venía a visitarle, se dejaba sorprender emborronando una cuartillas, buscando una nota extraviada o afilando su pluma; pero todo el tiempo que permanecía en su gabinete de trabajo lo empleaba en

tonterías: leía detenidamente el periódico, esculpía corchos con su cortaplumas, trazaba fantásticos dibujos sobre su escribanía, ojeaba a Cicerón para tomar de él al voleo una frase o algún pasaje cuyo sentido se pudiera aplicar a los acontecimientos del día; luego, por la noche, procuraba dirigir la conversación hacia un asunto que le permitiera decir:

—En Cicerón se encuentra un pasaje que verdaderamente parece escrito para lo que sucede en nuestros días.

Recitaba entonces su página ante el asombro del auditorio, que se decía: «Verdaderamente Astolphe es un pozo de ciencia». Este hecho curioso se extendía por toda la ciudad y la mantenía en sus engañadoras opiniones acerca del señor de Saintot.

Tras de esta pareja, apareció el señor de Bartas, llamado Adrien, el hombre que cantaba aires de barítono y que tenía enormes pretensiones en música. El amor propio le había orientado hacia el solfeo; había comenzado por admirarse a sí mismo, cantando; luego se había puesto a disertar sobre música y finalmente había acabado por ocuparse exclusivamente de ella. El arte musical en él se había convertido en una monomanía; sólo estaba satisfecho si hablaba de música, sufría durante toda una velada hasta que se le rogaba que cantara. Una vez entonaba una de sus arias, su vida comenzaba: se contoneaba, se alzaba sobre sus talones recibiendo parabienes, se hacía el modesto, pero no por eso dejaba de ir de grupo en grupo para recibir los elogios; luego, cuando ya había sido dicho todo, volvía de nuevo a la música, entablando una discusión sobre las dificultades de su pieza o bien alabando al compositor.

El señor Alexandre de Brebian, el héroe de la sepia, el dibujante que infestaba las habitaciones de sus amigos con absurdas producciones y estropeaba todos los álbumes de la provincia, acompañaba al señor de Bartas. Cada uno de ellos daba el brazo a la mujer del otro. Al decir de la crónica escandalosa, esta transposición era completa. Las dos mujeres, Lolotte (la señora Charlotte de Brebian) y Fifine (la señora Joséphine de Bartas), preocupadas por igual por un broche, un adorno o el conjunto de unos colores heterogéneos, se sentían devoradas por el deseo de parecer parisienses y descuidaban sus hogares, en donde todo iba de mal en peor. Si las dos mujeres, apretadas como muñecas en sus vestidos de confección económica, ofrecían en ellas una exposición de colores ultrajantes y raros, los maridos se permitían, en su calidad de artistas, un descuido provinciano que provocaba la curiosidad. Sus levitas arrugadas les daban un aspecto de comparsas que en los pequeños teatros representan a la alta sociedad invitada a una boda.

Entre las personas que se dejaron ver por el salón, una de las más originales fue el señor conde de Sénonches, aristocráticamente llamado Jacques, gran cazador, altanero, seco, de rostro curtido, amable como un jabalí, desafiador como un

veneciano, celoso como un moro y viviendo en muy buenas relaciones con el señor de Hautoy, llamado también Francis, el amigo de la casa.

La señora de Sénonches (Zéphirine) era alta y guapa, pero barrosa ya por un cierto ardor de hígado, que le hacía pasar por una mujer exigente. Su fino talle y delicadas proporciones le permitían tener ademanes lánguidos, que olían a afectación, pero que describían la pasión y los caprichos siempre satisfechos de una persona amada.

Francis era un hombre bastante distinguido, que había abandonado el consulado de Valencia y sus esperanzas en la diplomacia para ir a vivir a Angulema junto a Zéphirine, llamada igualmente Zizine. El antiguo cónsul cuidaba de la casa, de la educación de los hijos, a los que enseñaba idiomas, y dirigía la fortuna del señor y de la señora de Sénonches con entera abnegación. La Angulema noble, la Angulema administrativa, la Angulema burguesa habían glosado minuciosamente la perfecta unidad de este matrimonio de tres personas, pero a la larga este misterio de trinidad conyugal pareció tan raro y hermoso, que el señor de Hautoy hubiese parecido prodigiosamente inmoral si hubiese hablado de casarse.

Por otro lado, se comenzaba a tener sospechas de la excesiva inclinación de la señora de Sénonches por una muchachita llamada señorita de la Haye, que le servía de señorita de compañía, de misterios inquietantes, y a pesar de algunas imposibilidades aparentes, debidas a las fechas, se encontraba un gran parecido entre Françoise de la Haye y Francis du Hautoy. Cuando Jacques cazaba por los alrededores, todos le pedían noticias de Francis, y él contaba las pequeñas indisposiciones de su intendente voluntario, de quien se preocupaba más que de su mujer. Esta ceguera parecía tan curiosa en un hombre celoso, que sus mejores amigos se divertían tirándole de la lengua, advirtiéndole antes a los que no conocía el misterio a fin de divertirlos.

El señor de Hautoy era un dandy preciosista cuyos pequeños cuidados personales habían caído en el melindre y en el infantilismo. Se preocupaba por su tos, su sueño, su digestión y su comida. Zéphirine había convertido a su factótum en el hombre de salud delicada: le cuidaba, le mimaba y le medicinaba, le atracaba de manjares escogidos como al perrito de una: marquesa; le prescribía o le prohibía tal o cual alimento, le bordaba chalecos, corbatas y pañuelos; había acabado por acostumbrarlo a llevar cosas tan preciosas y delicadas que le había convertido en una especie de ídolo japonés. Su acuerdo era, sin embargo, inequívoco. Zizine consultaba para todo con Francis y Francis parecía obtener sus ideas en los ojos de Zizine. Censuraban y sonreían a la vez y hasta parecían consultarse para decir el más sencillo buenos días.

El hombre más rico de los alrededores, el hombre envidiado por todos, el señor marqués de Pimentel y su esposa, que entre los dos reunían cuarenta mil libras de renta y pasaban el invierno en París, vinieron del campo en calesa con sus vecinos, el

señor barón y la señora baronesa de Rastignac, acompañados de la tía de la baronesa y de sus hijas, dos encantadoras jovencitas, bien educadas, pobres pero arregladas con aquella sencillez que tanto realza las bellezas naturales. Estas personas, que sin lugar a dudas eran la élite de la concurrencia, fueron recibidas con un frío silencio y un respeto lleno de envidia cuando todos y cada uno vieron la distinción en la acogida que les prodigó la señora de Bargeton. Estas dos familias pertenecían a este pequeño número de personas que en provincias se mantienen por encima de los chismorreos, no se mezclan con ninguna sociedad, viven en un silencioso retiro y mantienen una dignidad que impone. El señor de Pimentel y el señor de Rastignac eran llamados por sus títulos; ninguna familiaridad mezclaba sus mujeres y sus hijas a la alta clase de Angulema, se encontraban demasiado próximos a la nobleza de la corte para relacionarse con las tonterías de provincia.

El prefecto y el general llegaron los últimos, acompañados del hidalgo campesino que aquella mañana había llevado su memoria sobre los gusanos de seda a la imprenta de David. Sin duda debía de ser algún alcalde cantonal, recomendado por sus hermosas propiedades, pero su aspecto y su tocado daban a entender su total falta de costumbre en el trato social: se encontraba molesto dentro de su ropa, no sabía dónde poner las manos, daba vueltas alrededor de su interlocutor mientras hablaba, se levantaba para responder y se volvía a sentar, parecía estar dispuesto a realizar cualquier trabajo doméstico; se mostraba sucesivamente obsequioso, inquieto y grave; se apresuraba a reír cualquier broma, escuchaba de forma servil y a veces adoptaba un aire taimado, creyendo que se burlaban de él. Muchas veces durante la velada, obsesionado por su memoria, pretendió hablar de gusanos de seda, pero el infortunado señor de Séverac fue a topar con el señor de Bartas, que le respondió sobre música, y con el señor de Saintot, que le citó a Cicerón. A mitad de la velada, el pobre alcalde acabó por entenderse con una viuda y su hija, la señora y la señorita du Brossard, que por cierto no eran las figuras menos interesantes de la reunión. Todo quedará dicho en una sola frase: eran tan pobres como nobles. En su aspecto, presentaban ese afán de aparentar que revela una secreta miseria.

La señora du Brossard ensalzaba con bastante poca gracia y en cualquier ocasión a su alta y exuberante hija, de veintisiete años de edad, que pasaba por ser una buena pianista; le hacía compartir oficialmente los gustos de las personas casaderas, y en su deseo de colocar a su querida Camille había pretendido que en una misma velada Camille adorara la vida errante de guarnición y la vida tranquila de los propietarios que cultivan su tierra: Ambas tenían la agrídulce dignidad afectada de las personas que todo el mundo gusta de compadecer, por las que se interesa por egoísmo y que han sondeado el vacío de las frases consoladoras mediante las que el mundo se crea un placer en acoger a los desgraciados. El señor de Séverac tenía cincuenta y nueve años, y era viudo y sin hijos; la madre y la hija escucharon pues con devota

admiración los detalles que les dio sobre sus criaderos de gusanos de seda.

—Mi hija siempre ha querido a los animales —dijo la madre—. De esta forma, como la seda que hacen estos animalitos interesa a las mujeres, yo le pediría permiso para ir a Séverac y enseñar a Camille cómo se cosecha. Camille tiene tanta inteligencia que comprenderá inmediatamente todo cuanto usted le diga. ¿Acaso no comprendió un día la razón inversa del cuadrado de las distancias?

Esta frase terminó gloriosamente la conversación entre el señor de Séverac y la señora du Brossard, tras la lectura de Lucien.

Algunos habituales se colaron familiarmente en la reunión, así como dos o tres hijos de familia, tímidos, silenciosos y tiesos como sillas, felices por haber sido invitados a esta solemnidad literaria, y el más atrevido de los cuales habló mucho con la señorita de la Haye.

Todas las mujeres se colocaron seriamente en un círculo tras del que se situaron los hombres de pie. Esta reunión de personajes extraños, con heteróclitos vestidos y rostros pintados, causó gran impresión en Lucien, cuyo corazón latió con fuerza al verse el blanco de todas las miradas. Aunque era decidido, superó esta primera prueba con cierta dificultad, a pesar de los ánimos que le dio su amante, quien desplegó al fasto de sus reverencias y sus gracias más preciosas al recibir a las altas personalidades de Angulema y su comarca. El malestar que se había apoderado de su persona aumentó debido a una circunstancia fácil de prever, pero que no podía por menos de amedrentar a un joven aún poco familiarizado con la táctica del mundo. Lucien, todo ojos y todo oídos, se oía llamar señor de Rubempré por Louise, por el señor de Bargeton, por el obispo y por algunas personas complacientes con la señora de la casa, y señor Chardon por la mayor parte de aquel público aborrecido.

Intimidado por las ojeadas interrogantes de los curiosos, presentaba su nombre burgués al solo movimiento de los labios; adivinaba los juicios anticipados que sobre él se hacían con esta franqueza provinciana, a menudo quizá demasiado cerca de la descortesía. Estos continuos alfilerazos inesperados le colocaron aún en peor situación consigo mismo. Esperó impacientemente el momento de comenzar su lectura, a fin de adoptar una actitud que hiciese cesar su interior suplicio; pero Jacques contaba su última cacería a la señora de Pimentel; Adrien comentaba el último astro musical, Rossini, con la señorita Laure de Rastignac; Astolphe, que se había aprendido de memoria en un período la descripción de un nuevo arado, hablaba sobre ello con el barón. Lucien no sabía, pobre poeta, que ninguna de aquellas inteligencias, exceptuando la de la señora de Bargeton, podía comprender la poesía. Todas estas personas, privadas de emociones, habían acudido engañándose a sí mismas sobre la naturaleza del espectáculo que les esperaba.

Existen palabras que, semejantes a las trompetas, a los platillos o al bombo de los saltimbanquis, atraen siempre al público. Las palabras belleza, gloria, poesía, tienen

sortilegios que seducen hasta a los caracteres más groseros. Cuando hubo llegado todo el mundo, cuando todas las conversaciones hubieron cesado, no sin mil advertencias hechas por el señor de Bargeton a los inoportunos, a quien su mujer envió como el suizo de una iglesia a dar con su alabarda sobre las losas, Lucien se colocó en la mesa redonda, cerca de la señora de Bargeton, experimentando una violenta sacudida en el alma. Con voz temblorosa anunció que, para no engañar a nadie en su espera, iba a leer las obras maestras recientemente descubiertas de un gran poeta desconocido. A pesar de que las poesías de André de Chénier habían sido publicadas a partir de 1819, nadie en Angulema había oído hablar de André de Chénier. Todos creyeron ver en este anuncio un arreglo hecho por la señora de Bargeton para moderar el amor propio del poeta y dar una mayor comodidad al auditorio. Lucien leyó en primer lugar *El joven enfermo*, que fue acogido por murmullos de agrado; después, *El ciego*, poema que aquellos espíritus mediocres encontraron demasiado largo. Durante la lectura, Lucien se sintió presa de uno de esos sufrimientos infernales que sólo pueden ser comprendidos por artistas eminentes o por aquellos a quienes su gran entusiasmo y una elevada inteligencia colocan a su nivel.

Para ser traducida por la voz, como para ser comprendida, la poesía exige una santa atención. En lector y auditorio se debe crear una íntima alianza, sin la que las comunicaciones eléctricas de los sentimientos no se producen. Si esta cohesión de las almas no se realiza, el poeta se encuentra entonces como un ángel que tratara de entonar un himno celestial en medio del estrépito y de los sarcasmos del infierno. Pero, en la esfera en que se desenvuelven sus facultades, los hombres inteligentes poseen la vista prudente del caracol, el olfato del perro y el oído del topo; lo sienten, lo ven y lo oyen todo a su alrededor. El músico y el poeta se saben, por tal motivo, inmediatamente admirados o incomprendidos, al igual que una planta se seca o revive en una atmósfera propicia o perjudicial. Los murmullos de los hombres que habían acudido allí sólo a causa de sus mujeres y que hablaban de sus negocios, resonaban en los oídos de Lucien a tenor de las leyes de esta acústica particular, al igual que veía los hiatos simpáticos de algunas mandíbulas violentamente entreabiertas y cuyos dientes se burlaban. Cuando, semejante a la paloma del diluvio, buscaba un rincón favorable en el que se pudiera detener su mirada, encontraba las miradas impacientes de las personas que pensaban evidentemente en aprovechar esta reunión para interrogarse sobre algunos intereses positivos. A excepción de Laure de Rastignac, dos o tres jóvenes y el obispo, el resto de los asistentes se aburrían.

Efectivamente, los que comprenden la poesía tratan de desarrollar en su alma lo que el autor ha puesto en germen en sus versos; pero aquel auditorio helado, en vez de aspirar el alma del poeta, ni siquiera escuchaba sus acentos. Lucien experimentó pues un descorazonamiento tan profundo, que un sudor frío empapó su camisa. Una

fogosa mirada lanzada por Louise, hacia la que se volvió, le proporcionó el necesario valor para terminar; pero su corazón de poeta sangraba por mil heridas.

—¿Encuentra esto verdaderamente divertido, Fifine? —preguntó a su vecina la seca Lili, que sin duda esperaba un espectáculo circense.

—No me pida mi parecer, querida, mis ojos se cierran en cuanto oigo leer.

—Espero que Naïs no nos dará muy a menudo lectura de versos por las noches —dijo Francis—. Cuando oigo leer después de cenar, la atención que tengo que prestar me corta la digestión.

—Pobre gatito —dijo Zéphirine en voz baja—, beba un vaso de agua azucarada.

—Está muy bien declamado —dijo Alexandre—, pero yo prefiero una partidita de «*whist*».

Al oír esta respuesta, que se consideró ingeniosa a causa del significado de la palabra inglesa^[1] algunas jugadoras consideraron que el poeta tenía necesidad de descanso. Con este pretexto, una o dos parejas se escabulleron al gabinete. Lucien, a ruegos de Louise, por la encantadora Laure de Rastignac y por el obispo, despertó la atención, gracias al verbo contrarrevolucionario de los *Yambos* que muchas personas, animadas por el calor de la declamación, aplaudieron sin comprenderlos. Esta clase de personas son influenciables por la vociferación, como los paladares groseros se excitan con los licores fuertes. Durante un momento en el que se tomaron helados, Zéphirine envió a Francis a ver el volumen, y dijo a su vecina Amélie que los versos leídos por Lucien estaban impresos.

—Pero —respondió Amélie con visible felicidad— es muy natural, el señor de Rubempré trabaja en casa de un impresor. Es —añadió, mirando a Lolotte— como si una bella mujer se hiciera ella misma sus vestidos.

—Ha impreso poesías él mismo —se dijeron las mujeres.

—¿Por qué entonces se llama señor de Rubempré? —preguntó Jacques—. Cuando efectúa trabajos manuales, un noble debe ocultar su apellido.

—Efectivamente, ha ocultado el suyo, que es plebeyo —respondió Zizine—, para adoptar el de su madre, que es noble.

—Ya que sus versos están impresos, los podremos leer nosotros mismos —dijo Astolphe.

Esta estupidez complicó la cuestión hasta que Sixte du Châtelet se dignó decir a esta ignorante asamblea que el anuncio no había sido una precaución oratoria y que aquellas bellas poesías pertenecían a un hermano realista del revolucionario Marie-Joseph Chénier. La sociedad de Angulema, excepción hecha del obispo, la señora de Rastignac y sus dos hijas, en las que esta poesía había causado una profunda impresión, se creyó mixtificada y se ofendió por esta superchería. Se elevó un sordo murmullo, pero Lucien no lo oyó. Aislado de aquel mundo odioso por la embriaguez que le producía una melodía interior, se esforzaba por repetirla y veía los rostros

como a través de una nube. Leyó la sombría elegía sobre el suicidio, la escrita según el gusto antiguo y en donde se respira una melancolía sublime; luego, aquella en la que se lee este verso:

Tus versos son dulces, me gusta repetirlos.

Finalmente, terminó con el dulce idilio titulado Néère.

Sumergida en un dulce encanto, con una mano en sus cabellos, que sin percatarse había desrizado, y la otra colgando, la mirada distraída, sola en medio de su salón, la señora de Bargeton se sentía por primera vez en su vida transportada a la esfera que le era propia. Juzgad pues lo desagradablemente que fue interrumpida por Amélie, encargada de expresarle la opinión popular.

—Naïs, hemos venido a escuchar las poesías del señor Chardon, y usted nos presenta versos impresos. A pesar de que esos trozos son muy bonitos, por patriotismo, todas estas señoras preferirían vino de la propia cosecha.

—¿No encuentra que la lengua francesa se presta muy poco a la poesía? —dijo Astolphe al director de impuestos—. Encuentro que la prosa de Cicerón es mil veces más poética.

—La verdadera poesía francesa es la poesía ligera, la canción —le replicó du Châtelet.

—La canción prueba que nuestro idioma es muy musical —dijo Adrien.

—Me gustaría conocer los versos que han causado la perdición de Naïs —dijo Zéphirine—; pero después de la manera como ha acogido a Amélie, no creo que esté dispuesta a darnos ni siquiera una ligera muestra.

—Tiene el deber consigo misma de hacerlos recitar —respondió Francis—, ya que el genio de este pobre muchacho es su justificación.

—Usted que ha estado en la diplomacia, obténgalo para nosotros —rogó Amélie al señor du Châtelet.

—Nada más sencillo —dijo el barón.

El antiguo secretario de órdenes, acostumbrado a estos pequeños manejos, fue al encuentro del obispo y pudo convencerle. A ruegos de Monseñor, Naïs se vio obligada de pedir a Lucien algún trozo que supiese de memoria. El rápido éxito del barón en esta negociación le valió una lánguida sonrisa de Amélie.

—Indudablemente, este barón es muy agudo —le dijo a Lolotte.

Lolotte se acordaba de la indicación agrídulce de Amélie sobre las mujeres que hacían ellas mismas sus vestidos.

—¿Desde cuándo muestra su agradecimiento a los barones del Imperio? —le respondió sonriendo.

Lucien había tratado de deificar a su amante en una oda que le había dedicado

bajo un título inventado por todos los jóvenes al salir del colegio. Esta oda, pulida tan complacientemente, embellecida con todo el amor que sentía en su corazón, le pareció la única obra capaz de competir con la poesía de Chénier. Lanzó una mirada un tanto fatua en dirección a la señora de Bargeton, diciendo «¡a ella!». Luego, se colocó orgullosamente para desarrollar esta pieza ambiciosa, ya que su amor propio de autor se sentía a sus anchas tras las faldas de la señora de Bargeton. En aquel instante Naïs dejó escapar su secreto a ojos de las mujeres. A pesar de la costumbre que tenía de dominar a este mundo con toda la altura de su inteligencia, no pudo dejar de temblar por Lucien. Su continente se intimidó, sus miradas pidieron en cierta manera indulgencia; luego, se vio obligada de permanecer con la mirada baja, disimulando su contento a medida que se iban desplegando las siguientes estrofas.

A ella

Del seno de estos torrentes de gloria e iluminación,
donde con sistros de oro los ángeles, recogidos
a los pies de Jehová, repiten la oración
de nuestros astros dolidos,
a veces un querubín de cabello dorado,
disimulando el resplandor divino sobre su frente detenido
deja en el atrio del cielo su plumaje bruñido
y desciende a nuestro lado.

De Dios ha comprendido la bienhechora mirada,
del genio apurado adormece la tortura,
al viejo arrulla joven muchacha adorada
con las flores de la ternura.

inscribe el tardío arrepentimiento del malvado,
a la madre inquieta dice en sueños: ten paciencia,
y cuenta los suspiros, con el corazón de alegría rebosado,
que se dan en la indignancia.

De estos bellos mensajeros, sólo de uno sabemos la llegada
que la tierra amorosa detiene en su carrera eterna,
pero llora, y recorre con triste y dulce mirada
la bóveda paterna.

No es la resplandeciente blancura de su frente
la que el secreto de su noble origen determina,
ni el brillo de sus ojos, ni la fecundidad ardiente
de su virtud divina,
pero por tanto resplandor mi amor deslumbrado
ha tratado de unirse a su santa natura,

y del terrible arcángel ha chocado
con la impenetrable armadura.
¡Ah!, evitad, evitad el dejarle ver
el brillante serafín que hacia el cielo torna a volar,
demasiado pronto sabría el mágico hablar
que se canta al atardecer.
Veríais, entonces, por la noche sus estelas,
como un punto de la aurora, atravesar las velas
con vuelo fraterno,
y el marino que un augurio espera vigilante
de sus plantas mostraría el paso llameante
como un faro eterno.

—¿Comprende este juego de palabras? —preguntó Ameche al señor du Châtelet, dirigiéndole una mirada llena de coquetería.

—Son versos como los que más o menos hemos hecho todos al salir del colegio —respondió el barón, con aire aburrido, para seguir en su papel de juez a quien nada sorprende—. En otros tiempos íbamos a caer en las brumas oceánicas. Eran Malvina, los Fingal, apariciones nebulosas y guerreros que salían de sus tumbas con estrellas sobre sus cabezas. Hoy en día todo ese ropaje poético ha sido reemplazado por Jehová, los sistros, los ángeles, las plumas de los serafines y por todo el guardarropía del paraíso, remozado con las palabras inmenso, infinito, soledad e inteligencia. Son lagos, palabras de Dios, una especie de panteísmo cristianizado, enriquecido con rimas raras y buscadas con mucho trabajo, como esmeralda y gualda, gladiolo y vitriolo, etc. En una palabra, hemos variado de latitud; en lugar de encontrarnos al norte, estamos en oriente, pero las tinieblas continúan siendo espesas.

—Si la oda es oscura —dijo Zéphirine—, en cambio la declaración me parece muy clara.

Francis añadió:

—Y la armadura del arcángel es un vestido de muselina bastante ligero.

A pesar de que la educación obligaba a que se encontrara la oda ostensiblemente encantadora, a causa de la señora de Bargeton, las mujeres, furiosas por no disponer de un poeta a su servicio para que las tratara de ángeles, se levantaron con aspecto aburrido musitando con aire glacial unos: «muy bien, bonito, perfecto».

—Si me ama, no felicitará ni al autor ni a su ángel —dijo Lolotte con aire despótico a su querido Adrien, a quien no quedó más remedio que obedecer.

—Después de todo, son frases —dijo Zéphirine a Francis—, y el amor es una poesía en acción.

—Acaba de decir una cosa en la que yo mismo estaba pensando, Zizine, pero que no hubiese sabido expresar con tanta finura —terció Stanislas, desplumándose de la

cabeza a los pies con una acariciadora mirada.

—No sé lo que sería capaz de dar —dijo Amélie a du Châtelet— con tal de ver inclinarse el orgullo de Naïs, que se hace tratar de arcángel, como si fuese más que nosotros, y nos rebaja con el hijo de un boticario y de una veladora, cuya hermana es una modistilla y que trabaja en una imprenta.

—Ya que el padre vendía pastillas contra las lombrices ^[2], bien podía haber hecho comer algunas a su hijo.

—Continúa el oficio de su padre, ya que lo que nos acaba de dar me parece una purga —dijo Stanislas, adoptando una de sus más irritantes posturas—. Droga por droga, prefiero otra cosa.

En un instante, todo el mundo se puso de acuerdo para humillar a Lucien con alguna frase de aristocrática ironía. Lili, la mujer piadosa, vio en ello una acción caritativa, diciendo que ya había llegado el momento de abrir los ojos a Naïs, que estaba a punto de cometer una locura. Francis, el diplomático, se encargó de llevar a buen término esta estúpida conspiración, por la que se interesaron todos estos mezquinos caracteres como si se tratara del desenlace de un drama y en la que vieron una aventura que podrían contar el día siguiente. El antiguo cónsul, que no tenía ningún deseo de reñir con un joven poeta que, ante los ojos de su amada, se encabritaría por una frase insultante, comprendió que era preciso asesinar a Lucien con una arma sagrada contra la que fuese imposible cualquier venganza. Imitó el ejemplo que le había dado el dispuesto y hábil du Châtelet cuando se había tratado de convencer a Lucien para que recitara sus versos. Fue a conversar con el obispo, fingiendo compartir el gran entusiasmo que la oda de Lucien había producido a Su Ilustrísima; luego, le engañó haciéndose creer que la madre de Lucien era una mujer superior, de gran modestia, que proporcionaba a su hijo los temas de todas sus composiciones. El mayor placer de Lucien era ver cómo a su madre se le rendía el justo homenaje, ya que la adoraba. Una vez inculcada esta idea al obispo, Francis, aprovechando los azares de la conversación, fue a buscar la hiriente frase que había meditado hacer decir a Monseñor.

Cuando Francis y el obispo retornaron al círculo en cuyo centro se encontraba Lucien, se redobló la atención por parte de las personas que le hacían ya beber la cicuta a pequeños sorbos. Completamente ajeno a las artimañas de los salones, el pobre poeta sólo tenía miradas para la señora de Bargeton y respondía con poca gracia a las estúpidas preguntas que se le hacían. Ignoraba el nombre y los cargos de la mayor parte de las personas presentes y no sabía qué clase de conversación mantener con las mujeres que le decían tonterías que le causaban vergüenza. Por otra parte, se sentía a miles de leguas de aquellas divinidades anguleminas al oírse llamar unas veces señor de Rubempré y otras señor Chardon, mientras que ellas se hacían llamar Lolotte, Adrien, Astolphe, Lili, Fifine. Su confusión llegó al extremo cuando,

habiendo tomado Lili por un apellido de hombre, llamó señor Lili al señor de Sénonches. El Nemrod interrumpió a Lucien con un: «¿Señor Lulú?», que hizo que la señora de Bargeton se ruborizara hasta las orejas.

—Hace falta estar muy ciega para admitir entre nosotros y presentarnos a este infeliz —dijo en voz baja.

—Señora marquesa —dijo Zéphirine a la señora de Pimentel en voz baja, pero de forma que se le pudiera oír—, ¿no encuentra un gran parecido entre el señor Chardon y el señor de Cante-Croix?

—La semejanza es ideal —respondió sonriendo la señora de Pimentel.

—La gloria tiene seducciones que se pueden confesar —dijo la señora de Bargeton a la marquesa—. Hay mujeres que se adaptan a la grandeza como otras a la mezquindad —añadió mirando a Francis.

Zéphirine no comprendió, pues encontraba a su cónsul muy elevado, pero la marquesa se pasó al bando de Naïs, echándose a reír.

—Es usted muy dichoso, caballero —dijo a Lucien el señor de Pimentel, quien se corrigió para llamarle señor de Rubempré después de haberle llamado Chardon—, no debe aburrirse nunca.

—¿Trabaja con rapidez? —le preguntó Lolotte, con el mismo tono con que hubiese dicho a un ebanista: «¿Tarda mucho en construir una caja?».

Lucien quedó anodadado ante ese golpe de matarife, pero levantó la cabeza al oír decir a la señora de Bargeton, sonriente:

—Querida, la poesía no crece en la cabeza del señor de Rubempré como la hierba en nuestros jardines.

—Señora —dijo el obispo a Lolotte—, nunca tendremos el suficiente respeto para los nobles espíritus a los que Dios dota de sus rayos. Sí, la poesía es una cosa santa. Quien dice poesía, dice sufrimiento. ¡Cuántas noches silenciosas han sido necesarias para componer las estrofas que usted acaba de admirar! Salude con amor al poeta, que casi siempre lleva una vida desgraciada y a quien sin duda Dios reserva un lugar en el cielo entre los profetas. Este joven es un poeta —añadió, colocando una mano sobre la cabeza de Lucien—. ¿Acaso no ve la fatalidad que hay impresa sobre esa bella frente?

Dichoso por ser defendido tan noblemente, Lucien saludó al obispo con una dulce mirada, sin saber que el digno prelado iba a ser su verdugo. La señora de Bargeton lanzó sobre el círculo enemigo miradas llenas de triunfo que se hundieron como otros tantos dardos en el corazón de sus rivales, cuya rabia redobló.

—¡Ah!, monseñor —respondió el poeta, esperando golpear a aquellas cabezas estúpidas con su cetro de oro—, el vulgo carece de vuestro ingenio y de vuestra caridad. Nuestras penas son ignoradas; nadie sabe de nuestros esfuerzos. El minero tiene menos dificultad en extraer el oro de la mina que a lo que a nosotros nos cuesta

arrancar nuestras imágenes de las entrañas de uno de los idiomas más ingratos. Si el fin que la poesía persigue es situar las ideas en el lugar preciso en donde todo el mundo puede verlas y percibir las, el poeta debe, recorrer incesantemente la escala de las inteligencias humanas con el propósito de dar satisfacción a todas; debe esconder bajo las más vivas tonalidades la lógica y el sentimiento, dos potencias enemigas; le es preciso encerrar todo un mundo de pensamientos en una sola frase, resumir filosofías enteras mediante una descripción o una pintura; finalmente, sus versos son semilla cuyas flores deben germinar en los corazones procurando encontrar en ellos los surcos trazados con los sentimientos personales. ¿Acaso no es necesario haberlo experimentado todo a fin de expresarlo todo? Y sentir vivamente, ¿no es sufrir? Por lo tanto, las poesías no se crean sino tras penosos viajes que se emprenden a las vastas regiones del pensamiento y de la sociedad. ¿No son obras inmortales aquellas a las que debemos criaturas cuya vida se hace más auténtica que la de los seres que en verdad han existido, como la Clarisse de Richardson, la Camille de Chénier, la Délie de Tibulo, la Angélica de Ariosto, la Francisca, de Dante, el Alcestes de Molière, el Fígaro de Beaumarchais, la Rebecca de Walter Scott o el Don Quijote de Cervantes?

—¿Y qué nos creará usted? —preguntó du Châtelet.

—Anunciar tales conceptos —respondió Lucien—, ¿no es conceder un título de hombre de genio? Por otro lado esas sublimes creaciones necesitan y exigen una larga experiencia del mundo, un estudio de las pasiones e intereses humanos que yo no sabría haber hecho; pero yo empiezo —dijo con amargura—, lanzando una mirada vengativa sobre aquel círculo—. El cerebro gesta durante largo tiempo...

—Su parto será laborioso —dijo el señor de Hautoy, interrumpiéndole.

—Sin duda su excelente madre podrá ayudarle —dijo el obispo.

Esta frase preparada tan hábilmente, esta venganza esperada, alumbró en todas las miradas un destello de alegría. En todas las bocas se esbozó una sonrisa de aristocrática satisfacción, aumentada por la imbecilidad del señor de Bargeton, que se echó a reír con efecto retardado.

—Monseñor, en estos momentos estas señoras no os comprenden; quizá vuestro lenguaje sea demasiado elevado —dijo la señora de Bargeton, que con esta simple frase contuvo las sonrisas y atrajo hacia sí todas las miradas extrañadas—. Un poeta que sólo se inspira en la Biblia tiene en la Iglesia su verdadera madre. Señor de Rubempré, recítenos San Juan en Patmos o el Festín de Baltasar para demostrar a Monseñor que Roma es siempre la Magna Parens de Virgilio.

Las mujeres cambiaron una sonrisa al oír a Naïs pronunciar las dos palabras latinas.

En los comienzos de la vida, hasta los más templados caracteres no están exentos de abatimiento. Este golpe había enviado en un principio a Lucien al fondo del agua; pero taloneó con fuerza y volvió a la superficie, jurándose a sí mismo dominar a

aquel mundo. Como el toro atravesado por mil flechas, se levantó furioso y obediente a la voz de Louise y se dispuso a recitar el San Juan en Patmos; pero la mayor parte de las mesas de juego habían atraído a sus jugadores, que caían en la rutina de sus costumbres, encontrado en ella un placer que la poesía no les había proporcionado. Además, la venganza de tanto amor propio ofendido no hubiese quedado completa sin el desdén negativo que se testimonió a la poesía indígena, desertando de Lucien y de la señora de Bargeton. Todos parecieron preocupados: éste se dirigió hacia el prefecto para hablarle de un camino vecinal; aquélla habló de introducir una variación en las diversiones de la velada, interpretando alguna pieza musical. La alta sociedad de Angulema se sentía mal juez respecto a la poesía y se encontraba llena de curiosidad sobre todo por conocer la opinión de los Rastignac y de los Pimentel acerca de Lucien, y muchas personas les hicieron corro. La gran influencia que estas dos familias ejercían en el departamento era siempre reconocida en las grandes circunstancias: todos les envidiaban y les cortejaban, ya que todos preveían necesitar su protección.

—¿Qué opina de nuestro poeta y de su poesía? —dijo Jacques a la marquesa, en cuyas propiedades solía cazar.

—Pues para ser versos provincianos —dijo ella, sonriendo— no están tan mal; además, un poeta tan guapo difícilmente puede hacer algo que no esté bien.

Todos encontraron la frase admirable y fueron a repetirla a los demás, dándole una entonación más maliciosa de lo que había pensado la marquesa du Châtelet fue solicitado entonces para que acompañara al señor de Bartas, quien destrozó la obertura de Fígaro. Una vez se abrió la puerta a la música, fue preciso escuchar la romanza caballeresca compuesta bajo el Imperio por Chateaubriand, cantada por Châtelet. Después les llegó el turno a las interpretaciones a cuatro manos de las jovencitas y que reclamó la señora du Brossard, quien quería hacer brillar el talento de su querida Camille ante los ojos del señor de Séverac.

La señora de Bargeton, herida por el desprecio que todos habían hecho a su poeta, devolvió desdén con desdén, encerrándose en su gabinete durante todo el tiempo que duró la sesión musical. La siguió el obispo, a quien su vicario general explicó la profunda ironía de su involuntario epigrama y que quería contrarrestarla. La señorita de Rastignac, a quien la poesía había conquistado, se coló en el gabinete a espaldas de su madre. Sentándose en su canapé de cojines de piqué, adonde arrastró a Lucien, Louise pudo, sin ser vista ni oída, decirle al oído:

—Ángel querido, no te han comprendido, pero...

Tus versos son dulces, me gusta repetirlos.

Lucien, consolado con este halago, olvidó por un momento sus penas.

—No hay gloria que no se pague —le dijo la señora de Bargeton, tomándole la mano y estrechándosela—. Sufre, sufre, amigo mío, serás famoso, tus penas son el

precio de tu inmortalidad. Me gustaría tener que soportar las penalidades y trabajos de un combate. Dios te guarde de una vida átona y sin luchas, en donde las alas del águila no encuentran el espacio suficiente. Envidio tus sufrimientos, porque al menos tu vives. Desplegarás tus fuerzas, esperarás una victoria. Tu lucha será gloriosa. Cuando hayas llegado a la esfera imperial en donde dominan las grandes inteligencias, acuérdate de los pobres desheredados por la suerte cuya inteligencia se anquilosa a causa de la opresión del azote moral y que perecen tras de haber sabido constantemente lo que era la vida sin poder vivir, que han tenido una vista penetrante pero nada han visto, cuyo olfato era delicado y que no han percibido más que las miasmas de flores corrompidas. Canta entonces a la planta que se marchita en el fondo de un bosque sofocada por las lianas, por la vegetación devoradora, tupid-sin haber sido animada por el sol y que perece sin haber florecido. ¿No sería ése un poema de horrible melancolía, tema fantástico por completo? ¡Qué sublime composición de la muchacha nacida bajo los cielos de Asia, o de una muchacha del desierto, transportada a un país frío de Occidente llamando a su querido sol, muriéndose de dolores desconocidos, e igualmente fulminada por el frío y el amor! Ése sería el arquetipo de muchas existencias.

—Describiría así el alma con nostalgias del cielo —dijo el obispo—, un poema que debió componerse antaño y uno de cuyos fragmentos me complazco en identificar con el Cantar de los cantares.

—Dedíquese a ello, emprenda esa tarea —exclamó Laure de Rastignac, expresando una ingenua fe en el genio de Lucien.

—Francia necesita un gran poema sagrado —dijo el obispo—. Créame, la gloria y la fortuna pertenecerán al hombre que trabaje en favor de la religión.

—Lo emprenderá, Monseñor —aseguró la señora de Bargeton enfáticamente—. ¿No veis ya la idea del poema brillando como una llama de la aurora en sus ojos?

—Naïs se porta muy mal con nosotros —decía Fifine—. ¿Qué está haciendo ahora?

—¿No se da cuenta? —replicó Stanislas—. Está engolfada sobre las grandes palabras que no tienen pies ni cabeza.

Amélie, Firme, Adrien y Francis aparecieron en el vano de la puerta, acompañando a la señora de Rastignac, que iba a buscar a su hija para marcharse.

—Naïs —dijeron las dos mujeres, encantadas de interrumpir la reunión en el gabinete—, sería muy amable si quisiera interpretar para nosotros cualquier composición.

—Amigas mías —respondió la señora de Bargeton—, el señor de Rubempré va a recitarnos, su San Juan de Patmos, un magnífico poema bíblico.

—¡Bíblico! —repitió Fifine, extrañada.

Amélie y Fifine volvieron al salón llevando consigo aquella palabra como pasto

de burlas. Lucien se excusó de no recitar el poema, alegando su poca memoria. Cuando reapareció no despertó el menor interés. Todo el mundo hablaba, se jugaba. El poeta había sido despojado de todo su resplandor, los propietarios no veían en él nada digno de utilidad, las personas con pretensiones le temían como un poder hostil a su ignorancia; las mujeres, celosas de la señora de Bargeton, la Beatriz de este nuevo Dante, según las palabras del vicario general, le lanzaban miradas fríamente desdeñosas.

«¡Éste es el mundo!», se dijo Lucien, bajando hacia el Houmeau por las pendientes de Beaulieu, pues hay instantes en la vida en los que se desea tomar el camino más largo a fin de mantener andando el movimiento de ideas en el que uno se encuentra y de cuya corriente se quiere librar. Lejos de desmoralizarle, la rabia del ambicioso rechazado proporcionaba a Lucien nuevas formas. Como todas las personas conducidas por su instinto a una esfera elevada, adonde llegan antes de poder mantenerse en ella, se prometía sacrificarlo todo para permanecer en la alta sociedad. Mientras caminaba, iba arrancando uno a uno los dardos envenenados que había recibido, hablaba en voz alta dirigiéndose a sí mismo, contestaba a todas las tonterías a las que había tenido que hacer frente, encontraba agudas respuestas a las preguntas estúpidas que le habían hecho y se desesperaba al ver el ingenio que podía derrochar una vez pasada la ocasión. Al llegar a la carretera de Burdeos, que serpentea al pie de la montaña, contorneando las orillas del Charente, creyó ver, al claro de luna, a Ève y a David sentados sobre una viga al borde del río, cerca de una fábrica, y descendió hacia ellos por un sendero.

Mientras Lucien corría hacia su tortura en casa de la señora de Bargeton, su hermana se había puesto un vestido de percal rosa con rayitas, su sombrero de paja cosida y un chal de seda; simple tocado que hacía creer que estaba arreglada, como les sucede a todas las personas en las que una belleza natural realza los menores accesorios. Con tal motivo, cuando se quitaba su ropa de obrera, intimidaba a David de forma prodigiosa. Aunque el impresor llevaba la firme resolución de hablar de sí mismo, ya no encontró nada que decir en cuanto dio el brazo a la bella Ève para atravesar el Houmeau. El amor se complace en esos terrores respetuosos, semejantes a los que la gloria de Dios causa a sus fieles. Los dos enamorados se dirigieron en silencio hacia el puente de Sainte-Anne a fin de pasar a la orilla izquierda del Charente. Ève, que encontraba molesto este silencio, se detuvo en mitad del puente, que desde aquel lugar hasta donde se construía la fábrica de pólvora forma un amplio remanso sobre el que en aquel momento el sol arrojaba un alegre rastro de luz.

—¡Qué atardecer tan maravilloso! —dijo, buscando un tema de conversación—. El aire es, a la vez, templado y fresco, se percibe el aroma de las flores en el ambiente y el cielo está magnífico.

—Todo habla al corazón —repuso David, tratando de llegar a su amor por

analogía—. Para los enamorados es un infinito placer encontrar en los accidentes de un paisaje, en la transparencia del aire y en los perfumes de la tierra, la poesía que albergan dentro de su alma. La naturaleza habla por ellos.

—Y les desata también la lengua —dijo Ève, riendo—. Estaba muy silencioso al atravesar el Houmeau. ¿Quiere creer que me sentía muy violenta?...

—La encontraba tan hermosa, que había perdido la noción del resto de las cosas —repuso ingenuamente David.

—Entonces, ¿ahora soy menos bella? —le preguntó ella.

—No, pero me siento tan dichoso de poder pasear solo con usted, que...

Se interrumpió, confuso, y miró hacia las colinas por donde transcurre la carretera de Saintes.

—Si usted encuentra algún placer en este paseo, por mi parte he de confesar que me siento muy feliz, ya que me creo obligada a proporcionarle una velada a cambio de la que me ha sacrificado. Al rehusar ir a casa de la señora de Bargeton ha sido tan generoso como Lucien arriesgándose a enojarla con su petición.

—Generoso no, prudente —respondió David—. Ya que nos encontramos solos, bajo el cielo, sin otros testigos que los rosales y los arbustos que bordean el Charente, permítame, mi querida Ève, que le revele alguna de las inquietudes que me causa la actual marcha de Lucien. Después de lo que le acabo de decir, mis temores le parecerán un refinamiento de amistad. Usted y su madre han hecho todo lo posible por situarle por encima de su posición; pero al excitar su ambición, ¿no le ha puesto al borde de grandes sufrimientos? ¿Cómo podrá mantenerse en el mundo adonde le llevan sus inclinaciones? ¡Le conozco!, tiene una naturaleza tal que gusta de las cosechas sin trabajo. Los deberes de sociedad le robarán su tiempo, y el tiempo es el único capital de las personas que como única fortuna tienen su inteligencia; le gusta figurar, el mundo irritará sus deseos, que ningún caudal podrá satisfacer; gastará dinero y no lo ganará; en una palabra, le han acostumbrado a creerse grande, pero antes de reconocer una superioridad cualquiera el mundo exige éxitos brillantes. Y los éxitos literarios sólo se consiguen mediante la soledad y el trabajo obstinado. ¿Qué es lo que la señora de Bargeton dará a su hermano a cambio de tantas horas pasadas a sus pies? Lucien es demasiado orgulloso para aceptar su auxilio, y sabemos que aún es demasiado pobre para frecuentar su sociedad, que es doblemente ruinosa. Tarde o temprano esta mujer abandonará a nuestro querido hermano tras de haberle hecho perder su afición al trabajo y haber desarrollado en él la afición al lujo, el desprecio por nuestra modesta existencia, el amor al goce, su inclinación hacia la ociosidad, este escape de las almas poéticas. Sí, tiemblo al pensar que esta gran dama se va a divertir con Lucien como con un juguete; o le ama sinceramente y le hará olvidarse de todo, o no le quiere y en ese caso le hará muy desgraciado, pues él está loco por ella.

—Me hiela el corazón —dijo Ève, deteniéndose en la presa del Charente—. Pero mientras mi madre tenga fuerzas para ejercer su penoso trabajo y mientras yo viva, los productos de nuestro trabajo tal vez sean suficientes para los gastos de Lucien y le permitan esperar el momento en que la fortuna comience a sonreírle. A mí nunca me faltará el valor, ya que la idea de trabajar por una persona querida —dijo Ève, animándose— quita al trabajo todos sus pesares y su parte desagradable. Me siento feliz al pensar por quién me esfuerzo tanto, si en realidad hay un esfuerzo. Sí, no tema nada, ganaremos el suficiente dinero para que Lucien pueda codearse con la alta sociedad. Allí se encuentra su fortuna.

—Y allí está también su perdición —replicó David—. Escúcheme, querida Ève. La lenta ejecución de obras de genio necesita una fortuna considerable llovida del cielo o el sublime cinismo de una vida pobre. ¡Créame! Lucien tiene un terror tan grande a las privaciones de la miseria, ha saboreado con tanta complacencia el aroma de los festines, el humo del éxito, y su amor propio se ha desarrollado de tal forma en el gabinete de la señora de Bargeton, que lo intentará todo antes que fracasar, y el producto de su trabajo nunca se encontrará en relación con sus necesidades.

—Entonces usted no es más que un falso amigo —exclamó Ève, desesperada—. Si no, no nos desanimaría de esta forma.

—¡Ève, Ève! —respondió David—. Yo quisiera ser el hermano de Lucien.

—Sólo usted puede darme ese título que le permitiría aceptarlo todo de mí, que me daría el derecho a dedicarme a él con el santo amor que usted pone en sus sacrificios, pero sin olvidar el discernimiento del calculador. Ève, querida niña adorada, haga que Lucien tenga un tesoro al que pueda recurrir sin vergüenza alguna. La bolsa de un hermano, ¿no será como la suya? ¡Si supiera todas las reflexiones que me ha sugerido la nueva posición de Lucien! Si quiere ir a la casa de la señora de Bargeton, el pobre muchacho no debe seguir siendo mi regente, no debe seguir viviendo en el Houmeau, usted no debe continuar trabajando como obrera, ni su madre haciendo su trabajo. Si consiente en ser mi mujer todo podrá irse arreglando: Lucien podría vivir de momento en mi casa, mientras yo le haga construir otra sobre el cobertizo del fondo del jardín, a menos que mi padre no quiera levantar una segunda planta. De este modo le daríamos una vida independiente y sin problemas. Mi deseo de sostener y ayudar a Lucien me dará, para hacer fortuna, un valor que no tendría si sólo se tratara de mí; pero de usted depende autorizar mi devoción. Tal vez vaya un día a París, el único Teatro en el que debe de presentarse y en donde su talento será apreciado y retribuido. La vida en París es cara y tres no seremos demasiado para ayudarle. Por otra parte, tanto a usted como a su madre, ¿no le será necesario un apoyo? Querida Ève, cásese conmigo por amor a Lucien. Más tarde tal vez me ame al ver los esfuerzos que haré por servirle y hacerla dichosa. Ambos somos igual de humildes y modestos en nuestros gustos, nos será necesaria bien poca

cosa; la dicha de Lucien será nuestro gran objetivo, y su corazón será el tesoro en el que colocaremos sentimientos, fortuna, sensaciones, ¡todo!

—Las conveniencias nos separan —dijo Ève, conmovida al ver cómo se humillaba aquel gran amor—. Usted es rico y yo pobre. Hay que amar mucho para pasar sobre tamaña dificultad.

—Entonces, ¿no me ama aún lo suficiente? —exclamó David, aterrado.

—Pero, seguramente, su padre se opondrá...

—Bueno, si sólo se ha de consultar con mi padre, será mi mujer. Ève, mi querida Ève, me acaba de devolver el gusto de vivir en un momento. Tenía el corazón repleto de sentimiento que no podía ni sabía cómo expresar. Dígame solamente que me ama un poco, adquiriré el valor suficiente para hablarle del resto.

—En verdad, me hace sentirme avergonzada; pero ya que nos confiamos nuestros sentimientos, le diré que nunca en mi vida había pensado en alguien que no fuera usted. En usted he visto uno de esos hombres a los que una mujer tiene a orgullo pertenecer, y yo no me atrevía a esperar para mí, pobre obrera sin porvenir, un destino tan grande y hermoso.

—Basta, basta —dijo él, sentándose sobre el pretil de la presa, junto a la que habían vuelto, ya que iban y venían como unos locos, recorriendo el mismo camino.

—¿Qué le sucede? —le dijo ella, expresando por vez primera esta inquietud tan graciosa que demuestran las mujeres por el hombre que les pertenece.

—Sólo cosas buenas —dijo él—. Al adivinar una vida feliz, el espíritu queda como en éxtasis, el alma está como abrumada. ¿Por qué soy el más feliz? —dijo con una expresión de melancolía—. Pero ya lo sé.

Ève miró a David con aire coqueto y dudoso de quien pide una explicación.

—Querida Ève, yo recibo mucho más de lo que doy. De este modo, yo la amaré mucho más de lo que usted me ama, porque tengo muchas más razones para amarla; usted es un ángel y yo soy un hombre.

—Yo no soy tan sabia —respondió Ève, sonriendo—. Yo le quiero...

—¿Tanto como quiere a Lucien? —preguntó él, interrumpiéndola.

—Lo suficiente para ser su mujer, para consagrarme a usted y tratar de no darle ni un solo disgusto en la vida, un poco penosa al principio, que llevaremos.

—¿Se ha dado cuenta, querida Ève, que yo ya la amé desde el primer día que la vi?

—¿Cuál es la mujer que no se siente amada? —preguntó ella.

—Déjeme pues disipar los escrúpulos que le causa mi pretendida fortuna. Soy pobre, mi querida Ève. Sí, mi padre se ha complacido en arruinarme, ha especulado con mi trabajo, ha hecho como muchos pretendidos bienhechores con sus obligados. Si me hago rico, el mérito será de usted. Esto no es una frase de amante, sino una reflexión de pensador. Debo hacerle conocer mis defectos, y son enormes en un

hombre obligado a hacer fortuna. Mi carácter, mis costumbres y las ocupaciones que me gustan me hacen poco idóneo a todo lo que es comercio y especulación, y sin embargo no podemos convertirnos en personas ricas sin el ejercicio de alguna industria. Si soy capaz de descubrir una mina de oro, por otro lado soy incapaz de explotarla. Pero usted, que por amor a su hermano ha descendido hasta los más pequeños detalles, que tiene el don de la economía, la paciente atención del verdadero comerciante, recogerá la cosecha que yo habré sembrado. Nuestra situación, ya que desde hace tiempo me he situado en el seno de su familia, me oprime el corazón tan fuertemente, que he pasado mis días y mis noches buscando una ocasión de hacer fortuna. Mis conocimientos en química y la observación de las necesidades del comercio me han situado en el camino de un descubrimiento lucrativo. Nada le puedo decir aún sobre ellos, pues preveo ciertos retrasos. Sufriremos durante algunos años aún, pero acabaré por encontrar los sistemas industriales tras cuya pista no voy solo., y si soy el primero en alcanzarla nos procurarán una gran fortuna. Nada he dicho a Lucien, ya que su carácter ardiente lo estropearía todo, convertiría mis esperanzas en realidades, viviría como un señor y hasta tal vez contraería deudas. Por lo tanto, guárdeme el secreto. Su dulce y querida compañía será lo único que podrá consolarme durante estas largas pruebas, así como el deseo de enriquecerla a usted y a Lucien me proporcionará constancia y tenacidad...

—Yo también había adivinado —le dijo Ève, interrumpiéndole— que es uno de esos inventores a los que, como a mi pobre padre, les es necesaria una mujer que cuide de ellos.

—Así pues, ¿me ama? ¡Ah!, dígamelo sin temor, a mí que ha visto en su nombre un símbolo de mi amor. Eva era la única mujer que había en el mundo, y lo que era materialmente verdadero para Adán, lo es moralmente para mí. ¡Dios mío!, ¿me ama?

—Sí —dijo ella, alargando esta simple sílaba con la forma con que la pronunció, como para describir la extensión de sus sentimientos.

—Pues bien, sentémonos aquí —le dijo él, llevando a Ève de la mano hasta una larga viga que se encontraba bajo las ruedas de una fábrica de papel—. Déjeme respirar el aire de la tarde, oír el croar de las ranas, admirar los reflejos de la luna que cabrillean sobre las aguas; déjeme que me recree con esta naturaleza, en donde creo ver mi dicha escrita en cada cosa y que se me aparece por vez primera en todo su esplendor, iluminada por el amor, embellecida por usted. Ève, ¡amor mío!, ¡he aquí el primer instante de pura felicidad que me ha proporcionado la suerte! ¡Dudo que Lucien se sienta tan dichoso como yo me siento en este instante!

Al sentir la mano de Ève, húmeda y temblorosa entre las suyas, David dejó escapar una lágrima.

—¿No puedo saber el secreto? —dijo Ève con una voz zalamera.

—Tiene todo el derecho, ya que su padre se ocupó de este asunto, que va a ser

importante. He aquí por qué. La caída del Imperio va a hacer que la ropa de algodón sea utilizada por la mayor parte de la gente, debido al buen precio de esta materia con respecto al tejido de hilo. Actualmente, el papel se sigue haciendo con trapos de cáñamo y de lino, pero este ingrediente es caro y su precio retrasa el gran movimiento que la Prensa francesa ha de adquirir necesariamente. Pero la producción de trapos no puede acelerarse. Los trapos son el resultado del uso del tejido, y la población de una nación sólo da una cantidad determinada. Esta cantidad sólo puede crecer mediante el aumento de la cifra de nacimiento. Para operar un cambio sensible en su población, un país necesita un cuarto de siglo y grandes revoluciones en las costumbres, en el comercio y en la agricultura. Si por lo tanto las necesidades de la papelería son superiores a lo que Francia produce en trapos, sea doble o triple cantidad, sería preciso, para mantener el papel a bajo precio, introducir en la fabricación de papel un elemento distinto de los trapos. Este razonamiento reposa sobre un hecho que aquí acontece. Las papeleras de Angulema, las últimas en donde se fabricarán papeles tomando como base el trazo de hilo, ven cómo el algodón va invadiendo la pasta en una progresión tremenda.

Ante una pregunta de la joven obrera, que no sabía lo que quería decir aquel nombre de pasta, David le dio sobre la fabricación del papel unos informes que no estarán de más en una obra cuya existencia material se debe tanto al papel como a la prensa; pero ese largo paréntesis entre los dos enamorados sin duda ganará si ante todo es resumido. El papel, producto no menos maravilloso que la impresión, a la que sirve de base, existía desde hacía mucho tiempo en China, cuando a través de los conductos subterráneos del comercio llegó hasta el Asia Menor, donde hacia el año 750, según algunas tradiciones, se usaba un papel de algodón machacado y reducido a pasta. La necesidad de reemplazar al pergamino, cuyo precio era excesivo, hizo que se encontrara mediante una imitación de papel bóbice (tal fue el nombre del papel de algodón en Oriente) el papel a base de trapos; unos dicen que en Basilea, en 1170, por unos griegos refugiados; otros dicen que en Padua, en 1301, por un italiano llamado Pax. De este modo el papel se fue perfeccionando lenta y oscuramente, pero lo cierto es que bajo Carlos VI se fabricaba ya en París la pasta de los naipes. Cuando los inmortales Faust, Coster y Guttemberg hubieron inventado *el libro*, artesanos desconocidos, como tantos grandes artistas de aquella época, adaptaron la papelería a las necesidades de la tipografía. En aquel siglo XV, tan vigoroso e ingenuo, los nombres de los diferentes formatos de papel, lo mismo que los nombres dados a los caracteres, llevan la impronta de la ingenuidad de la época. Con tal motivo, el Racimo, el Jesús, el Escudo, el Corona y el Concha son papeles cuyos nombres provienen de la imagen de Nuestro Señor, de su corona, del escudo, etc., grabado en filigrana en el centro del papel, como más tarde, bajo Napoleón, se colocó el águila; de ahí el papel llamado Gran Águila. De igual modo, a los caracteres se les llamó

Cicero, San Agustín, Gran Canon, según los libros litúrgicos, obras teológicas o tratados de Cicerón en que fueron empleados por primera vez estos tipos. La itálica fue inventada por los Aldo en Venecia, de ahí su denominación. Antes de la invención del papel continuo, de muy extensa longitud, los formatos mayores eran el Gran Jesús o el Gran Colombier, y aun este último apenas si servía para atlas o para grabados. Efectivamente, los tamaños del papel de impresión debían estar en consonancia con los de las platinas de las prensas. En el momento en que David hablaba, la existencia del papel continuo parecía una quimera en Francia, a pesar de que ya Denis Robert de Essone había inventado hacia 1799 una máquina para fabricarlo, que luego Didot Saint-Léger trató de perfeccionar. El papel vitela, inventado por Ambroise Didot, sólo data de 1780. Este apresurado resumen demuestra de forma irrefutable que todas las grandes conquistas de la industria y de la inteligencia se han hecho con suma lentitud y mediante agregaciones insospechadas, exactamente del mismo modo como trabaja la Naturaleza. Para llegar a su perfeccionamiento, la escritura, y tal vez el lenguaje... han conocido los mismos tanteos que el papel y la tipografía.

—Los traperos compran por toda Europa los trapos, la ropa vieja y acaparan todos los restos de cualquier tejido —dijo, como conclusión, el impresor—. Estos restos, seleccionados después, se almacenan en los depósitos de los traperos al por mayor, que realizan el suministro a las fábricas de papel. Para que pueda tener una idea de este comercio, sepa, señorita, que en 1814 el banquero Cardón, propietario de las fábricas de Buges y de Langlée, donde Léorier de L'Isle trató de solucionar el problema a partir de 1776, al igual que su padre, tenía un proceso contra un tal señor Proust acerca de un error de dos millones de diferencia en una cuenta de diez millones de libras, o sea, alrededor de cuatro millones de francos. El fabricante lava sus trapos y los reduce a una pasta clara, que se tamiza, de la misma forma que una cocinera pasa una salsa en su colador, sobre un armazón de hierro llamado tina, y cuyo interior se halla cubierto por una tela metálica en medio de la cual se encuentra la filigrana que da su nombre al papel. O sea, que del tamaño de la tina depende el tamaño del papel. En la época en que yo estaba en casa de los señores Didot, ya se ocupaban de esta cuestión, y se siguen ocupando ahora; ya que el perfeccionamiento buscado por su padre es una de las necesidades más imperiosas de los tiempos actuales. He aquí el porqué. Aunque la duración del hilo, comparada a la del algodón, hace que en definitiva el hilo sea menos caro que el algodón, como siempre se trata para los pobres de tener que sacar una suma de sus bolsillos, prefieren dar menos que más y sufren, en virtud del *vae victis!*, enormes pérdidas. La clase burguesa reacciona de la misma manera que el pobre. Con tal motivo, la ropa de hilo escasea. En Inglaterra, donde el algodón ha reemplazado al hilo en las cuatro quintas partes de la población, sólo se fabrica ya papel a base de algodón. Este papel, que en un principio

tiene el inconveniente de rasgarse y romperse, se disuelve en el agua de forma tan fácil que, un libro hecho con papel de algodón, hirviéndolo en agua, desaparecería al cabo de un cuarto de hora, mientras que un libro antiguo tardaría al menos dos horas y no quedaría destruido; de forma que secando el libro antiguo, aunque amarillento y borroso, el texto aún podría leerse, la obra nunca quedaría destruida. Nos acercamos a una época en que las fortunas van disminuyendo a causa de su igualación, y todo se irá empobreciendo; querremos ropa y libros baratos, como ya se empiezan a pedir cuadros pequeños por falta de espacio para colocar los grandes. Las camisas y los libros ya no serán duraderos, ésta es la consecuencia. La solidez de los productos desaparece por todas partes. Con tal motivo, el problema que hay que resolver es de la más alta importancia para la literatura, las ciencias y la política. En mi oficina hubo un día una discusión sobre los ingredientes que utilizan en China para la fabricación del papel. Gracias a las materias primas, el papel, desde sus orígenes, ha alcanzado una perfección en aquel país que en el nuestro carece. Entonces se preocupaban mucho por el papel de China, cuya ligereza y finura lo hacen muy superior al nuestro, ya que esas preciosas cualidades no le impiden ser consistente, y, aunque sea muy delgado, no es en absoluto transparente. Un corrector muy instruido (en París es fácil encontrar sabios entre los correctores: Fourier y Pierre Leroux en la actualidad son correctores con Lachevardière...), el conde de Saint-Simón, corrector por aquel entonces, fue a vernos en medio de la discusión. Nos dijo que, según Kempfer y du Haldé, la *broussonatia* proporcionaba a los chinos la materia de su papel, completamente vegetal, y, por tanto, como el nuestro. Otro corrector sostuvo que el papel de China se fabricaba principalmente con materia animal, con la seda, tan abundante en China. Ante mí se hizo una apuesta. Como los señores Didot son los impresores del Instituto, naturalmente el debate fue sometido a la asamblea de sabios. El señor Marcel, antiguo director de la Imprenta Imperial, designado como arbitro, envió los dos correctores al señor Grozier, abate y bibliotecario del Arsenal. Ante el dictamen del abate Grozier, ambos perdieron su apuesta. El papel de China no se fabrica ni con la seda ni con la *broussonatia*; su pasta proviene de las fibras de bambú trituradas. El abate Grozier poseía un libro chino, obra a la vez iconográfica y tecnológica, en donde se encontraban diversos grabados que representaban la fabricación del papel a través de todas sus fases, y nos enseñó montones de varas de bambú pintadas en un rincón del taller de papel, dibujado de forma magistral. Cuando Lucien me dijo que su padre, por una especie de intuición propia a los hombres de talento, había previsto reemplazar los restos de telas por una materia vegetal muy común y fácil de adquirir por la industria territorial, como hacen los chinos al servirse de las varas fibrosas, he clasificado todos los ensayos hechos por mis predecesores, y me he puesto, por último, a estudiar la cuestión. El bambú es una caña. Inmediatamente comencé a pensar en las cañas de nuestra comarca. La mano de obra

carece de importancia en China; una jornada son tres sueldos: por este motivo los chinos pueden, al salir de la tina, aplicar su papel hoja por hoja entre planchas de porcelana blanca calentadas, mediante las que le dan ese brillo, esa consistencia, esa ligereza y esa suavidad satinada que hacen de él el primer papel del mundo. Pues bien, se han de reemplazar los procedimientos de los chinos mediante alguna máquina. Por medio de la maquinaria se puede llegar a resolver el problema de la baratura que a los chinos les proporciona el bajo precio de su mano de obra. Si logramos fabricar a bajo precio un papel de calidad semejante al de China, disminuirémos en más de la mitad el peso y el espesor de los libros. Un Voltaire encuadernado, que en nuestros papeles vitela pesa unas doscientas cincuenta libras, no pesaría más de cincuenta en el papel de China. He aquí, ciertamente, un adelanto. Buscar el lugar necesario para dejar espacio a una biblioteca será más difícil cada día en una época en que el achicamiento general de las cosas y de los hombres afecta a todo, incluso a sus habitaciones. En París, los grandes palacios y las grandes mansiones serán tarde o temprano demolidos; pronto no habrá más fortunas en armonía con las construcciones de nuestros padres. ¡Qué vergüenza para nuestra época al tener que fabricar libros que no duran! Diez años más y el papel de Holanda, es decir, el papel hecho con trapos de hilo, será completamente imposible. Pero su generoso hermano me ha comunicado la idea que había tenido su padre de emplear ciertas plantas fibrosas en la fabricación del papel, y por tanto ya ve que si triunfo usted tendrá derecho a... —En aquel preciso momento, Lucien abordó a su hermana e interrumpió la generosa proposición de David.

—No sé —les dijo— si habéis encontrado agradable esta velada, mas para mí ha sido cruel.

—Mi pobre Lucien, ¿qué te ha sucedido? —dijo Ève, dándose cuenta de la expresión del rostro de su hermano.

El poeta, irritado, contó sus angustias, vertiendo, en esos corazones amigos los raudales de pensamientos que le asaltaban. Ève y David escucharon a Lucien en silencio, afligidos al ver pasar ese torrente de dolores que revelaba tanta grandeza como mezquindad.

—El señor de Bargeton —terminó Lucien— es un anciano que sin duda alguna pronto desaparecerá de este mundo a causa de una indigestión; ¡pues bien!, yo dominaré a este mundo orgulloso y me casaré con la señora de Bargeton. Esta noche he leído en sus ojos un amor igual al mío. Sí, ha sentido mis heridas, ha calmado mis sufrimientos, es tan grande y noble como bella y graciosa. No, ¡ella jamás me traicionará!

—¿No ha llegado ya el momento de tranquilizar un poco su existencia? —dijo en voz baja David a Ève.

Ève apretó silenciosamente el brazo de David, quien, dándose cuenta de lo que

pensaba, se apresuró a contar a Lucien los proyectos que había meditado. Los dos enamorados se hallaban tan llenos de sí mismos como Lucien estaba lleno de sí, de manera que Ève y David, apresurados por hacerle conocedor de su dicha, no advirtieron el movimiento de sorpresa que dejó escapar el amante de la señora de Bargeton al saber la noticia de la próxima boda de su hermana y de David. Lucien, que soñaba con que su hermana hiciera un matrimonio provechoso cuando él hubiese alcanzado una alta posición, a fin de apuntalar su ambición con el interés que le otorgaría una poderosa familia, quedó desolado al ver en esta unión un obstáculo más para sus triunfos en el mundo que pensaba dominar.

«Si la señora de Bargeton consiente en convertirse en la señora de Rubempré, ¡jamás querrá ser la cuñada de David Séchard! —Esta frase es la fórmula neta y precisa de las ideas que atenazaban el corazón de Lucien—. ¡Louise tiene razón!, las personas con porvenir nunca son comprendidas por sus familias», pensó con amargura.

Si esta unión le hubiese sido presentada en un momento en que con su imaginación no hubiese matado al señor de Bargeton, sin duda alguna hubiese estallado en la más viva alegría. Reflexionando sobre su actual situación, interrogando el destino de una bella muchacha sin fortuna, de Ève Chardon, hubiese visto este matrimonio como una dicha inesperada. Pero vivía en uno de esos ensueños de oro en los que los jóvenes montados sobre los *si*, franquean todos los obstáculos. Acababa de verse dominando a la sociedad y el poeta sufría al verse caer de nuevo en la realidad. Ève y David pensaron que su hermano, abrumado por tanta generosidad, se callaba. Para aquellas dos bellas almas, un asentimiento silencioso probaba una verdadera amistad.

El impresor comenzó a describir con una elocuencia dulce y cordial la dicha que esperaba a los cuatro. A pesar de la oposición de Ève, amuebló su primer piso con un lujo de enamorado; construyó con una ingenua buena fe el segundo para Lucien y la parte superior del cobertizo para la señora Chardon, a la que quería dedicar todos los cuidados de una solicitud filial. Finalmente, hizo a la familia tan dichosa y a su hermano tan independiente, que Lucien, encantado por la voz de David y por las caricias de Ève, olvidó bajo las penumbras de la carretera, a lo largo del Charente tranquilo y brillante, al amparo de la bóveda estrellada y en la templada atmósfera de la noche, la hiriente corona de espinas que la sociedad le había hundido en la cabeza. El señor de Rubempré dio al final la razón a David. La movilidad de su carácter le situó de nuevo en el camino puro, trabajador y burgués que siempre había seguido; lo vio bello y sin problemas. El rumor del mundo aristocrático se fue alejando cada vez más. Finalmente, cuando alcanzaron el pavimento del Houmeau, el ambicioso estrechó la mano de su hermano y marchó al unísono de los dos amantes.

—Con tal de que tu padre no desaproebe este matrimonio —le dijo a David.

—¡Ya ves lo que se preocupa por mí! El infeliz sólo vive para él, pero le iré a ver a Marsac, aunque no sea más que para conseguir que haga arreglos y alguna construcción para nuestro provecho.

David acompañó a los hermanos hasta la casa de la señora Chardon, a la que pidió la mano de Ève, con la presteza del hombre que no quiere retraso alguno. La madre tomó la mano de su hija, la colocó en la de David con alegría, y el enamorado, enardecido, besó la frente de su bella prometida, quien le sonrió mientras se ruborizaba.

—Éstos son los esponsales de los pobres —dijo la madre, alzando la vista como para implorar la bendición de Dios—. Tienes mucho valor, hijo mío —dijo a David—, ya que estamos en la desgracia y eso es contagioso.

—Seremos ricos y felices —dijo gravemente David—. Para empezar, usted no continuará con su oficio de enfermera y vendrá a vivir con su hija y su hijo Lucien a Angulema.

Los tres muchachos se apresuraron entonces en contar a la sorprendida madre su encantador proyecto, abandonándose a una de esas locas charlas de familia en las que se complace en entrojarse todas las sementeras y en disfrutar por adelantado de todas las alegrías. Fue preciso despachar a David; hubiese deseado que esta velada fuese eterna. Era la una de la mañana cuando Lucien acompañaba a su futuro cuñado hasta la Porte Palet. El honrado Postel, inquieto por aquellos movimientos extraordinarios, estaba despierto, tras de su persiana; había abierto la celosía y se decía al ver la luz en casa de Ève: «¿Qué debe suceder en casa de los Chardon?».

—Muchacho —dijo, viendo volver a Lucien—, ¿qué os sucede? ¿Tenéis necesidad de mí?

—No, señor —repuso el poeta—; pero como es usted nuestro amigo, puedo confiarle de qué se trata; mi madre acaba de conceder la mano de mi hermana a David Séchard.

Por toda respuesta, Postel cerró bruscamente su ventana, con la desesperación de no haber pedido a la señorita Chardon.

En lugar de volver a Angulema, David tomó la carretera de Marsac. Se fue dando un paseo hasta la casa de su padre y llegó a la valla que rodeaba a la casa cuando el sol despuntaba. El enamorado divisó bajo un almendro la cabeza del viejo oso que asomaba por encima de la cerca.

—Buenos días, padre —le dijo David.

—¡Ah!, ¿eres tú, hijo mío? ¿Qué haces por aquí a esta hora? Entra por aquí —dijo el cultivador, indicando a su hijo una puertecilla—. Todas mis viñas están en flor. Ni una cepa se me ha helado. ¡Este año habrá más de veinte barricas por *arpent*! ¡pero cuidado que he gastado abono!

—Padre, vengo a hablarle de un asunto importante.

—¡Bien! ¿Cómo van nuestras prensas? Debes estar embolsándote mucho dinero...

—Lo ganaré, padre, pero por el momento no soy rico.

—Aquí todos me reprochan y condenan por abonar —replicó el padre—. Los burgueses, es decir, el señor marqués, el señor conde, los señores esto y lo otro, pretenden que quito calidad al vino. ¿Para qué sirve la educación?, para confundirnos el entendimiento. ¡Escucha! Estos señores recogen siete y a veces ocho barricas por *arpent*, y las venden a sesenta francos barrica, lo que les proporciona como máximo unos cuatrocientos francos por *arpent* en los años buenos. Yo hago veinte barricas y las vendo a treinta francos, seiscientos francos en total. ¿Quién es el tonto? ¡La calidad, la calidad! ¿Qué me importa a mí la calidad? ¡Qué se la guarden para ellos, su calidad, los señores marqueses! Para mí la calidad son los escudos. ¿Qué decías? ...

—Padre, voy a casarme y venía a pedirle...

—¿Pedirme? ¡Qué! Nada de nada, muchacho. Cásate, consiento en ello, pero no puedo darte nada, estoy sin un céntimo. ¡Los trabajos me han arruinado! Desde hace dos años no hago más que realizar arreglos, con gastos y desembolsos de todo orden, y luego los impuestos. El gobierno se lo queda todo, lo más sustancioso va a parar a manos del gobierno. Hace ya dos años que los pobres cosecheros no hacemos nada. Este año la cosecha no se presenta mal; ¡pues bien!, mis malditos toneles valen ya once francos. Cosecharemos para el tonelero. Pero, dime, ¿por qué quieres casarte antes de la vendimia?...

—Padre, sólo vengo a pedirle su consentimiento.

—¡Ah!, ésa es otra cuestión. ¿Y quién es tu elegida, sin que sea curiosidad?

—Me caso con la señorita Ève Chardon.

—¿Quién es? ¿De dónde sale?

—Es la hija del difunto señor Chardon, el farmacéutico del Houmeau.

—¡Te casas con una mora del Houmeau, tú, el impresor de! Rey en Angulema! ¡Éstos son los frutos de la educación! ¡Poned a vuestros hijos en los mejores colegios! Ahora que debe ser rica, ¿eh, hijo mío? —dijo el viejo cosechero, acercándose a su hijo con aire zalamero—. Ya que si te casas con una muchacha del Houmeau debe de tener sus buenos cuartos. ¡Bien, de esta forma ya me pagarás mis alquileres! Ya sabes, muchacho, que son dos años y tres meses de alquileres, lo que hacen dos mil setecientos francos que me vendrían estupendamente para pagar al tonelero. A cualquier otro que no fuese mi hijo estaría en mi derecho de exigirle intereses, ya que, después de todo, los negocios son los negocios, pero te los perdono. ¿Bien, cuánto tiene?

—Tiene lo que tenía mi madre.

El astuto viejo estuvo a punto de exclamar: «¡No tiene más que diez mil

francos!». Pero se acordó de haber negado hacer cuentas con su hijo, y gritó:

—¿No tiene nada?

—La fortuna de mi madre era su inteligencia y su belleza.

—¡Vete entonces al mercado con eso y ya verás lo que te dan por ello! ¡Maldita sea!, los padres son desgraciados en sus hijos. David, cuando yo me casé, tenía sobre la cabeza un gorro de papel por toda fortuna y mis dos brazos. Era un pobre oso; pero con la hermosa imprenta que yo te he dado, con tu trabajo y tu inteligencia, debes casarte con una burguesa de la ciudad, una mujer rica, con treinta o cuarenta mil francos. Renuncia a tu pasión y yo te casaré. Tenemos a una legua de aquí una viuda molinera de treinta y dos años que posee cien mil francos; ése es un buen negocio. Puedes juntar sus propiedades a las de Marsac, pues están colindantes. ¡Qué buenas tierras tendríamos y que bien las cuidaría yo! Dicen que se va a casar con Courtois, su primer mozo; tú vales más que él. Dirigiré el molino mientras ella, en Angulema, vendería buenos bollos.

—Padre, ya estoy comprometido...

—David, tú no entiendes nada de comercio; ya te veo arruinado. Sí, si te casas con esta moza del Houmeau, te ajustaré las cuentas y te requeriré para que me pagues mis alquileres, ya que no preveo nada bueno. ¡Ah, mis pobres prensas!, ¡mis prensas!, necesitáis dinero para engrasaros, cuidaros y haceros trabajar. Sólo una buena cosecha me puede consolar de todo esto.

—Padre, me da la impresión que hasta ahora no le he dado ningún disgusto...

—Y tampoco me has pagado mis alquileres —respondió el cosechero.

—Venía a pedirle, además de su consentimiento para mi matrimonio, que me levante el segundo piso de su casa y construya una segunda vivienda sobre el cobertizo.

—¡Naranjas! No tengo un céntimo, y tú lo sabes. Además, sería dinero tirado, porque ¿qué beneficios me iba a proporcionar? ¡Ah!, tú te levantas temprano para venir a pedirme construcciones que arruinarían a un rey. A pesar de que te llamas David, no tengo los tesoros de Salomón. ¿Estás loco? A mi niño lo han transformado en nodriza. ¡Mira, una que dará buena uva! —dijo, interrumpiéndose para enseñar una cepa a David—. Éstos son hijos que no dan al traste con las esperanzas de sus padres: los abonáis y, a cambio, os dan buena ganancia. Yo te he colocado en el Instituto, he tenido que pagar sumas enormes para hacer de ti un sabio, has estudiado con los Didot, y todos estos sacrificios tienen por fruto el darme como nuera a una muchacha del Houmeau sin un céntimo de dote. Si no hubieses estudiado y te hubieses quedado a mi lado, hoy te casarías, siguiendo mis instrucciones, con una molinera que tiene cien mil francos, sin contar el molino. ¡Ah!, ¿y tu sentido del humor te hace pensar que yo te recompensaré por este buen sentimiento, construyéndote palacios?... Cualquiera diría que la casa en que te encuentras ha

servido para alojar cerdos, y que una muchacha del Houmeau no puede vivir en ella... ¿Acaso es la reina de Francia?

—Bien, padre, ya levantaré yo el segundo piso a mis expensas; será el hijo quien enriquecerá al padre. Aunque sea el mundo al revés, estas cosas suceden algunas veces.

—¡Cómo, hijo mío! ¿Tú tienes dinero para construir y no lo tienes para pagar mis alquileres? ¡Ladino, te estás burlando de tu desvalido padre!

Llegado a este estado de cosas, la solución se veía difícil, ya que el hombre estaba encantado de colocar a su hijo en una posición que le permitía no darle nada, sin dejar por ello de ser paternal. De esta manera, David no pudo obtener más que un consentimiento puro y simple para contraer matrimonio y el permiso de hacer a su costa, en la casa paterna, todos los arreglos y construcciones que pudiese necesitar. El viejo oso, ese modelo de padres conservadores, concedió a su hijo la gracia de no exigirle los alquileres, ni apropiarse de las economías que había tenido la imprudencia de revelar. David se volvió un tanto triste: comprendió que en la desgracia no podría contar con la ayuda de su padre.

En toda Angulema no se habló de otra cosa que de la frase del obispo y de la respuesta de la señora de Bargeton. Los más nimios acontecimientos fueron aumentados, desorbitados y adornados de tal forma, que el poeta se convirtió en el héroe del momento. De la esfera superior, en donde rugió esta tormenta de chismorreos, cayeron algunas gotas entre la burguesía. Cuando Lucien pasó por Beaulieu para ir a casa de la señora de Bargeton, se dio cuenta de la atención envidiosa con que muchos jóvenes le miraban y logró captar algunas frases que le enorgullecieron.

—Ahí va un muchacho feliz —decía un pasante de abogado llamado Petit-Claud, compañero de colegio de Lucien, con quien éste se daba un cierto aire de protector y que era feo.

—Sí, por cierto, es guapo, tiene talento y la señora de Bargeton está loca por él —respondía un hijo de familia que había asistido a la lectura.

Había esperado con impaciencia la hora en que sabía encontraría sola a Louise; tenía necesidad de hacer aceptar la boda de su hermana a esta mujer que se había convertido en el arbitro de sus destinos. Tras la velada de la víspera, Louise estaría seguramente más tierna, y esta ternura podía proporcionar un momento de dicha. No se había equivocado: la señora de Bargeton le recibió con un énfasis de sentimiento que a este novicio del amor pareció un importante progreso de pasión. Ella abandonó sus bellos cabellos dorados, sus manos y su cabeza a los besos inflamados del poeta, que tanto había sufrido la víspera.

—Si hubieses visto tu rostro mientras leías —le dijo, pues la víspera habían llegado a tutearse, a esta caricia del lenguaje, mientras en el diván, Louise con su

blanca mano había secado las gotas de sudor que por adelantado colocaban perlas sobre la frente en la que ella colocaba una corona—. ¡Se escapaban chispas de tus bellos ojos! Veía salir de tus labios las cadenas de oro que sujetan los corazones en la boca de los poetas. Me! leerás todo Chénier, es el poeta de los amantes. No sufrirás más. No quiero. Sí, ángel mío, te haré un oasis en donde vivirás toda tu vida de poeta, activa, cómoda, indolente, laboriosa o pensativa alternativamente; pero no olvides nunca que me debes tus laureles y que será para mí la noble indemnización por los sufrimientos que conoceré. Pobre amor mío, este mundo no me preservará más de lo que a ti te preserve y se venga de todas las dichas de las que no puede participar. Sí, seré siempre envidiada, ¿no te diste cuenta, ayer? Esas moscas sedientas de sangre vinieron rápidamente a abrevarse en las picaduras que hicieron. Pero yo me sentía feliz, ¡yo vivía! ¡Hacía tanto tiempo que no vibraban todas las cuerdas de mi corazón! Unas lágrimas rodaron por las mejillas de Louise. Lucien le cogió la mano, y por toda respuesta la besó largo rato. Las vanidades de este poeta fueron pues acariciados por esta mujer como lo habían sido por su madre, por su hermana y por David. Todo el mundo a su alrededor continuaba levantando el pedestal imaginario sobre el que se había colocado. Mantenido por todo el mundo, tanto por sus amigos como por la rabia de sus enemigos, en sus ambiciosas creencias, caminaba en el seno de una atmósfera llena de espejismos. Las imaginaciones jóvenes son tan naturalmente cómplices de estas alabanzas y de estas ideas, todo se apresura de tal forma a servir a un apuesto joven lleno de porvenir, que es preciso más de una amarga y fría lección para disipar tales prestigios.

—¿Quieres pues, mi bella Louise, ser mi Beatriz, pero una Beatriz que se deje amar?

Ella levantó sus bellos ojos, que había tenido bajos, y dijo, desmintiendo sus palabras con una sonrisa angelical:

—Si tú la mereces... ¡más tarde! ¿Acaso no eres dichoso? ¡Tener un corazón para sí!, poder decirlo todo, con la certeza de ser comprendido, ¿acaso no es ésta la verdadera felicidad?

—Sí —repuso él, haciendo una mueca de enamorado contrariado.

—Niño —dijo ella, burlándose—. Vamos, ¿no tienes nada que decirme? Has entrado muy preocupado, Lucien mío.

Lucien confió tímidamente a su amada el amor de David por su hermana, el de su hermana por David y el proyectado matrimonio.

—¡Pobre Lucien! —le contestó ella—. ¡Tiene miedo de que le peguen o le riñan como si él fuera el que tiene que casarse! Pero, ¿qué hay de malo en eso? —continuó, pasando sus dedos por entre los cabellos de Lucien—. ¿Qué me importa tu familia en donde tú eres una excepción? Si mi padre se casara con su criada, ¿te preocuparías mucho por ello? Querido niño, los amantes son la única familia entre ellos. ¿Tengo en

el mundo otro interés fuera de mi querido Lucien? Sé fuerte, aprende a conquistar la gloria, ¡es lo único que verdaderamente nos interesa!

Con esta respuesta tan egoísta Lucien se tuvo por el hombre más feliz del mundo. En el momento en que escuchaba los locos razonamientos con los que Louise le probaba que estaban solos en el mundo, entró el señor de Bargeton. Lucien arrugó el entrecejo y pareció perplejo; Louise le hizo una seña y le rogó que se quedara a cenar con ellos, pidiéndole que leyera André Chénier hasta que llegaran los jugadores y visitantes de costumbre.

—No sólo le dará satisfacción a ella —dijo el señor de Bargeton—, sino a mí también. No hay nada que tanto me guste como oír leer después de cenar.

Halagado por el señor de Bargeton, halagado por Louise, servido por los criados con el respeto que tienen por los favoritos de sus amos, Lucien se quedó en la casa de los Bargeton, identificándose con todos los goces de una fortuna cuyo usufructo se le había ya otorgado. Cuando el salón estuvo lleno de gente, se sintió tan fuerte por la tontería del señor de Bargeton y el amor de Louise, que adoptó un aire dominador que su bella amante animó. Saboreó los placeres del despotismo conquistado por Naïs y que ella quería que él compartiera. En una palabra, durante esta reunión trató de interpretar el papel de un héroe de ciudad de provincias. Al ver la nueva actitud de Lucien, algunas personas pensaron que, según una vieja expresión, la señora de Bargeton bebía los vientos por él. Amélie, que había acudido del brazo del señor du Châtelet, confirmaba esta gran desgracia en un extremo del salón, en donde se habían reunido los murmuradores y los envidiosos.

—No hagan a Naïs responsable de la vanidad de un hombrecillo, tan orgulloso por encontrarse en un mundo en que nunca hubiese soñado penetrar —dijo Châtelet—. ¿Acaso no ven que este Chardon toma las frases graciosas de una mujer de mundo por insinuaciones y no sabe distinguir aún el silencio que guarda la verdadera pasión, del lenguaje protector que le merecen su belleza, su juventud y su talento? Las mujeres serían muy dignas de lástima si las hiciésemos responsables de todos los deseos que nos inspiran. Él, ciertamente está enamorado, pero en cuanto a Naïs...

—¡Oh!, Naïs —repitió la pérfida Amélie—, Naïs se siente muy dichosa por esta pasión. ¡A su edad, el amor de un joven ofrece tantas seducciones! A su lado se siente una rejuvenecer, se vuelve a los tiempos de la adolescencia, se vuelven a tener sus escrúpulos y sus maneras y no se piensa en el ridículo... ¿Es que no lo ven? El hijo de un farmacéutico se da aires de dueño y señor en casa de la señora de Bargeton.

—El amor no conoce esas distancias —arguyó Adrien.

Al día siguiente no hubo una sola casa en Angulema donde no se discutiera el grado de intimidad en que se encontraba el señor Chardon, alias De Rubempré, con la señora de Bargeton; culpables apenas de unos besos, la opinión pública les acusaba ya de la más criminal de las dichas. La señora de Bargeton sobrellevaba el peso de su

realeza. Entre las rarezas de la sociedad, ¿no había observado el capricho de sus opiniones y la locura de sus exigencias? Hay personas a las que todo está permitido: pueden hacer las cosas más insensatas; nunca se habla mal de ellas; todos justifican sus actos. Pero hay otras para las que la sociedad es de una crueldad inaudita; éstas deben hacerlo todo bien, no equivocarse nunca, no fallar, ni siquiera dejar escapar una tontería; se diría estatuas admiradas a las que se baja de su pedestal en el preciso momento en que el invierno les ha hecho caer un dedo o les ha roto la nariz; no se les permite nada de humano y se les exige ser siempre divinas y perfectas. Una sola mirada de la señora de Bargeton a Lucien equivalía a doce años de dicha de Zizine y Francis. Un apretón de manos de los dos amantes iba a atraer sobre ellos todos los rayos del Charente.

David se había traído de París un secreto peculio que destinaba a los gastos necesarios para su matrimonio y para la construcción del segundo piso de la casa paterna. Ampliar esta casa, ¿no era trabajar para él mismo? Tarde o temprano sería suya, pues su padre tenía setenta y ocho años. El impresor hizo construir, pues, con armazón el piso de Lucien, a fin de no sobrecargar demasiado aquella agrietada casa. Se entretuvo en decorar y amueblar coquetonamente el primer piso, donde la bella Ève debería pasar su vida. Fue una época de alegría y dicha sin nubes para los dos. Aunque cansado de las ruines proporciones de la existencia provinciana y fatigado por esta sórdida economía que de una moneda de cien sueldos hacía una enorme suma, Lucien soportó sin queja los cálculos de la miseria y sus privaciones. Su sombría melancolía había pasado a la radiante expresión de la esperanza. Veía brillar una estrella por encima de su cabeza; soñaba con una bella existencia, afianzando su dicha sobre la tumba del señor de Bargeton, el cual, de vez en cuando, tenía difíciles digestiones y la feliz manía de considerar la indigestión de su comida como una enfermedad que debería curarse con la digestión de la cena.

A principios del mes de septiembre Lucien ya no era regente; era el señor de Rubempré, magníficamente alojado en comparación con la buhardilla miserable con claraboya en la que el oscuro Chardon habitaba en el Houmeau; ya no era un hombre del Houmeau; vivía en la alta Angulema, y cenaba más de cuatro veces por semana en casa de la señora de Bargeton. Había hecho amistad con Monseñor y era recibido en el obispado. Sus ocupaciones le clasificaban entre las personas de alto rango. En una palabra, era alguien que un día llegaría a ocupar un puesto entre las grandes personalidades de Francia.

Indudablemente, al recorrer un bello salón, un dormitorio encantador o un gabinete lleno de detalles que revelaban buen gusto, podía consolarse de apartar treinta francos mensuales de los salarios tan penosamente ganados por su madre y hermana, ya que vislumbraba el día en que la novela histórica en la que trabajaba desde hacía dos años, *El arquero de Carlos IX*, y un volumen de poesías, titulado *Las*

Margaritas, extenderían su nombre en el mundo literario, proporcionándole dinero suficiente para resarcir a su madre, a su hermana y a David. Por lo tanto, considerándose engrandecido, prestando oído a la resonancia de su nombre en el porvenir, aceptaba ahora esos sacrificios con una noble seguridad: sonreía al ver su desgracia y disfrutaba de sus últimas miserias.

Ève y David habían hecho pasar por delante la dicha de su hermano, anteponiéndola a la suya propia. La boda se había retrasado debido al tiempo que pedían los obreros para terminar los muebles, la pintura y el empapelado del primer piso: ya que los asuntos de Lucien habían tenido prioridad. Cualquiera que conociese a Lucien no se sorprendería de esta abnegación: ¡era tan seductor!, ¡sus ademanes eran tan zalameros!, ¡expresaba de forma tan graciosa su impaciencia y sus deseos! Siempre tenía ganada su causa antes ya de hablar. Este privilegio fatal pierde más jóvenes que salva. Acostumbrados a las atenciones que inspira una hermosa juventud, feliz con esta egoísta protección que el mundo otorga a un ser que le agrada, como da la limosna a un mendigo que despierta un sentimiento y una emoción, muchos de esos niños grandes disfrutaban de ese favor en lugar de aprovecharlo. Engañados por el sentido y el móvil de las relaciones sociales, creen encontrar siempre sonrisas decepcionadoras; pero llegan desnudos, calvos, despojados, sin valor ni fortuna en el momento en que, como una vieja cómoda o un viejo harapo, el mundo los deja a la puerta de un salón o abandonados en un rincón. Ève, sin embargo, había deseado aquel retraso, quería dejar económicamente situadas las cosas necesarias para un joven matrimonio. Qué podían negar dos enamorados a un hermano que viendo trabajar a su hermana decía con un acento que salía del corazón: «¡Lo que daría por saber coser!». Además, el serio y observador David había sido cómplice en aquel sacrificio. Sin embargo, después del triunfo de Lucien en casa de la señora de Bargeton, tuvo miedo de la transformación que se operaba en él, temió verle despreciar las costumbres burguesas. Con el deseo de probar a su hermana, David le colocó algunas veces entre las alegrías patriarcales de la familia y los placeres del gran mundo, y viendo como Lucien sacrificaba sus vanidosos goces, exclamó: «¡No nos lo corromperán!».

Algunas veces, los tres amigos y la señora Chardon realizaron algunas jiras campestres como se suelen hacer en provincias: iban a pasearse por los bosques próximos a Angulema que bordean el Charente; comían sentados en la hierba con las provisiones que el aprendiz de David les llevaba a un lugar determinado y a una hora fijada; luego, volvían al caer la tarde, un tanto cansados y no habiendo gastado ni tres francos. En las ocasiones memorables, cuando comían en lo que se llama un restaurante, especie de restaurantes campestres que están entre las fondas de provincias y los ventorrillos de París, llegaban a los cien sueldos, repartidos entre David y los Chardon. A David le causaba una alegría infinita ver como Lucien

olvidaba en estas jornadas campestres las satisfacciones que encontraba en casa de la señora de Bargeton y los suntuosos banquetes del gran mundo. Todos entonces rivalizaban en festejar al gran hombre de Angulema.

En estas circunstancias, en el momento en que se estaba terminando el futuro hogar, durante un viaje que David hizo a Marsac para obtener de su padre que asistiera a su boda, esperando que el anciano, seducido por su nuera, contribuyera a las enormes sumas gastadas para el arreglo de la casa, sucedió uno de esos acontecimientos que en una pequeña ciudad cambian por completo la faz de las cosas.

Lucien y Louise tenían en du Châtelet un espía íntimo que atisbaba con la persistencia del odio, mezclado a la pasión y a la avaricia, la ocasión de provocar un estallido. Sixte quería obligar a la señora de Bargeton a inclinarse de tal forma hacia Lucien, que llegara a estar lo que se suele decir perdida. Se presentaba como un humilde confidente de la señora de Bargeton, pero si admiraba a Lucien en la calle de Minage, le atacaba en todos los demás lugares. Insensiblemente había conseguido vivir la intimidad en casa de Naïs, que no desconfiaba en absoluto de su antiguo adorador; pero sus presunciones acerca de los dos enamorados habían ido demasiado lejos; aquel amor continuaba siendo platónico, con gran desesperación de Louise y de Lucien.

Efectivamente, hay pasiones que se embarcan mal o bien, como se quiera. Dos personas se lanzan a la táctica del sentimiento, hablan en lugar de obrar y se batan en campo abierto en lugar de organizar un sitio. De este modo, a menudo se cansan de sí mismos, fatigando sus deseos en el vacío. Dos enamorados se dan entonces tiempo para reflexionar y juzgarse. Muchas veces pasiones que habían entrado en liza con banderas desplegadas, pimpantes, con un ardor que todo lo arrollaba a su paso, acaban por volver a sus puestos sin victoria, avergonzadas, desarmadas e idiotizadas por su vano estruendo. Estas fatalidades pueden explicarse muchas veces debido a la timidez de la juventud y por las componendas que gustan a las mujeres que comienzan, ya que esta especie de mutuo engaño no se da ni en los presumidos que conocen la táctica, ni en las coquetas acostumbradas a las maniobras de la pasión.

La vida en provincias es por otro lado singularmente contraria a las conformidades en el amor y favorece los debates intelectuales de la pasión; e igualmente, los obstáculos que opone al dulce trato que liga a los enamorados precipita a las almas ardientes en los extremos opuestos. Esta vida está basada en un espionaje tan meticuloso, en una transparencia tan grande de los interiores, admite tan raras veces la intimidad, que consuela sin ofender a la virtud, las más puras relaciones se ven incriminadas tan irracionalmente que muchas mujeres quedan mancilladas a pesar de su inocencia. Cierta número de ellas se desesperan por no haber gustado de todas las delicias de una falta cuyas desgracias les abruma por completo. La

sociedad que censura o critica sin ningún examen serio los hechos patentes con los que se terminan las largas luchas secretas, es, por tal motivo, cómplice originaria de estos estallidos; pero la mayor parte de las personas que murmuran contra los pretendidos escándalos ofrecidos por algunas mujeres calumniadas sin razón, nunca se han puesto a pensar en las causas que determinan en ellas una resolución pública. La señora de Bargeton se iba a hallar en esta extraña situación en la que se han encontrado multitud de mujeres que sólo se han perdido después de haber sido acusadas injustamente.

En los comienzos de la pasión, los obstáculos asustan a las personas sin experiencia, y los que encontraban los dos amantes se parecían mucho a las ligaduras con que los liliputienses habían atado a Gulliver. Eran naderías multiplicadas que hacían todo movimiento imposible y anulaban los más violentos deseos. Por esta causa, la señora de Bargeton debía de permanecer siempre visible. Si hubiese hecho cerrar su puerta a las horas en que Lucien solía visitarla, todo hubiese quedado dicho y tanto hubiese valido huir con él. Le recibía a las claras en aquel gabinete al que él se había acostumbrado de tal forma que se creía dueño de él; pero las puertas permanecían abiertas de par en par. Todo se desarrollaba de la forma más virtuosa. El señor de Bargeton se paseaba por su casa como un abejorro, sin creer que su mujer quisiera estar a solas con Lucien. Si no hubiese habido más obstáculo que él, Naïs le hubiese podido despedir muy bien y ocuparle en otro sitio, pero estaba abrumada por las visitas y había muchos visitantes cuya curiosidad se había despertado.

Los provincianos son bromistas por naturaleza y les gusta contrariar las pasiones nacientes. Los criados iban y venían por la casa sin ser llamados y sin avisar de su aparición, como consecuencia de viejas costumbres que una mujer que nada tenía que ocultar les había permitido. Cambiar las costumbres interiores de su casa, ¿no era confesar un amor del que aún dudaba todo Angulema? La señora de Bargeton no podía poner el pie fuera de su casa sin que la ciudad supiese dónde iba. Pasear con Lucien a solas fuera de la ciudad era un acto decisivo: hubiese sido menos peligroso encerrarse en su casa a solas con él. Si Lucien se hubiera quedado hasta después de media noche en casa de la señora de Bargeton sin estar en compañía, hubiese dado lugar a la maledicencia del día siguiente. De esta manera, tanto en el interior como en el exterior, la señora de Bargeton vivía siempre cara al público. Estos detalles describen toda la provincia; en ella los deslices o son confesados o son imposibles.

Louise, como todas las mujeres arrastradas por una pasión sin tener experiencia en ella, reconocía una a una todas las dificultades de su posición; y se asustaba. Su temor reaccionaba entonces en estas amorosas discusiones que llenan las más bellas horas en las que dos enamorados se encuentran juntos. La señora de Bargeton no tenía ninguna propiedad a la que pudiese llevar a su poeta, como hacen algunas mujeres que, valiéndose de un pretexto hábilmente forjado, van a enterrarse en el

campo. Cansada de vivir en público, exasperada por esta tiranía cuyo yugo era más duro que dulces eran sus placeres, pensaba en Escarbas, y meditaba en ir a visitar a su anciano padre, hasta tal punto le irritaban aquellos miserables obstáculos.

Châtelet no creía en tanta inocencia. Espiaba las horas en las que Lucien acudía a casa de la señora de Bargeton y se dejaba caer por ella unos minutos más tarde, haciéndose acompañar siempre por el señor de Chandour, el hombre más indiscreto de toda la región y al que cedía el paso para entrar, esperando siempre una sorpresa y buscando a ciegas un azar. Su papel y el triunfo de su plan eran tanto más difíciles cuanto que tenía que aparentar una neutralidad a fin de dirigir a todos los actores del drama que quería interpretar. Así, para inspirar confianza a Lucien, al que adulaba, y a la señora de Bargeton, la cual no carecía de perspicacia, cortejaba, para cubrir las apariencias, a la celosa Amélie. Para poder espiar mejor a Louise y a Lucien, había logrado, desde hacía algunos días, establecer entre el señor de Chandour y él mismo una controversia acerca de los dos enamorados. Du Châtelet pretendía que la señora de Bargeton se burlaba de Lucien, que era demasiado orgullosa, de muy alta cuna como para rebajarse hasta el hijo de un farmacéutico. Este papel de incrédulo iba muy bien con el plan que se había trazado, ya que deseaba pasar por el defensor de la señora de Bargeton. Stanislas sostenía que Lucien no era un amante desdeñado. Amélie atizaba la discusión, deseando saber la verdad. Todos daban sus razones. Como suele suceder en algunas ciudades, ciertos íntimos de la casa Chandour llegaban en medio de una conversación en la que du Châtelet y Stanislas justificaban a porfía su opinión mediante excelentes observaciones.

Era muy difícil que cada adversario no buscara partidarios, preguntando a su vecino:

—Y a usted, ¿qué le parece?, ¿cuál es su opinión?

Esta controversia mantenía siempre para todos en la actualidad a la señora de Bargeton y a Lucien. Finalmente, un día du Châtelet hizo observar que todas las veces que el señor de Chandour y él se presentaban en casa de la señora de Bargeton y Lucien se encontraba allí, ningún indicio dejaba entrever relaciones sospechosas: la puerta del gabinete estaba abierta y las personas iban y venían; nada misterioso anunciaba los hermosos crímenes del amor, etc. Stanislas, quien no carecía de una buena dosis de estupidez, prometiéndose aparecer a la mañana siguiente de puntillas, a lo que la pérfida Amélie le animó con todas sus fuerzas.

Aquella mañana fue para Lucien una de esas jornadas en las que los jóvenes se tiran de los pelos jurándose a sí mismos no continuar en el tonto oficio de aspirante. Se había acostumbrado a su situación. El poeta que tan tímidamente había tomado posesión de una silla en el gabinete sagrado de la reina de Angulema, se había metamorfoseado en un enamorado exigente. Seis meses habían bastado para que se creyera el igual de Louise y ahora quería convertirse en su dueño. Salió de su casa

prometiéndose ser muy poco razonable, poner su vida en juego y emplear todos los recursos de una elocuencia inflamada, decir que tenía la cabeza nublada y que era incapaz de tener un sólo pensamiento ni de escribir una línea.

En algunas mujeres surge un horror a los lugares comunes que hace honor a su delicadeza, y a las que les gusta ceder al impulso y no a causa de convencionalismos. Generalmente nadie quiere un placer impuesto por la fuerza. La señora de Bargeton observó en la frente de Lucien, en sus ojos, en su fisonomía y en sus ademanes este aire agitado que traiciona una resolución ya decidida; se propuso frustrarla, un poco por espíritu de contradicción, pero también por una noble alianza del amor. Como mujer exagerada, exageraba el valor de su persona. A sus ojos, la señora de Bargeton era una soberana, una Beatriz, una Laura. Se sentaba, como en la Edad Media, bajo el dosel del torneo literario, y Lucien debía merecerla tras varias victorias, tenía que hacer olvidar al niño sublime, a Lamartine, a Walter Scott, a Byron. La noble criatura consideraba su amor como un principio generoso: los deseos que inspiraba a Lucien debían ser una causa de gloria para él. Este donquijotismo femenino es un sentimiento que da al amor una consagración respetable, lo utiliza, lo engrandece y lo honra. Obstinada en interpretar el papel de Dulcinea en la vida de Lucien durante siete u ocho años, la señora de Bargeton quería, como muchas mujeres de provincias, hacer comprar su persona mediante una especie de servidumbre, por un tiempo de constancia que le permitiera juzgar a su amigo.

Cuando Lucien hubo entablado la lucha mediante uno de esos fuertes enojos de los que se ríen las mujeres aún libres de ellas mismas, y que sólo entristecen a las mujeres amadas, Louise adoptó un aire digno y comenzó uno de esos largos discursos salpicados de palabras altisonantes.

—¿Esto es lo que me prometiste, Lucien? —le dijo al terminar—. No introduces en un presente tan dulces remordimientos que más tarde envenenarían mi vida. ¡No estropees el porvenir! Y lo digo con orgullo, ¡no estropees el presente! ¿Acaso no es tuyo todo mi corazón? ¿Qué quieres, pues? ¿Acaso tu amor se dejaría influir por los sentidos, mientras que el más bello privilegio de una mujer amada es imponerles silencio? ¿Por quién me tomas entonces? ¿No soy ya tu Beatriz? Si no soy para ti algo más que una mujer, soy menos que una mujer.

—No dirías otra cosa a un hombre al que no amaras —exclamó Lucien, furioso.

—Si no ves todo lo que hay de verdadero amor en mis ideas, nunca serás digno de mí.

—Pones mi amor en duda para dispensarte de responder a él —dijo Lucien, arrojándose a sus pies y llorando.

El pobre muchacho lloró seriamente al verse durante tanto tiempo a la puerta del paraíso. Fueron lágrimas de poeta que se creía humillado en su poder, lágrimas de niño con la desesperación de verse negar el juguete que exige.

—¡Nunca me has amado! —exclamó él.

—No crees en lo que estás diciendo —replicó ella, halagada por tanta violencia.

—Pruébame entonces que eres mía —dijo Lucien, desgredado.

En aquel precioso instante Stanislas llegó sin ser oído, vio a Lucien medio derribado, con lágrimas en los ojos y la cabeza apoyada sobre las rodillas de Louise. Satisfecho ante este cuadro suficientemente condenatorio, Stanislas se replegó bruscamente hacia du Châtelet, quien se encontraba en la puerta del salón. La señora de Bargeton se incorporó rápidamente, pero no logró alcanzar a los dos espías, que se habían retirado precipitadamente como personas que eran inoportunas.

—¿Quién ha venido? —preguntó a su servidumbre.

—Los señores de Chandour y du Châtelet —respondió Gentil, su viejo mayordomo.

Volvió a su gabinete, pálida y temblorosa.

—Si te han visto así, estoy perdida —dijo a Lucien.

—¡Tanto mejor! —exclamó el poeta.

Ella sonrió ante este grito de egoísmo lleno de amor. En provincias una aventura semejante se agrava según la manera como es contada. En un instante, todo el mundo supo que Lucien había sido sorprendido de rodillas a los pies de Naïs. El señor de Chandour, feliz ante la importancia que le daba este acontecimiento, se fue a contarlo al Círculo, en primer lugar, y luego de casa en casa. Du Châtelet se apresuró a decir por todas partes que no había visto nada, pero al colocarse de esta forma fuera del hecho excitaba aún más a Chandour para que hablase, le hacía extenderse en detalles; y Stanislas, sintiéndose inspirado, iba añadiendo algunos nuevos cada vez que lo contaba. Por la noche la sociedad afluyó a casa de Amélie, ya que a la noche las versiones más exageradas corrían por entre la Angulema noble, en la que cada narrador había imitado a Stanislas. Mujeres y hombres se sentían impacientes por conocer la verdad. Las mujeres que se cubrían más el rostro y que más gritaban contra el escándalo y la perversidad, eran precisamente Amélie, Zéphirine, Fifine y Lolotte, que más o menos estaban gravadas con dichas ilícitas. El cruel tema se variaba en todos los tonos.

—Vaya, vaya, ¡esta pobre Naïs! —decía una—. ¿Ya os habéis enterado? Yo no acabo de creerlo, tiene tras ella toda una vida irreprochable; es demasiado orgullosa para ser otra cosa que la protectora del señor Chardon. Pero si eso que dicen es cierto, la compadezco con todo mi corazón.

—Es tanto más digna de lástima cuanto que ha caído en un atroz ridículo, ya que podría ser la madre del señor Lulu, como le llamaba Jacques. Este poetastro tiene todo lo más veintidós años, y Naïs, entre nosotras sea dicho, ya ha alcanzado los cuarenta.

—Yo —decía Châtelet— creo que la situación misma en la que se encuentra el

señor de Rubempré prueba la inocencia de Naïs. Nadie se pone de rodillas para pedir lo que ya se ha logrado.

—¡Según y cómo! —dijo Francis con aire picante, que le valió una desaprobadora mirada de Zéphirine.

—Pero díganos de una vez lo que ha pasado exactamente —se pidió a Stanislas, formando un comité secreto en un rincón del salón.

Stanislas había terminado por componer un cuentecillo lleno de indecencias y lo acompañaba de gestos y poses que agravaban aún más la cosa.

—¡Es increíble! —repetían.

—¡A mediodía! —decía una.

—Naïs es la última persona de la que yo hubiese tenido la menor sospecha.

—¿Qué va a hacer ahora?

Luego, comentarios e infinitas suposiciones, du Châtelet defendía a la señora de Bargeton, pero la defendía tan torpemente que atizaba aún más el fuego del comadreo en lugar de apagarlo. Lili, desolada con la caída del más bello ángel del Olimpo angulemino, se fue toda llorosa a llevar la noticia al obispado. Cuando la ciudad entera estuvo bien enterada del rumor, el feliz du Châtelet se fue a casa de la señora de Bargeton, en donde no había, ¡ay!, más que una sola mesa de *whist*; pidió diplomáticamente a Naïs que le permitiese hablar con ella en su gabinete. Ambos se sentaron en el pequeño sofá.

—Sin duda ya sabe —dijo du Châtelet en voz baja— de lo que habla toda Angulema...

—No —repuso ella.

—¡Pues bien! —continuó—. Soy demasiado amigo suyo como para permitir que lo ignore. Debo ponerla en situación de que haga cesar las calumnias, sin duda inventadas por Amélie, que tiene la presunción de considerarse su rival. Esta mañana venía a verla con ese mico de Stanislas, que me precedía en algunos pasos, cuando al llegar aquí —dijo, señalando la puerta del gabinete— pretende haberla visto con el señor de Rubempré en una situación que no le permitía entrar; se volvió hacia mí, todo azorado, arrastrándome y sin dejarme tiempo para darme a conocer, y ya nos encontrábamos en Beaulieu cuando me explicó la razón de su retirada. Si yo lo hubiese sabido, no me hubiera movido de su casa con tal de aclarar este asunto para bien de usted; pero retornar a su casa después de haber salido, ya no solucionaba nada. Ahora, tal como están las cosas, tanto si Stanislas ha visto visiones como si está en lo cierto, debe de estar equivocado. Querida Naïs, no arriesgue su vida, su honor, su porvenir por culpa de un imbécil; haga que calle al momento. Conoce mi situación aquí. Aunque tengo necesidad de todo el mundo, la pertenezco por entero. Disponga de una vida que le pertenece. Aunque haya rechazado mis pretensiones, mi corazón será siempre suyo y en cualquier momento le probaré cuánto la amo. Sí, velaré por

usted como un fiel servidor, sin esperanza de recompensa, únicamente por el placer que encuentro en servirla, aunque usted lo ignore. Ésta mañana he dicho por todas partes que me encontraba a la puerta del salón y que nada había visto. Si alguien le pregunta quién le ha enterado de lo que sobre usted se dice, cite mi nombre. Me sentiré muy dichoso de poder ser su declarado defensor; pero, entre nosotros, el señor de Bargeton es el único que puede pedir satisfacción a Stanislas... Aunque ese pequeño atolondrado de Rubempré hubiese hecho cualquier locura, el honor de una dama no debe estar a merced del primer atolondrado que se postre a sus pies. Esto es todo lo que tenía que decir.

Naïs dio las gracias a du Châtelet con una inclinación de cabeza y permaneció pensativa. Estaba cansada hasta el asqueamiento de la vida provinciana. A las primeras palabras de du Châtelet había puesto sus ojos en París. El silencio de la señora de Bargeton colocaba a su hábil adorador en una posición violenta.

—Disponga de mí —dijo—, se lo repito.

—Gracias —contestó ella.

—¿Qué piensa hacer?

—Ya veré.

Se hizo un largo silencio.

—¿Tanto quiere a ese pequeño Rubempré?

Ella dejó escapar una soberbia sonrisa y se cruzó de brazos, mirando las cortinas de su gabinete. Du Châtelet salió sin haber podido descifrar aquel corazón de mujer altiva. Cuando Lucien y los cuatro fieles ancianos que habían acudido a hacer su partida, sin tener en cuenta aquellos chismorreos problemáticos, se hubieron marchado, la señora de Bargeton detuvo a su marido, que se disponía a acostarse abriendo la boca para desear las buenas noches a su esposa.

—Ven aquí, querido, tengo que hablarte —le dijo con cierta solemnidad.

El señor de Bargeton siguió a su mujer hasta el gabinete.

—Tal vez —le dijo— he cometido un error al poner en mi protección al señor de Rubempré una pasión tan mal interpretada por la estúpida gente de esta ciudad como por él mismo. Esta mañana Lucien se ha arrojado a mis pies, ahí, mientras me espetaba una declaración de amor. Stanislas ha entrado en el momento en que incorporaba a ese muchacho. Con desprecio de los deberes que la cortesía impone a un caballero con una dama en cualquier circunstancia, ha pretendido haberme sorprendido en una situación equívoca con ese muchacho, a quien en aquel momento trataba como se merecía. Si ese joven loco supiera las calumnias a las que ha dado lugar su locura, le conozco muy bien, iría a insultar a Stanislas y le obligaría a batirse. Esta acción sería como una confesión pública de su amor. No tengo necesidad de decirte que tu esposa es pura, pero comprende que hay algo deshonesto para ti y para mí en que sea el señor de Rubempré el que la defienda. Ve al momento a casa de

Stanislas y exígele seriamente una satisfacción por las insultantes palabras que de mí ha dicho; no olvides que no debes tolerar que el asunto se arregle a menos que se retracte en presencia de testigos numerosos y relevantes. De esta manera, conquistarás la estimación de todas las personas honradas; te comportarás como persona de carácter, como hombre galante, y tendrás derecho a mi estima. Voy a hacer que Gentil vaya a caballo al Escarbas, mi padre ha de ser tu testigo; a pesar de su edad, lo sé capaz de pisotear a ese muñeco que mancilla la reputación de una Nègrepelisse. Tienes derecho a escoger las armas; batíos a pistola, tú tiras a las mil maravillas.

—Allá voy —repuso el señor de Bargeton, tomando su bastón y su sombrero.

—Muy bien —dijo su mujer, conmovida—, así es como me gustan los hombres. Eres un caballero.

Le presentó su frente para que se la besara, y el viejo la besó feliz y orgulloso. Esta mujer, que sentía una especie de sentimiento maternal hacia este niño mayor, no pudo reprimir una lágrima al oír como la puerta cochera se cerraba tras él.

«¿Cómo me quiere! —se dijo—. El pobre hombre tiene en mucha estima su vida, y sin embargo la perdería por mí sin un reproche».

El señor de Bargeton no se inquietaba lo más mínimo por tener que enfrentarse a la mañana siguiente con un hombre, por tener que mirar fríamente la boca de una pistola dirigida contra él; no, sólo estaba preocupado por una sola cosa, y al pensar en ella no hacía más que temblar mientras se dirigía a casa del señor Chandour.

«¿Qué voy a decir? —pensaba—. Naïs hubiera podido prepararme un pequeño discurso». Y se exprimía el cerebro a fin de poder encontrar algunas frases que no fuesen ridículas.

Pero las personas que viven como vivía el señor de Bargeton, en un silencio impuesto por la estrechez de su inteligencia y su poca personalidad, adquieren en los momentos solemnes de la vida una grandeza que se forma sola. Al hablar poco, naturalmente se les escapan muy pocas tonterías; luego, reflexionando mucho sobre lo que deben decir, la extrema desconfianza para consigo mismo les lleva a estudiar sus parlamentos de forma tan perfecta, que se expresan a las mil maravillas debido a un fenómeno parecido al que desató la lengua de la burra de Balaam. Por lo tanto, el señor de Bargeton se comportó como un hombre superior. Justificó la opinión de los que le consideraban como un filósofo de la escuela de Pitágoras. Entró en casa de Stanislas a las once de la noche y encontró una gran concurrencia. Fue a saludar silenciosamente a Amélie y ofreció a todos su estúpida sonrisa, que en las actuales circunstancias pareció profundamente irónica. Se hizo entonces un gran silencio, como sucede en la Naturaleza cuando se aproxima una gran tormenta. Châtelet, que había vuelto, miraba alternativamente y de forma muy significativa al señor de Bargeton y a Stanislas, a quien el ofendido marido abordó con gran educación.

Du Châtelet comprendió el motivo de la visita hecha a una hora en que el viejo tendría ya que estar acostado: Sin duda, Naïs agitaba este débil brazo; y, como su posición junto a Amélie le daba derecho a mezclarse en los asuntos del matrimonio, se levantó, tomó al señor de Bargeton por el brazo y, llevándole aparte, le dijo:

—¿Quiere hablar a Stanislas?

—Sí —repuso el infeliz, dichoso por tener un mediador que, tal vez, tomase la palabra por él.

—Pues bien, vaya a la habitación de Amélie —le respondió el director de contribuciones, feliz por aquel duelo que podía convertir a la señora de Bargeton en viuda, vedándole casarse con Lucien, causa de ese duelo.

—Stanislas —dijo du Châtelet al señor de Chandour—, Bargeton viene sin duda a pedirle explicaciones por los comentarios que ha hecho acerca de Naïs. Venga al dormitorio de su esposa y compórtense ambos como dos caballeros. No hagan ruido, afecte mucha educación, mantenga, en una palabra, toda la frialdad de una dignidad británica.

A continuación, Stanislas y du Châtelet fueron a reunirse con Bargeton.

—Caballero —dijo el ofendido marido—, ¿afirma usted haber encontrado a la señora de Bargeton en una situación equívoca con el señor de Rubempré?

—Con el señor Chardon —repuso irónicamente Stanislas, que no creía que Bargeton fuese un hombre fuerte.

—Me da igual —continuó el marido—. Si no desmiente sus afirmaciones en presencia de la sociedad que se encuentra en su casa en este momento, le ruego que designe un testigo. Mi suegro, el señor de Nègrepelisse, vendrá a buscarle a las cuatro de la mañana. Tomemos los dos nuestras disposiciones, ya que el asunto no puede arreglarse más que de la forma que acabo de indicar. Como soy el ofendido escojo la pistola.

Durante el camino, el señor de Bargeton había rumiado este discurso, el más largo que había hecho en toda su vida, y lo dijo sin apasionamiento y con el aire más sencillo del mundo. Stanislas palideció y se dijo: «Después de todo, ¿qué es lo que he visto?». Pero entre la vergüenza de tener que desmentir una afirmación delante de toda la ciudad, en presencia de aquel mundo que parecía no entender la chanza, y el miedo, el horroroso miedo que le apretaba la garganta con sus manos ardientes, escogió el peligro más lejano.

—Está bien. Hasta mañana —dijo al señor de Bargeton, pensando que el asunto podría arreglarse.

Los tres hombres volvieron al salón, y todos estudiaron sus fisonomías: du Châtelet sonreía, el señor de Bargeton se encontraba como en su casa, pero Stanislas aparecía descompuesto. Ante un aspecto tal, algunas mujeres adivinaron el asunto de la conversación. Las palabras: «¡Se van a batir!», circularon de oído a oído. La mitad

de la reunión pensó que Stanislas no tenía razón, su palidez y su aspecto delataban una mentira; la otra mitad admiró la postura del señor de Bargeton. Du Châtelet se hizo el grave y misterioso. Tras de permanecer unos instantes examinando los rostros, el señor de Bargeton se retiró a su casa.

—¿Tiene pistolas? —dijo Châtelet al oído de Stanislas, que se estremeció de los pies a la cabeza.

Amélie lo comprendió todo y se sintió mal, las damas se apresuraron en llevarla a su habitación. Se oyó un tremendo rumor y todo el mundo hablaba a la vez. Los hombres permanecieron en el salón y declararon con voz unánime que el señor de Bargeton estaba en su derecho.

—¿Hubiesen creído que ese infeliz se iba a comportar de esta manera? —dijo el señor de Saintot.

—Pero —respondió el implacable Jacques— si en su juventud era uno de los más duchos en las armas. Mi padre me ha hablado muchas veces de las proezas de Bargeton.

—¡Bah!, si los pone a veinte pasos y les da pistolas de caballería, fallarán —dijo Francis a Châtelet.

Cuando todos se hubieron marchado, Châtelet tranquilizó a Stanislas y a su mujer, asegurándoles que todo iría bien y que en un duelo entre un hombre de sesenta años y un joven de treinta y seis, éste tenía todas las ventajas.

A la mañana siguiente, en el momento en que Lucien desayunaba con David, que ya había vuelto de Marsac sin su padre, la señora Chardon entró agitada.

—Lucien, ¿sabes ya la noticia de la que se habla hasta en el mercado? El señor de Bargeton casi ha matado al señor de Chandour esta mañana a las cinco, en el prado del señor Tulloye, un nombre que se presta a juegos de palabras. Parece ser que el señor de Chandour había dicho ayer que te había sorprendido con la señora de Bargeton.

—¡Eso es falso! la señora de Bargeton es inocente —gritó Lucien.

—Un campesino, a quien he oído contar todos los detalles, lo ha presenciado desde su carro. El señor de Nègrepelisse había llegado ya a las tres de la mañana para ayudar al señor de Bargeton; ha dicho al señor de Chandour que si algo malo le sucedía a su yerno, él se encargaría de vengarlo. Un oficial del regimiento de caballería ha prestado sus pistolas y fueron comprobadas varias veces por el señor de Nègrepelisse. El señor du Châtelet quería oponerse a que se probaran las pistolas, pero el oficial, a quien se había designado como juez, dijo que, a menos que se comportaran como chiquillos, debían servirse de armas en buenas condiciones. Los padrinos colocaron a los dos adversarios a veinticinco pasos uno del otro. El señor de Bargeton, que estaba allí como quien va de paseo, ha tirado el primero y ha metido una bala en el cuello del señor de Chandour, que cayó sin poder contestar. El cirujano

del hospital acaba de declarar hace un momento que el señor de Chandour tendrá el cuello atravesado para el resto de su vida. He venido a contarte el desenlace de este duelo para que no vayas a casa de la señora de Bargeton o que no te vean por Angulema, ya que algunos amigos del señor de Chandour podrían provocarte.

En aquel momento, Gentil, el mayordomo del señor de Bargeton entró, guiado por el aprendiz de la imprenta, y entregó a Lucien una carta de Louise.

«Seguramente te habrás enterado ya, mi querido amigo, del desenlace del duelo entre Chandour y mi marido. Hoy no recibiremos a nadie; sé prudente, no salgas, te lo pido en nombre del afecto que por mí sientes. ¿No crees que el mejor empleo que se puede dar a esta triste jornada es ir a escuchar a tu Beatriz, cuya vida ha cambiado completamente a causa de este acontecimiento, y que tiene mil cosas que decirte?».

—Menos mal que nuestra boda —dijo David— se fijó para pasado mañana, así tendrás una ocasión para frecuentar menos la casa de la señora de Bargeton.

—Querido David —repuso Lucien—, me pide que vaya a verla hoy; creo que debo obedecerla; sabrá mejor que nosotros cómo he de comportarme en las actuales circunstancias.

—¿Está todo listo aquí? —preguntó la señora Chardon.

—Venga a verlo —exclamó David, feliz por poder enseñar la transformación que había experimentado el primer piso, en donde todo estaba fresco y nuevecito.

Allí se respiraba aquel ambiente agradable y tranquilo que reina en los hogares jóvenes, en donde las flores de azahar y el velo de la desposada coronan aún la vida interior, en donde la primavera del amor se refleja en las cosas, en donde todo es blanco, limpio y floreciente.

—Ève estará como una princesa —dijo la madre—, pero has gastado demasiado dinero. Has hecho locuras.

David sonrió sin responder nada, ya que la señora Chardon había puesto el dedo en lo profundo de una llaga secreta que había sufrido cruelmente al pobre enamorado: sus previsiones habían sido superadas de tal manera por la realidad, que le era imposible construir encima del cobertizo. Su suegra no podría tener en mucho tiempo el alojamiento que quería darle. Los espíritus generosos experimentan los dolores más vivos al tener que faltar a esta clase de promesas que son, en cierto aspecto, las pequeñas vanidades de la ternura. David ocultaba cuidadosamente sus apuros a fin de no herir el corazón de Lucien, quien hubiese podido sentirse abrumado al enterarse de los sacrificios que por él se habían hecho.

—Ève y sus amigas han trabajado muy bien por su padre —decía la señora Chardon—. El ajuar y la ropa blanca de la casa ya está listo. Estas chicas la quieren

tanto que, sin que ella supiera nada, le han cubierto los colchones en fustán blanco, con bordados rosas. ¡Es tan bonito que dan ganas de casarse!

La madre y la hija habían empleado todos sus ahorros en abastecer la casa de David de cosas en las que los jóvenes nunca piensan. Sabiendo el lujo que desplegaba, ya que hasta había pedido un servicio de porcelana a Limoges, habían tratado de armonizar las cosas que ellas traían con las que había comprado David. Esta pequeña lucha de amor y de generosidad debía conducir a ambos esposos a encontrarse intimidados desde el principio de su matrimonio, en medio de todos los síntomas de un bienestar burgués que podía pasar por lujo en una ciudad tan retrasada como entonces lo era Angulema. En el momento en que Lucien vio que su madre y David pasaban al dormitorio, cuyos tonos azules y blancos y el bonito mobiliario le eran conocidos, se fue en seguida a casa de la señora de Bargeton. Encontró a Naïs almorzando con su marido, a quien su paseo matinal había abierto el apetito, y que comía sin ninguna preocupación por lo que había sucedido. El viejo hidalgo campesino, el señor de Nègrepelisse, esta imponente figura, resto de la vieja nobleza francesa, se encontraba junto a su hija. Cuando Gentil hubo anunciado al señor de Rubempré, el anciano de blancos cabellos le lanzó una mirada escrutadora como un padre ansioso de juzgar al hombre que su hija había distinguido. La extraordinaria apostura de Lucien le impresionó tanto que no pudo reprimir una mirada de aprobación; pero le parecía ver en la relación de su hija un amorío más que una pasión, un capricho más que una pasión duradera. El almuerzo estaba terminando; Louise pudo levantarse y dejar a su padre y al señor de Bargeton, mientras hacía una seña a Lucien para que la siguiese.

—Amigo mío —dijo con un tono de voz triste y alegre a la vez—, me voy a París y mi padre lleva a Bargeton a Escarbas, en donde permanecerá durante mi ausencia. La señora de Espard, de soltera una Blamont-Chauvry, con quien estamos emparentados por los De Espard, los primogénitos de la familia de los Nègrepelisse, tiene en la actualidad mucha influencia por sí misma y por sus familiares. Si se digna a reconocernos, voy a cultivar su amistad: gracias a su influencia, podrá encontrarnos un puesto para Bargeton. Mis peticiones podrán hacer que la corte lo solicite para el puesto de diputado por el Charente, lo que ayudará a su nombramiento aquí. La diputación podrá favorecer más adelante mis gestiones en París. Eres tú, mi niño adorado, el que me has inspirado este cambio de existencia. El duelo de esta mañana me obliga a cerrar mi casa por algún tiempo, ya que habrá personas que tomarán el partido de los Chandour contra nosotros. En la situación en que nos encontramos y en una pequeña ciudad, siempre es necesaria una ausencia para dejar el tiempo necesario a que los odios se calmen. Pero, o triunfo y no volveré a ver Angulema, o no triunfo y quiero esperar en París el momento en que pueda pasar todos los veranos en Escarbas y los inviernos en París. Es la única existencia para una mujer que se precie, y he

tardado demasiado en adoptarla. Podremos hacer los preparativos durante el día, será suficiente, y mañana por la noche me iré y tú me acompañarás, ¿no es verdad? Tú te adelantarás. Entre Mansle y Ruffec subirás a mi coche y pronto llegaremos a París. Allí, querido amigo, se puede llevar la vida de las personas superiores. Uno sólo se encuentra a gusto entre sus iguales, en todos los demás sitios se sufre. Además, París, la capital del mundo intelectual, es el escenario de tus triunfos; ¡franquea prontamente el espacio que de él te separa! No dejes que tus ideas se anquilosen en la provincia, ponerse en contacto con los grandes hombres que representarán el siglo diecinueve. Aproxímate a la Corte y al poder. Ni las distinciones ni las dignidades van hasta el talento que se encierra en una pequeña ciudad. Nómbrame, si puedes, las grandes obras ejecutadas en provincias. Piensa, por el contrario, en el sublime y pobre Jean-Jacques, atraído invenciblemente por este sol moral que crea las glorias y dando calor a los espíritus mediante el frotamiento de las rivalidades. ¿No debes apresurarte a ocupar tu lugar en la pléyade que en cada época aparece? Nunca podrías darte cuenta de lo útil que es a un joven talento ser patrocinado por la alta sociedad. Haré que te reciban en casa de la señora De Espard; no es fácil entrar en su salón, en donde encontrarás a todos los grandes personajes, ministros, embajadores, oradores de la Cámara, pares, la gente más rica o influyente y la de más celebridad. Sería preciso ser muy torpe para no excitar su curiosidad y su interés cuando se es guapo, joven y lleno de talento. Los grandes talentos no son mezquinos y te prestarán su apoyo. Cuando te sepan bien situado, tus obras adquirirán un inmenso valor. El gran problema para los artistas es ponerse a la luz pública. Allí encontrarás mil ocasiones de fortuna, sinecuras, una pensión del tesoro real privado. ¡A los Borbones les gusta tanto favorecer las letras y las artes! Por lo tanto, sé a la vez poeta religioso y poeta monárquico. No sólo quedará bien, sino que además harás fortuna. ¿Acaso es la oposición, el liberalismo el que otorga los puestos, las recompensas y hace la fortuna de los escritores? Por lo tanto, emprende el buen camino y sigue las huellas de todos los hombres de talento. Tienes mi secreto, guarda, el más profundo silencio y disponte a seguirme. ¿No quieres? —añadió, extrañada por la silenciosa actitud de su amante.

Lucien, sorprendido por la rápida ojeada que lanzó sobre París al oír aquellas seductoras palabras, creyó no haber disfrutado hasta entonces más que de la mitad de su cerebro, siendo ahora la otra mitad la que se descubría, hasta tal punto eran grandes sus ideas: se vio en Angulema como una rana bajo una piedra, en el fondo de una charca. París y sus esplendores, París que aparece en todas las mentes provincianas como un Eldorado, se le apareció con su ropaje áureo, la frente ceñida con pedrería real y los brazos abiertos al talento. Las personas ilustres le iban a dar el abrazo fraterno. Allí todo sonreía al genio. Allí ni hidalgüelos envidiosos que lanzaran puyas para humillar al escritor, ni la estúpida indiferencia para la poesía. De

allí brotaban las obras de los poetas, allí eran pagadas y sacadas a la luz pública. Tras de haber leído las primeras páginas de *El arquero de Carlos IX*, los libreros abrirían sus cajas y le dirían: «¿Cuánto quiere?».

Comprendía además que, después de un viaje en el que las circunstancias les desposarían, la señora de Bargeton sería única y exclusivamente para él y vivirían juntos.

A las palabras: «¿No quieres?», respondió con una lágrima, sujetó a Louise por el talle, la apretó contra su corazón y le marcó el cuello con violentos besos. Luego, se detuvo de repente, como herido por un recuerdo, y exclamó:

—¡Dios mío, mi hermana se casa pasado mañana!

Este grito fue el último suspiro del niño noble y puro. Los lazos tan poderosos que ligan a los jóvenes corazones a su familia, a su primer amigo, a todos los sentimientos primitivos, iban a recibir bien pronto un hachazo.

—¡Y bien! —exclamó la altiva Nègrelisse—, ¿qué tiene que ver el matrimonio de tu hermana con el futuro de nuestro amor? ¿Tanto empeño tienes en ser el corifeo de esta boda de burgueses y obreros, que no puedas ni siquiera sacrificarme esas nobles alegrías? ¡Qué bello sacrificio! —continuó con desprecio—. Esta mañana he enviado a mi marido a batirse por tu culpa. Bien caballero, ¡váyase, déjeme! Me he equivocado.

Cayó desfallecida sobre el diván y Lucien la siguió, pidiéndole perdón y maldiciendo a su familia, a David y su hermana.

—¡Tenía tanta fe en ti! —le dijo ella—. El señor de Cante-Croix tenía una madre a la que idolatraba, mas para obtener una carta en la que le decía: ¡Estoy contenta!, murió en una batalla. Y tú, cuando se trata de viajar conmigo, ni siquiera eres capaz de renunciar a un banquete de bodas.

Lucien quiso matarse, y su desesperación fue tan real y verdadera, tan profunda, que Louise le perdonó, pero haciéndole ver que tendría que purgar aquella falta.

—Vete —le dijo ella finalmente—, sé discreto, y mañana por la noche no dejes de estar a las doce a un centenar de pasos, después de pasar Mansle.

Lucien sintió que la tierra se empequeñecía bajo sus plantas; volvió a casa de David seguido por sus esperanzas, como Prestes iba seguido por sus furias, ya que entrevía mil dificultades todas las cuales se resumían en esta frase terrible: ¿Y el dinero? La perspicacia de David le asustaba de tal forma, que se refugió en su nueva habitación para reponerse del aturdimiento que su nueva posición le causaba. Era preciso pues dejar aquel piso preparado con tanto cariño y hacer inútiles tantos sacrificios. Lucien pensó que su madre podría vivir allí y que de esta forma David se ahorraría la construcción que proyectaba levantar al fondo del patio. Esta marcha debería de ayudar a su familia; encontró mil razones perentorias para su huida, ya que nada hay más jesuítico que un deseo. Inmediatamente se dirigió al Houmeau, a la

casa de su hermana, para enterarla de su nuevo destino y ponerse de acuerdo con ella. Al llegar a la tienda de Postel, pensó si no habría algún otro medio; pediría prestado al sucesor de su padre la suma necesaria para su estancia durante un año.

«Si vivo con Louise, un escudo por día será para mí como una fortuna, y eso sólo hace mil francos en un año —se dijo—. Y, además, en seis meses seré rico».

Ève y su madre escucharon, bajo promesa de un profundo secreto, las confidencias de Lucien. Ambas lloraron al oír al ambicioso, y cuando quiso saber la causa de tanta aflicción, le dijeron que todo lo que poseían había sido absorbido por las mantelerías, ropa de cama, el ajuar de Ève y una multitud de adquisiciones en las que David no había pensado y que se sentían contentas de haber hecho, ya que el impresor reconocía a Ève una dote de diez mil francos. Lucien, entonces, les comunicó su idea de pedir un préstamo, y la señora Chardon se encargó de ir a pedir al señor Postel mil francos por un año.

—Pero, Lucien —dijo Ève con el corazón en un puño—, ¿no asistirás a mi boda? ¡Oh, vuelve! Esperaré unos días. Te dejaré volver aquí al cabo de una quincena, una vez la hayas acompañado. No dejaré de concedernos ocho días para nosotras que te hemos educado para ella. Nuestra unión será desgraciada si tú no asistes. Pero, ¿tendrás suficiente con mil francos? —dijo, interrumpiéndose de repente—. Aunque tu traje te siente divinamente, sólo tienes uno. No tienes más que dos camisas finas y las demás son de un tejido basto. Sólo tienes tres corbatas de batista, las otras tres son de chaconada corriente, y tus pañuelos no son nada bonitos. ¿Encontrarás en París una hermana que te lave y planche la ropa cuando te haga falta? Necesitas mucho más. Sólo tienes un pantalón de nankín hecho este año, los otros del año pasado te están estrechos; tendrás, pues, que hacerte vestir en París, y los precios de París no son los de Angulema. No tienes más que dos chalecos blancos que estén decentes para ponerte, ya he repasado los otros. Mira, te aconsejo que te lleves dos mil francos.

En aquel instante, David, que entraba, pareció haber oído estas dos últimas palabras, ya que contempló al hermano y a la hermana silenciosamente.

—No me escondáis nada —dijo.

—Pues bien —contestó Ève—, se va con ella.

—Postel —dijo la señora Chardon, entrando sin ver a David— consiente en prestar los mil francos, pero sólo por seis meses, y quiere una letra de cambio tuya aceptada por tu cuñado, ya que dice que tú no ofreces ninguna garantía.

La madre se volvió y vio a su yerno; aquellas cuatro personas guardaron silencio. La familia Chardon se daba cuenta de lo mucho que habían abusado de David. Todos estaban avergonzados. Una lágrima rodó de los ojos del impresor.

—¿No asistirás entonces a mi boda —dijo—, no te quedarás con nosotros? ¡Y yo que me he gastado todo cuanto tenía! ¡Ah! Lucien, yo, que traía a Ève sus pobres pequeñas alhajas de casada, no sabía —dijo, enjuagándose los ojos y sacando unos

estuches de sus bolsillos— tener que arrepentirme de haberlas comprado.

Colocó sobre la mesa, ante su suegra, diversas cajitas cubiertas de piel.

—¿Por qué piensas tanto en mí? —dijo Ève con una sonrisa de ángel que corregía su frase.

—Querida mamá —dijo el impresor—, vaya a decir al señor Postel que consiento en estampar mi firma, ya que veo en tu rostro, Lucien, la firme decisión de marcharte.

Lucien inclinó lenta y tristemente la cabeza, añadiendo uno instantes después:

—No me juzguéis mal, mis queridos ángeles. —Tomó a Ève y a David en sus brazos, los estrechó contra su pecho y les dijo—: Esperad los resultados y sabréis cuánto os quiero. David, ¿para qué serviría nuestra altura de pensamiento si no nos permitiera hacer abstracción de las pequeñas ceremonias en las que las leyes enredan a los sentimientos? A pesar de la distancia, ¿dejará mi alma de estar aquí?, ¿no nos reunirá el pensamiento? ¿No tengo un destino que seguir? ¿Vendrán los librereros a buscar aquí mi *Arquero de Carlos IX* y *Las Margaritas*? Más o menos tarde, hay que hacer siempre lo que hoy hago, y ¿podré encontrar alguna vez circunstancias más favorables? ¿No es ya toda mi fortuna el poder entrar desde los comienzos de mi carrera en París en el salón de la marquesa de Espard?

—Tienes razón —dijo Ève—. Tú mismo me decías que tendría que marchar cuanto antes a París.

David tomó a Ève por la mano y se la llevó a aquel estrecho dormitorio en el que dormía desde hacía siete años, y le dijo al oído:

—¿Necesita dos mil francos, según decías tú, ángel mío?

Postel sólo le presta mil.

Ève miró a su prometido con una mirada terrible que expresaba todos sus sufrimientos.

—Escucha, Ève adorada, vamos a empezar mal la vida. Sí, mis gastos han absorbido todo cuanto poseía. Sólo me quedan dos mil francos, y la mitad me es indispensable para hacer marchar la imprenta. Dar mil francos a tu hermano es darle nuestro pan y comprometer nuestra tranquilidad. Si estuviese solo, ya sé lo que tendría que hacer, pero somos dos. Decide.

Ève, desconsolada, se arrojó en los brazos de su amado, le besó tiernamente y le dijo al oído, llorosa:

—Haz como si estuvieses solo, yo trabajaré para recuperar esta suma.

A pesar del más ardiente beso que jamás se hayan dado dos novios, David dejó abatida a Ève y volvió junto a Lucien.

—No te preocupes —le dijo—, tendrás tus dos mil francos.

—Id a ver a Postel —dijo la señora Chardon—, pues tenéis que firmar ambos el papel.

Cuando los dos amigos volvieron, sorprendieron a Ève y a su madre de rodillas,

rezando. Si ellas sabían cuántas esperanzas debía realizar la marcha, sentían en aquel momento todo lo que perdían en este adiós, puesto que encontraban que la dicha futura se pagaba a muy alto precio debido a una ausencia que les iba a destrozar la vida y a sumirlas en mil temores sobre el destino de Lucien.

—Si alguna vez olvidas esta escena —dijo David al oído de Lucien—, serás el más despreciable de los hombres.

Sin duda el impresor juzgó aquellas palabras necesarias, pues la influencia de la señora de Bargeton no le asustaba menos que la funesta variabilidad de carácter que igualmente podía arrojar a Lucien por el buen camino, que por el malo. Ève preparó en seguida el equipaje de Lucien. Este Hernán Cortés literario llevaba poca cosa. Tenía puesta su mejor levita, su mejor chaleco y una de sus dos camisas finas. Toda su ropa, su famosa levita, sus efectos y sus manuscritos constituyeron un paquete tan pequeño que, para ocultarlo a las miradas de la señora de Bargeton, David propuso enviarlo por la diligencia a su corresponsal, un fabricante de papel al que escribiría para que lo tuviese a disposición de Lucien.

A pesar de las precauciones tomadas por la señora de Bargeton para ocultar su marcha, el señor du Châtelet se enteró de ella y quiso saber si haría el viaje sola o acompañada de Lucien; envió a su criado a Ruffec con la misión de examinar todos los carruajes que pararan en la posta.

«Si se lleva a su poeta —pensó—, ya es mía».

Lucien se marchó al alborar del día siguiente, acompañado de David, que se había agenciado un cabriolé y un caballo, anunciando que se iba a tratar unos negocios con su padre, pequeña mentira que en las actuales circunstancias era probable. Los dos amigos se dirigieron a Marsac, donde pasaron parte del día en casa del viejo oso; luego, por la tarde, fueron más allá de Mansle, a esperar a la señora de Bargeton, que llegó hacia la mañana. Al ver la vieja calesa sexagenaria que tantas veces había mirado bajo la cochera, Lucien experimentó unas de las emociones más fuertes de su vida y se arrojó en brazos de David, quien le dijo:

—¡Dios quiera que sea por tu bien!

El impresor subió de nuevo a su pobre carruaje y desapareció con el corazón encogido, ya que albergaba terribles presentimientos sobre el futuro de Lucien en París.

Un gran hombre de provincias en París

Ni Lucien, ni la señora de Bargeton, ni Gentil, ni Albertine, la doncella, hablaron nunca de los acontecimientos de este viaje, pero es de creer que la continua presencia de los criados lo hizo aburrido para un enamorado que esperaba todos los placeres de un rapto. Lucien, que iba en la posta, por primera vez en su vida, quedó muy admirado de ver que en el camino de Angulema a París fue sembrando casi la totalidad de la suma que destinaba a sus gastos de un año en París. Como los hombres que unen las gracias de la infancia a la fuerza del talento, cayó en el error de expresar sus ingenuas extrañezas ante el aspecto de las cosas que eran nuevas para él. Un hombre debe estudiar muy bien a una mujer antes de dejarle entrever sus emociones y sus pensamientos tal y como surgen. Una amante, tan noble como tierna, sonrío ante estos infantilismos y los comprende; pero por poca vanidad que tenga, no perdonará a su amante que se haya mostrado un niño vano o pequeño. Muchas mujeres ponen una exageración tan grande en su culto, que siempre quieren encontrar un dios en su ídolo; mientras que aquellas que quieren a un hombre por sí mismo antes que por ellas, adoran sus pequeñeces tanto como sus grandezas. Lucien no había adivinado aún que en la señora de Bargeton el amor reposaba sobre el orgullo. Cometió un error al no explicarse ciertas sonrisas que escaparon a Louise durante aquel viaje, cuando, en lugar de dominarlas, se dejaba llevar por sus gentilezas de joven ratón salido de su madriguera.

Los viajeros se apearon en el hotel Gaillard-Bois, en la calle de l'Échelle, antes de que amaneciera. Los dos amantes se encontraban tan cansados, que, antes que nada, Louise quiso acostarse no sin haber ordenado a Lucien que pidiese una habitación sobre las habitaciones que ella ocupaba. Lucien durmió hasta las cuatro de la tarde. La señora de Bargeton le hizo despertar para comer y, al saber la hora, se vistió precipitadamente y encontró a Louise en una de esas asquerosas habitaciones que son la vergüenza de París, en donde, a pesar de tantas pretensiones a la elegancia, no existe aún un solo hotel en el que un viajero rico pueda encontrarse como en su casa. Aunque tenía en los ojos esas nubes que deja un brusco despertar, Lucien no reconoció a su Louise en esta habitación fría, sin sol, con las cortinas corridas, cuyo frotado marco parecía miserable, con los muebles usados, de mal gusto, viejos y de ocasión. Efectivamente, hay ciertas personas que ya no tienen ni el mismo aspecto ni el mismo valor una vez separadas de las figuras, de las cosas y de los lugares que les servían de marco. Las fisonomías vivas tienen una especie de atmósfera que les es propia, como el claroscuro de los cuadros flamencos es necesario a la vida de las figuras que en ellos ha situado el genio del pintor. Las personas de provincias son así en su mayoría. Además, la señora de Bargeton parecía más digna y más pensativa que lo que tenía que estar en un momento en que comenzaba una dicha sin trabas. Lucien

no podía quejarse: Gentil y Albertine les servían. La comida no tenía ya aquel carácter de abundancia y de esencial bondad que caracteriza la vida en provincias. Los platos, recortados por la especulación, procedían de un restaurante vecino y estaban pobremente servidos. París no es bonito en estos pequeños detalles a los que están condenadas las personas de escasa fortuna. Lucien esperó el final de la comida para interrogar a Louise, cuyo cambio le parecía inexplicable. No se equivocaba. Un grave acontecimiento, ya que las reflexiones son los acontecimientos de la vida moral, había surgido durante su sueño.

Hacia las dos de la tarde, Sixte du Châtelet se había presentado en el hotel, había hecho despertar a Albertine y había manifestado deseos de hablar con su ama, volviendo un poco después, apenas sin dar tiempo a que la señora de Bargeton hiciese su tocado. Anaïs, cuya curiosidad fue excitada por esta singular aparición del señor du Châtelet, cuando se creía tan bien escondida, le recibió hacia las tres de la tarde.

—La he seguido aun a riesgo de recibir una reprimenda de la Administración —le dijo a guisa de saludo—, ya que preveía lo que iba a suceder. Pero, aunque haya de perder yo mi puesto, al menos usted no será la perdida.

—¿Qué quiere decir? —exclamó la señora de Bargeton.

—Veo que quiere a Lucien —continuó, con un aire tiernamente resignado—, ya que se ha de querer mucho a un hombre para no reflexionar nada y olvidar todas las conveniencias, ¡usted que tan bien las conoce! ¿Cree pues, querida Naïs adorada, que será recibida en casa de la señora de Espard o en un salón de París, cualquiera que sea, en el momento en que se sepa que se ha ido de Angulema como si huyese y con un hombre, y sobre todo después del duelo del señor de Bargeton con el señor de Chandour? La estancia de su marido en el Escarbas tiene todo el aspecto de una separación. En un caso semejante, las personas conforme es debido comienzan por batirse por sus mujeres y las dejan después en libertad. Ame al señor de Rubempré, protéjale, hágale todo lo que le parezca, pero ¡no vivan juntos! Si alguien de aquí llegara a enterarse de que han hecho el viaje juntos en el mismo coche, la pondrían al instante en el índice las mismas personas que desea ver. Además, Naïs, no haga tantos sacrificios por un joven que aún no ha comparado con nadie, que no ha estado sometido a ninguna prueba y que aquí puede olvidarla por una parisiense que juzgue más necesaria para sus intereses. No quiero perjudicar al que usted ama, pero me permitirá que anteponga sus intereses a los de él, y que le diga: «¡Estudíele! Conozca bien toda la importancia de lo que hace». Si encuentra las puertas cerradas, si las mujeres rehúsan recibirla, que al menos no sienta haber hecho tantos sacrificios pensando que aquel por quien los ha hecho será siempre digno de ellos y la comprenderá. Además, la señora de Espard es tanto más severa y moralista cuanto que también ella está separada de su marido, sin que nadie haya podido conocer la causa de esta desunión; pero los Navarreins, los Blamont-Chauvry, los Lenoncourt y

todos sus parientes la han rodeado, las señoras de más alto copete van a su casa y la acojen con muestras de respeto, de tal manera que quien tiene la culpa es el marqués de Espard. En la primera visita que le haga, reconocerá lo acertado de mis consejos. Ciertamente, yo puedo predecírselo, yo que conozco París: al entrar en casa de la marquesa, se desesperará si ella sabe que está en el hotel del Gaillard-Bois con el hijo de un boticario, por muy señor de Rubempré que pretenda ser. Tendrá aquí rivales mucho más astutas y ladinas que Amélie, que no dejarán de saber quién es, dónde está, de dónde viene y lo que hace. Ha contado con el incógnito, ya lo veo, pero usted es una de esas personas para las que el incógnito no existe. ¿No encontrará a Angulema en todas partes? Bien sean los diputados de Charente que vienen para la apertura de las Cámaras, bien sea el general que se encuentra de vacaciones en París, pero será suficiente con que la vea un solo habitante de Angulema para que su vida quede decidida de una extraña forma: no sería otra cosa que la amante de Lucien. Si necesita de mí para cualquier cosa, estoy en casa del recaudador general, en la calle del *faubourg* Saint-Honoré, a dos pasos de la casa de la marquesa de Espard. Conozco bastante a la mariscala de Carigliano, a la señora de Sérizy y al presidente del Consejo como para presentarla a ellos, pero conocerá a tanta gente en casa de la señora de Espard que no tendrá necesidad de mí. Lejos de desear ir a este o aquel salón, por el contrario, estará solicitada en todos los salones.

Du Châtelet pudo hablar sin que la señora de Bargeton le interrumpiera: estaba convencida por el acierto y veracidad de sus observaciones. La reina de Angulema, efectivamente, había contado con el incógnito.

—Tiene razón, amigo mío; pero, ¿qué hacer?

—Déjeme —respondió Châtelet— buscarle un piso completamente amueblado y que sea conveniente; de esta forma llevará una vida menos cara que la vida de los hoteles y estará en su casa; y si quiere creerme, dormirá allí desde esta misma noche.

—Pero, ¿cómo se ha enterado de mis señas? —preguntó.

—Su carruaje era fácil de reconocer, y, además, la iba siguiendo. En Sèvres, el postillón que les conducía ha dado sus señas al mío. ¿Me permite que sea su guía? Le escribiré muy pronto para decirle dónde va a alojarse.

—Bien, hágalo —respondió ella.

Esta frase no parecía tener ninguna importancia, y sin embargo lo era todo. El barón du Châtelet había hablado al modo mundano a una mujer de mundo. Se había mostrado en toda la elegancia de un atildamiento parisiense; un bonito cabriolé muy bien enjaezado le había traído. Por casualidad, la señora de Bargeton se acercó a la ventana para meditar sobre su situación y vio marchar al viejo dandy. Unos instantes más tarde, Lucien, bruscamente despertado y bruscamente vestido, apareció ante su mirada con su pantalón de nankín del año anterior, con su pequeña levita de mala calidad. Era guapo, pero ridículamente trajeado. Vestido de aguador al Apolo de

Belvedere o al Antinoo, y ¿creéis que podríais reconocer la divina creación del cincel griego o romano? Los ojos comparan antes de que el corazón rectifique! este rápido y maquinal juicio. El contraste entre Lucien y Châtelet fue demasiado brusco para que no hiriera la vista de Louise. Cuando acabaron de comer, hacia las seis, la señora de Bargeton hizo señas a Lucien para que fuera a sentarse a su lado, junto a un mal canapé de sarga roja con flores amarillas, en donde ella se había reclinado.

—Lucien mío —dijo—, ¿no estás de acuerdo conmigo en que si hemos hecho una locura que nos mata a los dos por igual tenemos que hacer lo posible por repararla? No tenemos, querido mío, ni que vivir juntos en París, ni siquiera dejar sospechar que hemos venido juntos. Tu porvenir depende en mucho de mi situación, y no he de estropearla en manera alguna. Así, a partir de esta tarde, voy a alojarme a unos pasos de aquí, pero tú continuarás residiendo en este hotel y podremos vernos todos los días sin que nadie pueda decir nada.

Louise explicó las leyes del mundo a Lucien, quien abrió unos ojos grandes como platos. Sin saber que las mujeres que rectificaban sus locuras rectificaban igualmente su amor, comprendió que ya no era el Lucien de Angulema. Louise sólo le hablaba de ella, de sus intereses, de su reputación, del mundo; y para excusar este egoísmo, trataba de hacerle creer que pensaba en él. No tenía ningún derecho sobre Louise, convertida de nuevo tan rápidamente en señora de Bargeton, y, cosa más grave aún, no tenía ningún poder. Por eso, no pudo retener unas gruesas lágrimas que rodaron de sus ojos.

—Si yo soy tu gloria, tú para mí eres aún más, eres mi única esperanza y todo mi porvenir. Yo había creído que si tú te identificabas con mi triunfo también te identificarías con mi infortunio, y ya veo que nos hemos de separar.

—Juzgas mi conducta —dijo ella—, no me amas. —Lucien la miró con una expresión tan dolorosa, que no pudo por menos que decirle—: Querido mío, si tú quieres me quedaré, nos perderemos juntos y no te podré servir de ayuda. Pero cuando seamos desgraciados por igual y rechazados ambos, cuando el fracaso, ya que se ha de prever todo, nos haya arrojado al Escarbas, acuérdate, amor mío, que yo ya he previsto este final y que en un principio te propuse salir adelante según las leyes del mundo, sometiéndose a ellas.

—Louise —contestó él, abrazándola—, estoy asustado de verte tan prudente. Piensa que soy un niño y que me he abandonado por entero a tu querida voluntad. Yo quería triunfar sobre los hombres y sobre las cosas a la fuerza, pero si puedo llamar al triunfo más rápidamente con tu ayuda que sólo, me sentiré muy feliz de deberte toda mi fortuna. ¡Perdóname! He puesto demasiadas esperanzas en ti para no temerlo todo. Para mí, una separación es el primer paso hacia el abandono, y el abandono es la muerte.

—Pero, querido niño, el mundo no te pide gran cosa —repuso ella—. Se trata

únicamente de dormir aquí, pero estarás todo el día en mi casa, sin que nadie tenga nada que decir.

Algunas caricias acabaron por tranquilizar a Lucien. Una hora más tarde, Gentil trajo unas líneas en las que Châtelet le hacía saber que le había encontrado un apartamento en la calle Neuve-du-Luxembourg. Se hizo explicar la situación de esta calle, que no se encontraba lejos de la calle de l'Échelle, y dijo a Lucien:

—Somos vecinos.

Dos horas más tarde, Louise subió en un coche que le envió Du Châtelet para ir a su casa. El apartamento, uno de los que los tapiceros llenan de muebles y lo alquilan a los ricos diputados o grandes personajes que vienen por poco tiempo a París, era suntuoso, pero incómodo. Lucien volvió hacia las once a su pequeño hotel de Gaillard-Bois sin haber visto de París más que la parte de la calle Saint-Honoré que se encuentra entre la calle Neuve-du-Luxembourg y la calle de l'Échelle. Durmió en su pequeña y miserable habitación, que no pudo por menos de comparar al magnífico apartamento de Louise. En el momento en que salía de la casa de la señora de Bargeton, llegaba el barón du Châtelet, después de una recepción en casa del ministro de Asuntos Exteriores, con todo el esplendor de su traje de etiqueta. Venía a explicar todas las gestiones que había hecho por cuenta de la señora de Bargeton. Louise estaba inquieta, ese lujo la asustaba. Las costumbres de la provincia habían terminado por obrar sobre ella y se había vuelto meticulosa en sus compras; tenía tanto orden, que en París iba a pasar por avara. Se había traído casi veinte mil francos en un talón del recaudador general, y destinaba esta suma a cubrir el exceso de sus gastos durante cuatro años; ya temía que no fuera bastante y tener que contraer deudas. Châtelet le explicó que su apartamento solamente le costaría seiscientos francos al mes.

—Una miseria —dijo al ver el estremecimiento que recorrió a Naïs—. Tiene a su disposición un carruaje por quinientos francos al mes, lo que en total hace cincuenta luises. No tendrá que pensar más que en su vestuario. Una mujer que frecuenta el gran mundo no sabría arreglarse con menos. Si quiere hacer del señor de Bargeton un recaudador general u obtenerle un puesto en la casa real, no puede tener un aire mezquino. Aquí, estos favores sólo los dan a los ricos. Menos mal que tiene a Gentil para que la acompañe y a Albertine para vestirla, ya que los criados son una ruina en París. Comerá pocas veces en su casa, una vez introducida en la alta sociedad.

La señora de Bargeton y el barón hablaron de París. Du Châtelet le contó las noticias del día, las mil naderías que se han de saber, so pena de no ser de París. A continuación aconsejó a Naïs sobre los comercios que debería frecuentar para abastecerse: le indicó Herbault para las tocas, Juliette para los gorros y sombreros; le dio el nombre de la modista que podía reemplazar a Victorine; en una palabra, le hizo sentir la necesidad de *desangulemisarse*. Después, se marchó con el último rasgo de ingenio que tuvo la suerte de encontrar.

—Mañana —dijo negligentemente— tendré sin duda un palco para algún espectáculo; vendré a recogerla a usted y al señor de Rubempré, si me permite hacerles a ambos los honores de París.

«En el fondo es más generoso que lo que yo me imaginaba», pensó la señora de Bargeton al ver que invitaba a Lucien.

En el mes de junio, los ministros no saben qué hacer con sus palcos de los teatros. Los diputados ministeriales realizan sus vendimias o vigilan las cosechas, y sus conocidos se encuentran en el campo o de viaje; así pues, los palcos de los teatros reciben a huéspedes heteróclitos que los habituales no vuelven a ver más y que dan al público un cierto aire de tapicería vieja. Du Châtelet había pensado ya que, gracias a esta circunstancia, podría sin gastar mucho dinero, procurar a Naïs las diversiones que más gustan a los provincianos. A la mañana siguiente, Lucien, que venía por primera vez, no encontró a Louise. La señora de Bargeton había salido para hacer algunas compras indispensables. Había ido a mantener conversaciones y pedir consejo con las graves e ilustres autoridades en materia de tocado femenino que Châtelet le había indicado, ya que había informado de su llegada a la marquesa de Espard. Aunque la señora de Bargeton tuviese aquella confianza en sí misma que proporciona un largo dominio, tenía mucho miedo de parecer provinciana. Tenía el tacto suficiente como para darse cuenta de hasta qué punto las relaciones entre las mujeres dependen de las primeras impresiones; y aunque sabía que por fuerza tenía que colocarse rápidamente al nivel de las mujeres superiores como la señora de Espard, sentía la necesidad de tener una cierta condescendencia en sus comienzos, y sobre todo quería que no le faltara ningún elemento de éxito. Por tal motivo, agradeció infinitamente a du Châtelet el haberle indicado los medios para ponerse al unísono con aquel bello mundo parisiense.

Por un azar singular, la marquesa se encontraba en una situación tal que le encantaría hacer un favor a alguna persona de la familia de su marido. Sin causa aparente, el marqués de Espard se había retirado del mundo; no se ocupaba ni de sus negocios, ni de sus asuntos políticos, ni de su familia, ni de su mujer. Viéndose así completamente libre, la marquesa sentía la necesidad de ser aprobada por la gente; se sentía, por tanto, dichosa de poder reemplazar al marqués en esta circunstancia, al hacerse la protectora de la familia. Iba a dar cierta ostentación a su patronazgo a fin de hacer aún más patente la culpa de su marido. El mismo día, escribió a la señora de Bargeton, de soltera Nègrepelisse, una de esas encantadoras cartitas en las que la forma es tan bonita que hace falta cierto tiempo antes de percibir la falta de fondos.

Se sentía feliz ante una circunstancia que acercaba a la familia a una persona de la que había oído hablar y que anhelaba conocer, ya que las amistades de París no eran lo suficientemente sólidas como para no desear amar a alguien más en la tierra; y si esto no podía suceder, sería una simple ilusión que sepultar junto con las otras. Se

ofrecía por entero y quedaba a la disposición de su prima, a la que hubiese ido a visitar de no ser por una indisposición que la retenía en casa, pero que se consideraba en deuda con ella por el solo hecho de haberse acordado de su existencia.

Durante su primer paseo vagabundo a través de los bulevares y la calle de la Paix, Lucien, como todos los recién llegados, se preocupó mucho más por las cosas que por las personas. En París, la masa acapara en un principio la atención: el lujo de las tiendas, la altura de las casas, la afluencia de tráfico y los contrastes entre el lujo exagerado y una exagerada miseria es lo que llama la atención antes que nada. Sorprendido con esta muchedumbre a la que se sentía extraño, este hombre imaginativo experimentó una especie de disminución de sí mismo.

Las personas que en provincias disfrutaban de cualquier consideración y que a cada paso encuentran una prueba de su importancia, no se acostumbran en absoluto a esta súbita y total pérdida de su valor. Ser algo en su región y no ser nada en París, son dos estados que piden una cierta transición; y los que pasan demasiado bruscamente del uno al otro, caen en una especie de aniquilamiento. Para un joven poeta que encontraba un eco a todos sus sentimientos, un confidente para todas sus ideas, un alma para compartir sus menores sensaciones, París iba a ser un horrible desierto.

Lucien no había ido a buscar su bonito traje azul, de forma que se sintió molesto por la mezquindad, por no decir la ruina, de su vestimenta, al aparecer por la casa de la señora de Bargeton a la hora en que debía de encontrarse de vuelta; encontró allí al barón du Châtelet, que llevó a ambos a cenar al Rocher de Cancale. Lucien, aturdido por la rapidez del movimiento de París, nada podía decir a Louise; iban los tres en el coche; sin embargo, le apretó la mano, y ella respondió amigablemente a todos los pensamientos que él expresaba de aquella manera. Después de la cena, Châtelet llevó a sus dos invitados al Vaudeville. Lucien experimentó una especie de secreto descontento ante el aspecto de Du Châtelet y maldecía la casualidad que le había traído a París. El director de contribuciones atribuyó la causa de su viaje a su ambición: esperaba ser nombrado secretario general de una administración y entrar en el Consejo de Estado como *maître des requêtes*; venía a pedir cuentas de las promesas que se le habían hecho, ya que un hombre como él no podía quedarse en director de contribuciones; prefería no ser nada, ser diputado o entrar en la Diplomacia. Se engrandecía; Lucien reconocía vagamente en aquel antiguo guapo la superioridad del hombre de mundo en lo que respecta a la vida parisiense; se sentía sobre todo avergonzado de tener que deberle sus diversiones. Allí donde el poeta se encontraba inquieto o molesto, el antiguo secretario de órdenes se encontraba como pez en el agua. Du Châtelet sonreía ante las vacilaciones, extrañezas, preguntas y pequeños deslices que la falta de costumbre arrancaba a su rival, al igual que los viejos lobos de mar se burlan de los neófitos que no tienen el andar marinero.

El placer que experimentó Lucien al contemplar por vez primera el espectáculo

de París, compensó la preocupación que le proporcionaban sus confusiones. Aquella velada fue digna de señalar por la secreta repudiación de una gran cantidad de sus ideas sobre la vida en provincias. El círculo se agrandaba, la sociedad adquiría otras proporciones. La vecindad de tantas bellas parisienses, tan elegantes y frescamente ataviadas, le hizo darse cuenta de la vetustez del tocado de la señora de Bargeton, a pesar de que no dejaba de tener una nota de ambición: ni la tela, ni el color ni la hechura estaban de moda. El peinado, que en Angulema tanto le seducía, aquí le pareció de un gusto horroroso al compararlo a las delicadas invenciones con las que cada mujer destacaba.

«¿Va a seguir de esta forma?», se dijo, sin saber que había empleado todo el día en efectuar una transformación.

En provincias no hay ni dónde escoger, ni comparación que hacer: la rutina de ver las fisonomías les da una belleza convencional. Trasladada a París, una mujer que en provincias pasa por ser guapa no llama la menor atención, ya que no es bella más que en virtud del refrán: En el reino de los ciegos, el tuerto es rey.

Los ojos de Lucien hacían la comparación que la víspera había hecho la señora de Bargeton entre él y Châtelet. Por su parte, la señora de Bargeton se entregaba a extrañas reflexiones sobre su amante. A pesar de su sorprendente belleza, el pobre poeta no tenía prestancia. Su levita, cuyas mangas eran demasiado cortas, sus guantes provincianos de baja calidad, su chaleco gastado le hacían prodigiosamente ridículo junto a los jóvenes del palco: la señora de Bargeton le encontraba un aire lastimoso. Châtelet, ocupándose de ella sin pretensión, velando por ella con un cuidado que revelaba una profunda pasión; Châtelet, elegante y desenvuelto como un actor que se encuentra de nuevo sobre la escena de su teatro, ganaba en dos días todo el terreno que había perdido en seis meses. Aunque lo vulgar no admite que los sentimientos varíen bruscamente, también es cierto que dos amantes se separan a menudo más de prisa que lo que tardan en unirse. En la señora de Bargeton y en Lucien se iba incubando un desencanto sobre ellos mismos cuya causa era París. Allí la vida adquiría a los ojos del poeta grandes proporciones, del mismo modo que la sociedad adquiría una nueva faz ante los ojos de Louise. A uno y a otro no les faltaba más que un pequeño incidente para cortar los lazos que les unían. Este hachazo, terrible para Lucien, no se hizo esperar mucho tiempo. La señora de Bargeton dejó al poeta en su hotel y retornó a su casa acompañada por du Châtelet, lo que disgustó enormemente al pobre enamorado.

«¿Qué van a decir de mí?», pensaba, mientras subía a su triste habitación.

—Ese pobre muchacho es singularmente aburrido —dijo Du Châtelet, sonriendo, en cuanto se cerró la portezuela.

—Esto es lo que sucede con todos aquellos que llevan un mundo de pensamientos en el corazón y en el cerebro. Los hombres que tienen tantas cosas que expresar en

bellas obras por tanto tiempo soñadas, profesan un cierto desprecio por la conversación, comercio en el que el espíritu se rebaja mercantilizándose —dijo la orgullosa Nègrepelisse, que tuvo aún el valor de defender a Lucien, más que por Lucien, por ella misma.

—Estoy de acuerdo con usted en eso —replicó el barón—, pero vivimos con las personas y no con los libros. Mire, querida Naïs, ya lo veo, no hay nada entre él y usted, y eso me tranquiliza. Si decide introducir en su vida un interés del que hasta el presente ha carecido, se lo suplico, que no sea por este pretendido hombre de genio. ¡Si se equivocara! ¿Si dentro de unos días, al compararlo con los verdaderos talentos, con los hombres seriamente dignos de mención que va a conocer, reconociera, querida y bella sirena, haber albergado en su seno y conducido a puerto seguro, en lugar de un hombre armado de una lira, a un pequeño mono, sin educación, sin elegancia, tonto e interesado, que puede tener cierto ingenio en el Houmeau, pero que en París se convierte en un muchacho completamente ordinario? Después de todo, aquí se publican cada semana volúmenes de versos, el peor de los cuales vale más que toda la poesía del señor Chardon. Por caridad, ¡espere y compare! Mañana viernes hay ópera —dijo, viendo que el carruaje entraba en la calle Neuve-du-Luxembourg—, la señora de Espard dispone del palco de los Primeros Gentilhombres de Cámara, y sin duda la llevará. Para verla en todo su esplendor, estaré en el palco de la señora de Sérizy. Dan *Las Danaides*.

—Adiós —dijo ella.

A la mañana siguiente, la señora de Bargeton trató de elaborarse un tocado mañanero conveniente para ir a ver a su prima, la señora de Espard. Hacía un poco de fresquillo y no encontró nada mejor entre sus antiguallas de Angulema que cierto vestido de terciopelo verde, adornado con bastante extravagancia. Por su parte, Lucien sintió la necesidad de ir a buscar su famoso traje azul, ya que sentía verdadero horror por su mezquina levita y quería presentarse siempre bien vestido, pensando que podría encontrarse con la marquesa de Espard o tener que ir de improviso a su casa. Subió a un coche de punto, a fin de retirar rápidamente su paquete. En dos horas de tiempo, gastó tres o cuatro francos, lo que le hizo pensar mucho sobre las proporciones financieras de la vida parisiense. Después de haber llegado al superlativo de su acicalamiento, se dirigió a la calle Neuve-du-Luxembourg, y a la puerta se encontró con Gentil en compañía de un lacayo magníficamente emplumado.

—Iba a su casa, señor; la señora me envía con esta carta para usted —dijo Gentil, que no conocía las fórmulas del respeto parisiense, acostumbrado a la campechanía del trato provinciano.

El lacayo tomó al poeta por un criado. Lucien deslacró el mensaje, por el que se enteró de que la señora de Bargeton pasaba el día en la casa de la marquesa de Espard e iba a la ópera por la noche; pero decía a Lucien que acudiese allí, ya que su prima le

permitía darle un sitio en su palco para el joven poeta, a quien la marquesa se sentía encantada de poderle proporcionar aquel placer.

—Entonces ¡ella me ama!, mis temores son infundados —se dijo Lucien—; me presenta a su prima el primer día.

Saltó de alegría y quiso pasar alegremente el tiempo que le separaba de esta feliz velada. Se dirigió hacia las Tullerías, soñando pasear por ellas hasta la hora en que iría a comer a Véry. He aquí a Lucien, que feliz y saltarín, con el corazón lleno de dicha, desemboca en la terraza de los Feuillants y la recorre examinando a los paseantes, a las bellas mujeres con sus adoradores, a los elegantes, de dos en dos y del bracete, saludándose los unos a los otros con una ojeada al pasar. ¡Qué diferencia de esta terraza a Beaulieu! Los pájaros de este magnífico lugar eran muchos más bonitos que los de Angulema. Era todo el lujo de colores que brilla en las familias ornitológicas de las Indias o de América comparado con los colores grises de los pájaros de Europa.

Lucien pasó tres horas crueles en la Tullerías; se sobrepuso violentamente y se juzgó. En primer lugar, ninguno de aquellos jóvenes elegantes llevaba chaqueta. Si veía a alguien con chaqueta era un viejo que ya no seguía la moda, algún pobre diablo, un terrateniente rústico o algún hortera. Después de haberse dado cuenta de que existía una ropa de mañana y una ropa para la tarde, él poeta, de vivas emociones, de mirada penetrante, reconoció la fealdad de su vestimenta, los defectos que hacían a su chaqueta ridícula, cuya hechura estaba pasada de moda, el azul descolorido, la esclavina deformada y los faldones delanteros, usados durante mucho tiempo, colgaban el uno hacia el otro; los botones se habían enmohecido y los pliegues dibujaban fatales líneas blancas. Luego, su chaleco era demasiado corto y la hechura tan grotescamente provinciana, que para esconderlo abotonó bruscamente su chaqueta. Finalmente, sólo veía pantalón de nankín en las gentes de baja estofa. Las gentes elegantes llevaban deliciosos tejidos de fantasía o el blanco siempre irreprochable. De otra parte, todos los pantalones llevaban trabillas y el suyo se adaptaba muy mal al tacón de sus botas, para las que el bajo de sus pantalones, bastante retorcido, manifestaba una violenta antipatía. Tenía una corbata blanca con las puntas bordadas por su hermana, que, después de haber visto algunas parecidas al señor de Hautoy y al señor de Chandour, se había apresurado a hacer variar a su hermano. No solamente nadie, exceptuando las personas de edad, algún viejo banquero o algunos severos administradores, llevaba corbata, sino que, además, el pobre Lucien vio pasar por el otro lado de la verja, por la acera de la calle de Rivoli, a un dependiente de ultramarinos con una banasta en la cabeza y en el que el hombre de Angulema sorprendió dos extremos de corbata bordados por alguna modistilla adorada.

Ante este aspecto, Lucien recibió un golpe en el pecho, en este órgano mal

definido en el que se refugia nuestra sensibilidad y al que, desde que existen sentimientos, los hombres llevan la mano tanto en la excesiva alegría como en el dolor profundo. ¿Tildáis esta narración de pueril? Ciertamente, para los ricos que no han conocido nunca esta clase de sufrimientos, se encuentra aquí un tanto de mezquino e increíble pero las angustias de los desgraciados no merecen menos atención que las crisis que revolucionan la vida de los poderosos y privilegiados de la tierra. Y además, ¿acaso no hay tanto dolor en unos como en otros? El sufrimiento lo aumenta todo. En fin, cambiad los términos: en vez de un traje más o menos bonito, poned una condecoración, una distinción, un título. Estas pequeñas cosas, en apariencia, ¿no han solido atormentar a existencias brillantes? La cuestión del vestido es de gran importancia en los que quieren aparentar lo que no son, ya que es el mejor medio de llegar a serlo más adelante. Lucien sintió un sudor frío al pensar que por la noche se tendría que presentar vestido de aquella forma ante la marquesa de Espard, pariente de un primer gentilhombre del Rey, ante una mujer a cuya casa iba gente ilustre y personalidades escogidas.

«Tengo aire de hijo de boticario, de un verdadero mancebo de botica», se dijo a sí mismo, con rabia, al ver pasar a los presumidos, los elegantes, los graciosos jóvenes de las familias del *faubourg* Saint-Germain, quienes todos tenían una manera particular que les hacía parecidos por la finura de su aspecto, la elegancia del porte y el aire del rostro, y, a la vez, todos diferentes por el atuendo que habían elegido para destacar de los demás.

Todos hacían resaltar sus ventajas mediante una especie de escenografía que los jóvenes de París conocen tan bien como las mujeres. Lucien había conservado de su madre las preciosas distinciones físicas cuyos privilegios saltaban a la vista, pero este oro se hallaba en estado bruto y sin trabajar. Su pelo estaba mal cortado. En lugar de mantener la cabeza alta mediante una ballena flexible, se sentía sepultado en un feo cuello de camisa, y su corbata, al no ofrecer resistencia, dejaba que su cabeza colgara tristemente. ¿Qué mujer hubiese descubierto sus bellos pies dentro de las horribles botas que se había traído de Angulema? ¿Qué joven hubiese envidiado su esbelto talle, disimulado por el saco azul que hasta entonces él había creído que era una chaqueta? Veía bellos botones en camisas resplandecientes de blancura; la suya estaba rojiza. Todos aquellos elegantes gentilhombres iban maravillosamente enguantados, mientras que él llevaba guantes de gendarme. Éste jugueteaba con un bastón deliciosamente montado. Aquél llevaba una camisa cuyos puños iban sujetos por graciosos botoncitos de oro. Al hablar a una mujer, uno retorció una bonita fusta, y los abundantes pliegues de su pantalón salpicado de pequeñas manchas, sus sonoras espuelas y su pequeña levita estrecha indicaban que iba a montar uno de los dos caballos que sujetaba por la brida. Había otro que sacaba de un bolsillo de su chaleco un reloj, plano como una moneda de diez francos, y miraba la hora como hombre que

se adelantaba o faltaba a una cita.

Al mirar todas aquellas preciosas bagatelas que Lucien nunca había imaginado, descubrió el mundo de lo superfluo y se estremeció al pensar en el capital necesario para interpretar el papel de joven elegante y rico. Cuanto más admiraba a estos jóvenes de aspecto dichoso y desenvuelto, más tenía conciencia de su aire extraño, el aire de un hombre que no sabe a dónde conduce el camino en el que se encuentra, que no sabe dónde está el Palacio Real cuando está al lado o que pregunta a un transeúnte: «¿Dónde está el Louvre?», para que le respondan: «Está usted en él».

Lucien se veía separado de este mundo por un abismo y se preguntaba cuáles serían los medios con los que podría franquearlo, ya que deseaba ser semejante a esta esbelta y delicada juventud parisiense. Todos esos patricios saludaban a mujeres divinamente preparadas y divinamente bellas, mujeres por las que Lucien se hubiese dejado hacer picadillo a cambio de un solo beso, como el paje de la condesa de Konismarck. En las tinieblas de su memoria, Louise, comparada a estas soberanas, apareció como una vieja. Encontró a muchas de aquellas mujeres de las que se hablará en las historias del siglo diecinueve, cuyo ingenio, amores y belleza no serán menos célebres que los de las reinas de tiempos pasados. Vio pasar una joven sublime, la señorita Des Touches, tan conocida bajo el nombre de Camille Maupin, escritora eminente, tan grande por su belleza como por su superior inteligencia y cuyo nombre fue repetido en voz baja por los paseantes y sus damas.

«¡Ah! —se dijo—. ¡He aquí la poesía!».

¿Qué era la señora de Bargeton ante ese ángel brillante de juventud, de esperanza, de porvenir, de dulce sonrisa y cuyos negros ojos eran amplios como el firmamento y ardientes como el sol? Reía, mientras hablaba con la señora Firmiani, una de las mujeres más encantadoras de París.

Una voz le gritó que «la inteligencia es la palanca con la que se mueve al mundo», pero otra voz le gritó que el punto de apoyo de la inteligencia era el dinero. No quiso permanecer en medio de sus ruinas y en medio del teatro de su derrota, y tomó el camino del Palacio Real tras de haber preguntado por él, ya que apenas conocía la topografía de su barrio. Entró en Véry y encargó, para iniciarse en los placeres de París, una comida que le consolara de su desesperación. Una botella de vino de Burdeos, ostras de Ostende, pescado, una perdiz, macarrones y fruta fueron el *nec plus ultra* de sus deseos. Saboreó este pequeño libertinaje pensando hacer gala de ingenio aquella noche delante de la marquesa de Espard y compensar la ramplonería de su aspecto mediante el despliegue de sus riquezas intelectuales. Fue sacado de sus sueños por el importe de la cuenta, que le arrebató los cincuenta francos con los que esperaba ir muy lejos en París. Esta comida costaba un mes de su existencia en Angulema. Por lo tanto, cerró respetuosamente la puerta de aquel palacio, pensando que no volvería a poner allí los pies.

«Ève tenía razón —se dijo, andando por la galería de piedra hacia su casa para coger dinero—; los precios de París no son los mismos del Houmeau».

Mientras caminaba, admiraba las tiendas de los sastres, soñando con los trajes que había visto aquella mañana.

—¡No! —exclamó—. No voy a parecer un aldeano, como lo suelo ser ante la señora de Bargeton, cuando me presente ante la señora de Espard.

Corrió con la velocidad del gamo hasta el hotel de Gaillard-Bois, subió a su habitación y, tomando cien escudos, volvió a bajar hasta el Palacio Real, para vestirse allí de la cabeza a los pies. Había visto allí zapateros, sastres, peluqueros, chalequeros, y su futura elegancia se repartió en diez tiendas diferentes. El primer sastre que visitó le hizo probarse tantos trajes como quiso ponerse y le persuadió de que todos eran de última moda. Lucien salió dueño de una chaqueta verde, un pantalón blanco y un chaleco de fantasía, por la suma de doscientos francos. Pronto encontró un par de botas muy elegantes a su medida. Finalmente, después de haber adquirido todo cuanto le era necesario, pidió al peluquero que fuera a su domicilio, donde cada proveedor le llevó sus compras. A las siete, subió a un coche de punto y se hizo llevar a la Ópera, rizado como un San Juan de procesión, con buen chaleco, buena corbata, pero un tanto incómodo en aquella especie de estuche en el que por primera vez se introducía. Siguiendo el consejo de la señora de Bargeton, preguntó por el palco de los Primeros Gentilhombres de Cámara. Ante el aspecto de un hombre cuya elegancia le hacía parecerse a un paje de bodas, el portero pidió que le enseñara su entrada.

—No tengo.

—No puede entrar —se le respondió secamente.

—Pero si estoy invitado por la señora de Espard —dijo.

—Nosotros no estamos obligados a saberlo —dijo el empleado, que no pudo reprimir un cambio imperceptible de sonrisas con sus colegas de la puerta.

En aquel preciso momento, un carruaje se detuvo bajo el peristilo. Un lacayo, al que Lucien no reconoció, desplegó la escalerilla de un cupé de donde salieron dos mujeres muy bien arregladas. Lucien, que no quería recibir del portero algún aviso impertinente para que se apartara, dejó sitio a las dos damas.

—¡Pero si esta señora es la marquesa de Espard, a quien usted pretende conocer, caballero! —dijo irónicamente el portero a Lucien.

Lucien quedó tanto más sorprendido cuanto que la señora de Bargeton no pareció reconocerle bajo su nuevo atuendo; pero cuando le abordó, ella le sonrió y le dijo:

—Llega oportunamente, ¡venga!

Los empleados de la puerta tornáronse serios. Lucien siguió a la señora de Bargeton, que mientras subían la escalinata de la Ópera presentó a su Rubempré a su prima. El palco de los Primeros Gentilhombres es el que se encuentra en uno de los

dos entrepaños cortados al fondo de la sala; el ocupante ve a la gente tanto y tan bien como el público le ve a él. Lucien se colocó en una silla detrás de su prima, contento de estar a la sombra.

—Señor de Rubempré —dijo la marquesa con un tono de voz halagador—, viene a la Ópera por primera vez, véalo bien todo, tome ese asiento, póngase delante, se lo permitimos.

Lucien obedeció; terminaba el primer acto de la ópera.

—Has empleado muy bien tu tiempo —le dijo Louise al oído, tras el primer momento de sorpresa que le produjo el cambio en el atuendo de Lucien.

Louise seguía siendo la misma. La proximidad de una mujer a la moda como la marquesa de Espard, esta señora de Bargeton de París, le perjudicaba sobremanera; la brillante parisiense hacía resaltar tan bien las imperfecciones de la mujer provinciana, que Lucien, doblemente iluminado por la selecta concurrencia de esta pomposa sala y por esta eminente mujer, vio finalmente, en la pobre Anaïs de Nègrepelisse, la mujer real, la mujer que la gente de París veía: una mujer delgada, alta, seca, con rojeces, marchita, más que pelirroja, angulosa, chabacana, presuntuosa, provinciana y ridícula en su hablar, y sobre todo mal ataviada.

Efectivamente, los pliegues de un viejo vestido de París atestiguan aún cierto gusto, se explica, se adivina lo que fue, pero un viejo vestido provinciano es inexplicable y digno de risa. El vestido y la mujer no tenían ni gracia ni frescor, y el terciopelo estaba tan usado como el cutis. Lucien, avergonzado por haber amado a este hueso de jibia, se prometió aprovechar el primer acceso de virtud de su Louise para abandonarla. Su excelente vista le permitió distinguir los gemelos enfocados sobre el palco aristocrático por excelencia. Con toda seguridad las mujeres más elegantes examinaban a la señora de Bargeton, ya que todas sonreían hablándose entre sí.

Si la señora de Espard se dio cuenta, por las sonrisas y los gestos femeninos, de cuál era la causa de los sarcasmos, no se dio en absoluto por enterada. En primer lugar, todos debían reconocer en su compañera la parienta pobre venida de provincianas, con la que toda familia parisiense puede ser afligida. Luego, su prima le había hablado sobre las modas manifestando un cierto temor; ella le había tranquilizado al darse cuenta de que Anaïs, una vez vestida convenientemente, pronto adquiriría las formas y maneras de ser parisienses. Si la señora de Bargeton carecía de esas costumbres, tenía por otra parte la altanería innata de una mujer noble y ese no sé qué al que podemos llamar raza. El próximo lunes se tomaría, pues, su desquite. Por otro lado, una vez que la gente se enterara de que, aquella mujer era su prima, la marquesa sabía que suspenderían sus críticas y esperarían a un nuevo examen antes de juzgarla.

Lucien no adivinaba el cambio que haría en la persona de Louise un chal

rodeando su cuello, un bonito vestido, un elegante peinado y los consejos de la señora de Espard. Al subir la escalera, la marquesa había advertido ya a su prima que no sostuviera el pañuelo desdoblado en su mano. El buen o mal gusto dependen de mil pequeños matices de toda especie, que una mujer inteligente adopta rápidamente y que ciertas mujeres nunca podrán comprender. La señora de Bargeton, llena ya de buena intención y empeño, era lo suficientemente lista para darse cuenta de que estaba en ridículo. La señora de Espard, segura de que su alumna la honraría, no había rehusado formarla. En una palabra, entre aquellas dos mujeres se había establecido un pacto cimentado por su mutuo interés.

La señora de Bargeton había establecido repentinamente un culto al ídolo del día, cuyos modales, inteligencia y medio ambiente la habían seducido, deslumbrado y fascinado. En la señora de Espard había reconocido el oculto poder de la gran dama ambiciosa, y se dijo que llegaría lejos convirtiéndose en el satélite de este astro: la había, pues, admirado con toda franqueza. La marquesa se había sentido sensible a esta ingenua presumida, se había interesado por su prima, encontrándola débil y pobre; luego, se las había ingeniado para tener una alumna que sentara escuela y no pedía otra cosa que tener en la señora de Bargeton una especie de dama de compañía, una esclava que cantaría sus alabanzas, tesoro aún más raro entre las gentes de París que un crítico abnegado en el ambiente literario. Sin embargo, el movimiento de curiosidad era demasiado visible para que la recién llegada no lo admitiera, y la señora de Espard quiso educadamente ponerla al corriente sobre aquella conmoción.

—Si vienen visitas —le dijo—, sabremos quizá cuál es la causa por la que ocupamos el tiempo de esas señoras...

—Imagino que a buen seguro es mi viejo vestido de terciopelo y mi cara angulemina lo que debe divertir a las parisienses —repuso riendo la señora de Bargeton.

—No, no es usted; hay algo que no me explico —añadió ella, observando al poeta, al que miró por primera vez, pareciéndole singularmente vestido.

—Ahí está el señor du Châtelet —dijo en aquel momento Lucien, señalando con el dedo el palco de la señora de Sérizy, donde el viejo dandy remozado había hecho su entrada.

Ante ese gesto, la señora de Bargeton se mordió los labios con despecho, ya que la marquesa no pudo contener una mirada y una sonrisa de extrañeza que significaba de manera tan desdeñosa. «¿De dónde sale este muchacho?», que Louise se sintió humillada en su amor, la sensación más punzante que para una francesa puede haber y que no perdona a su amante el habérsela causado. En este mundo, en el que las cosas pequeñas se convierten en grandes, un gesto, una palabra pueden ser la perdición de un principiante. El mérito; principal de los buenos modales y del buen tono en la buena sociedad es ofrecer un conjunto armonioso en donde todo está tan

bien compenetrado que nada choca. Los mismos que, sea por ignorancia, sea por una distracción cualquiera, no observan las leyes de esta ciencia, comprenderán todos que en esta materia una sola disonancia es, como en la música, una negación completa del mismo Arte, cuyas condiciones deben ser completamente ejecutadas sin el menor fallo, so pena de no existir.

—¿Quién es ese señor? —preguntó la marquesa, señalando a Châtelet—. ¿Conoce ya a la señora de Sérizy?

—¡Ah! ¿Esa es la señora de Sérizy, que tantas aventuras ha tenido y que a pesar de ello es recibida en todas partes?

—Una cosa inaudita, querida —respondió la marquesa—; una cosa explicable, pero inexplicada. Los hombres más temibles son sus amigos, y ¿por qué? Nadie se atreve a sondear ese misterio. ¿Ese señor es, pues, el lion de Angulema?

—Pero si el señor barón du Châtelet —dijo Anaïs, que por vanidad dio en París el título que discutía a su adorador— es un hombre que ha hecho que se hable mucho sobre él. Es el compañero del señor de Montriveau.

—¡Ah! —exclamó la marquesa—, nunca oigo ese nombre sin pensar en la pobre duquesa de Langeais, que desapareció como un cometa. Ahí están —continuó, señalando un palco— el señor de Rastignac y la señora de Nucingen, la mujer de un banquero, hombre de negocios y fabricante al por mayor, un hombre que se impone en la sociedad de París por su fortuna y del que se dice es poco escrupuloso en los medios que utiliza para aumentarla; realiza mil trabajos y esfuerzos por hacer creer en su devoción por los Borbones, y ya ha intentado venir a mi casa. Al tomar el palco de la señora de Langeais, su esposa ha pensado que tendría sus gracias, ingenio y éxito. Siempre es la fábula del grajo que se pone las plumas del pavo real.

—¿Cómo pueden ingeniárselas el señor y la señora de Rastignac, que no tienen ni mil escudos de renta, para mantener a su hijo en París? —preguntó Lucien a la señora de Bargeton, sorprendiéndose ante la elegancia y el lujo de las ropas del joven.

—Es fácil ver que viene usted de Angulema —respondió la marquesa, un tanto irónicamente, sin dejar sus impertinentes.

Lucien no entendió, estaba absorto contemplando el aspecto de los palcos, en los que adivinaba los comentarios que se hacían sobre la señora de Bargeton y la curiosidad que despertaba él mismo. Por su parte, Louise se encontraba profundamente mortificada del poco caso que la marquesa hacía de la apostura de Lucien.

«¡No es entonces tan guapo como a mí me parece!», se decía para sus adentros.

De ahí a encontrarle menos talento, no había más que un paso. El telón había caído; Châtelet, que había venido a hacer una visita a la duquesa de Carigliano, cuyo palco era vecino del de la señora de Espard, saludó desde allí a la señora de Bargeton, que respondió con una inclinación de cabeza. Una mujer de mundo lo ve todo, y la

marquesa observó en seguida el elegante vestir de Du Châtelet. En aquel momento, cuatro personas entraron sucesivamente en el palco de la marquesa, cuatro celebridades parisienses.

La primera era el señor De Marsay, hombre famoso por las pasiones que inspiraba y digno de mención, sobre todo, por una belleza de doncella, belleza blanda, afeminada, pero corregida por una mirada fija, tranquila, fría y rígida como la de un tigre; era amado y asustaba. Lucien era tan guapo como él, pero su mirada era tan dulce y sus ojos azules eran tan límpidos, que no parecía susceptible de tener esa fuerza y ese poder al que se ligan tanto las mujeres. Además, no había aún nada que pusiera a la vista la valía del poeta, mientras que De Marsay tenía una animación, una certeza de gustar y un vestir apropiado a su naturaleza que aplastaba a todos los rivales que había a su alrededor. Juzgad lo que podía suponer Lucien a su lado, engomado, rígido, de punta en blanco y tan nuevo como sus ropas. De Marsay había conquistado el derecho de decir impertinencias por el ingenio que en ellas derrochaba y la gracia con que las acompañaba. La acogida de la marquesa indicó inmediatamente a la señora de Bargeton el poder de aquel personaje.

El segundo era uno de los dos Vandenesse, el que había causado el escándalo de lady Dudley, un joven dulce, espiritual y modesto que triunfaba mediante cualidades completamente opuestas a las de que se glorificaba De Marsay y que la prima de la marquesa de Mortsauf le había recomendado muy efusivamente.

El tercero era el general Montriveau, el autor de la pérdida de la duquesa de Langeais. El cuarto era el señor de Canalis, uno de los poetas más ilustres de aquella época, un joven aún en el alborar de su gloria y que, más orgulloso de ser gentilhomme que de su talento, se exhibía como el galán de la señora de Espard, para ocultar su pasión por la duquesa de Chaulieu. Se adivinaba, a pesar de sus gracias salpicadas de afectación, la inmensa ambición que más tarde le lanzó a las tormentas políticas. Su belleza casi delicada, sus sonrisas acariciadoras, ocultaban mal un profundo egoísmo y los cálculos perpetuos de una existencia por entonces problemática; pero la elección que había hecho con la señora de Chaulieu, mujer de cuarenta años cumplidos, le valían por aquel entonces los favores de la Corte, los aplausos del *faubourg* Saint-Germain y las injurias de los liberales, que le denominaban poeta de sacristía.

Al ver aquellos cuatro hombres tan importantes, la señora de Bargeton comprendió la poca atención que la marquesa prestaba a Lucien. Luego, cuando comenzó la conversación, cuando cada uno de aquellos ingenios tan finos y delicados se reveló mediante rasgos que tenían más sentido y más profundidad que lo que Anaïs había oído en todo un mes en provincias; cuando, sobre todo, el gran poeta hizo oír una frase vibrante en donde se encontraba lo positivo de esta época, pero dorado por la poesía, Louise comprendió lo que Du Châtelet le había advertido la

víspera: Lucien no era ya nada. Todos miraban al pobre desconocido con tan cruel indiferencia, como a un extranjero que no sabe el idioma, que la marquesa tuvo piedad de él.

—Permítame, caballero —dijo a Canalis—, presentarle al señor de Rubempré. Ocupa usted una posición demasiado alta en el mundo literario como para no acoger a un principiante. El señor de Rubempré llega de Angulema, tendrá sin duda necesidad de su protección ante los que aquí dan a conocer el genio. Aún no tiene enemigos que puedan hacer su fortuna, atacándole. ¿No es acaso una empresa lo suficientemente original como para intentarla, hacerle obtener por la amistad lo que usted trata de obtener mediante el odio?

Los cuatro personajes miraron entonces a Lucien mientras hablaba la marquesa. Aunque se encontraba a dos pasos del recién llegado, De Marsay tomó sus impertinentes para mirarle; su mirada fue de Lucien a la señora de Bargeton y de la señora de Bargeton a Lucien, emparejándoles con un pensamiento burlón que mortificó cruelmente al uno y al otro; les examinaba como a dos bichos raros y sonreía. Esa sonrisa fue una especie de puñalada para el gran hombre de provincias. Félix de Vandenesse adoptó un aire caritativo. Montriveau lanzó sobre Lucien una mirada para sondearle profundamente.

—Señora —dijo el señor de Canalis, inclinándose—, la obedeceré, a pesar del personal interés que nos lleva a no favorecer a nuestros rivales; pero usted nos ha acostumbrado a los milagros.

—¡Pues bien!, hágame el favor de venir a cenar el lunes a mi casa con el señor de Rubempré, hablarán más cómodamente que aquí de los asuntos literarios; trataré de reunir algunos de los tiranos de la literatura y las celebridades que la protegen, el autor de *Ourika* y algunos jóvenes poetas de categoría.

—Señora marquesa —dijo De Marsay—, si usted apadrina a este señor por su inteligencia, yo le protegeré a causa de su belleza; le daré consejos que harán de él el dandy más feliz de París. Después de eso, será poeta, si quiere.

La señora de Bargeton dio las gracias a su prima con una mirada llena de reconocimiento.

—No le sabía celoso de las personas de ingenio —dijo Montriveau a De Marsay—. La felicidad mata a los poetas.

—¿Por eso es por lo que el señor trata de casarse? —repuso el dandy, dirigiéndose a Canalis, a fin de ver si la señora de Espard se afectaría a causa de esta frase.

Canalis se encogió de hombros y la señora de Espard, amiga de la señora de Chaulieu, se echó a reír.

Lucien, que se encontraba en su traje como una momia egipcia en sus vendajes, se sentía avergonzado por no decir nada. Finalmente, dijo con su tierna voz a la

marquesa:

—Sus bondades, señora, me condenan a no obtener sino éxitos.

Du Châtelet entró en aquel momento, asiendo por los pelos la ocasión de hacerse apoyar ante la marquesa por Montriveau, uno de los reyes de París. Saludó a la señora de Bargeton y rogó a la señora de Espard que le perdonara la libertad de invadir su palco: ¡hacía tanto tiempo que se había separado de su compañero de viaje! Montriveau y él se veían por vez primera, después de haberse separado en medio del desierto.

—Separarse en el desierto y encontrarse en la Ópera —dijo Lucien.

—Es un verdadero encuentro de teatro —dijo Canalis.

Montriveau presentó el barón du Châtelet a la marquesa y ésta hizo al antiguo secretario de órdenes de Su Alteza Imperial una acogida tanto más calurosa cuanto que le había ya visto ser bien recibido en tres o cuatro palcos, porque la señora de Sérizy no admitía más que a personas selectas y porque, finalmente, era el compañero de Montriveau. Este último título tenía tan gran valor que la señora de Bargeton pudo ver en el tono, en las miradas y en los ademanes de los cuatro personajes que admitían sin discusión alguna a du Châtelet como uno de los suyos. La conducta sultanesca observada por Châtelet en provincias quedó de repente explicada a Louise. Finalmente, du Châtelet vio a Lucien y le dirigió uno de esos pequeños saludos, secos y fríos, mediante los que un hombre desconsidera a otro indicando a las personas de mundo el ínfimo lugar que ocupa en la sociedad. Acompañó su saludo con un aire sardónico que parecía querer decir: «¿Por qué casualidad se encuentra aquí? Du Châtelet fue muy bien comprendido, ya que De Marsay se acercó al oído de Montriveau, de forma que el barón pudiese oírlo, para decirle: Pregúntele quién es este extraño joven que tiene el aspecto de uno de esos maniquíes vestidos que se encuentran ante las puertas de los sastres».

Du Châtelet habló durante un instante al oído de su compañero, con aire de reanudar su amistad, y sin duda hizo trizas a su rival.

Sorprendido por las ingeniosas respuestas y la finura con la que esos hombres espetaban sus contestaciones, Lucien estaba aturdido por la desenvoltura de la palabra y la elegancia de los ademanes. El lujo que por la mañana le había asustado en las cosas, lo encontraba ahora en las ideas. Se preguntaba por qué misterio estas personas encontraban a quemarropa reflexiones picantes y respuestas que no se le hubiesen ocurrido sino tras largas meditaciones. Además, no solamente aquellos cinco hombres de mundo se encontraban a sus anchas en cuanto a la conversación, sino también en lo que respecta a su vestimenta: no llevaban nada que se señalara como nuevo ni como viejo. En ellas nada brillaba y todo atraía la mirada. Su lujo de hoy era el de ayer y debería ser el de mañana. Lucien adivinó que debía tener el aspecto de un hombre que se viste por primera vez en su vida.

—Amigo mío —decía De Marsay a Félix de Vandenesse—, ¡este pequeño Rastignac se lanza como una cometa! Mírelo donde la marquesa de Listomère, hace progresos, nos está observando. Sin duda debe conocer al caballero —continuó el dandy, dirigiéndose a Lucien, pero sin mirarlo.

—Es difícil —respondió la señora de Bargeton— que el nombre del gran hombre de que estamos orgullosos no haya llegado hasta él; su hermana oyó últimamente los hermosos versos que nos leyó el señor de Rubempré.

Félix de Vandenesse y De Marsay saludaron a la marquesa y se dirigieron al palco de la señora de Listomère, la hermana de Vandenesse. Comenzó el segundo acto y todos dejaron solos a la señora de Espard, a su prima y a Lucien. Unos se dedicaron a explicar cómo era la señora de Bargeton a las mujeres intrigadas por su presencia, otros explicaron la llegada del poeta y se burlaron de su atuendo. Canalis se quedó en el palco de la duquesa de Chaulieu y ya no volvió. Lucien se sintió feliz con la diversión que el espectáculo producía. Todos los temores de la señora de Bargeton relativos a Lucien aumentaron a causa de la atención que su prima había concedido al barón du Châtelet, que tenía un carácter muy distinto de su protectora cortesía hacia Lucien.

Durante el segundo acto, el palco de la señora de Listomère estuvo lleno de gente y pareció agitado por una conversación en la que se trataba de la señora de Bargeton y de Lucien. El joven Rastignac era, sin duda, el animador de este palco, daba pie a ese reír parisiense que, cebándose cada día en un nuevo pasto, se apresura a agotar el tema actual haciendo de él algo usado y viejo en un solo momento. La señora de Espard, inquieta, sabía que no se deja ignorar largo tiempo una calumnia a aquel a quien hiere, y esperó el fin del acto.

Cuando los sentimientos se vuelven contra ellos mismos, como acontecía en Lucien y en la señora de Bargeton, suceden cosas extrañas en poco tiempo; las revoluciones morales se suceden en virtud de leyes de un efecto rápido. Louise tenía presentes en la memoria las palabras prudentes y políticas que Du Châtelet le había dicho sobre Lucien a la vuelta del Vaudeville. Cada frase era una profecía, y parecía que Lucien se empeñara en hacerlas cumplir todas. Al perder sus ilusiones sobre la señora de Bargeton, al igual que la señora de Bargeton perdía las suyas sobre él, el pobre muchacho, cuyo destino se parecía un poco al de J.-J. Rousseau, le imitó hasta tal punto que quedó fascinado por la señora de Espard e inmediatamente se enamoró de ella.

Los jóvenes o los hombres que recuerden sus emociones de juventud comprenderán que esta pasión era extremadamente probable y natural. Sus delicados ademanes, este hablar dulce, este sonido de voz tan fino, esta mujer tan ingeniosa, tan noble, de tan alta posición, tan envidiada, esta reina se aparecía al poeta como la señora de Bargeton se le había aparecido en Angulema. La versatilidad de su carácter

le empujó prontamente a desear esta alta protección; el medio más seguro era poseer a la mujer, entonces lo tendría todo. En Angulema había triunfado. ¿Por qué no podía triunfar también en París? Involuntariamente, y a pesar de la magia de la Ópera, toda nueva para él, su mirada, atraída por esta magnífica Celimena, se dirigía en todo momento hacia ella; y cuanto mas la miraba, más deseos tenía de verla. La señora de Bargeton sorprendió una de esas miradas brillantes de Lucien; le observó y le vio más ocupado por la marquesa que por el espectáculo. De buen grado se hubiese resignado a ser sustituida por las cincuenta hijas de Danés, pero cuando una mirada más ambiciosa, más ardiente y más significativa que las otras le explicó lo que sucedía en el corazón de Lucien, tuvo celos, más que del futuro, del pasado.

«Nunca me ha mirado así —pensó—. Dios mío, Châtelet tenía razón».

Reconoció entonces el error de su amor. Cuando una mujer llega a arrepentirse de sus debilidades, pasa sobre su vida una especie de esponja a fin de borrarlo todo. A pesar de que cada mirada de Lucien le traspasaba el alma, permaneció tranquila. De Marsay vino en el entreacto trayendo consigo al señor de Listomère. El hombre grave y el joven presumido pronto hicieron saber a la altiva marquesa que el paje de boda endomingado que habían admitido por desgracia en su palco se llamaba tanto señor de Rubempré como un judío tiene nombre de bautismo. Lucien era el hijo de un boticario llamado Chardon. El señor de Rastignac, muy al corriente de los sucesos de Angulema, ya había hecho reír a dos palcos a expensas de esa especie de momia que la marquesa llamaba su prima y de la precaución que esta dama tenía de disponer junto a ella a un farmacéutico para poder, sin duda, prolongar a base de drogas su vida artificial. Finalmente, De Marsay contó algunos de los mil chistes que en un minuto idean los parisienses y que tan pronto como se han dicho son olvidados, pero detrás de los cuales estaba Châtelet, el artífice de esta traición cartaginesa.

—Querida —dijo bajo el abanico la señora de Espard a la señora de Bargeton—, por caridad, dígame si su protegido se llama verdaderamente señor de Rubempré.

—Ha adoptado el apellido de su madre —contestó Anaïs, confusa.

—Pero ¿cuál es el apellido de su padre?

—Chardon.

—¿Y qué es lo que hacía el tal Chardon?

—Era farmacéutico.

—Ya me lo parecía, querida, que todo París no podía burlarse de una mujer que adopto. No me gusta ver venir por aquí bromistas encantados por encontrarme con el hijo de un boticario; si quiere creerme, nos iremos juntas e inmediatamente.

La señora de Espard adoptó un aire bastante impertinente, sin que Lucien pudiese adivinar qué es lo que había dado lugar a este cambio de expresión. Pensó que su chaleco era de mal gusto, lo cual era cierto; que la hechura de su traje era un tanto exagerada, lo cual también era verdad. Reconoció con secreta tristeza que era preciso

hacerse vestir por un sastre habilidoso y se prometió ir a la mañana siguiente a casa del más célebre a fin de poder, el lunes próximo, rivalizar con los hombres que encontrara en casa de la marquesa. Aunque perdido en sus reflexiones, sus ojos, atentos al tercer acto, no abandonaban la escena. Aunque mirando este espectáculo único, lleno de pompa, se abandonaba a su sueño sobre la señora de Espard. Se encontró desesperado ante esta súbita frialdad que contrariaba extrañamente el ardor intelectual con que atacaba este nuevo amor, sin tener en cuenta las inmensas dificultades que vislumbraba y que se prometía vencer. Salió de su profunda contemplación para mirar a su nuevo ídolo, pero al volver la cabeza se vio solo; había oído un ligero ruido, la puerta se cerraba, la señora de Espard se llevaba a su prima. Lucien quedó sorprendido en grado máximo ante este súbito abandono, pero no pensó en él durante mucho tiempo, precisamente porque lo encontró inexplicable.

Cuando las dos mujeres subieron al coche y éste rodaba por la calle Richelieu hacia el *faubourg* Saint-Honoré, la marquesa dijo con un tono de disimulada cólera:

—Mi querida niña, ¿en qué está pensando? Espere a que el hijo de un boticario sea realmente célebre antes de interesarse por él. La duquesa de Chaulieu no reconoce aún a Canalis, y es célebre y gentilhombre. Este muchacho no es ni su hijo ni su amante, ¿no es así? —dijo esta altanera mujer, lanzando a su prima una mirada inquisitiva y penetrante.

«¡Qué dicha haber mantenido a este bribón a distancia y no haberle concedido nada!», pensó, señora de Bargeton.

—¡Pues bien! —continuó la marquesa, que tomó la expresión de los ojos de su prima por una respuesta—, déjele, le conjuro a ello. ¿Arrogarse un nombre ilustre?... ¡Pero si es una audacia que la sociedad castiga! Admito que sea el de su madre, pero piense, querida, que sólo al rey pertenece el derecho de conferir, mediante un edicto, el nombre de Rubempré al hijo de una señorita de esta casa; si ella contrajo un matrimonio desigual, el favor sería enorme, y para lograrlo hacía falta una enorme fortuna, servicios prestados y protecciones muy altas. Ese aspecto de hortera endomingado prueba que ese muchacho no es ni rico ni noble; su cara es bonita, pero me parece bastante tonto y no sabe ni comportarse ni hablar; en una palabra, no está educado. ¿Por qué razón le protege?

La señora de Bargeton, que renegó de Lucien, como Lucien había renegado de ella en su interior, tuvo un miedo terrible de que su prima supiese la verdad de su viaje.

—Mi querida prima, estoy desesperada por haberla comprometido.

—A mí no se me compromete —dijo, sonriendo, la señora de Espard—. Sólo pienso en usted.

—Pero usted le ha invitado a ir el lunes a cenar a su casa.

—Estaré enferma —respondió vivamente la marquesa—; usted se lo hará saber y

advertiré en mi puerta que no permitan la entrada a ninguno de los dos nombres.

Lucien pensó en pasearse por el *foyer* durante el entreacto, viendo como iba todo el mundo hacia allí. En primer lugar, ninguna de las personas que habían estado en el palco de la señora de Espard le saludó ni pareció prestarle atención, lo que extrañó en alto grado al poeta de provincias. Además, du Châtelet, a quien intentó abordar, le vigilaba con el rabillo del ojo y le estuvo evitando constantemente. Después de haberse convencido, tras de ver a los hombres que por allí vagaban, que su traje era bastante ridículo, Lucien volvió a refugiarse en el rincón de su palco y permaneció durante el resto de la representación absorto sucesivamente por el pomposo espectáculo del ballet del acto quinto, tan célebre por su Infierno, por el aspecto de la sala en la que su mirada fue de palco en palco y por sus propias reflexiones, que fueron profundas en presencia de la sociedad parisiense.

«¡He aquí mi reino! —se dijo—. ¡He aquí el mundo que he de dominar!».

Volvió a pie a su casa, pensando en todas las cosas que habían dicho los personajes que habían acudido a hacer la corte a la señora de Espard; sus ademanes, sus gestos, su forma en entrar y salir, todo acudió a su memoria con sorprendente fidelidad. A la mañana siguiente, hacia el mediodía, su primera preocupación fue dirigirse a Staub, el sastre más célebre de aquella época. A fuerza de ruegos, y en virtud sobre todo del pago al contado, logró que su ropa fuese entregada el famoso lunes. Staub llegó hasta prometerle una deliciosa levita, un chaleco y un pantalón para el día decisivo. Lucien encargó camisas, pañuelos, en una palabra, todo un pequeño ajuar en una lencería, y se hizo tomar medida de botas y zapatos en un célebre zapatero. Compró un bonito bastón en Verdier y guantes y gemelos en casa de la señora Irlande; en fin, trató de ponerse a la altura de los dandys. Cuando sus fantasías quedaron satisfechas, se fue a la calle Neuve du Luxembourg, donde le dijeron que Louise había salido.

—Come en casa de la señora de Espard, y volverá tarde —le dijo Albertine.

Lucien se fue a comer a un restaurante de cuarenta sueldos, en el Palacio Real, y se acostó temprano. El domingo, a las once, ya estaba en casa de Louise; no se había levantado. A las dos volvió.

—La señora no recibe todavía —le dijo Albertine—, pero me ha dado una notita para usted.

—No recibe todavía —repitió Lucien—, pero yo no soy un cualquiera...

—No lo sé —dijo Albertine, con aire impertinente.

Lucien, menos sorprendido de la respuesta de Albertine que de recibir una carta de la señora de Bargeton, tomó la esquila y, ya en la calle, leyó estas líneas desesperantes:

«La señora de Espard está indispuesta y no podrá recibirle el lunes; yo

misma no me encuentro tampoco muy bien, y, sin embargo, voy a vestirme para hacerle un poco de compañía. Estoy desesperada por esta pequeña contrariedad; pero su talento me da confianza y sé que se abrirá camino sin charlatanerías».

«¡Y sin firma!», se dijo Lucien, que sin apenas darse cuenta de que había andado se encontró en las Tullerías.

El sexto sentido que poseen las personas de talento le hizo sospechar la catástrofe anunciada en aquel frío billete. Perdido en sus pensamientos, iba mirando fijo ante él, mirando sin ver los monumentos de la plaza Luis XV. Hacía un día radiante. Elegantes carruajes pasaban incesantemente ante sus ojos, dirigiéndose hacia la gran avenida de los Campos Elíseos. Siguió a la multitud de paseantes y vio entonces los tres o cuatro mil coches que en un domingo de buen tiempo afluyen a este lugar, improvisando allí un *Longchamp*. Aturdido por el lujo de los caballos, los tocados y las libreas, marchaba sin parar y llegó ante el Arco de Triunfo, ya comenzado.

Cómo se quedó, cuando al volver vio llegar hacia él a la señora de Espard y a la señora de Bargeton en una calesa magníficamente enjaezada y tras la que ondulaban las plumas del lacayo, cuya librea verde y oro hizo reconocerlas. La fila se detuvo a causa de un atasco. Lucien tuvo ocasión de ver a Louise en su transformación; estaba desconocida: los colores de su tocado habían sido elegidos de forma que resaltaran su cutis; su vestido era delicioso; su pelo, cuidadosamente peinado, le sentaba muy bien y su sombrero, de un gusto exquisito, era digno de mención junto con el de la señora de Espard, quien imponía las modas. Existe una forma indefinida de llevar el sombrero: colocad el sombrero un poco hacia atrás y tenéis un aspecto un tanto descarado; si lo colocáis demasiado adelante, se adopta un aire socarrón; puesto de lado, el aspecto es impertinente; las mujeres elegantes saben ponerse los sombreros como quieren y siempre tienen un aire distinguido. La señora de Bargeton había resuelto rápidamente ese extraño problema. Un bello cinturón dibujaba su esbelto talle. Había adoptado los gestos y ademanes de su prima; sentada, como ella, jugaba con un elegante porta-perfumes sujeto a uno de sus dedos por una pequeña cadena, enseñando así su mano fina y bien enguantada sin tener aspecto de quererla enseñar. En una palabra, se había hecho semejante a la señora de Espard, pero sin remedarla; era la digna prima de la marquesa, la cual parecía sentirse orgullosa de su alumna.

Las mujeres y hombres que se paseaban por la calzada observaban el brillante carruaje con las armas de los Espard y los Blamont-Chauvry, cuyos escudos estaban adosados. Lucien quedó extrañado ante el gran número de personas que saludaban a las dos primas; ignoraba que todo este París, que consta de veinte salones, sabía ya el parentesco de la señora de Bargeton con la señora de Espard. Jóvenes a caballo, entre los que Lucien reconoció a De Marsay y a Rastignac, se unieron a la calesa para

conducir a las dos primas al Bosque de Bolonia. Le fue fácil comprender a Lucien, por el gesto de los dos presumidos, que cumplimentaban a la señora de Bargeton a causa de su metamorfosis.

La señora de Espard resplandecía de gracia y salud; así pues, su indisposición era un pretexto para no recibir a Lucien, ya que no había pospuesto la cena para otro día. El poeta, furioso, se aproximó a la calesa, anduvo lentamente y, cuando estuvo a la vista de las dos mujeres, las saludó la señora de Bargeton hizo como quien no lo veía, la marquesa le miró a través de sus impertinentes y no respondió a su saludo. La reprobación de la aristocracia parisiense no era como la de los soberanos de Angulema: esforzándose en herir a Lucien, los hidalgos admitían su poder y le tenía por un hombre, mientras que para la señora de Espard ni siquiera existía. No era una sentencia, sino la negación de la justicia.

Un frío mortal se apoderó del pobre poeta cuando De Marsay le observó con sus anteojos; el elegante parisiense dejó caer los quevedos de forma tan singular, que a Lucien le pareció que era la cuchilla de la guillotina la que caía. La calesa pasó. La rabia y el deseo de venganza se apoderaron de este nombre desdeñado: si hubiese tenido a su alcance a la señora de Bargeton, la hubiera degollado; se hubiese convertido en un Fouquier-Tinville para darse el placer de enviar a la señora de Espard al patíbulo y le hubiese gustado haber podido aplicar a De Marsay uno de esos refinados suplicios que los salvajes han inventado. Vio pasar a Canalis a caballo, elegante como debía serlo el más halagado de los poetas, saludando a las mujeres más bellas.

«¡Dios mío!, ¡oro a cualquier precio! —se decía Lucien—. El oro es el único poder ante el que este mundo se arrodilla». «¡No! —le gritaba su conciencia—, también ante la gloria, y la gloria es el trabajo». «¡El trabajo!, es la palabra de David. Dios mío, ¿por qué estoy aquí? ¡Pero triunfaré! ¡Pasaré por esta avenida en calesa, con lacayo, y tendré marquesas de Espard!».

Tras de lanzar aquellas palabras rabiosas, cenó en el restaurante Hurbain por cuarenta sueldos. A la mañana siguiente, a las nueve, fue a casa de Louise, con la intención de reprocharle su barbarie: no sólo la señora de Bargeton no estaba para él, sino que ni siquiera le dejó subir el portero, y tuvo que quedarse en la calle, vigilando, hasta mediodía. A esa hora, Du Châtelet salió de la casa de la señora de Bargeton, vio al poeta con el rabillo del ojo e intentó esquivarlo. Lucien, herido en lo más vivo, persiguió a su rival; du Châtelet, sintiéndose acorralado, se volvió y le saludó, con la evidente intención de seguir adelante tras de esta cortesía.

—Por favor, caballero —dijo Lucien—, concédame un segundo, tengo dos palabras que decirle. Usted me demostró amistad, la invoco para pedirle el más leve de los favores. Sale de casa de la señora de Bargeton, explíqueme la causa de mi desgracia ante ella y ante la señora de Espard.

—Señor Chardon —respondió du Châtelet con una falsa campechanería—, ¿sabe por que razón esas señoras le abandonaron en la Ópera?

—No —dijo el pobre poeta.

—Pues bien, desde el comienzo ha sido perjudicado por el señor de Rastignac. El joven presumido, al ser preguntado acerca de usted, ha dicho pura y simplemente que se llamaba señor Chardon y no señor de Rubempré, que su madre cuidaba de las parturientas y que su padre había sido boticario del Houmeau, un barrio de Angulema; que su hermana era una encantadora muchacha que planchaba admirablemente las camisas y que se iba a casar con un impresor de Angulema llamado Séchard. Así es el mundo. ¿Se pone a su alcance?, entonces le discute. El señor de Marsay vino a reírse de usted con la señora de Espard, e inmediatamente esas dos señoras huyeron pensando que se comprometían al permanecer en su compañía. No trate de ir a casa de la una o de la otra. La señora de Bargeton no sería recibida por su prima si ésta se enteraba que continuaba viéndole. Tiene usted talento, trate de tomarse el desquite. El mundo le desdeña; pues bien, desdeñe al mundo. Refúgiese en una buhardilla, haga allí obras maestras, adquiera cualquier poder y verá el mundo a sus pies; entonces podrá devolverle los desdenes que le haya hecho en el mismo modo que se los hayan hecho. Cuanto más amiga se haya mostrado la señora de Bargeton con usted, más se distanciará. Así son los sentimientos femeninos. Pero en este momento no se trata de reconquistar la amistad de Anaïs, se trata de no tenerla como enemiga, y yo le voy a dar el medio para ello. Ella le ha escrito. Devuélvale todas sus cartas, acusará ese rasgo de nobleza; más adelante, si tiene necesidad de ella, no le será hostil. En cuanto a mí, tengo una opinión tan elevada de su porvenir, que le he defendido en todas partes, y si, desde ahora, puedo aquí hacer algo por usted me encontrará siempre dispuesto a hacerle un favor.

Lucien estaba tan triste y pálido, tan deshecho, que no devolvió al viejo dandy, rejuvenecido por la atmósfera parisiense, el saludo secamente cortés que de él recibió. Volvió a su hotel, en donde encontró a Staub en persona, venido menos por probarle los trajes, que allí le probó, que por saber de la patrona del Gaillard-Bois cuáles eran las posibilidades financieras de su desconocido cliente. Lucien había llegado por la posta, la señora de Bargeton le había llevado en coche al Vaudeville el pasado jueves. Estos informes eran buenos. Staub llamó a Lucien señor conde y le hizo ver con qué pericia había hecho resaltar sus encantadoras formas.

—Un joven vestido de esta manera —le dijo— puede ir a pasearse por las Tullerías y se casará con una inglesa antes de quince días.

Esta broma de sastre alemán, y la perfección de su ropa, la finura de la tela, la gracia que a sí mismo se encontraba al mirarse en el espejo, todas estas pequeñas cosas hicieron sentirse menos triste a Lucien. Se dijo vagamente que París era la capital del azar, y creyó por un momento en el azar. ¿Acaso no tenía un volumen de

poesías y una magnífica novela, *El arquero de Carlos IX*, en manuscrito? Confió en el porvenir. Staub prometió la levita y el resto de la ropa para la mañana siguiente. A la mañana siguiente, el zapatero, la camisera y el sastre llegaron todos provistos de sus facturas. Lucien, ignorando la manera de despedirlos; Lucien, aún bajo el encanto de las costumbres de provincia, les pagó; pero después de haberles pagado no le quedaron más que trescientos sesenta francos de los dos mil que se había traído a París; y sólo hacía una semana que había llegado. Sin embargo, se vistió y se fue a dar una vuelta por la terraza de los Feuillants, Allí tomó un pequeño desquite. Estaba tan bien vestido, tan guapo y tan gracioso, que muchas mujeres le miraron y dos o tres se sintieron lo suficientemente subyugadas por su belleza como para volverse.

Lucien estudió el andar y los ademanes de los jóvenes y realizó una clase de buenos modales, pensando siempre en sus trescientos sesenta francos, Por la noche, solo en su habitación, tuvo la idea de solucionar el problema de su vida en el hotel de Gaillard-Bois, donde comía los platos más sencillos, creyendo así economizar. Pidió la cuenta, como persona que deseaba marcharse, y se encontró con que debía un centenar de francos. A la mañana siguiente fue al Barrio Latino, que David le había recomendado por su baratura. Después de haber buscado durante largo tiempo, acabó por encontrar en la calle de Cluny, cerca de la Sorbona, una fonda miserable, donde halló una habitación por un precio que le convenía. Pagó inmediatamente a su patrona del Gaillard-Bois, y aquel mismo día se instaló en la calle de Cluny. Su traslado sólo le costó un viaje de *fiacre*.

Después de haber tomado posesión de su pobre habitación, reunió todas las cartas de la señora de Bargeton, hizo un paquete con ellas y las colocó sobre la mesa; antes de comenzar a escribir, pasó revista a los acontecimientos de aquella fatal semana. No se dijo que había sido él el primero que atolondradamente había renegado de su amor sin saber qué sería de su Louise en París; no vio sus errores, vio su situación actual; acusó a la señora de Bargeton: en lugar de iluminarle, le había perdido. Se enojó, se dejó dominar por el orgullo y escribió la siguiente carta en el paroxismo de su cólera:

«¿Qué diría usted señora, de una mujer que hubiese gustado a algún pobre niño lleno de ilusiones, tímido y repleto de esas creencias nobles que más tarde el hombre llama ilusiones, y que hubiese empleado las gracias de la coquetería, la dulzura de su carácter y los más bellos semblantes del amor maternal para engañar a este niño? Ni las más acariciadoras promesas, ni los castillos de cartas de los que él se maravilla, le cuestan lo más mínimo; ella sucesivamente le guía, le protege, le riñe por su poca confianza, le halaga; cuando el niño abandona a su familia y la sigue ciegamente, ella le conduce al borde de un inmenso mar y le hace subirse con una sonrisa en un frágil

esquife, para lanzarlo sólo y sin socorro a través de las tormentas; luego desde la roca en la que ella se ha quedado, le sonrío y le desea mucha suerte.

»Esta mujer es usted y este niño soy yo. En manos de este niño queda un recuerdo que podrían traicionar los crímenes de su beneficencia y los favores de su abandono. Tal vez se sonrojaría al encontrarse con el niño, luchando con las olas, si llega a recordar que lo ha tenido sobre su seno. Cuando lea esta carta, tendrá el recuerdo en su poder. Queda en libertad de olvidarlo todo. Tras las bellas esperanzas que su dedo me ha señalado en el cielo, percibo las realidades de la miseria en el fango de París. Mientras usted irá brillante y adorada a través de las grandezas de este mundo, a cuyo umbral me ha conducido, yo temblaré de frío en el miserable granero al que me ha arrojado. Pero tal vez un remordimiento venga a apoderarse de usted en medio de las fiestas y placeres, y tal vez piense en el niño que ha arrojado al abismo. Bien, señora.

»Piense en ello sin remordimientos. Desde el fondo de su miseria, este muchacho le ofrece lo único que le queda, su perdón en una última mirada. Sí, señora, gracias a usted no me queda ya nada. ¿Nada? ¿Acaso el mundo no se hizo de la nada? El genio debe imitar a Dios; comienzo por tener su clemencia, sin saber si llegaré a tener su fuerza. Sólo tendrá que temblar si las cosas me van mal, ya que sería cómplice de mis faltas. ¡Ay!, siento lástima de que ya no pueda desempeñar ningún papel en la gloria a la que me dirijo conducido por el trabajo».

Después de haber escrito esta carta, enfática, pero llena de esa sombría dignidad que el artista de veintidós años exagera a menudo, Lucien se trasladó con el pensamiento al seno de su familia: volvió a ver el bonito apartamiento que David le había decorado sacrificando una parte de su fortuna y tuvo una visión de las alegrías tranquilas, modestas y burguesas de las que había disfrutado; las sombras de su madre, de su hermana y de David se colocaron a su lado, oyó de nuevo los sollozos que su marcha les había arrancado, y él mismo lloró, pues se encontraba en París sin amigos ni protectores.

Unos días más tarde, he aquí lo que Lucien escribió a su hermana:

«Mi querida Ève, las hermanas tienen el triste privilegio de conocer más penas que alegrías al compartir la existencia de los hermanos dedicados al Arte, y comienzo a temer que voy a ser una carga para ti. ¿No he abusado ya de todos vosotros, que os habéis sacrificado por mí? Este recuerdo de mi pasado, colmado por las alegrías de la familia, me ha sostenido contra la soledad del presente. ¡Con qué rapidez de águila que retorna a su nido he

atravesado la distancia que nos separa para encontrarme en una esfera de verdaderos efectos después de haber experimentado las primeras miserias y las primeras decepciones del mundo parisiense! ¿Han parpadeado vuestras luces? ¿Han rodado los tizones en la chimenea? ¿Habéis sentido zumbidos en vuestros oídos? ¿Ha dicho mi madre: Lucien piensa en nosotros? ¿Ha respondido David: Se debate contra los hombres y las cosas?

»Ève querida, esta carta te la escribo a ti sola. A ti solamente osaría confesar el bien y el mal que me aconteciera, ruborizándome por el uno y por el otro, ya que aquí el bien es tan raro como debería serlo el mal. Te vas a enterar de muchas cosas en pocas palabras: la señora de Bargeton se ha avergonzado de mí, ha renegado de mí, me ha despedido, repudiado, al noveno día de mi llegada. Al verme ha vuelto la cabeza, y yo, para seguirla en el mundo adonde me quería lanzar, me he gastado mil setecientos francos de los dos mil que me traje de Angulema, reunidos a costa de tantos esfuerzos. ¿Para qué?, preguntarás tú. Pobre hermana mía, París es una sima extraña: se puede cenar por dieciocho sueldos, y la comida más sencilla en un restaurante elegante cuesta cincuenta francos; hay chalecos y pantalones por cuatro francos cuarenta, y los sastres de moda no los hacen por menos de cien francos. Se suele dar un sueldo para que te pasen sobre el arroyo de las calles cuando llueve. En fin, el menor recorrido en coche vale treinta y dos sueldos.

»Después de haber vivido en un bonito barrio, hoy estoy en la fonda de Cluny, en la calle de Cluny, una de las más sombrías y pequeñas calles de París, empotrado entre tres iglesias y los viejos edificios de la Sorbona. Ocupo una habitación amueblada en el cuarto piso de esta fonda, y aunque sucia y desnuda, la pago a razón de quince francos al mes. Desayuno un panecillo de dos sueldos y un sueldo de leche, pero como muy bien por veintidós sueldos en el restaurante de un tal Flicoteaux, el cual está situado en la misma plaza de la Sorbona.

»Hasta el invierno mis gastos no pasarán de sesenta francos por mes, todo incluido, al menos así lo espero, De esta forma mis doscientos cuarenta francos serán suficientes para los cuatro primeros meses. De aquí a entonces, habré vendido sin duda El arquero de Carlos IX y Las Margaritas. No os preocupéis, pues, por mi futuro. Si bien el presente es frío, desnudo y mezquino, el porvenir es azul, rico y espléndido. La mayor parte de los grandes hombres han experimentado las vicisitudes que me afectan sin derrotarme. Plaute, un gran poeta cómico, fue mozo de molino. Maquiavelo escribía El Príncipe por las noches, después de haberse confundido entre los obreros durante el día. Finalmente el gran Cervantes, que había perdido el brazo en la batalla de Lepanto, contribuyendo a la victoria de aquella famosa

jornada, llamado viejo y despreciable momeo por los escritorzuolos de su tiempo, tardó, a falta de librero, diez años en publicar la segunda parte de su sublime Don Quijote.

»Hoy en día no se da ese estado de cosas. Las penas y la miseria sólo pueden alcanzar a los talentos desconocidos; pero en cuanto han salido a la fama, los escritores se hacen ricos, y yo seré rico. Ahora sólo vivo para el pensamiento, me paso la mitad del día en la biblioteca de Santa Genoveva, en donde adquiero la instrucción que me falta y sin la que no iré muy lejos. Hoy casi me siento feliz. En unos pocos días me he resignado a mi nueva situación. Desde que amanece me dedico a un trabajo que me gusta; la cuestión material está asegurada; medito mucho, estudio y no veo dónde puedo ser ahora herido, después de haber renunciado a un mundo en el que mi vanidad podía ser herida a cada momento. Los hombres ilustres de una época se ven forzados a vivir aparte. ¿No son los pájaros del bosque? Cantan, adornan la naturaleza, pero nadie les debe ver. Así obraré yo, si me es posible llevar a cabo los ambiciosos planes que pienso.

»No echo en falta a la señora de Bargeton. Una mujer que se comporta de esa manera no merece un recuerdo. Tampoco lamento haber dejado Angulema. Esta mujer tenía razón al arrojarme en París y dejarme abandonado a mis propias fuerzas. Ésta es la región de los escritores, los pensadores y los poetas. Aquí es donde únicamente se cultiva la gloria, y ya sé las bellas cosechas que hoy produce. Solamente aquí pueden encontrar los escritores, en los museos y en las colecciones, las obras vivas de los genios de tiempos pasados que animan y estimulan a las imaginaciones, únicamente aquí se encuentran inmensas bibliotecas, abiertas sin cesar y que ofrecen al espíritu erudición y amplio campo de enseñanza. En una palabra, en París hay en el aire y en los menores detalles un espíritu que se respira y que impregna las creaciones literarias. Se aprenden más cosas conversando en el café o en el teatro, durante media hora, que durante diez años en provincias. Aquí, en verdad, todo es espectáculo, comparación e instrucción. Una baratura excesiva y una excesiva carestía, esto es París, en donde toda abeja encuentra su alvéolo, en donde toda alma asimila lo que le es propio. Si yo sufro, pues, en este momento, no me arrepiento de nada. Por el contrario, un bello porvenir se despliega y alegra mi corazón dolido por un instante. Adiós, mi querida hermana; no esperes recibir cartas mías de forma regular: una de las particularidades de París es que realmente no se sabe lo rápidamente que pasa el tiempo. La vida es de una rapidez que asusta. Un abrazo a mi madre y a David, y para ti, con más cariño que nunca,

Lucien».

Flicoteaux es un nombre inscrito en muchas memorias. Existen pocos estudiantes alojados en el Barrio Latino durante los doce primeros años de la Restauración que no hayan frecuentado este templo del hambre y de la miseria. La comida, compuesta de tres platos, costaba dieciocho sueldos, con una jarra de vino o una botella de cerveza, o veintidós sueldos con una botella de vino. Lo que sin duda impidió a este amigo de la juventud hacer una colosal fortuna es un artículo de su programa impreso en gruesas letras en los pasquines de sus competidores, que rezaba así: «Pan a discreción», es decir, hasta la indiscreción. Muchas glorias han tenido a Flicoteaux como padre nutricao. Con toda seguridad que el corazón de más de un hombre célebre debe experimentar el goce de mil recuerdos indecibles ante el aspecto del escaparate de pequeños vidrios que daba a la plaza de la Sorbona y a la calle Neuve-de-Richelieu, y que Flicoteaux II o III había respetado todavía antes de las jornadas de Julio, dejándole ese tinte marrón, ese aire antiguo y respetable que anunciaba un profundo desdén por la charlatanería desde fuera, especie de anuncio hecho para los ojos a expensas del estómago, que practican casi todos los fondistas de hoy en día.

En lugar de aquellos montones de aves que nunca estaban destinadas a pasar a la cazuela, en lugar de aquellos fantásticos pescados que justifican la frase del saltimbanqui: «He visto una hermosa carpa, espero comprarla dentro de ocho días»; en lugar de estos primores expuestos en engañosos montones para el placer de cabos y paisanos, el honrado Flicoteaux exponía fuentes adornadas con mucha compostura y en donde pirámides de ciruelas cocidas alegraban la mirada del consumidor, seguro de que esta palabra, demasiado prodigada en otros folletos, postre, no era un espejismo. Los panes de seis libras, cortados en cuatro trozos, garantizaban la promesa de pan a discreción. Tal era el lujo de un establecimiento que, en su tiempo, Molière hubiese celebrado, hasta tal punto es digno de broma el epigrama del nombre.

Flicoteaux subsiste. Vivirá tanto tiempo como los estudiantes quieran vivir. Allí se come, nada más ni nada menos que eso; pero se come al igual que se trabaja, con una actividad sombría o alegre, según los caracteres o las circunstancias. Este célebre establecimiento constaba entonces de dos salas dispuestas en escuadra, largas, estrechas y bajas, con luces una a la plaza de la Sorbona y la otra a la calle Neuve-de-Richelieu, ambas amuebladas con mesas que provenían sin duda de algún refectorio abacial, ya que su longitud tiene algo de monástico y los cubiertos son en ellas colocados con las servilletas de los abonados pasadas a través de pasadores de muaré metálico numerados. Flicoteaux sólo cambiaba los manteles los domingos, pero Flicoteaux II los ha solido cambiar, según se dice, dos veces por semana desde que la competencia amenazó su dinastía.

Este restaurante es un taller con sus herramientas, y no la sala de festín con su elegancia y sus placeres: todos salen de allí rápidamente. En el interior, los

movimientos internos son rápidos. Los mozos van y vienen sin distraerse, todos están ocupados y todos son necesarios. El menú es muy poco variado. La patata es eterna e inamovible; no habría ni una sola patata en Irlanda, se carecería de ella en todas partes, pero se podría encontrar en casa de Flicoteaux. Se producía allí desde hacía treinta años, bajo aquel rubio color amado por Tiziano, sembrada de verdura picada, y disfruta de un privilegio envidiado por las mujeres: tal como la veis en 1814 la veréis en 1840. Las chuletas de cordero y el filete de buey son en esta carta lo que el gallo con brezo y los filetes de esturión en el menú de Véry, platos extraordinarios que exigen ser encargados por la mañana. La hembra del buey tiene allí su dominio y su hijo abunda bajo los aspectos más ingeniosos.

Cuando la merluza y las pescadillas tropiezan con las costas del océano, dan un salto hasta Flicoteaux. Allí todo está en relación con las vicisitudes de la agricultura y los caprichos de las estaciones francesas. Allí se aprenden cosas sobre la naturaleza que ignoran los ricos, los perezosos, los indiferentes y los desocupados.

El estudiante, sumergido en el centro del Barrio Latino, posee un exacto conocimiento del tiempo: sabe cuándo las alubias y los guisantes se han dado bien, cuándo el mercado rebosa de coles, cuál es la ensalada que abunda y si ha fallado la remolacha. Una vieja calumnia, repetida en el tiempo en que Lucien hizo su aparición, consistía en relacionar la abundancia de los filetes con la mortandad de los caballos.

Pocos restaurantes parisienses ofrecen un espectáculo tan hermoso. Allí no encontraréis más que juventud y fe, miseria alegremente soportada, a pesar de que los rostros ardientes y serios, sombríos e inquietos no faltan. El vestir es descuidado en general. De esa forma se destacan los habituales, que suelen ir mejor trajeados. Todos saben que este porte extraordinario significa: amante esperada, velada de espectáculo o visita a esferas superiores. Se dice que entre varios estudiantes, más tarde convertidos en hombres célebres, se han ligado amistades, como se podrá ver más tarde en esta historia. Sin embargo, exceptuando a los jóvenes de la misma región, reunidos en el mismo extremo de la mesa, generalmente los comensales mantienen una gravedad que se alegra difícilmente, tal vez a causa de la catolicidad del vino, que se opone a toda expansión. Los que han frecuentado la casa Flicoteaux pueden acordarse de muchos personajes, sombríos y misteriosos, envueltos en las brumas de la más fría miseria, que han podido comer allí durante dos años y desaparecer después sin que ninguna luz haya iluminado a aquellos duendes parisienses a los ojos de los habitantes más curiosos. Las amistades iniciadas en casa de Flicoteaux se sellaban en los cafés vecinos, ante las llamas de un ponche alicorado o al calor de un medio café bendecido por un pastel gloria cualquiera.

Durante los primeros días de su instalación en la fonda de Cluny, Lucien, como todo neófito, tuvo un comportamiento tímido y regular. Tras de la triste prueba de la

vida elegante que acababa de absorber sus capitales, se sumió en el trabajo con ese primer ardor que tan rápidamente disipan las dificultades y las distracciones que París ofrece a todas las existencias, tanto a las más lujosas como a las más pobres, y que para ser dominadas exigen la salvaje energía del verdadero talento o el sombrío empeño de la ambición. Lucien se dejaba caer por Flicoteaux hacia las cuatro y media, tras de haberse dado cuenta de las ventajas de ser de los primeros; los platos entonces eran más variados, lo que uno deseaba abundaba aún. Como todos los espíritus poéticos, se había aficionado por un determinado lugar, y su elección indicaba bastante discernimiento. Desde el primer día de su entrada en Flicoteaux, había observado cerca del mostrador una mesa en la que las fisonomías de sus ocupantes y las conversaciones sorprendidas al azar le anunciaron compañeros literarios.

Además, una especie de instinto le hizo adivinar que colocándose cerca del mostrador podría parlamentar con los propietarios del restaurante. A la larga, se establecería un conocimiento y, llegado el momento de las dificultades financieras, obtendría, sin duda, el crédito necesario. Se había sentado por tanto a una pequeña mesa cuadrada, junto al mostrador, en la que no vio más que dos cubiertos adornados con dos servilletas blancas sin servilletero, destinadas probablemente a los transeúntes. La persona que se encontraba frente a Lucien era un hombre delgado y pálido, joven, y con toda seguridad tan pobre como él, en cuyo bello rostro, ya marchito, esperanzas desaparecidas habían fatigado su frente y dejado en su alma surcos en los que la simiente sembrada no germinaba. Lucien se sintió inclinado hacia el desconocido por esos vestigios de poesía y por un irresistible impulso de simpatía.

Este joven, el primero con el que el poeta de Angulema pudo cambiar algunas frases al cabo de una semana de cortesías, y de palabras y observaciones intercambiadas, se llamaba Étienne Lousteau. Como Lucien, Étienne había abandonado su provincia, una ciudad del Berry, hacía dos años. Su gesto animado, su brillante mirada y su palabra breve, a veces traicionaban un amargo conocimiento de la vida literaria. Étienne había venido de Sancerre, con su tragedia en el bolsillo, atraído por lo que Lucien perseguía: la gloria, el poder y el dinero. Este muchacho, que al principio comió algunos días seguidos, pronto no apareció más que de tarde en tarde. Después de cinco o seis días de ausencia, encontrándose un día a su poeta, Lucien esperaba volverle a ver al día siguiente, pero al otro día su sitio era ocupado por un desconocido.

Cuando entre jóvenes se han visto la víspera, el fuego de la conversación de ayer se refleja en la de hoy, pero estos intervalos obligaban a Lucien a romper cada vez el hielo, y retrasaban una intimidad que durante las primeras semanas progresó muy poco. Después de haber interrogado a la mujer del mostrador, Lucien se enteró de que

su futuro amigo era redactor de un pequeño periódico en el que hacía la crítica de los nuevos libros publicados y daba sus impresiones sobre las obras representadas en el *Ambigú Cómico*, en la *Gaité*, en el *Panorama Dramático*. Este hombre se convirtió de repente en todo un personaje a los ojos de Lucien, que se prometió entablar conversación con él de una manera más íntima y hacer algunos sacrificios para conseguir una amistad tan necesaria a un principiante.

El periodista permaneció quince días ausente. Lucien no sabía aún que Étienne sólo comía en casa de Flicoteaux cuando no tenía dinero, lo que le daba este aire sombrío y desencantado, esta frialdad a la que Lucien oponía sonrisas halagadoras y amables palabras. Sin embargo, esta relación exigía maduras reflexiones, ya que este oscuro periodista parecía llevar una vida de gastos, mezclada con aperitivos, tazas de café, ponches, espectáculos y cenas. Sin embargo, durante la primera semana de su instalación en el barrio, la conducta de Lucien fue la de un pobre muchacho atolondrado por su primera experiencia de la vida parisiense. Así pues, tras de haber estudiado el precio de las consumiciones y sopesado su bolsa, Lucien no se atrevió a adoptar las costumbres de Étienne, temiendo recomenzar las equivocaciones de las que aún se arrepentía.

Siempre bajo el yugo de las religiones de la provincia, sus dos ángeles guardianes, Ève y David, se alzaban ante el menor mal pensamiento y le recordaban las esperanzas que en él habían puesto, la dicha de que era deudor a su anciana madre y todas las promesas de su genio. Pasaba sus mañanas en la biblioteca de Santa Genoveva, estudiando historia. Sus primeras lecturas le habían hecho darse cuenta de tremendos errores en su novela de *El arquero de Carlos IX*, Una vez cerrada la biblioteca, volvía a su húmeda y fría habitación, para allí corregir su obra, añadir párrafos y suprimir capítulos enteros. Tras de haber cenado en Flicoteaux, bajaba hasta el pasaje del Comercio, leía en el gabinete literario de Blossé las obras de la literatura contemporánea, los periódicos, las publicaciones semanales y los libros de poesía, para ponerse al corriente del movimiento intelectual y volvía a su miserable fonda hacia la media noche sin haber gastado leña ni luz. Estas lecturas cambiaban sus ideas de forma tan radical, que se dedicó a corregir su selección de sonetos sobre las flores, sus queridas Margaritas, y las reconstruyó de tal manera que apenas quedaron cien versos primitivos en total. De esta forma, en un principio, Lucien llevó la vida inocente y pura de los pobres muchachos de provincia que encuentran lujo en casa de Flicoteaux comparándola a la ordinariez de la casa paterna, que se recrean con lentos paseos bajo las avenidas del Luxemburgo, mirando a las muchachas guapas de través y con el corazón inflamado, y se dedican santamente al trabajo, pensando en su porvenir.

Pero Lucien, que había nacido poeta, bien pronto sometido a deseos inmensos, se encontró sin fuerzas ante las seducciones de los pasquines de los espectáculos. El

Teatro de Francia, el Vaudeville, las Variedades y la Ópera Cómica le absorbieron una cincuentena de francos. ¿Qué estudiante podía resistir la dicha de ver a Talma en los papeles que él había ilustrado? El teatro, este primer amor de todos los espíritus poéticos, fascinó a Lucien. Los actores y las actrices le parecieron personajes que imponían; no creía en la posibilidad de franquear el foso y verlos familiarmente. Estos autores de sus placeres eran para él seres maravillosos que los periódicos trataban como los grandes intereses del Estado. ¡Ser autor dramático y poder estrenar, qué sueño tan delicioso! Este sueño, algunos audaces como Casimir Delavigne, ¡lo logran! Estos pensamientos fecundos, estos momentos de fe en sí mismo, seguidos de la desesperación, agitaron a Lucien y lo mantuvieron en el santo camino del trabajo y de la economía a pesar de los sordos gruñidos del deseo más fanático.

Por exceso de prudencia se prohibió entrar en el Palacio Real, aquel lugar de perdición donde en un solo día se había gastado cincuenta francos en Véry, y cerca de quinientos en ropa. Así, cuando cedía a la tentación de ver a Fleury, Talma, los dos Baptiste o Michot, no iba más lejos del oscuro anfiteatro, en el que se hacía cola desde las cinco y media y en donde los retrasados estaban obligados a comprar por diez sueldos un puesto junto a la taquilla. A menudo, después de haber permanecido allí durante dos horas, las palabras ¡No hay entradas! resonaban en los oídos de más de un estudiante decepcionado.

Tras el espectáculo, Lucien volvía con la vista baja, no mirando en absoluto las calles, repletas entonces de seducciones vivientes. Tal vez le ocurrió alguna de esas aventuras de excesiva simplicidad, pero que adquieren enorme importancia en las jóvenes imaginaciones timoratas. Asustado por la baja de su capital, un día en que contó sus escudos, Lucien tuvo sudores fríos y pensó en la necesidad de buscar un librero y encontrar algún trabajo pagado. El joven periodista que se había hecho amigo únicamente de él, ya no venía por Flicoteaux. Lucien esperaba una casualidad que ya no se presentaba. En París no se da el azar más que a las personas muy relacionadas; el número de amistades aumenta las probabilidades del éxito de toda clase y la suerte está también al lado de los influyentes y poderosos. Como hombre en quien la previsión de los provincianos existía aún, Lucien no quiso esperar el momento en que solamente tendría algunos escudos: resolvió enfrentarse con los librereros.

En una fría mañana del mes de septiembre, bajaba por la calle de La Harpe con sus dos manuscritos bajo el brazo. Fue andando hasta el muelle de los Agustinos y se paseó a lo largo de la acera, mirando alternativamente el agua del Sena y las tiendas de los librereros, como si un genio bueno le aconsejara arrojarse al agua antes que arrojarse en la literatura. Tras de tremendas vacilaciones, tras un examen profundo de los rostros más o menos agradables, regocijados, ceñudos, alegres o tristes que observaba a través de los cristales o en el umbral de las puertas, entró en una tienda

ante la que dependientes presurosos envolvían libros. Allí hacían los envíos y las paredes estaban cubiertas de pasquines.

En venta:

El solitario, por el señor vizconde de Arlincourt. Tercera edición.

Léonide, por Víctor Ducange; cinco volúmenes en doceavo, impresos en papel fino. Precio, 12 francos.

Inducciones morales, por Kératry.

—Qué felices son todos éstos —exclamó Lucien.

El pasquín, creación nueva y original del famoso Ladvocat, florecía por primera vez en las paredes en aquella época. Pronto quedó París cubierto por los imitadores de este procedimiento de anuncio, fuente de ingresos públicos.

Finalmente, con el corazón lleno de inquietud, Lucien, tan grande hasta entonces en Angulema y tan pequeño en París, se deslizó a lo largo de las casas y reunió su valor para entrar en esta tienda repleta de dependientes, vendedores y librerías. «Y tal vez de autores», pensó Lucien.

—Quisiera hablar con el señor Vidal o con el señor Porchon —dijo a uno de los dependientes.

Había leído a la entrada un rótulo de grandes letras: «Vidal y Porchon, librerías comisionistas para Francia y el extranjero».

—Estos dos señores están ocupados —le replicó el dependiente, afanoso en su trabajo.

—Esperaré.

Dejaron al poeta en la tienda, donde se dedicó a examinar las estanterías. Permaneció dos horas ocupado en mirar los títulos, abrir los libros y leer páginas aquí y allí. Lucien acabó por apoyar el hombro en una puerta con unas cortinas verdes, tras de la que sospechó se debían encontrar o Vidal o Porchon, y oyó la siguiente conversación:

—¿Quiere quedarse con quinientos ejemplares? Se los doy a quinientos francos, hará un gran negocio.

—¿A qué precio resultarían de esta manera?

—Dieciséis sueldos menos.

—Cuatro francos, cuatro sueldos —dijo Vidal o Porchon al que ofrecía sus libros.

—Sí —replicó el vendedor.

—¿Al contado? —preguntó el comprador.

—¡Vamos! Y ¿usted me pagaría dentro de dieciocho meses en letras a un año?

—No, pagados inmediatamente —replicó Vidal o Porchon.

—¿A qué plazo?, ¿nueve meses? —preguntó el librero, o el autor, que sin duda ofrecía un libro.

—No, amigo mío, a un año —respondió uno de los dos librereros comisionistas.

Hubo un momento de silencio.

—¡Me está estrujando! —exclamó el desconocido.

—Pero, ¿habremos colocado en un año quinientos ejemplares de *Léonide*? —respondió el librero comisionista al editor de Víctor Ducange—. Si los libros fueran al gusto de los editores, seríamos millonarios, mi querido maestro; pero salen a gusto del público. ¡Se venden las novelas de Walter Scott a dieciocho sueldos el volumen, tres libras doce sueldos el ejemplar, y quiere que venda sus libros más caros! Si quiere que me haga cargo de esta novela, déme algunas ventajas. ¡Vidal!

Un hombre grueso dejó la caja y se aproximó, con una pluma detrás de la oreja.

—¿Cuántos Ducange colocaste durante tu último viaje? —le preguntó Porchon.

—Hice doscientos *Viejecitos de Calais*; pero fue preciso, para colocarlos, despreñar dos obras en las que nos hacían tan buenas condiciones y que se han convertido en dos maulas.

Más tarde Lucien se enteró que ese mote de maulas era dado por los librereros a las obras que quedan sepultadas en los armarios, en las profundas soledades de sus almacenes.

—Tú ya sabes, además —continuó Vidal—, que Picard prepara unas novelas. Nos prometen un veinte por ciento de descuento sobre el precio normal de librería a fin de que se pueda organizar un éxito.

—Está bien, ¡a un año! —replicó tristemente el editor, fulminado por la última observación confidencial de Vidal o Porchon.

—¿Estamos de acuerdo? —preguntó Porchon al desconocido.

—Sí.

El librero salió. Lucien oyó como Porchon decía a Vidal:

—Tenemos trescientos ejemplares ya pedidos. Le saldaremos sus cuentas, venderemos el *Léonide* a cien sueldos unidad, nos los haremos pagar a seis meses, y...

—Y —dijo Vidal— nos encontramos con mil quinientos francos ganados.

—Sí, ya me he podido dar cuenta de que estaba realmente en apuros.

—Se está hundiendo. Paga mil francos a Ducange por dos mil ejemplares.

Lucien interrumpió a Vidal, apareciendo en el marco de la pequeña puerta de la estancia.

—Señores —dijo a los dos asociados—, tengo el honor de saludarles.

Los librereros apenas respondieron.

—Soy autor de una novela sobre la historia de Francia al estilo de Walter Scott, y que lleva por título *El arquero de Carlos IX*; les propongo su adquisición.

Porchon arrojó sobre Lucien una mirada poco calurosa y depositó su pluma sobre el pupitre. Vidal miró al autor con aire brutal y le dijo:

—Caballero, nosotros no somos libreros editores, somos libreros comisionistas. Cuando hacemos libros por nuestra cuenta, constituyen operaciones que emprendemos con nombres hechos. Además, sólo compramos libros serios, historias y resúmenes.

—Pero si mi libro es muy serio; se trata de describir bajo su verdadero aspecto la lucha de los católicos que se mantenían partidarios del gobierno absolutista y los protestantes que querían instaurar la república.

—¡Señor Vidal! —llamó un dependiente.

Vidal se escabulló.

—Yo no le digo, caballero, que su libro no sea una obra maestra —respondió Porchon, haciendo un gesto un tanto grosero—, pero nosotros sólo nos ocupamos de libros hechos. Vaya a ver a los que compran manuscritos, el viejo Doguereau, en la calle del Coq, junto al Louvre, es uno de los que se dedican a la novela. Si hubiese hablado antes, acaba de ver a Pollet, el competidor de Doguereau y de los libreros de las Galerías de Madera.

—Verá, tengo también un volumen de poesía...

—¡Señor Porchon! —gritaron.

—¿Poesía? —exclamó Porchon, encolerizado—. ¿Por quién me toma? —añadió, riéndose en sus narices y desapareciendo en la trastienda.

Lucien atravesó el Pont-Neuf presa de mil reflexiones. Lo que había comprendido de esta jerga comercial le hizo adivinar que para aquellos libreros los libros eran como gorros de algodón para los almacenistas, una mercancía que se ha de comprar barata para venderla cara.

«Me he equivocado», se dijo, sorprendido, sin embargo, ante el brutal y material aspecto que ofrecía la literatura. Percibió en la calle del Coq una modesta tienda ante la que ya había pasado y sobre la que sobre un fondo verde se veían escritas estas letras en color amarillo: Doguereau, librero. Recordó haber visto estas palabras repetidas en la parte inferior del frontispicio de varios libros que había leído en el gabinete de lectura de Blossé. Entró, no sin aquella trepidación interior que causa a todos los hombres de imaginación la certeza de una lucha. Encontró en la tienda a un curioso anciano, una de las originales figuras de la librería bajo el Imperio. Doguereau llevaba una especie de traje negro con largos faldones cuadrados, mientras que la moda de aquel entonces cortaba los *fraques* en forma de cola de bacalao. Llevaba un chaleco de tela corriente con cuadros de diversos colores, donde colgaban, en el lugar del bolsillo, una cadena de acero y una llave de cobre que destacaban sobre su pantalón negro. El reloj debía de tener el volumen de una cebolla. Este traje iba completado por unas medias almohadilladas de un color gris

acerado y con zapatos adornados de hebillas de plata. El viejo tenía la cabeza descubierta, decorada por cabellos grisáceos y un tanto poéticamente esparcidos. El viejo Doguereau, como Porchon lo había llamado, se parecía por el pantalón y los zapatos a un profesor de literatura, y a un vendedor por su chaleco, el reloj y las medias. Su fisonomía no desmentía en absoluto esta singular alianza: tenía el aspecto magistral y dogmático, la cara hundida del profesor de retórica y los ojos vivos, la boca desconfiada y la vaga inquietud del librero.

—¿El señor Doguereau? —preguntó Lucien.

—Yo soy, caballero...

—Soy autor de una novela —dijo Lucien.

—Es usted muy joven —repuso el librero.

—Pero, señor, mi edad nada tiene que ver.

—Eso es verdad —dijo el anciano librero, tomando el manuscrito—. ¡Ah, diantre! *El arquero de Carlos IX*, un título sugestivo. Veamos, joven, cuénteme en dos palabras el argumento.

—Verá, es una obra histórica al estilo de Walter Scott, donde el carácter de la lucha entre católicos y protestantes está presentado como un combate entre dos sistemas de gobierno y en donde el trono estaba seriamente amenazado. He tomado la defensa de los católicos.

—Muy bien, jovencito, ¡eso son ideas! Leeré su obra, se lo prometo. Me hubiese gustado más una novela al estilo de la señora Radcliffe; pero si es trabajador, si tiene un poco de estilo, conceptos e ideas y arte en la presentación y ambientación, no pido otra cosa que serle útil. ¿Qué necesitamos sino buenos manuscritos?

—¿Cuándo podré volver?

—Esta noche me marchó al campo, estaré de vuelta pasado mañana; ya habré leído su libro y, si me gusta, podremos llegar a un acuerdo el mismo día.

Lucien, al verle tan campechano, tuvo la fatal idea de sacar el manuscrito de *Las Margaritas*.

—Caballero, tengo hecha también una recopilación de versos...

—¡Ah!, es poeta; entonces no quiero su novela —dijo el anciano, devolviéndole el manuscrito—. Los rimadores fracasan cuando quieren hacer prosa. En prosa no valen los rodeos, es preciso decir siempre algo.

—Pero, caballero, Walter Scott también hacía versos...

—Es verdad —admitió Doguereau, que se dulcificó, adivinó la penuria del joven y se guardó el manuscrito—. ¿Dónde vive? Ya iré a verle.

Lucien le dio sus señas sin sospechar la menor doblez en el pensamiento de aquel anciano, no reconociendo en él al librero de la vieja escuela, un hombre de los tiempos en que los libreros deseaban tener en un granero y bajo llave a Voltaire y Montesquieu muriéndose de hambre.

—Tengo que volver precisamente por el Barrio Latino —le dijo el librero, después de haber leído la dirección.

«¡Qué persona tan honrada! —pensó Lucien, saludando al librero—. He encontrado a un amigo de la juventud, un conoedor que sabe verdaderamente lo que se trae entre manos. Ya se lo decía a David: en París el talento triunfa con facilidad».

Lucien retornó feliz y dichoso, soñaba ya con la gloria. Sin volver a pensar en las siniestras palabras que habían llegado a sus oídos en la oficina de Vidal y Porchon, se veía enriquecido por lo menos con mil doscientos francos. Mil doscientos francos representaban un año de estancia en París, un año durante el cual prepararía nuevas obras. ¡Cuántos proyectos no construyó sobre aquella esperanza! ¡Cuántos dulces sueños viendo su vida asentada sobre el trabajo! Se arregló, se acicaló y poco faltó para que no hiciese algunas compras. Sólo pudo engañar a su impaciencia mediante lecturas constantes en el gabinete de Blossé. Dos días después, el viejo Doguereau, sorprendido por el estilo que Lucien había plasmado en su primera obra, encantado por la exageración de los caracteres que admitía la época en la que se desarrollaba el drama, arrebatado por la fogosidad con la que tan imaginativamente un joven autor traza su primer argumento, se presentó en la fonda en la que vivía su Walter Scott en potencia. Estaba decidido a pagar mil francos por la exclusiva propiedad de *El arquero de Carlos IX* y ligar a Lucien con un contrato para varias obras. Al ver la fonda, el viejo zorro cambió de parecer.

«Un hombre que está alojado ahí sólo tiene gustos modestos, ama el estudio, el trabajo; sólo le puedo dar ochocientos francos».

La patrona, a la que preguntó por el señor Lucien de Rubempré, le respondió:

—¡Cuarto piso!

El librero alzó la nariz y sólo vio el firmamento por encima del cuarto.

«Este joven —pensó— es un guapo mozo, tal vez hasta demasiado; si ganara demasiado dinero, se disiparía y no trabajaría más. En nuestro común interés, le ofreceré seis cientos francos; pero en dinero, nada de billetes».

Subió la escalera, llamó tres veces a la puerta de Lucien, quien salió a abrir. La habitación era de una desnudez desesperante. Sobre la mesa había un tazón de leche y una barra de pan de dos céntimos. Esta escasez del genio impresionó al buen Doguereau.

«Que conserve —pensó— estas sencillas costumbres, esta frugalidad y estas modestas necesidades».

—Siento un gran placer en volverle a ver —dijo a Lucien—. Así es como vivía Jean-Jacques, con quien a buen seguro tiene más de una semejanza. En estos alojamientos brilla el fuego del genio y se escriben las buenas obras. Así es como tendría que vivir la gente de letras, en lugar de perder el tiempo en los cafés, en los restaurantes, y hacernos perder igualmente nuestro dinero y su talento. —Se sentó—.

Joven, su novela no está mal. He sido profesor de retórica, conozco la historia de Francia; hay cosas excelentes. En una palabra, veo un futuro para usted.

—¡Ah!, caballero.

—No, se lo digo, podremos hacer negocios juntos. Le compro su novela...

El corazón de Lucien se ensanchó, palpitaba por demás, iba a penetrar en el mundo literario, al fin iba a ver impresa su obra.

—Se lo compro por cuatrocientos francos —dijo Doguereau con tono meloso y mirando a Lucien con aire de quien acaba de hacer un esfuerzo de gran generosidad.

—¿Cada volumen? —preguntó Lucien.

—La novela —dijo Doguereau, sin extrañarse de la sorpresa de Lucien—. Pero —añadió— será al contado. Se comprometerá a hacerme dos al año durante seis años. Si la primera se agota en seis meses, le pagaré las demás a seiscientos francos. De esta forma, a dos por año, tendrá cien francos al mes, su vida estará asegurada y será feliz. Tengo autores a los que no pago más que trescientos francos por novela. Doy doscientos francos por una traducción del inglés. En otros tiempos este precio hubiese sido algo exorbitante.

—Caballero, no llegaremos a entendernos; le ruego que me devuelva mi manuscrito —dijo Lucien, helado.

—Aquí lo tiene —dijo el viejo librero—. No entiende de negocios, caballero. Al publicar el primer libro de un autor, un editor tiene que arriesgar mil seiscientos francos de impresión y papel. Es más fácil escribir una novela que encontrar una suma semejante. Tengo cien manuscritos de novelas en mi casa y no tengo ciento sesenta mil francos en la caja. Desgraciadamente esta suma no la he ganado en los veinte años que llevo de librero. Nosotros no hacemos fortuna en nuestro oficio de editores de libros. Vidal y Porchon sólo nos los compran en condiciones que cada día se hacen más onerosas para nosotros. Allí en donde usted no arriesga más que su tiempo, yo tengo que arriesgar dos mil francos. Si nos equivocamos, ya que *habent sua fata libelli*, pierdo dos mil francos; en cuanto a usted, no tiene sino que lanzar una oda contra la estupidez humana. Tras de haber meditado sobre lo que le acabo de decir, vendrá a verme. Vendrá a mí —repitió el librero con autoridad, como réplica a un gesto lleno de soberbia que se le escapó a Lucien—. Lejos de encontrar un librero que quiera arriesgar dos mil francos por un joven desconocido, no encontrará ni un empleado que tome la molestia de leer sus hojas emborronadas. Yo, que las he leído, puedo señalarle muchas faltas. Ha puesto desapercibido en vez de inadvertido, y prefiero a las cosas, en vez de prefiero las cosas; en este caso no se usa preposición. —Lucien pareció humillado—. Cuando volvamos a vernos habrá perdido cien francos. Entonces no le daré más que cien escudos. —Se levantó, saludó, pero, en el umbral de la puerta, dijo—: Si no tuviera usted talento y porvenir, si no me interesara por los jóvenes estudiosos, no le hubiese propuesto tan buenas condiciones. ¡Cien

francos al mes! Piense en ello. Después de todo, una novela en un cajón no es lo mismo que un caballo en una cuadra, no come pan. Pero verdaderamente, ¡tampoco proporciona ningún beneficio!

Lucien tomó su manuscrito, lo tiró al suelo y exclamó:

—¡Antes prefiero quemarlo!

—Tiene una cabeza de poeta —respondió el viejo.

Lucien devoró su barra, tomó la leche y salió. Su habitación no era lo suficientemente amplia y en ella hubiese dado vueltas como un león en su jaula del Jardín des Plantes. En la biblioteca de Santa Genoveva, adonde Lucien pensaba ir, se había fijado en un joven de unos veinticinco años que, siempre en el mismo rincón, trabajaba con aquella aplicación mantenida, a la que nada distrae ni molesta y por la que se reconocen los verdaderos obreros literarios. Este joven, sin duda, venía desde hacía mucho tiempo; los empleados y el mismo bibliotecario le tenían consideraciones; el bibliotecario le dejaba llevarse libros que Lucien veía cómo devolvía a la mañana siguiente el estudioso desconocido, en el que el poeta reconocía a un hermano de miseria y esperanza.

Bajito, pálido y delgado, este trabajador ocultaba una bella frente bajo una espesa cabellera negra, bastante descuidada; tenía bonitas manos y atraía la mirada de los indiferentes a causa de un vago parecido con el retrato de Bonaparte grabado por Robert Lefebvre. Este grabado es todo un poema de melancolía ardiente, de ambición contenida, de oculta actividad. Examinadlo bien. En él encontraréis genio y discreción, finura y grandeza. Los ojos tienen fuerza expresiva, como los ojos de una mujer. La vista está ávida de espacio y deseosa de dificultades que vencer. Aunque el nombre de Bonaparte no estuviese escrito en su parte inferior, lo contemplaríais igualmente. El joven que representaba este grabado llevaba normalmente un pantalón sin trabilla, zapatos de gruesas suelas, una levita de tejido corriente, una corbata negra, un chaleco de tela gris combinada con blanco y abotonado hasta arriba, y un sombrero barato. Su desdén por todo adorno superfluo era visible. Este misterioso desconocido, señalado por el sello que el genio estampa en la frente de sus esclavos, Lucien lo encontraba en casa de Flicoteaux como el más asiduo y regular de todos sus comensales; comía allí para vivir, sin hacer caso de los alimentos con los que parecía familiarizado, y siempre bebía agua.

Tanto en la biblioteca como en casa de Flicoteaux se desprendía de él una especie de dignidad que sin duda prevenía de la conciencia de una vida ocupada por algo grande y que la hacía inabordable. Su mirada era pensativa. La meditación se adueñaba de su frente bella y noblemente dibujada. Sus ojos vivos y negros, que veían bien y con presteza, anunciaban una costumbre de ir siempre al fondo de las cosas. Mesurado en sus ademanes, tenía un grave continente. Lucien experimentó un involuntario respeto hacia él. Ya muchas veces se habían mirado mutuamente, como

para hablarse a la entrada o a la salida de la biblioteca o del restaurante, pero ninguno de los dos se había atrevido a hacerlo. Este silencioso muchacho se iba al fondo de la sala, en la parte situada del lado de la plaza de la Sorbona.

Lucien no había tenido, pues, la ocasión de entablar contacto con él, a pesar de que se sintió atraído hacia este joven trabajador en el que se dejaban ver los indefinibles síntomas de la superioridad. Tanto el uno como el otro, como más tarde lo reconocieron ambos, eran dos naturalezas vírgenes y tímidas, expuestas a todos los temores, cuyas emociones gustan a los hombres solitarios. Sin su súbito encuentro en el momento del desastre que acababa de acontecer a Lucien, tal vez nunca se hubiesen puesto en contacto. Pero al entrar en la calle de Gres, Lucien vio al joven desconocido que volvía de Santa Genoveva.

—La biblioteca está cerrada —dijo— y no sé por qué razón.

En aquel instante, Lucien sentía cómo las lágrimas afloraban a sus ojos; dio las gracias al desconocido con uno de esos gestos que son más elocuentes que los discursos y que de joven a joven abren los corazones en seguida. Ambos bajaron por la calle de Gres y se dirigieron hacia la de La Harpe.

—Voy a pasearme por el Luxemburgo —dijo Lucien—. Una vez se ha salido, es difícil volver a encerrarse a trabajar.

—Efectivamente, se pierde el curso lógico de las ideas —replicó el desconocido—. Parece usted preocupado.

—Acaba de sucederme una singular aventura —contestó Lucien.

Contó su visita en los muelles y luego la del viejo librero y las proposiciones que acababa de recibir; se presentó y le dio algunos detalles sobre su situación. Desde hacía poco más de un mes se había gastado unos sesenta francos para vivir, treinta en la fonda, veinte para espectáculos, diez en el gabinete de lectura; en total, ciento veinte francos; no le quedaban más que otros ciento veinte.

—Caballero —le dijo el desconocido—, su historia es la mía y la de mil o mil doscientos jóvenes que todos los años llegan a París desde la provincia. De todos modos, no somos aún los más desgraciados. ¿Ve ese teatro? —dijo, señalando hacia el Odeón—. Un día vino a alojarse en una de las casas que dan a la plaza un hombre de talento que había caído en la miseria; casado, gran desgracia que no nos aflige ni a usted ni a mí, con una mujer que adoraba, con la dicha o el infortunio, como prefiera, de tener dos niños, acribillado de deudas, pero confiando siempre en su pluma. Presenta al Odeón una pieza en cinco actos, que es aceptada y obtiene un trato favorable, los comediantes la ensayan y el director acelera los ensayos. Estas cinco dichas constituyen cinco dramas más difíciles aún de obtener que escribir cinco actos. El pobre autor, alojado en esta buhardilla que desde aquí puede ver, agota sus últimos recursos durante los ensayos de su obra a fin de poder vivir; su mujer pignora sus últimas ropas en el Monte de Piedad y la familia sólo come pan. El día del ensayo

general, la víspera del estreno, el matrimonio debía cincuenta francos en el barrio, al portero, a la lechera y al panadero. El poeta había conservado lo estrictamente necesario: un traje, una camisa y unas botas. Seguro de su éxito, abraza a su mujer y le anuncia el final de sus infortunios. «Finalmente ya no hay nada en contra nuestra», exclama. «Hay fuego —le dice su mujer—; mira, el Odeón está ardiendo». Caballero, el Odeón se incendió. Así pues, no se queje. Tiene ropa, no tiene mujer ni hijos, tiene ciento veinte francos en su bolsillo y no debe nada a nadie. La obra tuvo ciento cincuenta representaciones en el teatro Louvois. El rey otorgó una pensión al autor. Buffon lo dijo: el genio es la paciencia. Efectivamente, la paciencia es lo que en el hombre se parece más a lo que la Naturaleza emplea en sus creaciones. ¿Qué es el arte? Es la Naturaleza concentrada.

Los dos jóvenes atravesaban el Luxemburgo. Lucien supo bien pronto el nombre, que más tarde se hizo célebre del desconocido, que trataba de consolarle. Este joven era Daniel D'Arthez, hoy uno de los más ilustres escritores de nuestra época y una de las raras personas que, de acuerdo con el bello pensamiento del poeta, ofrecen «la unión de un gran talento a un buen carácter».

—No se puede ser gran hombre a bajo precio —le dijo Daniel con su cariñosa voz—. El ingenio riega con lágrimas sus obras. El talento es una criatura moral que tiene, como todos los seres, una infancia sujeta a enfermedades. La Sociedad rechaza a los talentos incompletos al igual que la Naturaleza acaba con las criaturas débiles o mal conformadas. El que quiere elevarse por encima de los hombres, debe prepararse para la lucha y no retroceder ante ninguna dificultad. Un gran escritor es un mártir que no llegará a morir, eso es todo. Usted lleva en la frente el sello del genio —dijo D'Arthez a Lucien, envolviéndole en su mirada—; si no tiene su voluntad, si no tiene su angélica paciencia, si a la distancia a la que le coloquen los imprevistos del destino no reemprende, como las tortugas, en cualquier lugar que se encuentren, el camino de su infinito, como ellas emprenden el de su querido océano, renuncie ya desde hoy.

—Entonces, ¿usted espera suplicios? —dijo Lucien.

—Pruebas de todas clases: calumnias, traiciones, injusticias por parte de mis rivales; afrentas, engaños, comercialización —respondió el joven con voz resignada—. Si su obra es bella, ¿qué importa una primera pérdida?...

—¿Quiere leer y juzgar la mía? —dijo Lucien.

—Sea —dijo D'Arthez—. Vivo en la calle de Quatre-Vents, en una casa en la que uno de nuestros hombres más ilustres, uno de los más destacados genios de nuestro tiempo, un fenómeno de la ciencia, Desplein, el mejor cirujano que se conoce, sufrió su primer martirio debatiéndose contra las primeras dificultades de la vida y de la gloria en París. Este recuerdo me proporciona todas las noches la dosis de valor que necesito por las mañanas, Estoy en la habitación en la que tantas veces él comió, como Rousseau, pan y cerezas, pero sin Thérèse. Venga dentro de una hora, que ya

estaré allí.

Los dos poetas se despidieron estrechándose la mano con indecible efusión de melancólica ternura. Lucien marchó a buscar su manuscrito. Daniel D'Arthez se dirigió al Monte de Piedad para empeñar su reloj y poder comprar dos haces de leña a fin de que su nuevo amigo encontrara fuego en casa, ya que hacía bastante frío.

Lucien llegó con exactitud y vio en primer lugar una casa menos decente que su fonda y que tenía un sombrío pasillo al final del cual comenzaba una oscura escalera. La habitación de Daniel D'Arthez, situada en el quinto piso, tenía dos falsas vigas entre las que se había situado una biblioteca de madera ennegrecida llena de cartones rotulados. Un mezquino catre de madera pintada, semejante a las literas del colegio, una mesilla comprada de ocasión y dos sillones de crin, ocupaban el fondo de esta habitación, cubierta con un papel escocés ennegrecido por el tiempo y el uso. Una larga mesa cubierta de papeles estaba colocada entre la chimenea y una de las vigas. Enfrente de esta chimenea se veía una mala cómoda de caoba. Una alfombra de ocasión cubría las baldosas por completo. Este lujo necesario evitaba calefacción. Ante la mesa, un vulgar sillón de oficina de badana roja, blanqueada ya por el uso, y seis malas sillas completaban el mobiliario. Sobre la chimenea, Lucien vio un quinqué antiguo con cuatro bujías y pantalla. Cuando Lucien le preguntó la razón de las bujías, reconociendo en todas las cosas los síntomas de una áspera miseria, D'Arthez le repuso que le era imposible soportar el olor de candil. Esta circunstancia indicaba una gran delicadeza de sentimiento y el indicio de una exquisita sensibilidad. La lectura duró siete horas. Daniel escuchó religiosamente sin decir una palabra ni hacer una observación, una de las mayores pruebas de buen gusto que pueden dar los autores.

—¿Bien? —dijo Lucien a Daniel, dejando el manuscrito sobre la chimenea.

—Sigue usted un buen camino —respondió gravemente el joven—; pero su obra ha de ser pulida. Si no quiere ser el imitador de Walter Scott, tiene que crear un estilo diferente y usted le ha imitado. Comienza, como él, con largas conversaciones para situar a sus personajes; cuando ya han hablado, hace llegar la descripción y la acción. Este antagonismo necesario a toda obra dramática, va en último lugar. Invierta los términos del problema. Reemplace estas difusas conversaciones, magníficas en Scott, pero sin color en usted, por descripciones a las que tan bien se presta nuestro idioma. Que en usted el diálogo sea la esperada consecuencia que corona sus preparativos. Entre primero en la acción. Tome el tema unas veces de través y otras por la cola; en una palabra, varíe sus planes para no ser siempre el mismo. Será nuevo aunque adapte a la historia de Francia la forma del drama dialogado del escocés. Walter Scott carece de pasión, la desconoce, o tal vez no se la permitían a causa de las hipócritas costumbres de su país. Para él la mujer es el deber encarnado. Salvo raras excepciones, sus heroínas siempre son las mismas y sólo ha hecho de ellas un único

esbozo, para emplear un término de los pintores. Todas proceden de *Clarisse Harlowe*; al adaptarlas todas a una idea no podía obtener más que ejemplares de un mismo tipo, variados mediante un colorido más o menos vivido. La mujer introduce el desorden a la sociedad por la pasión. La pasión tiene infinitos accidentes. Describa por tanto las pasiones, allí encontrará infinitos recursos de los que el genio se ha privado a fin de poder ser leído en todas las familias de la gazmoña Inglaterra. En Francia encontrará las encantadoras faltas y las brillantes costumbres del catolicismo que puede oponer a las figuras sombrías del calvinismo durante el más apasionante período de nuestra historia. Cada reinado auténtico a partir de Carlomagno exigirá a su vez una obra al menos y a veces hasta cuatro o cinco, como es el caso de Luis XIV, Enrique IV y Francisco I. De ese modo, hará una historia de Francia pintoresca en la que descubrirá las costumbres, los muebles, las casas, los interiores, la vida privada, a la vez que dará una ambientación de la época en lugar de narrar penosamente los hechos conocidos. Dispone de un medio de ser original, señalando los errores populares que desfiguran a la mayor parte de nuestros monarcas. Atrévase, en su primera obra, a realzar la gran y magnífica figura de Catalina, a quien usted ha sacrificado a los prejuicios que aún planean sobre ella. Describa también a Carlos IX como realmente era y no como lo han hecho los escritores protestantes. Al cabo de diez años de constancia, tendrá fama y fortuna.

Ya eran las nueve. Lucien imitó la secreta acción de su amigo futuro, ofreciéndole una cena en Edon, en la que se gastó doce francos. Durante aquella velada, Daniel reveló a Lucien el secreto de sus estudios y de sus esperanzas. D'Arthez no admitía talentos privilegiados sin profundos conocimientos metafísicos. En aquellos momentos procedía a la investigación de todas las riquezas filosóficas de los tiempos antiguos y modernos para asimilarlas. Quería, al igual que Molière, ser un profundo filósofo antes de hacer comedias. Estudiaba el mundo escrito y el mundo viviente, el pensamiento y el hecho. Tenía como amigos sabios naturalistas, jóvenes médicos, escritores, políticos y artistas, sociedad de gente estudiosa, seria y llena de porvenir. Vivía de artículos concienzudos y mal pagados que se insertaban en los diccionarios biográficos, enciclopédicos o de ciencias naturales; no escribía ni más ni menos que lo indispensable para vivir y poder proseguir su pensamiento. D'Arthez tenía una obra de imaginación, emprendida únicamente para estudiar los recursos de la lengua. Este libro, aún sin terminar, tomado y dejado a capricho, lo conservaba para los días de gran desgracia. Era una obra psicológica y de elevada concepción bajo el aspecto de una novela. Aunque Daniel se descubrió de forma bastante modesta, pareció gigantesco a Lucien. A la salida del restaurante, a las once, Lucien se sentía ligado por una viva amistad hacia esta virtud sin énfasis, hacia esta naturaleza sublime sin saberlo. El poeta no discutió los consejos de Daniel; los siguió al pie de la letra. Este hermoso talento, maduro ya por el pensamiento y por una crítica solitaria, inédita,

hecha por él y no por otro, le había abierto de repente las puertas de los magníficos palacios de la fantasía. Los labios del provinciano habían sido rozados por un carbón ardiente, y la palabra del trabajador parisiense encontró en el cerebro del poeta de Angulema una tierra abonada. Lucien se entregó al arreglo y corrección de su obra.

Dichoso por haber encontrado en el desierto de París un corazón en el que abundan sentimientos generosos en armonía con los suyos, el gran hombre de provincias hizo lo que hacen todos los jóvenes sedientos de afecto: se ligó a D'Arthez como una enfermedad crónica; le iba a buscar para dirigirse a la biblioteca, se paseó a su lado por el Luxemburgo en los días radiantes, todas las noches le acompañó hasta su pobre habitación, después de haber cenado a su lado en Flicoteaux; en una palabra, se unió a él como el soldado se unía a su compañero en las llanuras heladas de Rusia.

Durante los primeros días de su amistad con Daniel, se dio cuenta, no sin pena, de una cierta molestia causada por su presencia en cuanto los íntimos se hallaban reunidos. Los discursos de estos seres superiores, de los que D'Arthez le hablaba con entusiasmo concentrado, se mantenían en una reserva en desacuerdo con los visibles testimonios de su viva amistad. Lucien, entonces, se iba discretamente, sintiendo una especie de pena causada por el ostracismo de que era objeto y por la curiosidad que en él despertaban estos desconocidos personajes, ya que todos se llamaban por sus nombres de pila. Todos llevaban en la frente, como D'Arthez, el símbolo de un genio especial. Tras de secretas oposiciones, combatidas por D'Arthez sin que se enterara, Lucien pudo a partir de entonces conocer a esas personas unidas por las más vivas simpatías, por lo serio de su existencia intelectual, que casi todas las noches se reunían en casa de D'Arthez. Todos presentían en él al gran escritor; le consideraban como su jefe, después de haber perdido uno de los talentos más extraordinarios de aquel tiempo, un genio místico, su primer jefe, que, por razones inútiles de mencionar aquí, había vuelto a su provincia y del que Lucien oía hablar a menudo con el nombre de Louis. Se comprenderá fácilmente lo mucho que esos personajes habían despertado la curiosidad y el interés de un poeta, tratándose de los que después han conquistado, como D'Arthez, toda su gloria, ya que algunos sucumbieron.

Entre los que aún viven, se encontraba Horace Bianchon, interno por aquel entonces en el Hospital, que más tarde se convirtió en una de las lumbreras de la escuela de París y demasiado conocido actualmente para que sea necesario describir su personalidad o explicar su carácter o la naturaleza de su espíritu. Después estaba Léon Giraud, aquel profundo filósofo, hábil teórico, que remueve todos los sistemas, los juzga, los expresa, los formula y los arrastra a los pies de su ídolo, la Humanidad, siempre grande, aun en sus errores, ennoblecidos por su buena fe. Este trabajador intrépido, este sabio concienzudo, se ha convertido en el jefe de una escuela moral y política sobre cuyo mérito sólo el tiempo podrá pronunciarse. Si sus convicciones le han labrado un destino en regiones ajenas a las que sus camaradas se han lanzado, no

por eso ha cesado de ser su fiel amigo.

El arte estaba representado por Joseph Bridau, uno de los mejores pintores de la joven escuela. Sin las secretas desgracias a las que le condena una naturaleza demasiado impresionable, Joseph, sobre el que sin embargo aún no se ha dicho la última palabra, hubiese podido continuar la labor de los grandes maestros de la escuela italiana: posee el dibujo de Roma y el color de Venecia; pero el amor le mata y no sólo atraviesa su corazón; el amor le lanza sus flechas al cerebro, le complica la vida y le obliga a hacer los zig-zag más extraños. Si su efímera amante le hace unas veces más feliz, otras más desgraciado, Joseph enviará a la exposición, bien sea bocetos en los que el color destruirá la línea, bien sea cuadros que ha querido terminar bajo el peso de tristezas imaginarias en los que el dibujo le ha preocupado tanto que el color, de que dispone a su antojo, no aparece. Engaña sin cesar tanto al público como a sus amigos. Hoffmann le hubiese adorado a causa de sus desviaciones atrevidas en el campo del Arte, por sus caprichos y por sus fantasías. Cuando está completo, excita la admiración, la saborea y se enfada entonces por no recibir elogios de las obras erradas en las que los ojos de su alma ven todo lo que está ausente a la vista del público. Fantástico en grado sumo, sus amigos le han visto destruir un cuadro terminado al que encontraba demasiado pintado.

—Está demasiado hecho —decía—, es demasiado escolar.

Original y a veces hasta sublime, tiene todas las ventajas y todos los inconvenientes de los organismos nerviosos, en los que la perfección se convierte en una enfermedad. Su espíritu puede hermanarse con el de Sterne, pero sin el trabajo literario. Sus palabras y sus destellos de pensamiento tienen un sabor inaudito. Es elocuente y sabe amar, pero con sus caprichos, que lleva tanto a los sentimientos como a sus obras. Era apreciado en el cenáculo, precisamente por lo que el mundo burgués hubiese llamado sus defectos.

Finalmente, Fulgence Ridal, uno de los autores de nuestro tiempo que tienen más vis cómica, un poeta indiferente a la gloria, que arroja sobre la escena sus más vulgares producciones y conservaba en el serrallo de su cerebro, para él y para sus amigos, las escenas más bonitas, pidiendo al público solamente el dinero necesario para su independencia y no queriendo hacer nada una vez lo obtenía. Perezoso y fecundo como Rossini, obligado, como los grandes poetas cómicos, como Molière y Rabelais, a considerar todas las cosas al derecho del Por y al revés del Contra, era escéptico, podía reír y se reía de todo. Fulgence Ridal era un gran filósofo práctico. Su ciencia y conocimiento del mundo, su agudeza de observación, su desdén para con la gloria, a la que llamaba la fanfarria, no le han secado el corazón. Tan activo por el prójimo como indiferente por sus intereses, si da un paso es a causa de un amigo. Para no traicionar a su máscara, verdaderamente rabelesiana, no odia la buena mesa y tampoco la busca, es a la vez melancólico y alegre. Sus amigos le llaman el «perro

del regimiento» y nada lo describe mejor que ese apodo.

Tres más, al menos tan superiores como éstos cuatro amigos pintados de perfil, tenían que sucumbir a intervalos: primero Meyraux, que murió después de haber promovido la célebre discusión entre Cuvier y Geoffroy-Saint-Hilaire, gran cuestión que había de dividir al mundo científico entre estos dos genios iguales un poco antes de la muerte del que propugnaba una ciencia estrecha y analista en contra del panteísta, que aún vive y que Alemania venera. Meyraux era el amigo de aquel Louis que una muerte anticipada iba bien, pronto a arrebatarse al mundo intelectual. A estos dos hombres, ambos marcados por la muerte, ambos hoy en día oscuros a pesar del inmenso acervo de su saber y de su genio, se ha de sumar Michel Chrestien, republicano de altura que soñaba con la federación de Europa y que en 1830 tuvo una destacada intervención en el movimiento moral de los saintsimonianos. Político de la fuerza de un Saint-Just o un Danton, pero sencillo y dulce como una muchacha, lleno de ilusiones y de amor, dotado de una melodiosa voz que hubiese encantado a Mozart. Weber o Rossini, y cantando ciertas canciones de Béranger como para embriagar el corazón de poesía, amor y esperanza, Michel Chrestien, pobre como Lucien, como Daniel, como todos sus amigos, se ganaba la vida con una despreocupación digna de Diógenes. Confeccionaba índices para grandes obras, folletos para las librerías, pero siempre mudo en lo referente a sus doctrinas como es muda una tumba sobre los secretos de la muerte. Este alegre bohemio de la inteligencia, este gran estadista, que tal vez hubiese cambiado la faz del mundo, murió en el claustro de Saint-Merry como un simple soldado. La bala de algún negociante mató allí una de las más nobles criaturas que jamás pisara suelo francés. Michel Chrestien pereció a causa de otras doctrinas distintas de las suyas. Su federación amenazaba mucho más que la propaganda republicana a la aristocracia europea; era más racional y menos loca que las horribles ideas de libertad indefinida proclamadas por los jóvenes insensatos que se atribuyen la herencia de la Convención. Este noble plebeyo fue llorado por todos los que le conocieron; nadie hay que no piense, y bastante a menudo, en este gran hombre y desconocido político.

Estas nueve personas componían un cenáculo en el que la estimación y la amistad hacían que la paz reinara entre las más opuestas ideas y doctrinas. Daniel D'Arthez, gentilhomme de Picardía, defendía a la monarquía con una tenacidad igual a la que hacía que Michel Chrestien defendiera su federalismo europeo. Fulgence Ridal se burlaba de las doctrinas filosóficas de Léon Giraud, quien predecía a D'Arthez el fin del cristianismo y de la familia, Michel Chrestien, que creía en la religión de Cristo, divino legislador de la Igualdad, defendía la inmortalidad del alma contra el escalpelo de Bianchon, el analista por excelencia. Todos discutían sin disputar. No tenían ninguna vanidad y ellos mismos eran su propio auditorio. Se comunicaban sus trabajos y se consultaban con la adorable buena fe de la juventud.

¿Se trataba de un asunto serio? El oponente abandonaba su opinión para penetrar en las ideas de su amigo, tanto más apto para ayudarlo cuanto que era imparcial en una causa o en una obra fuera de sus ideas. Casi todos tenían el carácter suave y tolerante, dos cualidades que demostraban su superioridad. La envidia, este horrible tesoro de nuestras esperanzas fallidas, de nuestros talentos abortados, de nuestros éxitos frustrados y de nuestras pretensiones heridas, les era desconocida. Todos caminaban, además, por caminos diferentes. Por lo tanto, todos los que fueron admitidos en su sociedad, como Lucien, se encontraban a gusto.

El verdadero talento es siempre cándido y bondadoso, abierto y nada afectado; en él el epigrama va dirigido al talento y nunca hiere el amor propio. Una vez disipada la primera emoción que causa el respeto, se experimentaban infinitas dulzuras entre esas personas selectas. La familiaridad no excluía la conciencia que cada uno tenía de su valía, y cada uno sentía una profunda estima por su vecino; en una palabra, cada uno se sentía en el deber de ser a su vez el benefactor o el obligado y todos aceptaban sin discusión. Las conversaciones llenas de encanto y sin fatiga abarcaban los más variados temas. Ligeras como flechas, las palabras llegaban hasta el fondo, sin ser por ello menos rápidas. La gran miseria exterior y el esplendor de las riquezas intelectuales producían un contraste singular. Allí nadie pensaba en las realidades de la vida más que para originar bromas amistosas.

En uno de los días en que el frío se hizo notar prematuramente, cinco de los amigos de D'Arthez llegaron cada uno con el mismo pensamiento: todos traían leña bajo su abrigo como en esas comidas campestres en los que cada invitado tiene que preparar un plato y todos llevan un pastel. Dotados todos de esta belleza moral que reacciona bajo la forma y que no menos que los trabajos y las veladas dora los jóvenes rostros de un tinte divino, ofrecían esos rasgos un poco atormentados que la pureza de la vida o el fuego del pensamiento regularizan y purifican. Sus frentes destacaban por su anchura poética. Los ojos, vivos y brillantes, eran depositarios de una vida sin mancha. El sufrimiento de la miseria, cuando se hacía sentir, era soportado de forma tan alegre, aceptado con tal ardor por parte de todos, que no alteraba en absoluto la serenidad particular de los rostros de los jóvenes, exentos aún de las faltas graves que no son aminorados por ninguna de las cobardes transacciones que arranca la miseria mal soportada, la envidia de triunfar sin reparar en los medios y la fácil competencia con la que las gentes de letras acogen o perdonan las traiciones.

Lo que hace a las amistades indisolubles y dobla su encanto es un sentimiento que falta al amor: la certeza. Estos jóvenes se sentían seguros de ellos mismos: el enemigo de uno de ellos se convertía en el enemigo de todos, y hubiesen quebrado sus intereses más urgentes para obedecer a la santa solidaridad de sus corazones. Incapaces todos de una ruindad, podían oponer un no formidable a toda acusación y

defenderse unos a otros con entera seguridad. Igualmente nobles en sus corazones y de igual fuerza en las cuestiones del sentimiento, podían pensarlo todo y decírselo todo en el terreno de la ciencia y de la inteligencia; de ahí la inocencia de su trato y la alegría de su palabra. Seguros de entenderse, sus espíritus divagaban a sus anchas; del mismo modo, no hacían cumplidos entre ellos y se confiaban sus penas y sus alegrías, sufriendo y pensando con todo el corazón.

La encantadora delicadeza que hace de la fábula *Los dos amigos* un tesoro para las almas grandes, era habitual entre ellos. Su severidad para admitir en su esfera a un extraño es comprensible. Tenían demasiada conciencia de su grandeza y de su dicha para turbarla dejando penetrar en ellas a elementos nuevos y desconocidos por completo.

Esta federación de sentimientos e intereses duró sin choques ni desengaños durante veinte años. La muerte que les arrebató a Louis Lambert, Meyraux y Michel Chrestien fue la única que pudo disminuir esta noble pléyade. Cuando en 1832 murió este último, Horace Bianchon, Daniel D'Arthez, Léon Giraud, Joseph Bridau y Fulgence Ridal fueron, a pesar del peligro que entrañaba esta gestión, a retirar su cuerpo a Saint-Merry para rendirle los últimos honores ante la faz ardiente de la Política. Acompañaron aquellos queridos restos hasta el cementerio del Père Lachaise durante la noche. Horace Bianchon solventó todas las dificultades al respecto y no retrocedió ante ninguna; apeló incluso a los ministros, confesándoles su vieja amistad con el federalista muerto. Fue una conmovedora escena grabada en la memoria de los escasos amigos que acompañaron a los cinco célebres personajes. Si paseáis por este elegante cementerio, veréis un terreno comprado a perpetuidad en donde se levanta una tumba de césped coronada por una cruz de madera negra sobre la que se han grabado en letras rojas estos dos nombres: Michel Chrestien. Es el único monumento que existe en ese estilo. Los cinco amigos han pensado que era preciso rendir homenaje a este hombre sencillo con aquella sencillez.

En esta fría buhardilla se originaban, pues, los más bellos sueños del sentimiento. Allí, hermanos, todos igualmente competentes en diferentes ramas de la ciencia, se iluminaban mutuamente de buena fe diciéndoselo todo, incluso sus malos pensamientos, todos de una inmensa instrucción y todos probados en el crisol de la miseria. Una vez admitido entre aquellos seres de elección y considerado como su igual, Lucien representó allí la poesía y la belleza. Leyó sonetos que fueron admirados. Se le pedía un soneto como se rogaba a Chrestien que cantara una canción. En el desierto de París, Lucien encontró, pues, un oasis en la calle de Quatre-Vents.

En los inicios del mes de octubre, Lucien, tras de haber empleado el resto de su dinero en procurarse un poco de leña, quedó sin recursos en medio del trabajo más ardiente, el de la corrección de su obra. Daniel D'Arthez quemaba escorias y soportaba heroicamente la miseria; no se quejaba, era ordenado como una solterona y se parecía a un avaro, hasta tal punto era metódico. Este valor excitaba el de Lucien, quien, recién llegado al cenáculo, experimentaba una invencible repugnancia por hablar de su desgracia. Una mañana se fue hasta la calle de Coq para vender *El arquero de Carlos IX* a Doguereau, al que no encontró. Lucien ignoraba cuánta indulgencia tienen los grandes caracteres. Cada uno de sus amigos concebía las debilidades propias de los hombres de la poesía, los abatimientos que suceden a los esfuerzos del alma sobreexcitada por la contemplación de la Naturaleza que tienen la misión de reproducir. Estos hombres, fuertes con sus propios males, eran de una gran ternura para los dolores de Lucien. Se habían dado cuenta de su falta de dinero. El cenáculo coronó pues las dulces veladas de charlas, de profundas meditaciones, de poesías, de confidencias, de carreras en amplio vuelo por los campos de la inteligencia, en el porvenir de las naciones, en los dominios de la historia, por un rasgo que prueba lo poco que Lucien había comprendido a sus nuevos amigos.

—Lucien, amigo mío —le dijo Daniel—, ayer no viniste a cenar a casa de Flicoteaux, y sabemos por qué.

Lucien no pudo contener unas lágrimas que rodaron por sus mejillas.

—No has tenido confianza en nosotros —le dijo Michel Chrestien—; haremos una cruz en la chimenea, y cuando estemos a diez...

—Todos —interrumpió Bianchon— hemos encontrado algún trabajo extraordinario: yo cuido por cuenta de Desplein a un enfermo rico; D'Arthez ha hecho un artículo para la *Revista Enciclopédica*; Chrestien ha querido ir a cantar una noche a los Campos Elíseos con un pañuelo y cuatro velas; pero ha encontrado un folleto que hacer para un hombre que aspira a ser un personaje político y le ha dado una ración de seiscientos francos de Maquiavelo; Léon Giraud ha pedido prestados cincuenta francos a su librero; Joseph ha vendido croquis y Fulgence ha hecho representar su obra el domingo y ha tenido un lleno absoluto.

—Aquí tienes doscientos francos —le dijo Daniel—, y que no te volvamos a coger en algo parecido.

—Vamos, ¿pues no va a abrazarnos como si hubiésemos hecho algo extraordinario? —dijo Chrestien.

Para hacer comprender qué delicias sentía Lucien en medio de esta viviente enciclopedia de espíritus angélicos, de jóvenes colmados de las más diversas originalidades que cada uno obtenía de la ciencia que cultivaba, será suficiente traer a colación las respuestas que Lucien recibió a la mañana siguiente a una carta escrita a su familia, obra maestra de sensibilidad y de buenos deseos, un giro horrible que le

había arrancado su desgracia.

«David Séchard a Lucien.

»Mi querido Lucien, adjunto encontrarás un talón a ochenta días y a tu nombre por valor de doscientos francos. Lo podrás negociar en casa del señor Métivier, comerciante de papel, nuestro corresponsal en París, calle Serpente. Mi buen Lucien, no tenemos absolutamente nada. Mi mujer se ha puesto a dirigir la imprenta, y hace su trabajo con una abnegación, una paciencia y una actividad que me hace bendecir el cielo por haberme dado por mujer a semejante ángel. Ella misma ha comprobado la imposibilidad en que nos encontramos de enviarte el más ligero socorro. Pero, amigo mío, te creo situado en un camino tan bueno, acompañado por tan grandes y nobles corazones, que sabrás obtener tu hermoso destino encontrándote ayudado por las inteligencias casi divinas de los señores Daniel D'Arthez, Michel Chrestien, y Léon Giraud, aconsejado por los señores Meyraux, Bianchon y Ridal, que tu querida carta nos ha hecho conocer. A espaldas de Ève, te he suscrito pues este efecto, que ya encontraré el modo de reembolsar. No te apartes de tu camino; es árido, pero será glorioso. Preferiría verte sufrir mil penalidades antes de saber que has caído en uno de los lodazales de París, que tantas veces he visto. Ten el valor y la voluntad de evitar, como lo haces, los malos lugares, la mala gente, los atolondrados y cierta clase de gente literaria que aprendí a estimar en su justo valor durante mi estancia ahí. En una palabra, sé el digno émulo de estos caracteres celestes que me has hecho apreciar. Bien pronto será recompensada tu conducta. Adiós, mi querido hermano, me has alegrado el corazón, no esperaba de ti tanto valor

David».

«Ève Séchard a Lucien.

»Querido hermano, tu carta nos ha hecho llorar a todos. Que lo sepan esos buenos y nobles corazones hacia los que te guía tu ángel bueno: una madre y una joven esposa rezarán a Dios mañana y tarde por ellos, y si las más fervientes oraciones suben hasta su trono, ellas obtendrán algunos favores para todos vosotros. Sí, hermano mío, sus nombres quedan todos grabados en mi corazón. ¡Ah!, espero llegar a verlos algún día. Iré, aunque tenga que hacer el camino a pie, para agradecerles su amistad para contigo, ya que ella ha extendido como un bálsamo sobre mis llagas en carne viva. Aquí trabajamos como pobres obreros. Mi marido, este gran hombre desconocido al que amo

más cada día, descubriendo a cada momento nuevas riquezas en su corazón, abandona su imprenta y yo adivino la razón; tu miseria, la nuestra, la de nuestra madre, le asesinan. Nuestro adorado David es como Prometeo devorado por un buitre, un pesar amarillo de agudo pico. En cuanto a él, tan noble, no piensa en ello ni se preocupa lo más mínimo, tiene la esperanza de hacer fortuna. Se pasa todo el día haciendo experiencias sobre la fabricación del papel; me ha rogado que ocupe su puesto en los negocios, en los que me suele ayudar todo lo que sus ocupaciones se lo permiten. Y además, ¡ay!, estoy encinta. Este acontecimiento que me hubiese colmado de alegría, me entristece ante la situación en que todos nos encontramos. Mi pobre madre ha vuelto a ser joven, ha encontrado fuerzas para su fatigosa ocupación de cuidar enfermos. Aparte de los problemas económicos, casi seríamos felices. El viejo Séchard no quiere dar a su hijo ni un céntimo; David fue a verle para pedirle unos francos a fin de socorrerte, ya que tu carta le había sumido en la desesperación. «Conozco a Lucien, perderá la cabeza y hará tonterías», decía. Yo le he reñido. «¿Faltar mi hermano en algo? —le he respondido—. Lucien sabe que me moriría de dolor». Mi madre y yo, sin que David se enterara, hemos empeñado algunas cosas; mi madre las recobraré en cuanto hayamos hecho algún dinero. De este modo hemos podido reunir cien francos que te envío por la posta. Si no respondí a tu primera carta no te enfades conmigo, querido hermano. Estamos en una situación en la que las noches son necesarias y trabajaba como un hombre. ¡Ah!, no me creía con tanta fuerza. La señora de Bargeton es una mujer sin alma ni corazón; tenía la obligación, aunque no te amara ya, de protegerte y ayudarte después de haberte arrancado de nuestros brazos para lanzarte y dejarte abandonado en ese espantoso mar parisiense, en donde es necesario una bendición de Dios para encontrar verdaderas amistades en medio de ese piélago de hombres y de intereses. No vale la pena recordarla. Hubiese querido junto a ti a una mujer que se te dedicara por completo; un segundo yo, pero ahora que sé que tienes amigos que continúan nuestros sentimientos, me siento más tranquila. Despliega tus alas, mi bello y amado genio. Serás nuestra gloria, como ya eres nuestro amor,

Ève».

«Mi querido hijo, sólo me queda bendecirte, después de lo que tu hermana te dice, y asegurarte que mi pensamiento y mis oraciones sólo están, ¡ay!, llenos de tu recuerdo en detrimento de los que veo, ya que hay corazones en los que los ausentes tiene prioridad, y así sucede en el corazón de

tu madre».

De esta manera, dos días más tarde, Lucien pudo devolver a sus amigos el préstamo tan graciosamente ofrecido. Nunca, tal vez, le pareció la vida tan bella, pero el gesto de su amor propio no escapó a las profundas miradas de sus amigos y a su delicada sensibilidad.

—¡Se diría que tienes miedo de debernos algo! —exclamó Fulgence.

—¡Oh!, el placer que pone de manifiesto es muy grave a mi entender —dijo Michel Chrestien—, confirma completamente mis observaciones: Lucien es vanidoso.

—Es poeta —terció D'Arthez.

—¿Acaso me reprocháis un sentimiento tan natural como el mío?

—Hay que tener en cuenta que no nos lo ha ocultado —dijo Léon Giraud—; aún es franco, pero temo que más tarde no nos tema.

—¿Y por qué? —preguntó Lucien.

—Porque leemos en tu corazón —respondió Joseph Bridau.

—Hay en ti —le dijo Michel Chrestien— un espíritu diabólico, con el que a tus propios ojos justificarás las cosas más contrarias a nuestros principios: en lugar de ser un sofista de las ideas serás un sofista de la acción.

—¡Ah!, tengo miedo de eso —dijo D'Arthez—. Lucien, en ti mismo harás admirables discusiones en las que serás grande y que conducirán a hechos censurables... Nunca te pondrás de acuerdo contigo mismo.

—¿Sobre qué basáis pues vuestra requisitoria? —preguntó Lucien.

—Tu vanidad, mi querido poeta, es tan grande, que una buena dosis la pones hasta en tu amistad —exclamó Fulgence—. Toda vanidad de este estilo acusa un espantoso egoísmo, y el egoísmo es el veneno de la amistad.

—¡Oh!, Dios mío, no sabéis cuánto os quiero —exclamó Lucien.

—Si tú nos quisieras como nos queremos nosotros, ¿hubieses puesto tanto apresuramiento y tanto énfasis en devolvernos lo que con tanto placer y agrado te habíamos dado?

—Aquí no se presta nada, se da —le dijo brutalmente Joseph Bridau.

—No nos creas rudos, querido muchacho —le dijo Michel Chrestien—; somos previsores. Tenemos miedo de verte! preferir un día las alegrías de una pequeña venganza a las alegrías de nuestra pura amistad. Lee el *Tasso* de Goethe, la mayor obra de este gran genio, y verás como allí el poeta gusta de los bellos ropajes, los festines, el triunfo, el esplendor: pues bien, sé el *Tasso* sin su locura. ¿Te llamarán el mundo y sus placeres?... Quédate aquí. Traslada a la región de las ideas todo lo que pides a tus vanidades. Locura por locura, coloca la virtud en tus acciones y el vicio en tus ideas; en lugar de, como muy bien te lo advertía D'Arthez, pensar bien y

conducirte mal.

Lucien bajó la cabeza, sus amigos tenían razón.

—Confieso que no soy tan fuerte como vosotros —dijo, dirigiéndoles una mirada enternecedora—. No tengo espaldas como para sostener París, para luchar con valor. La naturaleza nos ha dado temperamentos y facultades diferentes, y vosotros conocéis mejor que nadie el revés de los vicios y de las virtudes. Ya estoy cansado, os lo confieso.

—Nosotros te sostendremos. Para eso son, precisamente, las amistades fieles —dijo D'Arthez.

—El socorro que acabo de recibir es precario y somos tan pobres los unos como los otros; pronto la necesidad me volverá a acuciar. Chrestien, a expensas del primer llegado, nada puede en librería. Bianchon está fuera de este círculo de negocios. D'Arthez sólo conoce los libros de ciencias o especialidades, que nada tienen que ver con los editores de novedades. Horace, Fulgence, Ridal y Bridau trabajan en un orden de ideas que les sitúa a cien leguas de las librerías. He de tomar una resolución.

—Adhiérete a la nuestra: ¡Sufrir! —dijo Bianchon—. Sufrir valientemente y confiarse al trabajo.

—Pero lo que para vosotros sólo es sufrimiento, para mí es la muerte —dijo vivamente Lucien.

—Antes de que el gallo haya cantado tres veces —dijo Léon Giraud, sonriendo—, este hombre habrá traicionado la causa del Trabajo por la de la pereza y los vicios de París.

—¿A dónde os ha conducido el trabajo? —preguntó Lucien, riendo.

—Cuando se va de París a Italia, no se encuentra Roma a mitad de camino —dijo Joseph Bridau—. Para ti los guisantes deberían crecer sazonados ya con mantequilla.

—Así sólo crecen para los primogénitos de los pares de Francia —dijo Michel Chrestien—. Pero nosotros los sembramos, los regamos y los encontramos mucho mejores.

La conversación se hizo divertida y siguió por otros derroteros. Estos perspicaces espíritus, estos delicados corazones, trataron de hacer olvidar esta pequeña querella a Lucien, quien a partir de entonces comprendió lo difícil que era engañarlos. Pronto llegó a ser presa de una desesperación interior, que ocultó cuidadosamente a sus amigos, tomándolos por implacables mentores. Su carácter meridional, que tan fácilmente recorría el teclado de los sentimientos, le hacía adoptar las más contradictorias resoluciones.

En varias ocasiones habló de lanzarse al periodismo, y siempre sus amigos le replicaron:

—¡Guárdate muy mucho!

—Eso sería la tumba del bello y delicado Lucien que queremos y conocemos —

dijo D'Arthez.

—No resistirías la constante oposición de placer y de trabajo, que se da en la vida de los periodistas; y resistir es el fondo de la virtud. Estarás tan encantado de ejercer el poder, de tener derecho de vida o muerte sobre las obras del pensamiento, que serás periodista antes de dos meses. Ser periodista es llegar a procónsul en la república de las letras. Quien puede decirlo todo, llega a poder hacerlo todo. Esta máxima es de Napoleón, y se comprende.

—¿No estaréis cerca de mí? —preguntó Lucien.

—Ya no estaremos más —exclamó Fulgence—. Siendo periodista tú no pensarás en nosotros más de lo que la muchacha de lá Ópera que, brillando, adorada, en su coche forrado de seda, ya no piensa en su pueblo, sus vacas y sus zuecos. Tú tienes en demasía las cualidades del periodista: el brillo y la improvisación del pensamiento. Nunca te negarás un rasgo de ingenio, aunque haga llorar a un amigo. Veo a los periodistas en los salones de los teatros. Me causan horror. El periodismo es un infierno, un abismo de iniquidades, de mentiras, de traiciones, que no se puede atravesar y de donde no se puede salir en estado de pureza sino protegido, al igual que Dante, por el divino laurel de Virgilio.

Cuanto más prohibía el cenáculo este camino a Lucien, más el deseo de conocer el peligro le incitaba a arriesgarse en él y comenzaba a discutir en su fuero interno: ¿no era ridículo dejarse sorprender una vez más por la desgracia sin haber hecho nada contra ella? Al ver el fracaso de sus gestiones respecto a su primera novela, Lucien estaba poco dispuesto a acometer una segunda. Además, ¿de qué iba a vivir mientras la escribía? Había agotado su dosis de paciencia durante un mes de privaciones. ¿Acaso no podría realizar de forma noble lo que los periodistas hacían sin conciencia ni dignidad? Sus amigos le insultaban con su desconfianza, quería probarles su fuerza de carácter. Tal vez un día podría ayudarles; sería así el heraldo de sus glorias.

—Por otro lado, ¿qué es una amistad que retrocede ante la complicidad? —preguntó una tarde a Michel Chrestien, a quien había acompañado a su casa junto con Léon Giraud.

—Nosotros no retrocedemos ante nada —respondió Michel Chrestien—. Si tuvieses la desgracia de matar a tu amante, yo te ayudaría a esconder tu crimen y aún podría tenerte estima; pero si te convirtieras en espía, te huiría con horror, ya que serías cobarde e infame por sistema. Éste es el periodismo, en dos palabras. La amistad perdona el error, el movimiento irreflexivo de la pasión; pero ha de ser implacable ante la premeditación de traficar con el alma, con el talento, con el pensamiento.

—¿No podría hacerme periodista para vender mi libro de poemas y mi novela, y abandonar en seguida el periódico?

—Maquiavelo se conduciría así, pero no Lucien de Rubempré —dijo Léon

Giraud.

—Pues bien —exclamó Lucien—, os probaré que supero a Maquiavelo.

—¡Ah! —exclamó Michel, apretando la mano de Léon—, acabas de perderle. Lucien —le dijo— tienes ahora trescientos francos, es suficiente para vivir tres meses cómodamente; pues bien, trabaja, escribe una segunda novela; D'Arthez y Fulgence te ayudarán en el plan, irás cobrando importancia, serás un novelista. Yo ya penetraré en uno de esos lupanares del pensamiento, seré periodista durante tres meses, venderé tus libros a cualquier librero cuyas publicaciones atacaré, escribiré los artículos y obtendré para ti publicidad; organizaremos un gran éxito, serás un gran hombre y seguirás siendo nuestro Lucien.

—Me menosprecias creyendo que voy a perecer allí donde tú vas a salvarte —le respondió el poeta.

—Perdonadle, ¡Dios mío!, es un niño —exclamó Michel Chrestien.

Después de haber desentumecido el espíritu durante las veladas pasadas en la casa de D'Arthez, Lucien había estudiado el tono jocoso y los artículos de los periódicos más ingeniosos, se entrenó en secreto en esta gimnasia de pensamiento y salió una mañana con la triunfante idea de ir a pedir trabajo a algún coronel de estas tropas ligeras de la Prensa. Se vistió lo más elegantemente posible y atravesó los puentes, pensando que los autores, los periodistas, los escritores, en una palabra, sus hermanos futuros tendrían y demostrarían un poco más de ternura y de desinterés que las dos clases de libreros contra los que sus esperanzas se habían estrellado. Encontraría simpatías; alguna buena y dulce afección como la que encontraba en el cenáculo de la calle de Quatre-Vents.

Preso de las emociones del presentimiento escuchado, combatido, que tanto aman los hombres de imaginación, llegó a la calle Saint-Fiacre, junto al Boulevard Montmartre, ante el edificio en donde se encontraban las oficinas del pequeño diario, y cuyo aspecto le hizo sentir las palpitations del joven que por primera vez entra en un lugar de mala reputación. A pesar de todo, subió hasta las oficinas, situadas en el entresuelo. En la primera habitación, separada en dos partes iguales por un tabique, mitad madera, mitad enrejado hasta el techo, encontró a un inválido, un manco, quien con su única mano sujetaba varias resmas de papel sobre su cabeza, y entre sus dientes el libro que la administración fiscal exigía. Este pobre hombre, cuyo rostro era de un tono amarillento, sembrado de bulbos rojos, lo que le había dado el mote de coluquinto, le señaló tras la verja el cancerbero del periódico. Este personaje era un antiguo oficial condecorado, con la nariz casi oculta por un bigote gris, un gorro de seda negra en la cabeza y envuelto en una amplia levita azul como una tortuga dentro de su caparazón.

—¿A partir de qué día quiere el señor que comience su suscripción? —preguntó el oficial del Imperio.

—No vengo aquí para una suscripción —respondió Lucien. El poeta miró hacia la puerta por la que había entrado, y vio el cartel en donde se leían estas palabras: Oficinas de Redacción, y debajo: Prohibida la entrada al público.

—Una reclamación, sin duda —continuó el soldado de Napoleón—. ¡Ah!, sí, hemos sido muy duros con Mariette, ¿La causa? Yo aún no sé por qué. Pero si pide una satisfacción, estoy dispuesto a dársela —añadió, mirando los floretes y las pistolas agrupadas en una moderna panoplia en un rincón.

—Aún menos, caballero; vengo para hablar con el redactor jefe.

—Aquí no hay nadie antes de las cuatro.

—Vea, mi querido Giroudeau; cuento once columnas, las cuales, a cien, sueldos la pieza, hacen cincuenta y cinco francos; he recibido cuarenta, luego aún me debe quince, como le decía...

Estas palabras fueron dichas por un hombrecillo delgado, con cara de garduña, descolorida como la clara de un huevo mal cocido, atravesada por dos ojos de un azul pálido, pero tremendos de malicia, y que pertenecían a un joven escondido tras el corpachón opaco del antiguo militar. Esta voz heló a Lucien; semejava al maullido de los gatos y al ahogo asmático de la hiena.

—Sí, mi pequeño miliciano —respondió el oficial retirado—, pero usted cuenta los títulos y los blancos; tengo órdenes de Finot de sumar el total de las líneas y dividir las por el número necesario para cada columna. Tras de haber practicado esta operación estranguladora en su texto, el resultado da tres columnas menos.

—No paga los blancos, ¡el árabe!, y se los cuenta a su socio en el precio de conjunto. Voy a ir a ver a Étienne Lousteau, Vernou...

—Yo no puedo faltar a la consigna, amigo mío —dijo el oficial—. ¡Cómo! ¿Por quince francos chilla contra su nodriza, usted que hace artículos tan fácilmente como yo me fumo un cigarro? Bien; o pagará un vaso de ponche menos a sus amigos, o ganará una partida de billar de más, y todo quedará solucionado.

—Finot hace economías que le van a resultar muy caras —respondió el redactor, que se levantó y se fue.

«¿No se diría que es Voltaire y Rousseau?», se dijo a sí mismo el cajero, mirando al poeta de provincias.

—Caballero —dijo Lucien—, volveré hacia las cuatro.

Durante la discusión, Lucien había visto sobre las paredes los retratos de Benjamín Constant, del general Foy y de los diecisiete oradores ilustres del partido liberal, mezclados con caricaturas contra el gobierno. Había mirado, sobre todo, la puerta del santuario en donde debía elaborarse el gracioso diario que le divertía cada día y que gozaba del derecho de ridiculizar a los reyes, y los más graves acontecimientos, para sacarlo todo a relucir con una frase acertada.

Se fue a vagar por las calles, un placer completamente nuevo para él, y tan

atrayente, que vio en las relojerías las agujas de los relojes señalando las cuatro sin darse cuenta de que no había comido. El poeta se dirigió rápidamente a la calle de Saint-Fiacre, subió la escalera, abrió la puerta, no encontró al viejo militar y vio al inválido sentado sobre su papel timbrado, comiendo un pedazo de pan y guardando su puesto, acostumbrado al periódico como antaño al trabajo más duro, del ejército, y sin comprenderlo, al igual que nunca entendió el porqué de las marchas rápidas del Emperador. Lucien tuvo la atrevida idea de engañar a este temible funcionario; se echó el sombrero sobre la frente y abrió, como si estuviera en su casa, la puerta del santuario.

La sala de redacción ofreció a sus ávidas miradas una mesa redonda cubierta por un mantel verde y seis sillas de cerezo recubiertas con paja aún nueva. Las baldosas de esta habitación no habían sido fregadas, pero estaban limpias, lo que indicaba una considerable concurrencia de público. Sobre la chimenea un espejo, un reloj de tendero lleno de polvo, dos candelabros en los que dos velas habían sido introducidas brutalmente, y unas tarjetas de visita esparcidas. Sobre la mesa, unos periódicos atrasados hacían compañía a un tintero cuya tinta seca semejaba laca, y adornado con plumas retorcidas por el sol. En algunos pedazos de papel roto leyó algunos artículos de escritura ilegible y casi jeroglífica, rasgados en su parte de arriba por los cajistas de la imprenta, a quienes esta marca sirve para conocer los artículos ya compuestos. Luego, aquí y allá, en algunos papeles grises admiró algunas caricaturas dibujadas con bastante gracia por personas que, sin duda, habían tratado de matar el tiempo matando cualquier cosa para distraer la mano.

Sobre el pequeño papel, de un colorido verde agua, vio sujetos con alfileres nueve dibujos diferentes hechos a pluma sobre *El solitario*, libro cuyo inaudito éxito lo recomendaba por Europa entera y que debía de cansar a los periodistas. *El solitario* en provincias, al aparecer, sorprende a las damas. En un castillo *El solitario* se lee. Efecto de *El solitario* sobre los domésticos animales. Entre los salvajes, *El solitario* explicado, un gran éxito obtiene. *El solitario*, traducido al chino y presentado por el autor, de Pekín al emperador. Por el Mont-Sauvage, Élodie violada. Esta caricatura pareció muy impúdica a Lucien, pero le hizo reír. Por los periódicos, *El solitario* bajo un dosel, paseado procesionalmente. *El solitario*, haciendo estallar una prensa, a los osos hiera. Leído al revés, sorprende *El solitario* a los académicos por superiores bellezas.

Lucien vio en la faja de un periódico un dibujo que representaba a un redactor que tendía su sombrero, y debajo: «Finot, ¿mis cien francos?», firmado con un nombre que luego se ha hecho famoso, pero que nunca será ilustre. Entre la chimenea y la ventana había una mesa de escritorio, un sillón de caoba, un cesto para los papeles y una alfombra oblonga llamada delante de chimenea; todo ello cubierto con una espesa capa de polvo. Las ventanas sólo tenían pequeñas cortinas. En lo alto de este

escritorio había unas veinte obras dejadas allí durante el día, grabados, de música, tabaqueras de la Carta, un ejemplar de la novena edición de *El solitario*, que según siendo la gran diversión del momento, y una decena de cartas lacradas. Cuando Lucien hubo inventariado este extraño mobiliario, hecho numerosas y exhaustivas reflexiones, y dieron las cinco, volvió adonde se encontraba el inválido para preguntarle.

Coloquinto había terminado su pan y esperaba con la paciencia del centinela al militar condecorado, quien tal vez se estaba paseando por el bulevar. En aquel instante, una mujer apareció en el quicio de la puerta, después de haber dejado oír el crujir de su vestido por la escalera y ese ligero paso femenino tan fácil de reconocer. Era bastante bonita.

—Caballero —dijo a Lucien—, sé por qué alaba tanto los sombreros de la señorita Virginia y vengo, en primer lugar, a pedirle una suscripción por un año, pero dígame las condiciones...

—Señora, no pertenezco al periódico...

—¡Ah!

—¿Una suscripción a partir de octubre? —preguntó el inválido.

—¿Qué reclama la señora? —preguntó el antiguo militar, quien apareció en aquel momento.

El oficial comenzó una conferencia con la bella vendedora de modas.

Cuando Lucien, impaciente por la espera, entró en la primera sala, oyó esta frase final:

—Pero si estaré encantada, caballero. La señorita Florentine podrá venir a mi tienda y escoger lo que le apetezca. Tengo lazos. De esta manera, todos de acuerdo: no volverá a hablar de Virginie, una chapucera incapaz de idear un solo modelo, mientras que yo sí que los invento.

Lucien oyó caer un cierto número de escudos en la caja. Luego el militar comenzó a hacer las cuentas del día.

—Caballero, hace una hora que estoy esperando —dijo Lucien, con cierto enfado en su hablar.

—No han venido todavía —dijo el veterano napoleónico, manifestando cierto interés por cortesía—. No me sorprende. Hace ya algunos días que no los veo. Ya estamos a mediados de mes, ¿lo ve? Estos conejillos sólo aparecen cuando se les paga, del 29 al 30.

—¿Y el señor Finot? —preguntó Lucien, que había retenido el nombre del director.

—Está en su casa, en la calle Feydeau. Coloquinto, amigo mío, llévale todo lo que ha llegado hoy cuando lleves el papel a la imprenta.

—¿Dónde se hace el periódico? —dijo Lucien, hablando consigo mismo.

—¿El periódico? —repitió el empleado, que recibió de Coloquinto el resto del dinero del timbre—. ¿El periódico?... ¡Ejem, ejem! Amigo, mañana a las seis en la imprenta, para dar prisa a los repartidores. El periódico, caballero, se hace en la calle, en la casa de los autores, en la imprenta, entre las once y media noche. En los tiempos del emperador, caballero, estas tiendas de papel echado a perder no se conocían. ¡Ah!, esto hubiese sido barrido por cuatro hombres y un cabo y no se hubiese dejado molestar por éstos con frases. Pero basta de hablar. Si a mi sobrino le salen las cuentas y se escribe para el hijo del otro, ¡ejem ejem!, después de todo no es malo. Bueno, bueno, parece ser que los suscriptores no vienen en masa; voy a abandonar mi puesto.

—Señor, me da la impresión de que está muy al tanto de la redacción del periódico.

—Desde el punto de vista financiero, ¡ejem, ejem! —dijo, tragándose las flemas que tenía en el gáznate—. Según los talentos, cien sueldos o tres francos la columna de cincuenta líneas de cuarenta espacios, sin blancos. Eso es. En cuanto a los redactores, son unos tipos extravagantes, gentecilla que yo no hubiese querido ni para soldados de retaguardia, y que porque colocan patas de mosca sobre papel blanco se creen ya con derecho a adoptar aires de desprecio para con un antiguo capitán de los dragones de la Guardia Imperial, retirado como jefe de batallón, que entró en todas las capitales de Europa con Napoleón...

Lucien, empujado hacia la puerta por el soldado de Napoleón, que iba cepillando su levita azul y manifestaba la intención de salir, tuvo el valor de ponerse de lado.

—Vengo para ser redactor —dijo—, y le juro que me siento lleno de respeto hacia un capitán de la Guardia Imperial, hombres de bronce...

—Bien dicho, paisano —interrumpió el oficial, golpeando el vientre de Lucien—. Pero, ¿en qué categoría de redactores quiere entrar? —dijo, pasando ante el vientre de Lucien y comenzando a bajar la escalera; ya no se detuvo hasta encender su cigarro en la portería—. Si vienen suscripciones, recíbalas y tome nota, tía Chollet. Siempre la suscripción, no conozco otra cosa que la suscripción —dijo, volviéndose hacia Lucien, que le había seguido—. Finot es mi sobrino, el único de la familia que me ha echado una mano ayudándome en mi situación. Así pues, cualquiera que busca camorra con Finot se topa con el viejo Giroudeau, capitán de dragones de la Guardia, que empezó como simple jinete en el ejército de Sambre y Meuse, cinco años maestro de armas en el primero de húsares, ejército de Italia. ¡Uno, dos!, y el contrincante a la sombra —dijo, haciendo el gesto de tirarse a fondo—. Así pues, pequeño, tenemos diversos cuerpos de redactores: el redactor que escribe y tiene su salario, el redactor que escribe y no tiene nada, lo que llamamos un voluntario; y finalmente el redactor que no escribe nada y que no es el más tonto; éste sí que no se equivoca, se las da de escritor, pertenece al periódico, nos paga una cena, deambula por los teatros,

mantiene a una actriz y es feliz. ¿Qué quiere ser?

—Pues redactor, trabajando bien y siendo bien pagado.

—Usted es como todos los reclutas, ¡qué quieren ser mariscales de Francia! Crea al viejo Giroudeau, por la derecha, paso ligero; vaya a recoger clavos en el arroyo como ese hombre honrado que ha servido, se ve en su aspecto. ¿No es un horror que un viejo soldado que ha ido mil veces al asalto recoja clavos en París? Dios del cielo, ¿por qué no defendiste al Emperador? En fin, joven amigo, ese desdichado que ha visto esta mañana, ha ganado cuarenta francos este mes. ¿Lo haría mejor? Y según Finot es el más ingenioso de sus redactores.

—Cuando fue al Sambre y Meuse le dijeron que allí había peligro, ¿no?

—¡Y tanto!

—¿Pues bien?

—Pues bien, vaya a ver a mi sobrino Finot, un buen muchacho, el hombre más leal que nunca encontrará, si es que puede encontrarlo, ya que se mueve como un pez. Su oficio no es escribir, ¿comprende?, sino hacer que escriban los demás. Parece ser que los parroquianos se divierten más regalándose con las actrices que emborronando papel. ¡Oh! ¡Son unos puntos! ¡Hasta más ver!

El cajero balanceó su temible bastón con puño de plomo, uno de los protectores de Germánico, y dejó a Lucien en el bulevar, tan sorprendido ante este cuadro de la redacción como lo había estado de los resultados definitivos de la literatura en Vidal y Porchon. Lucien fue diez veces a casa de Andoche Finot, director del periódico, en la calle Feydeau, sin encontrarle. A la mañana temprano, Finot aún no había llegado. Al mediodía, Finot ya había salido; comía, le decían, en tal café; Lucien iba al café, preguntaba por Finot a la sirvienta, venciendo repugnancias inauditas. Finot acababa de salir. Finalmente Lucien, cansado, consideró a Finot como a un personaje apócrifo y fabuloso, y le pareció mucho más sencillo encontrar a Étienne Lousteau en Flicoteaux. Este periodista le explicaría sin ningún género de dudas el misterio que se cernía sobre la existencia del periódico al que estaba adscrito.

Después del cien veces bendito día en que Lucien conoció a Daniel D'Arthez, había cambiado de sitio en Flicoteaux; los dos amigos comían uno al lado del otro y hablaban en voz baja de alta literatura, y de asuntos a tratar, de la manera de presentarlos, de desarrollarlos y de su desenlace. En aquellos momentos, Daniel D'Arthez corregía el manuscrito de *El arquero de Carlos IX*, rehacía algunos capítulos, escribía las bellas páginas que allí se encuentran y terminaba el magnífico prólogo que, tal vez, domina al libro y que tanta claridad arrojó sobre la joven literatura. Un día, en el instante en que Lucien se sentaba al lado de Daniel, que le había esperado y cuya mano aún estrechaba, vio en la puerta a Étienne Lousteau, que hacía molinetes con su bastón. Lucien se soltó bruscamente de la mano de Daniel y dijo al camarero que quería comer en su antiguo lugar, junto al mostrador, D'Arthez

arrojó sobre Lucien una de esas angelicales miradas en las que el perdón envuelve al reproche y que cayó tan vivamente en el corazón del poeta, que volvió a coger la mano de Daniel para estrecharla de nuevo.

—Se trata de un asunto muy importante para mí —le dijo—; ya te contaré más tarde.

Lucien se sentó en su antiguo puesto en el momento en que Lousteau se acomodaba en el suyo, saludó el primero y la conversación se entabló bien pronto y se hizo tan animada que Lucien se fue a buscar su manuscrito de *Las Margaritas* mientras Lousteau acababa de comer. Había logrado poder someter sus sonetos al juicio del periodista y contaba con su alarde de condescendencia para encontrar un editor o poder entrar en el periódico. A la vuelta, Lucien vio a Daniel en un rincón del restaurante, tristemente acodado y que le miró melancólicamente, pero, devorado por la miseria y empujado por la ambición, hizo como si no viese a su hermano de cenáculo y siguió a Lousteau.

Antes de la caída de la tarde, el periodista y el neófito fueron a sentarse bajo los árboles de esta parte del Luxemburgo, que de la gran avenida del Observatorio lleva hasta la calle del Oeste. Esta calle era entonces un gran cenagal bordeado de maderas y barro, y donde las casas se encontraban solamente hacia el lado de la calle de Vaugirard, y este paseo era tan poco frecuentado que en el momento en que París come dos amantes podían querellarse allí y darse las arras de un compromiso sin temor a ser vistos. El único aguafiestas posible era el veterano de facción en la pequeña verja situada en la calle del Oeste, si el venerable soldado se dignaba aumentar el número de pasos de que se componía su monótono paseo. Fue a esta avenida, en un banco de madera entre dos tilos, adonde condujo Étienne a Lucien para escuchar de labios de éste los sonetos escogidos como muestra de sus Margaritas. Étienne Lousteau, quien después de dos años de aprendizaje tenía el pie en el estribo en su calidad de redactor, y que contaba con ciertas amistades entre las celebridades de aquella época, era un personaje imponente a los ojos de Lucien. Por tal motivo, retorciendo el manuscrito de *Las Margaritas*, el poeta de provincias juzgó necesario hacer una especie de prefacio.

—El soneto, caballero, es una de las obras más difíciles de la poesía. Este pequeño poema ha sido abandonado por lo general. Nadie en Francia ha podido rivalizar con Petrarca, cuya lengua, indudablemente mucho más maleable que la nuestra, admite juegos de pensamiento, rechazados por nuestro positivismo (perdóneme esta palabra). Me ha parecido en consecuencia original comenzar con un conjunto de sonetos. Victor Hugo adoptó la oda, Canalis cae en la poesía de circunstancias, Béranger monopoliza la canción, Casimir Delavigne acapara la tragedia y Lamartine la meditación.

—¿Es usted clásico, o romántico? —preguntó Étienne Lousteau.

El aspecto de extrañeza de Lucien denotaba una ignorancia tan completa en el estado de cosas de la República de las Letras, que Lousteau juzgó necesario darle algunas explicaciones.

—Querido amigo, llega usted en medio de una batalla de lo más encarnizada y tiene que decidirse cuanto antes. En primer lugar, la literatura está dividida en varias zonas, pero nuestros grandes hombres están separados en dos campos. Los Realistas son románticos y los Liberales son clásicos. La divergencia de las opiniones literarias se une a la divergencia de las opiniones políticas, y de ahí surge una guerra sin cuartel con todas las armas y en todos los campos, tinta a torrentes, buenas palabras en acero agudizado, puntiagudas calumnias, apodos a ultranza entre las glorias nacientes y las glorias en decadencia. Por singular paradoja, los realistas románticos piden la libertad literaria y la revocación de las leyes que dan formas convenidas a nuestra literatura; mientras que los liberales desean mantener las unidades, la cadencia del alejandrino y el tema clásico. Las opiniones literarias se encuentran por tanto en desacuerdo, en cada campo, con las opiniones políticas. Si es usted ecléctico, con toda seguridad no tendrá a nadie a su favor. ¿En qué lado se va a alinear?

—¿Quiénes son los más fuertes?

—Los periódicos liberales tienen muchos más suscriptores que los periódicos monárquicos o ministeriales; sin embargo, *Canalis* triunfa a pesar de ser monárquico y religioso, y a pesar de estar protegido por la corte y por el clero. ¡Bah!, los sonetos son literatura de antes de Boileau —dijo Étienne, al ver a Lucien asustado ante la perspectiva de tener que elegir entre dos bandos—. Sea romántico. Los románticos son jóvenes y los clásicos son pelucas: los románticos triunfarán.

La palabra peluca era el último vocablo hallado por el periodismo romántico y con el que había definido a los clásicos.

—¡La Margarita! —dijo Lucien, escogiendo el primero de los dos sonetos que justificaban el título y servían de preámbulo.

Margarita de vivos colores,
no siempre alegráis nuestra visión,
dais sentimientos a nuestro corazón
cual canto en que el hombre indica sus favores.

Vuestra plata que engarza oro de amores
revela tesoros de su adoración,
y en vuestras venas una sangre de pasión
transformará su gran triunfo en dolores.

¿Es para cerrarse el día en que el Redentor,
saliendo de su tumba en un mundo mejor,

llueva virtudes al agitar sus alas,
por lo que otoño os ve florecer,
hablándonos de un infiel placer,
o para recordar la juventud pasada?

Lucien se sintió molesto ante la perfecta inmovilidad de Lousteau mientras escuchaba este soneto; no conocía aún la desconcertante impasibilidad que da la costumbre de la crítica y que distingue a los periodistas cansados de prosa, de dramas y de versos. El poeta, acostumbrado a recibir aplausos, devoró su contrariedad; leyó el soneto preferido por la señora de Bargeton y por algunos de sus amigos del cenáculo.

«Tal vez éste logre arrancarle un comentario», pensó.

Segundo soneto.

La Margarita.

Soy la margarita, era la más bella
de las flores que el césped salpicaban.
Feliz por mi belleza, me buscaban
pensando que en mí el tiempo no haría mella.

A mi pesar, ¡ay!, fue mi nueva estrella
de las que en mi frente fatal claridad dan,
la suerte me condena de la verdad al plan,
sufro y muero; la ciencia la muerte sella.

No tengo ya silencio ni descanso,
y con dos palabras el amor manso
destruyéndome en mi corazón lee amor.

Soy la única flor que se arroja sin reto,
su corola es despojada con ardor
y soy olvidada al dar mi secreto.

Cuando terminó, el poeta miró a su aristarco. Étienne Lousteau contemplaba los árboles y el parterre.

—¿Y bien? —dijo Lucien.

—¿Y bien?, querido amigo, ¡continúe!, ¿no le estoy escuchando? En París,

escuchar sin decir nada ya es un elogio.

—¿Tiene ya bastante? —preguntó Lucien.

—¡Continúe! —contestó un tanto bruscamente el periodista.

Lucien leyó el soneto siguiente, pero lo leyó con la muerte en el corazón, ya que la impenetrable sangre fría de Lousteau heló su elocuencia. Si hubiese estado más bregado en la vida literaria hubiese sabido que, en los autores, el silencio y la brusquedad, en parecidas circunstancias, traicionan la envidia que causa una bella obra, al igual que su admiración anuncia el placer que una obra mediocre le inspira y que les asegura su amor propio.

Trigésimo soneto.

La Camelia.

Cada flor habla de la Natura.

La rosa es amor, celebra belleza,
la violeta es un alma simple y pura
y el lirio resplandece en su realeza.

La Camelia, monstruo de la cultura,
rosa sin ambrosía, lirio sin simpleza,
parece marchitarse en la frescura
de la virginidad y su fineza.

Sin embargo, ante los palcos del teatro
gusto de ver sus pétalos de alabastro,
corona de pudor, blancas camelias,

Entre el pelo negro de bellas mujeres
que a las almas inspiran puros quererres
como los mármoles negros de Fidias.

—¿Qué piensa de mis pobres sonetos? —preguntó seriamente Lucien.

—¿Quiere saber la verdad? —dijo Lousteau.

—Soy lo suficientemente joven para quererla y ansío demasiado triunfar para no oírla sin enfadarme, pero no sin desesperar —respondió Lucien.

—Pues bien, amigo mío, los enredos del primero anuncian una obra realizada en Angulema y que sin duda alguna le ha costado demasiado como para renunciar a ella; el segundo y el tercero tienen ya el sabor de París, pero léame aún otro —dijo, haciendo un gesto que pareció encantador al gran hombre de provincias.

Animado por esta petición, Lucien leyó con mayor confianza el soneto que preferían D'Arthez y Bridau, tal vez a causa de su colorido.

Quincuagésimo soneto.

El Tulipán.

Yo soy el tulipán, de Holanda una flor,
y ante mi belleza el flamenco avaro
por mí da más que por diamante caro
si soy grande, esbelto y de buen color.

Mi aire es feudal, y cual gran dama de honor
en su vestido de tejido raro
varios blasones pintados amparo
con azur, gules y oro como labor.

El jardinero divino ha hilado
los rayos del sol y la púrpura real
para ofrecerme un vestido encantado;

Nadie en el jardín iguala mi esplendor,
mas la naturaleza me ha negado
que para mi bello cáliz haya olor.

—¿Y bien? —preguntó Lucien, acabada la lectura, tras un momento de silencio que le pareció de una duración desmesurada.

—Amigo mío —le dijo gravemente Étienne Lousteau, mirando la punta de las botas que Lucien se había traído de Angulema y que estaba terminando de desgastar —, le aconsejo ennegrecer la punta de sus zapatos con tinta, a fin de que ahorre su betún; que haga mondadientes con sus plumas, para que adopte aire de haber cenado cuando salga de casa de Flicoteaux a pasear por esta bella avenida, y que se busque un trabajo cualquiera. Conviértase en un pasante de notario, si tiene corazón; en vendedor, si tiene plomo en los riñones; o en soldado, si le gusta la música militar. Tiene madera de tres poetas, pero, antes de haber triunfado, tiene tiempo de morir seis veces de hambre si cuenta con el producto de su poesía para vivir. Ya que sus intenciones son, según sus discursos demasiado jóvenes, hacer dinero con su tintero. No juzgo su poesía. Es, con mucho, superior a todas las poesías que llenan los almacenes de los librerías. Esas maulas elegantes, vendidas un poco más caras que las otras a causa de su papel vitela, terminan casi todas por amontonarse en las márgenes

del Sena, adonde puede ir a contemplar sus caras si algún día desea hacer algún instructivo peregrinaje por los muelles de París, desde el puesto del viejo Jérôme, en el puente de Notre-Dame, hasta el Pont-Royal. Allí encontrará todos los ensayos poéticos, las Inspiraciones, las Elevaciones, los Himnos, los Cantos, las Baladas, las Odas, y en una palabra, todas las elucubraciones creadas desde hace siete años por musas, cubiertas de polvo, salpicadas por los coches de punto y violadas por todos los transeúntes que quieren contemplar la viñeta del título. No conoce a nadie, no tiene acceso a ningún periódico, sus Margaritas permanecerán castamente plegadas tal como las tiene usted; nunca florecerán al sol de la publicidad en la pradera de amplios márgenes esmaltada por los florones que prodiga el ilustre Dauriat, el librero de las celebridades, el rey de las Galerías de Madera. Mi pobre amigo, yo llegué como usted, con el corazón lleno de ilusiones, empujado por el amor al Arte, transportado por impulsos invencibles hacia la gloria, me he encontrado con las realidades del oficio, las dificultades de la librería y lo positivo de la miseria. Mi exaltación, reprimida en la actualidad, y mi primera efervescencia, me ocultaban el mecanismo del mundo; ha sido preciso verlo, darse contra todos los engranajes, herirse en los pivotes, mancharse de grasa, oír el chasquido de las cadenas y de las ruedas. Al igual que yo, llegará a saber que, bajo todas esas bellas cosas soñadas, se agitan hombres, pasiones y necesidades. Por fuerza se verá mezclado en luchas horribles, de obra a obra, de hombre a hombre, de partido a partido, en donde es preciso batirse sistemáticamente para no verse abandonado por los suyos. Estos innobles combates desencantan el alma, depravan el corazón y causan una fatiga que ninguna ventaja comporta; ya que a menudo nuestros esfuerzos sirven para coronar a un hombre a quien se odia, un talento secundario, presentado, a pesar nuestro, como un genio. La vida literaria tiene sus bastidores. Los éxitos sorprendidos o merecidos, esto es lo que la galería aplaude; los medios, siempre odiosos, los comparsas pintados, los aduladores y los tramoyistas, esto es lo que se encuentra entre bastidores. Usted está aún entre el público. Aún está a tiempo, abdique antes de poner un pie en el primer escalón del trono que tantas ambiciones se disputan y no se deshonrará como yo lo hago para vivir. —Una lágrima asomó a los ojos de Étienne Lousteau—. ¿Sabe cómo vivo? —continuó, con acento de rabia—. El poco dinero que mi familia pudo darme, lo gasté en seguida. Me encontraba sin recursos después de haber hecho aceptar una pieza en el Teatro Francés. En el Teatro Francés, la protección de un príncipe o de un primer Gentilhombre de Cámara no es suficiente para obtener un resultado favorable: los comediantes no ceden más que ante los que amenazan su amor propio. Si tiene el poder de hacer decir que el primer galán es asmático, que la primera dama tiene una fístula en donde quiera y que la característica caza las moscas al vuelo, a la mañana siguiente se verá en cartel. No sé si de aquí a dos años el que en este momento le está hablando tendrá el poder de hacer tal cosa: se necesitan muchos amigos. Dónde,

cómo y de qué forma ganar mi pan, fue una cuestión que me urgía resolver en cuanto comencé a sentir los primeros zarpazos del hambre. Después de muchas tentativas, después de haber escrito una novela anónima que fue comprada por doscientos francos por Doguereau, que no se ha hecho rico con ella, me convencí de que sólo el periodismo podría alimentarme. Pero, ¿cómo entrar en esos círculos? No le voy a contar mis gestiones ni mis inútiles solicitudes, ni los seis meses pasados como supernumerario mientras me decían que ahuyentaba al suscriptor, cuando en realidad lo atraía. Pasemos sobre esas mezquindades. Hoy hago las reseñas, casi de forma gratuita, de los teatros del bulevar en el periódico que pertenece a Finot, ese gran muchacho que aún come dos o tres veces al mes en el café Voltaire (¡pero no vaya allí!). Finot es el redactor jefe. Yo vivo de vender las entradas que me dan los directores de esos teatros para comprar mi benevolencia en el periódico, y los libros que los editores me envían para que me ocupe de ellos. En fin, trafico, una vez que Finot está satisfecho, con los tributos en especies que aportan las industrias para las que, en favor o en contra, me permite lanzar artículos. El agua carminativa. La pasta de las Sultanas, el Aceite cefálico, la Mixtura Brasileña, pagan por un artículo guasón veinte o treinta francos. Me veo obligado a ladrar al librero que da pocos ejemplares al periódico; el periódico se queda dos, que vende Finot; yo necesito vender otros dos. Aunque publique una obra maestra, al librero avaro en ejemplares lo despedaza. Es asqueroso, pero yo, como cien más, vivo de este oficio. Y no piense que el mundo político es más bello que este mundillo literario: en estos dos mundos todo es corrupción, y, cada hombre es allí o corruptor o corrompido. Cuando se trata de una empresa de librero un tanto considerable, el librero me paga ante el miedo de verse atacado. También mis ingresos están en relación con los folletos. Cuando los folletos salen en erupciones de millares, el dinero entra a oleadas en mi bolsa y entonces agasajo a mis amigos. Si no hay negocio de libreros, entonces como en Flicoteaux. Las actrices pagan también los elogios, pero las más hábiles pagan las críticas; el silencio es lo que más temen. De este modo, una crítica hecha para ser discutida en otra parte, se paga más y vale más que un simple elogio que se olvida a la mañana siguiente. La polémica, mi querido amigo, es el pedestal de las celebridades. En este oficio de espadachín de las ideas y de las reputaciones industriales, gano cincuenta escudos al mes, puedo vender una novela por quinientos francos y comienzo a ser considerado como hombre temible. Cuando en lugar de vivir en casa de Florine, a expensas de un droguero que se da aires de milord, tenga casa propia y trabaje en un gran periódico en el que dirija mi folletín, ese día, querido amigo, Florine se convertirá en una gran actriz; en cuanto a mí, no se aún en lo que me convertiré: ministro u hombre honrado, todo es posible aún. —Alzó su cabeza humillada y lanzó hacia el follaje una mirada de desesperación acusadora y terrible—. ¡Y tengo una bella tragedia aceptada! ¡Y entre mis papeles un poema condenado a morir! ¡Y yo era

bueno! Tenía el corazón puro y por amante a una actriz del Panorama Dramático, yo, que soñaba con bellos amores entre las mujeres más distinguidas del gran mundo. En una palabra, por un ejemplar que el librero rehúse a mi periódico, digo barbaridades de una obra que yo encuentro verdaderamente hermosa.

Lucien, conmovido y con lágrimas en los ojos, apretó la mano de Étienne.

—Fuera del mundo literario —dijo el periodista, levantándose y dirigiéndose hacia la gran avenida del Observatorio, por donde los dos poetas se pasearon como para dar más aire a sus pulmones— no existe una sola persona que conozca la odisea horrible por la que se llega a lo que se ha de llamar, según los talentos, la moda, lo en boga, la reputación, el renombre, la celebridad, el favor público, esos diversos escalones que conducen a la gloria y que nunca la reemplazan. Este fenómeno moral tan brillante se compone de mil accidentes que varían con tanta rapidez que no existe un ejemplo de dos hombres que hayan triunfado siguiendo el mismo camino. Canalis y Nathan son dos hechos dispares y que no se renovarán. D'Arthez, que se mata a trabajar, llegará a ser célebre, pero por otro camino. Esta reputación tan deseada casi siempre es una prostituta coronada. Sí, en las bajas obras de la literatura representa a la pobre buscona que se hiela en los guardacantones; para la literatura secundaria, es la mujer mantenida que sale de los malos lugares del periodismo y a la que yo sirvo de rufián; para la literatura elevada, es la brillante cortesana insolente que tiene casas, paga contribuciones al Estado, recibe a los grandes señores, los trata y los maltrata, tiene su librea, su carruaje y puede hacer esperar a sus sedientos acreedores. ¡Ah!, aquellos para la que es, como para mí antaño y ahora para usted, un ángel con las alas desplegadas, revestido con su blanca túnica, mostrando una verde palma en su mano y una flamígera espada en la otra, teniendo a la vez algo de la abstracción mitológica que vive en el fondo de un pozo y de la pobre muchacha virtuosa desterrada en un arrabal, enriqueciéndose únicamente a la claridad de la virtud mediante los esfuerzos de un noble valor y volviendo a los cielos con un carácter inmaculado cuando no es profanada, mancillada, violada y olvidada en el carro de los pobres, esos hombres de cerebro rodeado de bronce, con los corazones aún calientes bajo las tumbas de nieve de la esperanza, son muy raros en el país que ve a nuestros pies —dijo, señalando la gran ciudad que humeaba al declinar el día.

Una visión del cenáculo pasó entonces ante los ojos de Lucien y le conmovió, pero fue arrastrado por Lousteau, quien continuó con su espantosa lamentación.

—Son muy raros y esparcidos en esta cuba de fermentación, raros como los verdaderos amantes en el mundo amoroso, raros como las fortunas honradas en el mundo financiero, raros como un hombre puro en el periodismo. La experiencia del primero que me ha dicho lo que ahora yo le digo se ha perdido, como la mía será sin duda inútil para usted. Siempre el mismo ardor precipita de la provincia hasta aquí un número igual, por no decir creciente, de ambiciones imberbes, que se lanzan, con la

cabeza alta y el corazón altanero, al asalto del Mundo, esa especie de Princesa Turandot de los Mil y un días para la que cada uno quiere ser el príncipe Calaf. Pero nadie logra adivinar el enigma. Todos caen en la fosa de la desgracia, en el barro del periódico, en los pantanos de la librería. Estos mendigos espigan artículos biográficos, digresiones, sucesos de París para los periódicos, o libros pedidos por lógicos mercaderes de papel impreso que prefieren cualquier tontería que se agota en quince días a una obra maestra que necesita tiempo para venderse. Estos gusanos aplastados antes de convertirse en mariposas viven de vergüenza e infamia, dispuestos a morder o a elogiar a un talento naciente bajo una orden del bajá del *Constitutionnel*, de la *Quotidienne* o de los *Débats*, a la señal de unos librereros o ante el ruego de un amigo envidioso, muchas veces al precio de una comida. Los que superan los obstáculos olvidan la miseria desde el comienzo. El que le está hablando ha hecho durante seis meses artículos en los que puse la flor de mi talento para un imbécil que se los atribuía y que gracias a ellos ha pasado a ser director redactor de una hoja de folletín: no me ha tomado como colaborador, y ni tan siquiera me ha dado un franco, y me veo obligado a tenderle la mano y a estrechar la suya.

—Y eso, ¿por qué? —dijo orgullosamente Lucien.

—Puedo tener necesidad de colocar diez líneas en su folletín —respondió fríamente Lousteau—. En fin, querido amigo, en literatura el secreto de la fortuna no estriba en trabajar, sino en explotar el trabajo ajeno. Los propietarios de los periódicos son los contratistas, y nosotros sus albañiles. De este modo, cuanto más mediocre es un hombre, más rápidamente triunfa; puede comerse sapos vivos, resignarse a todo, halagar las mezquinas y bajas pasiones de los sultanes literarios como un recién llegado de Limoges, Hector Merlin, que ya hace política en un periódico del centro derecha y que trabaja en nuestro pequeño diario: yo le he visto recoger el sombrero caído de un redactor jefe. Y al no hacer sombra a nadie, este muchacho pasará entre las ambiciones rivales mientras éstas luchan entre sí. Me da pena. Me veo en usted como yo era antes, y estoy seguro que dentro de uno o dos años será usted igual a lo que soy ahora. Puede pensar en alguna secreta envidia, en algún interés personal al oír estos amargos consejos; pero en realidad están dictados por la desesperación del condenado que ya no puede abandonar el Infierno. Nadie se atreve a decir lo que yo le grito con el dolor del hombre alcanzado en el corazón y que, al igual que otro Job sobre el estiércol, exclama: «¡Éstas son mis úlceras!».

—Luchar en este campo o en otro, de todos modos tengo que luchar —dijo Lucien.

—¡Sépallo de una vez! —continuó Lousteau—. Esta lucha será sin tregua si tiene talento, ya que su mayor suerte sería no tenerlo. La austeridad de su conciencia, hoy pura, se doblegará ante los que verá con su éxito entre sus manos; que con una sola palabra podrán darle la vida y no querrán decirla; ya que, créame, el escritor de moda

es más insolente y más duro para con los que empiezan que lo que pueda ser el más brutal de los libreros. Donde el librero no ve más que una pérdida, el escritor teme a un rival: el uno le despide y el otro le aplasta. Para hacer grandes obras, mi pobre muchacho, hará brotar de su corazón, con fuertes rasgos de su pluma, la ternura, la savia, la energía, y las cambiará en pasiones, en sentimientos y en frases. Sí, escribirá en vez de obrar, cantará en lugar de combatir, amará, odiará y vivirá en sus libros; pero cuando haya reservado sus riquezas para su estilo, su oro, su púrpura para sus personajes, cuando se pasee cubierto de harapos por las calles de París, feliz por haber creado, rivalizando con el Registro Civil, un ser llamado Adolphe, Corinne, Clarisse o Manon, cuando haya consumido su vida y su estómago para dar vida a esta creación, la verá calumniada, traicionada, vendida, deportada a las lagunas del olvido por los periodistas, enterrada por sus mejores amigos. ¿Podrá esperar el día en que su creación resurja vivificada? ¿Y por quién?, ¿cuándo?, ¿cómo? Existe un magnífico libro, el *pianto* de la incredulidad, Obermann, que se pasea solitario por los almacenes, y que desde entonces los libreros llaman una maula: ¿cuándo llegará para él la Pascua? Nadie lo sabe. Ante todo, trate de encontrar un librero lo suficientemente atrevido como para imprimir *Las Margaritas*. No se trata de que se las pague, sino de que las imprima. Entonces verá escenas curiosas.

Esta ruda perorata, pronunciada con los diversos acentos de las pasiones que expresaba, cayó como un alud de nieve en el corazón de Lucien, depositando en él un frío glacial. Permaneció de pie, silencioso, durante unos momentos. Finalmente su corazón, como estimulado por la horrible poesía de las dificultades, estalló. Lucien estrechó la mano de Lousteau y le dijo:

—¡Triunfaré!

—Bien —dijo el periodista—, un cristiano más que desciende a la arena para ofrecerse a las fieras. Querido amigo, esta noche hay un estreno en el Panorama Dramático; no comenzará hasta las ocho, y no son más que las seis; vaya a ponerse su mejor traje; quiero decir que se arregle convenientemente. Venga a recogerme. Vivo en la calle de La Harpe, encima del café Servel, en el cuarto piso. Primero pasaremos por casa de Dauriat. Insiste en ello, ¿no es así? Pues bien, esta noche le haré conocer a uno de los reyes de la librería y a algunos periodistas. Después del espectáculo cenaremos en casa de mi querida con algunos amigos, ya que la comida que hemos hecho no se puede considerar como tal. Allí conocerá a Finot, el redactor en jefe y propietario de mi periódico. ¿Conoce la frase de Minette del Vaudeville: «El tiempo es muy delgado»? Pues bien, para nosotros el azar también lo es, y hay que atraparlo.

—Nunca olvidaré este día —dijo Lucien.

—Provéase de su manuscrito y esté preparado, menos a causa de Florine que del librero.

La campechanería del compañero, que sucedía al grito violento del poeta

describiendo la guerra literaria, impresionó a Lucien tan vivamente como lo había sido anteriormente por la palabra grave y religiosa de D'Arthez. Animado por una lucha inmediata entre los hombres y él, el inexperto joven no sospechó en absoluto la realidad de los males morales que el periodista le anunciaba. No se sabía colocado entre dos caminos distintos, entre dos sistemas representados por el cenáculo y por el periodismo, en el que uno era largo, honroso y seguro y el otro sembrado de escollos peligrosos, lleno de arroyos fangosos en donde su conciencia debía embarrarse. Su carácter le obligaba a tomar el camino más corto y en apariencia el más agradable, y a emplear los medios decisivos y rápidos. En aquel momento no vio ninguna diferencia entre la noble amistad de D'Arthez y la fácil camaradería de Lousteau. Aquel inestable carácter vio en el periodismo un arma a su alcance y se sintió con fuerzas y habilidad para manejarla; quería apoderarse de ella.

Deslumbrado por los ofrecimientos de su nuevo amigo, cuya mano golpeó la suya con un abandono que le pareció gracioso, ¿podía saber que en la Prensa cada uno tiene necesidad de amigos, como los generales necesitan a sus soldados? Lousteau, al verle tan decidido, le acogía esperando más adelante tenerlo como aliado. El periodista era a su primer amigo como Lucien a su primer protector: uno quería ascender a cabo y el otro anhelaba ser soldado. El neófito retornó alegremente a su fonda, en donde se arregló tan cuidadosamente como el día nefasto en que quiso destacar en el palco de la marquesa de Espard en la Ópera; pero ya le iban mejor sus ropas, se había adaptado a ellas. Se puso su bonito pantalón estrecho de color claro, unas elegantes botas con borlas que le habían costado cuarenta francos y su levita de baile. Hizo rizar, perfumar y adornar en brillantes bucles sus finos y abundantes cabellos rubios. Su frente adquirió un aire de audacia basada en el sentimiento de su valía y de su porvenir. Lavó cuidadosamente sus manos de mujer, limpió sus uñas en forma de almendra, que quedaron sonrojadas. Sobre su cuello de negro raso brillaron las blancas redondeces de su mentón. Nunca un joven tan apuesto descendió la montaña del país latino. Hermoso como un dios griego, Lucien tomó un *fiacre* y se encontró a las siete menos cuarto a la puerta de la casa del café Servel.

La portera le invitó a escalar cuatro pisos, dándole unas nociones topográficas bastante complicadas. Provisto de aquellos informes, encontró, no sin dificultades, una puerta abierta al final de un largo pasillo oscuro y reconoció la clásica habitación del Barrio Latino. La miseria de los jóvenes le perseguía allí, como en la calle de Cluny, en casa de D'Arthez, en casa de Chrestien y por todas partes. Pero en todas partes está señalada por la huella que le da el carácter del paciente. Allí, aquella miseria era siniestra.

Una cama de nogal sin cortina, a cuyos pies hacía muecas una mala alfombra comprada de ocasión; en las ventanas, unas cortinas amarillentas por el humo de una chimenea que no tiraba y por el de los cigarros; sobre la chimenea una lámpara

Cárcel, regalo de Florine, que aún se había librado del Monte de Piedad; luego, una cómoda de caoba deslucida, una mesa repleta de papeles, dos o tres plumas esparcidas por un lado y por otro, ningún libro de los traídos la víspera o durante el día; tal era el mobiliario de esta habitación desprovista de objetos de valor y que ofrecía un innoble conjunto de malas botas bostezando en un rincón, viejos calcetines en estado de harapos, por otro lado cigarros aplastados a medio consumir, pañuelos sucios, camisas en dos volúmenes, corbatas en tres ediciones. Era, en una palabra, un vivac literario, amueblado de cosas negativas y de la mayor desnudez que imaginarse pudiera. Sobre la mesilla de noche, llena de libros leídos durante la mañana brillaba el rojo rollo de Fumade. Sobre la repisa de la chimenea erraban una navaja de afeitar, un par de pistolas y una tabaquera. En un entrepaño, Lucien vio dos floretes cruzados bajo una careta. Tres sillas y dos sillones, apenas dignos de la fonda más miserable de aquella calle, completaban el mobiliario.

Esta habitación, a la vez sucia y triste, anunciaba una vida sin reposo y sin dignidad; en ella se dormía, se trabajaba a ratos, se vivía en ella a la fuerza, se experimentaba el deseo de abandonarla. Qué diferencia entre este cínico desorden y la miseria limpia y decente de D'Arthez... Este consejo, que venía envuelto en un recuerdo, no quiso ser escuchado por Lucien, ya que Lousteau le gastó una broma para ocultar la desnudez del Vicio.

—Ésta es mi guarida; mi gran representación está en la calle de Bondy, en el nuevo piso que nuestro droguero ha amueblado para Florine y que esta noche inauguraremos.

Étienne Lousteau llevaba un pantalón negro, botas muy bien lustradas, chaqueta abotonada hasta el cuello; su camisa, que sin duda Florine le debía ir renovando, quedaba oculta por un cuello de terciopelo y cepillaba su sombrero para darle apariencia de nuevo.

—Vamos —dijo Lucien.

—Todavía no, estoy esperando a un librero que me traerá dinero, tal vez se juegue. No tengo ni un ochavo, y además necesito unos guantes.

En ese instante ambos amigos oyeron los pasos de un hombre en el corredor.

—Es él —dijo Lousteau—. Va a ver, mi querido amigo, el aspecto que adopta la Providencia cuando se manifiesta a los poetas. Antes de contemplar a Dauriat, el librero a la moda en toda su gloria, habrá visto al librero del muelle de los Agustinos, el librero de la rebaja, el vendedor de la chatarra literaria, el normando ex vendedor de legumbres. ¡Adelante, viejo tártaro! —exclamó Lousteau.

—Aquí estoy —dijo una voz cascada como el sonido de una campana rota.

—¿Con el dinero?

—¿Dinero? Ya no lo hay en la librería —respondió un joven, entrando y mirando a Lucien con aire de curiosidad.

—En primer lugar me debe cincuenta francos —continuó Lousteau—. Luego, aquí tiene dos ejemplares de *Un viaje a Egipto*, del que dicen que es una maravilla, está repleto de grabados y se venderá: Finot ha sido pagado por dos artículos que yo tengo que hacer. Ítem, dos de las últimas novelas de Victor Ducange, un autor ilustre en el Marais. Ítem, dos ejemplares de la segunda obra de un principiante, Paul de Kock, que trabaja en el mismo estilo. Ítem, dos *d'Yseult* de Dôle, una bonita obra provinciana. En total, cien francos precio fuerte. Por lo tanto, me debe cien francos, amigo Barbet.

Barbet miró los libros, observando la encuadernación y las tapas con sumo cuidado.

—¡Oh!, se encuentran en perfecto estado de conservación —exclamó Lousteau—. El Viaje no está cortado, ni tampoco el Paul de Kock, ni el Ducange, ni aquel de la chimenea, *Consideraciones sobre lo simbólico*; se lo cedo, el mito es tan aburrido que se lo doy para que no se lo coma la polilla.

—Entonces —preguntó Lucien—, ¿cómo hará sus artículos?

Barbet dirigió a Lucien una mirada de profunda extrañeza y, volviéndose hacia Étienne, comentó burlonamente:

—Bien se ve que este señor no tiene la desgracia de ser hombre de letras.

—No, Barbet, no. El señor es un poeta, un gran poeta que superará a Canalis, Béranger y Delavigne. Llegará lejos con tal de que no se arroje al agua, y aún así llegaría hasta Saint-Cloud.

—Si tuviese que dar un consejo al señor —dijo Barbet—, sería que dejara los versos y se dedicara a la prosa. No queremos versos en los muelles.

Barbet llevaba una mala levita abotonada con un solo botón y de cuello grasiento, conservaba su sombrero puesto, llevaba zapatos y su chaleco entreabierto dejaba ver una camisa recia de gruesa tela. Su rostro redondo, con ojos ávidos, no carecía de cierta campechanería; pero en la mirada mantenía la inquietud vaga de las personas acostumbradas a oírse pedir dinero, teniéndolo. Parecía rechoncho y afable, hasta tal punto su gordura ocultaba su astucia.

Después de haber sido dependiente, tenía desde hacía un par de años una miserable tiendecita en el muelle, desde donde se lanzaba sobre los periodistas, autores e impresores, y compraba a bajo precio los libros que les regalaban, ganando de esta manera unos quince o veinte francos por día. Con suficientes ahorros, espiaba las necesidades de cada uno, estaba al acecho de cualquier buen negocio, descontaba a los autores necesitados el quince y el veinte por ciento de los efectos de los librerías a los que a la mañana siguiente iba a comprar, a precios acordados al contado, algunos buenos libros que le habían pedido, pagando con sus propios efectos en vez de con dinero.

Había estudiado el negocio y su instrucción le servía para evitar cuidadosamente

la poesía y las novelas modernas. Gustaba de los pequeños negocios, los libros de utilidad, cuya entera propiedad costaba mil francos y que podía explotar a su antojo, tales como la *Historia de Francia puesta al alcance de los niñas*, la *Teneduría de libros en veinte lecciones*, la *Botánica para las muchachas*. Había dejado ya escapar dos otros buenos libros después de haber hecho volver veinte veces al autor a su casa sin decidirse a comprar su manuscrito. Cuando se le reprochaba su cobardía, enseñaba la relación de un famoso proceso cuyo manuscrito, publicado en los periódicos, no le costaba nada y le había proporcionado dos o tres mil francos. Barbet era el típico ejemplo del librero miedoso que se alimentaba de pan y nueces, que suscribe pocos billetes, que lima las facturas, las reduce, busca él mismo sus libros, nadie sabía dónde, pero que los coloca y se los hace pagar. Era el terror de los impresores, que no sabían cómo tratarle: les pagaba con descuentos y roía sus facturas adivinando urgentes necesidades; luego ya no se servía más de los que había esquilado, temiendo no le jugaran, a su vez, alguna mala pasada.

—Bueno, ¿continuamos nuestros negocios? —dijo Lousteau.

—Eh, amigo —dijo familiarmente Barbet—, tengo en mi tienda seis mil volúmenes que vender. Y, según la frase de un viejo librero, los libros no son dinero. La librería va mal.

—Si va a su tienda, mi querido Lucien —dijo Étienne—, encontrará bajo un mostrador de madera de roble, que ha salido tras la liquidación por quiebra de algún almacén de vinos, una vela sin despabilar, pues de ese modo se consume menos de prisa. Iluminado apenas por este anónimo resplandor, sólo verá estantes vacíos. Para guardar esta nada un muchacho con blusa azul se sopla los dedos, se pasea de arriba abajo o bracea como un cochero de punto en su asiento. ¿Mira?, no hay más libros que los que yo tengo aquí. Nadie puede adivinar el comercio que allí se hace.

—Aquí tiene una letra a tres meses por cien francos —dijo Barbet, quien no pudo impedir una sonrisa sacando un papel timbrado de su bolsillo—, y me llevaré sus libros. Mire, no le puedo dar el dinero al contado, las ventas son muy difíciles, y he pensado que tendría necesidad de mí, y estaba sin un céntimo; he firmado un efecto para hacerle un favor, ya que no me gusta dar mi firma.

—Así pues, ¿encima pide mi estima y mi agradecimiento? —dijo Lousteau.

—A pesar de que las letras no se pagan con agradecimiento, aceptaré de todos modos su estima —replicó Barbet.

—Pero necesito guantes, y los perfumistas tendrá la vileza de rechazar su papel —dijo Lousteau—. Tenga, he aquí un soberbio grabado, está ahí en el primer cajón de la cómoda, vale ochenta francos. Hipócrates rechazando los presentes de Artajerjes. Esta bella lámina conviene a todos los médicos que rechazan los regalos exagerados de sus sátrapas parisienses. Encontrará además bajo el grabado una treintena de novelas. Vamos, lléveselo todo y déme cuarenta francos.

—¡Cuarenta francos! —exclamó el librero, dando un grito de gallina asustada—. Máximo, veinte. Y aún tal vez los pierda —añadió Barbet.

—¿Dónde están los veinte francos? —preguntó Lousteau.

—A fe, no sé si los tengo —dijo Barbet, registrándose—. Aquí están. Me desvalija. Tiene sobre mí un ascendiente...

—Venga, vámonos —dijo Lousteau, quien tomó el manuscrito de Lucien haciendo una raya de tinta sobre la cuerda.

—¿Tiene alguna cosa más? —preguntó Barbet.

—Nada, mi pequeño *Shylock*^[3]. Yo te haré hacer un estupendo negocio (en el que perderás mil escudos, para enseñarte a robarme de esta manera) —dijo en voz baja Étienne a Lucien.

—¿Y sus artículos? —preguntó Lucien, mientras se dirigían al Palacio Real.

—¡Bah!, no sabe cómo se maneja todo eso. En cuanto al *Viaje a Egipto*, he abierto el libro y leído pasajes aquí y allí sin cortarlo, y he podido descubrir doce faltas de francés. Haré una columna diciendo que si el autor ha aprendido el lenguaje de los patos grabados sobre las piedras egipcias, llamadas obeliscos, no conoce su idioma y yo se lo podré demostrar. Diré que en vez de hablarnos de historia natural y de antigüedades hubiese sido mejor ocuparse del porvenir de Egipto, del progreso de la civilización, de los medios de unir Francia con Egipto, que, después de haber sido conquistado y perdido, puede unirse aún mediante el ascendiente moral. Aquí colocaré una digresión patriótica y todo ello entretejido con reseñas sobre Marsella, Oriente y nuestro comercio.

—Pero, si él ya hubiese hecho eso, ¿qué diría?

—Pues bien, entonces diría que en lugar de aburrirnos con política hubiese debido preocuparse por el Arte y describirnos al país bajo su aspecto pintoresco y territorial. El crítico, entonces, se lamenta. La política, dice, nos desborda, nos aburre, se la encuentra por todas partes. Echaré en falta aquellos encantadores viajes en los que se nos explican las dificultades de la navegación, el encanto de las escalas, las delicias del paisaje y del paso del Ecuador, en una palabra, todo aquello que necesitan saber los que nunca viajarán. A pesar de que se les aprueba, se suelen burlar de los viajeros que celebran como un gran acontecimiento el vuelo de un pájaro que pasa, un pez volador, una pesca, los puntos geográficos señalados, las grandes profundidades reconocidas. Se preguntan y solicitan aquellas cosas científicas, perfectamente ininteligibles, que fascinan como todo lo que es profundo, misterioso, incomprensible. El abonado ríe, está servido. En cuanto a las novelas, Florine es la mayor lectora de novelas que pueda existir en el mundo y ella me suele hacer su análisis para que elabore mi artículo de acuerdo con su opinión. Cuando se ha aburrido con lo que suele llamar las frases de autor, tomo el libro en consideración y hago pedir un ejemplar al librero, quien me lo envía encantado de tener un artículo

favorable.

—¡Dios mío!, ¿y la crítica?, ¡la santa crítica! —exclamó Lucien, imbuido por las doctrinas de su cenáculo.

—Querido amigo —dijo Lousteau—, la crítica es un cepillo que no puede emplearse con los tejidos ligeros, porque los haría pedazos. Escuche, dejemos ahí el oficio. ¿Ve esta marca? —le dijo, enseñándole el manuscrito de *Las Margaritas*—. He unido con un poco de tinta la cuerda al papel. Si Dauriat lee su manuscrito, le será imposible volver a colocar la cuerda como estaba. De esta manera su manuscrito está como lacrado. Esto no es inútil para la experiencia que quiere hacer. Y además recuerde que no se presentará solo y sin padrinos en esta tienda, como esos ingenuos muchachos que se presentan en casa de diez libreros antes de poder encontrar uno que sea capaz de ofrecerles una silla...

Lucien había comprobado ya la verdad de este detalle. Lousteau pagó el *fiacre* y dio al cochero tres francos con gran sorpresa de Lucien, quien no se explicaba la prodigalidad que sucedía a tanta miseria. Luego, los dos amigos entraron en las Galerías de Madera, en donde reinaba a sus anchas por aquel entonces la Librería llamada de Novedades. En aquella época, las Galerías de Madera constituían una de las curiosidades parisienses más ilustres. No es inútil describir este bazar innoble, ya que durante treinta y seis años ha desempeñado en la vida de París un papel tan importante, que hay muy pocos hombres de cuarenta años a quienes esta descripción, increíble para los jóvenes, no cause aún cierto placer.

En lugar de la fría, alta y ancha galería de Orléans, especie de invernadero sin flores, había unas barracas o, para ser más exactos, cabañas de planchas, bastante mal cubiertas, pequeñas, mal iluminadas por el patio y por la parte del jardín mediante claraboyas, llamadas ventanas, pero que más se parecían a las sucias aberturas de los ventorrillos de fuera de las barreras. Una triple fila de tiendas formaba allí dos galerías, de una altura aproximada de unos doce pies. Las tiendas situadas en el centro daban sobre las dos galerías, cuya atmósfera les daba un aire mefítico y cuya techumbre dejaba pasar muy poca claridad a través de unos cristales siempre sucios. Estos alvéolos habían adquirido un precio tal a causa de la afluencia de gente, que a pesar de la estrechez de algunas, apenas de seis pies de ancho y de unos ocho o diez de largo, su alquiler costaba mil escudos.

Las tiendas, iluminadas por la parte del jardín y por el patio, estaban protegidas por una especie de verdes enrejados, tal vez para impedir que la muchedumbre demoliese con su contacto los muros de mala mampostería que formaban la parte trasera de los almacenes. Allí pues se encontraba un espacio de dos o tres pies en donde vegetaban los productos más extraños de una botánica desconocida para la ciencia, mezclados con aquellos de diversas industrias no menos florecientes. Una maculatura cubría un rosal, de forma que las flores de la retórica estaban perfumadas

por las flores abortadas de este jardín mal cuidado y fétidamente regado. Cintas de todos los colores o prospectos florecían entre las hojas. Los restos de las modas ahogaban la vegetación: se encontraba un amasijo de cintajos sobre un parterre, y vuestras ideas quedaban decepcionadas acerca de la flor que veníais a admirar al percibir un trozo de raso que figuraba una dalia.

Por la parte del patio, al igual que por la parte del jardín, el aspecto de este palacio fantasmagórico ofrecía todo lo que la suciedad parisiense ha producido en su aspecto más extraño: enjabelgaduras lavadas, yesos rehechos, viejas pinturas, fantásticas inscripciones. Finalmente, el público parisiense ensuciaba enormemente los enrejados verdes, tanto por la parte del jardín como por la del patio. De este modo, por ambos lados, un ribete infame y nauseabundo parecía prohibir la aproximación a las Galerías a las personas delicadas; pero las personas delicadas no retrocedían ante esas horribles cosas, como los príncipes de los cuentos de hadas no retroceden ante los dragones y los obstáculos interpuestos por un genio malo entre ellos y las princesas. Estas Galerías estaban, como en la actualidad, divididas en su parte central por un pasadizo, y, como hoy en día, también se entraba en ellas a través de los dos peristilos actuales, empezados antes de la Revolución y abandonados después por falta de dinero.

La bella galería que conduce al Teatro Francés formaba entonces un pasadizo estrecho, de una altura desmesurada, y tan mal cubierto que muy a menudo llovía en su interior. Se le denominaba Galería Encristalada para distinguirla de las Galerías de Madera. Las techumbres de aquellos chiribitiles estaban todas, por tanto, en tan mal estado, que la Casa de Orléans tuvo un proceso con un célebre comerciante de cachemiras y de tejidos, quien una noche encontró géneros estropeados por una suma de considerable valor. El comerciante ganó el pleito. Una tela doble alquitranada servía de techo en algunos lugares. El suelo de la Galería encristalada, en la que Chevet comenzó su fortuna, y el de las Galerías de Madera, eran el suelo natural de París, aumentado por el suelo ficticio que las botas y los zapatos de los paseantes habían trasladado hasta allí. A cada momento los pies tropezaban con montañas y valles de lodo endurecido, barrido incesantemente por los vendedores y que exigían a los recién llegados una cierta habilidad para caminar por allí.

Este siniestro amasijo de costras, estos cristales mugrientos por la lluvia y el polvo, estas cabañas chatas y cubiertas de harapos en su exterior, la suciedad de las paredes comenzadas, este conjunto de cosas que tenía algo de campamento gitano, de barraca de feria, de construcción provisional con la que París rodea a los monumentos que luego nunca se construyen, esta fisonomía desfigurada, armonizaba admirablemente con los diferentes comercios que bullían bajo este impúdico cobertizo, desvergonzado, lleno de gorjeos y loca alegría, donde, desde la Revolución de 1789 hasta la Revolución de 1830, se han hecho negocios inmensos.

Durante veinte años la Bolsa estuvo enfrente, en la planta baja del Palacio. De este modo, la opinión pública, las reputaciones, se hacían y deshacían en aquel lugar, con tanta facilidad como los negocios políticos y financieros. La gente se daba cita en aquellas galerías antes y después de la Bolsa. El París de los banqueros y negociantes llenaba a menudo el patio del Palacio Real y afluía hacia aquellos refugios en caso de lluvia. La naturaleza de esta construcción, surgida allí nadie sabía cómo, le daba una extraña sonoridad. Las carcajadas aumentaban de volumen. No surgía una disputa en uno de sus extremos sin que en el otro no se supiera de qué se trataba. Allí no había más que librerías, poesía, política, prosa, tiendas de modas y hasta muchachas de vida alegre que aparecían allí por las tardes. Allí florecían las novelas y los libros, las jóvenes y las viejas glorias, las conspiraciones de la Tribuna y las mentiras de la Librería. Allí se vendían las novedades al público, que se obstinaba en comprarlas solamente allí. Allí se llegaron a vender en una sola tarde varios millares de uno u otro panfleto de Paul-Louis Courier o *Aventuras de la hija de un rey*, el primer disparo lanzado por la Casa de Orléans contra la Carta de Luis XVIII.

En la época en que Lucien apareció por allí, algunas tiendas tenían escaparates o vitrinas un tanto elegantes; pero estas tiendas pertenecían a las hileras que daban sobre el jardín o sobre el patio. Hasta el día en que esta extraña colonia pereció bajo el martillo del arquitecto Fontaine, las tiendas situadas entre las dos galerías fueron totalmente abiertas y sostenidas por pilares como las tiendas de las ferias de provincias, y la vista recorría las dos galerías a través de las mercancías o las puertas encristaladas. Como allí no era posible hacer fuego, los comerciantes sólo tenían estufillas y hacían ellos mismos la labor de policía del fuego, ya que una imprudencia podía inflamar en menos de un cuarto de hora aquella república de maderas secas al sol y como inflamadas ya por la prostitución, abarrotadas de gasa, de muselina, de papeles, algunas veces ventiladas por corrientes de aire.

Las tiendas de las modistas estaban llenas de sombreros inconcebibles, que parecían estar allí más para almacenar que para venderse, sujetos todos por centenares a broches de hierro que terminaban en forma de hongo y que empavesaban las galerías con sus mil colores. Durante veinte años todos los paseantes se llegaron a preguntar sobre qué cabezas acababan su carrera aquellos polvorientos sombreros. Empleadas bastante feas en general, pero licenciosas abordaban a las mujeres con palabras llenas de astucia, según la costumbre y de acuerdo con el lenguaje de los mercados. Una modistilla, cuya lengua era tan desenvuelta como activos sus ojos, se había encaramado a un taburete y hostigada a los transeúntes: «¡Señora, cómprese un bonito sombrero! ¡Caballero, déjeme que le venda alguna cosa!». Su vocabulario fecundo y pintoresco era variado por las inflexiones de voz, las miradas y las críticas a los paseantes. Los librerías y los vendedores de modas vivían en buena armonía.

En el pasadizo llamado con tanta pompa la Galería Encristalada, se encontraban

los comercios más singulares. Allí se establecían los ventrílocuos, los charlatanes de todas clases, los espectáculos en los que no se ve nada y los que muestran el mundo entero. Allí se estableció por primera vez un hombre que ganó setecientos u ochocientos mil francos recorriendo las ferias. Como enseña tenía un sol girando en un cuadro negro a cuyo alrededor resplandecían estas palabras en rojo: Aquí el hombre ve lo que Dios no podría ver. Precio: dos sueldos. El voceador nunca os admitía solos ni tampoco en mayor cantidad de dos. Una vez dentro, os daba de narices con un gran espejo. De repente, una voz que hubiese asustado a Hoffmann el berlinés, se disparaba como accionada por un resorte: «Ahí veis, caballeros, lo que durante toda la Eternidad Dios no podría ver, es decir, vuestro semejante. ¡Dios no tiene semejante!». Y os ibais avergonzados, sin atreveros a confesar vuestra estupidez.

De todas las puertecitas salían voces semejantes que os ensalzaban Cosmoramas, vistas de Constantinopla, espectáculos de marionetas, autómatas que jugaban al ajedrez, perros que distinguían a la más bella mujer de la concurrencia. El ventrílocuo Fitz-James floreció en el café Borel, antes de ir a morir a Montmartre, mezclado con los alumnos de la Escuela Politécnica. Había fruterías y vendedoras de flores, un famoso sastre cuyos bordados militares resplandecían por la noche como verdaderos soles.

Por las mañanas, hasta las dos de la tarde, las Galerías de Madera permanecían silenciosas, sombrías y desiertas. Los vendedores hablaban allí como en su casa. Las citas que allí se daban la población parisiense no comenzaban hasta las tres de la tarde, la hora de la Bolsa. Desde que llegaba la muchedumbre, se practicaban lecturas gratuitas en los puestos de los libreros a cargo de los jóvenes hambrientos de literatura y desprovistos de recursos. Los dependientes encargados de velar por los libros expuestos dejaban caritativamente que las pobres gentes fuesen pasando las páginas. Cuando se trataba de un manual de doscientas páginas, como Smarra, Pierre Schlémilh, Jean Sbogar, Jocko era devorado en dos sesiones. En aquellos tiempos no existían los gabinetes de lectura y era preciso comprar un libro si se quería leerlo; con tal motivo, las novelas se vendían en cantidades que hoy en día podrían parecer fabulosas. Había pues un no sé qué de francés en esta limosna hecha a la juventud y a su inteligencia, ávida y pobre.

La poesía de este terrible bazar se manifestaba a la caída de la tarde. De todas las calles adyacentes iban y venían en gran número muchachas que podían pasearse por allí sin retribución. Desde todos los puntos de París, una muchacha de vida alegre acudía a hacer su oficio. Las Galerías de Piedra pertenecían a casas privilegiadas que pagaban el derecho de exponer muchachas vestidas como princesas entre tal y tal arcada y en el lugar correspondiente en el jardín; mientras que las Galerías de Madera eran un terreno público para la prostitución, el Palacio por excelencia, palabra que en

aqueellos tiempos significaba el templo de la prostitución. Una mujer podía aparecer por allí y salir acompañada por su presa o llevarla donde mejor le pareciese. Estas mujeres atraían pues por la tarde a las Galerías de Madera una muchedumbre tan considerable que había que andar al paso como en una procesión o en un baile de máscaras. Esta lentitud, que a nadie molestaba, servía mejor para examinarse. Aquellas mujeres tenían un aspecto que hoy en día ya no se estilaba; la forma en que estaban descotadas por detrás hasta la mitad de la espalda, y muy abajo igualmente por delante; sus extraños peinados, inventados para atraer las miradas: ésta de cauchesa, aquélla de española, la una rizada como un perro de aguas, la otra con el pelo estirado y liso, sus piernas enfundadas en medias blancas que siempre enseñaron, no se sabe cómo, pero a propósito; toda esta infame poesía se ha perdido. La licencia de las preguntas y de las respuestas, este cinismo público en armonía con el lugar, no se encuentra ya ni en el baile de máscaras ni en los célebres bailes que hoy en día se dan. Era horrible y alegre. La carne lujuriosa de hombros y escotes resplandecía entre los trajes de los hombres, generalmente oscuros, y producía los más magníficos contrastes.

El murmullo de las voces y el ruido del paseo producían un rumor que se oía desde el centro del jardín, como un bajo continuo, bordado de las carcajadas de las muchachas o los gritos de alguna rara disputa. Las personas distinguidas, los hombres más importantes, se codeaban con gente de aspecto patibulario. Estas monstruosas reuniones tenían un no sé qué de picante y hasta los hombres más insensibles se sentían conmovidos. Por lo tanto, todo París ha estado aquí hasta el último momento; se paseó sobre el andamiaje de madera que el arquitecto colocó encima de los subterráneos mientras los construía. Sentimientos inmensos y unánimes han acompañado la caída de estos innobles pedazos de madera.

El librero Ladvocat se había establecido desde hacía algunos años en el ángulo del pasadizo que dividía estas galerías por la mitad, enfrente de Dauriat, joven hoy en día olvidado, pero intrépido y que desbrozó el camino en el que más tarde brilló su competidor. La tienda de Dauriat se encontraba en una de las hileras que daban al jardín, y la de Ladvocat en la que daba al patio. Dividida en dos partes, la tienda de Dauriat ofrecía un vasto almacén a su librería y la otra parte le servía de despacho. Lucien, que entraba allí por vez primera a la tarde, quedó aturdido ante aquel aspecto al que no se resistían ni los provincianos, ni los jóvenes. Bien pronto perdió a su acompañante.

—Si fueses tan guapo como ese muchacho, no te cobraría nada —dijo una joven a un viejo, señalándole a Lucien.

Lucien se avergonzó como el perro de un ciego, siguió el torrente humano en un estado de embrutecimiento y excitación difícil de describir. Acosado por las miradas de las mujeres, solicitado por blancas redondeces y escotes audaces que le

deslumbraban, sujetaba su manuscrito con mano firme para que no se lo robaran, ¡el inocente!

—¡Eh, caballero! —exclamó, sintiéndose sujeto por un brazo y creyendo que su poesía había atraído algún autor.

Reconoció a su amigo Lousteau, quien le dijo:

—¡Sabía que acabaría por pasar por aquí!

El poeta estaba ante la puerta de una tienda en la que Lousteau le hizo entrar, y que se encontraba llena de personas, esperando hablar al Sultán de la librería. Los impresores, papeleros y dibujantes se agrupaban alrededor de los dependientes y les preguntaban acerca de los negocios en marcha o que esperaba hacer.

—¡Mire! Ahí está Finot, el director de mi periódico; está hablando con un joven que tiene talento, Félicien Vernou, un granujilla malo como una enfermedad secreta.

—Bueno, sé que tienes un estreno, amigo mío —dijo Finot—, acercándose con Vernou hacia Lousteau—, y he dispuesto del palco.

—¿Lo has vendido a Braulard?

—Sí, ¿y qué? Ya encontrarás sitio. ¿Qué vienes a pedir a Dauriat? Ah, sí, quedamos de acuerdo que alabaríamos a Paul de Kock, Dauriat le ha adquirido doscientos ejemplares y Víctor Ducange le rechaza una novela. Dauriat quiere —dijo— hacer un nuevo autor del mismo estilo. Pondrás a Paul de Kock por encima de Ducange.

—Pero tengo una obra con Ducange en el Gaieté —dijo Lousteau.

—Pues bien, no tienes más que decirle que el artículo es mío; haremos ver que yo lo había hecho atroz y que tú lo has limado; aún te tendrá que dar las gracias.

—¿No podrías hacerme reembolsar este pequeño bono de cien francos por el cajero de Dauriat? —dijo Étienne a Finot—. ¡Ya sabes!, cenamos juntos para inaugurar el nuevo piso de Florine.

—¡Ah, sí!, nos tratas muy bien —dijo Finot, adoptando el aire de quien hace un esfuerzo de memoria—. Bueno, ¡eh Gabusson! —dijo Finot, tomando el billete de Barbet y presentándolo al cajero—, dé noventa francos por mí a este hombre. ¿Me endosas el billete, amigo mío?

Lousteau cogió la pluma del cajero, mientras éste contaba el dinero, y firmó. Lucien, todo ojos y oídos, no perdió ni una sola sílaba de esta conversación.

—Eso no es todo, mi querido amigo —continuó Étienne—, no te doy las gracias; entre nosotros es a vida o muerte. He de presentar este caballero a Dauriat y tú tendrías que predisponerle para que nos escuchara.

—¿De qué se trata? —preguntó Finot.

—De un libro de poesía —respondió Lucien.

—¡Ah! —dijo Finot encogiéndose de hombros.

—El caballero —dijo Vernou mirando a Lucien— no debe conocer mucho el

negocio de la librería, porque, si no, ya hubiese sepultado su manuscrito en los más recónditos lugares de su casa.

En aquel instante un joven guapo, Émile Blondet, que acababa de debutar en el *Journal des Débats* con artículos del mayor alcance, entró, dio la mano a Finot y a Lousteau y saludó ligeramente a Vernou.

—Ven a cenar con nosotros a las doce a casa de Florine —le dijo Lousteau.

—Seré de la partida —dijo el joven—. ¿Quién más estará?

—Pues —repuso Lousteau— Florine y Matifat el droguero, De Bruel, el autor que ha dado un papel a Florine para su debut, un viejillo, el señor Cardot, y su yerno Camusot; luego, Finot...

—Tu droguero ¿hace las cosas bien?

—Al menos no nos dará drogas —contestó Lucien.

—El señor tiene mucho ingenio —dijo seriamente Blondet, mirando a Lucien—. ¿Viene también a la cena, Lousteau?

—Sí.

—Entonces nos vamos a reír.

Lucien se había ruborizado hasta las orejas.

—¿Tienes para mucho, Dauriat? —preguntó Blondet, golpeando el cristal que comunicaba con el despacho de Dauriat.

—Amigo mío, en seguida estoy contigo.

—Bueno —dijo Lousteau a su protegido—. Este joven, casi de su misma edad, está en los *Débats*. Es uno de los príncipes de la crítica: es temido. Dauriat vendrá a pasarle la mano por el lomo y entonces nosotros aprovecharemos para decir nuestro asunto al bajá de los viñetas y de la imprenta. De otro modo, a las once aún estaríamos esperando nuestro turno. La audiencia irá engrosando por momentos.

Lucien y Lousteau se aproximaron entonces a Blondet, Finot y Vernou y formaron un grupo en la parte izquierda de la tienda.

—¿Qué está haciendo? —dijo Blondet a Gabusson, el encargado, que se levantó para ir a su encuentro y saludarle.

—Compra un semanario que quiere restaurar a fin de oponerlo a la influencia de la *Minerva*, que sirve demasiado exclusivamente a Eymery, y al *Conservador*, que es demasiado ciegamente romántico.

—¿Pagará bien?

—Pues como siempre... ¡demasiado! —dijo el cajero.

En aquel instante entró un joven, que acababa de publicar una magnífica novela, rápidamente agotada y coronada por el mayor éxito, una novela cuya segunda edición la imprimía Dauriat. Este joven, dotado de ese aspecto extraordinario y particular que denota las naturalezas artísticas, impresionó vivamente a Lucien.

—Aquí llega Nathan —dijo Lousteau al oído del poeta provinciano.

Nathan, a pesar de la salvaje fiereza de su fisonomía, por aquel entonces en plena juventud, abordó a los periodistas, sombrero en mano, y se detuvo casi con humildad ante Blondet, al que aún no conocía más que de vista. Blondet y Finot no se quitaron los sombreros.

—Caballero, me siento muy dichoso por la suerte que me depara el azar...

—Está tan nervioso que ha hecho un pleonasma —dijo Félicien a Lousteau.

—... de expresarle mi agradecimiento por el bonito artículo que ha tenido la amabilidad de dedicarme en el *Journal des Débats*. Usted ha contribuido en una mitad al éxito de mi libro.

—No, mi querido amigo, no —repuso Blondet con un aire en el que la protección se escondía bajo un aspecto campechano—. Tiene usted talento, que el diablo me lleve, y estoy encantado de conocerle.

—Como su artículo ha aparecido, no tendré ya el aspecto de ser el adulator del poder; ahora ya estamos tranquilos el uno con respecto al otro. ¿Quiere hacerme el honor y el placer de cenar mañana conmigo? Finot también vendrá; Lousteau, amigo mío, espero que no rehusará —añadió Nathan, dando un apretón de manos a Étienne—. ¡Ah!, va por buen camino, caballero —dijo a Blondet—; sigue las huellas de los Dussault, los Fiévée y los Geoffroi! Hoffmann ha hablado de usted a Claude Vignon, su discípulo y uno de mis amigos, y le ha dicho que morirá tranquilo porque *Journal des Débats* vivirá eternamente. Le deben pagar muy bien.

—Cien francos la columna —repuso Blondet—. Este precio no es gran cosa cuando se está obligado a leer libros, a leer cien para encontrar uno del que se pueda sacar algo de provecho, como sucede con el suyo. Su obra me ha causado un gran placer, palabra de honor.

—Y le ha proporcionado mil quinientos francos —dijo Lousteau a Lucien.

—Pero, ¿hace usted política? —preguntó Nathan.

—Sí, de cuando en cuando —contestó Blondet.

Lucien, que se encontraba allí como un embrión, había admirado el libro de Nathan, reverenciaba al autor igual que a un Dios y le pareció una estupidez tanta bajeza ante aquel crítico cuyo nombre e importancia le eran desconocidos.

«¿Me conduciré alguna vez de este modo? ¿Hay, entonces, que renunciar a la propia dignidad? —se dijo—. Ponte tu sombrero, Nathan, has escrito un bonito libro y la crítica sólo te ha concedido un artículo».

Aquellos pensamientos enardecían su sangre en las venas. Iba viendo por momentos jóvenes tímidos, autores necesitados que solicitaban hablar con Dauriat, pero que al ver Ja tienda llena desesperaban de ser recibidos y se marchaban diciendo: «¡Ya volveré!». Dos o tres hombres relacionados con la política hablaban de la apertura de las Cámaras y de asuntos públicos en medio de un grupo compuesto por celebridades políticas.

El semanario del que Dauriat trataba tenía el derecho de poder hablar de política. En aquellos tiempos, las tribunas de papel timbrado se hacían cada vez más raras. Un periódico era un privilegio tan solicitado como un teatro. Uno de los más influyentes accionistas del *Constitutionnel* se encontraba en medio del grupo político. Lousteau cumplía a las mil maravillas con su papel de cicerone. De este modo, a cada frase, Dauriat se agrandaba en la imaginación de Lucien, quien veía la política y la literatura convergiendo en aquella tienda. Ante el espectáculo de un poeta eminente que allí prostituía su musa a un periodista, humillando allí el Arte como la Mujer era humillada y prostituida bajo aquellas galerías innobles, el gran hombre de provincias recibía terribles enseñanzas. ¡El dinero!, ésta era la clave de todo el enigma.

Lucien se sentía solo, desconocido, sujeto por el hilo de una dudosa amistad al éxito y a la fortuna. Acusaba a sus tiernos, sus verdaderos amigos del cenáculo por haberle descrito el mundo bajo falsos colores, por haberle impedido arrojarse en aquella vorágine, pluma en mano.

«Podría ser ya un Blondet», exclamó para sus adentros.

Lousteau, que acababa de gritar en las cimas del Luxemburgo como un águila herida, que tan grande le había parecido, adquirió entonces unas mínimas dimensiones. Allí, el librero a la moda, el medio de todas aquellas existencias, le pareció ser el hombre importante. El poeta experimentó, con su manuscrito en la mano, una trepidación que se pareció al miedo. En medio de aquella tienda, sobre pedestales de madera pintada imitando al mármol, vio unos bustos, el de Byron, el de Goethe, el del señor de Canalis, de quien Dauriat esperaba obtener un volumen y quien el día que había acudido a esta tienda había podido medir la altura a la que le colocaba la Librería. Involuntariamente Lucien perdía parte de su propio valor, su ánimo flaqueaba, comenzaba a vislumbrar cuál era la influencia de este Dauriat en su destino, y esperaba impacientemente su aparición.

—Bien, hijos míos —dijo un hombrecillo regordete, con una cara muy semejante a la de un procónsul romano, pero suavizada por un aire de sencillez que solían adoptar las personas superficiales—, ya soy propietario del único semanario que podía comprarse y que cuenta con dos mil suscriptores.

—¡Farsante! Hacienda le supone setecientos y ya está muy bien —dijo Blondet.

—Mi palabra de honor más sagrada, hay mil doscientos. He dicho dos mil —añadió en voz baja— a causa de los papeleros e impresores que se encuentran aquí. Te creía con más tacto, amigo mío —continuó en voz alta.

—¿Acepta socios? —preguntó Finot.

—Según y cómo —repuso Dauriat—. ¿Quieres un tercio por cuarenta mil francos?

—De acuerdo, si acepta por redactores a Émile Blondet, que está aquí, Claude Vignon, Scribe, Théodore Leclercq, Félicien Vemou, Jay, Jouy, Lousteau...

—¿Y por qué no a Lucien de Rubempré? —dijo atrevidamente el poeta de provincias, interrumpiendo a Finot.

—Y Nathan —añadió Finot, para terminar.

—¿Y por qué no las personas que se pasean? —remedó el librero, arrugando el entrecejo y volviéndose hacia el autor de *Las Margaritas*—. ¿Con quién tengo el honor de hablar? —dijo, mirando a Lucien con aire impertinente.

—Un momento, Dauriat —repuso Lousteau—. Yo soy quien trae a este caballero. Mientras Finot reflexiona sobre su proposición, escúcheme.

Lucien sintió su camisa empapada en la espalda viendo el aire frío y descontento de este temible sátrapa de la librería, que tuteaba a Finot a pesar de que Finot le trataba de usted, que llamaba al temible Blondet amigo mío, que había extendido con aire real su mano a Nathan, haciéndole una seña familiar.

—Un nuevo negocio, pequeño —exclamó Dauriat—. Pero si lo sabes muy bien. ¡Tengo mil manuscritos! Sí, caballeros, se me han presentado más de mil manuscritos, y si no, pregunten a Gabusson. En fin, bien pronto voy a necesitar un administrador, para que lleve el registro de los manuscritos, y un comité de lectura para que los examine; tendremos que preparar sesiones para votar acerca de su mérito por medio de bolas y un Secretario Perpetuo que me presente sus informes. Será la sucursal de la Academia Francesa, y los académicos estarán mejor pagados en las Galerías de Madera que en el Instituto.

—No deja de ser una idea —dijo Blondet.

—Una mala idea —repuso Dauriat—. Mi negocio no es proceder al examen de las elucubraciones de aquellos de entre vosotros que se dedican a la literatura cuando no pueden ser ni capitalistas, ni zapateros, ni cabos, ni criados, ni administradores, ni alguaciles. Aquí sólo se entra con una reputación ya establecida. Hacedos célebres y encontraréis riadas de oro. Mirad, desde hace tres años, de tres hombres que yo he encumbrado he hecho tres ingratos. Nathan habla de seis mil francos por la segunda edición de su libro, que me ha costado tres mil francos de artículos y que no me he proporcionado ni mil. Los dos artículos de Blondet los he pagado a mil francos y con una cena de quinientos francos.

—Pero, caballero, si todos los libreros dijeran lo que usted dice, ¿cómo se podría publicar el primer libro? —preguntó Lucien, ante cuyos ojos Blondet perdió gran parte de su importancia, cuando se enteró de la cifra que Dauriat había pagado por los artículos de los *Débats*.

—Eso no me importa lo más mínimo —dijo Dauriat, lanzando una mirada asesina al guapo Lucien, quien le miró con aire agradable—. Yo no me entretengo en publicar un libro, en arriesgar dos mil francos para ganar dos mil; hago especulaciones en literatura: publico cuarenta volúmenes a diez mil ejemplares, como lo hacen Panckoucke y los Beaudouin. Mi poder y los artículos que obtengo dan como

resultado un negocio de cien mil escudos en vez de empujar un volumen de dos mil francos. Se necesita tanto trabajo para lanzar un nuevo nombre, un autor y su libro, como para hacer triunfar los *Teatros Extranjeros*, *Victorias* y *Conquistas* o las *Memorias sobre la Revolución*, que son una fortuna. Yo no estoy aquí para ser el trampolín de las glorias que han de venir, sino para ganar dinero y proporcionárselo a los hombres célebres. El manuscrito que compro por cien mil francos, es menos caro que aquel por el que su desconocido autor me pide solamente seiscientos. Si en realidad no soy un Mecenaz, al menos tengo derecho a la gratitud de la literatura; ya he hecho subir a más del doble el precio de los manuscritos. Le doy todos estos detalles porque es amigo de Lousteau, joven —dijo Dauriat al poeta, dándole sobre el hombro una palmadita de nauseabunda familiaridad—. Si hablara con todos los autores que quieren que sea su editor, tendría que cerrar mi tienda, pues me pasaría todo el tiempo en conversaciones altamente agradables, pero demasiado caras. Aún no soy lo suficientemente rico como para escuchar los monólogos de cada amor propio. Eso sólo se ve en el teatro, en las tragedias clásicas.

El lujo en el vestir de aquel terrible Dauriat apoyaba, ante los ojos del poeta provinciano, este discurso cruelmente lógico.

—¿Qué es ello? —preguntó a Lousteau.

—Un magnífico volumen de versos.

Al oír aquella palabra, Dauriat se volvió hacia Gabusson con un gesto digno de Talma:

—Gabusson, amigo mío, a partir de hoy, cualquiera que venga aquí para proponerme manuscritos... ¿Lo oís también vosotros? —dijo, dirigiéndose a tres dependientes que aparecieron de debajo de las pilas de libros, ante la voz colérica de su patrón, quien contemplaba sus uñas y sus manos, que tenía bonitas—. A cualquiera que me traiga manuscritos, le preguntaré si son versos o prosa. En caso de versos, despachadle inmediatamente. Los versos devorarán a la librería.

—¡Bravo! Eso ha estado muy bien dicho, Dauriat —dijeron los periodistas.

—Es verdad —exclamó el librero, midiendo a grandes zancadas la tienda, siempre con el manuscrito de Lucien en la mano—; no saben, caballeros, el mal que han producido el triunfo de lord Byron, de Lamartine, de Víctor Hugo, de Casimir Delavigne, de Canalis y de Béranger. Su gloria nos ha valido una invasión de bárbaros. Estoy seguro de que en este momento existen en la librería mil volúmenes de versos propuestos, que comienzan con historias interrumpidas, sin pies ni cabeza, a imitación del *Corsario* y de *Lora*. Con el pretexto de la originalidad, los jóvenes se lanzan a las estrofas incomprensibles, a poemas descriptivos en donde la joven escuela se cree nueva inventando a Delille. Desde hace dos años los poetas pululan como los abejorros. ¡El año pasado perdí veinte mil francos! Preguntad a Gabusson. En el mundo puede haber poetas inmortales, y conozco algunos, frescos y olorosos,

que no se afeitan aún —dijo a Lucien—; pero en la Librería, jovencito, sólo existen cuatro poetas: Béranger, Casimir Delavigne, Lamartine y Victor Hugo; ya que Canalis... es un poeta hecho a fuerza de artículos.

Lucien no tuvo el valor de erguirse y hacerse el valiente ante todos aquellos hombres influyentes que reían de muy buena gana. Comprendió que se cubriría de ridículo, pero sentía unos impulsos terribles de lanzarse a la garganta del librero, estropearle la insultante armonía de su nudo de corbata, romper la cadena de oro que brillaba sobre su pecho, arrancarle el reloj y estrellarlo contra el suelo. El amor propio irritado abrió la puerta a la venganza, y juró odio mortal a aquel librero a quien en aquel momento sonreía.

—La poesía es como el sol, que hace brotar los bosques eternos y que engendra los mosquitos, los insectos y las moscas —dijo Blondet—. No hay una sola virtud a la que no se oponga su vicio correspondiente. La literatura engendra por fuerza a los librereros.

—¡Y a los periodistas! —dijo Lousteau. Dauriat estalló en una carcajada.

—Bueno, ¿qué es esto por fin? —preguntó, señalando el manuscrito.

—Una colección de sonetos que harían enrojecer de vergüenza al mismísimo Petrarca —dijo Lousteau.

—¿Cómo los ves tú? —preguntó Dauriat.

—Como todo el mundo —repuso Lousteau, que vio una fina sonrisa en todos los labios.

Lucien no podía enfadarse, pero sudaba dentro de su ropa.

—Pues bien, lo leeré —dijo Dauriat, haciendo un gesto principesco, que demostraba toda la amplitud de esta concesión—. Si tus sonetos están a la altura del siglo diecinueve, haré de ti, pequeño, un gran poeta.

—Si tiene tanta inteligencia como belleza, no corre grandes riesgos —dijo uno de los más famosos oradores de la Cámara, que hablaba con uno de los redactores del *Constitutionnel* y el director de la *Minerva*.

—General —dijo Dauriat—, la gloria supone doce mil francos en artículos y mil escudos en cenas; y si no, pregunte al autor de *El solitario*. Si el señor Benjamin Constant quiere hacer un artículo sobre este joven poeta, no tardaré mucho en cerrar el trato.

A la palabra general y al oír nombrar al ilustre Benjamin Constant, la tienda adquirió a los ojos del gran hombre de provincias las proporciones del Olimpo.

—Lousteau, tengo que hablar contigo —dijo Finot—, pero ya te veré en el teatro. Dauriat, estoy dispuesto a realizar el negocio, pero bajo dos condiciones. Entremos en su despacho.

—¿Vienes, pequeño? —dijo Dauriat, dejando pasar a Finot delante de él, mientras hacía un gesto de persona ocupada a diez personas que le esperaban; iba ya a

desaparecer cuando Lucien, impaciente, le detuvo.

—Se ha quedado con mi manuscrito, ¿para cuándo la respuesta?

—Mi pequeño poeta, vuelva dentro de tres o cuatro días; ya veremos.

Lucien fue arrastrado por Lousteau, quien no le dejó tiempo de saludar a Vernou, ni a Blondet, ni a Nathan, ni al general Foy y a Benjamin Constant, cuya obra sobre los Cien Días acababa de aparecer. Lucien entrevió apenas aquella cabeza rubia y delicada, aquel rostro ovalado, aquellos ojos inteligentes, aquella boca agradable, en fin, al hombre que durante veinte años había sido el Potemkin de la señora de Staël y que hacía la guerra a los Borbones después de habérsela hecho a Napoleón, pero que murió aterrado por su victoria.

—¡Vaya tienda! —exclamó Lucien en cuanto se hubo sentado en un cabriolé al lado de Lousteau.

—Al Panorama Dramático, ¡y de prisa! Tienes treinta sueldos por tu carrera —dijo Étienne al cochero—. Dauriat es un bromista que vende por valor de mil quinientos o mil seiscientos francos de libros al año, es una especie de ministro de la literatura —respondió Lousteau, cuyo amor propio se sentía agradablemente halagado y se daba importancia ante Lucien. Su avidez, que es tan grande como la de Barbet, se ejerce sobre las masas. Dauriat tiene modales, es generoso, pero es vacío; en cuanto a su ingenio, se compone de todo lo que oye decir a su alrededor; su tienda es un lugar excelente para frecuentar. Allí se puede conversar con las personas superiores de la época. Allí, mi querido amigo, un joven, aprende en una hora más que lo que le enseñarían diez años de lectura en los libros. Se discuten artículos, se maquinan asuntos, uno establece contacto con personas célebres o influyentes que pueden ser útiles. Hoy en día, para triunfar es preciso relacionarse. Todo es obra del azar, ya lo ve. Lo más! peligroso es tener inteligencia únicamente para uno solo, aislado en su rincón.

—¡Pues vaya impertinencia! —dijo Lucien.

—¡Bah!, todos nos burlamos de Dauriat —repuso Étienne—. Si uno tiene necesidad de él, es pisoteado; el *Journal des Débats* le es necesario, Émile Blondet le hace dar más vueltas que a un trompo. ¡Oh!, si entra en la Librería verá otras muchas cosas. ¿Qué le decía yo?

—Sí, tiene razón —replicó Lucien—. He sufrido mucho en esta tienda, mucho más cruelmente de lo que me esperaba, según su programa.

—¿Y por qué va a ser presa del sufrimiento? Lo que nos cuesta nuestra vida, el tema que durante noches estudiantinas ha devastado nuestro cerebro, todas esas carreras a través de los campos del pensamiento, nuestro monumento construido con nuestra sangre, se convierte para los editores en un negocio bueno o malo. Los libreros venderán o no su manuscrito, ése es para ellos todo el problema. Un libro representa para ellos un capital que arriesgar. Cuando mejor es el libro, menos probabilidades

tiene de ser vendido. Todo ser superior se eleva por encima de las masas; su éxito, pues, está en razón directa con el tiempo necesario para apreciar la obra. Ningún librero quiere esperar. El libro de hoy ha de ser vendido mañana. Con ese sistema, los libreros rechazan los libros sustanciales, para los que son necesarias elevadas y lentas aprobaciones.

—D'Arthez tiene razón —exclamó Lucien.

—¿Conoce a D'Arthez? —dijo Lousteau—. No conozco nada más peligroso que los espíritus solitarios que piensan, como ese muchacho, poder atraer el mundo a ellos. Fanatizando las imaginaciones jóvenes mediante una creencia que halaga la fuerza inmensa que sentimos en principio en nosotros mismos, estas personas de gloria póstuma les impiden moverse a la edad en que el movimiento es posible y provechoso. Yo me inclino por el sistema de Mahoma, que, después de haber ordenado a la montaña que fuese hacia él, exclamó: «¡Si no vienes hacia mí, entonces seré yo quien vaya a tu encuentro!».

Esta ocurrencia, en la que la razón adoptaba una forma incisiva, era de tal naturaleza que hacía dudar a Lucien entre el sistema de pobreza sometida que el cenáculo propugnaba y la doctrina militante que Lousteau le exponía. Por tal motivo, el poeta de Angulema permaneció en silencio hasta llegar al bulevar del Temple.

El Panorama Dramático, sustituido hoy en día por una casa, era una encantadora sala de espectáculos situada enfrente de la calle Charlot, en el bulevar del Temple, y en donde dos administraciones sucumbieron sin obtener ni un solo éxito a pesar de que Bouffé, uno de los actores que heredaron la sucesión de Potier, había iniciado allí su carrera al igual que Florine, actriz que cinco años más tarde se hizo muy célebre. Los teatros, al igual que los hombres, se ven sometidos a la fatalidad. El Panorama Dramático tenía que rivalizar con el Ambigú, la Gaité, la Porte-Saint-Martin y los teatros de vodevil; no pudo resistir a sus maniobras, a las restricciones de su privilegio y a la carencia de obras de calidad. Los autores no quisieron enemistarse con los teatros existentes a causa de un teatro cuya existencia parecía problemática. Sin embargo, la administración contaba con una nueva comedia, una especie de melodrama cómico de un joven autor, colaborador de algunas celebridades, llamado Du Bruel, quien decía haberla escrito él solo. Esta pieza fue compuesta para la presentación de Florine, que hasta entonces había sido comparsa en la Gaité, donde desde hacía un año interpretaba pequeños papeles en los que se había destacado aunque sin haber podido obtener un contrato, de tal manera que el Panorama se la había arrebatado a su vecino. Coralie, otra actriz, también debutaba en aquella ocasión. Cuando los dos amigos llegaron, Lucien quedó estupefacto ante el poder de la Prensa.

—El señor viene conmigo —dijo Étienne al portero, quien hizo una gran reverencia.

—Les será difícil encontrar sitio —dijo el jefe de acomodadores—. Sólo queda libre el palco del director.

Étienne y Lucien perdieron algún tiempo errando por los corredores y parlamentando con las acomodadoras.

—Vamos a la sala; hablaremos con el director, quien nos acogerá en su palco. Además le presentaré a la heroína de la noche, a Florine.

A una señal de Lousteau, el portero del patio de butacas tomó una llavecita y abrió una puerta disimulada en un grueso muro. Lucien siguió a su amigo y pasó de repente de un pasillo completamente iluminado a un negro agujero que, en casi todos los teatros, sirve de comunicación entre la sala y bastidores. Luego, subiendo unos húmedos escalones, el poeta provinciano llegó al escenario, en donde le esperaba el más sorprendente espectáculo. La estrechez de las embocaduras, la altura del teatro, las escalas de quinqués, los decorados, tan horribles vistos de cerca, los actores tan embadurnados, sus trajes tan extraños y confeccionados con tejidos tan burdos, los mozos con chaquetas grasientas, las cuerdas colgadas, el regidor, que se pasea con el sombrero puesto, los comparsas sentados, los telones colgados, los bomberos, este conjunto de cosas graciosas, tristes, sucias, horribles, brillantes, se parecía tan poco a lo que Lucien había visto desde su asiento en el teatro, que su extrañeza fue sin límites. Acababan de representar un excelente melodrama titulado Bertram, obra imitada de una tragedia de Maturin, que estimaban grandemente Nodier, lord Byron y Walter Scott, pero que no obtuvo ningún éxito en París.

—No se suelte de mi brazo si no quiere caer en alguna trampa, recibir un bosque encima de la cabeza, derribar un palacio o tropezar con una cabaña —dijo Étienne a Lucien—. ¿Está Florine en su camerino, cariñito? —preguntó a una actriz que preparaba su entrada en escena, escuchando a los actores.

—Sí, amor. Te agradezco lo que has dicho de mí, sobre todo teniendo en cuenta que Florine también actuaba.

—Vamos, no falles la escena, pequeña —le dijo Lousteau—; precipítate, patita en alto, y grita: «¡Detente, desventurado!». Pues hay dos mil francos de taquilla.

Lucien, estupefacto, vio cómo la actriz se preparaba y salía a escena gritando un «¡Detente, desventurado!» que hacía temblar de espanto. No era la misma mujer.

—Así es pues el teatro —dijo a Lousteau.

—Es como la tienda de las Galerías de Madera y como un periódico para la literatura, una verdadera cocina —le respondió su nuevo amigo.

Nathan hizo su aparición.

—¿Por quién viene aquí? —inquirió Lousteau.

—Pero si hago pequeñas reseñas teatrales en la Gaceta, mientras espero algo mejor —repuso Nathan.

—¡Pues bien!, cene esta noche con nosotros, y a cambio trate bien a Florine —le

propuso Lousteau.

—Siempre a su servicio —replicó Nathan.

—Ya sabe, ahora vive en la calle Bondy.

—¿Quién es este guapo mozo que te acompaña, mi querido Lousteau? —preguntó la actriz, entrando de la escena a los bastidores.

—Ah, querida, un gran poeta, un hombre que será célebre. Como tendrán que cenar juntos, señor Nathan, le presento al señor Lucien de Rubempré.

—Lleva un bonito nombre, caballero —dijo Raoul a Lucien.

—Lucien, el señor Raoul Nathan —dijo Étienne a su nuevo amigo.

—A fe mía, caballero, le leía hace un par de días y no concibo que cuando se ha escrito un libro como el suyo y se han compuesto sus poesías, pueda permanecer en actitud tan humilde ante un periodista.

—Ya me lo dirá cuando publique usted su primer libro —dijo Nathan, esbozando una tenue sonrisa.

—Vaya, vaya, los ultras y los liberales se dan la mano —exclamó Vernou, contemplando al trío.

—Por las mañanas comparto las opiniones de mi periódico —dijo Nathan—, pero por las noches pienso lo que quiero: «de noche todos los redactores son pardos^[4]».

—Étienne —dijo Félicien, dirigiéndose a Lousteau—, Finot ha venido conmigo y te está buscando... Aquí está.

—¡Vaya!, ¿es que no hay un sitio?

—Usted tiene siempre uno en nuestros corazones —le contestó la actriz, dirigiéndole su más agradable sonrisa.

—Vaya, mi pequeña Florville, te veo curada de tu amor. Me habían dicho que un príncipe ruso te había raptado.

—¿Acaso se rapta hoy en día a las mujeres? —contestó Florville, que era la actriz del «¡Detente, desventurado!»—. Estuvimos diez días en Saint-Mandé, que a mi príncipe sólo le costaron una indemnización pagada a la administración. El director —continuó Florville, riendo— va a rogar a Dios que vengan muchos príncipes rusos, pues sus indemnizaciones le proporcionarían muchos ingresos sin ningún gasto.

—Y tú, querida —dijo Finot a una aldeana que les escuchaba—, ¿dónde has robado los brillantes que llevas en las orejas? ¿Acaso has hecho un príncipe indio?

—No, pero sí un fabricante de betún, un inglés que ya se ha marchado. No todas tenemos cuando queremos, como Florine y Coralie, negociantes millonarios aburridos de su matrimonio: ¿son felices?

—No vas a entrar a tiempo, Florville —exclamó Lousteau—; el betún de tu amiga se te sube a la cabeza.

—Si quieres tener éxito —le dijo Nathan— en lugar de gritar como una furia: «¡Se ha salvado!», entra con sencillez, llégate hasta la rampa y di con voz de pecho:

«Se ha salvado», como la Pasta dice «¡Oh, patria!» en Tancredo. ¡Anda! —añadió, empujándola.

—Ya no hay tiempo, ha fallado su efecto —dijo Vernou.

—¿Qué es lo que ha hecho? La sala aplaude a rabiar —preguntó Lousteau.

—Les ha enseñado su escote poniéndose de rodillas, es su gran recurso —contestó la actriz, viuda del betún.

—El director nos deja su palco, allí me encontrarás —dijo Finot a Étienne.

Lousteau llevó entonces a Lucien por detrás del teatro, a través de un dédalo de bastidores, corredores y escaleras hasta el tercer piso, y entraron en una pequeña habitación, a la que llegaron seguidos de Nathan, Félicien y Vernou.

—Buenos días, o buenas noches, caballeros —dijo Florine—. Caballero —añadió, volviéndose hacia un hombre grueso y pequeño que esperaba en un rincón—, estos señores son los árbitros de mi destino, mi porvenir está en sus manos; pero estarán, según espero, en nuestra mesa mañana por la mañana, si el señor Lousteau no ha olvidado nada...

—¡Cómo! Estará Blondet de los Débats —le dijo Étienne—, el verdadero Blondet, Blondet en persona; en una palabra, Blondet.

—¡Oh!, mi querido Lousteau, toma, es preciso que te dé un beso —dijo ella, saltándole al cuello.

Ante esta demostración, Matifat, el hombre gordo, adoptó un aire serio. A los dieciséis años, Florine era delgada. Su belleza, como un capullo lleno de promesas, sólo podía gustar a los artistas que prefieren los bocetos a los cuadros. Esta actriz encantadora tenía en sus rasgos toda la finura que la caracterizaba y se parecía entonces a la Mignon de Goethe. Matifat, rico droguero de la calle de los Lombards, había pensado que una modesta actriz de los bulevares sería poco derrochadora, pero en once meses Florine le costó sesenta mil francos. Nada pareció más extraordinario a Lucien que aquel honrado y probo negociante, colocado allí como un dios Término en un rincón de aquel reducto de diez pies cuadrados, cubierto con un bonito papel y decorado con un espejo móvil, un diván, dos sillas, una alfombra, una chimenea y lleno de armarios. Una doncella terminaba de vestir a la actriz de española. La obra era un enredo en la que Florine interpretaba el papel de una condesa.

—Esta criatura, en cinco años, será la actriz más bella de París —dijo Nathan a Félicien.

—¡Ah!, amores míos —dijo Florine, volviéndose hacia los tres periodistas—, cuidadme mañana; en primer lugar he hecho que esta noche retiren los coches, ya que os dejaré marchar borrachos como cubas. Matifat se ha provisto de vinos, pero, ¡oh!, vinos dignos de Luis XVIII, y ha contratado al cocinero del ministro de Prusia.

—Viendo a este caballero podemos esperar cosas enormes —dijo Nathan.

—Pero él sabe que trata con los hombres más peligrosos de París —respondió

Florine.

Matifat miraba a Lucien con aire inquieto, ya que la gran belleza del muchacho excitaba sus celos.

—¡Ah!, pero si hay uno al que no conozco —dijo Florine, advirtiendo la presencia de Lucien—. ¿Quién de vosotros se ha traído de Florencia el Apolo de Belvedere? Este caballero es tan encantador como una figura de Girodet.

—Señorita —dijo Lousteau—, este caballero es un poeta de provincias que he olvidado presentarle. Está tan bella esta noche, que es imposible pensar en la civilización pueril y honesta...

—¿Tan rico es como para hacer poesía? —preguntó Florine.

—Pobre como Job —repuso Lucien.

—Esto es muy tentador para nosotros —dijo la actriz.

Du Bruel, autor de la obra, un joven con levita, pequeño y nervioso, que tenía a la vez algo de propietario, de burócrata y de agente de cambio, entró de repente.

—Mi pequeña Florine, sabe bien su papel, ¿eh? Nada de fallos de memoria. Cuide sobre todo la escena del segundo acto, sea incisiva y aguda. Diga No os quiero como hemos convenido.

—¿Por qué acepta papeles en los que hay frases semejantes? —preguntó Matifat a Florine.

Una carcajada general acogió la observación del droguero.

—¿Y qué le puede importar eso —le dijo ella— si no es a usted a quien me dirijo, pedazo de bruto? ¡Oh!, me hace dichosa con esas estupideces —añadió, mirando a los demás—. A fe de mujer honrada, le pagaría un tanto por tontería si eso no me fuese a arruinar.

—Sí, pero usted me mira al decir tal cosa como cuando ensaya su papel, y esto me da miedo —replicó el droguero.

—Muy bien, entonces miraré a mi pequeño Lousteau.

Una campanilla resonó en los pasillos.

—Idos todos —dijo Florine—, dejadme leer mi papel y tratad de entenderlo.

Lucien y Lousteau se fueron los últimos. Lousteau besó los hombros de Florine y Lucien oyó que la actriz decía:

—Imposible esta noche. Este viejo animal ha dicho a su mujer que se iba al campo.

—¿La encuentra bonita? —preguntó Étienne a Lucien.

—Pero, querido amigo, este Matifat... —exclamó Lucien.

—¡Ah!, hijo mío, usted no sabe aún nada de la vida parisiense —repuso Lousteau—. Hay necesidades que se han de aguantar. Es como si amara a una mujer casada, eso es todo. Uno se busca una razón.

Étienne y Lucien entraron en un palco de proscenio de la planta baja, en donde

encontraron al director del teatro con Finot. Enfrente, Matifat se encontraba en el palco opuesto con uno de sus amigos, llamado Camusot, un sedero que protegía a Coralie y al que acompañaba un honrado viejecillo, su suegro. Estos tres burgueses limpiaban los cristales de sus impertinentes y observaban el patio de butacas, cuya agitación les inquietaba.

Los palcos ofrecían el abigarrado conjunto de una primera representación: periodistas y sus amantes, mujeres de posición y sus queridos, algunos viejos incondicionales de los teatros, aficionados a los estrenos, personas de alta posición que gustan de esta clase de emociones. En un primer palco se encontraba el director general y su familia, que había situado a Du Bruel en una administración financiera en la que el creador de variedades cobraba una verdadera sinecura. Lucien, desde la comida, iba de sorpresa en sorpresa. La vida literaria, tan pobre desde hacía dos meses, tan desnuda ante sus ojos, tan horrible en la habitación de Lousteau, tan humilde e insolente en las Galerías de Madera, se desarrollaba con extrañas magnificencias y bajo singulares aspectos. Esta mezcla de altibajos, de compromisos con la conciencia, de supremacías y cobardías, de traiciones y placeres, de grandezas y servidumbres, le tenían aturdido, como una persona atenta a un espectáculo insospechado.

—¿Cree que la obra de Du Bruel le proporcionará dinero? —preguntó Finot al director.

—La obra es una comedia de intriga en donde Du Bruel ha querido hacer de Beaumarchais. El público de los bulevares no gusta de este género, quiere ser atiborrado de emociones. La agudeza de ingenio aquí no es apreciada. Esta noche todo depende de Florine y Coralie, que son encantadoras en gracia y belleza. Estas dos criaturas tienen faldas muy cortas, bailan un paso español y pueden conquistar al público. Esta representación es una mano de cartas. Si los periódicos me hacen algunos artículos con gracia en caso, de triunfo, puedo ganar cien mil escudos.

—Bueno, ya lo veo —dijo Finot—; esto no será más que un éxito de estima.

—Hay tramada una conjura por los tres teatros vecinos. De todos modos se va a silbar; pero estoy en condiciones de echar por tierra estas malas intenciones. He dado una prima a los alborotadores enviados contra mí; silbarán, pero torpemente y de mala manera. Ahí están tres negociantes que para procurar un triunfo a Florine y a Coralie han comprado cada uno cien entradas y las han repartido entre conocidos capaces de poner a los conjurados en la calle. Éstos, pagados dos veces, se dejarán despachar, y esta maniobra siempre predispone al público.

—¡Doscientas entradas! ¡Qué gente tan generosa! —exclamó Finot.

—Sí, con otras dos bonitas actrices tan ricamente mantenidas como Florine y Coralie, no tendría problemas.

Desde hacía dos horas, en presencia de Lucien todo se resolvía con dinero. En el

teatro como en la librería, en la librería como en el periódico, no se trataba del arte y de la gloria. Estos golpes de la gran máquina de la Moneda, repetidos sobre su cabeza y su corazón, se los martilleaban. Mientras la orquesta interpretaba la obertura, no pudo impedirse oponer a los aplausos y a los silbidos del patio de butacas en alboroto las escenas de calmosa poesía pura de que había gozado en la imprenta de David, cuando ambos contemplaban las maravillas del Arte, los nobles triunfos del genio, la Gloria de blancas alas. Al recordar las reuniones del cenáculo, una lágrima brilló en los ojos del poeta.

—¿Qué le sucede? —le preguntó Étienne Lousteau.

—Veo que la poesía está sumida en un cenagal —contestó.

—¡Ah, querido! aún tiene ilusiones.

—Pero, ¿es necesario sufrir y soportar aquí a esos dos gordos Matifat y Camusot de la misma manera que las actrices soportan a los periodistas y como nosotros aguantamos a los librereros?

—Mi querido amigo —le dijo Lousteau al oído, señalándole a Finot—, ya ve a ese pesado muchacho, sin ingenio ni talento, pero ávido, deseando la fortuna a cualquier precio y hábil en los negocios, que en la tienda de Dauriat se me ha quedado con un cuarenta por ciento, dando la impresión de que me hacía un favor... Pues bien, tiene cartas en las que muchos genios en embrión se arrodillan ante él por cien francos.

Una contracción de repugnancia atenazó el corazón de Lucien, recordó: «Finot, ¡mis cien francos!», aquel dibujo dejado en el verde tapete de la redacción.

—Antes vivir —le repuso Lousteau.

Cuando el telón se levantó, el director salió y se dirigió al escenario para dar algunas órdenes.

—Amigo mío —dijo entonces Finot a Étienne—, tengo la palabra de Dauriat, poseo un tercio del semanario. He aportado treinta mil francos con la condición de ser nombrado redactor jefe y director. Es un negocio soberbio. Blondet me ha asegurado que se preparan unas leyes restrictivas contra la prensa y que sólo se permitirá la publicación de los periódicos y publicaciones existentes. Dentro de seis meses se necesitará un millón para lanzar un nuevo diario. Escúchame. Si puedes hacer comprar la mitad de mi parte, una sexta parte, a Matifat, por treinta mil francos, te daré el cargo de redactor jefe de mi pequeño diario, con doscientos cincuenta francos al mes. Serás mi portavoz. Quiero poder dirigir siempre la redacción, conservar allí todos mis intereses, sin aparentar que intervengo en lo más mínimo. Todos los artículos se te pagarán a razón de un franco la columna; de este modo, te puedes agenciar una ganancia extra de quince francos diarios, pagándolos sólo a tres francos y aprovechándote de la redacción gratuita. Son cuatrocientos cincuenta francos mensuales más. Pero quiero quedar dueño para hacer atacar o defender a los hombres

y los asuntos en el periódico, según mi voluntad, dejándote siempre satisfacer los odios y las amistades que no perjudiquen a mi política. Tal vez reciba algún cargo ministerial o monárquico, aún no lo sé, pero quiero conservar bajo mano mis relaciones liberales. Te lo digo sinceramente porque eres un buen muchacho. Tal vez pueda dejarte las Cámaras para tu periódico, como ahora las hago yo, pues seguramente no podré quedarme con ellas. Así pues, utiliza a Florine para esta pequeña maquinación y dile que apriete los tornillos al droguero; sólo tengo cuarenta y ocho horas para rehusar si no puedo pagar. Dauriat ha vendido el otro tercio a su impresor y a su fabricante de papel. Él conserva su tercio gratis y gana diez mil francos, ya que el total sólo le ha costado cincuenta mil francos. Pero de aquí a un año, el negocio valdrá doscientos mil francos, y se podrá vender a la Corte si, como dicen, tiene la buena idea de amortizar los periódicos.

—Tienes mucha suerte —exclamó Lousteau.

—Si hubieses pasado por los momentos miserables que yo, no dirías eso. Pero en la actualidad, ya ves, disfruto de una desgracia sin remedio: soy hijo de un sombrerero que vende sombreros en la calle de Coq. Sólo una revolución puede hacerme triunfar; y a falta de una hecatombe social, es necesario que me agencie millones. No sé si de estas dos cosas, lo más fácil es la revolución. Si yo llevara el apellido de tu amigo, me encontraría en una bonita situación. Silencio, aquí llega el director. Hasta luego —dijo Finot, levantándose—. Me voy a la Ópera, tal vez mañana tenga un duelo: redacto y firmo un artículo fulminante contra dos bailarinas que tienen por amigos a dos generales. Ataco y desafío a la Ópera.

—¡Ah, bah! —exclamó el director.

—Sí, todo el mundo escatima conmigo —dijo Finot—. Éste me cierra su palco, aquél duda en aceptarme cincuenta suscripciones. Ya he dado mi ultimátum a la Opera: quiero cien suscripciones y cuatro palcos por mes. Si aceptan, mi periódico tendrá entonces ochocientos suscriptores servidos y mil que pagan. Y conozco los medios para tener doscientas suscripciones más: en enero llegaremos a los mil doscientos...

—Acabará por arruinarnos —dijo el director.

—Usted sí que está mal con sus diez suscripciones. Le he hecho hacer dos buenos artículos en el *Constitutionnel*.

—¡Oh!, no me quejo de usted —exclamó el director.

—Hasta mañana por la noche, Lousteau —dijo Finot—. Ya me darás una respuesta en los Franceses, donde hay un estreno; y como no me será posible hacer el artículo, cogerás mi palco en el periódico. Te doy la preferencia, te has deslomado para mí y te estoy muy reconocido por ello. Félicien Vernou me hace el ofrecimiento de restituirme los honorarios de todo un año y me propone veinte mil francos por un tercio en la propiedad del periódico; pero allí quiero seguir siendo el dueño absoluto.

Adiós.

—Éste no se llama Finot^[5] porque sí —dijo Lucien a Lousteau.

—¡Oh!, es un ahorcado que logrará lo que se propone —le replicó Étienne, sin preocuparse de poder ser oído por aquel hábil hombre que cerraba en aquel preciso momento la puerta del palco.

—¿Éste? —dijo el director—. Será millonario, disfrutará de la consideración general y hasta, tal vez, tendrá amigos...

—¡Dios mío, vaya cueva! —dijo Lucien—. ¿Y usted va a entablar una negociación tal a causa de una muchacha tan deliciosa? —dijo, señalando a Florine que les lanzaba miradas.

—Y dará resultado. No conoce la abnegación y la astucia de estas queridas criaturas —repuso Lousteau.

—Redimen todos sus defectos, borran todas sus faltas mediante la amplitud y lo infinito de su amor, cuando aman —contestó el director—. La pasión de una actriz es una cosa tanto más bella cuanto mayor contraste produce con su medio ambiente.

—Es como encontrar en medio del barro un diamante digno de adornar la corona más orgullosa —añadió Lousteau.

—Pero —replicó el director— Coralie está distraída. Nuestro amigo está conquistando a Coralie sin darse cuenta de ello, y va a hacerle estropear la escena; no se fija en sus contestaciones, y ya van dos veces que no oye al apuntador. Caballero, se lo ruego —dijo a Lucien—, colóquese en este rincón. Si Coralie se ha enamorado de usted, voy a decirle que se ha marchado.

—¡Ah, no! —exclamó Lousteau—. Dígale que este caballero irá a la cena, que allí hará lo que ella quiera, y actuará como la señorita Mars.

El director se fue.

—Amigo mío —dijo Lucien a Étienne—, ¿cómo es eso? ¿No tiene ningún escrúpulo en hacer pedir por medio de la señorita Florine a ese droguero treinta mil francos por la mitad de una cosa que Finot acaba de comprar a ese precio?

Lousteau no dio tiempo a que Lucien terminara su razonamiento.

—¿Pero de dónde sale usted, hombre? Este droguero no es un hombre, es una caja de caudales ofrecida por el amor.

—¿Y su conciencia?

—La conciencia, mi querido amigo, es uno de esos bastones que todo el mundo coge para apalearse a su prójimo, pero del que nadie se sirve para sí mismo. ¡Vaya, vaya! ¿Contra quién demonios está? ¡La suerte hace para usted un milagro que yo he estado esperando durante dos años, y usted se entretiene discutiendo los medios! ¿Cómo es eso? Usted, que parece ser inteligente, que llegará a la independencia de las ideas que han de profesar los aventureros intelectuales en el mundo en que nos encontramos, ¿cae en los escrúpulos de monja que se acusa de haber comido su

huevo con concupiscencia?... Si Florine triunfa, me convierto en redactor jefe, gano doscientos cincuenta francos de fijo y me encargo de los principales teatros; dejó a Vernou los teatros de variedades y usted pone el pie en el estribo, sucediéndome en todos los teatros de los bulevares. Entonces tendrá tres francos por columna y escribirá una por día, treinta al mes, que le darán un producto de noventa francos; tendrá sesenta francos de libros para vender a Barbet; además, puede pedir a sus teatros diez entradas mensuales, cuarenta entradas en total, que venderá por cuarenta francos al Barbet de los teatros, una persona con la que le pondré en contacto. De este modo le veo con doscientos francos al mes. Podrá, haciéndose útil a Finot, colocar un artículo de cien francos en su nuevo periódico semanal, en el caso en que despliegue un talento trascendental; ya que allí se firma y no es preciso dejar nada abandonado como en un pequeño periódico. De este modo, tendrá cien escudos al mes. Amigo mío, existen personas de talento, como ese pobre D'Arthez, que todas las noches cenan en casa de Flicoteaux y que necesitan ver pasar diez años antes de ganar cien escudos. Con su pluma se ganará cuatro mil francos al año sin contar los ingresos de la librería, si escribe para ella. Y sin embargo, un subprefecto sólo tiene mil francos de sueldo y se aburre soberanamente en su distrito. Ya no le hablo del placer que se experimenta al ir a un espectáculo sin tener que pagar, ya que ese placer pronto se convertirá en una fatiga, pero tendrá entrada libre en los bastidores de los cuatro teatros. Sea duro e ingenioso durante uno o dos meses, estará abrumado por las invitaciones, reuniones con las artistas, será cortejado por sus amantes, cenará en casa de Flicoteaux el día que no tenga treinta sueldos en el bolsillo y ni una invitación a cenar. Se encuentra en vísperas de convertirse en una de las cien personas privilegiadas que imponen sus opiniones en Francia. Dentro de tres días, si triunfamos, puede, con treinta frases buenas impresas, a razón de tres por día, hacer maldecir la vida a un hombre; puede crearse rentas de placer con todas las actrices de sus teatros, puede desprestigiar a una buena obra y hacer que todo París acuda a una mala calidad. Si Dauriat rehúsa publicar vuestras Margaritas sin darle nada a cambio, puede hacerle acudir humildemente a su casa para que se las compre por dos mil francos. Mantenga su talento y coloque en tres periódicos diferentes tres artículos que amenacen terminar con algunas de las especulaciones de Dauriat o con algún libro en el que él confía; entonces le verá trepar hasta su buhardilla y alojarse en ella como un parásito. En una palabra, los libreros, que en la actualidad le pondrían de patitas en la calle más o menos educadamente, harán cola en su casa, y el manuscrito que el rico Doguereau valoró en cuatrocientos francos será estimado en cuatro mil. Éstas son las ventajas de la profesión de periodista. Por lo tanto, tratamos de impedir la aproximación de los recién llegados hasta los periódicos; no solamente es preciso un inmenso talento, sino también suerte para poder entrar. Y usted discute su suerte... ¿se da cuenta? Si hoy no nos hubiéramos encontrado en Flicoteaux, seguiría papando

moscas durante tres años más o se hubiese muerto de hambre como D'Arthez en una buhardilla. Cuando D'Arthez se haya hecho tan instruido como Bayle y tan gran escritor como Rousseau, nosotros ya habremos hecho nuestra fortuna y seremos dueños de la suya y de su gloria. Finot será diputado y propietario de un gran periódico y nosotros seremos aquello que nos hubiese gustado ser: pares de Francia o detenidos por deudas en la prisión de Sainte-Pélagie.

—Y Finot venderá su gran periódico a los ministros, que le darán el máximo de dinero, al igual que vende sus elogios a la señora de Bastienne mientras infama a la señorita Virginie, probando que los sombreros de la primera son de una calidad superior a los que el periódico ensalzaba en un principio —exclamó Lucien, recordando la escena de la que fue testigo.

—Es usted un necio, amigo mío —repuso Lousteau, en tono seco—. Finot, hace tres años, caminaba sobre las cañas de sus botas, cenaba en casa de Tabar a dieciocho sueldos, redactaba prospectos por diez céntimos y su traje se le mantenía sobre el cuerpo mediante un misterio semejante al de la Inmaculada Concepción; en la actualidad, Finot tiene sólo para él su periódico, valorado en cien mil francos; con las suscripciones pagadas y no servidas, con las suscripciones reales y las contribuciones indirectas percibidas por su tío, gana veinte mil francos al año; todos los días tiene las cenas más suntuosas, desde hace un mes tiene un cabriolé, y finalmente, he aquí que mañana se encontrará a la cabeza de un semanario, con la sexta parte de la propiedad gratis y con quinientos francos de sueldo al mes, a los que añadirá mil francos de redacción, obtenidos gratuitamente y que hará pagar a sus socios. Usted primero, si Finot accede a pagarle cincuenta francos por página, se sentirá feliz de llevarle tres artículos por nada. Cuando se encuentre en análoga posición podrá juzgar a Finot, sólo se puede ser juzgado por sus iguales. ¿Acaso no tiene un inmenso porvenir si obedece ciegamente a los odios de posición? Si ataca cuando Finot le diga «¡ataca!», si ensalza cuando le diga «¡ensalza!». Cuando quiera vengarse de alguien, podrá liquidar a su amigo o a su enemigo con una frase insertada todas las mañanas en nuestro diario, diciéndome: «Lousteau, matemos a ese hombre». Volverá a asesinar a su víctima mediante un gran artículo en el semanario. En una palabra, si el asunto es de suma importancia para usted, Finot, para quien será indispensable, le dejará darle la puntilla en una gran publicación que tenga diez o doce mil suscriptores.

—Así pues, ¿crees que Florine logrará que su droguero acepte el negocio? —preguntó Lucien, deslumbrado.

—Por completo. Llega el descanso, voy a decirle un par de cosas sobre ello, esto se consumará esta misma noche. Una vez haya digerido la lección, Florine tendrá todo mi talento y el suyo.

—Y ese honorable negociante que se encuentra ahí, con la boca abierta, ignorando por completo que le van a extirpar treinta mil francos...

—¡Eso es una tontería más! Cualquiera diría que le van a robar —protestó Lousteau—. Pero, amigo mío, si el Ministerio compra el periódico dentro de seis meses, el droguero a buen seguro que de sus treinta mil francos obtendrá cincuenta mil. Además, Matifat no verá el periódico, sino los intereses de Florine. Cuando se sepa que Camusot y Matifat son los propietarios de una revista (pues se repartirán el negocio), en todos los periódicos aparecerán artículos ensalzando a Florine y a Coralie. Florine se hará célebre, y seguramente obtendrá en otro teatro un contrato por doce mil francos. Finalmente, Matifat economizará los mil francos mensuales que le costarán los regalos y las cenas a los periodistas. No sabe nada ni de los hombres ni de los negocios.

—¡Pobre hombre! —dijo Lucien—. ¡Y él que espera tener una noche agradable!

—Y —repuso Lousteau— será abrumado por mil razonamientos hasta que haya mostrado a Florine la sexta parte comprada a Finot. Y yo, a la mañana siguiente, seré redactor jefe y ganaré mil francos al mes. Por fin llega el final de mis miserias —exclamó el amante de Florine.

Lousteau salió, dejando a Lucien aturdido, perdido en un abismo de ideas, volando por encima del mundo como es en realidad. Tras de haber contemplado en las Galerías de Madera los hilos de la librería y la cocina de la gloria, tras de haberse paseado por los bastidores de un teatro, el poeta percibía el revés de las conciencias, el juego de los engranajes de la vida parisiense, el mecanismo de cualquier cosa. Había sentido envidia de la dicha de Lousteau admirando a Florine en escena. Durante algunos instantes había olvidado a Matifat. Permaneció allí durante un tiempo inapreciable, tal vez cinco minutos. Fue una eternidad. Ardientes pensamientos inflamaban su alma al igual que sus sentidos se notaban abrasados por el espectáculo de estas artistas de ojos lascivos, que el bermellón de las mejillas hacía resaltar; de senos turgentes, vestidas con corpiños voluptuosos de licenciosos pliegues, con faldas cortas, enseñando sus piernas enfundadas en medias rojas con talones verdes y calzadas de forma que hacían conmovearse al auditorio.

Dos corrupciones caminaban sobre dos líneas paralelas al igual que dos olas que en una inundación quieren reunirse; devoraban al poeta acodado en un rincón del palco, con el brazo sobre el terciopelo rojo de la baranda, la mano inerte, los ojos fijos en el telón, y tanto más accesible a los encantos de esta vida mezclada de destellos y nubes cuanto que brillaba como un fuego artificial tras la noche profunda de su vida laboriosa, oscura y monótona. De repente, la luz amorosa de una mirada brilló sobre los ojos distraídos de Lucien, agujereando el telón del teatro. El poeta, despertado de su sopor, reconoció el ojo de Coralie, que le quemaba; bajó la cabeza y miró a Camusot, que en aquel momento entraba en el palco de enfrente. Este aficionado era un rechoncho sedero de la calle de Bourdonnais, juez del Tribunal de Comercio, padre de cuatro niños y casado en segundas nupcias, con ochenta mil

libras de renta, pero de cincuenta y seis años de edad y con un solideo de cabellos grises en la cabeza, con el aspecto hipócrita de un hombre que disfruta de su situación y que no quiere abandonar este mundo sin disfrutar tras de haber tenido que tragarse las mil y una culebras del comercio. Aquella frente de un color mantecoso, aquellas mejillas monásticas y marchitas parecían no ser lo suficientemente amplias como para sobrellevar el ocaso de una jubilación superlativa: Camusot se encontraba sin su mujer y esperaba aplaudir a Coralie hasta romperse el alma.

Coralie era toda la gama de vanidades reunidas en este rico burgués, ante ella se comportaba como el rico burgués de antaño. En aquellos instantes se creía acreedor de la mitad de los éxitos de la actriz, y lo creía tanto más cuanto que había contribuido financieramente. Esta conducta estaba sancionada por la presencia del suegro de Camusot, un vejete de cabellos empolvados, ojos impúdicos, pero no por ello menos digno. Las repugnancias de Lucien se despertaron, recordó el amor puro, exaltado, que durante un año había sentido por la señora de Bargeton: Inmediatamente el amor de los poetas desplegó sus alas blancas; mil recuerdos rodearon con sus azulados horizontes al gran hombre de Angulema, que recayó en el ensueño. El telón se alzó, Coralie y Florine se encontraban en escena.

—Querida, piensa en ti como en el Gran Turco —dijo en voz baja Florine, mientras Coralie comenzaba una réplica.

Lucien no pudo impedir una carcajada y miró a Coralie. Esta mujer, una de las más encantadoras y más deliciosas actrices de París, la rival de la señora Perrin y de la señorita Fleuriet, a las que se parecía y cuya suerte debería igualar, era de ese tipo de muchachas que ejercen una fascinación sobre los hombres. Coralie ofrecía el tipo sublime del rostro judío, ese rostro largo, ovalado, de un tono de marfil claro, boca roja como una granada, mentón fino como el borde de una copa. Bajo sus párpados quemados por una pupila de jade, bajo sus rizadas pestañas, se adivinaba una mirada lánguida donde brillaban, a propósito, los ardores del desierto. Aquellos ojos cernidos por una sombra olivácea se encontraban coronados por rizadas y abundantes cejas. Sobre una frente morena, coronada por dos tiras de ébano, donde brillaban entonces las luces, reflejándose como sobre el barniz, se asentaba una magnificencia de pensamiento que hubiese podido hacer creer en el genio. Pero, semejante a muchas actrices, sin ingenio a pesar de su ironía de entre bastidores, sin instrucción a pesar de su experiencia de camerino, solamente tenía el ingenio de los sentidos y la bondad de las mujeres enamoradas.

Pero, ¿acaso se puede hablar de moral cuando ella deslumbraba la mirada con sus brazos suaves y bien torneados, sus finos y aristocráticos dedos, sus dorados hombros y el pecho cantado por el Cantar de los Cantares, con un cuello esbelto y curvado, con unas piernas de adorable elegancia y calzada con seda roja? Aquellas bellezas de una poesía verdaderamente oriental estaban aún más realzadas por el vestido español

que en nuestros teatros se estilaba.

Coralie era la delicia del auditorio; todos los ojos se posaban en su corpiño bien ajustado y aplaudían sus caderas andaluzas que imprimían lascivos movimientos a la falda. Hubo un momento en el que Lucien, viendo a esta criatura interpretando sólo para él y sin importarle Camusot más que lo que el muchacho del paraíso se preocupa por la peladura de una manzana, antepuso el amor sensual al amor puro, el disfrute al deseo, y el demonio de la lujuria le comunicó atroces pensamientos.

«Ignoro todo el amor que se esconde en la buena mesa, en el vino y en las alegrías —se dijo—. Hasta ahora he vivido más por el Pensamiento que por el Hecho. El hombre que lo quiere pintar todo lo ha de conocer todo. He aquí mi primera cena fastuosa, mi primera orgía con un mundo extraño, ¿por qué no he de gustar de estas delicias tan célebres sobre las que se abalanzaban los grandes señores del pasado siglo, viviendo con los impuros? Y aunque no sea más que para transportarlas a las bellas regiones del amor verdadero, ¿acaso no es necesario conocer las alegrías, las perfecciones, los transportes, los recursos, las sutilezas del amor de la cortesanías y de las actrices? ¿Acaso no es, después de todo, la poesía de los sentidos? Hace un par de meses, esas mujeres me parecían divinidades conservadas y vigiladas por dragones imposibles de desafiar; y he aquí una cuya belleza sobrepasa la de Florine, que tanto envidiaba a Lousteau; ¿por qué no aprovecharse de su capricho, cuando los señorones de mayor alcurnia compran con sus propios tesoros una noche a esas mujeres? Los embajadores, cuando hollan con sus plantas esas grutas profundas, esas simas, no se preocupen ni de la víspera ni del mañana. ¡Sería un tonto si tuviese más delicadeza que los príncipes, sobre todo si todavía no amo a nadie!». Lucien ya no se acordaba de Camusot. Después de haber manifestado a Lousteau su profundo desagrado por la mayor y más odiosa de las particiones, caía en aquel foso, nadaba en un deseo empujado por el jesuitismo de la pasión.

—Coralie está loca por usted —le dijo Lousteau, entrando—. La belleza de usted, digna de los más ilustres mármoles de Grecia, causa estragos entre bastidores. Es una persona con suerte, querido. A los dieciocho años, Coralie podrá tener, dentro de unos días, sesenta mil francos al año gracias a su belleza. Aún es muy prudente. Vendida por su madre hace tres años en sesenta mil francos, aún no ha cosechado más que desdichas y busca la felicidad. Entró en el teatro por desesperación, no podía ver a De Marsay, su primer adquiridor, y al salir de la galera, ya que pronto fue libertada por el rey de nuestros dandys, se encontró con ese hombre de Camusot al que no quiere en absoluto, pero que es una especie de padre para ella y lo aguanta y se dejar querer. Ha rechazado ya proposiciones muy interesantes y se mantiene fiel a Camusot, quien no la atormenta. O sea que usted es su primer amor. ¡Oh!, ha recibido como una especie de pistoletazo en el corazón al verle, y Florine ha tenido que ir para consolarla a su camerino, en donde llora por su frialdad. La pieza se va ir al demonio, Coralie ya no

se acuerda de su papel, y entonces, adiós el contrato con el Gimnasio que le estaba preparando Camusot...

—¡Bah!, pobre muchacha —dijo Lucien, cuya vanidad se sintió halagada por aquellas palabras, y que sintió como su corazón se hinchaba de amor propio—. En una sola tarde, mi querido amigo, me están sucediendo más acontecimientos que en los primeros dieciocho años de mi vida.

Y Lucien le contó sus amores con la señora de Bargeton y su odio hacia el barón du Châtelet.

—Mira por dónde el periódico está falto de una cabeza de turco. Nos vamos a ocupar de él. Ese barón es un guapo del Imperio, es ministerial y nos conviene, le he visto muchas veces en la Ópera. Desde aquí veo a su gran señora, está muchas veces en el palco de la marquesa de Espard. El barón hace la corte a la ex amante de usted, un verdadero hueso de jibia. ¡Un momento! Finot acaba de enviarme un recado urgente diciéndome que el periódico está sin original, una jugarreta que le ha hecho uno de nuestros redactores, un gracioso, el pequeño Hector Merlin, a quien se le han recortado los artículos. Finot, sumido en la desesperación, lanza un artículo contra la Ópera. Pues bien, amigo mío, haga un artículo sobre esta obra, escúchela y piense en ello. Yo me voy al despacho del director a meditar tres columnas —sobre su hombre y sobre su bella desdeñosa, que mañana no se encontrarán muy a sus anchas...

—¿Así es pues cómo y dónde se confecciona un periódico? —dijo Lucien.

—Siempre es así —le repuso Lousteau—. Desde hace diez meses que trabajo en él, el periódico se encuentra siempre sin original a las ocho de la noche.

En el argot tipográfico se llama *original* al manuscrito que se ha de componer, tal vez porque sus autores no brillan precisamente por la originalidad de su obra.

—El gran proyecto, que nunca se llevará a cabo, es tener varios números por adelantado —añadió Lousteau—. Ya son las diez y no hay ni siquiera una línea. Voy a decir a Vernou y a Nathan que, para terminar brillantemente el número, nos preparen una veintena de epigramas sobre los diputados, sobre el canciller Crusoé, sobre los ministros y, si es preciso, hasta sobre nuestros amigos. En ese caso se arremetería hasta contra su padre, si es una especie de corsario que carga sus cañones con los escudos de su presa para no perecer. Sea agudo en su artículo y de este modo habrá ganado infinidad de puntos ante Finot; es agradecido por cálculo. Es la mejor y la más sólida de las gratitudes.

—¿Qué clase de hombres son entonces los periodistas? —exclamó Lucien—. ¿Cómo es eso, hay que sentarse a una mesa y tener ingenio?...

—Exactamente, igual que como se alumbra un quinqué... hasta que falta el aceite.

En el momento en que Lousteau abría la puerta del palco, entraron el director y Du Bruel.

—Caballero —dijo el autor de la obra a Lucien—, permítame decir de parte suya a Coralie que se irá con ella después de cenar, o si no mi comedia está perdida. La pobre muchacha ya no sabe ni lo que dice ni lo que se hace, y va a llorar cuando sea necesario reír y se reirá cuando tenga que llorar. Ya la han silbado. Aún puede salvar la obra. Y sin embargo no es una desgracia el placer que le espera.

—Caballero, no tengo la costumbre de tener rivales —contestó Lucien.

—No le repita esa idea —exclamó el director, mirando al autor—. Coralie es una muchacha dispuesta a arrojar a Camusot por la ventana y se arruinaría. Este digno propietario del Capullo de Oro da a Coralie dos mil francos al mes y paga toda su ropa y su claque.

—Como su promesa no me compromete a nada, salve su obra —dijo sultanescamente Lucien.

—Pero, por favor, no adopte usted el aire de rechazar a esta muchacha tan encantadora —dijo el suplicante Du Briel.

—Vamos, vamos, que es preciso que escriba el artículo sobre su obra y sonría a esta chica, de acuerdo —dijo el poeta.

El autor desapareció tras de haber hecho una señal a Coralie, que a partir de entonces interpretó maravillosamente. Bouffé, que interpretaba el papel de un viejo alcalde y en el que se reveló por primera vez su talento para interpretar a un anciano, se acercó al proscenio en medio de un estruendo de aplausos para decir: «Caballeros, la obra que acabamos de representar es de los señores Raoul y De Briel».

—Vaya, Nathan está metido en eso —dijo Lousteau—; entonces no me sorprende de su presencia.

—¡Coralie, Coralie! —clamaba el auditorio, excitado.

Desde el palco en el que se encontraban los dos negociantes, una voz de trueno se alzó y gritó:

—¡Y Florine!

—¡Florine y Coralie! —repitieron entonces algunas voces.

El telón se levantó; Bouffé apareció con las dos actrices, a las que Matifat y Camusot arrojaron sendas coronas. Coralie recogió la suya y se la tendió a Lucien. Para Lucien aquellas dos horas pasadas en el teatro fueron como un sueño. Los bastidores, a pesar de sus horrores, habían comenzado la obra de esta fascinación. El poeta, inocente aún, había respirado allí el aire del desorden y de la voluptuosidad. En aquellos sucios pasillos, en los que se amontonan aparatos y en donde humean aceitosos quinqués, reina una especie de peste que devora el alma. La vida allí ya no es ni santa ni real. Allí se burlan de todas las cosas serias y hasta las cosas imposibles parecen verdaderas. Para Lucien fue como una especie de narcótico, y Coralie terminó por sumergirle en una alegre embriaguez.

Se apagaron las luces. No quedaban entonces en la sala más que las

acomodadoras, que hacían un ruido muy particular, apartando los pequeños asientos y cerrando las puertas de los palcos. Las luces de la escena, apagadas de golpe, dejaron en el ambiente un olor infecto. Se levantó el telón. Un farol descendió de las alturas. Los bomberos comenzaron su ronda de inspección junto con los tramoyistas de servicio. A la magia de la escena y el espectáculo de los palcos repletos de bellas mujeres, a las deslumbrantes luces, al espléndido espectáculo de los decorados y de los vestidos nuevos, sucedían el frío, el horror, la oscuridad y el vacío. Era espantoso.

Lucien se encontraba preso de una indecible sorpresa.

—Bien, pequeño, ¿vienes? —dijo Lousteau desde las tablas.

—Salta del palco, aquí.

De un salto, Lucien se encontró en el escenario. Apenas si reconoció a Florine y a Coralie, despojadas de su ropaje de escena y envueltas en unas batas ordinarias, con sus mantones sobre los hombros y la cabeza cubierta con un sombrero de velo negro, semejantes, en una palabra, a mariposas encerradas en sus larvas.

—¿Me hará el honor de darme su brazo? —le dijo Coralie, temblorosa.

—Con mucho gusto —dijo Lucien, sintiendo como el corazón de la actriz palpitaba sobre el suyo, al igual que el de un pajarillo, en cuanto la hubo sujetado.

La actriz, apretándose contra el poeta, demostró la voluptuosidad de una gatita que se restrega contra la pierna de su amo con delicado ardor.

—Así pues, vamos a cenar juntos —le dijo ella.

Los cuatro salieron y vieron dos coches a la puerta de los artistas que daba a la calle de Fossés-du-Temple. Coralie hizo subir a Lucien al carruaje, en el que ya se encontraba Camusot y su suegro, Cardot. El cuarto lugar se lo ofreció a Du Bruel. El director salió con Florine, Matifat y Lousteau.

—Estos *fiacres* son infames —exclamó Coralie.

—¿Por qué no tiene un coche propio? —preguntó Du Bruel.

—¿Por qué? —exclamó ella humorísticamente—. No lo quiero decir delante del señor Cardot, quien sin duda ya ha aleccionado a su yerno. Acaso no creerá que, pequeño y viejo como es, el señor Cardot no da más de quinientos francos por mes a Florentine, lo justo para poder pagar su alquiler, su comida y su calzado. El viejo marqués de Rochegude, que tiene seiscientos mil libras de renta, me ofrece un cupé desde hace más de dos meses. Pero yo soy una artista y no una cortesana.

—Pasado mañana tendrá usted un coche, señorita —dijo gravemente Camusot—; pero nunca me lo había pedido.

—¿Acaso se pide tal cosa? ¿Cómo, cuando se quiere a una mujer, se la deja caminar por entre el barro, a riesgo de romperse una pierna? Sólo a esos caballeros de Aune les puede gustar el fango adherido en los bajos de un Vestido femenino.

Mientras decía estas palabras, con un enfado que destrozaba el corazón de Camusot, Coralie buscaba la pierna de Lucien y la apretaba entre la suya, le cogió su

mano y se la apretó. Se calló entonces y pareció concentrada en uno de esos goces infinitos que recompensan a esas pobres criaturas de todas sus penas pasadas, de sus desgracias, y que desarrollan en su alma una poesía desconocida para las demás mujeres a las que, por fortuna, les faltan esos violentos contrastes.

—Al final ha logrado representar tan bien como la señorita Mars —dijo Du Bruel a Coralie.

—Sí —afirmó Camusot—, la señorita, al principio, tenía algo que le preocupaba, pero a partir de la mitad del acto segundo ha estado soberbia. Le debe usted la mitad de su triunfo.

—Y ella a mí la mitad del suyo —dijo Du Bruel.

La actriz aprovechó los momentos de oscuridad para llevar a sus labios la mano de Lucien, y la besó, mojándola con sus lágrimas. Lucien se sintió conmovido hasta la médula de sus huesos. La humildad de la cortesana enamorada lleva consigo una nobleza que hace remontar el espíritu a lo más alto.

—Este caballero va a hacer un artículo —dijo Du Bruel, refiriéndose a Lucien—; puede escribir un párrafo encantador sobre nuestra querida Coralie.

—¡Oh!, háganos ese pequeño favor —dijo Camusot, con la voz de un hombre que se arrodilla ante Lucien—. En mí tendrá un servidor bien dispuesto hacia usted en cualquier momento.

—Deje a este caballero su independencia —exclamó la artista, rabiosa—; escribirá lo que le dé la gana. Tío Camusot, cómpreme carruajes y no elogios.

—Los tendrá, y a muy bajo precio —repuso cortésmente Lucien—. Nunca he escrito nada en los periódicos, no estoy al corriente de sus costumbres; tendrá usted la virginidad de mi pluma...

—Eso será gracioso —añadió Du Bruel.

—Ya hemos llegado a la calle de Bondy —dijo el viejecillo Cardot, a quien la frase de Coralie había aterrado.

—Si yo tengo las primicias de tu pluma, tú tendrás las de mi corazón —dijo Coralie en el breve momento en que permaneció a solas con Lucien dentro del carruaje.

Coralie fue a reunirse con Florine en su habitación, para recoger la ropa que allí había enviado.

Lucien no conocía el lujo que, en casa de las artistas o en casa de sus amantes, despliegan los negociantes enriquecidos que desean disfrutar de la vida. A pesar de que Matifat, quien no tenía una fortuna tan considerable como la de su amigo Camusot, había hecho las cosas un tanto mezquinamente, Lucien quedó sorprendido al ver un comedor decorado artísticamente, tapizado con paño verde, adornado con clavos de cabezas doradas e iluminado por bellas lámparas, amueblado con divanes y tiestos llenos de flores, y un salón cubierto por seda amarilla, festoneada con adornos

marrones en donde resplandecían los muebles a la moda por aquel entonces, una araña de Thomire y una alfombra de dibujos persas. El reloj, los candelabros y la chimenea, todo era de un gusto exquisito. Matifat lo había dejado todo en manos de Grindot, un joven arquitecto que le estaba construyendo una casa y que, conocedor del destino de aquel piso, puso en él un cuidado especial. De este modo, Matifat, siempre negociante, tenía especial cuidado en vigilar hasta los menores detalles y parecía tener constantemente ante él las cifras de las facturas y consideraba todo aquel lujo como joyas escapadas imprudentemente de un estuche.

«Esto es a lo que me veré obligado a hacer por Florentine», era el pensamiento que se podía leer en los ojos del tío Cardot.

Lucien comprendió inmediatamente que el estado de la habitación en la que Lousteau vivía no inquietaba lo más mínimo al periodista amado. Rey secreto de aquellas fiestas, Étienne disfrutaba de todas aquellas bellas cosas. De este modo, adoptaba el aspecto de anfitrión y dueño de la casa, ante la chimenea, mientras discutía con el director, quien felicitaba a Du Bruel.

—¡El original, el original! —exclamó Finot, entrando—. No hay nada en el buzón del periódico. Los cajistas tienen mi artículo y pronto lo habrán terminado.

—Acabamos de llegar —dijo Étienne—. Encontraremos una mesa y fuego en la habitación de Florine. Si el señor Matifat quiere proporcionarnos, papel y tinta, redactaremos el periódico mientras Florine y Coralie se visten.

Cardot, Camusot y Matifat desaparecieron, presurosos por encontrar las plumas, los cortaplumas y todo lo que necesitaban los dos escritores. En aquel momento, una de las más bellas bailarinas de la época, Tullia, se precipitó en el salón.

—Mi niño querido —dijo a Finot—, se te conceden tus cien suscripciones, no costarán nada a la Dirección; ya han sido colocados, impuestos al coro, a la orquesta y al cuerpo de baile. Tu periódico es tan ingenioso que nadie se va a quejar. Tendrás tus palcos. Bueno, aquí tienes el importe del primer trimestre —dijo tendiéndole dos billetes de banco—. De esta manera, no me muelas a golpes.

—Estoy perdido —exclamó Finot—. Ya no tengo artículo editorial para mi número, ya que es preciso suprimir esa infame diatriba...

—¡Qué bello movimiento, mi divina Laïs! —exclamó Blondet, quien seguía a la bailarina junto con Nathan, Vernou y Claude Vignon, conducidos por él—. Te quedarás a cenar con nosotros, amor mío, o te aplasto como una frágil mariposilla que eres. En tu calidad de bailarina, no excitarás aquí ninguna rivalidad de talento. En cuanto a la belleza, todas sois lo suficientemente inteligentes como para ser celosas en público.

—¡Dios mío! Amigos míos, ¡Du Bruel, Nathan, Blondet, salvadme! —exclamó Finot. Necesito cinco columnas.

—Yo haré dos sobre la obra —dijo Lucien.

—Mi artículo llenará una —añadió Lousteau.

—Bien; entonces, Nathan, Vernou, Du Bruel, hacedme las bromas del final. Este simpático Blondet podría solucionarme las dos pequeñas columnas de la primera página. Corro a la imprenta. Menos mal que tú, Tullia, has venido con tu coche.

—Sí, pero el duque está dentro con un embajador alemán.

—Invitemos al duque y al embajador —dijo Nathan.

—Un alemán sabe beber, escucha, y le diremos cosas tan atrevidas que las escribirá a su corte —exclamó Blondet.

—¿Quién de entre nosotros es el personaje más serio para bajar a hablarle? —dijo Finot—. Vamos, Du Bruel, tú eres un burócrata, trae al duque de Rhétoré, al ministro, y da el brazo a Tullia. ¡Dios mío! ¿No está Tullia hermosísima esta noche?...

—Vamos a ser trece —dijo Matifat, palideciendo.

—No, catorce —rectificó Florentine, llegando—; yo voy a vigilar (*mai lort querdotte*), ¡milord Cardot!

—Además —dijo Lousteau—, Blondet está acompañado por Claude Vignon.

—Lo he traído para beber —repuso Blondet, cogiendo un tintero—. ¡Ah, vosotros, tened suficiente ingenio para las cincuenta y seis botellas de vino que nos vamos a beber! —dijo a Nathan y a Vernou—. Sobre todo animad a Du Bruel, es un verdadero cómico y es capaz de hacer alguna frase un tanto dañina, llevadle por el buen camino.

Lucien, deseoso de lucirse ante personajes tan señalados, escribió su primer artículo sobre la mesa redonda de la habitación de Florine, a la luz de velas rosas, alumbradas por Matifat.

«Panorama dramático.

»Primera representación de *Los apuros de un alcalde*, enredo en tres actos. Debut de la señorita Florine. La señorita Coralie. Bouffé.

»Se entra, se sale, se habla, se pasea, se busca algo y no se encuentra nada; todo son rumores. El alcalde ha perdido a su hija y encuentra su sombrero; pero el sombrero no le vale, debe de ser el sombrero de un ladrón. ¿Dónde está el ladrón? Se entra, se sale, se habla, se pasea, se sigue buscando afanosamente. El alcalde acaba por encontrar a un hombre sin su hija y a su hija sin un hombre, lo cual ya satisface al magistrado, pero no al público. Renace la calma y el alcalde quiere interrogar a su hombre. Este anciano alcalde se sienta en un gran sillón de alcalde, arreglándose sus mangas de alcalde. España es el único país en donde se puede encontrar alcaldes sujetos a grandes y amplísimas mangas y en donde se ven alrededor del cuello de los alcaldes esas gorgueras que en los teatros de París son la mitad de sus funciones. Este alcalde, que tanto ha trotado con un pasito breve de viejo asmático, es Bouffé, Bouffé, el sucesor de Potier, un actor que interpreta tan bien a los viejos que ha hecho reír a los más ancianos. Hay un porvenir de cien ancianos en esa frente calva, en esa voz cascada, en esas canillas temblorosas bajo un cuerpo de Geronte.

»Es tan viejo ese joven actor, que asustarse teme que su vejez no se extienda como una enfermedad contagiosa. Y ¡qué alcalde tan admirable! ¡Qué encantadora sonrisa inquieta, qué importante estupidez, qué dignidad tan estúpida!, ¡qué duda tan judicial! Lo bien que este hombre sabe que todo puede convertirse sucesivamente en verdadero y falso. Qué digno es de ser ministro de un rey constitucional. A cada una de las preguntas del alcalde, el desconocido interroga; Bouffé responde de modo que, preguntado por medio de la respuesta, el alcalde lo esclarece todo con sus preguntas.

»Esta escena eminentemente cómica, en la que se respira el perfume de Molière, ha llenado de alegría al auditorio. Sobre la escena todo el mundo ha parecido estar de acuerdo, pero yo me encuentro en situación de decirlos la verdad, lo que está claro y lo que está oscuro: la hija del alcalde se encontraba allí representada por una verdadera andaluza, una española, de ojos españoles, de tez española, de talle español, de andares españoles, una española de pies a cabeza, con la navaja en la liga, su amor en el corazón y su cruz pendiente de una cinta negra sobre su pecho. Al final del acto, alguien me ha preguntado cómo iba la obra y yo le he respondido: «Tiene medias rojas con talones verdes, un pie así de grande dentro de zapatos barnizados, y la pierna más bonita de Andalucía». ¡Ah, esta hija de alcalde!, os pone el amor a flor de

boca, os atenaza con horribles deseos, se sienten impulsos irrefrenables de saltar sobre el escenario y ofrecerle la choza y el corazón, o treinta mil libras de renta y la pluma. Esta andaluza es la más bella actriz de París. Coralie, ya que hay que llamarla por su nombre, es capaz de ser condesa o modistilla. No se sabe bajo qué aspecto gustaría más. Será lo que desee ser, ha nacido para ser lo que le venga en gana, ¿y acaso no es esto lo mejor que se pueda decir de una actriz de bulevar?

»Durante el acto segundo ha llegado una española de París, con su cara de camafeo y sus ojos asesinos. A mi vez he preguntado de donde salía, y se me ha respondido que de entre bastidores y que se llamaba señorita Florine; pero a fe mía, nada había que me pudiese convencer de tal cosa, hasta tal punto tenía fuego en sus ademanes y furor en su amor. Esta rival de la hija del alcalde es la mujer de un señor tallado a imagen y semejanza de Almagro, en donde hay paño para cien grandes señores de bulevar. Si bien Florine no tenía medias rojas con talones verdes ni zapatos barnizados, disponía de una mantilla, un velo del que se servía admirablemente, como gran dama que era. Ha hecho ver de forma maravillosa que la tigresa puede convertirse en gatita. En seguida me he dado cuenta que allí había un drama de celos ante las frases punzantes que estas dos españolas se han dicho. Luego, cuando todo parecía que iba a arreglarse, la estupidez del alcalde lo ha complicado todo. Todo aquel mundo de faroles, de ricos, de criados, de Figaros, de señores, de alcaldes, de hijas y de esposas, se ha puesto a buscar por todos los lados y a removerlo todo, a ir, a venir y a dar vueltas. La intriga se ha anudado de nuevo, y yo la he dejado anudarse, ya que estas dos mujeres, Florine la celosa, y la dichosa Coralie, me han vuelto a envolver en los pliegues de su falda, de su mantilla, y me han metido sus delicados piecillos en el ojo.

»He podido llegar al tercer acto sin haber cometido desgracia alguna, sin haber necesitado la intervención del comisario de policía, ni escandalizado la sala, y a partir de entonces he comenzado a creer en el poder de la moral pública y religiosa de la que se ocupa tanto la Cámara de Diputados, que se diría que ya no hay moral en Francia. He podido comprender que se trata de un hombre que ama a dos mujeres sin ser amado por ellas, o que es amado por ellas sin él amarlas, que no quiere a los alcaldes o que los alcaldes no le quieren; pero que a buen seguro es un honrado señor que quiere a alguien, sea a él mismo o a Dios, en el peor de los casos, ya que se hace monje.

»Si queréis saber más cosas, corred al Panorama Dramático. Estáis ya lo suficientemente prevenidos para que sepáis que hay que ir una primera vez para acostumbrarse a esas triunfantes medias rojas con talones verdes, a ese pequeño pie lleno de promesas, a esos ojos por los que se filtra un rayo de sol,

a esas finuras de mujer parisiense disfrazada de andaluza, y de andaluza disfrazada de parisiense; y luego, una segunda vez para disfrutar de la obra que os hará morir de risa bajo la forma de anciano y llorar bajo la forma de señor enamorado. La obra ha triunfado en los dos aspectos. El autor, de quien se dice que tiene como colaborador a uno de nuestros más grandes poetas, ha acertado en el triunfo con una muchacha enamorada en cada mano, y al mismo tiempo ha estado a punto de matar de placer a su auditorio emocionado. Las piernas de estas dos muchachas parecían tener más ingenio que el autor. Sin embargo, cuando las dos rivales desaparecían, el diálogo se encontraba ingenioso, lo cual prueba bastante victoriosamente la excelencia de la obra. El autor, cuya presencia ha sido reclamada en medio de aplausos que han creado cierta inquietud en el arquitecto del teatro, acostumbrado a los movimientos del Vesubio ni siquiera se ha inmutado: es el señor Du Bruel. En cuanto a las dos actrices, han bailado el famoso bolero de Sevilla, que ha sido del agrado de los padres conciliares de antaño y que la censura ha permitido a pesar de lo lascivo de sus movimientos. Este bolero es suficiente para atraer a todos los viejos que no saben qué hacer el resto de su amor, y tengo el deber moral de advertirles que mantengan bien nítidos los cristales de sus impertinentes».

Mientras Lucien escribía estas cuartillas, que fueron una revolución en el periodismo por la revelación de un estilo nuevo y original, Lousteau redactaba un artículo llamado de costumbres, titulado «el ex guapo», y que comenzaba así:

«El guapo del Imperio siempre es un hombre delgado y alto, bien conservado, que lleva faja y que tiene la cruz de la Legión de Honor. Se suele llamar algo así como Potelet, y, para ponerse a tono hoy en día, el barón del Imperio se gratifica con un *du*: así pues, se convierte en du Potelet, preparado siempre para volver a ser Potelet en caso de revolución. Hombre por tanto con dos fines, como su nombre lo indica, hace la corte al *faubourg* Saint-Germain tras de haber sido el glorioso, útil y agradable lacayo de una de las hermanas de ese hombre, que el pudor me impide nombrar. Si De Potelet reniega de su servicio junto a la Alteza Imperial, aún canta las romanzas de su íntima bienhechora...».

El artículo era un entretejido de personalidades, como se solía hacer en aquella época, bastante tontas, ya que el estilo fue extrañamente perfeccionado más tarde, en particular por el *Fígaro*. Entre la señora de Bargeton y un hueso de jibia, se daba un paralelismo gracioso que hacía reír aunque no se conocieran a las dos personas de las

que se burlaban. Châtelet era comparado con una garza. Los amores de esta garza, que no podía digerir el hueso y que se rompía en tres pedazos cada vez que quería tragarlo, por fuerza provocaban la risa de forma irresistible. Esta broma, que se dividió en varios artículos, tuvo, como ya se sabe, una repercusión enorme en el *faubourg* Saint-Germain, y fue una de las mil y una causas que provocaron los rigores de la legislación sobre la prensa. Una hora más tarde, Blondet, Lucien y Lousteau volvieron al salón en donde charlaban los invitados, el duque, el ministro y las cuatro mujeres, los tres negociantes, el director del teatro, Finot y los tres autores. Un aprendiz, cubierto con su gorro de papel, había venido ya a buscar el original para el periódico.

—Los obreros se van a marchar si no les llevo nada —dijo.

—Toma, aquí tienes diez francos, y que esperen —contestó Finot.

—Si se los doy, se dedicarán a la borrachografía, y adiós periódico.

—El sentido común de este muchacho me asusta —dijo Finot.

Fue en el preciso instante en que el ministro predecía un brillante porvenir a aquel muchacho, cuando entraron los tres autores. Blondet leyó un artículo sumamente agudo contra los románticos. El artículo de Lousteau hizo reír. El duque de Rhétoré recomendó, para no contrariar demasiado al *faubourg* Saint-Germain, deslizar un elogio indirecto para la señora de Espard.

—Ahora, léanos usted lo que haya escrito —dijo Finot a Lucien.

Cuando Lucien, que temblaba de miedo, hubo terminado, el salón retumbó de aplausos, las actrices abrazaron al neófito, los tres negociantes le apretaban hasta ahogarle, Du Bruel le tomó una mano con lágrimas en los ojos, y finalmente el director le invitó a cenar.

—Ya no hay niños —dijo Blondet—. Así como el señor de Chateaubriand ha creado la frase de niño sublime para Víctor Hugo, yo estoy obligado a decir simplemente que es un hombre de talento, de corazón, de estilo.

—Este señor pertenece al periódico —dijo Finot, agradeciendo a Étienne y lanzándole la fina mirada del explotador.

—¿Qué frases ha hecho? —preguntó Lousteau a Blondet y a Du Bruel.

—He aquí las de Du Bruel —dijo Nathan.

«Viendo como el señor vizconde de A... es la preocupación del público, el señor vizconde Demóstenes dijo ayer:

—Ahora es tal vez cuando me van a dejar tranquilo».

«Una señora dice a un ultra que dice pestes del discurso del señor Pasquier como continuador del sistema de Decazes:

—Sí, pero tiene las pantorrillas muy monárquicas».

—Si esto empieza de esta manera, no os pido más; todo va estupendamente —dijo Finot—. Corre a llevarles esto —ordenó al aprendiz—. El periódico está un poco retrasado, pero es nuestro mejor número —añadió, volviéndose hacia el grupo de escritores que miraban ya a Lucien con una especie de socarronería.

—Este muchacho tiene talento —dijo Blondet.

—Su artículo está muy bien —añadió Claude Vignon.

—¡A cenar! —gritó Matifat.

El duque dio el brazo a Florine, Coralie tomó el de Lucien y la bailarina tuvo a un lado a Blondet y al otro al embajador alemán.

—No entiendo por qué atacáis a la señora de Bargeton y al barón du Châtelet, que, según se dice, ha sido nombrado prefecto del Charente y *maître des requêtes*.

—La señora de Bargeton despachó a Lucien como si se tratara de un mendigo —contestó Lousteau.

—¡Un muchacho tan guapo! —exclamó el embajador.

La cena, servida en un servicio de plata nuevo, en una porcelana de Sèvres y sobre mantelería damasquinada, era de una gran magnificencia. Chevet había preparado la cena, los vinos habían sido elegidos por el negociante más famoso del muelle Saint-Bernard, amigo de Camusot, de Matifat y de Cardot. Lucien, que vio funcionar por vez primera el lujo parisiense, iba, igualmente, de sorpresa en sorpresa, y ocultaba su extrañeza como hombre de talento, de corazón y de estilo que era, según frase de Blondet.

Al atravesar el salón, Coralie había dicho al oído de Florine:

—Emborráchame de tal forma a Camusot que se vea obligado a quedarse dormido en tu casa.

—¿Has hecho, pues, tu periodista? —preguntó Florine, empleando una expresión del particular lenguaje de aquellas muchachas.

—No, querida, lo amo —repuso Coralie, haciendo un admirable e imperceptible movimiento de hombros.

Estas palabras habían llegado a oídos de Lucien, llevadas por el quinto pecado capital. Coralie estaba admirablemente bien vestida y su tocado realzaba de forma muy inteligente sus especiales encantos; ya que toda mujer posee perfecciones que le son propias. Su vestido, como el de Florine, tenía el mérito de ser de un delicioso tejido denominado muselina de seda, aún inédito, cuyas primicias pertenecían por unos días a Camusot, una de las providencias parisienses de las fábricas de Lyon en su calidad de jefe del Capullo de Oro. De este modo, el amor y el tocado, este afeitado y este perfume de la mujer, realzaban las seducciones de la feliz Coralie. Un placer esperado, y que no se nos escapará, ejerce inmensas seducciones sobre los jóvenes. Tal vez la certidumbre es a sus ojos todo el atractivo de los malos lugares, ¿es tal vez el secreto de las largas fidelidades? El amor puro y sincero, en una palabra, el primer

amor, junto a una de esas rabias fantásticas que pican a estas pobres criaturas, e igualmente la admiración causada por la gran belleza de Lucien, dieron el talento de corazón a Coralie.

—También te querría aunque estuvieras enfermo y fueses feo —dijo al oído de Lucien, mientras se sentaban a la mesa.

¡Qué frase para un poeta! Camusot desapareció y Lucien ya no lo vio, viendo a Coralie. Un hombre todo goce y todo sensación, aburrido por la monotonía de la provincia, atraído por los abismos de París, cansado de miseria, agujoneado por su forzada continencia, cansado de su vida monástica en la calle de Cluny, de sus trabajos sin resultados, ¿podía retirarse de este brillante festín? Lucien tenía un pie en el lecho de Coralie y el otro en la liga pegajosa del periódico, tras el que había corrido tanto sin jamás poder alcanzarlo. Después de tantos plantones inútiles en la calle del Sentier, se encontraba con el periódico en su misma mesa, bebiendo, como un buen muchacho alegre. Acababa de vengarse de todos sus dolores mediante un artículo que a la mañana siguiente debería atravesar corazones en los que había querido, aunque en vano, verter la rabia y el dolor de que le habían saturado. Mientras observaba a Lousteau, se decía: «Éste es un amigo», sin imaginarse que Lousteau le temía ya como a un peligroso rival. Lucien había cometido el error de mostrar todo su talento; un artículo gris le hubiese ayudado admirablemente. Blondet compensó la envidia que devoraba a Lousteau diciendo a Finot que era preciso capitular con el talento cuando este adquiriría una tal fuerza. Esta decisión dictó la conducta de Lousteau, quien resolvió seguir siendo amigo de Lucien y ponerse de acuerdo con Finot para explotar a un recién llegado tan peligroso, manteniéndole en la necesidad. Fue un acuerdo tácito y rápido entre aquellos dos hombres con sólo dos frases dichas al oído:

—Tiene talento.

—Será exigente.

—¡Oh!

—¡Bueno!

—Nunca ceno, sin un cierto temor, con periodistas franceses —dijo el diplomático alemán con una campechania tranquila y digna, mirado a Blondet, a quien había conocido en casa de la condesa de Montcornet—. Hay una frase de Blucher que ustedes están encargados de poner en obra.

—¿Qué frase? —preguntó Nathan.

—Cuando Blucher llegó a las alturas de Montmartre con Saacken en 1814, y perdónenme, caballeros, por traerles a la memoria este día fatal para ustedes, Saacken, que era muy brutal, dijo: «¡Vamos a quemar París!». «Cuídese muy bien de hacer tal cosa (le repuso Blucher); Francia no morirá más que de eso», y le mostró una gran llaga que veían extendida a sus pies, ardiente y humeante, en el valle del

Sena. Doy gracias a Dios de que en mi país no haya periódicos —continuó el ministro, tras una pausa—. Aún no me he repuesto de la impresión que me ha producido ese pequeño, con su gorro de papel, que a los diez años posee el sentido común de un viejo diplomático. Por eso, esta noche me da la impresión de que ceno con leones y panteras que me hacen el honor de esconder sus garras.

—Esta claro —dijo Blondet— que podemos decir y probar a Europa entera que Vuestra Excelencia ha vomitado esta noche una serpiente, que ha intentado arrojársela a la señorita Tullia, la más bella de nuestras bailarinas, y a propósito de ello hacer comentarios sobre Eva, la Biblia, el primero y el último pecado. Pero puede estar tranquilo, es nuestro huésped.

—Eso tendría mucha gracia —afirmó Finot.

—Haríamos imprimir disertaciones científicas sobre todas las serpientes encontradas en el corazón y en el cuerpo humano hasta llegar al cuerpo diplomático —añadió Lousteau.

—Podríamos mostrar una serpiente cualquiera en ese tarro de guindas en aguardiente —dijo Vernou.

—Acabaría por creerlo usted mismo —dijo Vignon al diplomático.

—Caballeros, no despierten sus garras que ahora duermen —exclamó el duque de Rhétoré.

—La influencia y el poder del periodismo se encuentran en su alborear —dijo Finot—; el periodismo está en su infancia, ya irá creciendo. Dentro de diez años estará sometido a la publicidad. El pensamiento lo iluminará todo, él...

—Lo agostará todo —añadió Blondet, interrumpiendo a Finot.

—Es una frase —dijo Claude Vignon.

—Crearé reyes —terció Lousteau.

—Y derribará monarquías —apuntó el diplomático.

—Así pues —dijo Blondet—, si la Prensa no se hubiese creado, sería preciso no inventarla; pero he aquí que vivimos en medio de ella.

—Y morirán por su causa —sentenció el diplomático—. ¿No ven que la superioridad de las masas, suponiendo que las instruyan, harán que la grandeza del individuo sea más difícil, que al sembrar el razonamiento en el corazón de las clases bajas cosecharán la revuelta y que ustedes serán las primeras víctimas? ¿Qué es lo que se rompe en París cuando hay una revuelta?

—Los faroles —contestó Nathan—; pero nosotros somos demasiado modestos para sentir temor, sólo resultaremos rajados.

—Son ustedes un pueblo demasiado ingenioso para permitir desarrollarse a cualquier gobierno —dijo el embajador—. Sin eso, comenzarían de nuevo con sus plumas la conquista de esa Europa que su espada no ha sabido conservar.

—Los periódicos son un mal —declaró Claude Vignon—. Se podría utilizar ese

mal, pero el gobierno quiere combatirlo. Habrá lucha. ¿Quién sucumbirá? Ése es el problema.

—El gobierno —dijo Blondet—. Me desgañito gritándolo. En Francia el ingenio es más fuerte que nada, y los periódicos tienen, además del ingenio que puedan poseer todos los hombres ingeniosos, la hipocresía de Tartufo.

—Blondet, Blondet, vas demasiado lejos —advirtió Finot—; aquí hay suscriptores.

—Tú eres propietario de uno de esos periódicos de veneno; tú sí que tienes que tener miedo, pero yo me burlo de todas vuestras tiendas, a pesar de que vivo gracias a ellas.

—Blondet tiene razón —dijo Claude Vignon—. El periódico, en lugar de convertirse en un sacerdocio, se ha convertido en un medio para los partidos, de medio ha pasado a ser un comercio; y como comercio, como todos los comercios, no tiene ni fe ni ley. Todo periódico es, como dice Blondet, una tienda en la que se venden al público palabras del color que se pidan. Si existiera un periódico para los gibosos, probaría mañana y tarde la belleza, la bondad y la necesidad de los jorobados. Un periódico ya no está hecho para ilustrar, sino para halagar las opiniones. De este modo, dentro de algún tiempo, todos los periódicos serán ruines, hipócritas, infames, mentirosos, asesinos; matarán las ideas, los sistemas y los hombres, y perecerán por ese mismo motivo. Tendrán el beneficio de todo los seres de razón: el mal será hecho sin que nadie sea culpable por ello. Yo seré Vignon, yo mismo; tú, Lousteau, serás tú; tú, Blondet, tú Finot, seremos Aristides, Platones o Catones, todos hombres de Plutarco; todos seremos inocentes y podremos lavarnos las manos de toda infamia. Napoleón ha dado la razón de este fenómeno moral o inmoral, como más os guste, en una frase sublime que le han dictado sus estudios sobre la Convención: Los crímenes colectivos no comprometen a nadie. El periódico se puede permitir la más atroz conducta y nadie se cree personalmente mancillado.

—Pero el poder creará leyes represivas —dijo Du Bruel—; ya las está preparando.

—¡Bah!, ¿qué puede la ley contra el ingenio francés? —preguntó Nathan—. Es el más sutil de todos los disolventes.

—Las ideas sólo pueden ser neutralizadas por ideas —continuó Vignon—. El terror y el despotismo solos no pueden ahogar el ingenio francés, cuya lengua se presta admirablemente a la alusión y al equívoco. Cuando más represiva sea la ley, más estallará el ingenio, como el vapor en una máquina con válvulas. De esta manera, el rey hace el bien; si el periódico está en su contra, será el ministro quien lo haya hecho todo, y a la inversa. Si el periódico inventa una infame calumnia, es que se lo han dicho. Con el individuo que se queje, quedará justificado con pedir perdón por la libertad grande. Si es llevado ante los tribunales, se quejará de que no haya ido a

pedirle una rectificación; pero ¿y si se la pedís? La rehusará riendo, habla de su crimen como si fuese una bagatela. Finalmente zahiere a su víctima cuando ésta triunfa. Si es castigado, si tiene que pagar una multa muy fuerte, os señalará al denunciante como a un enemigo de las libertades, del país y de las luces. Dirá que Fulano es un ladrón, explicando cómo es el hombre más honrado del reino. De este modo, sus crímenes, ¡naderías!, sus agresores, ¡unos monstruos!, y puede, en un momento determinado, hacer creer lo que quiere a las personas que lo leen todos los días. Luego, nada de lo que le disgusta puede ser patriótico, y nunca errará. Se servirá de la religión para combatir a la religión, de la constitución contra el rey, se burlará de la magistratura cuando la magistratura le lesione; la alquilará cuando haya servido a las pasiones populares. Para ganarse suscriptores inventará las más conmovedoras fábulas; hará, como Bobèche, toda una comedia. El periódico servía a su padre, crudo y aderezado con la sal de sus chanzas, antes que dejar de divertir o interesar a su público. Será el actor colocando las cenizas de su hijo en una urna, para llorar con sinceridad; la amante sacrificándolo todo a su amigo.

—En una palabra, es el pueblo *infolio* —exclamó Blondet, interrumpiendo a Vignon.

—El pueblo hipócrita carece de generosidad —continuó Vignon—, eliminará de su acervo el talento como Atenas eliminó a Arístides. Veremos primero los periódicos dirigidos por hombres honorables, caer más adelante bajo la dirección de los más mediocres, que tendrán la paciencia y la ruindad de goma elástica de la que carecen los genios verdaderos, o tenderos que tendrán dinero para comprar plumas. ¡Ya vemos esas cosas! Dentro de diez años, el primer pilluelo salido del colegio se creará un hombre importante, se subirá a la columna de un periódico para abofetear a sus antecesores, les tirará de los pies para ocupar su puesto. Napoleón tenía mucha razón en amordazar a la Prensa. Apostará cualquier cosa a que bajo un gobierno creado por ellas, las publicaciones de la oposición se batirían en la brecha por las mismas razones y con los mismos artículos que hoy se hacen contra el rey, en el momento en que este mismo gobierno les rehusara cualquier cosa. Cuantas más concesiones se haga a los periodistas, más, exigentes serán éstos. Los periodistas que han triunfado serán reemplazados por periodistas hambrientos y pobres. La herida es incurable, cada vez será más maligna, cada vez más insolente, y cuanto mayor sea el mal, más será tolerado hasta el día en que la confusión penetre en los periódicos por su abundancia, como en Babilonia. Sabemos, todos los que aquí nos encontramos, que los periódicos irán más lejos que los reyes en lo que a ingratitude se refiere, más lejos que el más sucio comercio de especulaciones y cálculos, y que devorarán nuestras inteligencias; pero todos nosotros escribiremos en ellos como ésa gente que explota una mina de plata, sabiendo que morirá en ella. Ved allí, al lado de Coralie, un muchacho... ¿Cómo se llama? ¡Lucien! Es guapo, poeta y, lo que más valor tiene

para él, hombre de talento; pues bien, entrará en uno de esos malos lugares del pensamiento llamados periódicos, lanzará allí sus más bellas ideas y allí desecará su cerebro, allí corromperá su alma y allí cometerá esas bajezas anónimas que en la guerra de las ideas reemplazan a las estratagemas, los pillajes, los incendios, los cambios de bando en las guerras de los *condottieri*. Cuando él, como otros mil, haya utilizado una parte de su ingenio en provecho de los accionistas, estos vendedores de veneno le dejarán morir de hambre si tiene sed, o de sed si tiene hambre.

—Gracias —dijo Finot.

—¡Pero, Dios mío!, yo ya sabía eso —dijo Claude Vignon—; ya me encuentro en galeras, y la llegada de un nuevo forzado me inunda de placer. Blondet y yo somos más fuertes que tales o cuales señores que especulan con nuestros talentos, y sin embargo siempre seremos explotados por ellos. Bajo nuestra inteligencia tenemos corazón, sólo nos faltan las feroces cualidades del explotador. Somos perezosos, contemplativos, meditabundos, observadores: sorberán nuestro cerebro y nos acusarán de falta de ética.

—Pensaba que erais más graciosos —dijo Florine.

—Florine tiene razón —dijo Blondet—; dejemos la cura de las enfermedades públicas a esos charlatanes de hombres de Estado. Como dice Charlet: «¿Escupir sobre la vendimia?, ¡jamás!».

—¿Sabéis qué efecto me causa Vignon? —preguntó Lousteau, señalando a Lucien—. El de una de esas gruesas matronas de la calle Pélican, que dijera a un colega: «Jovencito, aún no tienes suficiente edad para venir aquí...».

Esta salida hizo reír, pero gustó a Coralie. Los negociantes bebían, comían y escuchaban.

—¿Qué nación es ésta, en la que se encuentra tanto bien y tanto mal? —dijo el embajador al duque de Rhétoré—. Caballeros, son ustedes unos pródigos que no pueden arruinarse.

De este modo, por bendición del azar, no faltaba a Lucien ninguna enseñanza sobre la pendiente del precipicio en el que caería. D'Arthez había colocado al poeta en la noble vía del trabajo, despertando en él los sentimientos bajo los que desaparecen los obstáculos. El mismo Lousteau había tratado de alejarle movido por un pensamiento egoísta, describiéndole el periodismo y la literatura bajo su verdadero aspecto. Lucien no había querido creer en tantas corrupciones escondidas; pero al fin oía a los periodistas gritando su mal, les veía dedicados en su ocupación, degollando a su nodriza para así predecir el porvenir.

Durante aquella velada había podido ver las cosas tal como eran. En lugar de sentirse lleno de horror ante esta corrupción parisiense tan bien calificada por Blucher, disfrutaba con la embriaguez de esta ingeniosa sociedad. Estos hombres extraordinarios, bajo la damasquinada armadura de sus vicios y el casco brillante de

su frío análisis, le parecían superiores a los hombres graves y serios del cenáculo. Luego, saboreaba las primeras delicias de la riqueza, se encontraba bajo el encantamiento del lujo, bajo el imperio de los buenos manjares; se despertaban sus caprichosos instintos, por primera vez bebía vinos selectos, trababa conocimiento con los exquisitos condimentos de la alta cocina; veía a un diplomático, un duque y su bailarina mezclados con los periodistas; admirando su atroz poder, sintió una horrible comezón de dominar este mundo de reyes, se encontraba con fuerzas para vencerles.

Finalmente, esta Coralie, a la que acababa de hacer dichosa con unas frases, que había examinado al resplandor de las bujías del festín, a través del vaho de los platos y de la niebla de la embriaguez, le parecía sublime, ¡el amor la hacía tan bella! De todos modos, esta muchacha era la más bonita, la más bella actriz de París, este cielo de inteligencia noble, hubiese sucumbido bajo una tentación tan completa. La vanidad, tan propia de los autores, acababa de ser acariciada en Lucien por concedores, acaba de ser alquilada por sus futuros rivales. El éxito de su artículo y la conquista de Coralie eran dos triunfos capaces de trastornar una cabeza menos joven que la suya.

Durante aquella discusión todo el mundo había comido admirablemente y bebido de forma extraordinaria. Lousteau, el vecino de Camusot, le llenó dos o tres veces la copa de kirsch, mezclándolo con su vino, sin que nadie se percatara de ello, y le estimuló en su amor propio para animarle a beber. Esta maniobra fue urdida con tanto acierto, que el negociante no la advirtió; a su modo, se creía tan malicioso como los propios periodistas. Las bromas punzantes comenzaron en el momento en que circularon las golosinas del postre y sus vinos. El diplomático, como hombre fino y educado, hizo una señal al duque y a la bailarina desde que oyó roncar las estupideces que anunciaron en aquellos hombres de ingenio las grotescas escenas con las que terminan las orgías, y los tres desaparecieron. En cuanto Camusot perdió la cabeza, Coralie y Lucien, que durante toda la cena se comportaron como enamorados de quince años, escaparon escaleras abajo y se refugiaron en un *fiacre*. Como Camusot estaba bajo la mesa, Matifat creyó que había desaparecido en compañía de la actriz; dejó a sus huéspedes fumando, bebiendo, riendo y disputando, y siguió a Florine cuando ésta se retiró a descansar. El día sorprendió a los combatientes, o mejor dicho a Blondet, bebedor intrépido, el único que podía hablar y que propuso a los durmientes un brindis a la aurora de rosados dedos.

Lucien no estaba acostumbrado a las orgías parisienses; cuando bajó las escaleras se encontraba aún en sus cabales, pero el aire fresco desencadenó su borrachera, que fue un tanto molesta., Coralie y su doncella se vieron obligadas a subir al poeta hasta el primer piso de la bella casa donde vivía la actriz, en la calle Vendôme. En la escalera, Lucien comenzó a encontrarse mal y estuvo desagradablemente indispuesto.

—¡De prisa, Bérénice! —exclamó Coralie—. Trae té. Haz té.

—No es nada, es el aire —decía Lucien—. Además, no he bebido mucho.

—Pobre muchacho, es tan inocente como un cordero —dijo Bérénice, una gruesa normanda, tan fea como guapa era Coralie.

Finalmente Lucien, sin que se diese cuenta, fue metido en la cama de Coralie. Ayudada por Bérénice, la actriz había desnudado, con el cuidado y el amor de una madre, al poeta, que repetía:

—No es nada, es el aire; gracias, mamá.

—¡Qué bien dice mamá! —exclamó Coralie, besándole los cabellos.

—¡Qué placer poder amar a semejante ángel, señorita! ¿Y dónde lo ha pescado? Nunca hubiese creído que pudiera existir un hombre tan guapo como usted es bella, señorita —dijo Bérénice.

Lucien quería dormir, no sabía dónde estaba ni veía nada.

Coralie le hizo tragar varias tazas de té y luego le dejó durmiendo.

—Ni la portera ni nadie nos ha visto —dijo Coralie.

—No, yo la esperaba.

—Victoire no sabe nada.

—Generalmente no —repuso Bérénice.

Diez horas más tarde, a eso del mediodía, Lucien se despertó ante los ojos de Coralie, quien le había estado contemplando mientras dormía. El poeta comprendió eso. La actriz conservaba aún su bello vestido, abominablemente sucio y del que iba a hacer una reliquia. Lucien reconoció los sacrificios, delicadezas del verdadero amor, que esperaba su recompensa; miró a Coralie. Coralie se desnudó en un abrir y cerrar de ojos y se deslizó como una culebra junto a Lucien.

A las cinco, el poeta dormía arrullado por divinas voluptuosidades; había vislumbrado la habitación de la artista, una encantadora creación del lujo, toda blanca y rosa, un mundo de maravillas y coquetería que sobrepasaba lo que Lucien había admirado ya en casa de Florine. Coralie estaba de pie. Para interpretar su papel de andaluza tenía que estar en el teatro a las siete. Aún había tenido tiempo de contemplar a su poeta dormido en el placer, se había embriagado sin poder saciarse de este noble amor, que reunía los sentidos al corazón y el corazón a los sentidos, para exaltarlos al unísono. Esta divinización que permite ser dos aquí abajo para sentir, y uno sólo en el cielo para amar, era su absolución. Además, ¿a quién no hubiese servido de excusa la sobrehumana belleza de Lucien? Arrodillada en aquel lecho, feliz por el amor en sí mismo, la actriz se sentía santificada. Aquellas delicias fueron turbadas por Bérénice.

—Está Camusot. Sabe que estás aquí —exclamó.

Lucien se incorporó, pensando con innata generosidad en no perjudicar a Coralie. Bérénice alzó una cortina. Lucien entró en un delicioso cuarto de baño, adonde Bérénice y su ama llevaron con inusitada presteza las ropas de Lucien. Cuando el

negociante apareció, las botas de Lucien llamaron la atención de Coralie; Bérénice las había colocado ante el fuego para calentarlas, después de haberlas lustrado en secreto. La sirvienta y su ama se habían olvidado de aquellas botas acusadoras. Bérénice se marchó tras de haber cambiado una mirada de inquietud con su ama. Coralie se dejó caer en un sillón y rogó a Camusot que se sentara en una mecedora frente a ella. El pobre hombre, que adoraba a Coralie, miraba las botas y no osaba levantar los ojos hacia su amante.

«¿Debo enfurruñarme a causa de este par de botas y abandonar a Coralie? Sería enfadarse por poca cosa. Hay botas por todas partes. Éstas estarían mejor colocadas en el escaparate de un zapatero o en los bulevares, que paseándose en los pies de un hombre. Sin embargo, aquí, sin piernas, dicen tantas cosas contrarias a la fidelidad... Tengo cincuenta años, es verdad; debo de estar tan ciego como el amor».

Este cobarde monólogo no tenía excusa. El par de botas no era de aquellos de media caña, en uso hoy en día, y que, hasta cierto punto, un hombre distraído podría no ver; era, como la moda ordenaba entonces llevar, un par de botas enteras, muy elegantes, con borlas, que relucían sobre los pantalones ajustados, casi siempre de un color claro, y en donde las cosas se reflejaban como en un espejo. De este modo, las botas herían los ojos del honrado sedero y, digámoslo también, le destrozaban el corazón.

—¿Qué le sucede? —preguntó Coralie.

—Nada —contestó él.

—Llame —dijo Coralie, sonriendo ante la cobardía de Camusot—. Bérénice —dijo a la normanda cuando ésta hubo aparecido—, tráigame un calzador para que me ponga de nuevo estas condenadas botas. No olvide llevarlas esta noche a mi camerino.

—¿Cómo? Sus botas... —exclamó Camusot.

—¿Y qué se creía? —preguntó ella con aire altanero—. Grandísimo tonto, no iría a creer... ¡Oh!, estoy segura que lo creería —añadió, dirigiéndose a Bérénice—. Tengo un papel de hombre en la obra de Chose, y nunca me he vestido de hombre. El zapatero del teatro me ha traído esas botas para ensayar mis andares mientras espero el par que me hará después de haberme tomado medidas; me las he puesto, pero me han hecho tanto daño que me las he vuelto a quitar, y sin embargo he de volver a ponérmelas.

—No se las vuelva a poner si le molestan —dijo Camusot, a quien las botas le habían molestado de tal forma.

—Es lo mejor que la señorita podría hacer en vez de martirizarse como hace un momento; lloraba a causa del señor —dijo Bérénice—, y si yo fuese hombre, jamás lloraría una mujer a la que yo amara; mejor sería que las llevara de becerro bien fino. ¡Pero la administración es tan tacaña! Señor, usted tendría que ir a encargárselas...

—Sí, sí —dijo el negociante—. ¿Se levanta ahora? —preguntó a Coralie.

—En este instante. No he llegado hasta las seis, tras de haberle buscado por todas partes. ¡Me ha hecho esperar en el coche durante siete horas! ¡Ésta es la forma que tiene de cuidarme! Olvidarme por unas botellas. He tenido que cuidarme, yo que voy a trabajar ahora todas las noches, mientras al *Alcalde* dé dinero. ¡No quiero dejar en mal lugar el artículo de ese muchacho!

—Ese chico es muy guapo —dijo Camusot.

—¿Eso cree? A mí no me gusta esa clase de hombres, se parecen demasiado a una mujer; y luego, no saben querer como vosotros, viejos tontos comerciantes. Os aburrís tanto...

—¿El señor cenará con la señorita? —preguntó Bérénice.

—No, tengo la boca pastosa.

—Ayer sí que se emborrachó. ¡Ah, tío Camusot! En primer lugar no me gustan los hombres que beben...

—Harás un regalo a ese joven —dijo el negociante.

—¡Ah!, sí. Prefiero pagarle así que hacer lo que hace Florine. Vamos, mala raza querida, márchese o regáleme un coche para que no pierda más tiempo.

—Lo tendrá mañana para ir a cenar con su director en el Rocher de Cancale. El domingo no representarán la nueva obra.

—Venga, voy a cenar —dijo Coralie, llevándose a Camusot.

Una hora más tarde, Lucien fue libertado por Bérénice, la compañera de infancia de Coralie, una criatura tan fina y tan delicada como corpulenta era.

—Quédese aquí, Coralie volverá sola; quiere hasta abandonar a Camusot si éste le molesta —dijo Bérénice a Lucien—; pero, querido niño de su corazón, es usted demasiado ángel para arruinarla. Me lo ha dicho, está decidida a abandonarlo todo, a dejar este paraíso para irse a vivir a su buhardilla. Oh, los celosos y envidiosos no han perdido un momento para decirle que no tiene un céntimo, ni dónde caerse muerto, que vive en el Barrio Latino. Pero mire, yo le seguiría y cuidaría de su casa. Acabo de consolar a la pobre niña. ¿No es verdad, señor, que es usted demasiado inteligente como para caer en semejante tontería? ¡Ah!, bien verá que el otro gordo no tiene nada, aparte de su cadáver, que usted es el querido, el bienamado, la divinidad a la que se abandona el alma. ¡Si supiera lo gentil que es mi Coralie cuando le hago ensayar sus papeles! Un encanto de niña, ¡vaya! Bien se merecía que Dios le enviara uno de sus ángeles, ya estaba decepcionada de la vida. Era tan desgraciada con su madre, que le pegaba ¡y que la vendió! Sí, caballero, ¡una madre y a su propia hija! Si tuviese una hija la cuidaría como a mi pequeña Coralie, de la que he hecho mi propia hija. Ésta es la primera buena época que ha visto, la primera vez que ha sido aplaudida. Parece ser que, visto lo que ha escrito usted, han formado una claque poderosa para la segunda representación. Mientras dormía, Braulard ha venido a

hablar con ella.

—Quién, ¿Braulard? —repitió Lucien, que creía haber oído ya mencionar ese nombre.

—El jefe de la claqué, que, de acuerdo con ella, ha convenido los lugares de la representación en los que será aplaudida. Aunque se dice su amiga, Florine podría querer hacerle una mala pasada y tomarse lo que no es suyo. Todo el bulevar anda revuelto a causa de su artículo. Vaya cama arreglada para los amores de un príncipe... —dijo, colocando sobre el lecho un edredón de encaje.

Encendió los candelabros. Con las luces, Lucien, aturdido, se creyó efectivamente en un palacio de cuento de hadas. Los tejidos más ricos del Capullo de oro habían sido escogidos por Camusot para las cortinas y adornos de las ventanas. El poeta pisaba una alfombra real. El palisandro de los muebles detenía en las tallas de sus esculturas rayos de luz que parpadeaban. La chimenea de mármol blanco resplandecía con las bagatelas más costosas. El batín era de marta bordada con cibelina. Unas zapatillas de terciopelo negro, forradas de seda púrpura, hablaban de los placeres que allí esperaban al poeta de *Las Margaritas*. Una deliciosa lámpara colgaba del techo, tendido de seda. Por todas partes, jardineras maravillosas mostraban flores escogidas, bellos brezos blancos, camelias sin perfume. Por todas partes se respiraban las imágenes de la inocencia. ¿Cómo imaginar allí a una actriz y las costumbres del teatro? Bérénice se dio cuenta del estupor de Lucien.

—¿No es encantador? —le dijo con voz melosa—. ¿No estaría mejor aquí para amar que no en una buhardilla? Impida su idea —continuó, acercando a Lucien un velador lleno de manjares escogidos, hurtados a escondidas a la cocinera, para que no sospechara la presencia del amante.

Lucien cenó perfectamente, servido por Bérénice en un servicio de plata tallado y en platos pintados de un luis cada pieza. Este lujo producía en su alma el mismo efecto que una muchacha de la calle con sus carnes desnudas y sus medias blancas bien tirantes en un escolar.

—¡Qué feliz es este Camusot! —exclamó.

—¿Feliz? —repitió Bérénice—. ¡Ah! Daría con gusto su fortuna por encontrarse en lugar suyo y por poder cambiar sus cabellos grises por su joven y rubia cabellera.

Convenció a Lucien, a quien ofreció el vino más delicioso que Burdeos haya criado para el más rico inglés, para que se acostara de nuevo mientras esperaba a Coralie, y Lucien, efectivamente, sentía ganas de acostarse en aquella cama que admiraba. Bérénice, que había leído aquel deseo en los ojos del poeta, se sentía feliz por su ama. A las diez y media, Lucien se despertó bajo una mirada llena de amor. Coralie se encontraba allí, en el más voluptuoso tocado de noche. Lucien había dormido. Lucien sólo se encontraba embriagado de amor. Bérénice se retiró preguntando:

—¿A qué hora, mañana?

—A las once. Nos traes el desayuno a la cama. No estaré para nadie antes de las dos.

A las dos del día siguiente, la actriz y su amante estaban vestidos y visibles, como si el poeta hubiese ido a hacer una visita a su protegida. Coralie había bañado, peinado, vestido y acicalado a Lucien; había enviado a buscar doce bonitas camisas, doce corbatas, doce pañuelos a casa de Colliau y una docena de guantes en un estuche de cedro. Cuando oyó el ruido de un coche en su puerta, se precipitó a una ventana seguida de Lucien. Ambos vieron cómo Camusot descendía de un magnífico cupé.

—No creía —dijo ella— que se pudiera odiar tanto a un hombre y al lujo...

—Soy demasiado pobre para consentir que te arruines —dijo Lucien, pasando de este modo bajo las Horcas Caudinas.

—Pobre gatito mío —dijo ella, apretando a Lucien contra su corazón—; así pues, ¿me quieres mucho?

—He rogado a este caballero —dijo a Camusot señalando a Lucien— que viniera a verme esta mañana, pensando que iríamos a los Campos Elíseos para probar el coche.

—Id solos —dijo tristemente Camusot—; no ceno con vosotros, es el cumpleaños de mi mujer y lo había olvidado.

—¡Pobre Musot! ¡Cómo te vas a aburrir! —repuso ella, saltando al cuello del comerciante.

Se sentía embriagada de felicidad, pensando que utilizaría sola con Lucien aquel bonito cupé, que irían juntos al Bosque de Bolonia; y en su arrebatado de alegría dio la impresión de amar a Camusot, a quien hizo mil caricias y arrumacos.

—Me gustaría poder darle un coche cada día —dijo el pobre hombre.

—Vamos, caballero, son las dos —dijo a Lucien, a quien vio avergonzado y a quien consoló mediante un gesto adorable.

Coralie se lanzó escaleras abajo arrastrando a Lucien, quien oyó al negociante arrastrarse tras de ellos como una foca sin poder darles alcance. El poeta experimentó el más embriagador de los goces: Coralie, a quien la dicha hacía sublime, ofreció a todos los ojos maravillados un tocado lleno de gusto y elegancia. El París de los Campos Elíseos admiró a aquellos dos amantes. En una avenida del Bosque de Bolonia, su cupé se cruzó con la calesa de las señoras de Espard y de Bargeton, que observaron a Lucien con aire extrañado, pero a las que él lanzó la mirada despectiva del poeta que presiente su gloria y va a usar ahora de su poder. El momento en que pudo cambiar mediante una ojeada con esas dos mujeres algunos de los pensamientos de venganza que ellas habían colocado en su corazón para que le fueran royendo, fue uno de los más dulces de su vida y tal vez decidió su destino.

Lucien fue nuevamente presa de las furias del orgullo: quiso volver a aparecer en el mundo y allí tomarse un brillante desquite, y todas las miserias sociales, que poco antes quedaban rechazadas a los pies del trabajador, del amigo del cenáculo, penetraron de nuevo en su alma. Comprendió entonces todo el alcance del ataque hecho por Lousteau en su favor: Lousteau acababa de servir a sus pasiones; mientras que el cenáculo, ese mentor colectivo, tenía el aspecto de ponerles trabas en provecho de las virtudes enojosas y de los trabajos que Lucien comenzaba a encontrar inútiles. ¡Trabajar!, ¿acaso no es ésa la muerte para los espíritus ávidos de placeres? En consecuencia, ¡con qué facilidad los escritores se deslizan en el *far niente*, en la buena mesa y en las delicias de la vida lujosa con actrices y mujeres fáciles! Lucien sintió unos locos deseos de continuar la vida de aquellos dos días de disipación. La cena en el Rocher de Cancale fue exquisita. Lucien encontró a los comensales de Florine, excepto el diplomático, el duque, la bailarina y Camusot, reemplazados por dos actores célebres y por Hector Merlin, acompañado de su amante, una deliciosa mujer que se hacía llamar señora de Val-Noble, la más elegante y excepcional de las mujeres que en aquel entonces componían el mundillo de aquellas mujeres que hoy en día se han llamado de forma decente *loretas*. Lucien, que desde hacía cuarenta y ocho horas se hallaba en pleno paraíso, se enteró del éxito de su artículo. Viéndose agasajado, envidiado, el poeta recobró su aplomo; su ingenio reverberó, fue el Lucien de Rubempré que durante muchos meses brilló en el mundo del arte y de la literatura. Finot, aquel hombre de indiscutible destreza para adivinar el talento y que lo olfateaba como un ogro que huele la carne fresca, halagó a Lucien, intentando enrolarle en el escuadrón de periodistas que mandaba. Lucien sucumbió a esas adulaciones. Coralie observó las maniobras de este consumidor de ingenios y quiso poner a Lucien en guardia contra él.

—No te comprometas, querido —dijo a su poeta—; espera, quieren explotarte, ya hablaremos de eso esta noche.

—¡Bah! —le replicó Lucien—. Me siento lo suficientemente fuerte como para ser tan malo y tan astuto como ellos lo puedan ser.

Finot presentó Hector Merlin a Lucien y Lucien a Merlin. Coralie y la señora de Val-Noble fraternizaron, se colmaron de halagos y caricias. La señora de Val-Noble invitó a cenar a Lucien y a Coralie.

Hector Merlin, el más peligroso de todos los periodistas presentes en aquella cena, era un hombre menudo, enjuto, de labios finos, incubando una ambición sin límites, de una envidia desmesurada; feliz con todos los males que sucedían a su alrededor y aprovechándose de las divisiones que fomentaba, con mucho ingenio, poca voluntad, pero reemplazando ésta por el instinto que conduce a los advenedizos hacia los lugares iluminados por el oro y el poder.

Lucien y él no se gustaron recíprocamente. No es difícil explicar la razón. Merlin

tuvo la desgracia de hablar a Lucien en voz alta de la manera que Lucien pensaba en voz baja. A los postres, los lazos de la más estrecha amistad parecían unir a esos dos hombres, que se creían superior el uno al otro, Lucien, el recién llegado, era el objeto de sus coqueterías. Se hablaba sin trabas. Solamente Hector Merlin no reía. Lucien le preguntó la razón de su gravedad.

—Le veo entrando en el mundo literario y del periodismo con ilusiones. Cree en los amigos. Todos somos amigos o enemigos según las circunstancias. Somos los primeros en herirnos con el arma que sólo debería servirnos para herir a los demás. Pronto se dará cuenta de que no obtendrá nada con buenos sentimientos. Si es bueno, hágase malo. Sea odioso aunque no sea más que por cálculo. Si nadie le ha revelado esta ley suprema, yo se la hago saber y le aseguro que no le hago una confidencia de poco valor. Para ser amado, no se despida nunca de su amante sin haberla hecho llorar un poco; para hacer fortuna en literatura, hiera siempre a todo el mundo, incluso a sus amigos, haga llorar al amor propio: todo el mundo le acariciará.

Hector Merlin se sintió feliz viendo por el aspecto de Lucien que sus palabras entraban en el neófito como la hoja de un puñal en un corazón. Se jugó. Lucien perdió todo su dinero. Coralie se lo llevó y las delicias del amor le hicieron olvidar las terribles emociones del juego, que más adelante deberían encontrar en él a una de sus víctimas. A la mañana siguiente, al salir de su casa camino del Barrió Latino, encontró en su bolsa el dinero que había perdido. Esta atención en un principio, le entristeció, quiso volver a casa de la artista y devolverle un regalo que le humillaba, pero se encontraba ya en la calle de La Harpe y continuó su camino hacia la fonda de Cluny. Mientras caminaba pensó en este cuidado de Coralie y vio en él una prueba del amor maternal que esta clase de mujeres mezclan a sus pasiones. En ellas, la pasión entraña toda clase de sentimientos. De pensamiento en pensamiento, Lucien acabó por encontrar una razón de aceptarlo, diciéndose: «La quiero, viviremos juntos como marido y mujer y nunca la dejaré».

A menos de ser Diógenes, ¿quién no comprendería entonces las sensaciones de Lucien al subir la escalera mugrienta y maloliente de su fonda, al hacer gemir la cerradura de su puerta, al volver a contemplar el sucio cristal de la ventana y la descalabrada chimenea de su habitación, horrible por su miseria y desnudez? Sobre la mesa encontró el manuscrito de su novela y esta nota de D'Arthez:

«Nuestros amigos están casi contentos de tu obra, querido poeta. Podrás presentarla con más confianza, dicen ellos, a tus amigos y enemigos. Hemos leído tu encantador artículo sobre el Panorama Dramático y debes excitar tanta envidia en la literatura como añoranza entre nosotros,

Daniel».

—¡Añoranza!, ¿qué quiere decir? —exclamó Lucien, sorprendido por tanta cortesía como reinaba en aquella nota.

¿Era, pues, un extraño para el cenáculo? Después de haber devorado los frutos deliciosos que le había entregado la Eva de los bastidores, deseaba aún más la amistad y la estima de sus amigos de la calle de Quatre-Vents. Durante unos instantes permaneció sumido en la meditación, mediante la que abarcaba su presente en aquella habitación y su porvenir en la habitación de Coralie. Presa de dudas, alternativamente honorables y depravadas, se sentó y se puso a examinar el estado en el que sus amigos le devolvían su obra. ¡Cuán grande fue su extrañeza! Capítulo por capítulo, la pluma hábil y abnegada de estos grandes hombres, aún desconocidos, había cambiado sus pobreza en riquezas. Un diálogo abundante, conciso, apretado y nervioso reemplazaba sus conversaciones, que entonces él vio como habladurías, si se las comparaba con los discursos en los que respiraba el ingenio del tiempo. Sus retratos, un poco deslavazados de dibujo, habían sido coloreados y realzados de forma vigorosa, todos se adaptaban a los fenómenos curiosos de la vida humana, mediante observaciones psicológicas, que sin duda se debían a Bianchon, expresadas con sutileza y que les daban vida. Sus descripciones verbales se habían hecho sustanciales y vivas. Había entregado una criatura deforme y mal vestida y se encontraba con una deliciosa criatura vestida de blanco, con cinturón y chal rosas, una encantadora creación.

La noche le sorprendió con los ojos llenos de lágrimas, aterrado ante esta grandeza, sintiendo el precio de una lección semejante, admirando sus correcciones, que le enseñaban sobre literatura y arte más que sus cuatro años de lecturas, comparaciones y estudios. El arreglo de un boceto mal concebido, un rasgo magistral a lo vivo, enseñan más que las teorías y las observaciones.

—¡Qué amigos!, ¡qué corazón!, ¡qué feliz me siento! —exclamaba, apretando contra sí el manuscrito.

Impulsado por un arrebató muy lógico y normal en las naturalezas poéticas y volubles, corrió a casa de Daniel. Mientras subía la escalera, se creyó menos digno, sin embargo, de aquellos corazones a los que nada podía hacer desviarse del sentido del honor. Una voz le decía que si Daniel hubiese amado a Coralie, no la hubiese aceptado con Camusot. Conocía igualmente el profundo horror del cenáculo hacia los periodistas, y se sabía ya un poco periodista. Encontró a sus amigos, excepto Meyraux, que acababa de salir, presa de una desesperación que se pintaba en todos los semblantes.

—¿Qué os sucede, amigos míos? —preguntó Lucien.

—Acabamos de enterarnos de una horrible catástrofe; el mayor ingenio de nuestra época, nuestro más querido amigo, el que durante dos años ha sido nuestro guía...

—¿Louis Lambert? —preguntó Lucien.

—Se encuentra en estado cataléptico que no deja ninguna esperanza —dijo Bianchon.

—Morirá con el cuerpo insensible y la cabeza en el cielo —añadió solemnemente Michel Chrestien.

—Morirá como ha vivido —confirmó D'Arthez.

—El amor, lanzado como fuego en el vasto imperio de su cerebro lo ha incendiado —añadió Léon Giraud.

—Sí —dijo Joseph Bridau—, le ha exaltado hasta un punto en que nosotros le perdemos de vista.

—Somos nosotros, los dignos de lástima —dijo Fulgence Ridal.

—Tal vez pueda curarse —exclamó Lucien.

—Después de lo que Meyraux nos ha dicho, la curación resulta imposible —repuso Bianchon—. Su cabeza es el teatro de fenómenos sobre los que la medicina no tiene ningún poder.

—Sin embargo existen remedios —insinuó D'Arthez.

—Si —dijo Bianchon— solamente está cataléptico, podemos convertirle en imbécil.

—¡Y que no podamos ofrecer al genio del mal una cabeza en sustitución de ésa! —gritó Michel Chrestien—. ¡Yo daría la mía!

—¿Y qué sucedería con la federación europea? —preguntó D'Arthez.

—¡Ah!, es verdad —repuso Michel Chrestien—. Antes de pertenecer a una sola persona, nos debemos a la Humanidad.

—Yo venía aquí con el corazón rebotante de agradecimiento para con todos vosotros —dijo Lucien—. Habéis cambiado mi ochavo en luis de oro.

—¡Agradecimientos! ¿Por quién nos tomas? —exclamó Bianchon.

—El placer ha sido nuestro —añadió Fulgence.

—Bueno, ya eres periodista —le dijo Léon Giraud—. El ruido de tus comienzos ha llegado hasta el Barrio Latino.

—Aún no —repuso Lucien.

—Ilusiones.

—¡Ah!, tanto mejor —dijo Michel Chrestien.

—Ya os lo decía yo —repuso D'Arthez—. Lucien es uno de esos corazones que conocen el precio de una conciencia pura. ¿Acaso no es un viático fortificante el colocar por las noches la cabeza sobre la almohada pudiendo decir: «No he juzgado las obras del prójimo, no he causado aflicción a nadie; mi espíritu, cual un puñal, no ha removido el alma de ningún inocente; mis bromas no han inmolado ninguna dicha, ni tan siquiera ha turbado la tontería feliz, no ha fatigado injustamente al genio, he desdeñado los triunfos fáciles del epigrama; en una palabra, nunca he mentado a mis convicciones?».

—Pero —dijo Lucien— yo creo que se puede ser de ese modo y trabajar a la vez en un periódico. Si no tuviera más que ese medio de subsistir, no habría más remedio que echar mano de él.

—¡Oh, oh, oh! —exclamó Fulgence, subiendo el tono IMI cada exclamación—. Capitulamos.

—Será periodista —dijo gravemente Léon Giraud—. ¡Ah! Lucien, si tú quisieras serlo con nosotros, que vamos a publicar un periódico en donde nunca serán ultrajadas ni la justicia ni la verdad, en donde seremos portavoces de las doctrinas verdaderamente útiles para la humanidad, tal vez entonces...

—No tendréis ni un suscriptor —replicó maquiavélicamente Lucien, interrumpiendo a Léon.

—Tendrá quinientos que valdrán por cinco mil —repuso Michel Chrestien.

—Necesitaréis mucho capital —dijo Lucien.

—No —contestó D'Arthez—, pero sí sacrificio.

—Se diría una perfumería —exclamó Michel Chrestien, oliendo con gesto cómico la cabeza de Lucien—. Se te ha visto en un carruaje soberbiamente brillante, tirado por caballos de dandy y con una amante de príncipe, Coralie.

—¡Bueno! —exclamó Lucien—. ¿Y qué mal hay en ello?

—Hubiese querido para Lucien una Beatriz —dijo D'Arthez—, una noble dama que le hubiese sostenido en la vida...

—Pero, Daniel, ¿acaso el amor no es en todas partes semejante a sí mismo? —preguntó Lucien.

—¡Ah! —repuso el republicano—, en eso soy aristócrata. Yo no podría querer a una mujer a la que un actor besa en la mejilla delante de todo el público, una mujer tuteada entre bastidores, que se rebaja ante un patio de butacas y le sonrío, que baila unos pasos, levantando sus faldas, y que se viste de hombre para enseñar lo que a mí me gustaría ser el único en ver. Sí, si yo amara a una mujer así, ella abandonaría el teatro y la purificaría con mi amor.

—¿Y si no pudiera abandonar el teatro?

—Me moriría de dolor, de celos, de mil males. No se puede arrancar el amor del corazón como quien se arranca una muela.

Lucien se puso pensativo y sombrío. «Cuando sepan que he de aguantar a Camusot, me despreciarán», se dijo.

—Mira —le dijo el feroz republicano, con espantosa campechanía—, podrás ser un gran escritor, pero nunca pasarás de ser un pequeño farsante.

Cogió su sombrero y se fue.

—Michel Chrestien es muy duro —dijo el poeta.

—Duro y saludable como las tenazas de un dentista —añadió Bianchon—. Michel ve tu porvenir, y quizás en estos momentos llora por ti en la calle.

D'Arthez estuvo suave y consolador, trató de animar a Lucien.

Al cabo de una hora, el poeta abandonó el cenáculo, maltratado por su conciencia, que le gritaba: «¡Serás periodista!», como la bruja gritó a Macbeth: «¡Tú serás rey!». Ya en la calle contempló las ventanas del paciente D'Arthez, iluminadas por un débil resplandor, y se dirigió hacia su casa con el corazón entristecido y el alma inquieta. Una especie de presentimiento le decía que acababa de ser abrazado por última vez por el corazón de sus amigos.

Al entrar en la calle de Cluny por el lado de la plaza de la Sorbona, reconoció el carruaje de Coralie. Para venir a ver a su poeta un momento, para darle unas sencillas buenas noches, la actriz había ido desde el bulevar del Temple hasta la Sorbona. Lucien encontró a su amante llorando ante el aspecto de su buhardilla; quería ser pobre como su amado, y lloraba mientras ordenaba las camisas, los guantes, las corbatas y los pañuelos en la horrible cómoda de la fonda. Esta desesperación era tan sincera, tan grande, expresaba tanto amor, que Lucien, a quien se le reprochaba el tener a una actriz, vio en Coralie a una santa dispuesta a ponerse el cilicio de la miseria. Para poder venir, esta adorable criatura había pretextado que iba a advertir a su amigo que la sociedad Camusot, Coralie y Lucien devolvería a la sociedad Matifat, Coralie y Lousteau su cena, y para preguntar a Lucien si tenía alguna invitación que hacer que le pudiera ser útil; Lucien le dijo que hablaría de ello con Lousteau. La actriz, después de unos instantes, se marchó, ocultando a Lucien que Camusot le esperaba abajo. Al día siguiente, a las ocho, Lucien se dirigió a casa de Étienne, y no encontrándole allí corrió a casa de Florine. El periodista y la actriz recibieron a su amigo en la bonita habitación en la que estaban maritalmente establecidos, y los tres desayunaron allí de manera espléndida.

—Pero, amigo mío —le dijo Lousteau una vez estuvieron sentados a la mesa y Lucien le hubo hablado de la cena que daría Coralie—, te aconsejo que te vengas conmigo a ver a Félicien Vernou, que le invites y que te hagas su amigo, dentro de lo que uno puede ser amigo de semejante granuja. Félicien te proporcionará tal vez la ocasión de entrar en el periódico político en el que cocina su folletín, y en donde podrás ir destacando a tu antojo a fuerza de grandes artículos. Este diario, como el nuestro, pertenece al partido liberal; tú serás liberal, es el partido popular; por otro lado, si quisieras pasarte al bando ministerial, podrías hacerlo tanto más fácilmente cuanto más te hagas temer. Hector Merlin y su señora de Val-Noble, a cuya casa van algunos grandes señores, jóvenes presumidos y millonarios, ¿no te han invitado a ti y a Coralie a cenar?

—Sí —repuso Lucien—; y a ti también, con Florine. Lucien y Lousteau, en su borrachera del viernes y durante la comida del domingo, habían llegado a tutearse.

—Pues bien, nos encontraremos con Merlin en el periódico; es un muchacho que seguirá de cerca a Finot; harás muy bien cuidándote e invitándolo a la cena con su

amante; tal vez te sea útil antes de poco, ya que las personas odiosas necesitan de todo el mundo, y te hará favores por si en alguna ocasión necesita de tu pluma.

—Sus comienzos han hecho la suficiente sensación para que no encuentres ningún obstáculo —dijo Florine a Lucien; apresúrate en aprovecharlo, pues de otro modo pronto serás olvidado.

—El negocio, el gran negocio —continuó Lousteau—, ¡ha sido concluido! Ese Finot, un hombre sin ningún talento, es director y redactor jefe del semanario de Dauriat, propietario de una sexta parte que no le cuesta nada, y tiene un sueldo de seiscientos francos al mes. Y desde esta mañana, amigo mío, soy redactor jefe de nuestro pequeño periódico. Todo ha sucedido como lo esperaba la otra noche. Florine ha estado soberbia; el príncipe de Talleyrand tendría que aprender algunas cosas de ella.

—Conservamos a los hombres por su placer —dijo Florine—, y los diplomáticos los conquistan únicamente por su amor propio; los diplomáticos les ven hacer zalemas, mientras que nosotras les vemos hacer estupideces; nosotras, por lo tanto, somos las más fuertes.

—Para concluir —dijo Lousteau—, Matifat ha proferido la única frase que pronunciará en toda su vida de droguero: «El negocio (dijo) no se sale de mi comercio».

—Sospecho que es Florine quien se la ha apuntado —exclamó Lucien.

—Así pues, querido amigo —le dijo Lousteau—, tienes el pie en el estribo.

—Has nacido de pie —añadió Florine—. ¿Cuántos jóvenes no vemos que deambulan por París durante años y años sin poder insertar un artículo en un periódico? A ti te sucede como a Émile Blondet. Dentro de seis meses te veo haciendo lo que te salga de las narices —añadió ella, empleando una frase de las suyas y lanzándole una sonrisa burlona.

—Estoy en París desde hace tres años —dijo Lousteau—, y solamente desde ayer Finot me da trescientos francos como cantidad fija al mes; como redactor jefe me paga cien sueldos por columna, y cien francos por página en su semanario...

—¡Bueno! ¿Y tú no dices nada?... —exclamó Florine, mirando a Lucien.

—Ya veremos —replicó Lucien.

—Amigo mío —le dijo Lousteau, con un gesto un tanto contrariado—, lo he arreglado todo para ti como si se tratara de mi propio hermano, pero no respondo de Finot. Finot será solicitado por sesenta graciosos que de aquí a dos días van a ir a hacerle proposiciones con rebaja. Yo me he comprometido por ti, pero si quieres le puedes decir que no. No imaginas tu suerte, —continuó el periodista tras de una pausa—. Formarás parte de un grupo selecto, cuyos miembros atacan a los enemigos en diversos periódicos y se sirven mutuamente.

—Vamos primero a ver a Félicien Vernou —dijo Lucien, que estaba anhelante por

aliarse con aquellos temibles aves de presa.

Lousteau envió a buscar un cabriolé y los dos amigos fueron a la calle Mandar, donde vivía Vernou en una casa con pasadizo en la que ocupaba un piso de la segunda planta. Lucien se extrañó enormemente al ver a este crítico acerbo, desdeñoso y grave en un comedor de la mayor vulgaridad, cubierto con un papel enladrillado, con manchas de moho por todas partes, adornado con grabados al aguatinta, en marcos dorados, y sentado a la mesa con una mujer demasiado fea para que no fuese legítima y con dos niños de corta edad encaramados en sillas altas, de estribos elevados y cerradas por una barra de madera que permitía sujetar a aquellos bribonzuelos. Sorprendido en una bata confeccionada con los restos de un vestido de indiana de su mujer, Félicien tenía un aire poco amable y contento.

—¿Has desayunado, Lousteau? —preguntó, ofreciendo una silla a Lucien.

—Venimos de casa de Florine —dijo Étienne—, y ya hemos desayunado allí.

Lucien no se cansaba de examinar a la señora Vernou, que se parecía a una robusta y gruesa cocinera, blanca pero superlativamente vulgar. La señora Vernou llevaba un pañuelo por encima de su gorro de dormir, con cintas a través de las cuales desbordaban sus mejillas apretadas. Su bata, sin cinturón y sujeta al cuello por un botón, descendía en grandes pliegues y le cubría tan mal que era imposible no compararla con un mojón. De una salud desesperante, tenía las mejillas casi violetas y unas manos con dedos en forma de morcillas. Esta mujer explicó de repente a Lucien la actitud molesta de Vernou en el mundo. Enfermo por su matrimonio, sin valor para abandonar mujer e hijos, pero lo suficientemente poeta como para sufrir por ello, este autor no podía perdonar a nadie un triunfo, tenía que estar descontento de todos y por todo sintiéndose descontento de sí mismo. Lucien comprendió el aire agrio que congelaba esta faz envidiosa y la acritud de las observaciones que este periodista sembraba en su conversación, lo acerbo y punzante de sus frases, siempre puntiagudas y trabajadas como un estilete.

—Pasemos a mi despacho —dijo Félicien, levantándose—; sin duda se trata de asuntos literarios.

—Sí y no —le replicó Lousteau—. Amigo mío, más bien se trata de una cena.

—Yo venía a rogarle de parte de Coralie... —dijo Lucien.

Al oír este nombre, la señora Vernou alzó la cabeza.

—... que viniese a cenar de hoy en ocho días —continuó Lucien—. Encontrará en su casa la concurrencia que había en casa de Florine, aumentada con la señora de Val-Noble, Merlin y algunos más. Jugaremos.

—Pero, amigo mío, ese día, precisamente, tenemos que ir a casa de la señora de Mahoudeau —dijo la esposa.

—¿Y eso qué importa? —exclamó Vernou.

—Si no vamos, se va a molestar y tú necesitas reunirte con ella para que te

descuente tus letras de librereros.

—Querido amigo, aquí tiene a una mujer que no comprende que una cena literaria, que comienza a media noche, permite asistir a una velada que acaba a las once. Trabajo a su lado —añadió.

—¡Tiene tanta imaginación! —le dijo Lucien, que con sólo esa frase se hizo de Vernou un enemigo mortal.

—Pues bien —añadió Lousteau—, tú vienes, pero eso no es todo. El señor de Rubempré se convierte en uno de los nuestros, así que sitúalo en tu periódico; preséntalo como a un muchacho capaz de escribir alta literatura, al fin de que, al menos, pueda colocar dos artículos por mes.

Sí, si quiere ser de los nuestros y atacar a nuestros enemigos como nosotros atacaremos a los suyos, y defender a nuestros amigos; esta noche hablaré de él en la Ópera —repuso Vernou.

—Bueno, pues hasta mañana, pequeño —dijo Lousteau, estrechando la mano de Vernou con signos de la más viva amistad—. ¿Cuándo se publica tu libro?

—Bueno —contestó el padre de familia—, eso depende de Dauriat, yo ya lo he terminado.

—Estás contento...

—Sí y no...

—Ya celebraremos el éxito —dijo Lousteau, levantándose y saludando a la mujer de su colega.

Esta brusca despedida se hizo necesaria por los gritos de los dos niños, que reñían y se pegaban con las cucharas, llenándose la cara de sopa de pan.

—Acabas de ver, hijo mío —dijo Étienne a Lucien—, una mujer que, sin saberlo, causará grandes estragos en la literatura. Este pobre Vernou no nos perdona su mujer. Deberíamos desembarazarle de ella en bien de la humanidad, se comprende. Evitaríamos de ese modo un diluvio de artículos atroces, de epigramas contra todos los éxitos y contra todas las fortunas. ¿En qué puedes convertirte, a dónde puedes llegar con una mujer semejante acompañada por esos dos terribles críos? ¿Has visto el Rigaudin de la *Casa de la lotería*, la obra de Picard?... Pues bien, al igual que Rigaudin, Vernou no se batirá, pero hará que los demás se batan; es capaz de saltarse un ojo si con ello puede hacer que su mejor ¡amigo pierda los dos; le verás poniendo su planta sobre todos los cadáveres, sonriendo a todas las desgracias, atacando a los príncipes, a los duques, a los marqueses y a los nobles porque él es plebeyo, atacando a las celebridades solteras porque él es casado, y hablando siempre de la moral, intercediendo siempre! en favor de los goces domésticos y por los deberes del ciudadano. En una palabra, ese crítico tan moral no será suave para con nadie, ni siquiera para con los niños. Vive en la calle Mandar, entre una mujer que podría interpretar el espantajo del *Burgués gentilhombre* y dos pequeños Vernou, feos como

la tina; quiere burlarse del *faubourg* Saint-Germain, en donde nunca pondrá los pies, y hará hablar a las duquesas como habla su mujer. Éste es el hombre que va a gritar contra los jesuitas, insultar a la corte, atribuirle la intención de restablecer los derechos feudales el derecho de primogenitura, y que predicará alguna cruzada en favor de la igualdad, él, que no se cree el igual de nadie. Si fuera soltero, si conviviera con el mundo, si tuviera el aspecto de los poetas legitimistas, pensionados y condecorados con la gran cruz de la Legión de Honor, sería un optimista. El periodismo tiene mil puntos de partida semejantes. Es una gran catapulta puesta en funcionamiento mediante pequeñas envidias. ¿Tienes ahora ganas de casarte? Vernou ya no tiene corazón, la hiel le ha invadido por completo. De esta manera, es el periodista por excelencia, un tigre de dos piernas que todo lo desgarras como si sus plumas estuvieran rabiosas.

—Es misógino —dijo Lucien—. ¿Tiene talento?

—Tiene ingenio, es un articulista. Vernou escribe artículos, piensa artículos y en toda su vida no hará otra cosa que artículos. El más obstinado trabajo jamás podrá injertar un libro en su prosa. Félicien es incapaz de concebir una obra, de disponer las masas y reunir armoniosamente los personajes en un plan que comienza, se anuda y camina hacia un hecho capital; tiene ideas, pero no conoce los hechos; sus héroes serán utopías filosóficas o liberales; en resumen, su estilo es de una originalidad rebuscada, y sus frases hinchadas caerían irremisiblemente en cuanto la crítica les diera un pinchazo. De esta manera, teme enormemente a los periódicos, como todos aquellos que necesitan las alharacas y las mentiras del elogio para mantenerse a flote.

—¡Vaya artículo que estás haciendo! —exclamó Lucien.

—Éstos, hijo mío, hay que decirlos, pero nunca escribirlos.

—Te conviertes en redactor jefe —dijo Lucien.

—¿Dónde quieres que te deje? —le preguntó Lousteau.

—En casa de Coralie.

—¡Ah! ¿Te has enamorado? —dijo Lousteau—. ¡Vaya error! Haz de Coralie lo que yo hago de Florine. Un ama de casa, pero la libertad ante todo.

—Harías condenarse a los propios santos —exclamó Lucien, riendo.

—Los demonios no se condenan —repuso Lousteau.

El tono ligero y brillante de su nuevo amigo, la forma como trataba la vida, sus paradojas, mezcladas a las máximas verdaderas del maquiavelismo parisiense, ejercían su influencia sobre Lucien aun sin darse cuenta. En teoría, el poeta reconocía el peligro de esos pensamientos y los encontraba útiles para su aplicación.

Al llegar al bulevar del Temple los dos amigos convinieron en encontrarse hacia las cuatro o las cinco en las oficinas del periódico, adonde sin duda iría Hector Merlin. Lucien estaba, efectivamente, dominado por las voluptuosidades del verdadero amor de las cortesanas que clavan sus garfios en los más sensibles lugares

del alma, plegándose con increíble elasticidad a todos los deseos, favoreciendo las costumbres muelles de donde ellas sacan sus fuerzas. Tenía ya sed de los placeres parisienses, gustaba de la vida fácil, abundante y magnífica que la actriz le proporcionaba en su casa. Encontró a Coralie y a Camusot ebrios de alegría. El Gimnasio proponía para las próximas Pascuas un contrato cuyas condiciones, expresadas de forma concreta, superaban en mucho las esperanzas de Coralie. Camusot dijo:

—Le debemos este triunfo.

—Sí, desde luego. Sin él *El Alcalde* se iba a pique —exclamó Coralie—; de no ser por este artículo, aún hubiera seguido en el bulevar durante seis años más.

Le saltó al cuello delante de Camusot. La efusión de la actriz tenía un no sé qué de suavidad en su rapidez, de dulzura en su entusiasmo: ¡amaba! Como todos los hombres ante los grandes dolores, Camusot bajó la vista y reconoció a lo largo de la costura de las botas de Lucien el hilo de color empleado por los zapateros célebres y que se dibujaba en un tono amarillo oscuro sobre el negro reluciente de la caña. El original color de este hilo le había preocupado durante su monólogo acerca de la inexplicable presencia de un par de botas ante la chimenea de Coralie. Había leído, en letras negras impresas sobre el cuero blanco y suave del dobladillo, la dirección de un zapatero famoso en aquella época: Gay, calle de La Michodière.

—Caballero —dijo a Lucien—, lleva usted unas botas muy bonitas.

—Todo lo tiene bonito —repuso Coralie.

—Me gustaría surtirme en casa de su zapatero.

—¡Oh! —exclamó Coralie—. ¡Qué propio es de los de la calle des Bourdonnais pedir direcciones de proveedores! Y además, ¿va a llevar botas de joven? ¡Sí que iba a estar guapo! Conserve sus botas con vueltas, que son las que corresponden a un hombre maduro como usted, que tiene mujer, hijos y una amante.

—Bueno, si este caballero quisiera dejarme una de sus botas, me haría un gran favor —continuó el obstinado Camusot.

—No me las podría volver a poner sin calzador —observó Lucien, ruborizándose.

—Bérénice irá a buscar uno, aquí no deben de estar de más —añadió el comerciante, con un tono terriblemente sarcástico.

—Papá Camusot —dijo Coralie, lanzándole una mirada llena de tremendo desprecio—, tenga el valor de su cobardía. Vamos, diga todo lo que está pensando. ¿Cree que las botas de este señor se parecen a las mías? Le prohíbo que se quite las botas —dijo, dirigiéndose a Lucien—. Sí, señor Camusot, sí, estas botas son las mismas que vio ante mi chimenea, el otro día, y este caballero, escondido en el cuarto de baño, las estaba esperando, había pasado la noche aquí. Esto es lo que está pensando, ¿eh? Piénselo, que yo lo quiero así. Es la pura verdad. Le engaño. ¿Y qué, después de todo? ¡Eso me gusta!

Se sentó, sin cólera, y con el aire más tranquilo del mundo miraba a Camusot y a Lucien, que no se atrevían a mirarse el uno al otro.

—No creeré lo que usted quiere que crea —dijo Camusot—. No bromeo, no tengo razón.

—O soy una infame desvergonzada, que en un momento se ha enamorado de este caballero, o soy una pobre y mísera criatura que por primera vez ha experimentado el verdadero amor tras el que corren todas las mujeres. En ambos casos hay que dejarme o tomarme como soy —dijo, haciendo un gesto de soberana con el que abrumó al tendero.

—¿Será eso verdad? —preguntó Camusot, quien observó por la seriedad de Lucien que Coralie ya no se reía, y que mendigaba un engaño.

—Quiero a la señorita —dijo Lucien.

Al oír esta frase, dicha con voz conmovida, Coralie saltó al cuello de su poeta, lo estrechó en sus brazos y volvió la cabeza hacia el sedero, mostrándole el admirable grupo de amor que hacía con Lucien.

—Pobre Musot, recoge todo lo que me has dado, no quiero nada de ti; quiero como una loca a este muchacho, no por su manera de ser, sino por su belleza. Prefiero la miseria con él a los millones a tu lado.

Camusot se derrumbó en un sillón, se cogió la cabeza con las manos y permaneció silencioso.

—¿Quiere que nos vayamos? —preguntó ella con increíble ferocidad.

Lucien sintió un escalofrío en la espalda al verse responsable de una mujer, una actriz y un hogar.

—Quédate aquí, consérvalo todo, Coralie —dijo el comerciante, con una voz débil y dolorosa que salía del alma—; no quiero quedarme con nada. De todos modos, ahí están sesenta mil francos de mobiliario, pero no sabría hacerme a la idea de mi Coralie en la miseria. Y sin embargo, antes de poco te encontrarás en la miseria. Por muy grande que sea el talento de este caballero, no puede proporcionarte una existencia. Esto es lo que nos espera a todos nosotros, los viejos. Déjame, Coralie, el derecho de poder venir a verte alguna vez; puedo serte de utilidad. Por otro lado, lo confieso, me sería imposible vivir sin ti.

La dulzura de este pobre hombre, desposeído de toda su dicha en el momento que se creía el más feliz, impresionó vivamente a Lucien, aunque no a Coralie.

—Ven, mi pobre Musot, ven tanto como te apetezca —dijo ella—; te querré mucho más no engañándote.

Camusot pareció contento de no ser arrojado de su paraíso terrenal en donde sin duda debía de sufrir, pero donde esperaba volver a entrar más adelante, con todos sus derechos, fiándose en los azares de la vida parisiense y en las seducciones que iban a rodear a Lucien. El viejo y astuto tendero pensó que tarde o temprano aquel apuesto

joven se permitiría infidelidades, y para espiarle, para perderle en el alma de Coralie, quería continuar siendo su amigo. Esta bajeza de la verdadera pasión asustó a Lucien. Camusot ofreció una cena en el Palais-Royal, en Véry, que fue aceptada.

—¡Qué felicidad! —exclamó Coralie cuando Camusot se hubo marchado—. No más buhardilla en el Barrio Latino; ahora vivirás aquí, no nos separaremos; para salvar las apariencias, alquilarás un piso pequeño en la calle Charlot, ¡y adelante a toda vela!

Se puso a bailar su danza española con un ímpetu que describía muy bien su pasión indomable.

—Puedo ganar quinientos francos al mes trabajando mucho —dijo Lucien.

—Y yo obtengo otro tanto del teatro, sin contar los extras. Camusot me vestirá siempre, ¡me quiere! Con mil quinientos francos viviremos como Creso.

—¿Y los caballos, el cochero y el criado? —preguntó Bérénice.

—Contraeré deudas —exclamó Coralie.

Se puso a bailar una giga con Lucien.

—Hay pues, y desde ahora, que aceptar las proposiciones de Finot —exclamó Lucien.

—Vamos —dijo Coralie—, me visto y te llevo a tu periódico; te esperaré en el coche, en el bulevar.

Lucien se sentó en un sofá, observó a la actriz haciendo su tocado y se abandonó a las reflexiones más graves. Hubiese preferido dejar libre a Coralie, que cargar con las obligaciones de un matrimonio semejante; pero la vio tan bella, tan bien formada, tan seductora, que se sintió atraído por los pintorescos aspectos de esta vida de bohemio y arrojó el guante a la cara de la Fortuna. Bérénice recibió la orden de que vigilara al traslado e instalación de Lucien. Luego, la triunfante, la bella, la feliz Coralie arrastró a su amante querido, a su poeta, y atravesó todo París para llegar a la calle Saint-Fiacre. Lucien trepó con ligereza escaleras arriba y se presentó como dueño en las oficinas del periódico. Coloquinto, siempre con su papel timbrado encima de la cabeza, y el viejo Giroudeau, le dijeron todavía bastante hipócritamente que nadie había llegado aún.

—Pero los redactores deben verse forzosamente en algún sitio para tratar sobre el periódico —dijo.

—Tal vez, pero la redacción es cosa que no me incumbe —contestó el capitán de la Guardia Imperial, que continuó verificando sus listas, emitiendo su eterno ¡ejem, ejem!

En aquel momento, y por un azar —¿feliz, o desgraciado?—, Finot apareció para anunciar a Giroudeau su falsa abdicación y recomendarle que velara por sus intereses.

—Nada de diplomacias con este caballero, pertenece al periódico —dijo Finot a su tío, alargando la mano a Lucien y estrechándosela.

—¡Ah!, ¿este caballero es del periódico? —exclamó Giroudeau, sorprendido ante el gesto de su sobrino—. ¡Vaya, caballero, no le ha sido muy difícil entrar!

—Voy a dejar ahora sentadas sus condiciones para que Étienne no le tome el pelo —dijo Finot, mirando a Lucien con aire cortés—. Este caballero percibirá tres francos por columna para toda su redacción, incluidas las crónicas del teatro.

—Nunca has hecho esas condiciones a nadie —dijo Giroudeau, observando a Lucien con extrañeza.

—Tendrá los cuatro teatros del bulevar, cuidarás de que no le birlen sus palcos y que se le entreguen sus entradas para el espectáculo. De todos modos, le aconsejo que se las haga remitir a su domicilio —dijo, volviéndose hacia Lucien—. Este señor se compromete a hacer, además de su crítica, diez artículos. Variedades de unas dos columnas, por cincuenta francos al mes durante un año. ¿Le conviene?

—Sí —contestó Lucien, que estaba obligado por las circunstancias.

—Tío —dijo Finot al cajero—, tú redactarás el contrato que al bajar firmaremos.

—¿Quién es este caballero? —preguntó Giroudeau, levantándose y quitándose su gorro de seda negra.

—El señor Lucien de Rubempré, el autor del artículo sobre *El Alcalde* —repuso Finot.

—Joven —exclamó el antiguo militar, golpeando la frente de Lucien—, ahí tiene una mina de oro. No soy literato, pero he leído su artículo y me ha gustado. Hábleme de eso. Eso es alegría. En seguida me he dicho: Eso nos traerá suscripciones. Y han venido, hemos vendido cincuenta números.

—Mi contrato con Étienne Lousteau, ¿está escrito con una copia y listo para firmar? —preguntó a su tío.

—Sí —dijo Giroudeau.

—Pon fecha de ayer al que firmo con este señor, a fin de que Lousteau se vea obligado a aceptar estas condiciones. —Finot tomó el brazo de su nuevo redactor con un aspecto de camaradería que sedujo al poeta, y se lo llevó hacia la escalera, diciéndole—: De este modo ya tiene una posición establecida. Yo mismo le presentaré a mis redactores. Luego, esta noche, Lousteau hará que le conozcan en los teatros. Puede ganar ciento cincuenta francos en nuestro pequeño periódico, que va a dirigir Lousteau; por tanto, trate de llevarse bien con él. Ya el bribón me maldecirá por haberle atado las manos con respecto a usted, pero tiene talento y no quiero que esté a expensas de los caprichos de un redactor jefe. Entre nosotros, me puede traer hasta dos páginas por mes para mi semanario, se las pagaré a doscientos francos. No hable con nadie de este acuerdo, sería el blanco de las iras de todos los que sentirán su amor propio herido por la suerte de un recién llegado. Haga cuatro artículos con sus dos hojas, firme dos con su nombre y otros dos con un seudónimo para que no se tenga la impresión de que se come el pan de los demás. Debe su posición a Blondet y

a Vignon, que le encuentran porvenir. Por tanto, no se eche a perder. Sobre todo no confíe en sus amigos. En cuanto a nosotros dos, entendámonos siempre bien. Sírvame y le serviré. Tiene unos cuarenta francos de palcos y localidades para vender y unos sesenta francos de libros. Eso y su redacción le proporcionarán cuatrocientos cincuenta francos al mes. Con un poco de ingenio sabrá encontrarse siempre, al menos, doscientos francos más con los libreros, que le pagarán artículos y prospectos. Pero usted es mío, ¿no es así? Puedo confiar en usted.

Lucien estrechó la mano de Finot, presa de un inenarrable transporte de alegría.

—No quiero que tengamos el aspecto de habernos puesto de acuerdo —le dijo Finot al oído, empujando la puerta de una buhardilla, en el quinto piso de la casa, situada al fondo de un largo pasillo.

Lucien vio entonces a Lousteau, Félicien Vernou, Hector Merlin y dos redactores más a los que no conocía, alrededor de una mesa cubierta con un mantel verde, delante de un buen fuego, sentados en sillas y sillones, fumando y riendo. La mesa estaba llena de papeles, había un verdadero tintero lleno de tinta, unas plumas bastante malas pero que servían a los redactores. Allí se mostró al nuevo periodista que era donde se elaboraba la gran obra.

—Señores —dijo Finot—, el objeto de la reunión es la instalación en lugar mío de nuestro querido Lousteau como redactor jefe del periódico que me veo obligado a abandonar. Pero, a pesar de que mis opiniones sufran una transformación necesaria para que pueda convertirme en redactor jefe de la Revista, cuyos destinos les son conocidos, mis convicciones son las mismas de siempre, y quedamos como amigos. Les pertenezco por completo, al igual que ustedes me pertenecen a mí. Las circunstancias son variables, pero los principios son inmutables. Los principios son el eje sobre el que se mueven las agujas del barómetro político.

Todos los redactores estallaron en una carcajada.

—¿Quién te ha apuntado esas frases? —preguntó Lousteau.

—Blondet —repuso Finot.

—Viento, lluvias, tempestad, buen tiempo invariable —dijo Merlin—; recorreremos todo eso juntos.

—En fin —siguió Finot—, no nos embarullemos con las metáforas; todos los que tengan algún artículo que traerme, encontrarán a Finot. Este caballero —dijo, presentando a Lucien— es de los suyos. Yo ya me he puesto de acuerdo con él, Lousteau.

Todos cumplimentaron a Finot por su ascenso y sus nuevos destinos.

—Estás a caballo sobre nosotros y sobre los demás —le dijo uno de los redactores desconocidos para Lucien—, te conviertes en Jano...

—Con tal de que no sea Juanito... —dijo Vernou.

—¿Nos dejas atacar a nuestras bestias negras?

—¡Lo que queráis! —repuso Finot.

—¡Ah! —dijo Lousteau—, pero el periódico no puede retroceder. El señor Châtelet se ha enfadado, no le vamos a soltar en una semana.

—¿Qué es lo que ha sucedido? —preguntó Lucien.

—Ha venido a pedir explicaciones —dijo Vernou—. El ex guapo del Imperio se ha encontrado con el tío Giroudeau, que con su mejor sangre fría le ha indicado a Philippe Bridau como el autor del artículo, y Philippe ha pedido al barón su hora y sus armas. El asunto no ha pasado de ahí. Actualmente estamos ocupados en presentar excusas al barón en el número de mañana. Cada frase es una puñalada.

—Pinchadle fuerte, vendrá a buscarme —dijo Finot—. Adoptaré el aspecto de hacerle un favor calmándoos, anda detrás de un ministerio y sacaremos algo de ahí, una plaza de profesor suplente o un estanco. Nos sentimos muy felices de que se haya enfadado. ¿Quién de entre vosotros quiere hacer un artículo de fondo acerca de Nathan?

—Dádselo a Lucien —dijo Lousteau—. Hector y Vernou redactarán unos artículos en sus periódicos respectivos...

—Adiós, caballeros, nos veremos a solas en casa de Barbin —dijo Finot, riendo.

Lucien recibió algunas felicitaciones por su admisión en el temible cuerpo de periodistas, y Lousteau le presentó como a un hombre en el que se podía confiar.

—Lucien os invita en masa, señores, a cenar en casa de su amante, la bella Coralie.

—Coralie pasa al Gimnasio —dijo Lucien a Étienne.

—Bien, caballeros, queda entendido que haremos subir a Coralie, ¿eh? En todos vuestros periódicos poned unas líneas sobre su contrato y hablad de su talento. Concederéis tacto y habilidad a la administración del Gimnasio, ¿podemos otorgarle también talento?

—Le concederemos —repuso Merlin—; Frédéric tiene una obra con Scribe.

—¡Oh!, el director del Gimnasio es entonces el más previsor y más perspicaz de los especuladores —dijo Vernou.

—¡Ah!, no hagáis vuestros artículos sobre los libros de Nathan hasta que no nos hayamos puesto de acuerdo, ya sabréis por qué —dijo Lousteau—. Hemos de ser de utilidad a nuestro nuevo compañero. Lucien tiene dos libros que colocar, un tomo de sonetos y una novela. En poco tiempo hemos de hacer de él un gran poeta. Utilizaremos sus *Margaritas* para rebajar las Odas, las Baladas, las Meditaciones y toda la poesía romántica.

—Sería muy gracioso si los sonetos no valieran nada —dijo Vernou—. ¿Qué opina de sus sonetos, Lucien?

—Eso, ¿cómo los encuentra? —preguntó uno de los redactores.

—Caballeros, están bien —contestó Lousteau—, palabra de honor.

—Bueno, estoy satisfecho —añadió Vernou—; los arrojaré a las piernas de esos poetas de sacristía que me cansan.

—Si Dauriat no acepta esta noche *Las Margaritas*, le lanzaremos artículo tras artículo contra Nathan.

—¿Y qué dirá Nathan? —preguntó Lucien.

Los cinco redactores se echaron a reír.

—Se sentirá encantado —dijo Vernou—. Ya verá cómo arreglamos las cosas.

—Así pues, ¿este caballero es de los nuestros? —preguntó uno de los dos redactores a quienes Lucien no conocía.

—Sí, sí, Frédéric, nada de bromas. Ya ves, Lucien —dijo Étienne al neófito—, cómo obramos contigo. Espero que llegado el momento tú no retrocederás. Todos queremos a Nathan y vamos a atacarle. Ahora, repartámonos el imperio de Alejandro. Frédéric, ¿quieres los Franceses, y el Odeón?

—Si estos señores consienten en ello... —repuso Frédéric.

Todos inclinaron las cabezas, pero Lucien vio brillar miradas de envidia.

—Yo me quedo con la Ópera, los Italianos y la Ópera Cómica —dijo Vernou.

—¡Muy bien! Entonces Hector se dedicará a los teatros de Variedades —dijo Lousteau.

—Y yo, ¿es que no voy a tener ningún teatro? —preguntó el otro redactor que no conocía a Lucien.

—Bueno, entonces que Hector te deje las Variedades y Lucien la Porte-Saint-Martin —dijo Étienne—. Cédele la Porte-Saint-Martin, está loco por Fanny Beaupré —dijo a Lucien—; te quedarás con el Circo Olímpico a cambio. Yo me dedicaré a Bobino, los Funámbulos y Madame Saqui. ¿Qué tenemos para el número de mañana?

—Nada.

—Nada.

—¡Nada!

—Caballeros, sed un poco brillantes para mi primer número. El barón Châtelet y su jibia no durarán ni ocho días. El autor de *El Solitario* está ya muy gastado.

—Sóstenes-Demóstenes está ya muy gastado —apuntó Vernou—, todo el mundo nos lo ha imitado.

—¡Oh!, necesitamos nuevos muertos —exclamó Frédéric.

—Caballeros, ¿y si adjudicáramos ridiculeces a los hombres virtuosos de las derechas? ¿Y si dijéramos, por ejemplo, que al señor De Bonald le huelen los pies? —exclamó Lousteau.

—¿Por qué no comenzamos una serie de retratos de los oradores ministeriales? —preguntó Hector Merlin.

—Hazlo, pequeño —concedió Lousteau—; tú los conoces, son de tu partido, podrás dar satisfacción a algunos odios internos. Empoigne Beugnot, Syriey de

Mayrinhac y otros. Los artículos pueden estar listos con anticipación, no nos tendremos que ocupar por el periódico.

—Tal vez podríamos inventar algunos epitafios sobre las circunstancias más o menos importantes —dijo Hector.

—No, no quiero que sigamos las huellas de los grandes periódicos constitucionales, que tienen la mayor parte de secciones llenas de *canards* —repuso Vernou.

—¿*Canards*? —preguntó Lucien.

—Llamamos *canards* —le repuso Hector— a un hecho que tiene aspecto de ser verdad, pero que se inventa para dar realce a los Sucesos cuando éstos son de poca monta. El *canard* es un hallazgo de Franklin, que inventó el pararrayos, *canard* y la república. Este periodista engañó tan bien a los enciclopedistas con sus *canards* de ultramar, que, en la *Historia Filosófica de las Indias*, Raynal consideró dos de esos *canards* como sucesos auténticos.

—No sabía eso —dijo Vernou—. ¿Cuáles son los dos *canards*?

—La historia relativa al inglés que vende a su libertadora, una suegra, después de haberla hecho madre a fin de sacar más dinero de ella. Luego, la sublime defensa de la joven embarazada ganando su causa. Cuando Franklin vino a París, confesó sus *canards* en casa de Necker, con gran confusión de los filósofos franceses. Y he aquí cómo el Nuevo Mundo ha corrompido por dos veces al antiguo.

—El periódico considera verdadero todo lo que es probable —dijo Lousteau—. Ése es nuestro punto de partida.

—La justicia criminal no procede de otra forma —añadió Vernou.

—Bueno; entonces hasta esta noche a las nueve, aquí —dijo Merlin.

Todos se levantaron, se estrecharon las manos y la sesión quedó finalizada en medio de los testimonios de la más acendrada familiaridad.

—¿Qué has hecho a Finot —dijo Étienne a Lucien mientras bajaban— para que haya establecido un acuerdo contigo? Eres el único con el que se ha ligado.

—Yo nada, él me lo ha propuesto —respondió Lucien.

—En fin, si tienes arreglos con él, estoy encantado; con eso no somos sino más fuertes ambos.

En la planta baja, Étienne y Lucien se encontraron con Finot, quien se llevó aparte a Lousteau al despacho que figuraba teóricamente como el de redacción.

—Firme su contrato para que el nuevo director crea que la cosa ya estaba hecha ayer —dijo Giroudeau, presentando a Lucien dos papeles timbrados.

Mientras leía aquel contrato, Lucien oyó una viva discusión entre Étienne y Finot acerca de los productos en especies del periódico. Étienne quería su parte en los impuestos cobrados por Giroudeau. Debió de haber sin duda una transacción entre Finot y Lousteau, ya que los dos amigos salieron completamente de acuerdo.

—A las ocho en las Galerías de Madera, en casa de Dauriat —dijo Étienne a Lucien.

Un joven se presentó para ser redactor, con el aire tímido que antes tenía Lucien. Éste sintió una especie de secreto placer al ver que Giroudeau gastaba al neófito las mismas bromas con las que el antiguo militar le había tomado antes el pelo a él; su interés le hizo comprender perfectamente la necesidad de este artilugio para colocar unas barreras casi infranqueables entre los que comenzaban y la buhardilla en la que se reunían los elegidos.

—Ya no hay tanto dinero para los redactores —dijo a Giroudeau.

—Si fuesen aún más numerosos, cada uno tendría menos —repuso el capitán.

El antiguo soldado hizo girar su bastón y salió carraspeando. Pareció estupefacto al ver a Lucien subiendo al hermoso coche parado en el bulevar.

—Ahora ustedes son los militares y nosotros los paisanos —le dijo el soldado.

—Palabra de honor, esos jóvenes me parecen ser los mejores muchachos del mundo —dijo Lucien a Coralie—. Heme aquí periodista, con la certeza de poder ganar seiscientos francos al mes trabajando como un caballo; pero colocaré mis dos libros y escribiré otros, ya que mis amigos me van a organizar un éxito. Así, pues, digo como tú, Coralie: «¡A toda vela!».

—Triunfarás, cariño mío, pero no seas tan bueno como eres guapo; te perderías. Sé malo con los hombres; es un buen sistema.

Coralie y Lucien se fueron a pasear por el Bosque de Bolonia y allí se encontraron de nuevo con la marquesa de Espard, la señora de Bargeton y el barón du Châtelet. La señora de Bargeton miró a Lucien con aire seductor que podía interpretarse como un saludo. Camusot había encargado la mejor cena del mundo. Coralie, sabiéndose libre de él, estuvo tan encantadora con el pobre sedero, que éste no recordaba, en los catorce meses de sus relaciones, haberla visto tan graciosa y atractiva.

«Bueno —se dijo—, permanezcamos a su lado, a pesar de todo».

Camusot propuso en secreto a Coralie una inversión de seis mil libras de renta en la Deuda Pública, que su esposa desconocía, si quería continuar siendo su amante y consintiendo en cerrar los ojos sobre sus amores con Lucien.

—¿Traicionar a semejante ángel?... Pero mírale, pobre monigote, y mírate tú —le dijo señalándole al poeta, a quien Camusot había aturdido ligeramente haciéndole beber.

Camusot resolvió esperar a que la miseria le devolviera a la mujer que ya la miseria le había entregado.

—No seré entonces más que tu amigo —le dijo, besándola en la frente.

Lucien se despidió de Coralie y Camusot para dirigirse a las Galerías de Madera. ¡Qué cambio había producido en su espíritu la iniciación en los misterios del periódico! Se mezcló sin miedo en la muchedumbre que transitaba por las galerías, adoptó un aire impertinente porque tenía una amante, y entró en casa de Dauriat con aspecto desenvuelto porque era periodista. Se encontró con una lucida concurrencia y dio la mano a Blondet, Nathan, Finot y a toda la literatura con la que había fraternizado desde hacía una semana; se creyó un personaje y se felicitó por haber superado a sus camaradas; la pequeña dosis de vino que se había tomado le sirvió a maravilla, fue ingenioso y demostró que sabía bailar al son que tocaban. Sin embargo, Lucien no recogió las aprobaciones tácitas, mudas o habladas con las que contaba; notó un primer movimiento de envidia en ese mundo menos inquieto que curioso tal vez por saber qué actitud adoptaría una nueva superioridad y con qué se quedaría en el reparto general de los productos de la Prensa. Finot, que veía en Lucien una mina que explotar; Lousteau, que se creía con derechos sobre él, fueron los únicos a los que el poeta vio sonreír. Lousteau, que había ya adoptado los aires de un redactor jefe, llamó con insistencia en los cristales del despacho de Dauriat.

—En seguida estoy contigo, amigo mío —le dijo el librero, levantando la cabeza por encima de las cortinas verdes, al reconocerle.

El en seguida duró una hora, tras de la cual Lucien y su amigo entraron en el santuario.

—¡Bueno! ¿Ha pensado ya en el asunto de nuestro amigo? —preguntó el nuevo redactor jefe.

—Ciertamente —repuso Dauriat, reclinándose de forma principesca en su sillón—. He leído el libro y lo he hecho leer a un hombre de gusto, a un buen juez, ya que no tengo la presunción de entender. Yo, amigo mío, compro la gloria ya hecha, como aquel inglés compraba el amor. Es usted gran poeta como guapo mozo, —dijo Dauriat—. A fe de hombre honrado, y dese cuenta que no digo de librero, sus sonetos son magníficos y no se ven en ellos el esfuerzo, lo cual es raro cuando se tienen inspiración y verbo. En una palabra, sabe rimar, una de las cualidades de la nueva escuela. Sus *Margaritas* son un bello libro; pero no es negocio, y yo sólo puedo ocuparme de grandes empresas. Por conciencia no quiero quedarme con sus sonetos, me sería imposible echarlos adelante y no hay lo suficiente que ganar como para hacer los gastos de un éxito. Además, no seguirá con la poesía, su libro es una obra aislada. ¡Es usted joven, muchacho! Me trae la eterna recopilación de los primeros versos que a la salida del colegio hacen todos los hombres de letras, de los que se muestran en un principio partidarios entusiastas y de los que más adelante se burlan. Lousteau, su amigo, debe de tener un poema escondido en sus viejos calcetines. ¿No tienes un poema en el que has creído, Lousteau? —dijo Dauriat, dirigiendo a Étienne una mirada cortés de colega.

—Si no, ¿cómo podría escribir en prosa? —preguntó Lousteau.

—Pues bien, ya lo ve, nunca me ha hablado de ello; pero su amigo conoce la librería y los negocios —contestó Dauriat—. Para mí el problema —dijo halagando a Lucien— no es saber si es usted un gran poeta, usted tiene mucho, pero que mucho mérito; si comenzara con la librería, cometería el error de editarle. Pero, en un principio, hoy en día mis acreedores y mis banqueros comenzarían por cortarme los víveres; fue necesario que perdiera veinte mil francos el año pasado para que no quieran oír ni hablar de poesía, y son mis amos. Sin embargo, la cuestión no es ésa. Admito que usted es un gran poeta, ¿pero será fecundo? ¿Crearé regularmente nuevos volúmenes de sonetos? ¿Llegará a los diez volúmenes? ¿Será un negocio? Pues bien, no, usted será un delicioso prosista; tiene demasiado ingenio como para malgastarlo en estas cosas; puede ganar treinta mil francos al año en los periódicos y no los va a cambiar por los tres mil francos que le darán difícilmente sus hemistiquios, sus estrofas y otras nimiedades.

—No sé si sabe, Dauriat, que este caballero pertenece al periódico —dijo Lousteau.

—Sí —repuso Dauriat—, ya he leído su artículo, y en su interés, desde luego, no le acepto *Las Margaritas*. Sí, caballero, le daré más dinero por su invendible poesía.

—¿Y la gloria? —exclamó Lucien.

Dauriat y Lousteau se echaron a reír.

—¡Diantre! —dijo Lousteau—. ¡Éste aún se hace ilusiones!

—La gloria —le contestó Dauriat— son diez años de constancia y una alternativa de cien mil francos de pérdida o de ganancia para el librero. Si encuentra a algún loco que imprima sus poesías, de aquí a un año, me estimará al conocer el resultado de la operación.

—¿Tiene ahí el manuscrito? —preguntó Lucien, fríamente.

—Aquí está, amigo mío —repuso Dauriat, cuyos modales con Lucien habían mejorado notablemente.

Lucien cogió las hojas sin mirar el estado en que se encontraba la cuerda, hasta tal punto Dauriat tenía aspecto de haber leído *Las Margaritas*. Salió acompañado de Lousteau, sin parecer consternado o descontento. Dauriat acompañó a los dos amigos hasta la tienda, hablando de su periódico y del de Lousteau. Lucien jugaba negligentemente con el manuscrito de *Las Margaritas*.

—¿Crees que Dauriat ha leído o ha hecho leer tus sonetos? —le preguntó Étienne al oído.

—Sí —dijo Lucien.

—Mira el bramante.

Lucien se dio cuenta de que la tinta y la cuerda se encontraban en un estado de perfecta conjunción.

—¿Qué soneto le ha gustado más? —dijo Lucien al librero, palideciendo de cólera y rabia.

—Todos son encantadores, amigo mío —repuso Dauriat—; pero el de la «Margarita» es delicioso, termina con un pensamiento fino y muy delicado. Ahí es donde he adivinado el éxito que habrá de obtener su prosa. Con tal motivo, inmediatamente le he recomendado a Finot. Escribanos artículos, se los pagaremos muy bien. ¿Se da cuenta? Pensar en la gloria está muy bien, pero no olvide lo sólido y tome todo lo que se presente. Cuando sea rico, podrá hacer versos.

El poeta salió bruscamente a las Galerías para no estallar; estaba furioso.

—¡Bueno, muchacho! —dijo Lousteau, que le había seguido—. Conserva la calma, acepta los hombres como lo que son: un medio. ¿Quieres tomarte el desquite?

—A cualquier precio —repuso el poeta.

—Aquí tienes un ejemplar de la obra de Nathan que Dauriat acaba de darme, la segunda edición aparece mañana; relea esta obra y redacta un artículo que la eche por tierra. Félicien Vernou no puede tragar a Nathan, cuyo éxito perjudica, según cree, al futuro éxito de su obra. Una de las manías de estos espíritus mezquinos es imaginar que no hay sitio para dos éxitos bajo el sol. De esta manera hará que tu artículo aparezca en el gran diario en el que trabaja.

—Pero, ¿qué es lo que se puede decir contra ese libro? Es estupendo —dijo Lucien.

—¡Ah!, eso, amigo mío, es cosa tuya. Aprende el oficio —dijo riendo Lousteau—. El libro, aunque fuera una obra de arte, se ha de convertir, bajo tu pluma, en una estúpida tontería, en una obra peligrosa y malsana.

—Pero, ¿cómo?

—Cambiarás la belleza en defecto.

—Soy incapaz de semejante hazaña.

—Amigo mío, un periodista es un acróbata, te tienes que acostumbrar a los inconvenientes de tu estado. Mira, yo soy un buen muchacho, ésta es la manera de obrar ante semejante circunstancia. Atención, pequeño. Empezarás por encontrar a la obra una cierta belleza, y entonces puedes divertirte en escribir lo que sobre ella pienses. El público se dirá: «Este crítico no tiene envidia, por lo tanto ha de ser imparcial». A partir de entonces el público tendrá tu crítica por concienzuda. Tras de haberte granjeado la estima de tu lector, sentirás tener que criticar el sistema en el que semejantes libros van a hacer entrar a la literatura francesa. «Francia (dirás), ¿acaso no gobierna la inteligencia del mundo entero? Hasta hoy en día, siglo tras siglo, los escritores franceses mantenían a Europa en el camino del análisis, del examen filosófico, mediante el poder del estilo y por la forma original que daban a las ideas». Aquí, entonces, sitúas, para el burgués, un elogio de Voltaire, de Rousseau, de Diderot, de Montesquieu o de Buffon. Explicaras lo inexorable que es el lenguaje en

Francia, probarás que es un barniz extendido sobre el pensamiento. Intercalarás axiomas como: «Un gran escritor en Francia siempre es un gran hombre y el lenguaje le obliga a pensar siempre; no sucede lo mismo en los demás países», etc. Demostrarás tu proposición comparando a Rabener, un moralista alemán, con La Bruyère. Nada da más prestigio a un crítico que hablar de un autor extranjero desconocido. Kant es el pedestal de Cousin. Una vez en ese terreno, lanzas una frase que resuma y explique a los tontos el sistema de nuestros hombres de ingenio del siglo pasado, calificando su literatura de una literatura de ideas. Armado con esta frase, arrojas a la cabeza de los autores vivos todos los muertos ilustres. Explicas, entonces, que en nuestros días se está creando una nueva literatura en la que se abusa del diálogo (la más fácil de las formas literarias), y descripciones que evitan la civilización. Opondrás las novelas de Voltaire, de Diderot, de Sterne, de Lesage, tan sustanciales e incisivas, a la novela moderna en la que todo se reduce a imágenes y que Walter Scott ha dramatizado en demasía. En un género tan sólo hay sitio para el inventor. La novela a lo Walter Scott es un género y no un sistema, dirás. Fulminarás ese género funesto en el que se disuelven las ideas, en donde se pasan por rodillos, género accesible a todas las mentalidades, género en el que todo el mundo se puede convertir en autor de baratillo, género, en una palabra, que tú denominarás literatura de imágenes. Harás que esta argumentación caiga sobre Nathan, demostrando que no es más que un imitador y que sólo tiene la apariencia del talento. El gran estilo cerrado del siglo dieciocho falta en su libro, y probarás que en él el autor ha sustituido los acontecimientos por los sentimientos. ¡El movimiento es la vida, el cuadro no es la idea! Deja caer alguna de esas frases, el público las repite. A pesar del mérito de esta obra, a ti te parece fatal y peligrosa, abre las puertas del Templo de la Gloria a la masa, y harás que se percaten de que en lontananza avanza un ejército de autorcillos presurosos por imitar esta forma tan fácil. Aquí podrás dedicarte a ruidosas lamentaciones sobre la decadencia del gusto y dejarás deslizar un elogio para los señores Étienne, Jouy, Tissot, Gosse, Duval, Tay, Benjamín Constant, Aignan, Baour-Lormian, Villemain, los corifeos del partido liberal napoleónico, bajo cuya protección se encuentra situado el periódico de Vernou. Mostrarás esta gloriosa falange, resistiendo a la invasión de los románticos, manteniéndose a favor de la idea y del estilo contra la imagen y la habladuría, continuando la escuela volteriana y oponiéndose a la escuela inglesa y alemana, al igual que los diecisiete oradores de izquierdas combaten por la nación contra los ultras de derechas. Protegido por estos nombres reverenciados por la inmensa mayoría de los franceses, que siempre se encontrarán del lado de la oposición, de izquierdas, puedes aplastar a Nathan, cuya obra, aun encerrando bellezas superiores, otorga en Francia derecho de burguesía a una literatura sin ideas. A partir de ese punto ya no se trata de Nathan ni de su libro, ¿comprendes?, sino de la gloria de Francia. El deber de las plumas honradas y

valientes es oponerse vivamente a esas importaciones extranjeras. Ahí, halagas al suscriptor. Según tú, Francia es una avispada comadre, difícil de sorprender. Si el librero, por razones en las que no quieres entrometerte, ha falseado un éxito, el público verdadero pronto ha hecho justicia a los errores causados por los quinientos estúpidos que componen su vanguardia. Dirás que después de haber tenido la dicha de vender una edición de ese libro, el librero es extremadamente audaz al intentar una nueva, y lamentarás que un editor tan hábil conozca tan mal los instintos del país. He aquí tus masas. Espolvorea con ingenio estos razonamientos, súbeles con un chorrito de vinagre, y Dauriat queda frito en la sartén de los artículos. Pero no olvides terminar dando la impresión de lamentar en Nathan el error de un hombre al que, si se aparta de este camino, la literatura contemporánea deberá grandes obras.

Lucien quedó estupefacto al oír hablar a Lousteau: a las palabras del periodista le cayeron las escamas de los ojos, descubría verdades literarias que ni siquiera había sospechado.

—Pero lo que tú dices está lleno de verdad y de justicia —exclamó.

—¿Es que sin eso podrías combatir el libro de Nathan? —dijo Lousteau—. He aquí, mi querido amigo, una primera forma que se suele emplear para demoler una obra. Es el pico del crítico. Pero existen muchas otras fórmulas, ya se irá haciendo tu educación. Cuando te veas obligado a hablar de un hombre al que no aprecies, algunas veces los propietarios, los redactores en jefe de un periódico tienen la mano forzada y desplegarán las negociaciones de lo que llamamos un artículo de fondo. Se pone en cabeza el título del libro del que quieren que te ocupes; se comienza por consideraciones generales en las que se puede hablar de los griegos y de los romanos; luego, se dice al final: estas consideraciones nos llevan al libro del señor Fulano de Tal, que será objeto de un segundo artículo. Y el segundo artículo nunca aparece. De esta manera se ahoga el libro entre dos promesas. Aquí tú no haces un artículo contra Nathan, sino contra Dauriat; es preciso un buen golpe de pico. En una gran obra el pico no estropea nada, y en un mal libro entra hasta el corazón: en el primer lugar sólo hiere al librero y en el segundo hace un favor al público. Estas formas de crítica literaria se emplean igualmente para la crítica política.

La cruel lección de Étienne abría nuevos horizontes en la imaginación de Lucien.

—Vamos al periódico —dijo Lousteau—; allí encontraremos a nuestros amigos y nos pondremos de acuerdo para establecer una carga a fondo contra Nathan; eso les hará reír, ya lo verás.

Llegados a la calle Saint-Fiacre, subieron juntos a la buhardilla en la que se elaboraba el periódico, y Lucien quedó tan sorprendido como encantado al ver la especie de alegría con la que sus camaradas se pusieron de acuerdo para demoler el libro de Nathan. Hector Merlin tomó una cuartilla de papel y escribió estas líneas que iba a llevar a su periódico:

«Se anuncia una segunda edición del libro del señor Nathan. Pensábamos guardar silencio sobre esta obra, pero esta apariencia de éxito nos obliga a publicar un artículo, más que sobre la obra, sobre la tendencia de la joven literatura».

A la cabeza de las bromas para el número del día siguiente, Lousteau colocó esta frase:

«¿El librero Dauriat publica una segunda edición del libro del señor Nathan? No conoce, por tanto, el aforismo del Palacio de Justicia: *Non bis in idem!* ¡Honor al valor desgraciado!».

Las palabras de Étienne habían sido como una antorcha para Lucien, en quien el deseo de vengarse de Dauriat fue cuestión de conciencia y de inspiración. Tres días más tarde, durante los cuales no salió de su habitación en casa de Coralie, en donde trabajaba junto al fuego, servido por Bérénice y acariciado en los momentos de descanso por la atenta y silenciosa Coralie, Lucien pasó en limpio un artículo de unas tres columnas, en el que se había remontado a una sorprendente altura. Corrió al periódico; eran las nueve de la noche, encontró allí a los redactores y les leyó su trabajo. Fue escuchado gravemente. Félicien no dijo nada, tomó el original y se lanzó escaleras abajo.

Lucien preguntó:

—¿Qué le pasa?

—Se lleva tu artículo a la imprenta —dijo Héctor Merlin—; es una obra maestra en la que no hay ni una sola palabra que tachar, ni una sola línea que añadir.

—Sólo hay que mostrarte el camino —dijo Lousteau.

—Quisiera ver la cara que pondrá mañana Nathan al leer esto —dijo otro redactor, en cuyo rostro se podía leer una dulce satisfacción.

—Es preciso ser amigo de usted —dijo Héctor Merlin.

—¿Está bien, pues? —preguntó vivamente Lucien.

—Blondet y Vignon van a encontrarse mal —dijo Lousteau.

—He aquí —continuó Lucien— un artículo que he redactado para ustedes y que en caso de éxito puede suministrar una serie de composiciones semejantes.

—Léanos eso —dijo Lousteau.

Lucien les leyó entonces uno de esos deliciosos artículos que hicieron la fortuna de aquel pequeño periódico, y en el que en dos columnas describía uno de los pequeños detalles de la vida parisiense, una figura, un tipo, un acontecimiento prosaico o algunas singularidades. Esta muestra, titulada Los viandantes de París, estaba escrita en aquella forma nueva y original en la que el pensamiento era el

resultado del choque de las palabras y en la que el crujido de los adverbios y de los adjetivos despertaba la atención. Este artículo era tan diferente del artículo serio y profundo sobre Nathan, como las Cartas Persas difieren de El Espíritu de las Leyes.

—Has nacido periodista —le dijo Lousteau—; esto saldrá mañana, haz tantos como quieras.

—¡Ah, vaya! —dijo Merlin—. Dauriat está furioso por los dos obuses que hemos lanzado contra su tienda. Vengo de su casa; lanzaba imprecaciones, echaba las culpas a Finot, quien le decía que te había vendido su periódico. Yo lo he llevado aparte y le he deslizado al oído estas palabras: «¡*Las Margaritas* van a costarle caras! Se le presenta un hombre de talento y usted le envía a paseo cuando nosotros lo recibimos con los brazos abiertos».

—Dauriat caerá fulminado por el artículo que acabamos de oír —dijo Lousteau a Lucien—. Ya ves, muchacho, lo que es un periódico. ¡Pero tu venganza sigue adelante! El barón Châtelet ha venido a pedir esta mañana tus señas, pues esta mañana se ha publicado un artículo sangriento contra él; el ex guapo tiene una cabeza poco sólida y está al borde de la desesperación. ¿No has leído el periódico? El artículo tiene mucha gracia. ¿Ves? *Entierro de la garza llorado por la jibia*. La señora de Bargeton recibe ya de forma definitiva el apodo de *hueso de jibia* en la alta sociedad, y a Châtelet sólo se le conoce bajo la denominación del *barón Garza*.

Lucien tomó el periódico y no pudo contener la risa al leer aquella pequeña obra maestra de la broma, debida a la pluma de Vernou.

—Van a capitular —dijo Héctor Merlin.

Lucien participó alegremente en algunas de las frases ingeniosas con las que terminaba el periódico, hablando y fumando, contando las aventuras del día, las ridiculeces de los compañeros o algunos nuevos detalles sobre su carácter. Esta conversación, eminentemente burlona, ingeniosa y sarcástica, puso a Lucien al corriente de las costumbres y del personal de la literatura.

—Mientras se compone el periódico —dijo Lousteau— me voy a dar una vuelta contigo, para presentarte a todos los porteros y en todos los camerinos de los teatros para los que tienes entradas; luego nos iremos a buscar a Florine y a Coralie al Panorama Dramático, en donde pasaremos un rato con ellas en sus camerinos.

Así pues, del braceté, ambos se fueron de teatro en teatro, en donde Lucien fue entronizado como redactor, cumplimentado por los directores y observado insistentemente por las actrices, todas las cuales sabían la importancia que uno sólo de sus artículos había dado a Coralie y a Florine, contratadas, la una en el Gimnasio por doce mil francos al año, y la otra en el Panorama Dramático por ocho mil. Fueron otras tantas pequeñas ovaciones que engrandecieron a Lucien a su propio ojo y le dieron la medida de su poder. A las once, ambos amigos llegaron al Panorama Dramático, en donde Lucien adoptó un aire desenvuelto que causó sensación. Nathan

se encontraba allí y alargó la mano a Lucien, quien la tomó y se la estrechó.

—Vaya, mis queridos dueños —dijo, mirando a Lucien y a Lousteau—, ¿queréis hundirme?

—Espera pues a mañana, querido; y verás cómo te acogota Lucien. ¡Palabra de honor que vas a estar contento! Cuando la crítica es tan seria, un libro sólo sale ganando con ella.

Lucien estaba colorado de vergüenza.

—¿Es duro? —preguntó Nathan.

—Es grave —repuso Lousteau.

—¿No habrá pues perjuicio? —continuó Nathan—. Héctor Merlin decía en el salón del Variedades que esto acababa conmigo.

—Déjele hablar y espere —exclamó Lucien, deslizándose en el camerino de Coralie, siguiendo a la actriz en el momento en que abandonaba la escena con su atractivo vestido.

Al día siguiente, en el momento en que Lucien desayunaba en compañía de Coralie, oyó el ruido de un cabriolé, cuyo rumor, llegado con nitidez de la calle solitaria, anunciaba un elegante carruaje y cuyo caballo tenía la estampa peculiar y la forma de parar que denotaba la pura raza. Desde la ventana, Lucien vio, efectivamente, el caballo inglés de Dauriat, y a Dauriat que entregaba las riendas a su cochero antes de apearse.

—Es el librero —gritó Lucien a su amante.

—Hágalo esperar —dijo inmediatamente Coralie a Bérénice.

Lucien sonrió ante el aplomo de esta muchacha, que tan bien se identificaba con sus intereses, y la abrazó con verdadera efusión: había tenido ingenio.

La prontitud del impertinente librero, aquel súbito rebajarse del príncipe de los charlatanes, se debía a circunstancias casi enteramente olvidadas, hasta tal punto el comercio de la librería ha variado de forma tan violenta en los últimos quince años. De 1816 a 1827, época en que los gabinetes literarios, establecidos en un principio para la lectura de los periódicos, se decidieron a facilitar los libros recién aparecidos mediante una cuota, y cuando la agravación de las leyes fiscales sobre la prensa diaria hicieron nacer el anuncio, la librería no tenía otros medios de publicación que los anuncios insertados en los folletines o en el cuerpo de los periódicos. Hasta 1822, los periódicos franceses aparecían en hojas de tamaño tan reducido, que apenas si los grandes diarios superaban las dimensiones de los pequeños periódicos de hoy en día.

Para resistir a la tiranía de los periodistas, Dauriat y Ladvocat fueron los primeros en inventar los carteles, mediante los que captaron la atención de París, desplegando en ellos caracteres de fantasía, sorprendentes coloridos, viñetas y más tarde hasta litografías que hicieron del cartel un poema para los ojos y muy a menudo una decepción para la bolsa del aficionado. Los carteles llegaron a ser tan originales, que

uno de esos maniáticos llamados coleccionistas posee una colección completa de los carteles parisienses. Este medio de anuncio, limitado en un principio a las vitrinas de las tiendas y a los escaparates de los bulevares, pero más tarde extendido por toda Francia, fue abandonado por el anuncio. Sin embargo, el cartel, que aún llama la atención cuando ya el anuncio y a veces la obra han sido olvidados, subsistirá siempre, sobre todo después de haber encontrado el medio de fijarlo en las paredes. El anuncio, accesible a todos mediante la finanza y que ha convertido la cuarta página de los periódicos en un campo tan fértil para el fisco como para los especuladores, nació bajo los rigores del timbre, del correo y de las garantías. Estas restricciones, inventadas en tiempos del señor de Villèle, que entonces hubiese podido matar a todos los periódicos, vulgarizándolos, crearon por el contrario cierta especie de privilegio haciendo la fundación de un periódico casi imposible.

Por tanto, en 1821 los periódicos tenían derecho de vida o muerte sobre los conceptos del pensamiento y sobre las empresas libreras. Un anuncio de pocas líneas insertado en los *sucesos de París* se pagaba horriblemente caro. Las intrigas se multiplicaban de tal forma en el seno de las oficinas de redacción, y a la noche en el campo de batalla de las imprentas, a la hora en que la compaginación decidía la admisión o el rechazo de uno u otro artículo, que las casas fuertes de librerías tenían a sueldo un literato para redactar estos artículos en los que era preciso incluir muchas ideas en pocas palabras. Estos periodistas oscuros, pagados únicamente después de la inserción, se quedaban muy a menudo en las imprentas durante la noche para ver incluir en las prensas los grandes artículos obtenidos Dios sabe cómo, o esas escasas líneas que más adelante recibieron el nombre de reclamos.

Hoy en día, las costumbres de la literatura y de la librería han cambiado de forma tan radical, que muchas gentes tratarían de fábulas los inmensos esfuerzos, las seducciones, las bajezas, las intrigas que la necesidad de obtener esos reclamos inspiraban a los librereros, a los autores, a los mártires de la gloria, a todos los forzados condenados al éxito a perpetuidad. Cenas, sobornos, regalos, todo se estilaba ante los periodistas. La anécdota que ahora vamos a narrar explicará mejor que todas las aseveraciones la estrecha alianza de la crítica con la librería.

Un hombre de alto rango y que ambicionaba llegar a estadista, joven en aquella época, galante y redactor de un gran periódico, se convirtió en el bien amado de una famosa casa de librería. Cierta domingo, en el campo, donde el opulento librero festejaba a los principales redactores de los periódicos, la señora de la casa, joven y guapa por aquel entonces, condujo al parque a su ilustre escritor. El primer dependiente, un alemán frío, grave y metódico, pensando únicamente en los negocios, se paseaba dando el brazo a un folletinista, hablando de un asunto sobre el que le consultaba, la charla les llevó fuera del parque y llegaron al bosque. Al fondo de la espesura el alemán ve algo que se parece a su patrona; toma sus impertinentes, hace

señas al joven redactor de que se calle, de que se vaya, y él mismo vuelve cautelosamente sobre sus pasos.

—¿Qué es lo que ha visto? —le preguntó el escritor.

—Casi nada —responde—. Nuestro gran artículo va a salir. Mañana tendremos al menos tres columnas en los *Débats*.

Otro hecho explicará este poder de los artículos.

Un libro del señor de Chateaubriand sobre el último de los Estuardos se encontraba en un almacén en estado ya de maula. Un solo artículo escrito por un joven en el *Journal des Débats* hizo que el libro se vendiera en una semana. En un tiempo en el que para leer un libro era preciso comprarlo y no alquilarlo, se vendían diez mil ejemplares de ciertas obras liberales ensalzadas por todos los diarios de la oposición; pero, de igual modo, la piratería belga no existía aún. Los ataques preparatorios de los amigos de Lucien y su artículo tenían la virtud de detener la venta del libro de Nathan. Nathan sólo sufría en su amor propio, nada tenía que perder, pues estaba pagado por Dauriat; pero éste podía perder treinta mil francos. Efectivamente, el comercio de la librería, llamado de novedades, se resume en este teorema comercial: una resma de papel vale quince francos; impresa vale, según el éxito, o cien sueldos o cien escudos. Un artículo a favor o en contra, en aquellos tiempos decidía a menudo esta cuestión financiera. Dauriat, que tenía quinientas resmas que vender, corría pues para capitular ante Lucien. De sultán, el librero pasaba a ser esclavo. Después de haber esperado algún tiempo rezongando, haciendo el mayor ruido posible y parlamentando con Bérénice, logró hablar con Lucien. El orgulloso librero adoptó el aire sonriente de los cortesanos cuando entran a la corte, pero mezclado con suficiencia y campechanía.

—¡No se molesten, mis queridos amigos! ¡Qué amables son estos dos tórtolos, me dan la impresión de ser dos palomitas! Quién diría, señorita, que este joven, que casi parece una muchacha, es un tigre de garras de acero que os destroza una reputación como debe destrozar las batas de usted cuando tarda en quitárselas. —Y se echó a reír sin acabar la broma—. Amigo mío... —continuó, sentándose junto a Lucien—; señorita, soy Dauriat —dijo interrumpiéndose.

El librero juzgó necesario dejar caer el pistoletazo de su nombre, al no verse bien recibido por Coralie.

—Caballero, ¿ha desayunado ya? ¿Quiere acompañarnos? —preguntó la actriz.

—Pues sí, hablaremos mejor sentados a la mesa —contestó Dauriat—. Además, aceptando su desayuno tendré el derecho de invitarla a cenar con mi amigo Lucien, ya que ahora hemos de ser amigos como el guante y la mano.

—¡Bérénice! Ostras, limones, mantequilla fresca y champán —dijo Coralie.

—Es usted un hombre demasiado inteligente como para ignorar lo que me trae aquí —dijo Dauriat, mirando a Lucien.

—¿Viene a comprar mi libro de sonetos?

—Precisamente —contestó Dauriat—; pero, antes de todo, bajemos las armas por un lado y por otro.

Sacó de su bolsillo una elegante cartera, extrajo tres billetes de mil francos, los puso sobre un plato y se los ofreció a Lucien con aire cortesano, diciendo:

—¿El señor está contento?

—Sí —dijo el poeta, quien se sintió inundado por una felicidad desconocida al ver aquella suma inesperada.

Lucien se contuvo, pero tenía ganas de cantar, de saltar, creía en la lámpara maravillosa y en los encantadores; creía por fin en su ingenio.

—Así pues, *Las Margaritas* son mías —dijo el librero—, pero nunca atacará ninguna de mis publicaciones.

—*Las Margaritas* son tuyas, pero no puedo comprometer mi pluma, es de mis amigos, como la tuya es mía.

—Pero, en fin, se convierte en uno de mis autores. Todos mis autores son mis amigos, De ese modo no me perjudicará en mis negocios, sin advertir antes de los ataques a fin de que los pueda prevenir.

—De acuerdo.

—Brindo por su gloria —dijo Dauriat, alzando su copa.

—Ahora sí que veo que ha leído *Las Margaritas* —dijo Lucien.

Dauriat no se inmutó.

—Mi querido amigo, comprar *Las Margaritas* sin conocerlas es la más bella lisonja que un librero pueda permitirse. Dentro de seis meses será usted un gran poeta, escribirá artículos, se le teme, no haré nada por vender su libro. Hoy soy el mismo negociante de hace cuatro días. No soy yo quien ha cambiado, sino usted: la semana pasada sus sonetos eran para mí como hojas de berza, hoy por hoy su posición las ha convertido en Mesenianas.

—Pues bien —dijo Lucien, a quien el placer sultanesco de tener una bella amante y la certeza de su éxito le hacía travieso y adorablemente impertinente—, si no ha leído mis sonetos, ha leído mi artículo.

—Sí, amigo mío. De no haber sido así, ¿hubiese venido tan rápidamente? Desgraciadamente es muy bello ese terrible artículo. ¡Ah!, usted tiene un inmenso talento, mi querido amigo. Créame, aprovechése del momento —dijo con una llaneza que ocultaba la profunda impertinencia de la frase—. Pero ¿ha recibido el periódico? ¿Lo ha leído?

—Todavía no —dijo Lucien—; y sin embargo, ésta es la primera vez que publico una prosa tan extensa; pero Hector me lo habrá mandado a mi casa de la calle Charlot.

—Tome, lea —dijo Dauriat, imitando a Talma en *Manlio*.

Lucien tomó el diario, que Coralie le arrancó.

—Para mí las primicias de tu pluma —dijo ella riendo—, ya lo sabes.

Dauriat estuvo sorprendentemente halagador y cortesano; temía a Lucien, y por tanto lo invitó junto con Coralie a una gran cena que daba a los periodistas a fines de semana. Se llevó el manuscrito de *Las Margaritas*, diciendo a su poeta que se pasara cuando mejor le viniera por las Galerías de Madera para firmar el contrato, que ya tendría preparado. Siempre fiel a las maneras reales por las que intentaba imponerse a las personas superficiales y hacerse pasar más por un Mecenaz que por un librero, dejó los tres mil francos sin exigir un recibo y rechazando con un gesto dádivoso el que le ofrecía Lucien, y se marchó tras de besar la mano de Coralie.

—¡Vaya, amor mío! ¿Habrías visto muchos billetes como éstos si te hubieses quedado en tu agujero de la calle de Cluny, hojeando tus libros en la biblioteca de Santa Genoveva? —dijo Coralie a Lucien, quien le había contado toda su existencia—. Vaya, tus amiguitos de la calle de Quatre-Vents me hacen el efecto de ser unos grandes papanatas.

¡Sus hermanos del cenáculo unos papanatas! Y Lucien oyó esta frase mientras reía. Acababa de leer su artículo impreso, acababa de saborear esta inefable alegría de los autores, este primer placer del amor propio que acaricia el espíritu una sola vez. Leyendo y releendo su artículo se daba mayor cuenta de su alcance e importancia. La impresión es a los manuscritos lo que el teatro a las mujeres, pone de relieve las bellezas y los defectos; mata con igual facilidad que hace vivir; una falta salta así a la vista, tan vivamente como los bellos pensamientos.

Lucien, ebrio, no pensó más en Nathan, Nathan era su estribo, nadaba en la alegría, se veía rico. Para un muchacho que no hace mucho descendía modestamente las rampas de Beaulieu a Angulema, volvía al Houmeau, al granero de Postel, en el que toda la familia vivía con mil doscientos francos al año, la suma traída por Dauriat era un Potosí. Un recuerdo aún vivo, pero que los continuos placeres de la vida parisiense deberían apagar, le llevó a la plaza du Murier. Se acordó de su bella y noble hermana Ève, de su David y de su pobre madre; inmediatamente envió a Bérénice que cambiara un billete, y durante ese tiempo escribió una breve carta a su familia; más tarde, envió a Bérénice a la diligencia, temiendo, si lo aplazaba no poder entregar los quinientos francos que enviaba a su madre. Para él, para Coralie, esta restitución parecía ser una buena acción. La actriz besó a Lucien, lo encontró el modelo de los hijos y hermanos, le colmó de caricias, ya que esa clase de rasgos encantan a esas buenas muchachas que tienen sin excepción el corazón en la mano.

—Ahora daremos —le dijo ella— una cena cada día durante una semana; vamos a organizar un pequeño carnaval, ya has trabajado bastante.

Coralie, como mujer que quería disfrutar de la belleza de un hombre que todas las mujeres le iban a envidiar, lo llevó a Staub, pues no encontraba a Lucien lo

suficientemente bien vestido. Desde allí los dos amantes se fueron al Bosque de Bolonia y luego a cenar a casa de la señora de Val-Noble, en donde Lucien encontró a Rastignac, Bixiou, Des Lupeaulx, Finot, Blondet, Vignon, el barón de Nucingen, Beaudenord, Philippe Bridau, Conti, el gran músico, y a todo el mundo del arte y de los espectáculos, a especuladores, personas que quieren oponer grandes emociones a grandes trabajos y que acogieron todos a Lucien a las mil maravillas. Lucien, seguro de sí mismo, desplegó su ingenio como si no comerciara con él y fue proclamado hombre fuerte, elogio de moda por aquel entonces entre sus medio-camaradas.

—¡Oh!, sería preciso ver qué es lo que tiene en el vientre —dijo Théodore Gaillard a uno de los poetas protegidos por la corte y que soñaba con fundar un pequeño periódico realista llamado más tarde *El Despertar*.

Tras la cena, los dos periodistas acompañaron a sus amantes a la Ópera, en la que Merlin tenía un palco y adonde se dirigió toda la concurrencia. De esta forma, Lucien apareció triunfante allí en donde unos meses antes había caído tan disparatadamente. Se presentó en el salón dando el brazo a Merlin y a Blondet y mirando de frente a los elegantes que no hacía mucho se habían burlado de él. ¡Tenía a Châtelet a sus pies! De Marsay, Vandenesse, Manerville, los *lions* de esta época, cambiaron algunas miradas insolentes con él. Ciertamente, se habló del bello, del elegante Lucien en el palco de la señora de Espard, adonde Rastignac hizo una larga visita, ya que la marquesa y la señora de Bargeton dirigieron sus gemelos hacia Coralie. ¿Acaso Lucien despertaba un sentimiento en el corazón de la señora de Bargeton? Este pensamiento preocupó al poeta: viendo a la Coralie, de Angulema, un deseo de venganza agitaba su corazón como el día en que había tenido que encajar el desprecio de esta mujer y de su prima en los Campos Elíseos.

—¿Es que vino de su provincia con un amuleto? —preguntó Blondet a Lucien, entrando unos días más tarde en casa de Lucien, quien a las once de la mañana no se había levantado todavía—. Su belleza —dijo a Coralie, señalando a Lucien, besando a la actriz en la frente— causa estragos desde la bodega hasta el granero, de arriba abajo. Vengo a comprometer su tiempo, querido —añadió, estrechando la mano del poeta—. Ayer, en los Italianos, la señora condesa de Montcornet me pidió que le presentara. Espero que no rechazará a una mujer encantadora, joven, y en cuya casa encontrará a lo más selecto del gran mundo...

—Si Lucien es gentil, no irá a casa de su condesa —dijo Coralie—. ¿Qué necesidad tiene de arrastrarse por la alta sociedad? Se aburriría.

—¿Quiere tenerle en exclusiva? —dijo Blondet—. ¿Está celosa de las mujeres virtuosas?

—Sí —exclamó Coralie—, son peores que nosotras.

—¿Cómo lo sabes tú, gatita mía? —preguntó Blondet.

—Por sus maridos —repuso ella—. Olvida que De Marsay fue mío durante seis

meses.

—¿Cree, amiga mía —dijo Blondet—, que tengo un gran empeño en presentar en casa de la señora de Montcornet a un hombre tan guapo? Si se opone, digamos que no he dicho nada. Pero, según creo, no se trata de mujeres, sino de obtener paz y misericordia de Lucien para un pobre diablo, que es el blanco de su diario. El barón du Châtelet comete la tontería de tomarse en serio los artículos. La marquesa de Espard, la señora de Bargeton y el salón de la condesa de Montcornet se interesan por la garza y he prometido reconciliar a Laura y a Petrarca, a la señora de Bargeton y a Lucien.

—¡Ah! —exclamó Lucien, cuyas venas sintieron el impulso de una sangre más fresca y una embriagadora sensación de gozo se apoderó de todo su ser ante la venganza satisfecha—. O sea que la tengo a mis pies. Me hace adorar mi pluma, adorar a mis amigos y adorar el fatal poderío de la prensa. Aún no he hecho ningún artículo sobre la jibia y la garza. Iré, amigo mío —dijo, cogiendo a Blondet por la cintura—, ¡pero cuando esa pareja haya experimentado el peso de una cosa tan ligera! —Tomó la pluma con la que había escrito el artículo sobre Nathan, y la blandió—. Mañana les lanzo dos pequeñas columnas a la cabeza. Después ya veremos. No te preocupes por nada, Coralie: no se trata de amor, sino de venganza, la quiero completa.

—¡He aquí un verdadero hombre! —dijo Blondet—. Si supieras, Lucien, lo difícil que es encontrar una explosión semejante en el mundo cansado de París, podrías apreciarte. Serás un orgulloso gracioso —añadió, sirviéndose de una expresión un poco más enérgica—, estás en el camino que conduce al poder.

—Ya llegará —dijo Coralie.

—Pero ya ha hecho bastante camino en seis semanas.

—Y cuando no esté separado del cetro más que por el espesor de un cadáver, podrá hacerse un peldaño con el cuerpo de Coralie.

—Os amáis como en los tiempos de la Edad Media —dijo Blondet—. Te felicito por tu gran artículo —continuó, mirando a Lucien— ¡está lleno de cosas nuevas! Ya eres un maestro.

Lousteau vino con Hector Merlin y Vernou a ver a Lucien, quien se sintió profundamente halagado al ser objeto de sus atenciones. Félicien traía cien francos a Lucien como pago de su artículo. El periódico había sentido la necesidad de retribuir un artículo tan bien hecho a fin de atraerse al autor. Coralie, al ver aquel capítulo de periodista, envió a encargarse una comida en el Cadran-Bleu, el restaurante más cercano, y cuando Bérénice le dijo que todo estaba ya dispuesto, les invitó a pasar a su bonito comedor. En medio de la comida, y cuando el champán hubo subido a todas las cabezas, se descubrió el verdadero motivo de la visita que hacían sus amigos a Lucien.

—No querrás —le dijo Lousteau— hacerte un enemigo de Nathan. Nathan es periodista, tiene amigos y su primera publicación te jugará una mala pasada, ¿No tienes *El arquero de Carlos IX* para vender? Hemos visto a Nathan esta mañana y está desesperado, pero le vas a hacer un artículo en el que le verterás elogios por la cabeza.

—¡Cómo! Después de mi artículo contra su libro, queréis... —dijo Lucien.

Émile Blondet, Hector Merlin, Étienne Lousteau, Félicien Vernou, todos interrumpieron a Lucien con una carcajada.

—¿Le has invitado a cenar aquí pasado mañana? —le preguntó Blondet.

—Tu artículo —le dijo Lousteau— no está firmado. Félicien, que no es tan novato como tú, no ha vacilado en poner al pie una «C», con la que desde ahora en adelante podrás firmar tus artículos en su periódico, que es de izquierdas puras. Todos nosotros somos de la oposición. Félicien ha tenido la delicadeza de no comprometer tus futuras opiniones. En la tienda de Hector, cuyo periódico es del centro, podrás firmar con una «L». Se es anónimo para el ataque, pero no se duda en firmar para hacer un elogio.

—Las firmas no me inquietan —dijo Lucien—, pero es que no veo nada que decir en favor del libro.

—¿Pensabas entonces lo que has escrito? —preguntó Hector a Lucien.

—Sí.

—¡Ah, pequeño mío —dijo Blondet—, te creía más fuerte! No, palabra de honor, al observar tu frente te creía dotado de una omnipotencia semejante a la de los grandes genios, todo lo bastante poderosamente bien constituidos para poder considerar cualquier cosa bajo su doble aspecto. Amigo mío, en literatura cada idea tiene su derecho y su revés; nadie puede afirmar cuál es el revés. En el campo del pensamiento todo es bilateral. Las ideas son binarias. Jano es el mito de la crítica y el símbolo del ingenio. Sólo Dios es triangular. Lo que hace sobrevivir a Molière y a Corneille es, ni más ni menos, el tener la facultad de poder hacer decir sí a Alceste y no a Fíntes, a Octavio y a Cinna. Rousseau en la *Nueva Eloísa* escribió una carta a favor y otra en contra del duelo. ¿Serías capaz de tomar la responsabilidad de determinar su verdadera opinión? ¿Quién de nosotros podría pronunciarse entre Clarisse y Lovelace, entre Héctor y Aquiles? ¿Quién es el héroe de Homero? ¿Cuál fue la intención de Richardson? La crítica debe contemplar las obras bajo todos los aspectos. En una palabra, nosotros somos unos grandes relatores.

—¿Entonces, siente verdaderamente lo que escribe? —le preguntó Vernou con aire zumbón—. En realidad somos mercaderes de frases y vivimos de nuestro comercio. Cuando desee escribir una gran obra, un libro, puede plasmar en él sus pensamientos, su alma, dedicarse a él y defenderlo; pero los artículos, que hoy se escriben y mañana se olvidan, a mi juicio no valen más que el dinero que por ellos se

paga. Si da importancia a semejantes estupideces, hará el signo de la cruz e invocará al Espíritu Santo para escribir un prospecto.

Todos parecieron asombrados de encontrar escrúpulos en Lucien y acabaron por hacer jirones su toga pretexta y endosarle la toga viril de los periodistas.

—¿Sabes con qué frase se ha consolado Nathan después de haber leído tu artículo? —le dijo Lousteau.

—¿Cómo lo voy a saber?

—Nathan exclamó: «Los pequeños artículos pasan, las grandes obras permanecen». Este nombre vendrá a cenar aquí antes de un par de días, este hombre se ha de prosternar a tus pies, besar la orla de tu vestido y asegurarte que eres un gran hombre.

—Eso sería gracioso —dijo Lucien.

—¡Gracioso! —repitió Lousteau—. Es necesario.

—Amigos míos, no tengo inconveniente en hacerlo —dijo Lucien, algo bebido—. Pero ¿cómo?

—Pues bien —continuó Lousteau—, escribe para el periódico de Merlin tres bonitas columnas en donde te refutarás a ti mismo. Después de haber gozado del furor de Nathan, acabamos de decirle que pronto tendría que agradecernos la reñida polémica con la que vamos a levantar su libro en ocho días. En estos momentos eres a sus ojos un espía, un canalla, un monigote; pasado mañana serás un gran hombre, una mente privilegiada, un héroe de Plutarco. Nathan te abrazará como a su mejor amigo. Dauriat ha venido, tienes tres billetes de mil francos, el ciclo se ha completado. Ahora lo que necesitas es la estima y la amistad de Nathan. El único que tiene que salir atrapado es el librero. Sólo tenemos que perseguir e inmolar a nuestros enemigos. Si se tratara de un hombre que hubiese conquistado un renombre sin nosotros, de un talento incómodo y que fuese preciso anular, no haríamos una réplica semejante; pero Nathan es uno de nuestros amigos, Blondet le había hecho atacar en el *Mercur* para permitirse el placer de defenderlo en los *Débats*. Con tal motivo, la primera edición de su libro se agotó.

—Amigos míos, palabra de hombre honrado, me siento incapaz de escribir ni dos palabras en favor de ese libro...

—Tendrás cien francos más —dijo Merlin—. Nathan te habrá proporcionado ya diez lises, sin contar un artículo que puedes hacer en la revista de Finot y por el que Dauriat te pagará cien francos, además de los cien francos de la revista: ¡veinte lises en total!

—Pero, ¿qué voy a decir? —preguntó Lucien.

—Ahora verás cómo puedes salir adelante, hijo mío —le replicó Blondet, concentrándose—. La envidia, que penetra en todas las buenas obras como el gusano en las mejores frutas, ha tratado de morder este libro, dirás tú. Para poder encontrar

defectos en él, la crítica se ha visto obligada a inventar teorías a propósito de este libro, a distinguir dos literaturas: la que se abandona a las ideas y la que es partidaria de las imágenes. Entonces dirás que el último grado del arte literario es situar la idea en la imagen. Tratando de probar que la imagen es toda la poesía, te lamentarás de la poca poesía que se encuentra en nuestro idioma, hablarás de los reproches que los extranjeros nos hacen acerca del positivismo de nuestro estilo y alabarás al señor de Canalis y a Nathan por los servicios que prestan a Francia preservando su lenguaje de la prosa. Refuerza tu precedente argumentación haciendo ver que hemos progresado con respecto al siglo dieciocho. Inventa el Progreso (una adorable mixtificación que atañe a los burgueses). Nuestra joven literatura procede por medio de cuadros en donde se concentran todos los géneros, la comedia y el drama, las descripciones, los caracteres, el diálogo, preparado por los nudos brillantes de una intriga interesante. La novela, que exige el estilo, la imagen, es la más inmensa creación moderna. Sucede a la comedia, que en las costumbres modernas ya no es posible con sus viejas leyes. Abraza el hecho y la idea con sus invenciones, que exigen el ingenio de La Bruyère y su incisiva moral, los caracteres tratados como lo exigía Molière, las grandes máquinas de Shakspeare y la pintura de los matices más delicados de la pasión, único tesoro que nos han dejado nuestros predecesores. De este modo la novela es superior con mucho a la discusión fría y matemática, al seco análisis del siglo dieciocho. La novela, les dirás sentenciosamente, es una epopeya divertida. Cita a Corinne, apóyate en la señora de Staël. El siglo dieciocho lo (ha investigado todo, el diecinueve está encargado de concluir; por lo tanto, concluye con realidades, pero con realidades que viven y que avanzan; en una palabra, pon en juego la pasión, elemento desconocido para Voltaire. Tirada contra Voltaire. En cuanto a Rousseau, no ha hecho sino vestir razonamientos y sistemas. Julie y Claire son entelequias que carecen de carne y hueso. Puedes bordar este tema y decir que debemos a la paz, a los Borbones, una literatura joven y original, ya que escribes en un periódico de centro derecha, Búrlate de los hacedores de sistemas. Finalmente puedes terminar con una bella frase: ¡He aquí muchos errores y muchas mentiras en nuestro colega! Y ¿por qué? Por despreciar una bella obra, para engañar al público y llegar a la siguiente conclusión: Un libro que se vende, no se vende. «*Proh pudor*»; deja caer «*proh pudor*», ese juramento honrado anima al lector. Luego, ¡anuncia la decadencia de la crítica! Conclusión: Sólo existe una literatura, la de los libros divertidos. Nathan ha penetrado en un nuevo camino, ha comprendido a su época y se ha dado cuenta de sus necesidades. La necesidad de la época es el drama. El drama es el deseo del siglo en el que la política es el perpetuo mimodrama. ¿Acaso no hemos visto en veinte años, dirás tú, los cuatro dramas de la Revolución, del Directorio, del imperio y de la Restauración? De ahí pasas al ditirambo del elogio, y la segunda edición se vende. Mira cómo: el próximo sábado escribes un suelto en nuestra revista y lo firmas *De*

Rubempré, con todas las letras. En este último artículo dirás: Lo bonito de las buenas obras es levantar amplias discusiones. Esta semana tal periódico ha dicho tal cosa del libro de Nathan, tal otro le ha respondido con vigor. Entonces tú criticas a los dos críticos C. y L., de paso dejas caer un elogio para el primer artículo que he hecho en los *Débats*, y terminas por afirmar que la obra de Nathan es el libro mejor y más agradable de nuestro tiempo. Es como si no dijeras nada, porque eso se dice de todos los libros. Habrás ganado cuatrocientos francos en una semana, además del placer que se experimenta al publicar la verdad en alguna parte. Las personas sensatas darán la razón a C. o a L., o a Rubempré, o tal vez a los tres. La mitología, que por cierto es una de las mayores invenciones humanas, ha colocado a la Verdad en el fondo de un pozo, y entonces, ¿no se hacen necesarias unos baldes para sacarla de allí? ¿No habrás dado entonces tres por el precio de uno a tu público? Ahí tienes, hijo mío. Adelante.

Lucien se quedó boquiabierto; Blondet le besó en las dos mejillas, diciéndole:

—Me voy a mi tienda.

Todos se fueron a sus respectivas tiendas. Para estos hombres fuertes el periódico no era más que una tienda. Todos debían verse de nuevo aquella noche en las Galerías de Madera, adonde Lucien iría a firmar su acuerdo con Dauriat. Florine y Lousteau, Lucien y Coralie, Blondet y Finot cenaban en el Palacio Real, en donde Du Bruel trataba con el director del Panorama Dramático.

—¡Tienen razón! —exclamó Lucien, cuando se encontró a solas con Coralie—. Los hombres deben ser medios en las manos de las personas fuertes. ¡Cuatrocientos francos por tres artículos! Apenas si me los daba Doguereau por un libro que me ha costado casi dos años de trabajo.

—¡Especialízate en la crítica —le dijo Coralie—, diviértete! ¿Acaso no me visto hoy de andaluza, mañana tal vez de zíngara y cualquier otro día de hombre? Haz como yo, dales muecas a cambio de su dinero y vivamos felices.

Lucien, convencido por la paradoja, hizo que su imaginación se subiera a ese mulo caprichoso hijo de Pegaso y de la burra de Balaam. Se puso a galopar por los campos del pensamiento durante su paseo por el Bosque y descubrió bellezas originales en la tesis de Blondet. Cenó como cenar las personas felices y firmó en casa de Dauriat, con lo que cedía la propiedad exclusiva del manuscrito de *Las Margaritas* sin ver en ello ningún inconveniente; luego se fue a dar una vuelta por el periódico, en donde pergeñó dos columnas, y volvió a la calle Vendôme. A la mañana siguiente se encontró con que las ideas de la víspera habían germinado en su mente, al igual que sucede en todas las inteligencias llenas de savia y cuyas facultades se han utilizado aún muy poco. Lucien experimentó un cierto placer en meditar este nuevo artículo y puso manos a la obra con ardor. Bajo su pluma se encontraron las bellezas que la contradicción hace nacer. Fue ingenioso y burlón, se remontó hasta

consideraciones nuevas sobre el sentimiento, la idea y la imagen en literatura. Fino e ingenioso, encontró, para alabar a Nathan, sus primeras impresiones en la lectura del libro en el gabinete de lectura del patio de Comercio. De sangriento y áspero crítico, de cómico burlón, se convirtió en poeta en unas pocas frases que se balancearon majestuosamente como un incensario cargado de perfumes hacia un altar.

—¡Cien francos, Coralie! —dijo, mientras se vestía, enseñándole las ocho hojas de papel escritas.

En el trance de inspiración en que se encontraba hizo de cuatro plumazos el artículo terrible prometido a Blondet contra Châtelet y la señora de Bargeton. Gustó aquella mañana uno de los secretos placeres más vivos en los periodistas, el de aguzar el epigrama, pulir la fría hoja que encuentra su vaina en el corazón de la víctima y esculpir el mango para los lectores. El público admira el hábil trabajo de esta empuñadura, no ve en él nada de malicia, ignora que el acero de las frases agudas, alterado por la venganza, se revuelve en un amor propio hábilmente mancillado y herido por mil golpes. Este horrible placer, sombrío y solitario, saboreado sin testigos, es como un duelo con un ausente, al que se da muerte a distancia con el dardo de una pluma, como si el periodista tuviese el fantástico poder concedido a los deseos de aquellos que poseen talismanes en los cuentos árabes. El epigrama es el espíritu del odio, del odio que hereda todas las malas pasiones del hombre, al igual que el amor concentra en él todas sus buenas cualidades. Igualmente, no hay hombre que no sea agudo en la venganza, por la razón de que no existe ni uno solo a quien el amor no proporcione disfrutes. A pesar de la facilidad, la vulgaridad de este ingenio en Francia, es siempre muy bien acogido. El artículo de Lucien debía de colmar y colmó la reputación de malicia y sarcasmo que tenía el periódico; entró hasta el fondo en dos corazones e hirió gravemente a su ex Laura, la señora de Bargeton, y el barón du Châtelet, su rival.

—Pues bien, vamos a darnos una vuelta por el Bosque de Bolonia; los caballos ya están preparados y piafan —le dijo Coralie—. Tampoco hay que matarse.

—Vamos a llevar el artículo sobre Nathan a casa de Hector. Decididamente el periódico es como la lanza de Aquiles, que curaba las heridas que ella misma había hecho —dijo Lucien, corrigiendo algunas expresiones.

Los dos amantes se fueron y se mostraron en su esplendor a ese París que no hacía mucho tiempo había renegado de Lucien y que ahora comenzaba a ocuparse de él. Hacer que París se ocupe de uno mismo, cuando ha podido medirse la inmensidad de esta ciudad y la dificultad de ser algo en ella, causó embriagadores goces que emborracharon a Lucien.

—Querido mío —dijo la actriz—, pasemos por casa de tu sastre para darle prisa o probar tus trajes, si ya están preparados. Si vas a ir a casa de tus bellas señoras, quiero que eclipses a este monstruo de De Marsay, al pequeño Rastignac, a los Ajuda-Pinto,

a los Máxime de Trailles, a los Vandenesse; en una palabra, a todos los elegantes. Piensa que tu amante es Coralie. Pero no me traiciones, ¿eh?

Dos días más tarde, la víspera de la cena ofrecida por Lucien y Coralie a sus amigos, el Ambigú ponía en cartel una pieza nueva cuya reseña debía ser hecha por Lucien. Después de cenar, Lucien y Coralie fueron a pie desde la calle de Vendôme hasta el Panorama Dramático por el bulevar del Temple, por la parte del café del Turco, que por aquel entonces era uno de los lugares favoritos de paseo. Lucien oyó celebrar su suerte y la belleza de su amante. Unos decían que Coralie era la mujer más guapa de todo París, otros encontraban a Lucien digno de ella. El poeta se sintió en su ambiente. Esta vida lo era todo para él, era su vida. Apenas pensaba en el cenáculo. Estas grandes inteligencias que tanto admiraba hacía dos meses, se preguntaba ahora si no eran un poco tontos con sus ideas y su puritanismo. La palabra tontos, empleada por Coralie de una manera inconsciente, había ya germinado en el alma de Lucien y dado sus frutos. Dejó a Coralie en su camerino, deambuló por entre bastidores, donde se paseaba como un sultán y donde todas las artistas le acariciaban con ardientes miradas y palabras adulatoras.

—Es preciso que vaya al Ambigú para realizar mi trabajo —dijo.

En el Ambigú, el teatro se encuentra lleno a rebosar. No hubo manera de encontrar un sitio para Lucien; se fue entre bastidores y se quejó amargamente por no haber podido ser colocado. El regidor, que aún no le conocía, le dijo que habían enviado dos palcos a su periódico, y le mandó a paseo.

—Hablaré de la obra según la oiga —repuso Lucien, con aire molesto.

—¿Es usted tonto? —dijo la primera actriz al regidor—. ¡Es el amante de Coralie!

Inmediatamente el regidor se volvió hacia Lucien y le dijo:

—Caballero, voy a hablar con el director.

De este modo, los menores detalles probaban a Lucien la inmensidad del poder del periódico y halagaban su vanidad. El director llegó y obtuvo del duque de Rhétoré y de Tullía, que se encontraban en un palco de proscenio, que aceptaran a Lucien con ellos. El duque consintió al reconocer a Lucien.

—Ha reducido a dos personas a un estado de desesperación —le dijo el joven, refiriéndose al barón du Châtelet y a la señora de Bargeton.

—¿Qué pasará, pues, mañana? —dijo Lucien—. Hasta el presente, mis amigos han empleado salvos contra ellos, pero esta noche les lanzo verdadera metralla. Mañana podrán ver por qué nos burlamos de Potelet. El artículo se titula «Del Potelet de 1811 al Potelet de 1821». Châtelet es de esa clase de gentes que han renegado de su bienhechor, aliándose con los Borbones. Después de hacer sentir cuál es mi poder, iré a casa de la señora de Montcornet.

Lucien mantuvo con el joven duque una conversación repleta de ingenio; se

sentía ansioso de poder demostrar a este gran señor cuánto se habían equivocado las señoras de Espard y de Bargeton y lo groseramente que se habían portado al despedirle; pero asomó un poco la oreja al tratar de establecer sus derechos a llevar el nombre de Rubempré, cuando por malicia el duque de Rhétoré le llamó Chardon.

—Usted debería —le dijo el duque— hacerse realista. Ha destacado como persona ingeniosa, demuestre ahora que tiene sentido común. La única forma de obtener un edicto real que le otorgue el título y el nombre de sus antepasados maternos, es pedirlo en recompensa de servicios realizados a Palacio. ¡Los liberales nunca le harán conde! Mire, la Restauración acabará por meter en cintura a la Prensa, la única potencia temible. Se ha esperado ya demasiado y tendría que ser restringida. Aproveche estos últimos momentos de libertad para hacerse temible. Dentro de unos pocos años, un nombre y un título serán en Francia riquezas más seguras que el talento. De este modo, puede tenerlo todo: ingenio, nobleza y belleza, y llegará a cualquier parte. No sea pues en este momento liberal, si no es para tratar de vender con ventaja su realismo.

El duque rogó a Lucien que aceptara una invitación a comer que tenía que enviarle el ministro, con el que había cenado en casa de Florine.

Lucien, en un instante, se sintió seducido por las reflexiones del gentilhomme y encantado al ver abrirse ante él las puertas de los salones, de los que se creía desterrado para siempre unos meses antes. Admiró una vez más el poder del pensamiento. La prensa, la inteligencia, eran pues los medios de la actual sociedad. Lucien se dio cuenta de que tal vez Lousteau se arrepentía de haberle abierto las puertas del templo; sentía ya, por su propia cuenta, la necesidad de oponer difíciles barreras que franquear a las ambiciones de los que se lanzaban de la provincia hacia París. Si un poeta se hubiera dirigido a él como él mismo se había lanzado en los brazos de Étienne, no sabía con seguridad qué acogida le hubiese hecho.

El joven duque vio en Lucien los signos de una profunda meditación, y no se equivocó al tratar de adivinar su causa: había descubierto a este ambicioso, sin voluntad fija, pero no sin deseo, todo el horizonte político, del mismo modo que los periodistas le habían mostrado desde lo alto del Templo, al igual que a Jesús el demonio, todo el horizonte literario y sus riquezas. Lucien ignoraba la pequeña conspiración urdida contra él por las personas que en aquellos momentos hería en el periódico, y en la que el señor de Rhétoré se desenvolvía. El joven duque había asustado a la sociedad de la señora de Espard al hablarles de la manera de ser de Lucien. Encargado por la señora de Bargeton de sondear al periodista, había esperado encontrarle en el Ambigú Cómico.

Ni el mundo ni los periodistas eran profundos, no creáis, pues, en traiciones urdidas. Ni el uno ni los otros trazaban planes; su maquiavelismo, por así decirlo, consiste en estar siempre dispuestos, dispuestos a aprovecharse tanto del mal como

del bien, a espiar los momentos en que la pasión les entrega a un hombre. Durante la cena de Florine, el duque se había percatado del carácter de Lucien, le había atacado por el lado de sus vanidades y trataba de ser diplomático con él. Lucien, una vez terminada la obra, corrió a la calle Saint-Fiacre para allí hacer el artículo sobre la representación. Su crítica fue, calculada ya, áspera y mordiente; disfrutó ejerciendo su poder. El melodrama era mejor que el del Panorama Dramático, pero quería saber si podía, como se le había dicho, hundir una buena obra y levantar una mala.

A la mañana siguiente, mientras desayunaba con Coralie, abrió el periódico, tras de haberle dicho que en él deslomaba al Ambigú Cómico. Lucien quedó más que medianamente sorprendido al leer, después de su artículo sobre la señora de Bargeton y sobre Châtelet, una reseña sobre el Ambigú, tan bien endulzada durante la noche, que a pesar de conservar su agudo análisis, la conclusión que se desprendía era favorable. La obra tenía que llenar la caja del teatro. No se podría describir su furor; se prometió decir un par de cosas a Lousteau. Se creía ya necesario y se prometía no dejarse dominar o explotar como un tonto.

Para establecer su poder de forma definitiva, escribió el artículo en el que resumía y contrapesaba todas las opiniones emitidas acerca del libro de Nathan por la revista de Dauriat y de Finot. Luego, una vez encarrilado, redactó uno de sus artículos *Varietades* para el pequeño diario. En su primera efervescencia, los jóvenes periodistas cuidan sus artículos con amor, y de esta forma, un tanto imprudentemente, muestran todas sus flores. El director del Panorama Dramático daba la primera representación de un espectáculo de variedades, a fin de dejar libre su noche a Florine y Coralie. Tenían que representar antes de la cena. Lousteau vino a buscar el artículo de Lucien, hecho por anticipado sobre esta pequeña obra, de la que había visto el ensayo general, para que así no tuviera ninguna inquietud relativa a la composición del número. Cuando Lucien le hubo leído uno de aquellos encantadores y breves artículos sobre las particularidades parisienses, que hicieron la fortuna del periódico, Étienne le besó en ambos ojos y le llamó la providencia de los periódicos.

—Entonces, ¿por qué te diviertes en cambiar el sentido de mis artículos? —le preguntó Lucien, que sólo había hecho aquel brillante artículo para dar más fuerza a su protesta.

—¡Yo! —exclamó Lousteau.

—Entonces, ¿quién ha cambiado mi artículo?

—Amigo mío —repuso Lousteau, riendo—, aún no estás al corriente de los negocios. El Ambigú adquiere veinte suscriptores, de las que solamente nueve son enviadas al director, al jefe de orquesta, al regidor, a sus amantes y a tres copropietarios del teatro. Cada uno de los teatros del bulevar paga de esta forma ochocientos francos al periódico. Además, hay otro tanto en palcos que dar a Finot, sin contar las suscripciones de los actores y de los autores. El muy bribón se hace de

esta manera con cinco mil francos en los bulevares. Y eso en los teatros modestos, así que ¡piensa en los grandes! ¿Te das cuenta? Estamos obligados a una gran indulgencia.

—Comprendo que no soy libre de escribir todo lo que pienso...

—¿Y qué te importa, si llenas tus bolsillos? —exclamó Lousteau—. Por otro lado, amigo mío, ¿qué tienes contra el teatro? Necesitas tener una razón para echar por tierra la obra de ayer. Criticar por criticar comprometería al periódico. Cuando el periódico atacara con justa razón, ya no produciría ningún efecto. ¿Te ha faltado acaso el director?

—No me había reservado el sitio.

—Bueno —replicó Lousteau—, enseñaré tu artículo al director, le diré que te he apaciguado, y de esta forma quedarás mejor que si lo hubieses publicado. Mañana le pides localidades, te firmará cuarenta en blanco todos los meses y yo te llevaré a casa de una persona con quien te entenderás para colocarlas; te las comprará todas con el cincuenta por ciento de descuento sobre el precio de venta. Con las localidades de los espectáculos se hace el mismo tráfico que con los libros. Verás a otro Barbet, un jefe de claqué, que no vive lejos de aquí; aún tenemos tiempo, ¿vienes?

—Pero, amigo mío, Finot realiza un oficio infame imponiendo de esta forma contribuciones indirectas sobre el campo del pensamiento. Tarde o temprano...

—¡Vaya, vaya! ¿De dónde sales tú? —exclamó Lousteau—. ¿Por quién tomas a Finot? Bajo su falsa campechanía, bajo este aire de bonachón burgués, bajo su ignorancia y su tontería, hay toda la listeza del vendedor de sombreros, que es de donde ha salido. ¿No has visto en su garita, en el despacho del periódico, a un antiguo soldado del Imperio, el tío de Finot? Este tío no es solo un hombre honrado, sino que además tiene la dicha de pasar por tonto. Es el hombre comprometido en todas las transacciones pecuniarias. En París un ambicioso se hace muy rico cuando tiene junto a él a un hombre que consiente en estar comprometido. Se dan, en la política como en el periodismo, una muchedumbre de casos en los que los jefes nunca se deben ver mezclados. Si Finot llegara a convertirse en un jefe político, su tío sería su secretario y recibiría en su lugar las contribuciones que se perciben en oficinas por los grandes negocios. Giroudeau, que a primera vista se tomaría por un tonto, tiene precisamente la suficiente astucia como para ser un compañero impenetrable. Siempre está alerta para impedir que nosotros no seamos atropellados por los principiantes, por los que protestan y por las reclamaciones, y no creo que exista nada semejante en ningún otro periódico.

—Interpreta muy bien su papel —dijo Lucien—, ya le he visto manos a la obra.

Étienne y Lucien se dirigieron a la calle del *faubourg* del Temple, en la que el redactor se detuvo ante una casa de hermosa apariencia exterior.

—¿Está el señor Braulard? —preguntó al portero.

—¿Cómo? —dijo Lucien—. ¿El jefe de la claue es pues, señor?

—Amigo mío, Braulard tiene veinte mil libras de renta, tiene la firma de los autores dramáticos del bulevar, todos los cuales poseen una cuenta corriente en su casa como en la casa de un banquero. Las invitaciones de autor y de favor se venden, y Braulard es quien coloca esta mercancía. Haz un poco de estadística, ciencia muy útil cuando no se abusa de ella. Con cincuenta pases de favor por día y espectáculo te encontrarás con doscientos cincuenta localidades por día; si por término medio cuestan cuarenta sueldos, Braulard paga ciento veinticinco francos por día a los autores y corre el riesgo de ganar otro tanto. De este modo, solamente los billetes de autor le proporcionan casi cuatro mil francos al mes, un total de cuarenta y ocho mil francos por año. Por veinte mil francos de pérdida, ya que hay veces que no puede colocar sus entradas.

—¿Por qué?

—¡Ah!, las personas que pagan sus lugares en la taquilla tienen prioridad sobre las localidades de favor, que no tienen sitio reservado. Finalmente, el teatro mantiene sus derechos de reserva. Hay días de buen tiempo, otras veces el espectáculo es malo. Por lo tanto, Braulard debe ganar unos treinta mil francos al año con este artículo. Después tiene su claue, y eso es otra industria. Florine y Coralie son sus tributarias; si no le subvencionaran, no serían aplaudidas en todas sus entradas y salidas.

Lousteau le iba dando estas explicaciones en voz baja mientras subían la escalera.

—París es un lugar muy singular —dijo Lucien, viendo como el interés se encontraba agazapado en todos los rincones.

Una doncella de buen aspecto hizo entrar a los dos periodistas en las habitaciones del señor Braulard. El comerciante en localidades, que estaba sentado en una butaca de despacho ante una gran mesa escritorio cilíndrica, se levantó al ver a Lousteau. Braulard, con una levita gris de muletón, llevaba un pantalón con trabilla y unas zapatillas rojas, igual que un médico o un abogado. Lucien vio en él al hombre de pueblo que se había enriquecido: un rostro vulgar, ojos grises llenos de astucia, manos de participante en *clagues*, una piel sobre la que las orgías habían pasado como la lluvia sobre los tejados, cabellos grisáceos y una voz un tanto ronca.

—Sin duda vienen por la señorita Florine, y este caballero por la señorita Coralie —dijo—; les conozco muy bien. Esté tranquilo, caballero —dijo dirigiéndose a Lucien—, compro a la clientela del Gimnasio, cuidaré de su amante y la prevendré de las bromas que le quieren gastar.

—No es una cosa que se haya de despreciar, mi querido Braulard —dijo Lousteau—, pero venimos para las entradas del periódico en todos los teatros del bulevar: yo como redactor jefe, y este caballero como crítico de cada teatro.

—Ah, sí, Finot ha vendido su periódico. Ya me he enterado del asunto. A Finot le va muy bien. Le ofrezco una cornuda a últimos de semana. Si quieren hacerme el

honor y el placer de asistir, pueden traer a sus esposas, habrá jolgorio y buena mesa; estarán Adèle Dupuis, Ducange, Frédéric, Du Petit-Méré, la señorita Millot; mi amante, nos reiremos mucho y beberemos aún más.

—Ducange debe estar preocupado, ha perdido su proceso.

—Le he prestado diez mil francos, el éxito de *Calas* me los va a devolver; de este modo le he animado. Ducange es una persona inteligente, y con medios...

Lucien creía estar soñando al oír a aquel hombre apreciar el talento de los autores.

—Coralie ha ganado —le dijo Braulard, con aire de juez competente—. Si es una buena chica, la apoyaré secretamente contra la intriga en su presentación en el Gimnasio. Escuchen. Para ella tendré hombres bien situados en los anfiteatros, que sonreirán y harán pequeños comentarios y murmullos a fin de atraer el aplauso. Éste es el tinglado que necesita una mujer. Me gusta Coralie y usted debe estar muy contento con ella, tiene muy buenos sentimientos. ¡Ah! Puedo hacer triunfar a quien yo quiera...

—¿Qué tal si arreglamos el asunto de las entradas? —dijo Lousteau.

—¡Muy bien! Iré a buscarlas a casa de este señor los primeros días de cada mes. Este caballero es su amigo y le trataré como si fuese usted mismo. Tiene cinco teatros, le darán treinta entradas; será algo así como setenta y cinco francos por mes. ¿Desea tal vez un anticipo? —preguntó el comerciante de localidades, dirigiéndose a su escritorio y sacando un cajón lleno de escudos.

—No, no —dijo Lousteau—, ese recurso lo guardaremos para los días malos...

—Caballero —dijo Braulard, dirigiéndose a Lucien—, estos días iré a trabajar con Coralie, nos entenderemos bien.

Lucien miraba no sin profunda extrañeza el despacho de Braulard, en el que veía una biblioteca, cuadros y un mobiliario adecuado. Al atravesar el salón, pudo observar igualmente que estaba amueblado apartándose tanto de la mezquindad como del gran lujo. El comedor le pareció ser la pieza mejor cuidada; hizo una broma al respecto.

—Braulard es un gastrónomo —dijo Lousteau—. Sus comidas, citadas en la literatura dramática, se encuentran en armonía con su caja.

—Tengo buenos vinos —repuso modestamente Braulard—. Vaya, aquí llegan mis animadores —exclamó, al oír voces enronquecidas y el ruido de pasos en la escalera.

Al salir, Lucien vio desfilar ante él el apestoso escuadrón de la claque y de los revendedores de entradas, todos gente con gorra, pantalones tarados, levitas usadas, rostros patibularios, azulados, verdosos, fangosos, escuálidos, de barbas crecidas, ojos feroces a la par que melosos, horrible populacho que vive y deambula por los bulevares de París, y que por la mañana vende cadenas de seguridad, joyas de oro por veinticinco sueldos, y que aplaude bajo las arañas por las noches; en una palabra, que se pliega a todas las fangosas necesidades de París.

—¡He aquí los romanos! —dijo Lousteau, riendo—. He aquí la gloria de las actrices y de los autores dramáticos. Vista de cerca, no es mucho más bella que la nuestra.

—Es difícil —repuso Lucien, volviendo a su casa— tener ilusiones de cualquier clase en París. Hay impuestos sobre todo, se vende todo, se fabrica todo, incluso el éxito.

Los invitados de Lucien eran Dauriat, el director del Panorama, Matifat y Florine, Camusot, Lousteau, Finot, Nathan, Hector Merlin y la señora du Val-Noble, Félicien Vernou, Blondet, Vignon, Philippe Bridau, Mariette, Giroudeau, Cardot, Florentine y Bixiou. Había invitado a sus amigos del cenáculo. Tullía, la bailarina que, según se decía, era poco cruel para Du Bruel, también fue de la partida, pero sin su duque, así como los propietarios de los periódicos en los que trabajaban Nathan, Merlin, Vignon y Vernou. Los comensales formaban una reunión de treinta personas y el comedor de Coralie no podía recibir a más. Hacia las ocho, a la luz de las arañas iluminadas, los muebles, la pintura y las flores de aquella morada adquirieron ese aire festivo que presta al lujo parisiense la apariencia de un sueño.

Lucien experimentó el mayor movimiento indefinible de dicha, de vanidad satisfecha y de esperanza al verse el amo de aquellos parajes, y no se explicaba cómo ni por qué golpe de varita mágica había sido tocado. Florine y Coralie, instaladas con la rebuscada locura y la magnificencia artística de las actrices, sonreían al poeta como dos ángeles encargados de abrirle las puertas del palacio de los Sueños. Y Lucien casi soñaba. En unos pocos meses su vida había cambiado casi tan bruscamente de aspecto, y había pasado tan rápidamente de la extrema miseria a la mayor opulencia, que había momentos en que era presa de inquietudes como ocurre a las personas que, soñando, saben que están dormidas. Sus ojos expresaban, sin embargo, a la vista de esta bella realidad, una confianza a la que los envidiosos hubiesen dado el nombre de facultad. Él mismo había cambiado.

Feliz cada día, sus colores habían palidecido, su mirada estaba llena de expresiones de languidez; en una palabra, según una frase de la señora de Espard, tenía el aspecto amando. Su belleza ganaba con ello. La conciencia de su poder y de su fuerza atravesaba su fisonomía iluminada por el amor y por la experiencia. Al fin podía contemplar al mundo literario y a la sociedad cara a cara, creyendo que podía pasearse como dominador. A este poeta, que solamente debía reflexionar bajo el peso de la desgracia, el presente le pareció sin problema alguno. El éxito hinchaba las velas de su esquife, a sus órdenes tenía los instrumentos necesarios para la realización de sus proyectos: una casa dispuesta, una amante que todo París le envidiaba, un ajuar, y, finalmente, sumas incalculables en su escritorio. Su alma, su corazón y su espíritu se habían metamorfoseado igualmente: ya no pensaba en discutir los medios en presencia de resultados tan bellos. Ese tren de vida parecerá tan justamente

sospechoso a los economistas que conocen la vida parisiense, que no resulta inútil mostrar la base, por muy frágil que fuera, sobre la que reposaba la dicha material de la actriz y de su poeta.

Sin comprometerse, Camusot, había convencido a los proveedores de Coralie para que le concedieran un crédito de al menos tres meses. Los caballos, el servicio, todo debía ir como por encanto para aquellos dos muchachos, presurosos por disfrutar y que disfrutaban de todo con delicia. Coralie tomó a Lucien por la mano y le inició por adelantado en el golpe teatral del comedor, dispuesto con su cubertería espléndida, sus candelabros de cuarenta bujías, en los postres extraordinarios así como el menú, obra de Chevet.

Lucien besó a Coralie en la frente, estrechándola contra su corazón.

—Conseguiré lo que me propongo, amor mío —le dijo—, y te recompensaré por tanto amor y tanto sacrificio.

—¡Bah! —repuso ella—. ¿Estás contento?

—Tendría que ser una persona muy difícil.

—Pues bien, esta sonrisa lo paga todo —repuso ella, llevando con movimiento de serpiente sus labios a los de Lucien.

Encontraron a Florine, Lousteau, Matifat y Camusot situando las mesas de juego. Los amigos de Lucien iban llegando, ya que todas aquellas personas se iban considerando amigos de Lucien. Se jugó desde las nueve hasta medianoche. Por suerte para él, Lucien no conocía ningún juego, pero Lousteau perdió mil francos y se los pidió prestados a Lucien, que no creyó poder evitar el prestárselos: su amigo se los pedía. Alrededor de las diez, Michel, Fulgence y Joseph se presentaron. Lucien, que se retiró a hablar con ellos en un rincón, encontró sus expresiones frías y serias, por no decir embarazadas. D'Arthez no había podido venir, estaba acabando su libro. Léon Giraud estaba muy ocupado con la publicación del primer número de su revista. El cenáculo había enviado a sus tres artistas, quienes debían encontrarse menos fuera de lugar que los otros en medio de una orgía.

—Bien, amigos míos —dijo Lucien, adoptando un leve tono de superioridad—, ahora veréis como el pequeño bromista se puede convertir en un gran político.

—No deseo más que haberme equivocado —dijo Michel.

—Y entonces, ¿vives con Coralie mientras esperas algo mejor? —le preguntó Fulgence.

—Sí —replicó Lucien, con un aire que quería hacer ingenuo—. Coralie tenía un pobre y viejo negociante que la adoraba, y ella lo ha enviado a paseo. Soy más feliz que tu hermano Philippe, que no sabe cómo gobernar a Mariette —añadió, mirando a Joseph Bridau.

—En fin —dijo Fulgence—, ahora eres un hombre como otro, estoy seguro que llegarás lejos.

—Un hombre que para vosotros siempre será el mismo, se encuentre en la situación que se encuentre —repuso Lucien.

Michel y Fulgence se miraron, intercambiaron una sonrisa burlona que Lucien percibió y que le hizo comprender lo ridículo de su frase.

—Coralie es de una belleza admirable —exclamó Joseph—. Se podría hacer un magnífico retrato.

—Y buena —dijo Lucien— fe de hombre que es angelical; pero harás su retrato; tómala, si quieres, como modelo de tu veneciana conducida al senador por una anciana.

—Todas las mujeres que aman son angelicales —dijo Michel Chrestien.

En aquel momento, Raoul Nathan se precipitó sobre Lucien con una furia de amistad, le tomó las manos y se las estrechó.

—Mi buen amigo, no sólo es usted un gran hombre, sino que además tiene corazón, lo cual hoy en día es más raro aún que el genio —le dijo—. Es fiel a sus amigos. En una palabra, soy suyo en la vida y en la muerte y nunca podré olvidar lo que esta mañana ha hecho por mí.

Lucien, en el colmo de la alegría, viéndose agasajado por un hombre del cual se ocupaba lo más selecto de la sociedad, miró a sus tres amigos del cenáculo con una especie de superioridad. Esta entrada de Nathan se debía a la noticia que Merlin le había dado sobre la prueba del artículo en favor de su libro y que tenía que aparecer en el periódico del día siguiente.

—No acepté escribir el ataque sino a condición de poderlo refutar yo mismo —dijo Lucien al oído de Nathan—. Cuente siempre conmigo.

Volvió de nuevo a sus tres amigos del cenáculo, encantado de una circunstancia que justificaba su frase, de la que se había reído Fulgence.

—Que salga el libro de D'Arthez y yo me encuentro en situación de serle útil. Sólo esto sería suficiente para obligarme a permanecer en el periodismo.

—¿Eres libre? —preguntó Michel.

—Tanto como uno puede serlo cuando es indispensable —repuso Lucien con una falsa modestia.

Hacia medianoche, los invitados se sentaron a la mesa y la orgía comenzó. Los discursos fueron más libres en casa de Lucien que en casa de Matifat, ya que nadie sospechó la divergencia que existía entre los tres diputados del cenáculo y los representantes de los periódicos. Estos jóvenes espíritus, tan depravados por la costumbre del Por y del Contra, llegaron a la discusión y se dirigieron los axiomas más terribles de la jurisprudencia que por aquel entonces creaba el periodismo. Claude Vignon, que quería conservar el carácter augusto de la crítica, se levantó contra la tendencia de los pequeños diarios hacia la personalidad, diciendo que más tarde los escritores llegarían a desconsiderarse a sí mismos. Lousteau, Merlin y Finot

tomaron entonces abiertamente la defensa de este sistema, llamado en el argot del periodismo la broma, sosteniendo que eso sería como un punzón con cuya ayuda se señalaría el talento.

—Todos los que resistirán a esa prueba serán hombres realmente fuertes —dijo Lousteau.

—De todos modos —exclamó Merlin—, durante las ovaciones de los grandes hombres, es necesario que exista a su alrededor, como alrededor de los triunfadores romanos, un concierto de injurias.

—¡Eh! —dijo Lucien—. ¡Entonces todos aquellos de los que nos burlemos creerán en su triunfo!

—No creo que eso te importe —exclamó Finot.

—¡Y nuestros sonetos! —dijo Michel Chrestien—. ¿No nos valdrían el triunfo de Petrarca?

—El oro tiene algo que ver en todo ese asunto —añadió Dauriat, cuyo chiste provocó aclamaciones generales.

—*Faciamus experimentum in anima vili*—repuso sonriendo Lucien.

Vernou dijo:

—¡Ah! ¡Ay de aquellos a quienes el periódico no discutirá y a los que arrojará coronas desde su comienzo! Ésos quedarán relegados como los santos en su hornacina, y nadie hará el menor caso de ellos.

—Se les dirá como Champcenetz al marqués de Genlis, que miraba a su esposa demasiado amorosamente: «Pasad, buen hombre, ya se os ha dado» —dijo Blondet.

—En Francia el éxito mata —exclamó Finot—. Somos demasiado envidiosos los unos de los otros como para no querer olvidar y hacer olvidar los triunfos del prójimo.

—Es, efectivamente, la contradicción lo que da vida en literatura —opinó Claude Vignon.

—Como en la naturaleza, en la que ella es la resultante de dos principios que se combaten —exclamó Fulgence—. El triunfo del uno sobre el otro es la muerte.

—Como en la política —añadió Michel Chrestien.

—Acabamos de probarlo —dijo Lousteau—. Dauriat venderá esta semana dos mil ejemplares del libro de Nathan. ¿Por qué? El libro atacado será bien defendido.

—¿Cómo un artículo semejante —preguntó Merlin, tomando las pruebas de su periódico del día siguiente— no haría vender toda una edición completa?

—Léame el artículo —pidió Dauriat—. Soy librero en todo momento y en cualquier parte, incluso cenando.

Merlin leyó el triunfante artículo de Lucien, quien fue aplaudido por toda la concurrencia.

—¿Se podía haber hecho este artículo sin el primero? —preguntó Lousteau.

Dauriat sacó de su bolsillo las pruebas del tercer artículo y las leyó. Finot siguió con atención la lectura de este artículo destinado al segundo número de su revista; y, en su calidad de redactor jefe, exageró su entusiasmo.

—Caballero —dijo—, si Bossuet viviera en nuestro siglo, no lo hubiera escrito mejor.

—Y yo lo creo —añadió Merlin—. Bossuet en nuestros días hubiese sido periodista.

—¡A la salud de Bossuet II! —exclamó Claude Vignon, elevando su copa y saludando irónicamente a Lucien.

—A mi Cristóbal Colón —repuso Lucien, proponiendo un brindis por Dauriat.

—¡Bravo! —exclamó Nathan.

—¿Es acaso un apodo? —preguntó maliciosamente Merlin, mirando a la vez a Finot y a Lucien.

—Si continúan de este modo —dijo Dauriat— nos será imposible seguirles y estos caballeros —dijo, señalando a Matifat y Camusot— ya no les entenderán. La ironía y la broma son como el algodón, que si se hila muy fino llega a romperse, ha dicho Napoleón.

—Caballeros —exclamó Lousteau—, somos testigos de un hecho grave, inconcebible, insospechado, verdaderamente sorprendente. ¿No admiran la rapidez con la que nuestro amigo ha pasado de provinciano a periodista?

—Era un periodista nato —replicó Dauriat.

—Amigos míos —dijo entonces Finot, levantándose y sosteniendo una botella de champán en la mano—, todos nosotros hemos protegido y animado los comienzos de nuestro anfitrión en su carrera, en la que ha superado nuestras esperanzas. En dos meses se ha revelado con los magníficos artículos que conocemos: propongo bautizarle de auténtico periodista.

—Una corona de rosas a fin de premiar su doble victoria —exclamó Bixiou, mirando a Coralie.

Coralie hizo una seña a Bérénice, que fue a buscar unas viejas flores artificiales en el guardarropía de la artista. Bien pronto quedó trenzada una corona de rosas en cuanto la gruesa sirvienta trajo las flores, con la que se ciñeron grotescamente los que se encontraban más ebrios. Finot, el sumo sacerdote, vertió algunas gotas de champán sobre la bella y rubia cabeza de Lucien, pronunciando con deliciosa gravedad las palabras sacramentales:

—En el nombre de la Póliza, de la Fianza y de la Multa, te bautizo periodista. ¡Qué tus artículos te sean leves!

—Y pagados sin deducción de blancos —añadió Merlin.

En aquel momento, Lucien observó los rostros afligidos de Michel Chrestien, Joseph Bridau y Fulgence Ridal, que tomaron sus sombreros y salieron en medio de

un coro de imprecaciones.

—Qué cristianos más singulares —dijo Merlin.

—Fulgence era un buen muchacho —repuso Lousteau—, pero ellos lo han pervertido con la moral.

—¿Quiénes? —preguntó Claude Vignon.

—Jóvenes graves que se reúnen en un antro filosófico y religioso de la calle de Quatre-Vents, en donde tienen por costumbre preocuparse por el sentido general de la Humanidad... —repuso Blondet.

—¡Oh, oh, oh!

—... Allí se busca y se intenta saber si gira sobre sí misma —continuó Blondet— o si va progresando. Se sentían muy incómodos entre la línea recta y la línea curva; para ellos, el triángulo bíblico era un absurdo y se les apareció entonces no sé qué profeta que se pronunció por la espiral.

—Unos hombres reunidos pueden inventar tonterías más peligrosas —exclamó Lucien, que quiso defender al cenáculo.

—Tú tomas esas teorías por palabras huecas —dijo Félicien Vernou—, pero llega un momento en que se transforman en tiros o en la guillotina.

—Todavía están en el estadio —añadió Bixiou— de encontrar el pensamiento providencial del vino de Champaña, el sentido humanitario de los pantalones y el bichito que impulsa al mundo. Recogen grandes hombres caídos, como Vico, Saint-Simon, Fourier. Tengo miedo de que no acaben trastornando a mi pobre Joseph Bridau.

—Son la causa —terció Lousteau— de que Bianchon, mi compatriota y compañero de colegio, me trate con frialdad...

—¿Se enseña la gimnasia y ortopedia de los espíritus? —preguntó Merlin.

—Podría ser —replicó Finot—, ya que Bianchon cae en sus ensueños.

—¡Bah! A pesar de todo —replicó Lousteau— será un gran médico.

—¿Su cabeza visible no es acaso D'Arthez —dijo Nathan—, un joven insignificante que se nos ha de tragar a todos?

—Es un hombre de genio —repuso Lucien.

—Prefiero un vaso de vino de Jerez —dijo Claude Vignon, sonriendo.

A partir de ese momento, cada uno comenzó a explicar su propio carácter al vecino. Cuando las personas inteligentes tratan de explicarse a sí mismas, dar la clave de sus corazones, es seguro que la embriaguez se ha apoderado de ellas. Una hora más tarde, todos los invitados, convertidos en los mejores amigos del mundo, se trataban de grandes hombres, de hombres poderosos, de personas a quienes pertenecía el porvenir. Lucien, en su calidad de anfitrión, había conservado cierta lucidez de espíritu: escuchó sofismas que le chocaron y que remataron la obra de su desmoralización.

—Amigos míos —dijo Finot—, el partido liberal se ve obligado en reavivar su polémica, ya que no encuentra en este momento nada que decir contra el gobierno, y ya comprenderéis en qué situación tan engorrosa se encuentra entonces la oposición. ¿Quién de entre vosotros quiere escribir un panfleto para solicitar el restablecimiento del derecho de primogenitura, a fin de hacer gritar contra los secretos designios de la Corte? El escrito será bien pagado.

—Yo —dijo Hector Merlin—, cae dentro de mis opiniones.

—Tu partido dirá que le comprometes —replicó Finot—. Félicien, encárgate tú de este asunto, Dauriat lo editará y nosotros guardaremos el más absoluto secreto.

—¿Cuánto dan? —preguntó Vernou.

—¡Seiscientos francos! Firmarás: el conde C...

—¡De acuerdo! —dijo Vernou.

—¿Así que vais a elevar el bulo hasta la política? —preguntó Lousteau.

—Es el asunto de Chabot llevado a la esfera de las ideas —replicó Finot—. Se atribuyen intenciones al Gobierno y se desencadena contra él a la opinión pública.

—Siempre me causará la más profunda sorpresa ver a un gobierno abandonando la dirección de las ideas a bribones como vosotros —dijo Claude Vignon.

—Si el Ministerio comete la tontería de saltar a la arena, lo conduciremos al redoble del tambor —dijo Finot—; si se solivianta, envenenamos la cuestión, agitaremos las masas. El periódico nunca se arriesga, mientras que el Poder puede perderlo todo.

—Francia está anulada hasta el día en que la Prensa sea puesta fuera de la ley —repuso Claude Vignon—. A cada momento vais haciendo más y más progresos —dijo, dirigiéndose a Finot—. Seréis igual que los jesuitas, menos la fe, la idea fija, la disciplina y la unión.

Todos volvieron a ocupar sus puestos ante las mesas de juego. Las luces de la aurora pronto hicieron palidecer las bujías.

—Tus amigos de la calle de Quatre-Vents estaban tristes como condenados a muerte —dijo Coralie a su amante.

—Eran los jueces —contestó el poeta.

—Los jueces son más divertidos que todo eso —replicó Coralie.

Lucien vio durante un mes su tiempo absorbido por cenas, comidas, almuerzos, veladas, y fue arrastrado por una corriente invencible en un torbellino de placeres y de trabajos fáciles. Ya no calculó. El poder del cálculo en medio de las complicaciones de la vida es el sello de las grandes voluntades, que los poetas, las personas débiles o simplemente ingeniosas, jamás adoptan.

Como la mayor parte de los periodistas, Lucien vivió al día, gastando su dinero a medida que lo iba ganando, sin pensar en las cargas periódicas de la vida parisiense tan onerosas para estos bohemios. Su aspecto e indumentaria rivalizaban con las de

los más célebres elegantes. Coralie, como todas las fanáticas, gustaba de acicalar a su ídolo; se arruinó para dar a su poeta ese aspecto de los elegantes que él tanto había admirado a raíz de su primer paseo por las Tullerías. Lucien tuvo entonces bastones maravillosos, unos impertinentes encantadores, gemelos de diamantes, sujetadores para sus corbatas de la mañana, sortijas, y chalecos de mil matices a fin de poder armonizarlos con los tonos de su indumentaria. Pronto fue considerado como un dandy. El día que se presentó en la velada del diplomático alemán, su metamorfosis provocó una especie de envidia disimulada entre los jóvenes que allí se encontraban y que mantenían en alto el pabellón en el reino de la moda, tales como De Marsay, Vandenesse, Ajuda-Pinto, Máxime de Trailles, Rastignac, el duque de Maufrigneuse, Beaudenord, Manerville, etc. Los hombres de mundo son entre ellos celosos, al igual que las mujeres. La condesa de Montcornet y la marquesa de Espard, en cuyo honor se daba la cena, tuvieron a Lucien entre ellas y le colmaron de coqueterías.

—¿Por qué razón ha abandonado el gran mundo? —le preguntó la marquesa—. ¡Estaba tan dispuesto a acogerle bien, a festejarle! Tengo una queja contra usted, me debe una visita y aún la espero. El otro día le vi en la Ópera, no se dignó venir a verme ni a saludarme...

—Su prima, señora, me dio a entender de forma tan clara que estaba de más...

—No conoce a las mujeres —repuso la señora de Espard, interrumpiendo a Lucien—. Ha herido usted el corazón más angelical y el alma más noble que pueda conocer. Ignora todo lo que Louise pensaba hacer por usted y lo finamente que preparaba su plan. ¡Oh! Ella lo hubiese logrado —dijo ante una muda negativa de Lucien—. Su marido, que ahora ha muerto como debía morir, de una indigestión, ¿no iba a darle tarde o, temprano su libertad? ¿Cree que hubiese querido ser la señora Chardon? El título de condesa de Rubempré valía la pena de ser conquistado. ¿Ve?, el amor es una gran vanidad que debe de concederse, sobre todo en el matrimonio, junto con las demás vanidades. Aunque le amara locamente, es decir, lo suficiente como para casarme con usted, me resultaría muy duro llamarme señora Chardon. ¿No está de acuerdo? Ahora ya ha visto las dificultades de la vida en París, sabe cuántos rodeos se han de dar para alcanzar el objetivo previsto; pues bien, reconozca que para un desconocido sin fortuna Louise aspiraba a un favor casi imposible, y en consecuencia no debía descuidar nada. Es usted una persona llena de ingenio, pero cuando nosotras amamos tenemos mucho más que el hombre más ingenioso. Mi prima quería emplear a ese ridículo Châtelet... Le debo muy buenos ratos, sus artículos contra él me han hecho reír mucho —dijo, interrumpiéndose.

Lucien ya no sabía qué pensar. Iniciado en las traiciones y perfidias del periodismo, ignoraba las del mundo; así pues, y a pesar de su perspicacia, aún tenía que recibir de él rudas lecciones.

—¡Cómo, señora! —dijo el poeta, cuya curiosidad fue despertada vivamente—,

¿no protege ya a la Garza?

—En el gran mundo se está obligado a ser cortés con los enemigos más crueles, a simular que uno se divierte con los más aburridos, y a menudo se sacrifica en apariencia a los amigos para servirles mejor. Aún es usted neófito. ¿Cómo, usted que quiere escribir, ignora los habituales engaños de la sociedad? Si mi prima ha dado la impresión de que le sacrificaba en provecho de la Garza, ¿acaso no era necesario para utilizar esta influencia en su provecho?, ya que nuestro hombre está muy bien visto por el actual Ministerio; e igualmente le hemos demostrado que hasta cierto punto sus ataques le servirán para reconciliarse un día. A Châtelet le han indemnizado por sus ataques. Como decía Des Lupeaulx a los ministros: «Mientras los periódicos ponen en ridículo a Châtelet, no se ocupan del Ministerio».

—El señor Blondet me ha dado seguridades de que tendría el placer de verle en mi casa —dijo la condesa de Montcornet, durante el tiempo que la marquesa abandonó a Lucien a sus reflexiones—. Allí conocerá a algunos artistas, a escritores y a una mujer que tiene un vivo interés en conocerle, la señorita Des Touches, uno de esos talentos raros entre las de nuestro sexo y a cuya casa iré sin duda. La señorita Des Touches, Camille Maupin, si lo prefiere, tiene uno de los salones más dignos de mención de todo París, es prodigiosamente rica, le han dicho que es usted tan apuesto como inteligente y se muere en deseos de conocerle.

Lucien se deshizo en frases de agradecimiento y dirigió a Blondet una mirada de envidia. Existía tanta diferencia entre una mujer del estilo y clase de la condesa de Montcornet y Coralie, como entre Coralie y una muchacha del arroyo, Esta condesa, joven, bella y con talento, tenía como especial belleza la excesiva blancura de las mujeres del Norte; su madre era, de soltera, la princesa Scherbellof; con tal motivo, el ministro, antes de la cena, le había prodigado sus más respetuosas atenciones.

La marquesa, entonces, había terminado de chupar con aire desdeñoso un ala de pollo.

—¡Mi pobre Lucien! —dijo a Lucien—. ¡Tenía tanto cariño por usted! Yo estaba al corriente de las confidencias sobre el bello porvenir que para usted preparaba: habría soportado muchas cosas, pero ¡qué desprecio le hizo devolviéndole sus cartas! Perdonamos las crueldades, es preciso aún creer en nosotras para herirnos, ¡pero la indiferencia!... La indiferencia es como el hielo de los polos, todo lo ahoga. Así pues, ¿no está de acuerdo?, ha perdido tesoros por culpa suya. ¿Por qué romper? Y aunque hubiese sido desdeñado, ¿no tiene una fortuna que hacer y un nombre que conquistar? Louise pensaba en todo eso.

—¿Y por qué no me dijo nada? —preguntó Lucien.

—¡Ah, Dios mío! Soy yo quien le advertí que no le hiciera partícipe de sus planes. Mire, entre nosotros, al verle tan poco adaptado a este mundo, le temía; tenía miedo que su inexperiencia, su ardor atolondrado destruyeran o estropearan sus

cálculos y nuestros planes. ¿Puede ahora acordarse de cómo era usted? Confiéselo. Estaría usted de acuerdo conmigo si viera a su sosias. No se parecen en nada. Ése es el único fallo que hemos cometido. Pero ni entre mil se puede encontrar un hombre que tenga tanto talento y una aptitud tan prodigiosa de adaptación. Nunca hubiese creído que fuese usted una excepción tan sorprendente. Se ha metamorfoseado tan rápidamente, se ha iniciado de manera tan fácil en el modo de ser parisiense que no le reconocí hace un mes en el Bosque de Bolonia.

Lucien escuchaba a esta gran dama con inexplicable placer: ella unía a sus halagadoras palabras un aire tan confiado, tan ingenuo, tan picaresco, parecía interesarse por él de forma tan profunda, que se creyó frente a un prodigio semejante al de su primera noche en el Panorama Dramático. Desde aquella feliz velada, todo el mundo le sonreía, atribuía a su juventud un poder de talismán y quiso entonces probar a la marquesa, prometiéndose no dejarse sorprender.

—¿Y cuáles eran pues, señora, esos planes, que hoy no son más que quimeras?

—Louise quería obtener del rey una orden que le permitiera llevar el nombre y el título de Rubempré. Quería enterrar el Chardon. Este primer éxito, tan fácil de obtener entonces, y que ahora las opiniones de usted hacen casi imposible, era para usted una fortuna. Tal vez tache estos proyectos de visiones y bagatelas; pero conocemos un poco la vida y sabemos lo que hay de sólido en un título de conde llevado por un elegante y encantador joven. Anuncie aquí delante de algunas jóvenes inglesas millonadas o delante de herederas: El señor Chardon, o el señor conde Rubempré, y verá la diferencia. Las reacciones serían muy distintas. Aunque estuviera endeudado, el conde se encontraría con los corazones abiertos, su belleza realzada sería como un diamante sobre una rica montura. El señor Chardon casi pasaría inadvertido. Nosotros no hemos creado esas ideas, las encontramos reinando en todas partes, incluso entre los burgueses. En estos momentos da usted la espalda a la fortuna. Vea ese joven, el conde Félix de Vandenesse, es uno de los dos secretarios particulares del rey. El rey quiere bastante a los jóvenes con talento, y éste, cuando llegó de su provincia, no traía un equipaje mucho más pesado que el suyo; usted tiene mil veces más inteligencia que él; ¿pero pertenece a una gran familia?, ¿tiene un apellido? Conoce usted a Des Lupeaulx, su apellido se parece al suyo: se llama Chardin, pero no vendería ni por un millón su propiedad Des Lupeaulx, y un día será conde Des Lupeaulx y su nieto tal vez llegue a ser un gran señor. Si persiste en continuar por el falso camino en el que se ha metido, está perdido, fíjese cuánto más inteligente y prudente que usted es el señor Émile Blondet; está en un periódico que sostiene al poder, está bien visto por todas las potencias de hoy en día, sin peligro puede mezclarse con los liberales, «piensa bien»; de este modo llegará a su fin tarde o temprano, pero ha sabido escoger su opinión y sus protecciones. Esta bella dama, su vecina, es una señorita de Troisville, que tiene en su familia dos pares de Francia y

dos diputados, ha hecho un rico matrimonio a causa de su nombre; recibe mucho, tiene influencia y removerá el mundo político por este señor Émile Blondet. ¿A dónde le conducirá una Coralie? A que se encuentre perdido deudas y cansado de placeres de aquí a unos años. Sitúa mal su amor y dispone de su vida erróneamente. Esto es lo que me decía el otro día en la Ópera la mujer a la que encuentra usted placer en herir. Deplorando el abuso que hace de su talento y de su bella juventud, no se preocupa de ella, sino de usted.

—¡Ah, señora, si dijera usted la verdad! —exclamó Lucien.

—¿Qué interés podría tener en mentirle? —dijo la marquesa, lanzando sobre Lucien una mirada altanera y fría que le anonadó.

Lucien, cortado, no reemprendió la conversación, y la marquesa, ofendida, no le volvió a hablar. Se sintió herido, pero reconoció que por su parte había cometido una torpeza y decidió repararla. Se volvió hacia la señora de Montcornet y le habló de Blondet exaltando el mérito de este joven escritor. Fue bien acogido por la condesa, quien le invitó, a una señal de la señora de Espard, a su próxima reunión, preguntándole si no vería con agrado a la señora de Bargeton, quien, a pesar de su luto asistía; no se trataba de una fiesta de gala, sino de su reunión habitual de los días normales, donde se encontraría entre amigos.

—La señora marquesa —dijo Lucien— afirma que toda la culpa es mía; no es pues su prima quien ha de ser buena para mí.

—Cese los ataques ridículos de los que la hace objeto, y que además la comprometen enormemente con un hombre de quien ella se burla, y bien pronto habrán hecho las paces. Me han dicho que usted se ha creído engañado por ella, pero yo la he visto muy triste por su abandono. ¿Es verdad que abandonó su provincia con usted y por usted?

Lucien miró a la condesa sonriendo, sin atreverse a responder.

—¿Cómo puede desconfiar de una mujer que se sacrificaba por usted hasta lo indecible? Y además, por ser tan bella y con talento, debería ser amada a pesar de todo. La señora de Bargeton le amaba más que por usted mismo, por su talento. Créame, las mujeres aman la inteligencia antes que la belleza —dijo, mirando disimuladamente a Émile Blondet. Lucien reconoció en la resistencia del diplomático las diferencias que existían entre el gran mundo y el mundo excepcional en el que vivía desde hacía algún tiempo. Esas dos magnificencias no tenían ninguna semejanza, ningún punto de contacto. La altura y disposición de las estancias en esta casa, una de las más ricas del *faubourg* Saint-Germain, los dorados antiguos de los salones, la riqueza de las decoraciones, el gusto serio y cuidado de los accesorios, todo le era extraño y nuevo; pero la costumbre de las cosas de lujo, adquirida de forma tan rápida, impidió que Lucien pareciera sorprendido. Su actitud estuvo tan alejada de la seguridad y de la fatuidad, como de la complacencia y el servilismo. El

poeta se comportó bien y gustó a aquellos que no tenían razón especial para serle hostiles, como los jóvenes a quienes su repentina introducción en el gran mundo, su éxito y su belleza, provocaron cierta envidia. Al levantarse de la mesa, ofreció el brazo a la señora de Espard, quien lo aceptó. Al ver a Lucien cortejado por la marquesa de Espard, Rastignac fue a recordarle su paisanaje y su primera entrevista en casa de la señora de Val-Noble. El joven noble pareció querer trabar amistad con el gran hombre de su provincia, invitándole a almorzar en su casa cualquier mañana y ofreciéndose a presentarle a los jóvenes de moda. Lucien aceptó esta proposición.

—También estará nuestro querido amigo Blondet —le dijo Rastignac.

El embajador se unió al grupo formado por el marqués de Ronquerolles, el duque de Rhétoré, De Marsay, el general Montriveau, Rastignac y Lucien.

—Muy bien —le dijo a Lucien, con esa llaneza alemana con que ocultaba su temible agudeza—; ha hecho las paces con la señora de Espard, está encantada con usted, y todos nosotros sabemos —dijo mirando a los que le rodeaban— lo difícil que es complacerla.

—Sí, pero ella gusta del ingenio —dijo Rastignac—, y mi ilustre compatriota lo vende.

—No tardará en reconocer el mal comercio que está haciendo —dijo vivamente Blondet—; volverá y pronto será uno de los nuestros.

Alrededor de Lucien se elevó un coro acerca de este tema. Los hombres serios lanzaban algunas frases profundas con tono despótico, los jóvenes se burlaron del partido liberal.

—Ha echado a cara o cruz, estoy seguro —dijo Blondet—, para irse a la derecha o a la izquierda, pero ahora va a escoger.

Lucien se echó a reír, recordando su escena en el Luxemburgo con Lousteau.

—Ha tomado por consejero —continuó Blondet— a un tal Étienne Lousteau, un espadachín de un periódico sin importancia, que ve un franco en una columna y cuya política consiste en creer en el retorno de Napoleón y en lo que aún me parece más estúpido, en la gratitud, en el patriotismo de los señores de la izquierda. Como Rubempré, las inclinaciones de Lucien deben de ser aristocráticas; como periodista, debe inclinarse en favor del poder; si no, no será nunca ni Rubempré ni secretario general.

Lucien, a quien el diplomático propuso jugar al *whist*, despertó la más viva sorpresa cuando confesó que no conocía el juego.

—Amigo mío —le dijo Rastignac al oído—, venga temprano a mi casa el día que decida tomar un mal almuerzo y le enseñaré el *whist*; deshonor nuestra real villa de Angulema y le repetiré una frase de Talleyrand, diciéndole que si no conoce ese juego se prepara una vejez muy desgraciada.

Anunciaron a Des Lupeaulx, un *maître des requêtes* que prestaba secretos

servicios al ministerio, hombre astuto y ambicioso que se metía por todas partes. Saludó a Lucien, con el que se había encontrado ya en casa de la señora de Val-Noble, y en su saludo hubo un hipócrita signo de amistad que debía engañar a Lucien. Al encontrar allí al joven periodista, este hombre, que en política se hacía amigo de todo el mundo, para no ser sorprendido por nadie, comprendió que Lucien iba a obtener en el mundo tanto éxito como en literatura. Vio en él a un ambicioso, a un poeta y disfrazó sus protestas y testimonios de amistad, de interés, de forma que envejeciera su conocimiento y engañara a Lucien sobre el verdadero valor de sus promesas y de sus palabras. Des Lupeaulx tenía como principio conocer bien a aquellos de los que se quería deshacer, cuando encontraba en ellos un rival. De este modo, Lucien fue bien acogido por el gran mundo. Comprendió todo lo que debía al duque de Rhétoré, al diplomático, a la señora de Espard y a la señora de Montcornet. Fue a hablar unos momentos con cada una de aquellas señoras antes de marcharse, y desplegó con ellas toda su gracia y su ingenio.

—¡Qué fatuidad! —dijo Des Lupeaulx a la marquesa, cuando Lucien se hubo despedido.

—Se estropeará antes de madurar —dijo a la marquesa De Marsay, sonriendo—. Debe tener usted razones ocultas para hacerle perder la cabeza de ese modo.

Lucien encontró a Coralie en el interior de su coche, en el patio; había venido a esperarle; se sintió conmovido por esta atención y le contó la velada. Ante su gran extrañeza, la actriz aprobó las nuevas ideas que ya comenzaban a tomar forma en la cabeza de Lucien y le animó para que se enrolara bajo el pabellón ministerial.

—Con los liberales sólo puedes recibir algún golpe. Conspiran, han matado al duque de Berry. ¿Derribarán al gobierno? ¡Nunca! Con ellos no llegarás a ningún sitio, mientras que por el otro lado llegarás a conde de Rubempré. Puedes hacer favores, ser nombrado par de Francia, casarte con una mujer rica. Hazte ultra. Además, está bien visto —añadió lanzando esta frase, que para ella era el argumento supremo—. La Val-Noble, en cuya casa he comido, me ha dicho que Théodore Gaillard fundaba decididamente su pequeño periódico realista, llamado *El Despertar*, para contrarrestar las burlas del vuestro y del Espejo. Si se le ha de hacer caso, el señor de Villèle y su partido estarán en el Ministerio antes de un año. Trata de aprovecharte de este cambio uniéndote a ellos mientras no son nada aún; pero no digas nada a Étienne ni a tus amigos, que serían capaces de jugarte una mala pasada.

Ocho días más tarde, Lucien se presentó en casa de la señora de Montcornet, donde experimentó una viva agitación al volver a ver a la mujer que tanto había amado y a la que su burla había atravesado el corazón. Louise también había experimentado un gran cambio. Se había convertido en lo que hubiese sido sin su estancia en provincias, una gran dama. En su luto se daban a la vez una gracia y un detalle que anunciaban a una viuda feliz. Lucien creyó tener algo que ver con esta

coquetería, y no se equivocaba; pero, al igual que un ogro, había probado la carne fresca y se mantuvo durante toda aquella velada indeciso entre la bella, la enamorada y la voluptuosa Coralie, y la seca, altanera y cruel Louise. No supo tomar una decisión, sacrificar la actriz a la gran dama. Este sacrificio lo esperó durante toda la noche la señora de Bargeton, que sentía cierto amor por Lucien al verle tan ingenioso y guapo; recibió sus palabras insidiosas, sus desplantes y sus ademanes de coquetería, y cuando ella se retiró del salón, se fue con un irrevocable deseo de venganza.

—Muy bien, mi querido Lucien —le dijo con una bondad llena de gracia parisiense y de nobleza—, deberías ser mi orgullo y me has hecho tu primera víctima. Te he perdonado, niño mío, pensando que en tal venganza quedaba un resto de amor.

La señora de Bargeton recuperaba su posición mediante esta frase acompañada de un aire real. Lucien, que se creía mil veces cargado de razón, se encontraba con que estaba equivocado. No se habló ni de la terrible carta de adiós con la que él rompió, ni de los motivos de la ruptura. Las mujeres del gran mundo tienen un maravilloso talento para minimizar! sus equivocaciones, bromeando sobre ellas. Saben y pueden borrarlo todo con una sonrisa, con una pregunta que adopta un tono de sorpresa. No se acuerdan de nada, tienen una explicación para todo, se sorprenden, preguntan, comentan, exageran, discuten y acaban por desprenderse de sus yerros del mismo modo que una mancha pequeña desaparece después de un lavado; tenéis la certeza de su negrura, pero en un momento se convierten en blancas e inocentes. En cuanto a vosotros, ya podéis sentiros dichosos de no hallaros culpable de cualquier crimen irreparable. En un momento, Lucien y Louise habían adquirido de nuevo sus ilusiones en ellos mismos, hablaban el idioma de la amistad; pero Lucien, embriagado de vanidad satisfecha, embriagado de Coralie, quien confesémoslo, le hacía la vida fácil, no supo responder con claridad a esta frase que Louise acompañó con un suspiro de vacilación:

—¿Eres dichoso?

Un no melancólico hubiese hecho su fortuna. Creyó ser hábil dando una explicación sobre Coralie, confesó ser amado por sí mismo; en resumen, todas las tonterías del hombre enamorado. La señora de Bargeton se mordió los labios. Todo quedó dicho. La señora de Espard se reunió con su prima, acompañada por la señora de Montcornet. Lucien se encontró que era, por así decirlo, el héroe del día: fue acariciado, mimado, adulado por estas tres mujeres que le halagaron con infinito arte. Su éxito en este gran mundo no fue menor que el que obtuvo en el seno del periodismo. La célebre señorita Des Touches, tan famosa bajo el nombre de Camille Maupin, y a la que las señoras de Espard y de Bargeton presentaron a Lucien, le invitó a cenar uno de sus miércoles, y pareció impresionada por aquella belleza tan justamente famosa. Lucien trató de probar que aún era más inteligente que apuesto. La señorita Des Touches expresó su admiración con esa ingenuidad jovial y este

hermoso furor de amistad superficial por la que se sienten atraídos todos aquellos que no conocen a fondo la vida parisiense, en la que la costumbre y la continuidad del goce hacen ser tan ávidos de novedades.

—Si le gustara tanto como ella me gusta —dijo Lucien a Rastignac y a De Marsay—, acortaríamos la novela...

—Los dos saben escribirlas demasiado bien como para querer ser sus protagonistas —repuso Rastignac—. Entre autores, ¿acaso es posible amarse? Siempre llega un momento en que se acaba por decirse palabritas picantes.

—No haría un mal negocio —le dijo riendo De Marsay—. Es verdad que esta encantadora muchacha tiene treinta años, pero también dispone de casi ochenta mil libras de renta. Es adorablemente caprichosa, y el tipo de su belleza debe mantenerse largo tiempo. Coralie es una tontita, mi querido amigo, muy buena para situaros, ya que no puede ser que un guapo muchacho se encuentre sin amante; pero si no hace una bella conquista en el gran mundo, la actriz, a la larga, le perjudicará. Vamos, amigo mío, sustituya a Conti, que va a cantar con Camille Maupin. Siempre la poesía ha sido superior a la música.

Cuando Lucien hubo oído a la señorita Des Touches y a Conti, sus esperanzas se esfumaron.

—Conti canta demasiado bien —dijo a Des Lupeaulx.

Lucien se reunió con la señora de Bargeton, quien le llevó al salón en donde se encontraba la señora de Espard.

—Y bien —preguntó la señora de Bargeton a su prima—, ¿no quieres interesarte por él?

—Pero que el señor Chardon —contestó la marquesa, con aire a la vez dulce e impertinente— se coloque en situación de ser patrocinado sin inconveniente para sus protectores. Si quiere obtener el decreto que le permita cambiar el miserable nombre de su padre por el de su madre, al menos debe ser de los nuestros.

—Antes de dos meses lo habré solucionado todo —dijo Lucien.

—Muy bien —añadió la marquesa—; veré a mi padre y a mi tío, que están de servicio con el rey, para que hablen de usted al canciller.

El diplomático y aquellas dos mujeres habían adivinado muy bien el punto flaco de Lucien. Este poeta, encantado con los esplendores aristocráticos, sentía indecibles mortificaciones al oírse llamar Chardon, cuando en los salones no veía otra cosa que entrar personajes que llevaban nombres sonoros aquilatados por títulos.

Este dolor se reprodujo en cuantos sitios se presentó durante algunos días. Experimentaba también una sensación desagradable al tener que descender de nuevo a los asuntos de su trabajo después de haber ido la víspera a una reunión del gran mundo, en donde se presentaba convenientemente con el carruaje y los criados de Coralie. Aprendió a montar a caballo para poder galopar junto a la portezuela de los

coches de la señora de Espard, de la señorita Des Touches y de la condesa de Montcornet, privilegio que tanto había envidiado a su llegada a París. Finot se sintió encantado de procurar a su redactor esencial un pase de favor para la Ópera, en la que Lucien perdió muchas noches; pero a partir de entonces perteneció al mundo especial de los elegantes de aquella época.

Si el poeta devolvió a Rastignac y a sus elegantes amigos un soberbio almuerzo, cometió el error de darlo en casa de Coralie, ya que era demasiado joven, demasiado poeta y muy confiado como para conocer ciertos matices de conducta: una actriz, excelente muchacha, pero sin educación, ¿podía proporcionarle alguna enseñanza acerca de la vida? El provinciano probó de la manera más evidente posible a todos aquellos jóvenes, llenos de malas disposiciones hacia él, esta colusión de intereses entre la actriz y él, que todo joven secretamente envidia y critica. El que más amargamente se burló aquella misma noche fue el propio Rastignac, a pesar de que se mantenía en aquel ambiente gracias a recursos semejantes, pero guardando tan bien las apariencias que podía tratar la injuria de calumnia. Lucien aprendió rápidamente a jugar al *whist*. El juego se convirtió en una pasión para él.

Coralie, para evitar cualquier rivalidad, en vez de desaprobando a Lucien, favorecía sus disipaciones con la particular ceguera de los sentimientos enteros, que únicamente ven el presente y que lo sacrifican todo, incluso el porvenir, al goce del momento. El carácter del verdadero amor ofrece constantes semejanzas con la infancia: tiene su irreflexión, su imprudencia, su disipación, su risa y su llanto.

En aquella época florecía una sociedad de jóvenes, ricos o pobres, todos sin trabajo, llamados vividores, y que en efecto, vivían con una increíble despreocupación, intrépidos en la comida y bebedores aún más intrépidos. Todos verdugos del dinero y mezclando las bromas más pesadas con esta existencia, no de locura, pero furibunda, no retrocedían ante ningún obstáculo; se gloriaban de sus hazañas, que sin embargo no sobrepasaban ciertos límites; el ingenio más original velaba sus escapadas y era imposible no poder perdonarles.

Ningún hecho acusa de forma tan profunda el ilotismo al que la Restauración había condenado a la juventud. Los jóvenes, que no sabían en qué emplear sus fuerzas, no las empleaban solamente en el periodismo, en conspiraciones y en la literatura o el arte, sino que la disipaban en los excesos más extraños, hasta tal punto se daba la savia y las pasiones lujuriosas en la joven Francia. Si era trabajadora, esta bella juventud ansiaba el poder y el placer; si era artista, quería los tesoros; si era ociosa, quería animar sus pasiones; de todos modos, quería un lugar, y la política no le dejaba sitio en ninguna parte.

Los vividores eran casi todas personas dotadas de eminentes facultades; algunas las han perdido en esta vida enervante, otras han resistido. El más célebre de estos vividores, el de más talento, Rastignac, ha terminado por entrar, conducido por De

Marsay, en una carrera seria en donde se ha distinguido. Las bromas y francachelas a las que se han entregado todos estos jóvenes se han hecho tan famosas que han sido tema para diversos vodeviles.

Lucien, introducido por Blondet en esta sociedad de libertinos, brilló junto a Bixiou, uno de los caracteres más malignos y el protesten más infatigable de aquel tiempo. Durante todo el invierno, la vida de Lucien fue pues una larga borrachera entrecortada por los fáciles trabajos del periodismo; continuó la serie de sus pequeños artículos, y realizó enormes esfuerzos para producir de vez en cuando algunas bellas páginas de crítica, muy bien pensadas. Pero el estudio era una excepción y el poeta no se daba a él, sino en caso de necesidad: los almuerzos, las comidas, las reuniones placenteras, las veladas mundanas y el juego le acaparaban todo su tiempo y Coralie devoraba el resto.

Lucien se prohibía pensar en el mañana. Veía además como sus supuestos amigos se comportaban de la misma forma que él, gracias a prospectos muy bien pagados y a primas dadas a ciertos artículos necesarios para arriesgadas especulaciones, comiendo al día y poco preocupados por el porvenir. Una vez admitido como igual en el periodismo y en la literatura, Lucien se dio cuenta de las enormes dificultades que tenía que vencer en el caso de que quisiera subir de posición: todo el mundo consentía en considerarle como un igual, pero nadie le quería como superior. De manera insensible, renunció pues a la gloria literaria, creyendo la fortuna política más fácil de conseguir.

—La intriga levanta menos pasiones contrarias que el talento, sus sordos manejos no despiertan la atención de nadie —le dijo un día Châtelet, con quien Lucien había hecho las paces—. La intriga es, además, superior al talento: de la nada crea cualquier cosa, mientras que la mayor parte del tiempo los inmensos recursos del talento sólo sirven para hacer la desgracia del hombre.

Por esta vida en la que siempre el mañana iba tras las huellas de la víspera, en medio de una orgía, sin encontrar nunca el trabajo prometido, Lucien se dedicó pues a su principal idea: era un asiduo del gran mundo, cortejaba a la señora de Bargeton, a la marquesa de Espard y a la condesa de Montcornet, sin faltar a ninguna de las veladas de la señorita Des Touches; se presentaba en aquellos lugares selectos después de una reunión de placer o de una cena dada por los autores o por los librereros; abandonaba los salones por una cena, fruto de cualquier apuesta; la conversación parisiense y el juego le absorbían las pocas ideas y fuerzas que le dejaban sus excesos. El poeta no tuvo ya esa lucidez de inteligencia, esa frialdad de cerebro necesarias para observar a su alrededor, para desplegar el exquisito tacto que los arribistas deben emplear en todo instante; le fue imposible reconocer los momentos en que la señora de Bargeton volvía a él y se le alejaba herida, le concedía su gracia o le volvía a condenar de nuevo.

Châtelet se dio cuenta de las oportunidades que quedaban a su rival, y se hizo amigo de Lucien para mantenerlo ven la disipación en la que su energía se iba perdiendo. Rastignac, celoso de su compatriota, y que además encontraba en el barón un aliado más seguro y más útil que Lucien, abrazó la causa de Châtelet. Por lo tanto, unos días después del encuentro del Petrarca y la Laura de Angulema, Rastignac había reconciliado al poeta y al antiguo guapo del Imperio en medio de una magnífica cena en el Rocher de Cancale.

Lucien, que se retiraba siempre a la mañana y se levantaba a media tarde, no sabía resistirse a un amor a domicilio, siempre dispuesto. Con tal motivo, el resorte de su voluntad, doblegado por una pereza que le hacía indiferente a las grandes resoluciones tomadas en los momentos en que veía su posición bajo su verdadero aspecto, se anuló por completo y pronto no reaccionó más que ante las más fuertes presiones de la miseria.

Después de haberse sentido muy dichosa de ver a Lucien divirtiéndose, después de haberle animado, viendo en esta disipación una garantía para la duración de su unión y unos lazos en las necesidades que le creaba, la dulce y tierna Coralie tuvo el valor de recomendar a su amante que no olvidara el trabajo, y se vio obligada a decirle que durante el mes había ganado muy poco.

El amante y la querida se endeudaron con espantosa rapidez. Los mil quinientos francos que quedaban del precio de *Las Margaritas* y los primeros quinientos francos que ganó Lucien, habían sido devorados prontamente. En tres meses, sus artículos no producían al poeta más de mil francos, y creyó haber trabajado enormemente. Pero Lucien había adoptado la jurisprudencia despreocupada que los vividores tenían para con las deudas. Las deudas son bonitas en los muchachos de veinticinco años; después, nadie se las perdona.

Hay que señalar que ciertas almas, verdaderamente poéticas pero en las que la voluntad se debilita, ocupadas en sentir para expresar sus sensaciones por medio de imágenes, carecen esencialmente del sentido moral que debe acompañar a toda observación. Los poetas prefieren recibir impresiones que penetrar en los otros y estudiar el mecanismo de los sentimientos. De ese modo, Lucien no preguntó a los vividores cuántos de entre ellos solían desaparecer, no vio el porvenir de aquellos pretendidos amigos, que unos tenían herencias, los otros esperanzas ciertas, éstos reconocido talento, aquéllos la más intrépida fe en su porvenir y el premeditado propósito de burlar las leyes. Lucien creyó en su porvenir, fiándose de estos profundos axiomas de Blondet: «Todo acaba por arreglarse». «Nada pierden los que nada tienen». «Sólo podemos perder la fortuna que buscamos». «Siguiendo la corriente se acaba por llegar a alguna parte». «Una persona de ingenio, que tiene entrada en el gran mundo, hace fortuna cuando quiere».

Este invierno, colmado de tantos placeres, fue necesario a Théodore Gaillard y a

Hector Merlin para encontrar los capitales que exigían la fundación de *El Despertar*, cuyo primer número no apareció hasta marzo de 1822. Este negocio se trataba en casa de la señora de Val-Noble. Esta elegante e ingeniosa cortesana, que decía enseñando sus magníficas estancias: «He aquí los cuentos de *Las mil y una noches*», ejercía cierta influencia sobre los banqueros, los grandes señores y los escritores del partido realista, acostumbrados todos a reunirse en su salón para tratar de ciertos asuntos que sólo podían ser tratados allí.

Hector Merlin, a quien habían prometido la jefatura de redacción de *El Despertar*, debía sostener a Lucien como brazo derecho, pues se había convertido en su íntimo amigo, y a quien se prometía también el folletín de uno de los periódicos ministeriales. Este cambio de frente en la posición de Lucien se preparaba sordamente a través de los placeres de su vida. Este muchacho se creía un gran político al disimular este golpe teatral y contaba mucho con las esplendideces ministeriales para arreglar sus cuentas y borrar las secretas preocupaciones de Coralie. La actriz, siempre sonriente, ocultaba sus apuros; pero Bérénice, más atrevida, informaba a Lucien.

Como todos los poetas, este gran hombre en ciernes se conmovía un momento con los desastres, prometía trabajar, olvidaba su promesa y ahogaba esta preocupación pasajera en sus francachelas. Los días en que Coralie percibía unas nubes en la frente de su amante, reñía a Bérénice y decía a su poeta que todo se arreglaba.

La señora de Espard y la señora de Bargeton esperaban la conversión de Lucien para hacer pedir al ministro por Châtelet, decían ellas, la tan deseada orden para el cambio de apellido. Lucien había prometido dedicar sus Margaritas a la marquesa de Espard, que parecía muy halagada por una distinción que los autores han convertido en rara una vez en el poder. Cuando Lucien iba por la noche a casa de Dauriat y preguntaba cómo estaba su libro, el librero le presentaba excelentes razones para retrasar su impresión. Dauriat tenía esta u otra operación en marcha, que le acaparaba todo su tiempo; se iba a publicar un nuevo libro de Canalis, con el que no se podía indisponer; las segundas! Meditaciones del señor de Lamartine estaban en prensa y dos importantes obras de poesía no tenían que coincidir, y además, el autor tenía que fiarse de la habilidad de su librero. Sin embargo, mientras tanto, las necesidades de Lucien se hacían tan perentorias que tuvo que recurrir a Finot, quien le hizo algunos adelantos a cuenta de sus artículos. Cuando por las noches el poeta-periodista explicaba durante la cena su situación a sus amigos los vividores, ahogaban sus escrúpulos en olas de champán helado, con bromas.

—¡Las deudas! Ciertamente no existe ningún hombre importante sin ellas. Las deudas representan necesidades satisfechas, vicios exigentes. Un hombre no triunfa más que oprimido por la mano de la necesidad.

—¡A los grandes hombres, el Monte de Piedad, agradecido! —le gritó Blondet.

—Quererlo todo es deberlo todo —decía Bixiou.

—No, deberlo todo es haberlo tenido todo —replicaba Des Lupeaulx.

Los vividores sabían probar a este muchacho que sus deudas serían el aguijón de oro con el que picaría los caballos enganchados al carro de su fortuna. Y luego aducían el caso de César, con sus cuarenta millones de deudas, y el de Federico II recibiendo de su padre un ducado al mes; y siempre los famosos, los corruptores ejemplos de los grandes hombres mostrados en sus vicios y no en todo el vigor de su valor y de sus concepciones. Finalmente, el coche, los caballos y el mobiliario de Coralie fueron embargados por diversos acreedores, por sumas cuyo total alcanzaba los cuatro mil francos. Cuando Lucien recurrió a Lousteau para pedirle el billete de mil francos que le había prestado, Lousteau le enseñó documentos timbrados que atestiguaban en casa de Florine una situación análoga a la de Coralie; pero Lousteau, agradecido, le propuso hacer gestiones necesarias para colocar su libro *El arquero de Carlos IX*.

—¿Cómo ha llegado Florine hasta ese punto? —preguntó Lucien.

—El Matifat se ha asustado —contestó Lousteau—; le hemos perdido, pero si Florine quiere pagará cara su traición. Ya te contaré el asunto.

Tres días después de la inútil gestión hecha por Lucien en casa de Lousteau, los dos amantes desayunaron tristemente junto al fuego en su bello dormitorio; Bérénice les había hecho unos huevos al plato en la chimenea, ya que la cocinera, el cochero y el resto de los criados se habían marchado. Era imposible poder disponer del mobiliario embargado. Ya no quedaba en la casa ningún objeto de oro o plata, ni ningún valor intrínseco; pero todo estaba representado por papeletas del Monte de Piedad, que formaban un pequeño volumen en octavo muy instructivo. Bérénice había conservado dos cubiertos. El pequeño diario proporcionaba inapreciables servicios a Lucien y a Coralie conservando al sastre, la modista y la costurera, que temblaban ante la idea de enojar a un periodista que podía desacreditar sus negocios.

Lousteau llegó durante el desayuno, exclamando:

—¡Hurra! ¡Viva *El arquero de Carlos IX*! He hecho cien francos de libros, amigos míos —dijo—. Repartamos.

Dio cincuenta francos a Coralie y envió a Bérénice por un almuerzo más sustancioso.

—Ayer, Hector Merlin y yo comimos con librerías y preparamos la venta de tu novela mediante hábiles insinuaciones. Tú estás en tratos con Dauriat, pero Dauriat regatea, no quiere dar más de cuatro mil francos por dos mil ejemplares, y tú quieres seis mil francos. Te hemos hecho dos veces más grande que Walter Scott. ¡Oh! ¡Llevas dentro novelas incomparables! No ofreces un libro, sino un negocio; no eres el autor de una novela, más o menos ingeniosa, ¡serás una colección! Esta palabra,

colección, ha causado efecto. Así pues, no olvides tu papel, tienes en cartera: *La gran mademoiselle* o *Francia bajo Luis XIV*, *Cotillón* o *Los Primeros días de Luis XV*. *La Reina y el Cardenal* o *Cuadro de París bajo la Fronda*, *Los hijos de Concini* o *Una intriga de Richelieu*... Estas novelas serán anunciadas en la cubierta. A esta maniobra la llamamos adelantar el éxito. Se hacen saltar los libros en la cubierta hasta que se hacen célebres, y entonces se llega a ser más grande por las obras que no se han hecho que por las que en realidad se ha escrito: El *En prensa* es la hipoteca literaria. Así que, ¿nos reímos un poco? Aquí hay champaña. Ya te puedes imaginar, Lucien, que nuestros hombres han abierto unos ojos grandes como tus platos... ¿Tienes aún platos?

—Los han embargado —exclamó Coralie.

—Comprendo y continuó —dijo Lousteau—. Los libreros creerán en tus manuscritos en cuanto vean uno solo, En librería se pide ver el manuscrito, se tiene la pretensión de leerlo. Dejemos a los libreros su fatuidad: nunca leen los libros; si no, no publicarían tantos. Hector y yo hemos dejado presentir que por cinco mil francos concederás tres mil ejemplares en dos ediciones. Dame el manuscrito de *El arquero*, pasado mañana comemos con los libreros y se lo colocamos.

—¿Quiénes son?

—Dos socios, dos buenos muchachos, bastante decididos en negocios, llamados Fendant y Cavalier. El uno es un antiguo encargado de la casa Vidal y Porchon, y el otro es el viajante más hábil del muelle de los Agustinos, ambos establecidos desde hace un año. Después de haber perdido algún dinero publicando novelas traducidas del inglés, mis dos valientes quieren explotar las novelas indígenas. Corre el rumor de que esos dos comerciantes de papel emborronado arriesgan únicamente los capitales de los demás, pero me imagino que eso de saber a quién pertenece el dinero que te vayan a dar te debe dejar bastante indiferente.

Al cabo de dos días, los dos periodistas estaban invitados a almorzar en la calle Serpente, en el antiguo barrio de Lucien, en donde Lousteau seguía conservando su habitación de la calle de La Harpe y Lucien, que fue a recoger a su amigo, la encontró en el mismo estado que cuando entró en ella por vez primera, la tarde de su introducción en el mundo literario, pero ya no se sorprendió: su educación le había iniciado en las vicisitudes de la vida de los periodistas, y esperaba cualquier cosa.

El gran hombre de provincias había recibido, jugado y perdido el precio de más de un artículo, perdiendo, además, las ganas de hacerlo; había escrito más de una columna, según los procedimientos ingeniosos que Lousteau le había indicado cuando habían bajado por la calle de La Harpe al Palacio Real. Caído bajo la dependencia de Barbet y de Braulard, traficaba con libros y entradas de teatros; finalmente, no retrocedía ante ningún elogio ni ante ningún ataque; en aquel momento hasta experimentaba una alegría en poder sacar de Lousteau todo el partido

posible antes de volver la espalda a los liberales, que se proponía atacar tanto mejor cuanto que los había estudiado muy a fondo. Por su parte, Lousteau recibía, a expensas de Lucien, una suma de quinientos francos en dinero de Fendant y Cavalier bajo la forma de comisión, por haber procurado este futuro Walter Scott a los dos libreros en busca de un Scott francés.

La casa Fendant y Cavalier era una de esas empresas de librería establecidas sin ninguna especie de capital, como por aquel entonces se establecían muchas, y como seguirán estableciéndose mientras los papeleros e impresores continúen dando crédito a los libreros durante el tiempo necesario para jugar seis o siete de estas manos de cartas llamadas publicaciones.

Entonces, como ahora, las obras se compraban a los autores en letras con vencimiento a seis, nueve y doce meses, pago fundado en la naturaleza de la venta que se salda entre libreros con valores aún a más largo plazo. Estos libreros pagaban con la misma moneda a papeleros e impresores, que tenían de esa forma durante un año entre las manos, gratis, toda una librería compuesta de una docena o una veintena de obras. Suponiendo dos o tres éxitos, el producto de los buenos negocios saldaba los malos, y ellos se mantenían empalmando libro tras libro. Si las operaciones eran todas dudosas, o si para su desgracia se encontraban con buenos libros que no podían venderse sino hasta después de haber sido gustados, apreciados por el verdadero público; si los descuentos de sus valores eran onerosos, si ellos mismos experimentaban quiebras, depositaban tranquilamente su resultado, sin ninguna preocupación, preparados ya de antemano para ese resultado. De ese modo, todos los triunfos estaban a su favor; jugaban sobre el tapete verde de la especulación los fondos de otro, y no los suyos propios. Fendant y Cavalier se encontraban en esta situación. Cavalier había aportado su experiencia, Fendant había juntado a ello su industria. El capital social merecía ese nombre con toda justicia, ya que consistía en unos miles de francos ahorrados penosamente por sus amantes, y sobre los que, el uno y el otro, se habían atribuido sueldos bastante considerables y gastados de forma muy escrupulosa en cenas ofrecidas a los periodistas y a los autores, y en los espectáculos, que era donde se hacían, según ellos, los verdaderos negocios.

Estos medio bribones pasaban por ser personas hábiles; pero Fendant era más astuto que Cavalier. Cavalier, haciendo honor a su nombre, viajaba, y Fendant dirigía los negocios en París. Esta asociación fue lo que será siempre entre dos libreros, un duelo. Los socios ocupaban una planta baja de una de esas viejas mansiones de la calle Serpente, en donde el despacho de la casa se encontraba al final de vastos salones convertidos en almacenes. Habían publicado ya numerosas novelas, tales como *La torre del Norte*, *El mercader de Benarés*, *La fuente del sepulcro*, *Tekeli*, las novelas de Galt, autor inglés que no triunfó en Francia. El éxito de Walter Scott despertaba tanto la atención de la librería sobre los productos de Inglaterra, que todos

los libreros, como verdaderos normandos, estaban preocupados por la conquista de Inglaterra; buscaban allí Walter Scott, como más tarde se habían de buscar los asfaltos en los terrenos pedregosos, betún en los pantanos y realizar beneficios sobre los ferrocarriles en proyecto.

Una de las mayores estupideces del comercio parisiense es de querer encontrar el éxito en los análogos, cuando se encuentra en los contrarios. En París, sobre todo, el éxito mata al éxito. Así pues, bajo el título *Les Strelitz*, o *Rusia hace cien años*, Fendant y Cavalier colocaban valientemente en gruesos caracteres: «al estilo de Walter Scott». Fendant y Cavalier tenían sed de un triunfo: un buen libro podía servirles para despachar su mercancía, y se habían engolosinado ante la perspectiva de tener artículos en los periódicos, el gran argumento de venta en aquel entonces, ya que es muy raro que un libro sea comprado por su propio valor y casi siempre se publica por razones ajenas a su mérito. Fendant y Cavalier veían en Lucien al periodista, y en su libro una fabricación cuya primera venta les facilitaría un fin de mes.

Los periodistas encontraron a los socios en su despacho, el contrato dispuesto y las letras firmadas. Esta rapidez maravilló a Lucien, Fendant era un hombrecillo delgado, con una fisonomía más bien siniestra: tenía el aspecto de un calmuco, pequeña frente baja, nariz chata, boca fina, ojillos brillantes, un rostro de rasgos atormentados, tez basta y una voz que se parecía al sonido de una campana rota; en una palabra, todo el aspecto exterior de un pillo redomado, pero compensaba todas estas desventajas exteriores con sus melosos discursos y llegaba a sus fines mediante la conversación. Cavalier, un personaje redondo y a quien se hubiese tomado más por postillón que por librero, tenía los cabellos rubios, el rostro colorado, el cuello grueso y la eterna verborrea del viajante de comercio.

—No tendremos por qué discutir —dijo Fendant, dirigiéndose a Lucien y a Lousteau—. He leído la obra, es muy literaria, y nos conviene tanto que ya he enviado el manuscrito a la imprenta. El contrato está redactado de acuerdo con las condiciones que ya hemos estipulado. Nuestras letras son a seis, nueve y doce meses; las podrá descontar fácilmente y nosotros le reembolsaremos el descuento. Nos hemos reservado el derecho de dar otro título a la obra, no nos gusta *El arquero de Carlos IX*, no despierta suficientemente la curiosidad de los lectores, hay muchos reyes con el nombre de Carlos, y en la Edad Media ¡había tantos arqueros! Si dijera ¡El soldado de Napoleón!; pero ¿*El arquero de Carlos IX*?... Cavalier se vería obligado a dar un curso de historia de Francia para colocar cada ejemplar en provincias.

—Si conociera las personas con las que tenemos que enfrentarnos —exclamó Cavalier.

—La jornada de San Bartolomé sería mejor —continuó Fendant.

—Catalina de Médicis o Francia bajo Carlos IX —dijo Cavalier— se parecería más a un título de Walter Scott.

—En fin, lo decidiremos cuando la obra haya sido impresa —añadió Fendant.

—Como quieran —dijo Lucien—, con tal de que el título me guste.

Leído y firmado el contrato e intercambiadas las copias, Lucien se metió las letras en el bolsillo con satisfacción sin igual. Luego, los cuatro subieron a la casa de Fendant, en donde tuvieron uno de los más vulgares almuerzos: ostras, filetes, riñones con champán y queso de Brie; pero estos manjares fueron acompañados por exquisitos vinos debidos a Cavalier, que conocía a un representante de vinos. En el momento de sentarse a la mesa, apareció el impresor a quien se había confiado la impresión de la novela, y que vino a sorprender a Lucien, al traerle las dos primeras páginas de su libro en pruebas.

—Queremos ir rápidamente —dijo Fendant a Lucien—; contamos con su libro y tenemos gran necesidad de un éxito.

El almuerzo, que comenzó hacia el mediodía, no acabó hasta las cinco.

—¿Dónde podemos encontrar dinero? —preguntó Lucien a Lousteau.

—Vamos a ver a Barbet —dijo Étienne.

Los dos amigos bajaron un tanto alegres y animados por el muelle de los Agustinos.

—Coralie se ha quedado muy sorprendida por la pérdida que ha sufrido Florine; Florine no se lo dijo ayer, te atribuye esa desgracia y está tan irritada que parece dispuesta a abandonarte —dijo Lucien a Lousteau.

—Es verdad —dijo Lousteau, que no conservó su prudencia y se confió a Lucien—. Amigo mío, ya que tú eres mi amigo, tú, Lucien, me has prestado mil francos y hasta ahora sólo me los has pedido una vez. Desconfía del juego. Si no jugara, sería feliz. Debo a Dios y al diablo. En este momento tengo los agentes ejecutivos pegados a mis talones. En una palabra, cuando aparezco por el Palacio Real me veo obligado a doblar cabos peligrosos.

En el lenguaje de los vividores, doblar un cabo en París es tener que dar un rodeo, sea por no pasar delante de un acreedor, sea por tener que evitar el sitio en donde uno podría encontrarse con él. Lucien, que no iba indiferentemente por todas las calles, conocía la maniobra sin conocer su nombre.

—Así pues, ¿debes mucho?

—¡Una miseria! —repuso Lousteau—. Mil escudos me salvarían. He querido formalizarme, no jugar más, y para salir a flote he hecho un poco de chantaje.

—¿Qué es eso de chantaje? —preguntó Lucien, para quien la palabra era desconocida.

—El chantaje es una invención de la prensa inglesa, importada recientemente en Francia. Los chantajistas son personas situadas de forma que puedan disponer de

periódicos. Nunca un director de periódico ni un redactor jefe puede ser sospechoso de estar mezclado en el chantaje. Se tienen para ello a los Giroudeau y a los Philippe Bridau. Estos *bravi* se encuentran con un hombre que, por determinadas razones, no quiere que se ocupen de él. Muchas personas tienen sobre su conciencia pecadillos más o menos originales. Hay muchas fortunas sospechosas en París, obtenidas por caminos más o menos legales, muy a menudo mediante maniobras criminales y que proporcionarían deliciosas anécdotas, como los gendarmes de Fouché cercando a los espías del prefecto de policía, el cual, como no estaba en el secreto de la fabricación de los billetes falsos del banco inglés, iban a prender a los impresores clandestinos protegidos por el ministro; luego, la historia de los diamantes del príncipe Galathione, el asunto Maubreuil, la herencia Pombretton, etc. El chantajista se ha procurado alguna pieza, un documento importante, y pide una cita al hombre enriquecido. Si la persona comprometida no entrega una suma determinada, el chantajista le muestra la prensa preparada a perseguirle, a desvelar sus secretos. El hombre rico tiene miedo y suelta el dinero. El asunto queda zanjado. Si uno se dedica a una operación peligrosa, ésta podría fracasar de resultas de una publicación de artículos: se le envía un chantajista que le propone la compra de los artículos. Hay ministros a quienes se han enviado chantajistas y que juntos con ellos estipulan que el periódico atacará sus actos políticos y no su persona, o que les abandonan su persona, pero piden gracia para sus amantes. Des Lupeaulx, ese encantador *maître des requêtes* que conoces, está perpetuamente ocupado en esa clase de negociaciones con los periodistas. El muy bribón se ha hecho una maravillosa posición en el centro del poder mediante sus relaciones: es, a la vez, el mandatario de la prensa y el embajador de los ministros, chalanea con el amor propio y extiende este comercio hasta a los asuntos políticos; obtiene de los periódicos su silencio sobre determinado empréstito, sobre una concesión otorgada sin concurso ni publicidad, de lo que se da una parte a los lince de la banca liberal. Tú mismo has hecho un poco de chantaje con Dauriat, te ha dado mil escudos para impedirte que arremetieses contra Nathan. En el siglo dieciocho, cuando el periodismo estaba aún en pañales, el chantaje se hacía por medio de panfletos, cuya destrucción era comprada por las favoritas y por los grandes señores. El inventor del chantaje fue el Aretino, un gran hombre de Italia, que imponía reyes como hoy en día un diario determinado impone a los actores.

—¿Qué es lo que tú has hecho contra Matifat para obtener tus mil escudos?

—He hecho atacar a Florine en seis periódicos, y Florine se ha quejado a Matifat, Matifat ha rogado a Braulard que se enterara de la razón de esos ataques, Braulard ha sido engañado por Finot. Finot, aprovechando que yo le chantajeaba, ha dicho al droguero que tú atacabas a Florine en provecho de Coralie. Giroudeau se ha llegado entonces hasta Matifat para decirle confidencialmente que todo se arreglaría si estaba dispuesto a vender su sexta parte de propiedad en la revista de Finot por diez mil

francos. Finot me daba mil escudos en caso de que la cosa saliera bien. Matifat iba a realizar el negocio, dichoso por encontrarse con diez mil francos de sus treinta mil que le parecían aventurados, ya que desde hacía unos días Florine no cesaba de decirle que la revista no salía adelante. En lugar de un dividendo que cobrar, era cuestión de una nueva inversión de capital. Antes de depositar su parte, el director del Panorama Dramático ha tenido que negociar algunos valores, y para que Matifat se los negociara, le ha prevenido de la jugada que le preparaba Finot. Matifat, comerciante al fin y al cabo, ha abandonado a Florine, se ha guardado su sexta parte y ahora sabe lo que pretendemos. Finot y yo gritamos de desesperación. Hemos tenido la desgracia de atacar a un hombre que no se siente ligado a su amante, un hombre miserable, sin alma ni corazón. Desgraciadamente, el comercio que Matifat realiza no es campo de la prensa; es inatacable en sus intereses. No se critica a un droguero de la misma manera que se critican los sombreros, los objetos de moda, los teatros o los asuntos de arte. El cacao, la pimienta, las pinturas, los tintes y el opio no pueden depreciarse. Florine está al borde de la desesperación, el Panorama cierra mañana y no sabe qué hacer.

—Al cerrar el teatro, Coralie debuta en el Gimnasio dentro de unos días —dijo Lucien—; ella podrá ayudar a Florine.

—¡Nunca! —dijo Lousteau—. Coralie no tiene ingenio, pero aún no es tan tonta para crearse una rival! ¡Nuestros asuntos no pueden estar peor! Pero Finot se encuentra tan ansioso por recuperar su sexta parte...

—¿Y por qué?

—El negocio es excelente, amigo mío. Existe la posibilidad de vender el diario en trescientos mil francos. Finot tendría entonces una tercera parte, además de una comisión dada por sus asociados y que él repartiría con Des Lupeaulx. Así pues, le voy a proponer una maniobra de chantaje.

—Pero el chantaje, ¿es la bolsa o la vida?

—Mucho mejor —replicó Lousteau—. Es la bolsa o el honor. Anteayer, un pequeño diario, a cuyo propietario se le había rehusado un crédito, dijo que el reloj de repetición rodeado de diamantes, y perteneciente a una de las notabilidades de la capital, se encontraba de forma sorprendente entre las manos de un soldado de la guardia real, y prometía la narración de esta historia, digna de las *Mil y una noches*. La notabilidad se ha apresurado a invitar a una cena al redactor jefe. El redactor jefe, indudablemente, ha ganado algo, pero la historia contemporánea ha perdido la anécdota del reloj. Siempre que veas que la prensa se encarniza con gente poderosa, piensa que ahí hay descuentos que se rehúsan o negocios que no se han querido hacer. Este chantaje relativo a la vida privada es lo que más temen los ricos ingleses, y es algo que se tiene muy en cuenta en los ingresos de la prensa británica, infinitamente más depravada que la nuestra. ¡Nosotros somos unos niños! En Inglaterra una carta

comprometedora se compra por seis o siete mil francos para revenderla después.

—¿Y qué forma has encontrado para atrapar a Matifat? —le preguntó Lucien.

—Amigo mío —repuso Lousteau—, ese vil tendero ha escrito las más curiosas cartas a Florine: ortografía, estilo, pensamientos, todo es de una extraordinaria comicidad. Matifat teme mucho a su mujer, y nosotros podemos, sin nombrarle, sin que pueda quejarse, alcanzarle en el seno de sus lares y de sus penates, donde él se cree seguro. Piensa en su furor al ver el primer artículo de una novela de costumbres, titulada *Los amores de un droguero*, cuando haya sido prevenido de la casualidad que pone en manos de los redactores de cierto periódico cartas en las que habla del pequeño Cupido, y en donde escribe gamas en vez de jamás, y en donde dice que Florine le ayuda a atravesar el desierto de la vida, lo cual puede interpretarse como que la toma por un camello. En una palabra, hay como para que los suscriptores se mueran de risa durante quince días con esta correspondencia eminentemente risible. Le asustaremos con una carta anónima por la que pondríamos a su mujer al corriente de todo, una vez acabada la publicación. Florine, ¿querrá cargar con la responsabilidad de hacer como que persigue a Matifat? Ella tiene aún sus principios, es decir, esperanzas. Tal vez guarda las cartas para ella y quiere obtener una parte. Es muy astuta, es mi discípula. Pero cuando sepa que el magistrado de embargos no es ninguna broma, y cuando Finot le haya hecho un regalo aceptable o dado la esperanza de un contrato, me entregará las cartas, que enviaré a Finot a cambio de escudos. Finot dará la correspondencia a su tío, y Giroudeau hará capitular al droguero.

Esta confidencia hizo que Lucien recapacitara y volviese a la realidad; en primer lugar pensó que tenía amigos extremadamente peligrosos; luego, pensó que no tenía que pelearse con ellos, ya que podía tener necesidad de su terrible influencia en el caso en que la señora de Espard, la señora de Bargeton y Châtelet faltaran a su palabra. Étienne y Lucien habían llegado entonces al muelle, ante la miserable tienda de Barbet.

—Barbet —dijo Étienne al librero—, tenemos cinco mil francos de Fendant y Cavalier a seis, nueve y doce meses; ¿quiere descontarnos las letras?

—Las tomo por mil escudos —dijo Barbet con calma imperturbable.

—¡Mil escudos! —exclamó Lucien.

—Nadie se los dará —repuso el librero—. Estos caballeros quebrarán antes de tres meses; pero yo conozco dos obras tuyas cuya venta es dura, no pueden esperar, yo se las compraré al contado y les daré sus valores; de esa forma tendré dos mil francos de disminución en la mercancía.

—¿Quieres perder dos mil francos? —dijo Étienne a Lucien.

—¡No! —exclamó Lucien, asustado por este primer negocio.

—Haces mal —dijo Étienne.

—No negociarán su papel en ninguna parte —dijo Barbet—. El libro de este

caballero es la última jugada de Fendant y Cavalier, no lo pueden imprimir si no es dejando los ejemplares en depósito en casa del impresor, y sólo un éxito les salvará por seis meses, ya que, tarde o temprano, saltarán. Esas personas beben más vasos que libros venden. Para mí sus efectos representan un negocio y en él pueden encontrar un valor superior al que darían los que descuentan, que se preguntarán qué es lo que vale cada firma. El comercio del descuento es saber si tres firmas darán cada una un treinta por ciento en caso de quiebra. En primer lugar, no ofrecen más que dos firmas, y cada una de ellas no vale ni el diez por ciento.

Los dos amigos se miraron sorprendidos al oír salir de boca de aquel pedante un análisis en donde en pocas palabras se encontraba toda la quintaesencia del negocio del descuento.

—Nada de frases, Barbet —le dijo Lousteau—. ¿Adónde podemos ir para tratar de un descuento?

—El viejo Chaboisseau, en el muelle San Miguel, ya saben, ha hecho el último balance en la casa Fendant. Si no aceptan mi proposición, vayan a verle, pero volverán, y entonces no les daré más que dos mil quinientos francos.

Étienne y Lucien se fueron al muelle de San Miguel, hasta una casita con jardín en donde vivía este Chaboisseau, uno de los banqueros de la librería, y le encontraron en el segundo piso, en una habitación amueblada de la manera más original. Este banquero subalterno, y sin embargo, millonario, era un entusiasta del estilo griego. La cornisa de la habitación era una greca. Cubierta por un ropaje teñido de púrpura y dispuesta a la griega a lo largo de la pared, como el fondo de un cuadro de David, la cama, de una forma muy sencilla, databa del Imperio, época en que todo se fabricaba con ese gusto. Los sillones, las mesas, las lámparas, los candelabros y hasta los menores accesorios, escogidos sin duda pacientemente en los mueblistas, respiraban la gracia fina, frágil y elegante de la antigüedad. Este sistema mitológico y ligero formaba un extraño contraste con las costumbres del banquero.

Hay que tener en cuenta que las personas más fantásticas se encuentran entre los que se dedican al comercio, del dinero. Estas personas son, en cierto modo, los libertinos del pensamiento. Pudiendo poseerlo todo, y saturados de todo, en consecuencia, se entregan a enormes esfuerzos para salirse de su indiferencia. Quien sabe estudiarlos, encuentra siempre una manía, un rincón de su corazón por el que son accesibles. Chaboisseau parecía atrincherado en la antigüedad como en una plaza inexpugnable.

—Sin duda alguna es digno de su enseña —dijo sonriendo Étienne a Lucien.

Chaboisseau, un hombrecillo de pelo empolvado, con levita verdosa, chaleco color avellana, con pantalón negro que se acababa en unas medias chiné y en unos zapatos que gemían cuando andaba, tomó las letras, las examinó y luego las devolvió a Lucien, gravemente.

—Los señores Fendant y Cavalier son personas encantadoras, unos jóvenes llenos de inteligencia, pero en la actualidad me encuentro desprovisto de fondos —dijo con voz suave.

—Mi amigo será razonable en el descuento —replicó Étienne.

—No tomaría esos valores por ningún dinero —dijo el hombrecillo, cuyas palabras resbalaron sobre la proposición de Lousteau como la cuchilla de la guillotina sobre el cuello de un hombre.

Los dos amigos se retiraron; al atravesar la antecámara, hasta donde prudentemente les acompañó Chaboisseau, Lucien vio un montón de libros que el banquero, antiguo librero, había comprado, y entre los que, de repente, destacó a los ojos del novelista la obra del arquitecto Ducerceau sobre las mansiones reales y los castillos célebres de Francia, cuyos planos se encuentran dibujados con bastante exactitud.

—¿Me cedería esta obra? —preguntó Lucien.

—Sí —repuso Chaboisseau, que de banquero se convirtió en librero.

—¿A qué precio? —Cincuenta francos.

—Es caro, mas la necesito; pero no tengo para pagarle más que las letras que no quiere.

—Tiene una letra de quinientos francos a seis meses, se la tomaré —dijo Chaboisseau, quien sin duda debía a Fendant y Cavalier una suma equivalente.

Los dos amigos volvieron a entrar en la habitación griega, en donde Chaboisseau extendió una pequeña factura con el seis por ciento de interés y seis por ciento de comisión, lo que producía una deducción de treinta francos, descontó la venta de los cincuenta francos, precio del Ducerceau, y sacó de su caja, llena de relucientes escudos, cuatrocientos veinte francos.

—Vaya, señor Chaboisseau, las letras son todas buenas o malas, ¿por qué no nos descuenta también las otras?

—Yo no descuento, me cobro una venta —dijo el buen hombre.

Étienne y Lucien reían aún de Chaboisseau sin entenderle, cuando llegaron a casa de Dauriat, donde Lousteau rogó a Gabusson que le indicara un banquero. Los dos amigos tomaron un cabriolé por horas y fueron al bulevar Poissonnière provistos de una carta de recomendación que les había dado Gabusson, anunciándoles el más extraño y sorprendente particular, según su expresión.

—Si Samanon no acepta sus letras —había dicho Gabusson—, nadie se las descontará.

Librero en el entresuelo, comerciante de ropa y trajes en el primero, vendedor de grabados prohibidos en el segundo, Samanon, era además un prestamista a elevado interés. Ninguno de los personajes aparecidos en las novelas de Hoffmann, ninguno de los siniestros avaros de Walter Scott, puede ser comparado a lo que la naturaleza

social parisiense se había permitido crear en este hombre, si es que Samanon era un hombre.

Lucien no pudo reprimir un gesto de espanto ante el aspecto de aquel viejo diminuto, seco, cuyos huesos parecían querer atravesar la piel perfectamente curtida, salpicada de numerosas manchas verdes o amarillas, como una pintura de Tiziano o Pablo Veronés vista de cerca. Samanon tenía un ojo inmóvil y helado y el otro vivo y reluciente. El avaro, que parecía utilizar este ojo muerto para descontar, y emplear el otro para vender sus pinturas obscenas, llevaba una pequeña peluca aplastada cuyo negro era cada vez más rojizo y bajo la que sobresalían algunos cabellos blancos; su frente amarilla tenía una aptitud amenazadora, sus mejillas estaban profundamente hundidas por el hueso de las mandíbulas, y sus dientes, aún blancos, sobresalían sobre los labios como los de un caballo que bosteza. El contraste de sus ojos y la mueca de esta boca, todo, le daba un aire un tanto feroz. Los pelos de su barba, duros y puntiagudos, debían de pinchar como alfileres. Una pequeña levita raída que había llegado al estado de la yesca, una corbata negra, desteñida, usada por su barba y que dejaba ver un cuello arrugado como el de un payo, anunciaban el poco interés por remediar su siniestro aspecto.

Los dos periodistas encontraron a éste hombre sentado ante un escritorio horriblemente sucio, ocupado en pegar etiquetas en el dorso de algunos libros comprados en una almoneda. Tras de haber intercambiado una mirada por la que se comunicaron las mil preguntas que la presencia de un personaje tal despertaba, Lucien y Lousteau le saludaron dándole la carta de Gabusson y los valores de Fendant y Cavalier. Mientras Samanon leía, entró en aquella oscura tienda un hombre de gran inteligencia, vestido con una pequeña levita que parecía estar tallada en una chapa de zinc, hasta tal punto parecía estar solidificada con la aleación de mil sustancias extrañas.

—Necesito mi levita, mi pantalón negro y mi chaleco de raso —dijo a Samanon, presentándole una tarjeta numerada.

En cuanto Samanon tiró de la empuñadura de cobre de una campanilla, apareció una mujer que parecía normanda por la frescura de su rica carnación.

—Presta al caballero su ropa —dijo, dando la mano al autor—. Es un placer trabajar con usted, pero uno de sus amigos me ha enviado a un jovencito que me la ha jugado bien.

—¡Se la juegan! —dijo el artista a los periodistas, señalando a Samanon con un gesto profundamente cómico.

Este gran hombre dio, como dan los *lazzaroni* para recuperar por un día sus trajes de fiesta en el Monte di Pietá, treinta sueldos, que la mano amarilla y agrietada del usurero tomó e hizo caer en la caja de su escritorio.

—¿Qué comercio tan singular haces? —preguntó Lousteau a este gran artista,

dedicado al opio y que, retenido por la contemplación de los palacios encantados, no quería o no podía crear nada.

—Este hombre paga mucho más que el Monte de Piedad sobre las cosas enajenables, y además tiene la espantosa caridad de dejáros las tomar en las ocasiones en que hace falta ir vestido —repuso—. Esta noche voy a cenar a casa de los Keller, con mi amante. Me es más fácil tener treinta sueldos que doscientos francos, y vengo a buscar mi guardarropa, que desde hace seis meses ha proporcionado cien francos a este caritativo usurero. Samanon ha devorado ya mi biblioteca, libro a libro.

—Y sueldo a sueldo —dijo Lousteau, riendo.

—Le daré mil quinientos francos —dijo Samanon a Lucien.

Lucien dio un salto, como si el banquero le hubiese introducido en el corazón un hierro candente. Samanon miraba las letras con atención, examinando las fechas.

—Y aun tendré que ver a Fendant, para que me deje libros en depósito —dijo el avaro—. No vale usted mucho —añadió, dirigiéndose a Lucien—; vive con Coralie y sus muebles están embargados.

Lousteau miró a Lucien, quien tomó de nuevo las letras y de un salto salió de la tienda al bulevar, diciendo:

—¿Es el diablo?

El poeta contempló durante algunos instantes esta pequeña tienda, ante la que todos los que pasaban debían sonreír, hasta tal punto tenía un aspecto lastimoso, con sus cajas de libros sucias y mezquinas, preguntándose:

—¿Qué deben vender ahí?

Unos instantes después, el alto desconocido, que debía participar, al cabo de diez años, en la empresa inmensa pero sin base de los saintsimonianos, salió muy bien vestido, sonrió a los dos periodistas y se dirigió con ellos hacia el pasaje de los Panoramas, para completar allí su metamorfosis haciéndose limpiar las botas.

—Cuando se ve a Samanon entrar en casa de algún librero, un papelerero o un impresor, están perdidos —dijo el artista a los dos escritores—. Samanon es una especie de funerario que viene a tomar medida de un ataúd.

—No podrás descontar tus letras —dijo Étienne a Lucien.

—Si Samanon se niega —dijo el desconocido—, nadie acepta, ya que es la *ultima ratio*. Es uno de los corderos de Gigonnet, de Palma, Werbrust, Gobseck y otros cocodrilos que nadan en la plaza de París y con los que todo hombre cuya fortuna se ha de hacer o se está deshaciendo ha de toparse algún día.

—Si no puedes descontar tus letras al cincuenta por ciento —continuó Étienne—, será preciso cambiarlas por escudos.

—¿Cómo?

—Dáselas a Coralie, ella las llevará a Camusot. ¿Te sublevas? —continuó Lousteau, a quien Lucien detuvo en un sobresalto—. ¡Qué niñería! ¿Acaso puedes

hacer depender tu porvenir de una tontería semejante?

—Bueno, de todas maneras voy a llevar este dinero a Coralie —dijo Lucien.

—Otra tontería —exclamó Lousteau—. Con cuatrocientos francos no solucionarás nada donde se necesitan cuatro mil. Guarda algo para el caso de que tengamos que emborracharnos si perdemos, y juega.

—El consejo es bueno —dijo el alto desconocido.

A cuatro pasos del Frascati aquellas palabras tuvieron una virtud magnética. Los dos amigos despidieron el cabriolé y subieron al juego. Primero ganaron tres mil francos, volvieron a tener quinientos y ganaron de nuevo hasta tres mil setecientos francos; al cabo de un rato sólo tenían cien sueldos, pero volvieron a ganar dos mil francos y los apostaron a los pares para doblarlos en una sola jugada. En cinco veces no había salido par, así que colocaron en él toda la cantidad. Una vez más salió impar. Lucien y Lousteau rodaron entonces por la escalera de este célebre pabellón tras de haber consumido dos horas en agotadoras emociones. Se habían guardado cien francos. En las escaleras del pequeño peristilo de dos columnas que sostenían exteriormente una pequeña marquesina de zinc que más de un ojo había contemplado con amor o desesperación, Lousteau dijo viendo la inflamada mirada de Lucien:

—Comamos sólo cincuenta francos.

Los dos periodistas subieron de nuevo. En una hora llegaron a los mil escudos; colocaron los mil escudos al rojo que había salido cinco veces, fiándose al azar al que debían su anterior pérdida. Salió negro. Eran las seis.

—Comamos sólo veinticinco francos —dijo Lucien.

Esta nueva tentativa duró poco; los veinticinco francos fueron perdidos en diez veces. Lucien arrojó rabiosamente sus últimos veinticinco francos sobre la cifra de su edad y ganó: nada puede describir el temblor de su mano cuando tomó el rastrillo para retirar los escudos que el crupier le iba entregando uno a uno. Dio diez luisas a Lousteau, mientras le decía:

—Corre a casa Véry.

Lousteau comprendió a Lucien y se fue a encargar la cena. Lucien se quedó solo jugando; llevó sus treinta luisas al rojo y ganó. Enardecido por la voz secreta que a veces oyen los jugadores, lo dejó todo en el rojo y ganó; su vientre se convirtió entonces en un brasero. A pesar de la voz, llevó los ciento veinte luisas al negro y perdió. Sintió entonces en él la deliciosa sensación que sucede, en los jugadores, a las horribles agitaciones, cuando no teniendo nada que arriesgar abandonan el ardiente palacio en el que se han desvanecido sus fugaces sueños. Se reunió con Lousteau en Véry, en donde, según expresión de La Fontaine, se abalanzó sobre la cocina, y ahogó sus penas en el vino. A las nueve, estaba tan ebrio que no comprendió por qué su portera de la calle Vendôme le enviaba a la calle de la Lune.

—La señorita Coralie ha dejado la casa y se ha instalado en la dirección que está

escrita en este papel.

Lucien, demasiado borracho como para extrañarse de nada, subió de nuevo al coche que le había traído y se hizo conducir a la calle de la Lune, haciendo mentalmente chistes sobre el nombre de la calle. Aquella mañana había estallado la quiebra del Panorama Dramático. La actriz, asustada, se había apresurado a vender todo su mobiliario, con el consentimiento de sus acreedores, al pequeño Cardot, quien, por no cambiar el destino de este piso, había colocado en él a Florentine. Coralie lo había pagado todo y todo lo había liquidado, y satisfecho al propietario. Durante el tiempo que requirió esta operación, que ella llamó una colada, Bérénice adornaba con muebles comprados de ocasión un pequeño piso de tres habitaciones en la cuarta planta de una casa de la calle de la Lune, cerca del Gimnasio. Coralie esperaba allí a Lucien, habiendo salvado de este naufragio su amor sin mancilla y una bolsa con mil doscientos francos. Lucien, en su embriaguez, contó sus desdichas a Coralie y a Bérénice.

—Has hecho muy bien, ángel mío —le dijo la actriz, estrechándole en sus brazos—. Bérénice sabrá negociar muy bien tus letras con Braulard.

A la mañana siguiente, Lucien se despertó en medio de los encantadores goces que le prodigaba Coralie. La actriz redobló su amor y su ternura, como para compensar con los más preciados tesoros del corazón la indigencia de su nuevo hogar. Estaba hermosísima, con sus cabellos que escapaban debajo de un pañuelo anudado, blanca y fresca, con los ojos rientes, la palabra alegre como el rayo de sol naciente que entra por las ventanas para dorar esta encantadora miseria. La habitación, aún decente, estaba cubierta por un papel verde agua con bordes rojos, adornada con dos espejos, uno en la chimenea y otro sobre la cómoda. Una alfombra de ocasión, comprada por Bérénice con sus ahorros, a pesar de las órdenes de Coralie, disimulaba el rectángulo desnudo y frío del piso. Las ropas de los dos amantes estaba colocadas en un armario de luna y en la cómoda. Los muebles de roble estaban adornados con tela de algodón azul. Bérénice había salvado del desastre un reloj y dos jarrones de porcelana, cuatro cubiertos de plata y seis cucharillas. El comedor, contiguo al dormitorio, parecía el de la casa de un empleado de mil doscientos francos. La cocina estaba colocada frente al pasillo. Encima, Bérénice dormía en una buhardilla. El alquiler no pasaba de cien escudos. Esta horrible casa tenía una falsa puerta cochera. El portero se alojaba detrás de una de las hojas de la puerta condenada, provista de un ventanuco por el que vigilaba a diecisiete inquilinos. Esta colmena se llama una casa de alquiler de estilo notario.

Lucien vio un escritorio, un sillón, tinta, pluma y papel. La alegría de Bérénice, que contaba con el debut de Coralie en el Gimnasio; la de la actriz, que estudiaba su papel en un cuaderno de papel, adornado con una cinta azul, disiparon las inquietudes y tristeza del poeta, devuelto a la normalidad.

—Mientras en el gran mundo no se sepa nada de este resbalón, ya saldremos adelante —dijo él—. Después de todo, tenemos ante nosotros cuatro mil quinientos francos. Voy a explotar mi nueva posición en los periódicos realistas. Mañana inauguramos *El Despertar*. Ahora ya entiendo de periodismo, y ¡haré cosas!

Coralie, que sólo vio amor en estas palabras, besó los labios que las habían pronunciado. En aquel momento, Bérénice había colocado la mesa junto al fuego y acababa de servir un modesto desayuno compuesto de huevos cocidos, dos chuletas y café con leche. Llamaron. Tres amigos sinceros, D'Arthez, Léon Giraud y Michel Chrestien aparecieron ante los sorprendidos ojos de Lucien, quien les ofreció compartir con ellos su desayuno.

—No —dijo D'Arthez—. Venimos para negocios mucho más serios que simples consuelos, ya que lo sabemos todo; venimos de la calle Vendôme. Lucien, ya conoces mis opiniones. En cualquier otra circunstancia me alegraría de verte adoptar mis convicciones políticas, pero en la situación en que te encuentras, escribiendo en los diarios liberales, no puedes pasar a las filas de los ultras sin manchar para siempre tu carácter y mancillar tu existencia. Venimos a conjurarte en nombre de nuestra

amistad, por muy debilitada que se encuentre, a que no te rebajes de esa forma. Has atacado a los románticos, a las derechas y al Gobierno; por consiguiente, no puedes ahora defender al Gobierno, a las derechas y a los románticos.

—Las razones que me hacen obrar así provienen de un superior orden de ideas, el fin lo justificará todo —dijo Lucien.

—Tal vez no te das cuenta de la situación en la que nos encontramos —le dijo Léon Giraud—. El Gobierno, la Corte, el partido absolutista, o, si quieres comprenderlo todo en una expresión general, el sistema opuesto al sistema constitucional, y que se divide en varias fracciones, todas divergentes, en cuanto se trata de los medios que se han de adoptar para aplastar a la Revolución, están al menos de acuerdo en la necesidad de suprimir la prensa. La fundación de *El Despertar*, *El Rayo* y *La Bandera blanca*, todos periódicos destinados a responder a las injurias y a los gruñidos de la prensa liberal, y que en esto no lo apruebo, ya que este desconocimiento de la grandeza de nuestro sacerdocio es precisamente lo que nos ha llevado a publicar un periódico digno y grave, cuya influencia sea en poco tiempo respetable y de peso, digna e influyente —dijo, haciendo un paréntesis—; pues bien, esta artillería realista y ministerial es un primer ensayo de represalias emprendido para devolver a los liberales punto por punto, herida por herida. ¿Qué crees que sucederá, Lucien? Los suscriptores son en su mayoría de izquierdas. En la Prensa como en la guerra, la victoria será siempre de los grandes batallones. Vosotros seréis los infames, los embusteros, los enemigos del pueblo; los otros serán los defensores de la patria, personas honorables, mártires, aunque tal vez más pérfidos e hipócritas que vosotros mismos. Este medio aumentará la influencia perniciosa de la prensa, legitimando y consagrando sus empresas más odiosas. La injuria y el personalismo se convertirán en unos de esos derechos públicos, adoptados en provecho de los suscriptores y dado como cosa probada a causa de su recíproca utilización. Cuando el mal se revele en toda su extensión, las leyes restrictivas y prohibitivas, la censura, instalada a propósito del asesinato del duque de Berry y levantada a raíz de la apertura de las Cámaras, volverá. ¿Sabes las conclusiones que el pueblo francés sacará de este debate? Admitirá las insinuaciones de la prensa liberal, creerá que los Borbones quieren atacar los resultados materiales adquiridos durante la Revolución, se levantará el día menos pensado y echará a los Borbones. No solamente ensucias tu vida, sino que, además, un día te encontrarás en el partido vencido. Eres demasiado joven, demasiado recién llegado en la prensa; conoces demasiado poco los resortes secretos, las rúbricas; has excitado demasiada envidia para resistir el escándalo general que se levantará contra ti en los periódicos liberales. Serás arrastrado por el furor de los partidos que aún se encuentran en el paroxismo de la fiebre; sólo que su fiebre ha pasado de las brutales acciones de 1815 y 1816 a las ideas y a las luchas orales de la Cámara y a los debates de la prensa.

—Amigos míos —dijo Lucien—, no soy el atolondrado poeta que en mí queréis ver. A pesar de todo lo que pueda suceder, habré conseguido una ventaja que nunca me podrá dar el triunfo del partido liberal. Cuando obtengáis la victoria, mi asunto ya estará resuelto.

—Te cortaremos... el pelo —dijo riendo Michel Chrestien.

—Entonces ya tendré hijos —repuso Lucien—, y cortarme la cabeza será como no cortarme nada.

Los tres amigos no entendieron a Lucien, en quien sus relaciones con el gran mundo habían desarrollado en grado sumo el orgullo nobiliario y las vanidades aristocráticas. El poeta veía, y con razón, una inmensa fortuna en su belleza y en su ingenio, apoyados por el nombre y el título de conde de Rubempré. La señora de Espard, la señora de Bargeton y la señora de Montcornet le tenían sujeto por ese hilo como un niño tiene a un abejorro. Lucien volaba solamente en un determinado círculo. Las palabras: «¡Es de los nuestros, piensa bien!», pronunciadas tres días antes, en los salones de la señorita Des Touches, le habían embriagado, así como las felicitaciones que había recibido de los duques de Lenoncourt, Navarreins y Grandlieu, de Rastignac, de Blondet, de la bella duquesa de Maufrigneuse, del conde de Esgrignon, de Des Lupeaulx y de las personas más influyentes y sobresalientes del partido realista.

—¡Vámonos!, ya está dicho todo —repuso D'Arthez—. Te será más difícil que a cualquier otro mantenerte puro y conservar tu propia estima. Sufrirás mucho, te conozco, cuando te veas despreciado por aquellos mismos a los que te hayas consagrado.

Los tres amigos se despidieron de Lucien sin darle la mano de forma amistosa. Lucien quedó pensativo y triste durante unos instantes.

—¡Bah! Deja a esos tontos —dijo Coralie, saltando sobre las rodillas de Lucien y rodeándole el cuello con sus frescos y bellos brazos—. Se toman la vida en serio y la vida es una broma. Además, serás conde Lucien de Rubempré. Si es preciso, me timaré con la cancillería. Ya sé por dónde coger a ese libertino de Des Lupeaulx, que hará que tu edicto sea firmado. ¿Acaso no te he dicho que cuando te sea necesario un escalón más para coger tu presa, te servirá de escabel el cadáver de Coralie?

Al día siguiente, Lucien permitió que su nombre figurara entre los de los colaboradores de El Despertar. Este nombre fue anunciado como una conquista en los prospectos distribuidos por orden del ministerio en un tiraje de cien mil ejemplares. Lucien asistió a la comida triunfal que duró nueve horas en Robert, a dos pasos del Frascati, y al que asistieron los corifeos de la prensa realista: Martinville, Auger, Destains, y una multitud de autores aún vivos que en aquellos tiempos hacían monarquía y religión, según una frase ya consagrada.

—¡Se la vamos a dar buena a los liberales! —exclamó Hector Merlin.

—¡Caballeros! —replicó Nathan, que se enroló bajo aquella enseña, juzgando con razón que valía más tener a su lado que contra él a la autoridad en la explotación del teatro con la que soñaba—, si les vamos a hacer la guerra, hagámosla seriamente; no empecemos con fuego de salvas. Ataquemos a todos los escritores clásicos liberales sin distinción de edad ni sexo, pasémosles por el filo de la burla y no les concedamos cuartel.

—Seamos honrados, no nos dejemos ganar por los ejemplares, los regalos, el dinero de los librereros. Realicemos la restauración del periodismo.

—Muy bien —dijo Martinville—. *Justum et tenacem propositi virum*. Seamos implacables e hirientes. De Lafayette haré lo que es: ¡Gilles Primero!

—Yo —dijo Lucien— me encargo de los héroes del *Constitutionnel*, del sargento Mercier, de las obras completas del señor Jouy y de los ilustres oradores de izquierdas.

Una guerra a muerte quedó decidida y votada por unanimidad a la una de la madrugada por los redactores, que ahogaron todos sus matices y todas sus ideas en un ponche flamígero.

—Nos hemos hecho unos buenos calzones monárquicos y religiosos —dijo en el umbral de la puerta uno de los escritores más célebres de la literatura romántica.

Esta frase histórica, revelada por un librero que asistía a la cena, apareció a la mañana siguiente en *El Espejo*; pero su revelación fue atribuida a Lucien. Esta defección fue la señal de un espantoso clamor en los periódicos republicanos. Lucien se convirtió en su bestia negra y fue ridiculizado de la manera más espantosa: se contaron los infortunios de sus sonetos, se hizo saber al público que Dauriat prefería perder mil escudos antes que tener que imprimirlos, se le llamó el poeta sin sonetos.

Una mañana, en aquel mismo periódico en el que Lucien había debutado tan brillantemente, leyó las líneas siguientes, escritas exclusivamente para él, ya que el público no podía comprender la broma:

«Si el librero Dauriat persiste en no querer publicar los sonetos del futuro Petrarca francés, obraremos como enemigos generosos, abriremos nuestras columnas a estos poemas que deben ser picantes a juzgar por éste que nos hace llegar un amigo del autor».

Y bajo este anuncio terrible, el poeta leyó este soneto, que le hizo verter lágrimas amargas.

Una planta sucia y de feo aspecto
surgió un día en un macizo de flores,
y al ver sus tan espléndidos colores,

no se dudó de su origen selecto.
Se la aceptó, y en agradecimiento,
se burló cruelmente de las mejores,
que, azuzadas por todos sus rencores,
hicieron que probase el nacimiento.
Floreció entonces y ni un vulgar bufón
fue silbado nunca como en esta ocasión.
El jardín se burló de este cáliz vulgar.
El amo al pasar lo quebró sin perdón,
y en su tumba sólo un asno rebuznó,
ya que en realidad era un sucio Chardon (cardo).

Vernou habló de la pasión de Lucien por el juego y señaló por adelantado al *Arquero* como una obra antinacional en la que el autor tomaba la defensa de los degolladores católicos contra las víctimas calvinistas. En ocho días aquella querella se envenenó. Lucien contaba con su amigo Lousteau, que le debía mil francos y con el que había tenido pactos secretos; pero Lousteau se convirtió en el enemigo jurado de Lucien. He aquí de qué manera.

Desde hacía tres meses, Nathan amaba a Florine y no sabía de qué forma quitársela a Lousteau, para quien, además, ella era una providencia. En la desgracia y la desesperación en que se encontraba esta actriz al verse sin contrato, Nathan, el colaborador de Lucien, fue a ver a Coralie y le rogó que ofreciera a Florine un papel en una obra suya, asegurando que trataría de encontrar para la actriz sin teatro un contrato condicional en el Gimnasio. Florine, embriagada por la ambición, no dudó. Había tenido tiempo de examinar a Lousteau. Nathan era un ambicioso literario y político, un hombre que tenía tanta energía como necesidades, mientras que en Lousteau los vicios ahogaban la voluntad. La actriz, que quiso reaparecer rodeada de un nuevo esplendor, entregó las cartas del droguero a Nathan y Nathan las hizo comprar por Matifat a cambio de la sexta parte del periódico adquirido por Finot. Florine tuvo entonces un magnífico piso en la calle Hauteville y tomó a Nathan como protector delante de todo el periodismo y del mundillo teatral.

Lousteau se sintió tan cruelmente herido por ese proceder, que lloró al final de una comida que sus amigos le ofrecieron para consolarle. En esta orgía los invitados comprendieron que Nathan había hecho su juego. Algunos escritores, como Finot y Vernou, sabían la pasión del dramaturgo por Florine, pero, al decir de todos, Lucien, al maquinar este asunto, había faltado a las más santas leyes de la amistad. El espíritu de partido, el deseo de servir a sus nuevos amigos hacían inexcusable el proceder del nuevo monárquico.

—Nathan se deja arrastrar por la lógica de las pasiones, mientras que el gran

hombre de provincias, como dice Blondet, cede a sus cálculos —exclamó Bixiou.

De este modo la pérdida de Lucien, el intruso, aquel bribón que quería hundir a todo el mundo, fue unánimemente decretada y profundamente meditada. Vernou, que odiaba a Lucien, se encargó de no soltarlo. Para ahorrarse pagar mil escudos a Lousteau, Finot acusó a Lucien de haberle impedido ganar cincuenta mil francos dando a Nathan el secreto de la operación contra Matifat. Nathan, aconsejado por Florine, se había ganado el apoyo de Finot, vendiéndole su pequeño sexto por quince mil francos. Lousteau, que perdía sus mil escudos, no perdonó a Lucien esta lesión tan enorme para sus intereses.

Las heridas de amor propio se hacen incurables cuando penetra en ellas el óxido de plata. Ninguna expresión, ninguna pintura puede describir la rabia que se apodera de los escritores cuando sufre su amor propio, ni la energía que encuentran en el momento en que se sienten picados por las envenenadas flechas de la burla. Aquellos cuya energía y resistencia se ven estimuladas por el ataque, sucumben prontamente. Las personas tranquilas y que siguen su plan después del profundo olvido en el que cae un artículo injurioso, éstos despliegan el verdadero valor literario. De este modo, los débiles, al primer golpe de vista, parecen ser los fuertes, pero su resistencia dura poco.

Durante los primeros quince días, Lucien, rabioso, hizo llover una granizada de artículos en los periódicos realistas, en los que compartió el peso de la crítica con Hector Merlin. Todos los días, desde la brecha de El Despertar, hizo fuego con todo su ingenio, apoyado además por Martinville, quien fue el único que le sirvió sin malicia y al que no se puso al corriente de los acuerdos firmados con bromas, tras de beber, o en las Galerías de Madera, en casa Dauriat y en los bastidores de los teatros por los periodistas de ambos partidos a los que unía la camaradería secretamente. Cuando Lucien aparecía en el salón del Vaudeville, sólo las gentes de su partido le tendían la mano como a un amigo, mientras que Nathan, Hector Merlin y Théodore Gaillard fraternizaban descaradamente con Finot, Lousteau, Vernou y alguno de aquellos periodistas decorados con el apodo de buenos muchachos.

Por aquella época, el salón del Vaudeville, era el punto de reunión principal de toda la maledicencia literaria, una especie de gabinete donde acudían los pertenecientes a todos los partidos, hombres políticos y magistrados. Después de una reprimenda hecha en cierta Cámara del Consejo, el presidente, que había reprochado a uno de sus colegas el barrer con su toga los escenarios y bastidores, se encontró, toga con toga, con el amonestado en el salón del Vaudeville. Lousteau acabó por dar la mano a Nathan. Finot acudía allí casi todas las noches. Cuando Lucien tenía tiempo, estudiaba la disposición de sus enemigos, y este muchacho desgraciado veía siempre en ellos una frialdad implacable.

En aquellos tiempos, el espíritu de partido engendraba unos odios mucho más

profundos que los de hoy en día. Actualmente, a la larga, todo se suaviza por la excesiva tensión de los resortes. Hoy en día, la crítica, tras de haber inmolido el libro de un hombre, le tiende la mano. La víctima debe abrazar al sacrificador so pena de ser objeto de tremendas burlas. En caso de negativa, un escritor pasa por ser insociable, de mal carácter, lleno de amor propio, inabordable, envidioso, rencoroso. Hoy en día, cuando un autor ha recibido en la espalda los golpes del puñal de la traición, cuando ha evitado los lazos tendidos con una infame hipocresía, encajado los peores procedimientos, oye a sus asesinos decirle buenos días y manifestar pretensiones a su estima e incluso a su amistad. Todo se excusa y se justifica en una época en la que la virtud se transforma en vicio, del mismo modo que ciertos vicios se han erigido en virtudes. La camaradería se ha convertido en una de las más santas libertades. Los jefes de las opiniones más contradictorias se hablan con palabras suaves y maneras corteses.

En aquel tiempo, si vale la pena recordarlo, había valor en ciertos escritores monárquicos y en ciertos escritores liberales por encontrarse en el mismo teatro. Se oían las más odiosas provocaciones. Las miradas estaban cargadas como las pistolas, y el menor chispazo podía hacer brotar una disputa. ¿Quién no ha sorprendido imprecaciones en su vecino a la entrada de algunos hombres especialmente en pugna con el partido contrario? Entonces no existían más que dos partidos, los monárquicos y los liberales, los románticos y los clásicos; el mismo odio bajo dos formas, un odio que hacía comprender los patíbulos de la Convención. Lucien, convertido en monárquico y romántico furibundo, de liberal y volteriano rabioso, se encontró pues bajo el peso de las enemistades que se cernían sobre la cabeza del hombre más aborrecido por los liberales en aquella época, de Martinville, el único que le defendía y le estimaba. Esta solidaridad perjudicó a Lucien.

Los partidos son ingratos para con sus primeras figuras y a menudo abandonan a sus hijos perdidos. Sobre todo en política, es necesario a los que quieren triunfar ir con el grueso del ejército. La principal malicia de los pequeños periódicos fue la de acoplar a Lucien y a Martinville. El liberalismo los arrojó al uno en brazos del otro. Esta amistad, falsa o verdadera, les valió a ambos artículos escritos con hiel por Félicien, desesperado por los éxitos de Lucien en el gran mundo y que creía, como todos los antiguos compañeros del poeta, en su próxima elevación.

La supuesta traición del poeta fue entonces envenenada y embellecida con las circunstancias más agravantes. Lucien fue considerado como el pequeño Judas y Martinville como el gran Judas, ya que Martinville estaba acusado, con razón o sin ella, de haber abandonado el puente de Pecq a los ejércitos extranjeros. Lucien replicó, riendo, a Des Lupeaulx que, por lo que a él se refería, con toda seguridad hubiese entregado el puente a los burros. El lujo de Lucien, aunque hueco y fundado en esperanzas, sublevaba a sus amigos, que no le perdonaban ni su tren de vida, ya

que para ellos siempre iba adelante, ni su esplendor de la calle Vendôme. Todos sentían instintivamente que un hombre joven y guapo, ingenioso y corrompido por ellos, iba a llegar a cualquier parte; y con tal motivo, para hundirle emplearon todos los medios.

Unos días antes del debut de Coralie en el Gimnasio, Lucien apareció del brazo con Hector Merlin en el salón del Vaudeville. Merlin reñía a su amigo por haber servido a Nathan en el asunto de Florine.

—De Lousteau y de Nathan se ha hecho dos enemigos mortales. Le había dado buenos consejos, y usted no ha sabido aprovecharlos. Ha repartido elogios y hecho el bien, será castigado cruelmente por sus buenas acciones. Florine y Coralie no vivirán nunca en buena armonía al encontrarse en el mismo escenario: una querrá destacar sobre la otra. Para defender a Coralie sólo cuenta con nuestros periódicos. Nathan, además de la ventaja que le da su oficio de autor de comedias, dispone de los periódicos liberales en la cuestión de teatros y está dedicado al periodismo desde hace más tiempo que usted.

Esta frase respondía a los secretos temores de Lucien, que no encontraba ni en Nathan ni en Gaillard la franqueza a la que tenía derecho; pero no podía quejarse, ¡se había convertido tan recientemente! Gaillard abrumaba a Lucien diciéndole que los recién llegados tenían que dar pruebas durante mucho tiempo antes de que el partido pudiera fiarse de ellos. El poeta encontraba en el interior de los periódicos realistas y ministeriales una envidia con la que no había soñado, la envidia que se declara entre todos los hombres en presencia de un pastel a repartir, y que les hace comparables a perros que se disputan una presa; entonces ofrecen los mismos gruñidos, las mismas actitudes y caracteres.

Estos escritores se hacían mil jugadas sucias en secreto, para perjudicarse los unos a los otros ante el poder, y se acusaban de tibieza; y para desembarazarse de un competidor inventaban las más péfidas maquinaciones. Los liberales no tenían ningún tema de debates internos, ya que se encontraban lejos del poder y sus favores. Al entrever este intrincado nudo de ambiciones, Lucien no tuvo el suficiente valor para sacar la espada y cortarlo, y tampoco se encontró con la paciencia suficiente como para deshacerlo; no podía ser ni el Aretino, ni el Beaumarchais, ni el Fréron de su época, y se mantuvo en su único deseo: tener su título, dándose cuenta de que esta restauración le valdría un buen matrimonio. Su fortuna no dependería entonces más que del azar, al que ayudaría su belleza. Lousteau, con el que tanto se había confiado, sabía su secreto y el periodista tenía donde herir de muerte al poeta de Angulema; así, el día en que Merlin le acompañaba al Vaudeville, Étienne había preparado para Lucien una terrible trampa en la que este muchacho debería caer y sucumbir.

—Aquí llega nuestro bello Lucien —dijo Finot, llevando consigo a Des Lupeaulx, con el que hablaba ante Lucien, cuya mano cogió con los decepcionantes halagos de

la amistad—. No conozco ningún ejemplo de fortuna tan rápida como la suya —añadió, mirando alternativamente a Lucien y al *maître des requêtes*—. En París, la fortuna es de dos especies: existe la fortuna material, el dinero que todo el mundo puede ganar, y la fortuna moral, las relaciones, lo posición, el acceso a un cierto mundo inabordable para ciertas personas, cualquiera que sea su fortuna, y mi amigo...

—Nuestro amigo —dijo Des Lupeaulx, lanzando a Lucien una mirada acariciadora.

—Nuestro amigo —continuó Finot, dando palmaditas en la mano de Lucien— en este aspecto ha hecho una brillante fortuna. En verdad, Lucien tiene más medios, más talento y más ingenio que todos sus envidiosos, ya que él es de una encantadora belleza; sus antiguos amigos no le perdonan sus éxitos y dicen que ha tenido suerte y dicha.

—Esas suertes nunca son para los tontos ni para los ineptos —dijo Des Lupeaulx—. ¡A ver!, ¿acaso se puede llamar suerte al destino de Bonaparte? Había veinte generales en jefe delante de él para mandar los ejércitos de Italia, como hay cien jóvenes que en estos momentos quisieran entrar en casa de la señorita Des Touches, quien según el rumor público será su mujer, mi querido amigo —dijo Des Lupeaulx, golpeando amistosamente el hombro de Lucien—. ¡Ah!, es usted el favorito. La señora de Espard, la señora de Bargeton y la señora de Montcornet están locas con usted. ¿No asiste esta noche a la velada de la señora Firmiani y mañana a la reunión de la duquesa de Grandlieu?

—Sí —dijo Lucien.

—Permita que le presente a un joven banquero, el señor Du Tillet, un hombre digno de usted; ha sabido hacer fortuna en muy poco tiempo.

Lucien y Du Tillet se saludaron y entablaron conversación, y el banquero invitó a cenar a Lucien. Finot y Des Lupeaulx, dos hombres de igual profundidad y que se conocían lo suficiente para continuar siendo amigos, parecieron continuar una conversación ya comenzada, dejaron a Lucien, Merlin, Du Tillet y Nathan hablando entre sí, y se dirigieron hacia uno de los divanes que amueblaban el *foyer* del Vaudeville.

—Bien, bien, mi querido amigo —dijo Finot a Des Lupeaulx—, dígame la verdad; Lucien, ¿está verdaderamente protegido? Porque se ha convertido en la bestia negra de todos mis redactores y, antes de favorecer su conspiración, he querido consultarle para saber si no vale más abandonarle y ayudarle.

Aquí el *maître des requêtes* y Finot se miraron durante un corto espacio con profunda atención.

—¿Cómo, querido amigo? —dijo Des Lupeaulx—. ¿Puede imaginarse que la marquesa de Espard, Châtelet y la señora de Bargeton, que ha hecho nombrar al

barón prefecto del Charente y conde para poder regresar triunfantemente a Angulema, van a perdonar a Lucien sus ataques? Lo han arrojado en el partido realista para anularlo. Hoy todos buscan excusas para negar a este muchacho lo que le habían prometido; si encuentra una habrá hecho uno de los mayores favores a estas dos mujeres: un día u otro se acordarán. Tengo el secreto de esas dos buenas mujeres, odian a este hombre hasta tal punto que me han sorprendido. Este Lucien podía desembararse de su mayor y más cruel enemiga, la señora de Bargeton, no cesando sus ataques, sino bajo condiciones que todas las mujeres gustan de cumplir, ya me comprende. Es guapo, joven, y hubiera ahogado este odio en torrentes de amor, se hubiese convertido entonces en conde de Rubempré, la jibia le hubiese obtenido un puesto cualquiera en la casa real y sinecuras. Lucien hubiese sido un apuesto lector para Luis XVIII, hubiese llegado a bibliotecario de no sé dónde, a *maître des requêtes* para reír, a director de cualquier cosa. Este bobo ha fallado su golpe. Tal vez sea eso lo que no se le ha perdonado. En lugar de imponer condiciones, las ha recibido. El día en que Lucien se dejó engatusar por la promesa del edicto, el barón du Châtelet dio un gran paso. Coralie ha perdido a ese muchacho. Si no hubiese tenido a la actriz como amante, hubiese vuelto a amar a la jibia y la hubiese obtenido.

—Así pues, podemos abatirle —dijo Finot.

—¿Por qué medios? —preguntó negligentemente Des Lupeaulx, que quería hacer valer ese favor ante la marquesa de Espard.

—Tiene un contrato que le obliga a trabajar en el pequeño periódico de Lousteau y le haremos escribir artículos, ya que se encuentra sin un céntimo. Si el ministro de Justicia se siente cosquilleado por un artículo bromista y se prueba que Lucien es el autor, lo considerará hombre indigno de las bondades del monarca. Para hacer que este gran hombre de provincias pierda un poco la cabeza, hemos preparado la caída de Coralie: verá a su amante silbada y sin papeles. Una vez el edicto quede indefinidamente suspendido, nos reiremos de las pretensiones aristocráticas de nuestra víctima, sacaremos a relucir su madre comadrona y su padre el boticario. Lucien no tiene más que un valor de epidermis; sucumbirá y le devolveremos a su tierra. Nathan me ha hecho vender por medio de Florine el sexto que tenía Matifat, yo he podido comprar la parte del papelero y estoy solo con Dauriat; usted y yo podemos llegar a un acuerdo para absorber este periódico en provecho de la Corte. Sólo he protegido a Florine y a Nathan a condición de la restitución de mi sexto, me lo han vendido y he de servirles; pero antes quería conocer las posibilidades de Lucien...

—Es usted digno de su nombre —dijo Des Lupeaulx, riendo—. ¡Vaya!, me gustan las personas de su estilo...

—Y bien, ¿puede hacer que Florine tenga un contrato definitivo? —preguntó Finot al *maître des requêtes*.

—Sí, pero líbrenos de Lucien, ya que Rastignac y De Marsay no quieren oír

hablar de él.

—Duerma tranquilo —repuso Finot—. Nathan y Merlin siempre tendrán artículos que Gaillard les habría prometido publicar. Lucien no podrá publicar ni una línea y así le cortaremos los víveres. No tendrá más que el periódico de Martinville para defenderse y defender a Coralie: un periódico contra todos es imposible que resista.

—Yo le diré los puntos sensibles del ministro, pero entrégume el manuscrito del artículo que haga escribir a Lucien —repuso Des Lupeaulx, que se cuidó muy bien de decir a Finot que el edicto que se había prometido a Lucien no pasaba de ser una mentira.

Des Lupeaulx abandonó el salón. Finot se acercó a Lucien y, con aquel tono de campechanía que a tantos engañaba, le explicó cómo no podía renunciar a la redacción que tenía comprometida. Finot retrocedía ante la idea de un proceso que arruinaría las esperanzas que su amigo tenía puestas en el partido realista. Finot admiraba a los hombres lo suficientemente fuertes como para cambiar osadamente de opinión. Lucien y él, ¿no se encontrarían en la vida y tendrían mil pequeños favores que hacerse el uno al otro? Lucien tenía necesidad de un hombre seguro en el partido liberal para que atacara a los ministeriales o a los ultras que se negaran a ayudarle.

—Si se burlan de usted, ¿qué hará? —dijo Finot para terminar—. Si algún ministro piensa que le tiene sujeto por el cabestro de su apostasía, no le teme ya y le envía a paseo, ¿no le serán necesarios algunos perros que se le puedan lanzar para que le muerdan las pantorrillas? Pues bien, está en enemistad encarnizada con Lousteau, quien pide su cabeza. Félicien y usted no se hablan. Solamente le quedo yo. Una de las normas de mi oficio es vivir en buena armonía con los hombres verdaderamente fuertes. Podrá devolverme, en la sociedad que frecuenta, el equivalente de los servicios que yo le pueda prestar en la prensa. Pero los negocios antes que nada. Envíeme artículos puramente literarios, no le comprometen en nada y habrá cumplido con nuestros acuerdos.

Lucien sólo vio amistad unida a prudentes cálculos en las proposiciones de Finot, cuya adulación y la de Lupeaulx le habían puesto de buen humor: dio las gracias a Finot.

En la vida de los ambiciosos y de todos los que no pueden subir más que con la ayuda de los hombres y de las cosas, mediante un plan de conducta más o menos bien combinado, seguido, mantenido, hay un momento cruel en el que no sé qué poder les somete a rudas pruebas: todo falla al mismo tiempo, los hilos se rompen por todos lados o se embrollan, la desgracia aparece en todos los lugares. Cuando un hombre pierde la cabeza en medio de ese desorden moral, está perdido. Las personas que saben resistir a esta primera revuelta de las circunstancias, que se doblegan dejando pasar la tormenta, que se salvan alcanzando con un espantoso esfuerzo la esfera superior, son hombres verdaderamente fuertes. Todo hombre, a menos que haya

nacido rico, tiene lo que sería preciso llamar su semana fatal. Para Napoleón esta semana fue la de la retirada de Moscú.

Este cruel momento había llegado para Lucien. Todo había ido sucediéndose de forma feliz para él en el mundo social y en la literatura; había sido demasiado dichoso, ahora tenía que ver cómo los hombres y las cosas se volvían contra él. El primer dolor fue el más vivo y el más cruel de todos y le alcanzó en donde se creía invulnerable, en su corazón, en su amor.

Coralie podía no ser inteligente, pero estaba dotada de un gran corazón, tenía la facultad de mostrarlo con uno de esos impulsos repentinos que a veces dan fama a las grandes actrices. Este extraño fenómeno, mientras no se ha convertido en una costumbre por el largo uso, está sometido a los caprichos del carácter y a menudo a un admirable pudor que domina a las actrices aún jóvenes. Interiormente ingenua y tímida, osada y atrevida en apariencia, como debe serlo una cómica, Coralie, aún amante sentía reaccionar su corazón de mujer bajo su máscara de artista.

El arte de dar a los sentimientos esa sublime falsedad no había triunfado en ella sobre la naturaleza. Se sentía avergonzada de tener que dar al público lo que sólo pertenecía al amor. Además, estaba dotada de una debilidad propia de las verdaderas mujeres. Por otra parte, sabiéndose llamada a reinar como soberana sobre la escena, tenía necesidad de éxito. Incapaz de afrontar una sala con la que no simpatizaba, siempre temblaba al llegar a escena; y entonces, la frialdad del público podía llegar a helarla. Esta terrible emoción le hacía encontrar en cada nuevo papel todos los temores de un debut. Los aplausos le causaban una especie de embriaguez inútil para su amor propio, pero que era indispensable para su valor: un murmullo de desaprobación, o el silencio del público distraído, le quitaban las fuerzas, mientras que una sala llena, atenta, con miradas admirativas y favorables, la electrizaban; entonces ella se ponía en contacto con las nobles cualidades de todas esas almas y sentía el poder de elevarlas, de conmoverlas. Este doble efecto se acusaba de forma perfecta en la naturaleza nerviosa y en la constitución del genio, traicionando de este modo la delicadeza y la ternura de aquella pobre muchacha.

Lucien había terminado por apreciar los tesoros que encerraban ese corazón, se había dado cuenta de lo niña que era su amante. Poco ducha para las falsedades de la artista, Coralie era incapaz de defenderse contra las rivalidades y maniobras de entre bastidores a las que se daba Florine, muchacha tan peligrosa y depravada como generosa y sencilla era su amiga. Los papeles tenían que acudir a Coralie, era demasiado orgullosa como para implorar a los autores y sufrir sus deshonrosas condiciones, o para darse al primer periodista que le amenazara con su amor y con su pluma.

El talento, ya raro en el arte del comediante, no es más que una condición del éxito, y el talento llega a ser a la larga perjudicial si no va acompañado de cierto

genio de intriga, que a Coralie le faltaba por completo. Presintiendo los sufrimientos que esperaban a su amiga en su debut en el Gimnasio, Lucien quiso procurarle un triunfo a cualquier precio. El dinero que quedaba del mobiliario vendido y el que Lucien ganaba, todo se había gastado en vestidos, en arreglos de camerino y en costear todos los gastos del estreno. Unos días antes, Lucien hizo una gestión humillante, a la que se decidió por amor: tomó las letras de Fendant y Cavalier y se dirigió a la calle de los Bourdonnais, al Capullo de oro, para proponer su descuento a Camusot.

El poeta no estaba aún lo suficientemente corrompido para dar fríamente este paso. Dejó muchos dolores en el camino, pavimentándolo con sus más terribles pensamientos, diciéndose alternativamente: ¡sí!, ¡no! Pero a pesar de todo llegó hasta el pequeño despacho frío, negro, iluminado por un patio interior, que ocupaba gravemente no ya el enamorado de Coralie, el juerguista, el perezoso, el libertino, el incrédulo Camusot que conocía, sino el serio padre de familia, el negociante lleno de astucias y de virtudes, enmascarado por la prudencia judicial de un magistrado del Tribunal de Comercio y defendido por la frialdad patronal de un jefe de empresa rodeado de dependientes, cajeros, cartones verdes, facturas y muestras, acompañado por su mujer y por una hija vestida con sencillez. Lucien se estremeció al abordarlo, ya que el digno negociante le arrojó la mirada insolentemente indiferente que ya había visto en los ojos de los banqueros.

—Aquí tiene unos valores, le quedaría infinitamente agradecido si quiere aceptármelos, caballero —dijo, quedándose de pie junto al negociante sentado.

—Usted se quedó con algo mío, caballero —dijo Camusot—, me acuerdo perfectamente.

Entonces Lucien explicó la situación de Coralie en voz baja y hablando al oído del sedero, quien pudo oír las palpitations del poeta humillado. No entraba en los cálculos de Camusot que Coralie sufriera un fracaso. Mientras escuchaba, el negociante miró las firmas y sonrió, era juez en el Tribunal de Comercio y conocía la situación de los libreros. Dio cuatro mil quinientos francos a Lucien, a condición de hacer constar en el endoso: valor recibido en sedas.

Lucien se fue inmediatamente a ver a Braulard y arregló las cosas perfectamente con él para asegurar un éxito a Coralie. Braulard prometió ir, y fue al-ensayo general a fin de convenir los momentos en los que sus hombres debían aplaudir para provocar el éxito. Lucien entregó el resto de su dinero a Coralie, ocultándole su gestión con Camusot; calmó las inquietudes de la actriz y de Bérénice, que ya no sabían qué hacer para atender a las necesidades de la casa.

Martinville, uno de los hombres de aquel tiempo que mejor conocían el teatro, había ido varias veces para hacer ensayar a Coralie su papel. Lucien había obtenido de varios redactores realistas la promesa de artículos favorables, y no sospechaba la

desgracia.

La víspera del debut de Coralie, algo funesto sucedió a Lucien. El libro de D'Arthez había aparecido. El redactor jefe del periódico de Hector Merlin dio la obra a Lucien como al hombre más capaz de comentarla: debía su fatal reputación a ese género de artículos que había hecho sobre Nathan. Había mucha gente en las oficinas, todos los redactores se encontraban allí. Martinville había acudido para llegar a un acuerdo sobre un punto de la polémica general adoptada por los diarios realistas contra los diarios liberales.

Nathan, Merlin y todos los colaboradores de *El Despertar* comentaban la influencia del periódico bisemanal de Léon Giraud, influencia tanto más perniciosa cuanto que el tono era prudente, docto y moderado. Se comenzaba a hablar ya del cenáculo de la calle de Quatre-Vents, se le llamaba una Convención. Se había decidido que los periódicos realistas harían una guerra a muerte y sistemática a esos peligrosos adversarios que se convirtieron, efectivamente, en los que pusieron en ejecución la Doctrina, esta secta fatal que derribó a los Borbones, desde el día en que la más mezquina de las venganzas llevó al escritor realista más brillante a aliarse con ella.

D'Arthez, cuyas opiniones absolutistas eran desconocidas, comprendido en el anatema pronunciado contra el cenáculo, iba a ser la primera víctima. Su libro tenía que ser deslomado, según la palabra clásica. Lucien rehusó hacer el artículo. Esta negativa levantó el más violento escándalo entre los hombres considerables del partido monárquico que habían acudido a esa cita. Se declaró de forma patente a Lucien que un recién llegado, un «converso» no tenía voluntad; si no le convenía pertenecer a la monarquía y a la religión, no tenía más que volverse al campo de donde había venido: Merlin y Martinville le cogieron aparte y le hicieron ver de forma amistosa que había expuesto a Coralie al odio que los diarios liberales le habían jurado, y que no podría contar entonces con los periódicos ministeriales y realistas para defenderse. La actriz iba a dar lugar de ese modo a una polémica ardiente que le valdría ese renombre por el que suspiran todas las mujeres de teatro.

—No entiende usted nada —le dijo Martinville—; ella trabajará durante tres meses en medio del fuego cruzado de nuestros artículos y ganará treinta mil francos en provincias durante sus tres meses de vacaciones. Por uno de esos escrúpulos que le impedirán ser un hombre político y que se deben pisotear, va a matar a Coralie y su porvenir, rechaza su modo de subsistencia.

Lucien se vio obligado a elegir entre D'Arthez y Coralie: su amante estaba perdida si no degollaba a D'Arthez en el gran periódico y en *El Despertar*. El pobre poeta volvió a su casa lleno de pesadumbre y dolor; se sentó junto al fuego en su habitación y leyó aquel libro, uno de los más bellos de la literatura moderna. En cada página dejó lágrimas, dudó largo rato, y al final escribió un artículo burlón como tan

bien los sabía hacer, tomó ese libro como los niños cogen un hermoso pájaro para desplumarlo y martirizarlo. Su terrible mordacidad tenía la facultad de perjudicar el libro. Al releer esta buena obra, todos los sentimientos de Lucien se despertaron: atravesó París a medianoche y llegó a casa de D'Arthez. A través de los vidrios vio temblar el casto y tímido resplandor que tan a menudo había mirado con los sentimientos de admiración que merecía la noble constancia de este verdadero gran hombre; no tuvo fuerzas para subir y se sentó en un poyo durante unos instantes. Finalmente, inducido por su ángel guardián, llamó y encontró a D'Arthez leyendo y sin fuego.

—¿Qué te sucede? —dijo el joven escritor al ver a Lucien y adivinando que sólo una horrible desgracia podía haberle llegar hasta allí.

—Tu libro es sublime —exclamó Lucien con los ojos llenos de lágrimas— y me han ordenado que lo ataque.

—Pobre muchacho, comes un pan muy duro —dijo D'Arthez.

—Sólo te pido un favor. Guárdame el secreto de mi visita y déjame en mi infierno, en mis tareas de condenado. Tal vez no se pueda llegar a nada sin haberse encallecido los lugares más sensibles del corazón.

—¡Siempre el mismo! —dijo D'Arthez.

—¿Me crees un cobarde? No, D'Arthez, no, soy un muchacho ebrio de amor.

Y entonces le explicó su situación.

—Veamos el artículo —dijo D'Arthez, conmovido por todo lo que Lucien le acababa de decir sobre Coralie.

Lucien le entregó el manuscrito; D'Arthez lo leyó y no pudo impedir una sonrisa.

—¡Qué fatal empleo de la inteligencia! —exclamó; pero se volvió a callar al ver a Lucien en un sillón, abrumado por verdadero dolor—. ¿Quieres dejármelo corregir? Te lo devolveré mañana —continuó—. La burla deshonra a una obra, una crítica grave y seria es a veces un elogio; sabré hacer tu artículo más honroso para ti y para mí. Por otro lado, sólo yo conozco muy bien mis faltas.

—Al subir por una árida pendiente, se encuentra a veces un fruto para apaciguar los ardores de una sed horrible; he aquí ese fruto —dijo Lucien, arrojándose en los brazos de D'Arthez, llorando y diciéndole—: Siento la sensación de prestarte mi conciencia para que un día me la devuelvas.

—Considero el arrepentimiento periódico como una gran hipocresía —dijo D'Arthez solemnemente—; el arrepentimiento en estos casos es una prima dada a las malas acciones. El arrepentimiento es una virginidad que nuestra alma debe a Dios; un hombre que se arrepiente dos veces, es en consecuencia un horrible psicópata. Tengo miedo de que tú sólo veas absoluciones en tus arrepentimientos.

Estas palabras fulminaron a Lucien, que volvió lentamente a la calle de la Lune. Al día siguiente el poeta llevó al periódico su artículo, devuelto y arreglado por

D'Arthez, pero a partir de aquel día se vio en todo momento devorado por una melancolía que nunca supo disimular. Cuando por la noche vio llena la sala del Gimnasio, experimentó las terribles emociones que proporciona un estreno teatral y que en él alcanzaron las gigantescas proporciones de su amor. Toda su vanidad estaba en juego, su mirada abarcaba todas las fisonomías como la de un acusado que observa las expresiones de los jurados y de los jueces; el menor murmullo le iba a hacer estremecer; un pequeño incidente en el escenario, las entradas y salidas de Coralie, las menores inflexiones de su voz, iban a ser causa de preocupación desmesurada.

La obra en la que Coralie debutaba era una de esas que caen y que vuelven a rebotar, y la obra cayó. Al entrar en escena, Coralie no fue aplaudida y se sintió sobrecogida por la frialdad del patio de butacas. En los palcos no obtuvo más aplausos que los de Camusot. Personas situadas en el proscenio y en la galería hicieron que el negociante se callara con repetidos siseos. En la galería se impuso silencio a la claque cada vez que ésta se entregaba a salvas, evidentemente exageradas. Martinville aplaudía valientemente, así como la hipócrita Florine; Nathan y Merlin le imitaron. Una vez la obra acabada, se reunió una muchedumbre en el camerino de Coralie; pero esta gente agravó el mal mediante el consuelo que intentaba proporcionarle. La actriz se desesperaba, más que por ella, por Lucien.

—Hemos sido traicionados por Braulard —dijo éste.

Coralie tuvo una terrible fiebre, la habían herido en pleno corazón. Al día siguiente le fue imposible actuar; su carrera estaba truncada. Lucien le ocultó los periódicos y los abrió en el comedor. Todos atribuían el fracaso de la obra a Coralie; había presumido demasiado de sus fuerzas; la que hacía las delicias de los bulevares se encontraba desplazada en el Gimnasio. Había llegado hasta allí empujada por una loable ambición, pero no había tenido en cuenta sus medios y había aceptado un papel que no le iba. Lucien entonces leyó sobre Coralie comentarios compuestos con el mismo estilo hipócrita que sus artículos sobre Nathan. Una rabia digna de Milón de Crotona, cuando sintió sus manos aprisionadas por el roble que él mismo había abierto, estalló en Lucien, que palideció; sus amigos daban a Coralie, en una fraseología admirable por su bondad, interés y complacencia, los más pérfidos consejos. Debería interpretar, decían, unos papeles, que los autores de aquellas infames críticas sabían perfectamente que eran contrarios a su talento. Así eran los periódicos realistas, amañados sin duda por Nathan. En cuanto a los diarios liberales y a los pequeños periódicos desplegaban la perfidia y el sarcasmo que Lucien había empleado.

Coralie oyó uno o dos sollozos, saltó de su cama hacia Lucien, vio los periódicos, quiso leerlos y así lo hizo. Después de esta lectura volvió a acostarse y permaneció en silencio. Florine estaba en la conspiración; ya había previsto el desenlace, se sabía el papel de Coralie y había tenido a Nathan para dirigirla en los ensayos. La

Administración, que quería mantener la obra, quiso dar el papel de Coralie a Florine. El director fue a ver a la pobre actriz, que se encontraba abatida y llorando; pero en cuanto le dijo delante de Lucien que Florine se sabía el papel y que le era imposible no dárselo a ella aquella noche, se irguió y saltó de la cama.

—Yo actuaré —dijo.

Y cayó desmayada. Florine obtuvo pues el papel y se creó con él una reputación, ya que levantó la obra; en todos los periódicos obtuvo una gran ovación, y a partir de entonces se convirtió en la gran actriz que todos sabéis. El triunfo de Florine exasperó a Lucien a su grado máximo.

—¡Una miserable a la que has tenido que dar de comer! Si el Gimnasio lo quiere, puede comprarte tu contrato. Seré conde de Rubempré, haré fortuna y me casaré contigo.

—¡Qué tontería! —le dijo Coralie, dirigiéndole una pálida mirada.

—¡Una tontería! —gritó Lucien—. Pues bien, dentro de unos días vivirás en una bonita casa, tendrás un carruaje y te proporcionaré un papel.

Tomó dos mil francos y corrió a Frascati. El desgraciado permaneció allí durante siete horas, devorado por las furias, pero con la expresión fría y tranquila en apariencia. Durante el día y parte de la noche tuvo las suertes más diversas: llegó hasta los treinta mil francos y salió sin un céntimo. Cuando volvió, se encontró con Finot, que le esperaba para que le diera sus articulitos. Lucien cometió el error de quejarse.

—¡Ah!, todo no es de color de rosa —repuso Finot—. Ha dado usted tan bruscamente media vuelta a la derecha, que tenía que perder el apoyo de la prensa liberal, mucho más fuerte e influyente que la prensa ministerial y monárquica. No se debe nunca pasar de un campo al otro sin hacerse antes un buen lecho en el que consolarse de las pérdidas que forzosamente se deben experimentar, pero en todo caso una persona inteligente va a ver a sus amigos, les expone sus razones y se hace aconsejar por ellos su abjuración; de esta manera se convierten en cómplices de ella, la compadecen y se queda de acuerdo, como Nathan y Merlin con sus camaradas, en hacerse mutuos favores. Los lobos no se muerden entre ellos. Usted ha demostrado en este asunto la inocencia de un corderito. Se verá obligado a enseñar los dientes a su nuevo partido para sacar tajada. De este modo se le ha sacrificado necesariamente a Nathan. No le ocultaré el escándalo y el griterío que ha provocado su artículo contra D'Arthez. Marat es un santo comparado con usted. Se preparan ataques contra usted y su libro sucumbirá bajo ellos. ¿Cómo va su novela?

—Aquí tengo las últimas pruebas —dijo Lucien, enseñando un paquete de hojas.

—Se le atribuyen los artículos sin firma de los periódicos ministeriales y ultras contra D'Arthez. Ahora, todos los días, los alfilerazos de *El Despertar* van dirigidos contra los de la calle de Quatre-Vents, y las bromas son tanto más sangrientas cuanto

que son graciosas. Hay todo un grupo político, serio y grave, detrás del periódico de Léon Giraud, y tarde o temprano suyo será el poder.

—No he puesto los pies en *El Despertar* desde hace ocho días.

—¡Bueno! Piense en mis articulitos. Haga inmediatamente cincuenta y se los pagaré de golpe; pero hágalos según el estilo del periódico.

Y Finot dio negligentemente a Lucien el tema de un artículo de burla contra el ministro de Justicia, contándole una pretendida anécdota que, según le dijo, corría por los salones.

Para reparar su pérdida en el juego, Lucien encontró, a pesar de su decaimiento, ánimo y juventud de espíritu, y compuso treinta artículos de dos columnas cada uno. Una vez terminados los artículos, Lucien se fue a casa de Dauriat, seguro de encontrar allí a Finot, al que se los quería dar en secreto; tenía además necesidad de hacerse explicar por el librero la no publicación de *Las Margaritas*. Encontró la tienda llena de gente, enemigos suyos. A su entrada, se hizo un silencio completo las conversaciones cesaron.

Al verse proscrito del periodismo, Lucien sintió redoblar su valor y se dijo a sí mismo, como a la entrada del Luxemburgo: «¡Triunfaré!».

Dauriat no estuvo ni amable ni protector, se mostró irónico, atrincherado en su derecho; haría aparecer *Las Margaritas* cuando quisiera, esperaría a que la situación de Lucien les asegurara un éxito, había comprado su entera propiedad.

Cuando Lucien objetó que Dauriat estaba obligado a publicar sus *Margaritas* por la misma naturaleza del contrato y por la cualidad de los contratantes, el librero sostuvo lo contrario y dijo que judicialmente no podía ser obligado a realizar una operación que juzgaba perjudicial; él era el único juez de la oportunidad. Además, existía una, solución que todos los tribunales admitirían: Lucien era dueño de devolver los mil escudos, recuperar su obra y hacérsela publicar por un periódico realista.

Lucien se retiró más picado por el tono moderado que Dauriat había adoptado, de lo que lo estuvo cuando empleó su pompa autocrática a raíz de su primera entrevista. De esta manera, *Las Margaritas* no serían a buen seguro publicadas más que en el momento en que Lucien contara para él con las fuerzas auxiliares de una poderosa camaradería, o se convirtiera en poderoso por sí mismo. El poeta regresó a su casa lentamente, presa de un desánimo que le dejaba al borde del suicidio, si la acción hubiese seguido al pensamiento. Vio a Coralie en la cama, pálida y doliente.

—¡Un papel o se nos muere! —le dijo Bérénice mientras Lucien se vestía para ir a la calle de Mont-Blanc, a casa de la señorita Des Touches, quien daba una gran fiesta y en donde debería encontrar a Des Lupeaulx, Vignon, Blondet, la señora de Espard y la señora de Bargeton.

La velada era dada para Conti, el gran compositor que poseía una de las voces

más célebres fuera de la escena, para la Cinti, la Pasta, García, Levasseur y dos o tres voces ilustres del gran mundo. Lucien se deslizó hasta el lugar en que la marquesa, su prima y la señora de Montcornet estaban sentadas. El desgraciado muchacho adoptó un tono ligero, feliz, satisfecho; bromeó, se mostró al igual que en sus días de esplendor; no quería parecer necesitado de la ayuda de los demás. Hizo un resumen sobre los servicios que estaban prestando al partido monárquico, y como prueba se refirió a los gritos de odio que se levantaban entre los liberales.

—Será usted recompensado muy cumplidamente por todo ello, amigo mío —le dijo la señora de Bargeton, dirigiéndole una graciosa sonrisa—. Vaya pasado mañana a la cancillería, con la Garza y Des Lupeaulx, y tendrá su decreto firmado por el rey. El ministro de Justicia lo lleva mañana al palacio, pero hay consejo y volverá tarde; sin embargo, si me entero del resultado por la noche, le enviaré noticias. ¿Dónde vive?

—Ya volveré —repuso Lucien, avergonzado por tener que decir que vivía en la calle de la Lune.

—Los duques de Lenoncourt y de Navarreins han hablado de usted al rey —continuó la marquesa—, han celebrado en usted una de esas dedicaciones absolutas y completas que necesitan de una resonante recompensa a fin de vengarle de las persecuciones del partido liberal. Por otro lado, el nombre y el título de Rubempré, a los que tiene derecho por parte de su madre, van a ser ilustres en usted. El rey ha dicho a Su Excelencia, por la tarde, que le procure un edicto para autorizar al señor Lucien Chardon a llevar el apellido y los títulos de los condes de Rubempré, en su calidad de nieto del último conde por parte de su madre. «Favorezcamos a los vates», ha dicho, tras de haber leído su soneto sobre el lirio, del que por suerte mi prima se había acordado y entregado al duque.

Lucien tuvo una efusión de corazón que hubiese podido enternecer a una mujer que hubiese estado menos herida que lo estaba Louise de Espard de Nègrelisse. Cuanto más guapo veía a Lucien, mayor era su sed de venganza. Des Lupeaulx tenía razón: Lucien carecía de tacto, no supo adivinar que la orden de la que se le hablaba no era más que una broma al estilo de las que tan bien sabía hacer la señora de Espard. Enardecido por aquel éxito y por la halagadora distinción que le testimoniaba la señorita Des Touches, se quedó en su casa hasta las dos de la madrugada a fin de poder hablar con ella en privado. Lucien se había enterado en las oficinas de los periódicos realistas de que la señorita Des Touches era la colaboradora secreta de una obra en la que había de trabajar la gran maravilla del momento, la pequeña Fay. Cuando los salones quedaron desiertos, condujo a la señorita Des Touches hasta un sofá, en el gabinete, y le contó de forma tan expresiva la desgracia de Coralie y la suya propia, que esta ilustre hermafrodita le prometió dar el papel principal a Coralie.

Al día siguiente al de esta velada, en el momento en que Coralie, feliz por la

promesa que la señorita Des Touches había hecho a Lucien, volvía a la vida y almorzaba con su poeta, Lucien leía el diario de Lousteau, en donde se encontraba el relato epigramático de la anécdota inventada sobre el ministro de Justicia y sobre su mujer. La más negra maldad se ocultaba bajo la más aguda intención. El rey Luis XVIII quedaba perfectamente presentado y ridiculizado sin que pudieran intervenir los tribunales. He aquí el hecho al que el partido liberal quería dar verosimilitud, pero que no ha hecho sino engrosar el número de sus ingeniosas calumnias.

La pasión de Luis XVIII por una correspondencia galante y almizclada, llena de madrigales y de chispa, quedaba allí interpretada como la última expresión de su amor, que se hacía doctrinario: pasaba, según se explicaba allí, del hecho a la idea. La ilustre amante, tan cruelmente atacada por Béranger bajo el nombre de Octavie, había concebido los más serios temores. La correspondencia languidecía. Cuanto más desplegaba Octavie su ingenio, tanto más frío y apagado se mostraba su amante. Octavie acabó por describir las causas de aquel alojamiento: su poder estaba amenazado por las primicias y las delicias de una nueva correspondencia del real escritor con la esposa del ministro de Justicia. Esta mujer excelente era considerada como incapaz de escribir ni una mala carta; debía de ser, pura y simplemente, el editor responsable de una audaz ambición. ¿Quién podía ocultarse bajo esas faldas? Tras de algunas observaciones, Octavie descubrió que el rey mantenía correspondencia con su ministro. Entonces traza su plan. Ayudada por un amigo fiel retiene un día al ministro en la Cámara, con una tormentosa discusión, y se procura una entrevista con el rey, en la que subleva el amor propio del monarca con la revelación de este engaño. Luis XVIII entra en un acceso de cólera borbónica y real, estalla contra Octavie, duda; Octavie entonces le ofrece una prueba inmediata rogándole escriba un mensaje que precise de una respuesta inmediata. La desgraciada mujer, sorprendida, envía a buscar a su marido a la Cámara; pero todo estaba previsto, en aquel momento ocupaba la tribuna. La mujer suda tinta, recurre a todo su ingenio y responde con el ingenio que encuentra.

—Vuestro canciller os dirá el resto —exclamó Octavie, riéndose ante la decepción del rey.

Aunque falso, el artículo hería vivamente al rey, al ministro de Justicia y a su mujer. Des Lupeaulx, a quien Finot guardó siempre el secreto, había inventado, se decía, la anécdota. Este agudo y mordiente artículo hizo las delicias de los liberales y del partido de Monsieur. Lucien se divirtió, sin ver en él más que una agradable bola.

Al día siguiente fue a reunirse con Des Lupeaulx y el barón du Châtelet. El barón iba a dar las gracias a Su Excelencia. El señor Châtelet, nombrado Consejero de Estado en servicio extraordinario, había sido nombrado conde con la promesa de la prefectura del Charente en cuanto el actual prefecto hubiese concluido el plazo necesario para retirarse con la máxima pensión. El conde du Châtelet, ya que el du

quedó especificado en la orden, hizo subir a Lucien en su carruaje y le trató como a un igual. De no ser por los artículos de Lucien, tal vez no hubiese ascendido tan rápidamente: la persecución de los liberales había sido una especie de pedestal para él. Des Lupeaulx estaba en el Ministerio, en el despacho del secretario general. Al ver a Lucien, este funcionario dio un salto de extrañeza y miró a Des Lupeaulx.

—¡Cómo!, ¿Se atreve a aparecer por aquí, caballero? —dijo el secretario general a Lucien, estupefacto—. Su Excelencia ha roto la orden preparada, aquí está. — Enseñó entonces el primer papel rasgado en cuatro que le vino a la mano—. El ministro ha querido conocer el autor del espantoso artículo de ayer, y he aquí el original del número —dijo el secretario general, tendiendo a Lucien las hojas de su artículo—. ¿Se llama realista, caballero, y es colaborador de este infame periódico que hace blanquear las cabezas ministeriales, que molesta a los Ministerios y nos arrastra hacia un abismo? Se desayuna con *El Corsario*, *El Espejo*, *El Constitucional*, *El Correo*, come con *El Cotidiano* y *El Despertar* y cena con Martinville, el antagonista más terrible del ministerio y que empuja al rey hacia el absolutismo, lo que le conduciría a una revolución tan rápidamente como si se entregara a la extrema izquierda. Es usted un periodista muy hábil, pero nunca llegará a ser un político. El ministro le ha denunciado como el autor del artículo al rey, que en su cólera ha reñido al señor duque de Navarreins, su primer gentilhombre de servicio. Se ha creado unos enemigos tanto más poderosos cuanto que le eran más favorables. Lo que en un enemigo parece natural, es tremendo en un amigo.

—Pero, ¿es usted un niño, mi querido amigo? —dijo Des Lupeaulx—. Me ha puesto en un compromiso. Las señoras de Espard y de Bargeton y la señora de Montcornet, que respondían de usted deben estar furiosas. El duque ha debido hacer caer su cólera sobre la marquesa y la marquesa ha debido reñir a su prima. ¡No vaya allí! ¡Espere!

—¡Aquí llega Su Excelencia! ¡Salga! —dijo el secretario general.

Lucien se encontró en la plaza Vendôme, aturdido como un hombre al que acaban de dar un mazazo en la cabeza. Regresó a pie por los bulevares, tratando de juzgarse. Se vio convertido en el juguete de hombres envidiosos, ávidos y pérfidos. ¿Quién era en aquel mundo de ambiciones? Un niño que corría tras los placeres y el disfrute de la vanidad, sacrificándose todo; un poeta sin reflexión profunda, yendo de luz en luz como una mariposa, sin plan fijo, esclavo de las circunstancias, pensando bien y obrando mal. Su conciencia fue un despiadado verdugo. Por último, no tenía dinero y se sentía agotado por el trabajo y por el dolor. Sus artículos sólo pasaban detrás de los de Merlin y Nathan.

Caminaba a la ventura, perdido en sus reflexiones; mientras caminaba vio en algunos gabinetes literarios, que comenzaban a dar libros de lectura junto con los periódicos, un cartel en el que bajo un título extraño, completamente desconocido

para él, brillaba su nombre: Por el señor Lucien Chardon de Rubempré. Su obra aparecía, y él no se había enterado, los periódicos se callaban. Permaneció, con los brazos colgando, inmóvil, sin advertir la presencia de un grupo de jóvenes elegantes, entre los que se encontraban Rastignac, De Marsay y algunos otros conocidos suyos. No se fijó en Michel Chrestien y en Léon Giraud, que se le acercaron.

—¿Es usted el señor Chardon? —le preguntó Michel con un tono que hizo resonar las entrañas de Lucien como cuerdas.

—¿No me conoce? —respondió, palideciendo.

Michel le escupió en la cara.

—Éstos son los honorarios de sus artículos contra D'Arthez. Si cada uno en su causa o en la de sus amigos imitara mi conducta, la Prensa sería lo que debe ser: un sacerdocio respetable y respetado.

Lucien vaciló y tuvo que apoyarse en Rastignac, al que dijo, así como a De Marsay:

—Caballeros, no pueden negarse a ser mis testigos. Pero antes quiero dejar la partida igualada y el asunto sin remedio.

Lucien dio un bofetón a Michel, quien no se lo esperaba. Los elegantes y los amigos de Michel se interpusieron entre el republicano y el realista, a fin de que esta lucha no adquiriera un carácter populachero. Rastignac sujetó a Lucien y lo llevó a su casa en la calle Taitbout, a dos pasos de esta escena que tenía lugar en el bulevar de Gand, a la hora de la comida. Esta circunstancia evitó las aglomeraciones propias de tales casos. De Marsay fue a buscar a Lucien, al que los dos dandys obligaron a comer alegremente con ellos en el café Inglés, en donde se emborracharon.

—¿Es usted diestro con la espada? —le preguntó De Marsay.

—Nunca he manejado una.

—¿Con la pistola? —dijo Rastignac.

—En mi vida he disparado un solo tiro.

—Tiene la suerte de su lado; es usted un temible adversario, puede matar a su hombre —dijo De Marsay.

Lucien, por suerte, encontró a Coralie dormida en la cama. La actriz había trabajado en una pequeña obra y de improviso se había tomado el desquite obteniendo aplausos legítimos, sin estipendio. Aquella velada, que sus enemigos no esperaban, decidió al director a darle el papel principal en la obra de Camille Maupin, ya que había terminado por descubrir la causa del fracaso de Coralie el día de su debut. Enojado por las intrigas de Florine y de Nathan para hacer caer a una actriz a la que quería, el director había prometido a Coralie la protección de la Administración.

A las cinco de la madrugada, Rastignac fue a buscar a Lucien.

—Mi querido amigo, está usted alojado según el estilo de su calle —le dijo por

todo cumplido—. Seamos los primeros en llegar a la cita en el camino de Clignancourt, es de buen gusto y hemos de dar buen ejemplo.

—Éste es el programa —le dijo De Marsay en cuanto el coche rodaba por el *faubourg* Saint-Denis—. Se baten a pistola, a veinticinco pasos, andando libremente el uno hacia el otro hasta una distancia de quince pasos. Entonces cada uno tiene cinco pasos para dar y tres disparos que hacer. Ni uno más. Pase lo que pase, los dos se comprometen a limitarse a esto. Cargamos las pistolas de su adversario y los testigos de él cargan las de usted. Las armas han sido escogidas por los cuatro testigos en casa de un armero. Le prometo que hemos ayudado al azar: tienen pistolas de caballería.

Para Lucien la vida se había convertido en una pesadilla; le era indiferente vivir o morir. El valor propio del suicida le sirvió, pues, para parecer revestido de bravura ante los ojos de los espectadores de su duelo. Se quedó en su sitio sin andar. Esta inconsciencia pasó por un frío cálculo, se pensó que aquel poeta era un hombre de carácter. Michel Chrestien llegó hasta su límite. Los dos adversarios hicieron fuego al mismo tiempo, ya que los insultos habían sido considerados iguales. Al primer disparo, la bala de Chrestien rozó la mandíbula de Lucien, cuya bala pasó diez pies por encima de la cabeza de su adversario. Al segundo disparo, la bala de Michel se alojó en el cuello de la levita del poeta, la cual, por fortuna, estaba reforzada y almohadillada. Al tercer disparo, Lucien recibió la bala en la sien y cayó.

—¿Está muerto? —preguntó Michel.

—No —dijo el cirujano—, saldrá de ésta.

—Tanto peor —repuso Michel.

—¡Ah!, sí, tanto peor —dijo Lucien, prorrumpiendo en sollozos.

A mediodía, aquel desgraciado muchacho se encontró en su habitación, acostado en la cama; habían sido precisas cinco horas y grandes cuidados para transportarlo hasta allí. A pesar de que su estado no era peligroso, exigía precauciones: la fiebre podía provocar serias complicaciones. Coralie acalló su desesperación y su dolor. Durante todo el tiempo que su amigo estuvo en peligro, pasó las noches con Bérénice, estudiando sus papeles. El peligro de Lucien duró dos meses. La pobre muchacha a veces interpretaba un papel que pedía alegría, mientras en su interior no hacía más que repetirse: «Tal vez mi pobre Lucien esté muriéndose en este momento».

Durante este tiempo, Lucien fue cuidado por Bianchon: debió la vida a las atenciones de este amigo, herido tan vivamente, pero a quien D'Arthez había confiado el secreto de la gestión de Lucien, justificando al desgraciado poeta. En un momento de lucidez, ya que Lucien tuvo una fiebre nerviosa de gran gravedad, Bianchon, que sospechaba cierta generosidad por parte de D'Arthez, interrogó al enfermo; Lucien le dijo que no había hecho ningún otro artículo sobre el libro de

D'Arthez, aparte del inserto en el periódico de Hector Merlin.

A fines del primer mes, la casa Fendant y Cavalier hizo suspensión de pagos. Bianchon aconsejó a la actriz que ocultara este terrible golpe a Lucien. La famosa novela *El arquero de Carlos IX*, aparecida bajo un título extraño, no había tenido el menor éxito. Para procurarse algo de dinero antes de hacer la suspensión, Fendant, a espaldas de Cavalier, había vendido esta obra en bloque a los tenderos, que la revendían a bajo precio para los buhoneros. En aquel momento, el libro de Lucien adornaba los parapetos de los puentes y muelles de París.

La librería del muelle de los Agustinos, que había adquirido una cierta cantidad de ejemplares de esta novela, se encontraba con la pérdida de una considerable suma a consecuencia del súbito descenso del precio: los cuatro volúmenes que había comprado a cuatro francos cincuenta, se vendían a cincuenta sueldos. El comercio lanzaba grandes gritos, y los periódicos continuaban guardando el silencio más profundo. Barbet no lo había previsto, creía en el talento de Lucien; contrariamente a sus costumbres, se había lanzado a comprar doscientos ejemplares y la perspectiva de una pérdida le volvía loco, decía horrores de Lucien. Barbet adoptó una postura heroica, colocó sus ejemplares en un rincón de su almacén, por una testarudez de avaro, y dejó que sus colegas se deshicieran de los suyos a bajo precio. Más tarde, en 1824, cuando el bello prefacio de D'Arthez, el mérito del libro y dos artículos hechos por Léon Giraud hubieron devuelto a esa obra su valor, Barbet vendió sus ejemplares uno a uno al precio de diez francos.

A pesar de las precauciones de Bérénice y Coralie, fue imposible impedir que Hector Merlin fuese a ver a su amigo moribundo; y le hizo beber gota a gota el cáliz amargo de aquel caldo, palabra en uso en librería para describir la funesta operación a la que se habían dedicado Fendant y Cavalier al publicar la obra de un neófito. Martinville, el único amigo fiel de Lucien, escribió un artículo magnífico en favor de la obra, pero la exasperación era tal, tanto en el campo liberal como en el ministerial, contra el redactor jefe del *Aristarco*, la *Oriflama* y la *Bandera blanca*, que los esfuerzos de este valiente atleta, que devolvió siempre diez insultos por cada uno al liberalismo, perjudicaron a Lucien. Ningún periódico recogió el guante de la polémica, por muy vivos que fuesen los ataques del brazo realista. Coralie, Bérénice y Bianchon cerraron la puerta a todos los que se decían amigos de Lucien, que profirieron grandes gritos de protesta, pero fue imposible cerrar la puerta a los agentes ejecutivos. La bancarrota de Fendant y Cavalier hacía sus letras exigibles en virtud de una disposición del Código de Comercio, la que más atenta a los derechos de terceros que de este modo se ven privados de los beneficios del contrato. Lucien se vio perseguido vigorosamente por Camusot.

Al ver aquel nombre, la actriz comprendió la terrible y humillante gestión que había tenido que hacer su poeta, para ella tan angelical. Por tal motivo, le amó diez

veces más y no quiso suplicar a Camusot. Al venir a buscar a su prisionero, los guardias de comercio le encontraron en la cama y retrocedieron ante la idea de llevárselo; fueron a casa de Camusot antes de rogar al presidente del Tribunal para que les indicara la casa de salud adonde habría que trasladarlo. Camusot se presentó inmediatamente en la calle de la Lune. Coralie bajó y subió de nuevo con las pruebas del procedimiento que, según el endoso, indicaban a Lucien como comerciante. ¿Cómo había obtenido ella esos documentos de Camusot?, ¿qué promesa había hecho? Guardó el más profundo silencio, pero había subido medio muerta.

Coralie actuó en la obra de Camille Maupin y contribuyó en gran parte al éxito de la ilustre hermafrodita literaria. La creación de este papel fue el último destello de esta bella lámpara. A la vigésima representación, en el momento en que Lucien, restablecido, comenzaba a pasear, a comer y hablaba de reemprender sus trabajos, Coralie cayó enferma: una pena secreta le devoraba. Bérénice creyó siempre que por salvar a Lucien se había comprometido a volver con Camusot. La actriz tuvo la mortificación de ver dar su papel a Florine. Nathan declaraba la guerra al Gimnasio en el caso en que no se diera a Florine el papel de Coralie. Interpretando su papel hasta el último momento para no dejárselo coger por su rival, Coralie se excedió en sus fuerzas; el Gimnasio le había hecho algunos adelantos durante la enfermedad de Lucien, no podía pedir más a la caja del tesoro, a pesar de su buena voluntad; Lucien no se encontraba aún en situación de trabajar, además cuidaba de Coralie a fin de tranquilizar a Bérénice; este pobre hogar llegó pues a un estado lastimoso; sin embargo tuvo la suerte de encontrar en Bianchon un médico hábil y abnegado que le proporcionó crédito en una farmacia. La situación de Coralie y Lucien fue pronto conocida por los acreedores y el propietario. Los muebles fueron embargados: La modista y el sastre, no temiendo ya al periodista, persiguieron a ultranza, a estos dos bohemios. Finalmente no quedaron más que el farmacéutico y el chacinero que dieran crédito a aquellos dos desgraciados jóvenes. Lucien, Bérénice y la enferma se vieron obligados durante una semana a no comer más que cerdo bajo todas las formas ingeniosas y variadas que le dan los cocineros. Esta carne, bastante indigesta por naturaleza, agravó la enfermedad de la actriz.

Lucien, obligado por la miseria, se presentó en casa de Lousteau a reclamar los mil francos que este antiguo amigo, este traidor, le debía. Ésta fue, en medio de sus desgracias, la gestión que más le costó hacer. Lousteau no podía ya volver a su casa en la calle de La Harpe; dormía en casa de amigos y era perseguido y acorralado como una liebre. Lucien encontró a su fatal introductor en el mundo literario en Flicoteaux. Lousteau cenaba en la misma mesa en que Lucien le había encontrado para su desgracia el día en que se había alejado de D'Arthez. Lousteau le invitó a cenar y Lucien aceptó.

Cuando al salir de Flicoteaux, Claude Vignon, que cenaba allí aquel día,

Lousteau, Lucien y el alto desconocido que entregaba su ropa en Samanon, quisieron ir al café Voltaire para tomar un café, no reunieron ni treinta sueldos rascándose los fondos de los bolsillos. Deambularon por el Luxemburgo esperando encontrar un librero, y efectivamente vieron a uno de los más famosos impresores de aquel tiempo, al que Lousteau pidió cuarenta francos que le fueron entregados. Lousteau repartió la suma en cuatro partes iguales y cada uno de los escritores tomó una. La miseria había extinguido todo orgullo y todo sentimiento en Lucien; lloró delante de aquellos tres artistas, contándoles su situación; pero cada uno de sus camaradas tenía un drama que narrar tan horrible como el suyo; cuando cada uno explicó el suyo propio, el poeta se sintió el menos desgraciado de los cuatro. Por lo tanto, todos tenían necesidad de olvidar su desgracia y su pensamiento, que doblaba su desgracia.

Lousteau corrió al Palacio Real a jugar los nueve francos que le quedaban de sus diez. El alto desconocido, a pesar de que tenía una amante encantadora, se fue a una casa vil y sospechosa para sumergirse en el lodazal de las voluptuosidades peligrosas. Vignon se fue al Petit Rocher de Cancale con la intención de beberse allí dos botellas de vino de Burdeos para abdicar de su razón y su memoria. Lucien dejó a Claude Vignon en el umbral del restaurante, rechazando su parte en aquella cena. El apretón de manos que el gran hombre de provincias dio al único periodista que no le había sido hostil, fue acompañado de una horrible opresión de corazón.

—¿Qué hacer? —le preguntó.

—En la guerra como en la guerra —le dijo el gran crítico—. Su libro es hermoso, pero le ha creado envidiosos; su lucha será larga y difícil. El genio es una horrible enfermedad. Todo escritor lleva en su corazón un monstruo que, semejante a la tenia en el estómago, devora los sentimientos a medida que se forman. ¿Quién triunfará?, ¿la enfermedad del hombre, o el hombre de la enfermedad? Ciertamente es preciso ser un gran hombre para mantener la balanza equilibrada! entre su genio y su carácter. El talento crece, el corazón se seca. A menos de ser un coloso, a menos de tener las espaldas de un hércules, uno se queda o sin corazón o sin talento. Usted es débil y enclenque, sucumbirá —dijo, entrando en el restaurante.

Lucien volvió a su casa meditando sobre esta terrible frase, cuya profunda verdad le iluminaba la vida literaria.

—¡Dinero! —le gritaba una voz.

Él mismo se hizo a su orden tres letras de mil francos cada una a uno, dos y tres meses de vencimiento, imitando con una admirable perfección la firma de David Séchard; las endosó, y la mañana siguiente las llevó a Métivier, el fabricante de papel de la calle Serpente, quien se las pagó sin ninguna dificultad. Lucien escribió unas líneas a su cuñado, para prevenirle de este ataque a su caja, prometiéndole, según costumbre, remitirle los fondos al vencimiento. Pagadas las deudas de Coralie y de Lucien, quedaron trescientos francos, que el poeta puso en las manos de Bérénice

diciéndole que no le diera nada si se lo pedía; temía que la fiebre del juego se apoderara de él.

Lucien, animado por una rabia sombría, fría y taciturna, se puso a escribir sus artículos más agudos a la luz de una lamparilla, mientras velaba a Coralie. Cuando buscaba sus ideas veía a esta adorada criatura, blanca como una porcelana, bella, con la belleza de los moribundos, sonriéndole con los labios pálidos, mostrándole unos ojos brillantes como los de todas las mujeres que sucumben, más que por la enfermedad, por la pena. Lucien enviaba sus artículos a los periódicos, pero como no podía ir a las oficinas para atormentar a los redactores en jefe, los artículos no se publicaban. Cuando se decidió a ir al periódico, Théodore Gaillard, que le había dado unas cantidades como adelanto y que después se aprovechó de aquellos diamantes literarios, le recibía fríamente.

—Cuídese, querido amigo; ya no tiene ingenio, no se desmoralice, ¡tenga verbo! —le decía.

—Este pequeño Lucien sólo tenía en el vientre su novela y sus primeros artículos —exclamaron Félicien Vernou, Merlin y todos los que le odiaban, cuando se hablaba de él en casa de Dauriat o en el Vaudeville—. Nos envía cosas lastimosas.

«No tener nada en el vientre», frase consagrada en el argot del periodismo, constituye una sentencia soberana difícil de combatir una vez ha sido pronunciada. Esta frase, que se extendió por todas las partes, mató a Lucien sin Lucien saberlo, ya que entonces tuvo molestias superiores a sus fuerzas. En medio de sus agotadores trabajos, fue perseguido por las letras de David Séchard y tuvo que recurrir a la experiencia de Camusot. El antiguo amante de Coralie tuvo la generosidad de proteger a Lucien. Esta horrorosa situación duró dos meses, que fueron esmaltados por numerosos papeles timbrados, que, según la recomendación de Camusot, Lucien enviaba a Desroches, un amigo de Bixiou, de Blondet y de Des Lupeaulx.

En los inicios del mes de agosto, Bianchon dijo al poeta que Coralie estaba perdida, sólo le restaban unos días de vida. Bérénice y Lucien pasaron aquellos fatales días llorando, sin poder ocultar sus lágrimas a esta infeliz muchacha que estaba desesperada por tener que morir, a causa de Lucien. Por una extraña reacción, Coralie pidió a Lucien que le trajera un sacerdote. La actriz quiso reconciliarse con la Iglesia y murió en paz. Tuvo un fin cristiano y su arrepentimiento fue sincero. Esta agonía y esta muerte acabaron por privar a Lucien de todo su valor y todas sus fuerzas. El poeta se mantuvo en un abatimiento completo, sentado en un sillón a los pies de la cama de Coralie, no dejando de mirarla hasta el momento en que vio los ojos de la actriz entornados por la mano de la muerte. Eran las cinco de la madrugada.

Un pajarillo llegó hasta los tientos de la ventana y gorjeó. Bérénice, arrodillada, besaba la mano de Coralie, que iba enfriándose con sus lágrimas. Sobre la chimenea

no había más que medio franco. Lucien salió, empujado por una desesperación que le aconsejaba pedir limosna para enterrar a su amante o ir a echarse a los pies de la marquesa de Espard, el conde du Châtelet, la señora de Bargeton, la señorita Des Touches o el terrible dandy De Marsay: no se sentía ya orgulloso ni animado. Por tener un poco de dinero, ¡se hubiese enrolado en la milicia! Caminó con aquel aspecto descompuesto y desmoronado que los desgraciados conocen hasta la residencia de Camille Maupin, en donde entró, sin tener en cuenta el desorden de su ropa, y rogó que le recibiera.

—La señorita se ha acostado a las tres de la mañana y nadie se atrevería a entrar en su habitación antes de que ella llame —dijo el criado.

—¿Cuándo le llama?

—Nunca antes de las diez.

Lucien escribió entonces una de esas cartas espantosas en las que los pordioseros elegantes recurren a todo. Una tarde había puesto en duda la posibilidad de este modo de rebajarse, cuando Lousteau le hablaba de las solicitudes hechas por los jóvenes talentos a Finot, y su pluma le llevaba más allá tal vez de los límites en los que el infortunio había arrojado a sus predecesores. A la vuelta, en un estado febril y de embrutecimiento, caminaba por los bulevares sin pensar en la horrible obra maestra que le había dictado la desesperación, y se encontró con Barbet.

—Barbet, ¿quinientos francos? —le dijo, tendiéndole la mano.

—No, doscientos —repuso el librero.

—¡Ah!, ¿O sea que tiene corazón?

—Sí, pero también tengo negocios. Me hace usted perder mucho dinero —le dijo, después de contarle la quiebra de Fendant y Cavalier—, hágame ganar algo.

Lucien se estremeció.

—Usted es poeta, tiene que saber hacer toda clase de versos —continuó el librero—. En estos momentos necesito canciones picarescas para mezclarlas con otras canciones que he publicado de otros autores, a fin de no ser perseguido como falsificador y poderlas vender por las calles, una bonita selección de canciones a diez sueldos. Si quiere enviarme mañana diez buenas canciones tabernarias o licenciosas... Bueno, ¡ya sabe!, le daré doscientos francos.

Lucien volvió a su casa: allí encontró a Coralie tendida, rígida sobre un catre y envuelta en una mala sábana que Bérénice estaba cosiendo mientras lloraba. La gruesa normanda había encendido cuatro candelabros en las cuatro esquinas de la cama. En el rostro de Coralie brillaba esta flor de belleza que de forma tan excelsa habla a los vivos expresando una calma y tranquilidad absoluta, y se parecía a esas muchachitas que tienen la enfermedad de los colores pálidos: parecía por momentos que aquellos dos labios color violeta se iban a entreabrir para pronunciar el nombre de Lucien, esta palabra, que mezclada con el nombre de Dios había precedido su

último suspiro. Lucien dijo a Bérénice que fuera a las pompas fúnebres para encargarse de un carruaje que no costara más de doscientos francos, incluyendo el servicio en la mezquina iglesia de la Bonne-Nouvelle.

En cuanto Bérénice salió, el poeta se sentó a la mesa, cerca del cuerpo de su pobre amada, y allí compuso las diez canciones que precisaban ideas alegres y aires populares. Experimentó inenarrables penas antes de poderse poner a trabajar, pero acabó por encontrar su inteligencia al servicio de la necesidad, como si no hubiese sufrido. Ejecutaba el terrible dictamen de Claude Vignon sobre la separación que se efectúa entre el corazón y el cerebro. ¡Qué noche la de aquel pobre muchacho que se dedicaba a la creación de poesías que ofrecer a las bromas, escribiendo a la luz de los cirios al lado del sacerdote que rezaba por el alma de Coralie!... A la mañana siguiente, Lucien, que había acabado su última canción, trataba de adaptarla a una tonadilla de moda; al oírle cantar, Bérénice y el sacerdote temieron que se hubiese vuelto loco:

Amigos, la moral en canción
me cansa y me aburre.
¿Se ha de invocar la razón
cuando la Locura nos cubre?
Además, el estribillo, sale del corazón
cuando se bebe en una reunión:
Epicuro dice ser verdad esto.
No busquemos a Apolo, empero.
Si Baco es nuestro copero,
riamos, bebamos y burlémonos del resto.
Hipócrates, con todo buen bebedor
veía un centenario posible.
¿Qué importa, después de todo, si por dolor
la pierna inservible
no pueda perseguir a una bella,
siempre que, para vaciar una botella,
el ánimo se encuentre presto?
Si siempre es verdadero biberón
hasta los sesenta nos damos el atracón;
riamos, bebamos
y burlémonos del resto.
Se quiere saber de dónde llegamos,
la cosa es muy fácil,
pero para saber a dónde vamos

sería preciso ser hábil
sin inquietarnos; en fin,
usemos, mi fe, hasta el fin
de la bondad celestial el gesto.
Cierto es que moriremos;
pero como ahora nos mantenemos,
riamos, bebamos
y burlémonos del resto.

En el preciso instante en que el poeta cantaba esta última estrofa, tan horrible, Bianchon y D'Arthez entraron y le encontraron en el paroxismo del abatimiento, derramando un torrente de lágrimas y sin fuerzas para poner sus canciones en limpio. Cuando a través de sus sollozos hubo explicado su situación, vio lágrimas en los ojos de los que le escuchaban.

—Esto —dijo D'Arthez— borra muchas faltas.

—Felices aquellos que encuentran el infierno aquí abajo —dijo el sacerdote gravemente.

El espectáculo de esta bella muerta sonriendo a la eternidad, la vista de su amante comprándole una tumba con canciones de taberna, Barbet pagando un ataúd, estos cuatro cirios alrededor de esta actriz cuya basquina y medias rojas no hace mucho hacían palpar a toda la sala; luego, en la puerta, el sacerdote que la había reconciliado con Dios volviendo a la iglesia para decir una misa en sufragio de la que había amado tanto, estas grandezas y estas infamias, estos dolores sepultados bajo la necesidad, helaron al gran escritor y al gran médico, que se sentaron sin poder proferir una palabra. Un criado hizo su aparición y anunció a la señorita Des Touches. Esta bella y sublime mujer lo había comprendido todo, se dirigió directamente a Lucien y le estrechó la mano deslizándose en ella dos billetes de mil francos.

—Ya es demasiado tarde —le dijo él, lanzándole una mirada de moribundo.

D'Arthez, Bianchon y la señorita Des Touches no dejaron a Lucien hasta después de haber consolado su desesperación con las palabras más dulces, pero todo estaba roto en su interior. A mediodía, el cenáculo, a excepción de Michel Chrestien, que sin embargo había sido puesto al corriente y desengañado sobre la culpabilidad de Lucien, se encontró en la pequeña iglesia de la Bonne-Nouvelle, así como Bérénice, la señorita Des Touches, dos comparsas del Gimnasio, la camarera de Coralie y el desgraciado Camusot. Todos los hombres acompañaron a la actriz hasta el cementerio del Père Lachaise. Camusot, que lloraba a lágrima viva, juró a Lucien que compraría allí un terreno a perpetuidad y haría construir una pequeña columna en la que se grabara: Coralie, y debajo: «Muerta a los diecinueve años (1822)».

Lucien permaneció solo hasta la puesta del sol, en esta colina desde la que sus

ojos abarcaron todo París.

«¿Por quién seré amado? —Se preguntaba—. Mis verdaderos amigos me desprecian. Haya hecho lo que haya hecho, todo lo mío parecía noble y bien a ésta que está aquí. Sólo me quedan mi hermana, David y mi madre. ¿Qué pensarán de mí allí abajo?».

El pobre gran hombre de provincia regresó a la calle de la Lune, en donde sus impresiones fueron tan vividas al ver el piso vacío, que se alojó en un fonducho de la misma calle. Los dos mil francos de la señorita Des Touches pagaron todas las deudas, pero añadiendo el producto del mobiliario. Bérénice y Lucien se quedaron con cien francos cada uno, lo que les permitió vivir durante dos meses, que Lucien pasó en una depresión morbosa; no podía escribir ni pensar, se dejaba llevar por el dolor; Bérénice sintió lástima de él.

—¿Cómo iría si volviese a su tierra? —preguntó ella, a una exclamación de Lucien que pensaba en su hermana, en su madre y en David Séchard.

—A pie —dijo él.

—Pero también es necesario vivir y alojarse durante el viaje. Si hace doce leguas al día, necesitará al menos veinte francos.

—Los tendré.

Tomó sus trajes y su ropa buena, no conservando sobre sí más que lo estrictamente necesario, y se fue a casa de Samanon, quien le ofreció cincuenta francos por todo aquel deshecho. Suplicó al usurero que le diera lo necesario para tomar la diligencia, pero no pudo convencerle. Lucien, en un impulso, subió a Frascati, tentó a la fortuna y volvió sin un céntimo. Cuando se encontró en la miserable habitación de la calle de la Lune, pidió el chal de Coralie a Bérénice. Con una mirada, la buena mujer comprendió, tras la confesión que Lucien le hizo de la pérdida en el juego, cuál era la intención de este pobre muchacho desesperado: quería ahorcarse.

—¿Está loco, señor? —preguntó—. Vaya a dar un paseo y vuelva a medianoche, yo ganaré su dinero; pero quédese por los bulevares y no vaya a los muelles.

Lucien estuvo paseando por los bulevares, atontado por el dolor, mirando los carruajes, los transeúntes, encontrándose abandonado, solo, en medio de esta muchedumbre que se agitaba, azotada por los mil intereses parisienses. Al ver de nuevo en el pensamiento las orillas del Charente, tuvo sed de las alegrías familiares y sintió entonces uno de esos relámpagos de fuerza que engañan a todas las naturalezas medio femeninas: no quiso abandonar la partida sin haber descargado su corazón en el corazón de David Séchard y tomar consejo de los tres ángeles que le quedaban. Mientras vagabundeaba, vio a Bérénice endomingada, hablando con un hombre en el embarrado bulevar de la Bonne-Nouvelle, en donde estaba parada en la esquina con la calle de la Lune.

—¿Qué haces? —dijo Lucien, espantado ante las sospechas que concibió por el aspecto de la normanda.

—Aquí tengo veinte francos, que pueden costar caros, pero se puede marchar —repuso ella, deslizando cuatro monedas de cinco francos en la mano del poeta.

Bérénice desapareció sin que Lucien pudiera ver por dónde se había ido; ya que, y es preciso decirlo en su honor, este dinero le quemaba la mano y quería devolverlo; pero se vio obligado a guardarlo como el último estigma de la vida parisiense.

Los sufrimientos del inventor

Al día siguiente, Lucien hizo visar su salvoconducto, compró un bastón de acebo y tomó en la plaza de la calle Enfer una diligencia de cercanías que, por diez sueldos, le dejó en Longjumeau. Como primera etapa, durmió en el establo de una granja a dos leguas de Arpajon.

Cuando hubo llegado a Orléans, se encontró cansado, pero por tres francos un barquero le llevó hasta Tours y durante el trayecto sólo gastó tres francos en la comida. De Tours a Poitiers, Lucien anduvo durante cinco días. Bien dejado atrás Poitiers, no tenía más que cien sueldos, pero reunió el resto de sus fuerzas para continuar el camino.

Un día, Lucien, sorprendido por la noche en medio de una llanura, resolvió acampar en ella, cuando, en el fondo de un barranco, vio una calesa subiendo una cuesta. Sin que el postillón, los viajeros y un criado sentado en el pescante se percataran, pudo encogerse entre dos bultos y se durmió, colocándose de forma que resistiera el traqueteo y los numerosos baches. A la mañana, despertado por el sol que le daba en los ojos y por el ruido de las voces, reconoció Mansle, aquella pequeña ciudad en la que, dieciocho meses antes, había ido a esperar a la señora de Bargeton, con el corazón lleno de amor, esperanza y alegría. Viéndose cubierto de polvo y en medio de un círculo de curiosos y postillones, comprendió que debía de ser objeto de una acusación; se puso rápidamente en pie e iba a hablar, cuando dos viajeros que salieron de la calesa le cortaron la palabra: vio al nuevo prefecto del Charente, el conde Sixte du Châtelet, y a su esposa Louise de Nègrepelisse.

—¡Si hubiésemos sabido el compañero que el destino nos había deparado! —dijo la condesa—. Suba con nosotros, caballero.

Lucien saludó fríamente a la pareja, lanzándoles una mirada a la vez humilde y amenazadora, y se perdió en un atajo delante de Mansle a fin de llegar a una granja en la que pudiese desayunar pan y leche, descansar y deliberar en silencio sobre su porvenir. Aún tenía tres francos. El autor de *Las Margaritas*, empujado por la fiebre, corrió durante largo tiempo; siguió bajando a lo largo del río, examinando la disposición de los parajes que se iban haciendo cada vez más pintorescos.

Hacia mediodía llegó a un lugar en el que la capa de agua, rodeada de sauces, formaba una especie de lago. Se detuvo para contemplar aquel tupido y fresco bosquecillo cuya gracia campestre influyó en su alma. Una casa, asentada junto a un molino en un brazo del río, dejaba ver entre las capas de los árboles su tejado de caña adornado con una siempreviva. Esta ingenua fachada tenía como únicos ornamentos algunos arbustos de jazmines, madreselva y lúpulo, y alrededor brillaban las flores silvestres y otras fértiles plantas de lo más espléndido. Sobre el empedrado, sostenido por unos bastos pilares que mantenían la calzada a un nivel superior al de las grandes

crecidas, vio unas redes secándose al sol. Unos patos nadaban en el claro estanque que se encontraba más allá del molino, entre las dos corrientes de agua que se precipitaban rugiendo por las compuertas. El molino dejaba oír su enervante ruido. Sobre un rústico banco, el poeta distinguió a una rolliza ama de casa haciendo punto mientras vigilaba a un niño que atormentaba a las gallinas.

—Buena mujer —dijo Lucien, adelantándose—, me encuentro muy cansado, tengo fiebre y sólo tres francos en el bolsillo; ¿quiere venderme pan de centeno y leche y dejarme dormir en la paja durante una semana? Así tendré tiempo de escribir a mis padres, que me enviarán dinero o vendrán a buscarme aquí.

—Con mucho gusto —repuso ella—, si mi marido acepta también. ¡Eh, oye!

El molinero salió, miró a Lucien y se quitó la pipa de la boca para decir:

—¿Tres francos por una semana? Más vale no cobrarle nada.

«Tal vez acabe de mozo de molinero», se dijo el poeta, contemplando el delicioso paisaje antes de acostarse en la cama que le hizo la molinera y en donde durmió tanto que asustó a sus anfitriones.

—Courtois, ve a ver si ese joven está vivo o muerto; ya hace catorce horas que está acostado y no me atrevo a ir —dijo la molinera al día siguiente, hacia el mediodía.

—Yo creo —repuso el molinero a su mujer, mientras acababa de extender sus redes y sus utensilios de pesca— que este guapo muchacho podría ser algún comicuelo de la legua sin un céntimo en el bolsillo y sin equipaje.

—¿Y por qué te lo imaginas? —preguntó la molinera.

—¡Caramba! No es ni un príncipe ni un ministro, ni un diputado ni un obispo; así, ¿por qué sus manos son tan blancas como las de un hombre que no hace nada?

—Entonces es muy extraño que el hambre no le despierte —dijo la molinera, que acababa de preparar un desayuno para el huésped que el azar le había deparado la víspera—. ¿Un cómico? —continuó—. ¿Y adonde irá? Aún no es tiempo de feria en Angulema.

Ni el molinero ni la molinera podían imaginar que aparte del comediante, el príncipe y el obispo, hubiera un hombre a la vez príncipe y comediante, un hombre revestido con un magnífico sacerdocio, el poeta, que aparenta no hacer nada y que, sin embargo, reina sobre la humanidad cuando ha sabido describirla.

—¿Quién será entonces? —dijo Courtois a su mujer.

—¿Habrá peligro dejándole que esté aquí? —preguntó la molinera.

—¡Bah!, los ladrones son más rápidos y ágiles que todo eso; ya nos habría desvalijado —repuso el molinero.

—No soy ni príncipe, ni ladrón, ni obispo, ni comediante —dijo tristemente Lucien, quien apareció de improviso y que sin duda había oído por la ventana el coloquio de marido y mujer—. Soy un pobre muchacho cansado, que ha llegado a pie

desde París. Me llamo Lucien de Rubempré y soy el hijo del señor Chardon, el predecesor de Postel, el farmacéutico del Houmeau. Mi hermana se ha casado con David Séchard, el impresor de la plaza du Murier en Angulema.

—Espere entonces —dijo el molinero—. Este impresor, ¿no es el hijo de ese viejo avaro que trabaja sus tierras de Marsac?

—Precisamente —replicó Lucien.

—¡Pues vaya padre! —continuó Courtois—. Se dice que hace que su hijo se lo vaya vendiendo todo y tiene más de doscientos mil francos en bienes, sin contar la hucha.

Cuando el alma y el cuerpo se han quebrado en una larga y dolorosa lucha, al agotamiento de las fuerzas sigue la muerte o un anonadamiento parecido a ésta; pero las naturalezas capaces de resistir, cobran fuerzas de nuevo. Lucien, presa de una de esas crisis, pareció a punto de sucumbir en el momento en que se enteró, aunque un tanto vagamente, de la noticia de una catástrofe acontecida a David Séchard, su cuñado.

—¡Oh, hermana mía! —exclamó— ¡qué es lo que he hecho, Dios mío! Soy un infame.

Luego, se dejó caer sobre un banco de madera, con la palidez y el decaimiento de un moribundo; la molinera se apresuró a traerle una escudilla de leche que le obligó a beber; pero el rogó al molinero que le ayudara a meterse en la cama, pidiéndole perdón por las molestias que su muerte le iba a causar, ya que creía llegada su última hora. Percibiendo el fantasma de la muerte, este gracioso poeta se encontró presa de ideas religiosas: quiso ver a un cura, confesarse y recibir los sacramentos. Tales súplicas, exhaladas en una débil voz por un muchacho dotado de bello rostro y tan bien conformado como Lucien, impresionaron vivamente a la señora Courtois.

—Mira, sube a caballo y trae al señor Marron, el médico de Marsac; verá lo que tiene este muchacho, que no me parece que se encuentre en buen estado, y te traes también al cura; tal vez sepan mejor que tú lo que sucede con este impresor de la plaza du Murier, ya que Postel es el yerno del señor Marron.

Una vez Courtois se hubo ido, la molinera, convencida, cómo toda la gente del campo, de que la enfermedad necesita una sobrealimentación, dio de comer a Lucien, quien se dejó hacer, abandonándose a violentos remordimientos que le salvaron de su abatimiento mediante la revulsión que le produjo esta especie de tópico moral.

El molino de Courtois se encontraba a una legua de Marsac, cabeza de partido, situado a mitad de camino entre Mansle y Angulema; así pues, el honrado molinero trajo bien pronto al médico y al cura de Marsac. Estos dos personajes habían oído hablar de las relaciones de Lucien con la señora de Bargeton, y como todo el departamento del Charente hablaba de la boda de esta dama y su vuelta a Angulema con el nuevo prefecto, el conde Sixte du Châtelet, al enterarse de que Lucien estaba

en casa del molinero, tanto el médico como el cura experimentaron un violento deseo de conocer las razones que habían impedido a la viuda del señor de Bargeton casarse con el joven poeta con quien se había escapado, y enterarse de si regresaba a la región para ayudar a su cuñado, David Séchard.

La curiosidad, la caridad, todo se unía pues para acudir rápidamente en socorro del poeta moribundo. Por lo tanto, dos horas después de la marcha de Courtois, Lucien oyó sobre la calzada de piedra del molino el ruido de hierros que hacía el mal carruaje del médico rural. Los señores Marron aparecieron a continuación, ya que el médico era el sobrino del cura. De este modo, Lucien veía en aquel momento personas tan ligadas con el padre de David Séchard como lo pueden ser los vecinos de una pequeña aldea de viñadores. Cuando el médico hubo observado al moribundo, le hubo tomado el pulso y examinado la lengua, miró a la molinera, sonriendo de forma que disipara cualquier inquietud.

—Señora Courtois —dijo—, estoy seguro de que en su bodega guarda alguna buena botella de vino y en su alacena una buena anguila; sírvanselas a su enfermo, que lo único que tiene son agujetas. Una vez hecho esto, ya verá como en seguida nuestro gran hombre puede echar a andar.

—¡Ah, caballero! —exclamó Lucien—. Mi enfermedad no es corporal, sino que se encuentra en el alma, y estas buenas gentes me han dicho algo que me ha matado, al anunciarme desastres en casa de mi hermana, la señora Séchard. En nombre de Dios, usted, que si he de creer a la señora Courtois ha casado a su hija con Postel, debe saber algo sobre los asuntos de David Séchard.

—Pues debe de estar en la cárcel —repuso el médico—. Su padre se ha negado a ayudarle...

—¿En prisión? —preguntó Lucien—. ¿Y por qué?

—Pues debido a unas letras que llegaron de París y que sin duda olvidó, ya que parece ser que no sabe muy bien lo que se hace —replicó el señor Marron.

—Déjeme a solas con el señor cura, se lo suplico —rogó Lucien, cuya fisonomía se alteró visiblemente.

El médico, el molinero y su mujer salieron. Cuando Lucien se vio a solas con el viejo sacerdote, exclamó:

—Merezco la muerte, que presiento ya, y soy un gran miserable que no tiene más recurso que arrojarse en brazos de la religión. Soy yo el verdadero verdugo de mi hermana y de mi hermano, ya que David es un hermano para mí. Yo fui quien extendió las letras que luego David no ha podido pagar... Le he arruinado. En la horrible miseria a la que me he abandonado, ya había olvidado ese crimen. Los protestos a que han dado lugar esas letras han sido detenidos por la intervención de un millonario y he creído que las había pagado, pero no ha hecho nada de eso.

Y Lucien contó sus desgracias. Cuando hubo terminado este poema con una febril

narración, verdaderamente digna de un poeta, suplicó al cura que fuese a Angulema y se enterara por su hermana Ève y por su madre, la señora Chardon, de la verdadera situación para saber si aún podía remediarla.

—Hasta que usted vuelva —dijo, llorando a lágrima viva—, podré vivir. Si mi madre, mi hermana y David no me rechazan, aún podré vivir.

La elocuencia del parisiense, las lágrimas de este tremendo arrepentimiento, este apuesto muchacho pálido y casi moribundo a causa de su desesperación, la enumeración de infortunios que sobrepasaban a las fuerzas humanas, todo ello despertó la compasión y el interés del cura.

—En provincias, como en París, caballero —le contestó—, no se ha de creer ni la mitad de lo que se dice; no se asuste ante un rumor que, a tres leguas de Angulema, debe ser bastante erróneo. El viejo Séchard, nuestro vecino, se ha ido a Marsac hace algunos días; tal vez sea porque se está dedicando a solucionar los asuntos de su hijo. Voy a Angulema y regresaré para decirle si puede volver con su familia, junto a la que su confesión y sincero arrepentimiento me ayudarán para interceder por su causa.

El cura no sabía que, desde hacía dieciocho meses, Lucien se había arrepentido tantas veces, que su arrepentimiento, por muy violento que fuese, no tenía más valor que el de una escena perfectamente interpretada, y además interpretada de buena fe. Al cura sucedió el médico. Viendo en el enfermo una crisis nerviosa cuyo peligro comenzaba a pasar, el sobrino fue de tanto consuelo como el tío y acabó por determinar la mejoría del enfermo.

El cura, que conocía la región y sus costumbres, llegó hasta Mansle, por donde no tardaría en pasar el coche de Ruffec a Angulema, y en el que tuvo una plaza. El anciano sacerdote esperaba pedir noticias sobre David Séchard a su sobrino Postel, el farmacéutico del Houmeau, antiguo rival del impresor ante la bella Ève. Al ver las precauciones que adoptó el pequeño farmacéutico para ayudar a bajar al anciano del horrible carromato que por aquel entonces hacía el servicio entre Ruffec y Angulema, el más obtuso de los espectadores se hubiese dado cuenta de que el señor y la señora Postel hipotecaban su bienestar sobre su herencia.

—¿Ha almorzado ya? ¿Quiere tomar algo? No le esperábamos y estamos agradablemente sorprendidos.

Fueron mil preguntas a la vez.

La señora Postel estaba predestinada a ser la esposa de un farmacéutico del Houmeau. De la misma estatura que el pequeño Postel, tenía la cara colorada de una muchacha criada en el campo; su aspecto era vulgar y toda su belleza consistía en su lozanía. Sus cabellos rojizos, colocados de forma aplastada en la frente, sus ademanes y su lenguaje apropiado a la simplicidad grabada en los rasgos de un rostro redondo y unos ojos casi amarillos, todo ello decía que se había casado por esperanzas de fortuna. Así pues, y al año de matrimonio, era ella la que mandaba, y parecía haberse

hecho completamente dueña de Postel, demasiado feliz por haber encontrado esta heredera. La señora Léonie Postel, de soltera Marron, criaba a un niño, el amor del anciano sacerdote, del médico y de Postel, un horrible niño que se parecía a su madre y a su padre.

—¡Bueno, tío! ¿Qué viene a hacer a Angulema —dijo Léonie—, ya que no quiere tomar nada y habla de marcharse nada más haber llegado?

En cuanto el digno eclesiástico hubo pronunciado el nombre de Ève y de David Séchard, Postel se ruborizó y Léonie dirigió al hombrecillo esa mirada de celos obligada que una mujer, enteramente dueña de su marido, nunca deja de expresar por el pasado en interés de su futuro.

—¿Qué es lo que esas gentes le han dicho para que tenga que mezclarse en sus asuntos, tío? —preguntó Léonie con cierto tono agrio.

—Son unos desgraciados, hija mía —repuso el cura, quien describió a Postel el estado en que Lucien se encontraba en casa de los Courtois.

—¡Ah! ¡Vaya carruaje en que vuelve de París! —exclamó Postel—. ¡Pobre muchacho! Tenía talento, sin embargo, pero era ambicioso; fue a por lana y volvió trasquilado. Pero ¿qué viene hacer aquí? Su hermana se encuentra en la más espantosa miseria, ya que todos esos genios, tanto David como Lucien, no entienden una palabra de comercio. Hemos hablado de él en el Tribunal, y yo, como juez, he tenido que firmar su proceso... ¡Esto me ha causado una pena! No sé si Lucien podrá ir, en las actuales circunstancias, a casa de su hermana; pero en todo caso, la pequeña habitación de aquí está libre y se la ofrezco con mucho gusto.

—Bien, Postel —dijo el sacerdote, colocándose el tricornio y disponiéndose a abandonar la tienda tras de haber abrazado al niño que dormía en los brazos de Léonie.

—Sin duda cenará con nosotros, tío —dijo la señora Postel—, ya que no terminará temprano si quiere resolver los asuntos de esa gente. Mi marido le llevará a casa en su cochecito y su caballito.

Los dos esposos contemplaron a su precioso tío alejarse hacia Angulema.

—A pesar de su edad se conserva bien —dijo el farmacéutico.

Mientras el venerable eclesiástico sube las rampas de Angulema, no está de más explicar los nudos de intereses en los que iba a mezclarse.

Tras la marcha de Lucien, David Séchard, este buey valiente e inteligente, como el que los pintores dan por compañero al evangelista, quiso hacer la grande y rápida fortuna que había deseado, más que por él, por Ève y Lucien, una noche, a la orilla del Charente, sentado al lado de Ève junto a la presa, cuando ella le otorgó su mano y su corazón.

Situar a su mujer en la esfera de elegancia y de riqueza en la que debería vivir, sostener con su brazo poderoso la ambición de su hermano, tal fue el programa

escrito en letras de fuego ante sus ojos. Los periódicos, la política, el inmenso desarrollo de la librería y de la literatura, el de las ciencias, la inclinación a una discusión pública de todos los intereses del país, todo el movimiento social que se declaró cuando la Restauración pareció definitivamente asentada, iba a exigir una producción de papel casi doble, comparada con la cantidad sobre la que especuló el célebre Ouvrard en los comienzos de la Revolución, guiado por motivos semejantes. Pero en 1821 las fábricas de papel eran demasiado numerosas en Francia como para que se pudiera esperar hacerse su poseedor exclusivo, como hizo Ouvrard, quien se adueñó de las principales fábricas tras de haber acaparado sus productos. David, además, no tenía ni la audacia ni el capital suficiente para semejantes especulaciones.

En aquellos tiempos, la técnica de fabricación de papel continuo comenzaba a desarrollarse en Inglaterra. Por lo tanto, nada más necesario que adaptar las papeleras a las necesidades de la civilización francesa, que amenazaba con extender la discusión a todos los ámbitos y reposar sobre una perpetua manifestación del pensamiento individual, una verdadera desgracia, ya que los pueblos que deliberan suelen obrar muy poco. Así pues, ¡cosa extraña!, mientras Lucien entraba en los engranajes de la inmensa máquina del periodismo, aun a riesgo de dejar en ella su honor y su inteligencia a jirones, David Séchard, desde el fondo de su imprenta, abrazaba el movimiento de la prensa periódica en sus consecuencias materiales. Quería situar los medios en armonía con el resultado hacia el que tendían las ideas del siglo. Además, obraba de una forma tan certeza al buscar una fortuna en la fabricación de papel a bajo precio, que los acontecimientos han justificado su previsión.

Durante esos quince últimos años, la oficina encargada de las patentes de invención ha recibido más de cien solicitudes de pretendidos descubrimientos de sustancias para la fabricación del papel. Más cierto y seguro que nunca de la utilidad de este descubrimiento, sin resonancia pero de un enorme provecho, David cayó pues, tras la marcha de su cuñado a París, en la constante preocupación que debía de causar ese problema a quien quería resolverlo.

Como había agotado todos sus recursos para casarse, y después para sufragar los gastos del viaje de Lucien a París, en los comienzos de su matrimonio se vio sumido en la más profunda miseria. Había reservado mil francos para las necesidades de su imprenta y debía una suma parecida a Postel, el farmacéutico. De esta forma, para este profundo pensador, el problema fue doble: era preciso inventar un papel a bajo precio e inventarlo rápidamente; era preciso, finalmente, adaptar los provechos de su descubrimiento a las necesidades de su hogar y de su comercio. En consecuencia, ¿qué epíteto conceder al cerebro capaz de sacudir las crueles preocupaciones que causan una indigencia que ocultar y una familia sin pan, y las exigencias cotidianas de una profesión tan meticulosa como la de impresor, recorriendo a la vez los

dominios de lo desconocido con el ardor y las embriagueces del sabio en pos de un secreto que de día en día se escapa a las más sutiles investigaciones?

¡Ay! Como vamos a ver, los inventores tienen otras muchas calamidades que soportar, sin contar con la ingratitud de las masas a quienes los ociosos y los incapaces dicen de un hombre de genio:

«Había nacido para ser inventor, no podía hacer otra cosa. No hay que molestarse por su descubrimiento, de la misma forma que no hay que molestarse porque una persona haya nacido príncipe; ejerce unas facultades naturales y, además, ha encontrado su recompensa en el mismo trabajo».

El matrimonio causa en una muchacha profundas perturbaciones morales y físicas; pero, casándose en las condiciones burguesas de la clase media, debe además estudiar nuevos intereses e iniciarse en los negocios; de ahí que para ella se dé una fase en la que necesariamente ha de permanecer en observación, sin obrar.

El amor de David hacia su mujer retrasó por suerte esta educación, no se atrevió a decirle el estado de las cosas a la mañana siguiente de la boda ni en los días siguientes. A pesar de los profundos apuros a que le condenaba la avaricia de su padre, no se quiso resignar a estropear su luna de miel mediante el triste aprendizaje de su profesión laboriosa, ni mediante las necesarias enseñanzas a la mujer de un comerciante. De este modo, los mil francos, su único haber, fueron devorados más por la casa que por el taller.

La inconsciencia de David y la ignorancia de su mujer duraron cuatro meses. El despertar fue terrible. Al vencimiento de la letra, firmado por David a Postel, el matrimonio se encontró sin dinero y la causa de esta deuda era lo bastante conocida de Ève como para hacerla empeñar sus joyas de desposada y su plata. La noche misma de este pago, Ève quiso hacer hablar a David de sus asuntos, ya que se había dado cuenta de que iba abandonando el negocio a causa del problema del que le había hablado no hacía mucho tiempo.

A partir del segundo mes de su matrimonio, David pasaba la mayor parte de su tiempo en el cobertizo situado al fondo del patio, en una pequeña habitación que le servía para fundir sus rodillos. Tres meses después de su llegada a Angulema, había sustituido los tampones para entintar por el tintero de mesa y de cilindro, con el cual la tinta se distribuye por rodillos compuestos por cola fuerte y melaza. Este primer perfeccionamiento de la tipografía fue tan irrefutable, que tan pronto como los hermanos Cointet lo vieron, lo adoptaron en seguida. David había adosado a la pared medianera de esta especie de cocina un hornillo con fondo de cobre, con el pretexto de gastar menos carbón para fundir sus rodillos, cuyos moldes herrumbrosos estaban alineados a lo largo de la pared y en los que no fundió dos veces. No solamente colocó en esta habitación una sólida puerta de roble, interiormente guarnecida con chapa, sino que reemplazó los sucios cristales de la claraboya, por donde entraba la

luz, por vidrios translúcidos, a fin de que desde el exterior no se pudiera ver el objeto de sus ocupaciones. A las primeras palabras que Ève dijo a David sobre su porvenir, la miró con aire inquieto y la atajó con estas palabras.

—Querida, sé todo lo que debe inspirarte ver un taller vacío y el aniquilamiento comercial en que permanezco, pero ¿ves? —continuó, llevándola a la ventana de su habitación y mostrándole el reducto misterioso—, nuestra fortuna está allí... Tendremos que sufrir aún durante algunos meses, pero suframos con paciencia, y déjame a mí resolver el problema industrial que hará cesar todas nuestras miserias y que tú conoces.

David era tan bueno, su abnegación debía ser creída tan bien bajo palabra, que la pobre mujer, preocupada como todas las mujeres por el gasto diario, se fijó como tarea evitar a su marido los problemas del hogar; dejó pues la bonita habitación azul y blanca en la que se contentaba con trabajar en tareas femeninas, charlando con su madre, y bajó a uno de los dos escritorios de madera situados en el fondo del taller, a fin de estudiar el mecanismo comercial de la tipografía. ¿No era un heroísmo por parte de una mujer embarazada?

Durante esos primeros meses, la imprenta de David iba siendo abandonada por los obreros que hasta entonces habían sido necesarios para sus trabajos, y que se fueron uno a uno. Abrumados por el trabajo, los hermanos Cointet empleaban no solamente los obreros del departamento, atraídos por la perspectiva de hacer en aquella casa muchas horas extraordinarias, sino también algunos de Burdeos, de donde venían sobre todo los aprendices que se creían lo suficientemente hábiles como para sustraerse a las condiciones del aprendizaje.

Examinando los recursos con que podía contar la imprenta Séchard, Ève no encontró en ella más que tres personas. En primer lugar Cérizet, aquel aprendiz que David había traído de París; luego Marion, formando parte de la casa tan fielmente como un perro guardián, y finalmente Kolb, un alsaciano que antes había sido mozo en casa de los señores Didot. Llamado a filas, Kolb se encontró por casualidad en Angulema, donde David le reconoció con ocasión de un desfile, en el momento en que estaba a punto de licenciarse. Kolb fue a ver a David y se enamoró de la gruesa Marion, descubriendo en ella todas las cualidades que un hombre de su clase pide a una mujer: esa salud vigorosa que colorea las mejillas, esa fuerza masculina que permitía a Marion coger una forma sin esfuerzo, esa probidad religiosa que tanto aprecian los alsacianos, esa fidelidad para sus amos que demuestra un buen carácter y, finalmente, esa economía que le había permitido una pequeña suma de mil francos en ropa, vestidos y efectos de una sencillez provinciana.

Marion, gorda y rolliza, de treinta y seis años de edad, bastante halagada al verse objeto de las atenciones de un coracero de cinco pies y siete pulgadas de estatura, buen tipo, fuerte como un bastión, le sugirió, naturalmente, la idea de hacerse

impresor. Para cuando el alsaciano recibió su licencia absoluta, Marion y David habían hecho de él un oso bastante distinguido, pero que no sabía leer ni escribir.

La composición de las obras llamadas de ciudad no fue tan abundante aquel trimestre como para que Cérizet no fuera suficiente. Desempeñando a la vez las funciones de cajista, compaginador y regente de imprenta, Cérizet efectuaba lo que Kant llama una triplicidad fenomenal; componía y corregía su composición, apuntaba los encargos y hacía las facturas, pero la mayor parte de las veces, sin trabajo, se dedicaba a leer novelas en su escritorio al fondo del taller, mientras esperaba el encargo de un prospecto o una tarjeta de participación. Marion, formada por Séchard padre, preparaba el papel, lo mojaba, ayudaba a Kolb a imprimirlo, lo extendía, lo cortaba, y no por eso dejaba de cocinar e ir al mercado muy de mañana.

Cuando Ève hizo que Cérizet le mostrara las cuentas del primer semestre, vio que las entradas habían sido de ochocientos francos. Los gastos, a razón de tres francos al día para Cérizet y Kolb, que tenían como jornal diario, el uno dos francos, y el otro uno, se elevaba a seiscientos francos. Pero como el precio de los materiales exigidos por las obras impresas y entregadas ascendía a ciento y pico francos, quedó muy claro para Ève que, en los seis primeros meses de su matrimonio, David había perdido sus alquileres, el interés de los capitales representados por el valor de su material y de su patente, el sueldo de Marion, la tinta, y, en una palabra, los beneficios que un impresor debe tener; esa multitud de cosas expresadas en la jerga de la imprenta con la palabra tejidos, expresión debida a los trapos y a las sedas empleadas en hacer que la presión del torniquete se haga menos dura a los caracteres mediante el intercalado de un cuadrado de tela (la mantilla) entre la platina de la prensa y el papel que recibe la impresión.

Después de haber entendido en líneas generales los medios de la imprenta y sus resultados, Ève adivinó los pocos recursos que ofrecía este taller aplastado por la devorante actividad de los hermanos Cointet, fabricantes de papel a la vez que periodistas, impresores, contratados por el Obispado, proveedores de la Ciudad y de la Prefectura. El periódico que dos años antes los Séchard padre e hijo habían vendido en veintidós mil francos, rendía ahora dieciocho mil por año.

Ève se dio cuenta de los cálculos ocultos bajo la aparente generosidad de los hermanos Cointet, que dejaban a la imprenta Séchard el suficiente trabajo para subsistir y no lo bastante para que fuera un competidor. Al tomar la dirección de los asuntos, comenzó por hacer un inventario exacto de todos los valores. Empleó a Kolb, Marion y Cérizet en el arreglo del taller, en limpiarlo y ponerlo en orden. Después, una tarde, cuando David volvía del campo seguido por una anciana que traía un enorme paquete envuelto en una tela, Ève le pidió consejos para sacar partido de los restos que les había dejado el viejo Séchard, prometiéndole dirigir ella sola los negocios.

Según el parecer de su marido, la señora Séchard empleó todos los picos de papel que había encontrado, ordenados por clases y tamaños, en imprimir a dos columnas y por una sola cara esas leyendas populares coloreadas que los aldeanos pegan en las paredes de sus casas: la historia del *Judío errante*, *Roberto el Diablo*, *La Bella Maguelonne*, y el relato de algunos milagros. Ève hizo de Kolb un buhonero. Cérizet no perdió un solo momento, compuso aquellas ingenuas páginas y su toscas viñetas desde la mañana hasta la noche. Marion bastaba para la impresión. La señora Chardon se encargó de todos los trabajos domésticos, ya que Ève se dedicó a colorear los grabados. En dos meses, gracias a la actividad de Kolb y a su honradez, la señora Séchard vendió en Angulema, y en doce leguas a la redonda, tres mil hojas que le costaron treinta francos de fabricación y que le proporcionaron a razón de dos sueldos la hoja, trescientos francos. Pero cuando todas las casas y tabernas quedaron tapizadas con esas leyendas, fue necesario pensar en otra especulación, ya que el alsaciano no podía viajar más allá del departamento.

Ève, que lo revolvía todo en la imprenta, encontró la colección de figuras necesarias para la impresión de un almanaque, llamado *de los pastores*, en el que las cosas están representadas por signos, imágenes y grabados en rojo, negro o azul. El viejo Séchard, que no sabía leer ni escribir, ya había ganado mucho dinero imprimiendo este libro, que iba destinado a los que no saben leer. Este almanaque, que se vende a un sueldo consiste en una hoja plegada sesenta y cuatro veces, lo que hace un total de ciento veintiocho páginas. Completamente feliz por el éxito de sus hojas volantes, industria a la que se dedican sobre todo las pequeñas imprentas de provincias, la señora Séchard emprendió el *Almanaque de los Pastores* en gran escala, consagrando a él sus beneficios. El papel del Almanaque de los Pastores, del que muchos millones de ejemplares se venden anualmente en Francia, es más barato que el *Almanaque de Lieja*, y cuesta alrededor de cuatro francos la resma. Una vez impresa esta resma, que contiene quinientas hojas, se vende, pues, a razón de un sueldo la hoja, veinticinco francos. La señora Séchard se decidió a emplear cien resmas en una primera tirada, lo cual hacía cincuenta mil almanaques para colocar y dos mil francos de beneficio que recoger.

Aunque distraído, como lo debe estar un hombre profundamente ocupado, David quedó sorprendido, al dar una ojeada a su taller, del crujir de la prensa y de ver a Cérizet siempre en pie, componiendo bajo la dirección de la señora Séchard. El día en que entró allí para supervisar los trabajos emprendidos por Ève, fue un gran triunfo para ella la aprobación por parte de su marido, que encontró que el asunto del almanaque era excelente. David prometió igualmente sus consejos para el empleo de tintas de diversos colores que necesitan la ejecución de este almanaque, en el que todo entra por los ojos. Finalmente, él mismo quiso fundir los rodillos en su misterioso taller, para ayudar tanto como pudiera a su mujer en esta gran empresa

pequeña.

En los comienzos de esta furiosa actividad llegaron las cartas desoladoras por las que Lucien hizo saber a su madre, a su hermana y a su cuñado su fracaso y miseria de París. Se debe comprender que al enviar entonces a este niño mimado trescientos francos, Ève, la señora Chardon y David habían ofrecido al poeta, cada uno por su lado, lo más puro de su sangre. Abrumada por estas noticias y desesperada por ganar tan poco trabajando con tanto empeño, Ève vio llegar, no sin estremecimiento, el acontecimiento que colma de alegría los jóvenes hogares. Al verse ya a punto de ser madre, se dijo:

«Si mi querido David no ha llegado al final de sus investigaciones en el momento de mi alumbramiento, ¿qué va a ser de nosotros?... ¿Y quién dirigirá los nacientes negocios de nuestra pobre imprenta?».

El *Almanaque de los Pastores* tenía que estar completamente acabado antes de primeros de enero, pero Cérizet, sobre el que pesaba toda la composición, ponía en ella una desesperante lentitud; y la señora Séchard, que no conocía lo suficiente la imprenta como para reñirle, se contentó con observar a este joven parisiense.

Huérfano, recogido en la Inclusa, Cérizet había sido colocado en casa de los señores Didot como aprendiz. De los catorce a los diecisiete años fue el ayudante de Séchard, quien le puso bajo la dirección de uno de sus obreros más hábiles e hizo de él su mozo, su paje tipográfico; ya que David se interesó naturalmente por Cérizet, encontrándole inteligente, y conquistó su afecto al procurarle algunos placeres que su indigencia le vedaba.

Dotado de un pequeño rostro bastante bonito y agarduñado, cabello rojizo y ojos de un azul turbio, Cérizet había importado las costumbres del pilluelo de París a la capital de Angulema. Su manera de ser, vivaracha y pependenciera, y su astucia, le hacían peligroso. Menos vigilado por David en Angulema, sea porque su mayor edad inspiraba más confianza a su mentor, sea porque el impresor contaba con la influencia de la provincia, Cérizet se había convertido, sin que su tutor lo supiera, en el Don Juan de pacotilla de tres o cuatro obrerillas y se había depravado por completo. Su moral, hija de las tabernas parisienses, tomó como única ley el interés personal.

Por otra parte, Cérizet, que según la expresión popular iba a servir al rey al año siguiente, se vio sin porvenir; también contrajo deudas, pensando que si a los seis meses iba a convertirse en soldado, ya podían correr tras él sus acreedores. David conservaba una cierta autoridad sobre este muchacho, no a causa de su título de maestro ni por interesarse por él, sino porque el ex pilluelo de París reconocía en David una alta inteligencia. Cérizet fraternizó bien pronto con los obreros de Cointet, atraído hacia ellos por el poder de la blusa, en una palabra, por el espíritu de cuerpo, de más influencia tal vez en las clases inferiores que en las superiores. En estas amistades, Cérizet perdió las pocas buenas doctrinas que David le había inculcado;

sin embargo, cuando se reían de las carracas de su taller, término de desprecio dado por los viejos osos a las viejas prensas de los Séchard, al enseñarle las magníficas prensas de hierro que en número de doce funcionaban en el inmenso taller de los Cointet, en donde la única prensa de madera sólo servía para sacar pruebas, aún se alineaba al lado de David y lanzaba orgullosamente estas palabras a las narices de los burlones:

—¡Con sus carracas, mi ingenuo irá más lejos que los vuestros con esos artilugios de hierro de donde sólo salen libros de misa! ¡Está buscando un secreto que dejará chiquitas a todas las imprentas de Francia y de Navarra!...

—Pero, mientras tanto, mal regente de cuarenta sueldos, tienes por patrón a una planchadora —le contestaban.

—Sí, pero es bien guapa —replicaba Cérizet—, y es mucho más agradable de ver que las jetas de vuestros patrones.

—¿Es que la vista de su mujer te alimenta?

Desde el ambiente de las tabernas o desde las puertas de la imprenta, que eran los lugares en donde se sucedían aquellas amigables discusiones, algunos rumores llegaron a los oídos de los hermanos Cointet sobre la situación de la imprenta Séchard; se enteraron de la especulación emprendida por Ève y juzgaron necesario ahogar en su nacimiento un trabajo que podía situar a aquella pobre mujer en un camino de prosperidad.

—Démosle en los nudillos, para que así se hastíe del comercio —se dijeron los dos hermanos.

El que dirigía la imprenta fue a ver a Cérizet y le propuso que corrigiera pruebas para ellos, a tanto la prueba, para descongestionar a su corrector, que no daba abasto para leer las pruebas de sus obras en marcha. Trabajando unas horas por la noche, Cérizet ganó más con los hermanos Cointet que con David Séchard durante todo el día. Siguieron algunas relaciones más entre los Cointet y Cérizet, a quien se le reconocieron grandes facultades y al que compadecieron por encontrarse en una situación tan desfavorable para sus intereses.

—Podrías —le dijo uno de los Cointet— llegar a ser regente de una importante imprenta, en donde ganarías seis francos diarios, y con tu inteligencia llegarías un día a ser algo importante en el negocio.

—¿Y para qué puede servir ser un buen regente? —repuso Cérizet—. Soy huérfano y tengo que entrar en filas el próximo año; y si me toca en suerte, ¿quién me va a pagar un sustituto...?

—Si te haces útil —repuso el rico impresor—, ¿por qué razón no se te iba a adelantar la cantidad necesaria para un sustituto?

—Pero en todo caso no será mi ingenuo —dijo Cérizet.

—¡Bah! Tal vez haya encontrado el secreto que busca...

Esta frase fue dicha de forma que despertara los peores pensamientos en el que la escuchaba, y, en consecuencia, Cérizet lanzó al fabricante de papel una mirada que equivalía a la más penetrante y directa interrogación.

—No se qué es lo que hace —replicó prudentemente, al al ver al patrón mudo—, pero no es un hombre que se dedique a buscar capitales en el fondo de su cajón.

—Ten, amigo mío —dijo el impresor, tomando seis hojas del *Feligrés de la Diócesis* y tendiéndoselas a Cérizet—; si puedes corregirnos esto para mañana, mañana tendrás dieciocho francos. No somos malos, hacemos ganar el dinero al regente de nuestro competidor. Además, podríamos dejar a la señora Séchard embarcarse en el asunto del Almanaque de los Pastores y arruinarla; ¡pues bien!, te permitimos que le digas que nosotros hemos emprendido un *Almanaque de los Pastores*, y le hagas observar que no llegará la primera al mercado...

Ahora se comprenderá por qué Cérizet iba tan lentamente en la composición del almanaque.

Al enterarse de que los Cointet atacaban su pequeña y pobre especulación, Ève se vio poseída por el terror y quiso ver una prueba de adhesión en la comunicación que hipócritamente le hizo Cérizet, sobre la competencia que le esperaba; pero bien pronto sorprendió en su único cajista algunos indicios de una curiosidad demasiado despierta y que quiso atribuir a su edad.

—Cérizet —le dijo una mañana—, observo que se coloca en el umbral de la puerta y espera a que salga el señor Séchard a fin de ver lo que esconde, mira al fondo del patio cuando él está fundiendo los rodillos, en lugar de terminar la composición de nuestro almanaque. Todo eso no está nada bien, sobre todo cuando me ve a mí, su mujer, respetar sus secretos y cargándome con tanto trabajo para dejarle el tiempo libre necesario a sus investigaciones. Si no hubiese perdido tanto tiempo, el almanaque ya estaría terminado. Kolb podría ya estar vendiéndolo y los Cointet no podrían hacernos ningún daño.

—¡Eh, señora! —repuso Cérizet—. Por cuarenta sueldos al día que gano aquí, ¿no cree que ya está bien que le haga cien sueldos de composición? Si no tuviera pruebas para leer por las noches por cuenta de los hermanos Cointet, tendría que alimentarme de salvado.

—Bien, joven; empieza a ser ingrato, llegará lejos —le dijo Ève, dolida en el fondo de su corazón, menos por los reproches de Cérizet que por lo grosero de su acento, su actitud amenazadora y lo agresivo de sus miradas.

—No será siempre con una mujer como amo, ya que entonces el mes a veces no tiene treinta días.

Sintiéndose herida en su dignidad de mujer, Ève lanzó a Cérizet una mirada fulminante y subió a su casa. Cuando David llegó a comer, le preguntó:

—¿Estás seguro, querido, de ese pilluelo de Cérizet?

—¿Cérizet? —replicó él—. Es mi aprendiz, lo he formado yo, lo he tenido como ayudante, luego lo puse en las cajas; en una palabra, a mí me debe todo lo que es. Es como si preguntaras a un padre si está seguro de su hijo...

Ève enteró a su marido de que Cérizet leía pruebas por cuenta de los Cointet.

—¡Pobre muchacho! Tiene que vivir —dijo con la humildad de un maestro cogido en falta.

—Sí, querido, pero mira la diferencia que existe entre Kolb y Cérizet; Kolb hace veinte leguas todos los días, se gasta quince o veinte sueldos y nos trae siete, ocho y a veces hasta nueve francos de hojas vendidas, y sólo me pide sus veinte sueldos para sus gastos. Kolb se cortaría una mano antes que empuñar la barra de una prensa en casa de los Cointet, y no estaría observando los objetos que tiras en el patio aunque le ofrecieran mil escudos, mientras que Cérizet los recoge y los examina.

Las almas nobles difícilmente llegarán a creer en la maldad y en la ingratitud; necesitan rudas lecciones antes de reconocer la extensión de la corrupción; luego, cuando su educación en este aspecto ya se ha hecho, se elevan a una indulgencia que es el último grado del desprecio.

—¡Bah! Pura curiosidad de un pilludo de París —exclamó David.

—Pues bien, amigo mío, hazme el favor de bajar al taller y examinar lo que tu pilludo ha compuesto en un mes, y dime si en ese mes no habría podido terminar nuestro almanaque...

Después de comer, David reconoció que el almanaque podría haber estado compuesto en ocho días; luego, al enterarse de que los Cointet preparaban uno parecido, corrió en socorro de su mujer; hizo que Kolb interrumpiera la venta de sus hojas ilustradas y lo dirigió todo en su taller; él mismo dispuso una forma que Kolb tuvo que tirar con Marion, en tanto que él mismo tiraba otra con Cérizet mientras vigilaba las impresiones en tintas de diversos colores.

Cada color exige una impresión por separado. Cuatro tintas diferentes significan, pues, cuatro pasadas por la prensa. Impreso cuatro veces cada una, el *Almanaque de los Pastores* cuesta tanto en preparar, que se imprime exclusivamente en los talleres de provincias en los que la manó de obra y los intereses del capital empleado en la imprenta son casi nulos. Este producto, por tosco que sea, está vedado por tanto a las imprentas de donde salen obras de calidad.

Por primera vez después de la retirada del viejo Séchard, se vieron las prensas trabajando en aquel viejo taller. A pesar de que el almanaque fue una obra maestra en su género, Ève se vio obligada a venderlo por dos ochavos, ya que los hermanos Cointet dieron el suyo por tres céntimos a los buhoneros; con éstos cubrió gastos y los beneficios los realizó con las ventas hechas directamente por Kolb, pero su especulación falló. Al verse objeto de desconfianza por parte de su bella patrona, Cérizet, en su fuero interno, se transformó en un adversario y se dijo:

«Sospechas de mí, ¡pues ya me vengaré!».

El pilluelo de París es de esta manera. El muchacho de París aceptó de los hermanos Cointet emolumentos evidentemente demasiado fuertes para la simple lectura de pruebas, que iba a buscar todas las noches a su oficina y que devolvía por las mañanas. Al hablar cada día un poco más con ellos, consiguió cierta familiaridad y acabó por percibir la posibilidad de librarse del servicio militar, que se le presentaba como cebo; y lejos de tener que corromperle, los Cointet oyeron de sus labios las primeras frases relativas al espionaje y a la explotación del secreto de David.

Inquieta al ver lo poco que podía contar con Cérizet, y ante la imposibilidad de encontrar otro Kolb, Ève resolvió despedir al único cajista en quien su sexto sentido de mujer enamorada había adivinado al traidor; pero como eso era la muerte de su imprenta, tomó una viril resolución; rogó en una carta al señor Métivier, el corresponsal de David Séchard, de los Cointet y de casi todos los fabricantes de papel del departamento, que insertara en el *Diario de la Librería*, en París, el siguiente anuncio: «Se vende una imprenta en plena actividad, con material y patente, situada en Angulema. Para las condiciones, dirigirse al señor Métivier, calle Serpente». Después de haber leído el número del periódico en el que se encontraba este anuncio, los Cointet se dijeron:

—Esta mujer no carece de talento, ha llegado el momento de hacernos dueños de su imprenta dándole con qué vivir, de otro modo nos podríamos encontrar con un adversario en el sucesor de David, y nuestro interés es tener un ojo puesto en ese taller.

Animados con ese pensamiento, los hermanos Cointet fueron a hablar con David Séchard. Ève, por quien los dos hermanos preguntaron, experimentó la más viva alegría al ver el rápido efecto de su astucia, ya que ellos no le ocultaron su intención de proponer al señor Séchard el hacer impresiones para ellos: se encontraban abrumados de trabajo, sus prensas no eran suficientes, habían pedido obreros a Burdeos, y trataban de ocupar las tres prensas de David.

—Caballeros —dijo ella a los hermanos Cointet, mientras Cérizet iba a avisar a David de la visita de sus colegas—, mi marido ha conocido en casa de los señores Didot excelentes obreros, honrados y activos, y sin duda elegirá uno entre los mejores... ¿No es mucho mejor, acaso, vender el establecimiento por una veintena de miles de francos, que nos proporcionarán mil francos de renta, que perder mil francos al año en el oficio que nos obligan a hacer? ¿Por qué nos han estropeado el pequeño negocio de nuestro almanaque, que por otra parte pertenecía a esta imprenta?

—¿Y por qué, señora, no nos advirtió de ello? No hubiésemos ido tras sus huellas —dijo graciosamente aquel de los dos hermanos al que llamaban Cointet el mayor.

—Vamos, señores, ustedes no empezaron su almanaque hasta el momento en que

supieron por Cérizet que yo había emprendido el mío.

Y al decir estas palabras vivamente, miró al que llamaban Cointet el mayor y le hizo bajar los ojos. De esta manera, tuvo la certeza de la traición de Cérizet.

Este Cointet, el director de la papelera y de los negocios, era un comerciante mucho más hábil que su hermano Jean, que, de todos modos, dirigía la imprenta con gran inteligencia, pero cuya capacidad se podía comparar a la de un coronel, mientras que Boniface era un general al que Jean cedía el mando supremo.

Boniface, hombre alto y delgado, de rostro amarillo como un cirio y tachonado de manchas rojas, boca fina y cuyos ojos tenían gran semejanza a los de un gato, nunca se alteraba; escuchaba con la calma de un devoto las mayores injurias, y respondía con voz melosa. Iba a misa, confesaba y comulgaba. Escondía bajo sus suaves ademanes, bajo su aspecto externo casi blando, la tenacidad, la ambición del cura y la avidez del negociante devorado por la sed de las riquezas y de los honores. Desde 1820, Cointet el mayor aspiraba a todo aquello que la burguesía ha acabado por obtener en la revolución de 1830. Lleno de odio hacia la aristocracia e indiferente en materia religiosa, era tan devoto como montañés fue Bonaparte. Su espina dorsal se doblaba con maravillosa flexibilidad ante la nobleza y la administración, para las que se hacía pequeño, humilde y complaciente. En una palabra, para describir a este hombre con un rasgo cuyo valor será bien apreciado por personas acostumbradas a tratar de negocios, diremos que llevaba gafas de cristales verdosos, con ayuda de los cuales ocultaba su mirada bajo pretexto de preservar su vista de la deslumbrante reverberación de la luz en una ciudad en la que la tierra y las construcciones son blancas y en donde la crudeza de la luz se ve aumentada por la gran elevación del suelo.

Aunque su talla era ligeramente superior a la media, parecía más alto a causa de su delgadez, que anunciaba una naturaleza consumida por el trabajo y un pensamiento en fermentación continua. Su fisonomía jesuítica se veía completada con una cabellera plateada, gris, larga y cortada a la manera de la de los eclesiásticos, y por sus ropas, que desde hacía siete años se componían de un pantalón negro, medias negras, chaleco negro y una levita de color marrón. Le llamaban Cointet el mayor para distinguirlo de su hermano, al que apodaban Cointet el gordo, expresando de esta forma el contraste existente tanto en la talla como en las capacidades de ambos hermanos, que de todos modos eran tan temibles el uno como el otro.

Efectivamente, Jean Cointet, un bonachón de rostro flamenco, tostado por el sol de la comarca de Angulema, bajito y rechoncho, panzudo como un Sancho, la sonrisa en los labios, anchos hombros, ofrecía un contraste sensible con su hermano, y profesaba opiniones casi liberales, era centro izquierda, no iba a misa más que los domingos y se entendía a las mil maravillas con los comerciantes liberales.

Algunos negociantes del Houmeau pretendían que esta divergencia de opiniones

era un juego preparado ya por los dos hermanos. Cointet el mayor explotaba con habilidad la aparente bonachonería de su hermano, se servía de Jean como de una porra. Jean se encargaba de las palabras duras, de las ejecuciones que repugnaban a la mansedumbre de su hermano. Jean estaba al cargo del departamento de las cóleras, se sulfataba y hacía proposiciones inaceptables que convertían las de su hermano en más dulcificadas; y de esta manera, tarde o temprano alcanzaban lo que se proponían.

Ève, con el tacto peculiar de las mujeres, bien pronto adivinó el carácter de ambos hermanos y, por lo tanto, permaneció muy en guardia ante adversarios tan peligrosos. David, puesto ya al corriente por su mujer, escuchó con aire profundamente distraído las proposiciones de sus contrincantes.

—Entiéndanse con mi mujer —dijo a los dos Cointet, saliendo del despacho encristalado para ir a encerrarse en su pequeño laboratorio—, está más al corriente que yo de mi imprenta, que ya no sigo de cerca. Me ocupo de un asunto que será más lucrativo que este pobre establecimiento, y mediante el cual repararé las pérdidas que con ustedes he tenido...

—¿Y cómo? —dijo Cointet el gordo, riendo.

—Ustedes serán mis tributarios, ustedes y todos aquellos que consuman papel.

—¿Y qué es lo que busca? —preguntó Benoît-Boniface Cointet.

Cuando Boniface hubo lanzado su pregunta con tono dulce y forma insinuante, Ève miró de nuevo a su marido para recomendarle que no dijera nada, o algo que nada quisiera significar.

—Estoy buscando la manera de hacer papel a un costo inferior al cincuenta por ciento del actual...

Y se marchó sin ver la mirada que los dos hermanos se lanzaron y en la que se decían: «Este hombre tiene que ser un inventor, no es posible tener su aspecto y permanecer ocioso. ¡Explotémosle!», decía Boniface. «¿Y cómo?», decía Jean.

—David obra con ustedes de la misma forma que conmigo —dijo la señora Séchard—. Cuando me hago la curiosa, desconfía sin duda de mi nombre y me lanza esta frase que no es, después de todo, más que un proyecto.

—Si su marido puede realizar este proyecto, hará fortuna ciertamente y de forma más rápida que con la imprenta, y ya no me extraña ver cómo abandona este establecimiento —continuó Boniface, volviéndose a mirar el taller vacío en el que Kolb, sentado sobre una prensa, frotaba su pan con una cabeza de ajo—; pero no nos convendría mucho ver esta imprenta en las manos de un competidor activo, inquieto y ambicioso, y tal vez podríamos llegar a un acuerdo. Si, por ejemplo, consiente en alquilar por una cierta cantidad su material a uno de nuestros obreros, que trabajaría para nosotros, bajo su nombre, como se hace en París, nosotros ocuparíamos lo bastante a ese muchacho como para que les pagase un buen alquiler y pudiera tener unas ganancias.

—Eso depende de la cantidad —repuso Ève Séchard—. ¿Cuánto están dispuestos a dar? —añadió, mirando a Boniface de forma que le demostrara lo bien que comprendía su plan.

—Pero, ¿cuáles serían sus pretensiones? —replicó vivamente Jean Cointet.

—Tres mil francos por seis meses —dijo ella.

—Eh, mi querida señora, habla de vender su imprenta por veinte mil francos —replicó suavemente Boniface—. El interés de veinte mil francos al seis por ciento no es más que mil doscientos.

Ève se quedó cortada durante un momento y reconoció entonces el valor de la discreción en los negocios.

—Se servirán de nuestras prensas, de nuestros caracteres, con los que les he demostrado que todavía sé hacer pequeños negocios —replicó ella—, y aún tenemos que pagar alquileres al señor Séchard padre, que no nos colma de regalos, precisamente.

Tras una lucha de dos horas, Ève obtuvo dos mil francos por seis meses, de los cuales mil serían pagados por adelantado. Cuando todo quedó convenido, los dos hermanos le informaron que su intención era hacer de Cérizet el arrendatario de los utensilios de la imprenta. Ève no pudo reprimir un movimiento de sorpresa.

—¿No es mejor coger a alguien que ya esté al corriente del taller? —dijo Cointet el gordo.

Ève saludó a los dos hermanos, sin contestar, y se prometió vigilar personalmente a Cérizet.

—¡Bueno, ya están nuestros enemigos en la plaza! —dijo David riendo a su mujer, cuando en el momento de comer le enseñó las actas para firmar.

—¡Bah! —repuso—. Respondo de la adhesión de Kolb y de Marion; ellos dos lo vigilarán todo. Por otro lado, sacaremos cuatro mil francos de renta por un mobiliario industrial que nos costaba dinero, y tienes un año ante ti para lograr tus esperanzas.

—Debías ser, como me lo dijiste en el dique, la mujer de un inventor —dijo Séchard, estrechando con ternura la mano de su mujer.

Si el hogar de David tuvo el dinero suficiente para pasar el invierno, se encontró bajo la vigilancia de Cérizet, y, sin saberlo, bajo la dependencia de Cointet el mayor.

—¡Ya son nuestros! —dijo al salir el director de la papelería a su hermano el impresor—. Estas pobres gentes se van a acostumbrar a recibir el alquiler de su imprenta, contarán con ello y contraerán deudas. Dentro de seis meses no renovaremos el arrendamiento, y veremos entonces lo que ese hombre de ingenio tiene en su saco, ya que le propondremos para sacarle del agujero asociarnos con él para explotar su descubrimiento.

Si algún astuto comerciante hubiese podido ver al mayor de los Cointet pronunciando las palabras «nos asociaremos», habría comprendido que el peligro del

matrimonio es aún menor en la Alcaldía que en el Tribunal de Comercio. ¿No era ya demasiado que los feroces cazadores fuesen tras las huellas de su caza? David y su mujer, ayudados por Kolb y por Marion, ¿se encontraban en situación de poder resistir a las mañas de un Boniface Cointet?

Cuando llegó la época del alumbramiento de la señora Séchard, el billete de quinientos francos enviado por Lucien, junto con el segundo pago de Cérizet, permitió sufragar todos los gastos. Ève, su madre y David, que se creían olvidados por Lucien, experimentaron con tal motivo una alegría igual a la que le proporcionaban los primeros éxitos del poeta, cuyos comienzos en el periodismo causaron aún más sensación en Angulema que en París.

Dormido en una engañosa seguridad, David flaqueó sobre sus piernas al recibir inesperadamente de su cuñado esta cruel carta:

«Mi querido David, he negociado en Métivier tres letras firmadas por ti, a mi favor, a uno, dos y tres meses de vencimiento. Entre esa negociación y mi suicidio, he escogido este horrible recurso, que, sin duda, te ha de causar gran extorsión. Te explicaré en la situación en que me encuentro y trataré, desde luego, de enviarte los fondos cuando llegue el vencimiento.

»Quema mi carta y no digas nada a mi madre ni a mi hermana, ya que te confieso haber contado con tu heroísmo, que tan bien conoce tu hermano en la desesperación,

Lucien de Rubempré».

—Tu pobre hermano —dijo David a su mujer, que se reponía entonces del parto — se encuentra en un apuro tremendo. Le he enviado tres letras de mil francos a uno, dos y tres meses de vencimiento; acuérdate.

Después, se marchó al campo a fin de evitar las explicaciones que su mujer le iba a pedir. Pero, comentando con su madre esta frase grávida de desgracias, Ève, muy inquieta ya por el silencio que su hermano guardaba desde hacía seis meses, tuvo tan malos presentimientos que, para disiparlos, se decidió a hacer una de esas gestiones que sólo dicta la desesperación.

El señor de Rastignac, hijo, fue a pasar unos días con su familia, y habló de Lucien en términos demasiado malos para que estas noticias de París, pasando de boca en boca, no hubiesen llegado a los oídos de la madre y la hermana del periodista. Ève fue a casa de la señora de Rastignac a la que hizo partícipe de todos sus temores, y solicitó el favor de una entrevista con su hijo, preguntándole la verdad sobre la situación de Lucien en París. En un instante, Ève se enteró de las relaciones de Lucien con Coralie, de su duelo con Michel Chrestien, causado por la traición a

D'Arthez, y, en una palabra, todas las circunstancias de la vida de Lucien, envenenadas por un dandy ingenioso que supo dar a su odio y a su envidia las formas de la compasión, la forma amistosa del patriotismo alarmado acerca del porvenir de un gran hombre, y los colores de una sincera admiración por el talento de un hijo de Angulema, comprometido de forma tan cruel. Habló de los errores que Lucien había cometido y que acababan de costarle la protección de los más altos personajes y la pérdida de un edicto en el que le conferían las armas y el nombre de Rubempré.

—Señora, si su hermano hubiese sido bien aconsejado, hoy se encontraría en el camino de los honores y sería el marido de la señora de Bargeton; pero, ¿qué quiere? ... La ha abandonado, insultado. A pesar suyo, ella se ha convertido en la condesa de Sixte du Châtelet, aunque amaba a Lucien.

—¿Es posible? —exclamó la señora de Séchard.

—Su hermano es un aguilucho a quien los primeros rayos del lujo y de la gloria ha cegado. Cuando un águila cae, ¿quién puede saber en el fondo de qué precipicio se detendrá? La caída de un gran hombre está siempre en relación con la altura que ha alcanzado.

Ève regresó asustada por esta última frase, que le atravesó el corazón como una flecha. Herida en lo más sensible de su alma, guardó en casa el más profundo silencio; pero más de una lágrima rodó por sus mejillas y sobre la frente de la criatura que alimentaba. Es tan difícil renunciar a las ilusiones que el espíritu de familia autoriza y que nacen con la vida, que Ève no se fió de Eugène de Rastignac y quiso oír la voz de un amigo verdadero. Escribió por tanto una conmovedora carta a D'Arthez, cuya dirección sabía por Lucien, en los tiempos en que éste era entusiasta del Cenáculo, y he aquí la respuesta que obtuvo:

«Señora: Me pide la verdad sobre la vida que en París lleva su hermano, quiere que le diga con claridad cuál es su porvenir, y, para obligarme a responderle con toda franqueza, me repite lo que sobre el asunto le ha dicho el señor de Rastignac, preguntándome si tales hechos son verdaderos. En lo que me concierne, señora, es preciso rectificar, en beneficio de Lucien, las confidencias del señor de Rastignac. Su hermano ha sentido remordimientos, ha venido a enseñarme la crítica de mi libro, diciéndome que no podía decidirse a publicarla a pesar del peligro que la desobediencia a las órdenes de su partido podía suponer para una persona muy querida. Pero, ¡ay!, señora, la tarea de un escritor es concebir pasiones, ya que cifra su gloria en expresarlas: comprendí entonces que entre un amante y un amigo, el amigo tenía que ser sacrificado. He facilitado el crimen a su hermano, yo mismo corregí este artículo *libelica* y lo aprobé por completo.

»Me pregunta si Lucien ha conservado mi estima y mi amistad. Aquí es

difícil dar una respuesta. Su hermano se encuentra en un camino en el que se perderá. En este momento le tengo lástima todavía; pronto lo habré olvidado voluntariamente, no precisamente por lo que ha hecho, sino por lo que debe hacer aún. Su Lucien es un hombre de poesía y no un poeta, sueña y no piensa, se agita y no crea. En una palabra, permítame decirlo, es una mujercilla que le gusta aparentar, el principal vicio de un francés. Por tanto, Lucien sacrificará siempre al mejor de sus amigos por el placer de demostrar su ingenio. Con toda complacencia firmaría mañana mismo un pacto con el demonio si ese pacto le permitiera llevar durante unos años una vida brillante y lujosa. ¿Acaso no ha obrado ya de forma peor al trocar su porvenir por las delicias pasajeras de su vida pública con una actriz?

»En estos momentos la juventud, la belleza, la abnegación de esta mujer, ya que es adorado por ella, le ocultan los peligros de una situación en que ni la gloria, ni el éxito, ni la fortuna hacen que sea aceptado por el mundo. Pues bien, a cada nueva seducción, su hermano no verá más que, como hoy, los placeres del momento. Tranquilícese, Lucien nunca llegará al crimen, no tendría fuerzas, pero aceptaría un crimen ya perpetrado y participaría de los beneficios sin haber tenido parte en los peligros: lo cual parece horroroso a todo el mundo, incluso a los depravados. Se despreciaría a sí mismo, se arrepentiría, pero si la necesidad volviese de nuevo, reincidiría, ya que le falta voluntad, se encuentra sin fuerzas contra las sugerencias de la voluptuosidad, contra la satisfacción de sus menores ambiciones.

»Perezoso como todos los hombres de poesía, se cree hábil escamoteando las dificultades en lugar de vencerlas. Tendrá valor a tal hora, pero a tal otra será un cobarde. Y no se puede ni ensalzar su valor, ni reprocharle su cobardía. Lucien es como un arpa en la que las cuerdas se tensan o se aflojan a tenor de las variaciones atmosféricas. Podrá hacer un bello libro en un momento de cólera o de dicha y no ser sensible al éxito después de haberlo deseado, sin embargo.

»Desde sus primeros días en París, cayó bajo la influencia de un joven sin moral, pero cuya experiencia y habilidad en medio de las dificultades de la vida literaria le han sugestionado. Este prestidigitador ha seducido a Lucien completamente y le ha arrastrado a una existencia sin dignidad y en la que, desgraciadamente para él, el amor ha arrojado sus prestigios. La admiración concedida demasiado fácilmente es un signo de debilidad: no se debe pagar con la misma moneda a un equilibrista y a un poeta. Todos nos hemos sentido heridos por la preferencia concedida a la intriga y a la bribonería literaria sobre el valor y el honor de aquellos que aconsejaban a Lucien que aceptara el combate en lugar de hurtar el éxito, de arrojarse en la arena antes que ser uno

de las trompetas de la orquesta.

»La sociedad, señora, se encuentra, por singular paradoja, llena de indulgencia para con los jóvenes de esta manera de ser; los quiere y se deja convencer por las bellas apariencias de sus dones externos; no exige nada de ellos, excusa todas sus faltas, les concede los beneficios de las naturalezas completas, no queriendo ver en ellos más que sus ventajas, y hace de ellos, finalmente, sus niños mimados. Por el contrario, es de una severidad sin límites para con las naturalezas fuertes e íntegras. En esta línea de conducta, la sociedad, tan violentamente injusta en apariencia, es sublime, tal vez. Se divierte con los bufones, sin pedirles otra cosa que placer, y bien pronto los olvida, mientras que para doblar la rodilla ante la grandeza le exige divinas magnificencias.

»A cada cosa su ley: el diamante eterno debe estar sin mancha, la momentánea creación de la moda tiene el derecho de ser ligera, extravagante y sin consistencia. Por lo tanto, y a pesar de sus errores, tal vez Lucien triunfe a las mil maravillas, le bastará con aprovechar alguna buena oportunidad o encontrarse con buena compañía; pero, si se encuentra con un ángel malo, irá hasta el fondo de los infiernos. Es un conjunto de bellas cualidades bordadas sobre un fondo demasiado ligero; la edad se lleva las flores, y un buen día no queda más que el tejido y, si éste es malo, sólo se ve un harapo. Mientras Lucien sea joven, gustará; pero dentro de treinta años, ¿en qué situación se encontrará? Ésta es la pregunta que se han de hacer los que le aman sinceramente. Si hubiese sido el único en pensar así de Lucien, tal vez le hubiese evitado este disgusto con mi sinceridad; pero además de parecerme indigno de usted eludir con trivialidades las cuestiones presentadas por su solicitud y por su carta, que es un grito de angustia, y de mí, a quien concede gran estima, aquellos de mis amigos que han conocido a Lucien se muestran unánimes en este parecer; por lo tanto, creo que para mí ha sido el cumplimiento de un deber la manifestación de la verdad, por muy terrible que ésta sea.

»Se puede esperar cualquier cosa de Lucien, tanto en bien como en mal. Tal es nuestro pensamiento en una sola frase que resume esta carta. Si los azares de su vida, ahora muy miserable y desgraciada, condujeron a ese poeta hacia usted, use de toda su influencia para retenerle en el seno de su familia, ya que hasta que su carácter no haya adquirido cierta firmeza, París siempre será peligroso para él. A usted y a su marido les llamaba sus ángeles guardianes, y sin duda les ha olvidado, pero les recordará en el momento en que, batido por la tempestad, no tendrá más que su familia como refugio; guárdele su corazón, señora. Lo necesitará mucho.

»Reciba, señora, el sincero homenaje de un hombre a quien sus preciosas cualidades son conocidas y que respeta demasiado sus maternales inquietudes para no ofrecerle aquí su obediencia, diciéndose
»su devoto servidor,

D'Arthez».

Dos días después de haber leído esta respuesta, Ève se vio obligada a tomar una nodriza, debido a los trastornos que el disgusto provocó en la lactante. Después de haber hecho un dios de su hermano, lo veía depravado por el ejercicio de las más bellas facultades; en una palabra, para ella, se revolcaba en el fango. Esta noble criatura no sabía transigir con la honradez, la delicadeza, con todas las religiones domésticas cultivadas en el seno de la familia, aún tan puro y brillante en el fondo de su provincia. David había tenido razón en sus previsiones. Cuando la pena, que ponía en su frente tan blancos tintes de plomo, fue confiada por Ève a su marido en una de esas límpidas conversaciones en las que las parejas de enamorados pueden decírsele todo, David pronunció palabras de consuelo. A pesar de que las lágrimas asomaron a sus ojos, viendo el bello seno de su mujer estremecido por el dolor, y a esta madre al borde de la desesperación por no poder cumplir su obra maternal, tranquilizó a su esposa, dándole algunas esperanzas.

—Ves, cariño mío, tu hermano ha pecado por la imaginación. Es cosa muy natural en un poeta desear su ropaje púrpura y azul; ¡corre tan presuroso a las fiestas! Este pájaro se prenda del esplendor del lujo con tan buena fe, que Dios le excusa allí donde la sociedad le condena.

—Pero... ¡nos mata! —exclamó la pobre mujer.

—Ahora nos mata de la misma forma que nos salvaba hace unos meses al enviarnos las primicias de sus ganancias —replicó David, que tuvo el buen sentido de comprender que la desesperación llevaba a su mujer más allá de sus límites y que pronto retornaría a su amor para con Lucien—. Mercier decía en su *Cuadro de París*, hace unos cincuenta años, que la literatura, la poesía, las letras y las ciencias, las creaciones del cerebro, nunca podían alimentar a un hombre; y Lucien, en su calidad de poeta, no ha creído en la experiencia de cinco siglos. Las semillas rociadas con tinta no se recogen (cuando se recogen) sino a los diez o doce años de la siembra, y Lucien ha tomado la hierba en vez de la planta. Al menos la vida le habrá enseñado algo. Después de haber sido engañado por una mujer, tenía que ser engañado por el mundo y las falsas amistades. La experiencia que ha conseguido la ha pagado muy cara; eso es todo. Nuestros antepasados decían: «Con tal de que un hijo vuelva con sus dos orejas y el honor a salvo, todo va bien»...

—¡El honor! —exclamó la pobre Ève—. ¡Ay!, ¡a cuántas virtudes ha faltado Lucien!... ¡Escribir en contra de su conciencia! ¡Atacar a su mejor amigo!...

¡Aceptar el dinero de una actriz!... ¡Mostrarse con ella! ¡Ponernos en evidencia y dejarnos en la mayor miseria!...

—¡Oh! Eso no es nada... —dijo David, interrumpiéndose.

El secreto de la falsificación cometida por su cuñado se le iba a escapar, y, desgraciadamente, Ève, al darse cuenta de este movimiento, albergó vagas inquietudes.

—¿Cómo, nada? —repuso—. ¿Y cómo podremos pagar tres mil francos?

—En primer lugar —continuó David— vamos a renovar con Cérizet el arrendamiento de la explotación de nuestra imprenta. En seis meses, el quince por ciento que los Cointet le conceden sobre los trabajos hechos por él, le ha proporcionado seiscientos francos y él se ha sabido ganar quinientos más con los trabajos de ciudad.

—Si los Cointet se enteran, tal vez no prorroguen el arrendamiento, tendrán miedo de él —dijo Ève—, ya que Cérizet es un hombre peligroso.

—¡Y qué me importa! —exclamó Séchard—. ¡Dentro de unos cuantos días seremos ricos! Una vez rico Lucien, ángel mío, no tendrá más que virtudes...

—¡Ah, David, David, querido mío, qué frase acabas de pronunciar! Entonces Lucien, en la miseria, sería alguien sin fuerzas contra el mal. ¡Tú piensas de él todo lo que piensa el señor D'Arthez! No existe superioridad sin fuerza, y Lucien es débil... Un ángel al que no hay que tentar, ¿qué es en realidad?

—Pues una naturaleza que es bella únicamente en su ambiente, en su esfera, en su cielo. Lucien no ha sido hecho para luchar, le evitaré la lucha. Mira, ya estoy demasiado cerca del resultado como para no iniciarte en los medios.

Sacó de su bolsillo varias hojas de papel blanco en tamaño octavo y las agitó victoriosamente ante los ojos de su mujer.

—Una resma de este papel no costará más de cinco francos —dijo, haciendo examinar las muestras a Ève, quien dejó ver una infantil sorpresa.

—Bueno, ¿y cómo has hecho estos ensayos?

—Con un viejo tamiz de crin que he cogido a Marion.

—¿Y aún no estás contento?

—La cuestión no está en la fabricación, sino en el precio de costo de la pasta. Pero, amor mío, yo no soy más que uno de los últimos llegados en este difícil camino. La señora Masson ya en 1794, intentaba convertir los papeles impresos en papel blanco; lo consiguió, ¡pero a qué precio! En Inglaterra, allá por el 1800, el marqués de Salisbury intentaba, al mismo tiempo que Séguin en 1801 en Francia, emplear la paja para la fabricación del papel. Nuestra caña vulgar, el *Arundo phragmites*, ha proporcionado las hojas de papel que tienes en la mano. Pero yo quiero emplear las ortigas y los cardos, ya que para mantener la baratura de la materia prima es preciso echar mano de las sustancias vegetales que puedan brotar en los pantanos y terrenos

baldíos; serán a un precio ínfimo. El secreto consiste en la preparación que hay que dar a esos tallos. En estos momentos, mi procedimiento no es aún lo suficientemente sencillo. Pues bien, a pesar de estas dificultades, estoy seguro de poder dar a la papelería francesa el privilegio de que goza nuestra literatura y hacer de ella un monopolio para nuestro país, como los ingleses tienen el del hierro, de la hulla o de la cerámica corriente. Quiero ser el Jacquard del papel.

Ève se levantó, impulsada por el entusiasmo y por la admiración que excitaba la sencillez de David; abrió sus brazos y le estrechó contra su corazón apoyando la cabeza en su hombro.

—Me recompensas como si ya lo hubiera encontrado —le dijo él.

Por toda respuesta, Ève, mostró su bello rostro inundado completamente por las lágrimas, y durante unos momentos se quedó sin habla.

—No abrazo al hombre de ingenio, sino al consolador —dijo ella—. A una gloria caída me opones una gloria que se levanta. A la pena que me produce la degradación de un hermano, me opones la grandeza del marido... Sí, tú serás como los Graindorge, los Rouvet, los Van Robáis, como el Persa que nos proporcionó el tintaje, como todos aquellos hombres de los que nos has hablado y cuyos nombres permanecen oscuros porque, al perfeccionar una industria, lo han hecho sin ostentación.

—¿Qué estarán haciendo a estas horas? —decía Boniface.

Cointet el mayor se paseaba por la plaza du Murier con Cérizet, mientras observaban las sombras de marido y mujer recortadas contra las cortinas de muselina; ya que todas las noches, a las doce, iba a hablar con Cérizet, encargado de vigilar las menores gestiones de su antiguo patrón.

—Seguramente le debe estar enseñando los papeles que ha fabricado esta mañana —le dijo Cérizet.

—¿De qué sustancias se ha servido? —preguntó el fabricante de papel.

—Es imposible saberlo —repuso Cérizet—. He agujereado el tejado y me he subido encima; he visto a mi ingenuo en la noche pasada, haciendo hervir su pasta en el recipiente de cobre; he examinado sus materiales, amontonados en un rincón, pero todo lo que he podido ver es que la materia prima parecía un montón de estopa...

—No sigas —dijo Boniface Cointet con voz melosa a su espía—. ¡Sería ímprobo! ... La señora Séchard te propondrá renovar el arrendamiento de explotación de la imprenta; dile que te quieres hacer impresor, ofrécele la mitad de lo que valen la patente y el material, y, si están de acuerdo, ven a buscarme. De todos modos, da largas al asunto... Están sin dinero.

—¡Sin un céntimo! —dijo Cérizet.

—Sin un céntimo —repitió Cointet el mayor—; entonces ya son míos.

La casa Métivier y la casa Cointet hermanos unían su calidad de banqueros a su

oficio de almacenistas de papel y papeleros impresores; por cuyo título, sin embargo, se cuidaban muy bien de no pagar contribución. El Fisco no ha encontrado todavía el sistema de deslindar los negocios comerciales hasta el punto de obligar a todos los que hacen de banqueros de forma subrepticia a adquirir la patente de banquero, la cual en París, por ejemplo, cuesta quinientos francos. Pero los hermanos Cointet y Métivier, a pesar de ser lo que en la bolsa llaman unos «clandestinos», no dejaban de manejar entre ellos unos centenares de miles de francos en París, Burdeos y Angulema. Así pues, aquella misma tarde, la casa Cointet hermanos había recibido de París los tres mil francos en letras falsificadas, que Lucien había hecho. El mayor de los Cointet vio inmediatamente en esa deuda una formidable máquina dirigida, como lo vamos a ver, contra el paciente y pobre inventor.

Al día siguiente, a las siete, Boniface Cointet se paseaba a lo largo del canal que alimentaba su gran fábrica de papel y cuyo ruido cubría las palabras. Esperaba allí a un joven de veintinueve años, que desde hacía seis semanas era abogado en el Tribunal de Primera Instancia de Angulema y que se llamaba Pierre Petit-Claud.

—¿Iba usted al colegio de Angulema al mismo tiempo que David Séchard? —dijo el mayor de los Cointet, saludando al joven abogado, que no dudó ni un momento en acudir a la llamada del rico fabricante.

—Sí, caballero —repuso Petit-Claud, poniéndose al paso de Cointet el mayor.

—¿Ha vuelto a tener relaciones con él?

—Nos hemos encontrado un par de veces, a lo más, desde su vuelta. No podía ser de otra forma; los días de trabajo me encontraba metido en el estudio o en el Palacio, y el domingo y los días de fiesta trabajaba para completar mi instrucción, ya que todo lo esperaba de mí mismo...

Cointet inclinó la cabeza en señal de aprobación.

—Cuando David y yo nos volvimos a ver, me preguntó que es lo que hacía. Le contesté que, después de haber estudiado derecho en Poitiers, me había convertido en el primer pasante de maître Olivet y que esperaba un día u otro comprarle este estudio... Conocía mucho más a Lucien Chardon, que ahora se hace llamar De Rubempré, el amante de la señora de Bargeton, nuestro gran poeta, y que es cuñado de David Séchard.

Cointet dijo:

—Entonces puede ir a anunciar a David su nombramiento y a ofrecerle sus servicios.

—Eso no se estila —repuso el joven abogado.

—Nunca ha tenido pleitos, no tiene procurador, eso se puede hacer —repuso Cointet, que observaba al pequeño abogado al amparo de su gafas.

Hijo de un sastre del Houmeau, despreciado por sus camaradas de colegio, Pierre Petit-Claud parecía tener una cierta porción de hiel transvasada a la sangre. Su rostro

ofrecía uno de esos coloridos de matices sucios y mezclados que acusan antiguas enfermedades, antecedentes de la miseria y casi siempre malos sentimientos. El estilo familiar de la conversación adquirió una expresión que puede describir a este muchacho en dos palabras: era agrio e incisivo. Su voz quebrada armonizaba con su desagradable rostro, su aire antipático y la indecisión de sus ojos de urraca. Los ojos urraca, según una expresión de Napoleón, son indicios de mala fe.

«Mirad a fulano —decía a Las Cases, en Santa Helena, refiriéndose a uno de sus confidentes, a quien se vio obligado a despedir a causa de malversaciones—; no sé cómo he podido equivocarme durante tanto tiempo, tiene ojos de urraca».

Por eso cuando el mayor de los Cointet hubo examinado a su sabor a este procuradorcito, picado de viruelas, de cabellos ralos, y en el que la frente y el cráneo empezaban a confundirse, se dijo:

«Éste es mi hombre».

Efectivamente, Petit-Claud, repleto de desdenes, devorado por una corrosiva ansia de medrar, había tenido la audacia, aunque casi sin fortuna, de comprar en treinta mil francos el estudio de su patrón, pensando en un matrimonio para pagar la deuda; y, según la costumbre, contaba con su patrón para que le encontrara una esposa, ya que el predecesor siempre tiene interés en casar a su sucesor para hacerle pagar el compromiso. Petit-Claud contaba aún más consigo mismo, ya que no carecía de cierta superioridad, rara en provincias, pero cuyo principio había que buscarlo en su odio. A gran odio, grandes esfuerzos.

Se observa una gran diferencia entre los procuradores de París y los de provincias, y Cointet el mayor era demasiado hábil para no aprovecharse de las mezquinas pasiones a las que obedecen estos procuradorcillos. En París, un procurador notable, y los hay muchos, tiene algo de las cualidades que distinguen al diplomático: el número de los asuntos, la amplitud de los intereses y la importancia de las cuestiones que le son confiadas, le dispensan de ver en el procedimiento un medio de fortuna. Arma ofensiva o defensiva, el procedimiento no es ya para él, como en otros tiempos, un objeto de lucro.

Por el contrario, en provincias, los procuradores cultivan lo que en los estudios de París se ha dado en llamar la triquiñuela, esta multitud de pequeños actos que sobrecargan las notas de gastos y consumen papel timbrado. Estas bagatelas ocupan al procurador de provincia y ve gastos que hacer allí donde el procurador de París no se preocupa más que de los honorarios. El honorario, además de los gastos, es lo que el cliente debe a su abogado por el trámite más o menos hábil de sus asuntos. El Fisco participa en la mitad de los gastos, mientras que los honorarios son en su totalidad para el procurador. ¡Digámoslo abiertamente! Los honorarios pagados rara vez se encuentran en armonía con los honorarios solicitados y debidos por los servicios de un buen procurador.

Los procuradores, los médicos y los abogados de París, como las cortesanas con sus amantes ocasionales, está muy en guardia contra el agradecimiento de sus clientes. El cliente, antes y después del asunto, podría hacer dos cuadros de género admirables, dignos de Meissonier, y que sin duda serían muy ponderados por Procuradores-Honorarios. Entre el procurador de París y el procurador de provincias existe otra diferencia. El procurador de París raramente pleitea, algunas veces habla al Tribunal de Informes, pero en 1822, en la mayor parte de los departamentos (luego, el abogado ha pululado), los procuradores eran abogados y defendían ellos mismos sus causas. De esta doble vida se produce un doble trabajo que proporciona al procurador de provincias los vicios intelectuales del abogado, sin ahorrarle las pesadas obligaciones del procurador. El procurador de provincias se vuelve charlatán y pierde esta lucidez de juicio tan necesaria para la buena marcha de los asuntos. Al desdoblarse de este modo, un hombre superior se encuentra muchas veces con que dentro de sí mismo hay dos hombres mediocres.

En París, el procurador, no extendiéndose ni prodigándose mucho en palabras ante el Tribunal, no pleiteando a menudo el pro o el contra, puede conservar una rectitud en las ideas. Si dispone de la balística del derecho, si explora el arsenal de los medios que presentan las contradicciones de la jurisprudencia, mantiene su convicción sobre el asunto, en cuyo triunfo se esfuerza. En una palabra, el pensamiento embriaga mucho menos que la palabra. A fuerza de hablar, un hombre acaba por creer en lo que dice; mientras que puede obrar contra su pensamiento sin por ello viciarlo, y hacer ganar un mal pleito sin sostener que es bueno, como lo hace el abogado pleiteando. Por lo tanto, el viejo procurador de París puede ser, mucho mejor que un viejo abogado, un buen juez.

Un procurador de provincias tiene sus buenas razones para ser un hombre mediocre: se identifica con pasiones mezquinas, lleva asuntos ínfimos, vive haciendo gastos, abusa de la Ley de Enjuiciamiento, ¡y pleitea! En una palabra, tiene muchas enfermedades. Por lo tanto, cuando entre los procuradores de provincias se encuentra un hombre verdaderamente digno de mención, es un ser superior.

—Pensaba, caballero, que me había llamado para asuntos suyos —dijo Petit-Claud, haciendo de esta observación un epigrama por la mirada que lanzó sobre las impenetrables gafas de Cointet el mayor.

—Dejémonos de rodeos —repuso Cointet—. Escúcheme.

Tras de esta frase que rezumaba confidencias, Cointet fue a sentarse en un banco, invitando a Petit-Claud a que le imitara.

—Cuando el señor du Hautoy pasó por Angulema en 1804 para dirigirse a Valencia en calidad de cónsul, conoció a la señora de Sénonches, por aquel entonces la señorita Zéphirine, de quien tuvo una hija —dijo Cointet en voz muy baja, al oído de su interlocutor—. Sí —continuó, viendo el sobresalto de Petit-Claud—, el

matrimonio de la señorita Zéphirine con el señor de Sénonches siguió rápidamente a aquel alumbramiento clandestino. Esta muchacha, educada en el campo, en casa de mi madre, es la señorita Françoise de La Haye, de la que cuida la señora Sénonches, que, según la costumbre, es su madrina. Como mi madre, granjera de la vieja señora de Cardanet, la abuela de la señorita Zéphirine, conocía el secreto de la única heredera de los Cardanet y de los Sénonches de la rama primogénita, se me encargó que manejase la pequeña suma que el señor Francis de Hautoy destinó en su tiempo a su hija. Mi fortuna se ha hecho con aquellos diez mil francos que hoy en día se han convertido en treinta mil. La señora de Sénonches dará de buena gana el ajuar, la plata y algún mueble a su pupila; yo puedo conseguirle a la muchacha, amigo mío —dijo Cointet, dando una palmada sobre la rodilla de Petit-Claud—. Al casarse con Françoise de La Haye, aumentará su clientela con una gran parte de la aristocracia de Angulema. Esta alianza de la mano izquierda abre ante usted un magnífico porvenir... La posición de un abogado-procurador parecerá suficiente: no se pide nada mejor, lo sé.

—¿Qué hay que hacer? —preguntó ávidamente Petit-Claud—. Porque usted tiene por procurador a *maître* Cachan...

—Tampoco dejaré bruscamente a Cachan por usted; no tendrá mi clientela hasta más tarde —dijo astutamente Cointet el mayor—. ¿Qué es lo que hay que hacer, amigo mío? Pues bien, los negocios de David Séchard. Ese pobre diablo tiene mil escudos en letras para pagarnos y no los pagará. Usted le defenderá contra las demandas, de forma que haga una gran cantidad de gastos... No tenga miedo, tire adelante, amontone los incidentes. Doublon, mi notario, que se encargará de demandarle, bajo la dirección de Cachan, no se dormirá... A buen entendedor, pocas palabras bastan. Ahora, ¿jovencito?...

Se hizo una elocuente pausa, durante la que estos dos hombres se miraron.

—No nos hemos visto nunca —continuó Cointet—, no le he dicho nada, no sabe nada del señor du Hautoy, ni de la señora de Sénonches, ni de la señorita de La Haye; solamente, cuando llegue el momento, dentro de dos meses, usted pedirá la mano de esta jovencita. Cuando tengamos que vernos, vendrá aquí, al atardecer. No nos escribamos nada.

—¿Quiere pues arruinar a Séchard? —preguntó Petit-Claud.

—No del todo, pero hay que tenerlo unos meses en prisión...

—¿Y con qué fin?

—¿Me cree tan estúpido como para decírselo? Si tiene suficiente inteligencia como para adivinarlo, también la tendrá para callarse.

—El viejo Séchard es rico —dijo Petit-Claud, penetrando ya en las ideas de Boniface y previendo una posibilidad de fracaso.

—Mientras viva, el padre no dará ni un céntimo a su hijo, y este ex tipógrafo no

tiene aún ninguna gana de sacar su billete para el último viaje...

—¡De acuerdo entonces! —dijo Petit-Claud, quien se decidió rápidamente—. No le pido garantías, soy procurador; si se me hace una jugada nos veríamos las caras...

«El pillo irá lejos», pensó Cointet, saludando a Petit-Claud.

Al día siguiente de esta conferencia, el 30 de abril, los hermanos Cointet hicieron presentar la primera de las tres letras falsificadas por Lucien. Por desgracia, la letra fue entregada a la pobre señora Séchard, que, al reconocer la imitación de la firma de su marido por Lucien, llamó a David y le dijo a quemarropa:

—¿Tú nos has firmado esta letra?

—No —repuso él—; tu hermano estaba tan necesitado que la firmó por mí.

Ève devolvió la letra al ayudante del cajero de la casa Cointet hermanos, diciéndole:

—No estamos en situación ahora.

Luego, sintiéndose desfallecer, subió a su habitación, adonde la siguió David.

—Amor mío —dijo Ève a Séchard con voz débil—, corre a casa de los señores Cointet, tendrán consideraciones contigo; ruégales que esperen y, además, hazles observar que a la renovación del arrendamiento de Cérizet te deberán mil francos.

David se fue inmediatamente a casa de sus enemigos. Un regente puede siempre convertirse en impresor, pero no siempre se encuentra un negociante en un hábil tipógrafo; por lo tanto, David, que conocía tan poco los negocios, quedó indeciso ante Cointet el mayor cuando, tras de haberle expuesto, con la garganta seca y el corazón palpitante, sus excusas y hecha su súplica, recibió esta respuesta:

—Esto no nos incumbe absolutamente en nada; tenemos la letra de Métivier, y Métivier nos pagará. Diríjase al señor Métivier.

—¡Oh! —exclamó Ève al conocer la respuesta—. Desde el momento en que la letra vuelve al señor Métivier, podemos estar tranquilos.

Al día siguiente, Víctor-Ange-Herménégilde Doublon, notario de los señores Cointet, hizo el protesto a las dos, hora en la que la plaza du Murier está llena de gente; y a pesar del cuidado que puso en hablar en la puerta del patio con Marion y Kolb, no por ello fue el protesto menos conocido aquella misma tarde por todo el comercio de Angulema. Además, las hipócritas maneras de Doublon, a quien Cointet el mayor le había recomendado los mayores miramientos, ¿podían salvar a Ève y a David de la ignominia comercial que resulta de una suspensión de pagos? ¡Juzgad! El noventa por ciento de los lectores se van a sentir atraídos por los siguientes detalles, como si se tratara de la novedad más excitante. De esta manera quedará probado una vez más la vanidad de este axioma: «Nada hay menos conocido que lo que todo el mundo tendría que saber: ¡La Ley!».

Ciertamente, a la mayor parte de los franceses, el mecanismo de uno de los engranajes del Banco, bien descrito, ofrecerá el interés de un capítulo de viajes por un

país extranjero. Cuando un negociante envía, desde la ciudad en que está situado su establecimiento, una letra a una persona que vive en otra ciudad, como se suponía que David lo había hecho para favorecer a Lucien, cambia la simple operación de un efecto suscrito entre negociantes de la misma ciudad para; asuntos de comercio, en algo parecido a la letra de cambio emitida en un lugar para otro.

Así, al aceptar los tres efectos a Lucien, Métivier estaba obligado, para percibir el total, a enviarlos a los señores Cointet hermanos, sus corresponsales. De ahí, una primera pérdida para Lucien, designada como comisión por cambio de plaza, y que se traducía por un tanto por ciento cargado a cada efecto, además del descuento. Los pagarés Séchard habían pasado pues a la categoría de pagarés bancarios. No podríais imaginar hasta qué punto la cualidad de banquero, unida al título augusto de acreedor, cambia la condición del deudor. Así pues, en Banca (recordad bien esta expresión), desde que un efecto es transmitido de la plaza de París a la plaza de Angulema, y no es pagado, los banqueros tienen que dirigirse a sí mismos lo que la ley llama una cuenta de retorno. Bromas aparte, nunca los novelistas han inventado cuenta ni cuento más absurdos que estos, y aquí están las ingeniosas bromas a lo Mascarille, que cierto artículo del Código de Comercio autoriza y cuya explicación os demostrará cuántas atrocidades se esconden bajo esta terrible palabra: ¡La Legalidad!

En cuanto el notario Doublon hubo registrado su protesto, lo llevó en persona a los señores Cointet hermanos. El notario estaba en connivencia con estos lobos cervales de Angulema, y les concedía un crédito de seis meses, que el mayor de los Cointet ampliaba a un año en la forma en que lo saldaba, diciendo cada mes a este sub lobo cerval:

—Doublon, ¿necesita dinero?

¡Y no es eso todo! Doublon favorecía con un porcentaje a esta poderosa casa, que de este modo con cada acta ganaba un tanto, hada, una miseria, ¡un franco cincuenta por protesto!... Cointet el mayor se sentó tranquilamente en su escritorio y tomó de él una cuartilla de papel timbrado de treinta y cinco céntimos, sin dejar de hablar con Doublon a fin de enterarse por él sobre el verdadero estado y situación de los comerciantes.

—Bueno, ¿está contento del pequeño Gannerac?...

—¡Bah! No va mal.

—Sí, pero parece ser que en realidad tiene dificultades. Me han dicho que su mujer le originaba muchos gastos...

—¿A él? —exclamó Doublon, con aire zumbón.

Y el lobo cerval, que había terminado por arreglar su cuartilla, escribió en redondilla el siniestro título bajo el que extendió la siguiente cuenta:

CUENTA DE RETORNO Y GASTOS

«Por un efecto de mil francos, fechado en Angulema el diez de febrero de mil ochocientos veintidós, suscrito por Séchard hijo, a la orden de Lucien Chardon, llamado de Rubempré, endosado a la orden de Métivier y a la nuestra, con vencimiento al treinta de abril último, protestado por Doublon, alguacil, el primero de mayo de mil ochocientos veintidós.

»Principal: 1.000,00. Protesto: 12,35. Comisión del medio por ciento: 5,00. Comisión de corretaje de un cuarto por ciento: 2,50. Timbre de nuestro retiro y del presente: 1,35. Intereses y portes de cartas: 3,00. Cambio de plaza a uno y cuarto por ciento sobre 1.037,45: 13,25. Total: 1.037,45.

»Mil treinta y siete francos con cuarenta y cinco céntimos, de cuya suma reembolsamos por nuestra letra a la vista sobre el señor Métivier, calle Serpente, en París, a la orden del señor Gannerac del Houmeau.

»Angulema, dos de mayo de mil ochocientos veintidós.

Cointet hermanos».

En la parte inferior de este pequeño memorándum, hecho con toda la pericia de una persona práctica en tales asuntos, ya que siempre consultaba con Doublon, Cointet el mayor escribió la siguiente declaración:

«Los abajo firmantes, Postel, farmacéutico en el Houmeau, y Gannerac, comisionista en transporte, comerciantes de esta ciudad, certificamos que el cambio de nuestra plaza sobre París es de uno y un cuarto por ciento.

»Angulema, tres de mayo de mil ochocientos veintidós».

—Tenga, Doublon, hágame el favor de ir a casa de Postel y de Gannerac y rogarles que me firmen rápidamente esta declaración a fin de que me la pueda traer mañana por la mañana.

Y Doublon, familiarizado con estos instrumentos de tortura, se fue, como si se tratara de la cosa más sencilla. A pesar de que el protesto fue enviado en sobre cerrado, como en París, todo Angulema estaba enterado del desgraciado estado en que se encontraban los asuntos de ese pobre Séchard. ¡Y de cuántas acusaciones no fue objeto su apatía! Unos decían que se había perdido por el excesivo amor que profesaba a su mujer; otros le acusaban de sentir demasiado afecto por su cuñado. ¡Y qué atroces conclusiones no sacaban de estas premisas! Nunca debía uno solidarizarse con los intereses del prójimo. Se aprobaba la dureza de Séchard para con su hijo y se le admiraba. Ahora, vosotros todos, pues, que por cualquier razón

olvidáis hacer honor a vuestros compromisos, examinad atentamente el procedimiento, perfectamente legal, por el que, en diez minutos, se hace en Banca que un capital de mil francos aporte veintiocho de interés.

El primer artículo de esa Cuenta de Retorno es la única cosa incontestable.

El segundo artículo contiene la parte del Fisco y del alguacil. Los seis francos que percibe la Hacienda al registrar el disgusto del deudor, y proporcionando el papel timbrado, harán que el abuso perdure durante largo tiempo. Sabéis además que este artículo proporciona un beneficio de un franco cincuenta al banquero, a causa de la comisión hecha por Doublon.

La comisión de un medio por ciento, objeto del tercer artículo, está tomada del pretexto ingenioso de que, en banca, no recibir el pago equivale a descontar un efecto. A pesar de que es absolutamente lo contrario, nada más parecido que dar mil francos o no cobrarlos. Cualquiera que haya presentado efectos al descuento sabe que, además del seis por ciento que legalmente se debe, el banquero descuenta, bajo el humilde título de comisión, un tanto por ciento que representa los intereses que le proporciona, por encima de la tasa legal, la habilidad con la que hace trabajar sus fondos. Cuanto más dinero puede ganar, más os pide. Por lo tanto, los descuentos se han de efectuar con los tontos, es más barato; pero, ¿acaso hay tontos en la Banca?

La ley obliga al banquero a hacer que un agente certifique la tasa del cambio. En las plazas lo suficientemente desgraciadas como para que no haya Bolsa, el agente de cambio es suplido por dos comerciantes. La comisión llamada de corretaje, que se ha de pagar al agente, queda fijada en un cuarto por ciento de la suma expresada en el efecto protestado. Se ha establecido la costumbre de considerar esta comisión como entrega a los negociantes que reemplazan al agente, pero el banquero, lisa y llanamente, la mete en su caja. De ahí el tercer artículo de esta encantadora cuenta.

El artículo cuarto comprende el costo del cuadrado de papel timbrado sobre el que se ha redactado la Cuenta de Retorno y el del timbre de lo que ingeniosamente se llama la resaca, es decir, la nueva letra hecha por el banquero sobre su colega para reembolsarse.

El quinto artículo comprende el precio que ha de pagarse de los portes de cartas y los intereses legales de la suma durante todo el tiempo que puede tardar en llegar a la caja del banquero.

Finalmente, el cambio de plaza, el objeto mismo de la banca, es lo que cuesta por hacerse pagar de una plaza a otra.

Ahora, expurgad esta cuenta en la que, a la manera de contar del Polichinela de la canción napolitana, tan bien interpretado por Lablache, quince y cinco son veintidós. Evidentemente la firma de los señores Postel y Gannerac era un asunto de complacencia: los Cointet certificaban, en caso de necesitaban por lo tanto hacer una letra. Entre ellos, un efecto para los Cointet. Es la puesta en práctica de este conocido

proverbio: «Hazme la barba, hacerte he el copete». Los señores Cointet hermanos tenían cuenta corriente con Métivier y no necesitaban por lo tanto hacer una letra. Entre ellos, un efecto devuelto no significaba más que una línea de más en el debe o en el haber.

Esta fantástica cuenta se reducía pues en realidad a los mil francos debidos, al protesto de trece francos y a un medio por ciento de interés por el mes de retraso, tal vez unos mil dieciocho francos en total.

Si una gran entidad bancaria tiene todos los días como media una Cuenta de Retorno por un valor de mil francos, percibe todos los días veintiocho francos, por la gracia de Dios y de las constituciones de la Banca, formidable realeza ideada por los judíos del siglo doce, y que hoy en día domina a los tronos y a los pueblos. En otros términos, mil francos proporcionan pues a esta casa veintiocho francos por día o diez mil doscientos francos al año. Triplicad la media de las Cuentas de Retorno y percibiréis un ingreso de treinta mil francos, proporcionado por esos capitales ficticios. Por lo tanto, nada más amorosamente cultivado que las Cuentas de Retorno. David Séchard hubiese podido venir a pagar su efecto el tres de mayo o la misma mañana del protesto, y los hermanos Cointet ya le hubiesen dicho: «¡Hemos devuelto su efecto al señor Métivier!», aunque el efecto se encontrara sobre el escritorio.

La Cuenta de Retorno queda establecida la misma tarde del protesto. Esto, en el lenguaje bancario provinciano, se denomina hacer sudar los escudos. Sólo los por tes de las letras proporcionan unos veinte mil francos a la casa Keller, que tiene corresponsales en el mundo entero, y las Cuentas de Retorno pagan el palco en los Italianos, el coche y el vestido de la señora baronesa de Nucingen, El porte de cartas es un abuso tanto más espantoso cuanto que los banqueros se ocupan de diez asuntos semejantes en diez líneas de una carta. ¡Cosa extraña!, el Fisco tiene su parte en esta prima arrancada a la desgracia, y el Tesoro Público, de esta forma, se incrementa con los infortunios comerciales.

En cuanto a la Banca, arroja desde lo alto de su mostrador, al deudor esta frase llena de razón: «¿Por qué no está a cubierto?», a la que, desgraciadamente, nada se puede responder. De este modo la Cuenta de Retorno es una cuenta Henal de ficciones terribles hacia la que los deudores, que reflexionarán sobre esta instructiva página, experimentarán en lo sucesivo un saludable temor.

El cuatro de mayo, Métivier recibió de los señores Cointet hermanos la Cuenta de Retorno con una orden de perseguir a ultranza en París al señor Lucien Chardon, llamado De Rubempré.

Unos días más tarde, Ève recibió, en respuesta a la carta que escribió al señor de Métivier, las siguientes líneas que la dieron la certeza absoluta.

«Al señor Séchard, hijo, impresor en Angulema.

»A su tiempo recibí su estimada del cinco de los corrientes. Por sus explicaciones relativas al efecto impagado del 30 de abril último, he comprendido que no se hace cargo de la deuda de su cuñado el señor de Rubempré, quien derrocha de un modo que es hacerle un favor obligarle a pagar; su situación es tan crítica que no podrá seguir así por mucho tiempo. Si su honorable cuñado no me pagara, confiaría en la lealtad de su antigua casa; me reitero, como siempre,
»su seguro servidor,

Métivier».

—¡Pues bien!, mi hermano se habrá enterado con este acoso que no hemos podido pagar.

¿Qué cambios anunciaba en Ève esta frase? El amor en aumento que le inspiraba el carácter de David, cada vez mejor conocido, tomaba en su corazón el puesto del afecto fraternal. Pero, ¿a cuántas ilusiones no decía adiós?...

Veamos ahora todo el camino que realiza la Cuenta de Retorno en la plaza de París. Un tercer portador, nombre comercial del que posee un efecto por transmisión, queda libre, en términos legales, de perseguir únicamente a aquel de los diversos deudores de este efecto que le pueda pagar con mayor prontitud. En virtud de esta facultad, Lucien fue perseguido por el notario del señor Métivier. He aquí cuáles fueron las fases de esta acción, que por otro lado era inútil por completo. Métivier tras el que se ocultaban los hermanos Cointet, conocía la insolvencia de Lucien; pero siempre, dentro del espíritu de la ley, la insolvencia de hecho no existe en derecho sino solamente después que haya sido comprobada. Se comprobó, por tanto, la imposibilidad de obtener de Lucien el pago del efecto, de la siguiente manera.

El alguacil de Métivier denunció el 5 de mayo la Cuenta de Retorno y el protesto de Angulema a Lucien, citándole en el Tribunal de Comercio para hacerle oír una multitud de cosas, entre otras, que sería condenado como negociante. Cuando en medio de su vida de ciervo acosado por los perros leyó Lucien este inexplicable e intrincado discurso, recibía la notificación de un juicio establecido contra él por defecto en el Tribunal de Comercio. Coralie, su amante, ignorando de lo que se trataba, imaginó que Lucien había obligado a su cuñado y le dio todas las actas juntas demasiado tarde. Una actriz ve demasiados artistas como notarios en las comedias para creer en el papel timbrado.

A Lucien se le saltaron las lágrimas, se compadeció de Séchard, sintió vergüenza de su falsificación y quiso pagar. Naturalmente, consultó a sus amigos sobre lo que tendría que hacer para ganar tiempo. Pero cuando Lousteau, Blondet, Bixiou y Nathan hubieron instruido a Lucien sobre el poco caso que un poeta tenía que hacer al Tribunal de Comercio, institución establecida para los tenderos, el poeta se

encontraba ya bajo los efectos de un embargo. Veía en su puerta ese papelito amarillo cuyo color destiñe sobre las porterías y que tiene la virtud más estrictamente sobre el crédito, que lleva el escalofrío al corazón de los proveedores y que, sobre todo, hiela la sangre en las venas de los poetas lo bastante sensibles como para encariñarse con esos pedazos de madera, esos jirones de seda, esos montones de lana teñida, o esas baratijas llamadas mobiliario. Cuando vinieron a llevarse los muebles de Coralie, el autor de *Las Margaritas* se fue a ver a un amigo de Bixiou, Desroches, un procurador que se echó a reír al ver tanto espanto en Lucien por tan poca cosa.

—Eso no es nada, querido amigo; ¿quiere ganar tiempo?

—Lo más posible.

—Pues bien, opóngase a la ejecución de la sentencia. Vaya a ver a uno de mis amigos, Masson, abogado del Tribunal de Comercio; llévele sus documentos y él renovará la oposición, se presentará en lugar suyo y declinará la competencia del Tribunal de Comercio. Esto no tendrá la menor dificultad, es un periodista bastante conocido. Si es emplazado ante el Tribunal de lo Civil, venga a verme, eso me concierne: yo me encargo de mandar a paseo los que molestan a la bella Coralie. El veintiocho de mayo, Lucien, emplazado ante el Tribunal Civil, fue condenado antes de lo que pensara Desroches, ya que había orden de perseguir a Lucien a ultranza. Cuando se practicó un nuevo embargo, cuando el papelito amarillo volvió de nuevo a decorar las pilastras de la puerta de Coralie y se quisieron llevar el mobiliario, Desroches, un poco corrido por haberse dejado coger por su colega (tal fue su expresión), se opuso a ello, pretendiendo, con razón, además, que el mobiliario pertenecía a la señorita Coralie e interpuso un recurso de urgencia. Ante el recurso, el presidente del Tribunal envió a las partes a audiencia, en donde la propiedad de los muebles fue adjudicada por sentencia a la actriz. Métivier apeló, pero su apelación fue denegada por disposición de treinta de julio.

El siete de agosto, *maître* Cachan recibió por la diligencia un enorme expediente titulado: «Métivier contra Séchard y Lucien Chardon».

La primera pieza era la bonita notita siguiente, cuya exactitud está garantizada:

«Letra del 30 de abril último, suscrita por Séchard hijo, orden de Lucien de Rubempré. (2 de mayo) Cuenta de Retorno: 1.037,45. (5 de mayo) Denuncia de la cuenta de retorno y del protesto con citación ante él Tribunal de Comercio de París para el 7 de mayo: 8,75. (7 de mayo) Juicio y condenación en ausencia y apremio: 35,00. (10 de mayo) Notificación del juicio: 8,50. (12 de mayo) Mandamiento: 5,50. (14 de mayo) Proceso verbal de embargo: 16,00. (18 de mayo) Proceso verbal de aplicación de edictos: 15,25. (19 de mayo) Inserción en el periódico: 4,00. (24 de mayo) Proceso verbal de verificación precediendo el embargo y conteniendo la oposición a la

ejecución de la sentencia por parte del señor Lucien de Rubempré: 12,00. (27 de mayo) Sentencia del Tribunal que, haciendo justicia, hace reenvío, a causa de la oposición, debidamente reiterada, de las partes ante el Tribunal Civil: 35,00. (27 de mayo) Asignación a plazo breve por Métivier, ante el Tribunal civil, con constitución de procurador: 6,50. (2 de junio) Sentencia contradictoria que condena a Lucien Chardon a pagar los conceptos de la cuenta de retorno y deja a cargo del demandante los gastos hechos ante el Tribunal de Comercio: 150,00. (6 de junio) Notificación de lo citado: 10,00. (15 de junio) Mandamiento: 5,50. (19 de junio) Proceso verbal de embargo y oposición ante ese embargo por parte de la señorita Coralie, que pretende que el mobiliario le pertenece y solicita recurso de urgencia, en el caso en que se quisiera ejecutar el embargo: 20,00. (19 de junio) Orden del presidente, que envía a las partes a audiencia en estado de recurso: 40,00. (19 de junio) Sentencia que adjudica la propiedad de los muebles a la citada señorita Coralie: 250,00. (20 de junio). Recurso de Métivier: 17,00. (30 de junio) Confirmación de la sentencia: 250,00. Total: 889,00. Letra de 31 de mayo: 1.037,45. Denuncia a Lucien: 8,75. Total: 1046,20. Letra de 30 de junio, cuenta de retorno: 1.037,45. Denuncia a Lucien: 8,75. Total: 1046,20».

Estos documentos iban acompañados de una carta por la que Métivier daba orden a *maître* Cachan, procurador en Angulema, para que persiguiera a David Séchard con todos los medios de derecho. *Maître* Víctor-Ange-Herménégilde Doublon citó pues a David Séchard el 3 de julio, en el Tribunal de Comercio de Angulema, para el pago de la suma total de cuatro mil dieciocho francos con ochenta y cinco céntimos, total de los tres pagarés más los gastos efectuados. El día en que Doublon debía llevarle la orden de pagar esta suma, enorme para ella, Ève recibió por la mañana esta fulminante carta escrita por Métivier:

«Al señor Séchard, hijo, impresor en Angulema.

»Su cuñado, el señor Chardon, es un hombre de una insigne mala fe, que ha puesto su mobiliario a nombre de una actriz con la que vive, y tendría que haberme prevenido lealmente de estas circunstancias a fin de evitarme realizar diligencias inútiles, ya que no ha contestado a mi carta del 10 de mayo último. No encuentre pues extraño que le pida el inmediato reembolso de los tres pagarés y todos los gastos.

»Reciba mis saludos.

Métivier».

Al no oír hablar más de nada, Ève, poco ducha en derecho comercial, pensaba que su hermano había reparado su crimen, pagando las letras falsificadas.

—Querido —dijo a su marido—, corre en seguida a casa de Petit-Claud, explícale nuestra situación y consúltale.

—Amigo mío —dijo el pobre impresor, entrando en el despacho de su compañero, adonde precipitadamente había acudido—, no sabía, cuando viniste a anunciarme tu nombramiento y a ofrecerme tus servicios, que los iba a necesitar tan pronto.

Petit-Claud escrutó el bello rostro de pensador que le ofrecía este hombre sentado en un sillón, frente a él, ya que no escuchó el detalle del asunto, que conocía mejor que el que lo estaba explicando. Al ver entrar a Séchard inquieto, se dijo:

«Ya está hecha la jugada. —Esta escena se interpreta muy a menudo en el despacho de los procuradores—. ¿Por qué le perseguirán los Cointet?», se preguntaba Petit-Claud.

Es trabajo de los procuradores penetrar tan bien en el alma de los clientes como en la de sus adversarios; han de conocer tan bien el derecho como el revés de la trama jurídica.

—Lo que tú quieres es ganar tiempo —repuso al fin Petit-Claud a Séchard, cuando éste hubo terminado—. ¿Te va bien algo como tres o cuatro meses?

—¡Oh! ¡Cuatro meses y estoy salvado! —exclamó David, a quien Petit-Claud le pareció un ángel.

—Pues bien, no tocarán ninguno de tus muebles ni te podrán detener antes de tres o cuatro meses... Pero eso te costará muy caro —añadió Petit-Claud.

—¿Y qué es lo que me puede importar?

—Esperas ingresos, ¿estás seguro? —preguntó el procurador, sorprendido por la facilidad con que su cliente caía en la trampa.

—Antes de tres meses seré rico —repuso el inventor, con una seguridad de inventor.

—Tu padre no se ha retirado aún —repuso Petit-Claud—, y prefiere cuidar de sus viñas.

—¿Acaso crees que cuento con la muerte de mi padre?... —replicó David—. Estoy tras la pista de un secreto industrial que me permitirá fabricar sin una brizna de algodón un papel tan sólido como el papel de Holanda, y a mitad de precio del actual de algodón...

—¡Es una fortuna! —exclamó maravillado Petit-Claud, que entonces comprendió claramente el proyecto del mayor de los Cointet.

—Una gran fortuna, amigo mío, ya que de aquí a diez años será necesario diez veces más papel del que se consume en la actualidad. El periodismo será la locura de nuestro tiempo.

—¿Nadie sabe tu secreto?

—Nadie, salvo mi mujer.

—¿No has dicho tu proyecto, tu programa, a algún otro?... ¿A los Cointet, por ejemplo?

—Le he hablado, pero vagamente, creo...

Un destello de generosidad pasó por el alma amargada de Petit-Claud, quien trató de conciliarlo todo, el interés de los Cointet, el suyo y el de Séchard.

—Escucha, David, somos camaradas de colegio, yo te defenderé; pero entérate bien, esta defensa en contra de la ley te costará ¡cinco o seis mil francos!... No comprometas tu fortuna. Creo que te verás obligado a compartir los beneficios de tu invento con uno de nuestros fabricantes. Veamos, lo mirarás dos veces antes de comprar o hacer construir una papelería... Será necesario, además, que adquieras una patente de invención... Todo eso requerirá tiempo y dinero. Los notarios caerán sobre ti tal vez demasiado pronto, a pesar de las vueltas que vamos a hacer que den ante ti...

—¡Tengo mi secreto! —dijo David con la ingenuidad del sabio.

—Pues bien, tu secreto será tu salvavidas —continuó Petit-Claud, vuelto atrás de su primera y leal intención de evitar un proceso mediante una transacción—. No quiero saberlo; pero escúchame bien: trata de trabajar en las entrañas de la tierra, que nadie te vea ni pueda sospechar tus métodos de fabricación, ya que tu salvavidas podría serte robado ante tus propias narices... Un inventor oculta muchas veces un tonto bajo su piel. Pensáis demasiado en vuestros secretos para poder pensar en todo. Acabarán por enterarse de tus secretos, rodeado como estás de fabricantes. Cada fabricante es un enemigo. Te veo como el castor en medio de los cazadores, no les entregues tu piel...

—Gracias, mi querido compañero, yo ya había pensado en eso —exclamó Séchard—. ¡Pero te estoy agradecido por haberme mostrado tanta prudencia y solicitud!... No se trata de mí, en esta empresa. Para mí, mil doscientos francos de renta me serían suficientes, y mi padre tiene que dejarme al menos tres veces más, algún día... Vivo para el amor y para mi pensamiento... una vida celestial... Se trata de Lucien y de mi mujer, por ellos es por los que trabajo...

—Entonces fírmame este poder y no te preocupes más que de tu descubrimiento. El día en que se te haya de esconder, porque seas reclamado en persona, te avisaré la víspera; ya que hay que prevenirlo todo. Y déjame decirte que no permitas entrar en tu casa a nadie de quien no estés seguro como de ti mismo.

—Cérizet no ha querido continuar el arrendamiento de la explotación de mi imprenta, y de ahí han venido nuestros pequeños problemas pecuniarios. En mi casa no quedan más que Marion, Kolb, un alsaciano que es como un perro fiel, mi mujer y mi suegra...

—Escucha —dijo Petit-Claud—, desconfía del perro fiel...

—No lo conoces —exclamó David—. Kolb es como si se tratara de mí mismo...

—¿Me dejas hacer una prueba?...

—Sí —dijo Séchard.

—Entonces, adiós; pero envíame a la bella señora Séchard. Un poder de tu mujer me es indispensable. Y, amigo mió, piensa que el fuego se apodera de tus negocios —dijo Petit-Claud a su compañero, previniéndole de esta forma de todos los males judiciales que sobre él iban a caer.

«Heme aquí, pues, con un pie en Borgoña y otro en Champaña», se dijo Petit-Claud tras de haber acompañado a su amigo David Séchard hasta la puerta de su estudio.

Dominado por el disgusto de la falta de dinero, presa de la pena que le causaba el estado de su mujer, asesinada por la infamia de Lucien, David buscaba siempre la solución de su problema; y así, tanto al ir hacia la casa de Petit-Claud como de vuelta a la suya, mascaba un tallo de ortiga de las que ponía a enriar como materia prima para su pasta. Quería reemplazar las diferentes destrucciones que operan en la maceración el tejido y el uso de todo lo que se convierte en hilo o en trapo por parecidos procedimientos. Cuando caminaba por las calles, bastante contento por la entrevista con su amigo Petit-Claud, se encontró con una bola de pasta entre los dientes: la tomó en su mano y vio una papilla o pulpa, superior a todas las composiciones que había obtenido, ya que el principal inconveniente de las pastas que se obtienen de los vegetales es su falta de cohesión. La paja, por ejemplo, produce un papel quebradizo, casi metálico y sonoro. Estas casualidades sólo son encontradas por los audaces investigadores de causas naturales.

«Voy —se decía— a reemplazar mediante el empleo de una máquina y de un agente químico la operación que acabo de realizar de forma tan maquinal». Y apareció ante su mujer lleno de alegría por su fe en el triunfo.

—¡Oh, ángel mío! —dijo David, al ver a su mujer con lágrimas en los ojos y señales de haber llorado—. No te preocupes, Petit-Claud nos garantiza unos meses de tranquilidad. Tendré gastos, pero como se me ha dicho al despedirme: «Todos los franceses tienen derecho a hacer esperar a sus acreedores, con tal de que acaben por pagarles su capital, intereses y gastos...». Pues bien, nosotros pagaremos...

—¿Y vivir? —preguntó la pobre Ève, que pensaba en todo.

—¡Ah!, es verdad —repuso David, llevándose una mano a la oreja, en un gesto inexplicable y familiar en casi todas las personas preocupadas.

—Mi madre cuidará de nuestro pequeño Lucien y yo me pondré a trabajar.

—¡Ève! ¡Oh, mi Ève! —exclamó David, abrazando a su mujer y estrechándola sobre su corazón—. ¡Ève!, a dos pasos de aquí, en Saintes, en el siglo dieciséis, uno de los hombres más grandes de Francia, ya que no solamente fue el inventor de los

esmaltes, sino también el glorioso precursor de Buffon, de Cuvier descubrió la geología antes que ellos; este ingenuo buen hombre, Bernard de Palissy, sufría la pasión de los buscadores de secretos, pero veía a su mujer y a sus hijos y todo un barrio contra él. Su mujer le vendía sus herramientas... Erraba por el campo, incomprendido... perseguido y hasta señalado muchas veces con el dedo... Mientras que yo soy amado...

—Muy bien amado —repuso Ève, con la plácida expresión del amor seguro de sí mismo.

—Se puede sufrir entonces todo lo que sufrió aquel pobre Bernard de Palissy, el autor de las cerámicas de Ecouen, que Carlos IX salvó de la noche de San Bartolomé y que, en fin, dio frente a Europa, viejo, rico y honrado, cursos sobre su ciencia de las tierras, como la llamaba.

—Mientras mis dedos tengan fuerza para sostener una plancha, a ti no te faltará nada —exclamó la pobre mujer con el acento de la más profunda abnegación—. En los tiempos en que era primera planchadora en casa de la señora Prieur, tenía como amiga a una muchachita muy juiciosa, la prima de Postel, Basine Clerget; pues bien, Basine acaba de decirme, al traerme su ropa fina, que sucede a la señora Prieur; iré pues a trabajar a su casa...

—¡Ah!, no trabajarás allí por mucho tiempo —repuso Séchard—. He encontrado...

Por primera vez, la sublime fe en el éxito, que sostiene a los inventores y les da el valor de seguir adelante en la selva virgen del país de los descubrimientos, fue acogida por Ève con una sonrisa casi triste, y David bajó la cabeza con fúnebre movimiento.

—¡Oh, amigo mío!, no me burlo, no me río, no lo dudo —exclamó la bella Ève, arrodillándose ante su marido—. Pero veo la razón que tenías en guardar el silencio más profundo acerca de tus ensayos y tus experiencias. Sí, amor mío, los inventores tienen que callar la penosa elaboración de su gloria a todo el mundo, incluso a sus mujeres... Una mujer siempre es una mujer. Tu Ève no ha podido contener una sonrisa al oírte decir: «¡Ya lo tengo!», por decimoséptima vez en un mes.

David se echó a reír tan francamente de sí mismo, que Ève tomó su mano y se la besó santamente. Fue un momento delicioso, una de esas rosas de amor y de ternura que florecen al borde de los caminos más áridos de la miseria y algunas veces en el fondo de los precipicios.

Ève redobló su energía al ver cómo la desgracia redoblaba su furia. La grandeza de su marido, su ingenuidad de inventor, las lágrimas que algunas veces sorprendió en los ojos de este hombre de corazón y poesía, todo ello desarrolló en su interior una fuerza insospechada. Una vez más recurrió al medio que tan buen resultado le había dado otras veces. Escribió al señor Métivier para que anunciara la venta de la

imprensa, ofreciéndole pagar el precio que por ella se obtuviera y rogándole no arruinase a David con gastos inútiles. Ante esta sublime carta, Métivier se hizo el sordo, y su primer dependiente repuso que, en ausencia del señor Métivier, no podía aceptar la responsabilidad de detener la demanda, ya que no era ésa la costumbre que su patrón tenía respecto a los negocios. Ève propuso renovar los efectos, pagando todos los gastos, y el dependiente aceptó, siempre y cuando el padre de David Séchard lo garantizara con su aval. Ève fue entonces a pie hasta Marsac, acompañada por su madre y Kolb. Se enfrentó con el viejo viñador, estuvo encantadora, logró hacer sonreír a aquella máscara; pero cuando con el corazón tembloroso habló del aval, vio un cambio completo y repentino en este rostro borrachográfico.

—Si dejara a mi hijo en libertad de poner la mano en mis labios, al borde de mi caja, la metería hasta el fondo de mis entrañas y lo vaciaría todo —exclamó—. Los hijos comen todos lo mismo en la bolsa paterna. ¿Y cómo lo he hecho yo? Nunca he costado ni un céntimo a mis padres. Vuestra imprenta está vacía. Las ratas y los ratones son los únicos que hacen allí alguna impresión... Usted es guapa... y yo la quiero; es una mujer trabajadora y cuidadosa, pero mi hijo... ¿Sabe lo que es David? ... Pues bien, es un sabio holgazán. Si le hubiese criado como me criaron a mí, sin saber de letras, y hubiese hecho de él un oso como su padre, hoy tendría rentas... ¡Oh!, ese muchacho es una cruz para mí, ¡ya ve! Y por desgracia nunca se enmendará. Finalmente, la hace desgraciada... —Ève protestó con un gesto de absoluta negativa—. Sí —continuó, respondiendo a este gesto—, se ha visto obligada a tomar una nodriza, la pena le ha agriado la leche. Yo lo sé todo, ¡vamos!, están en el tribunal y voceados por toda la ciudad. Yo no era más que un simple oso, no soy un sabio, no he sido regente en casa de los señores Didot, la gloria de la tipografía, pero nunca he tenido que recibir ¡papel timbrado! ¿Sabe lo que me digo a mí mismo, yendo a mis viñas, cuidándolas y cosechándolas, y realizando mis pequeños negocios?... Me digo: «Pobre viejo, te preocupas demasiado, amontonas escudo sobre escudo, dejarás bienes sustanciosos, y serán para los notarios, los procuradores... o para las quimeras... las ideas...». Mira, hija mía, eres madre de este muchachito que me dio la impresión de tener la nariz de su abuelo, cuando lo bautizamos con la señora Chardon, ¡pues bien!, piensa menos en Séchard que en ese pequeñuelo... Sólo en ti tengo confianza... Tú podrías impedir la disipación de mis bienes... de mis pobres bienes...

—Pero, querido papá Séchard, su hijo será su gloria y un día llegará a verle rico gracias a sus esfuerzos y con la Legión de Honor en el ojal...

—¿Qué es lo que hará para esto? —preguntó el viñador.

—Ya lo verá... Pero, mientras espera, ¿le arruinarían mil escudos?... Con mil escudos haría cesar las diligencias judiciales... Además, si no tiene confianza en él, préstemelos a mí, se los devolveré, los puede hipotecar sobre mi dote, sobre mi

trabajo...

—¿Está perseguido David Séchard? —exclamó el labrador, sorprendido al enterarse de que lo que él creía una calumnia era verdad—. A esto es a lo que conduce, sabe escribir su nombre... ¡Y mis alquileres!... ¡Oh!, hija mía, es preciso que vaya a Angulema para enterarme y consultar a Cachan, mi procurador... Has hecho muy bien en venir... ¡Hombre prevenido vale por dos!

Tras un forcejeo de dos horas, Ève se vio obligada a marcharse, vencida por este invencible argumento: «Las mujeres no entienden nada de negocios». Llegada con una esperanza de triunfar, Ève desanduvo el camino de Marsac a Angulema casi desalentada. Al llegar, se encontró con la notificación de la sentencia que condenaba a Séchard a pagarlo todo a Métivier. En provincias, la presencia de un alguacil a la puerta de una casa es un acontecimiento; pero Doublon iba demasiado a menudo desde hacía algún tiempo como para que la vecindad no hablara de ello. Por tal motivo, Ève no se atrevía a salir de su casa y tenía miedo de oír comentarios murmurados a su paso.

—¡Oh, mi hermano!, ¡mi hermano! —exclamó la pobre Ève, precipitándose en el patio y subiendo las escaleras—. No he podido perdonarte que se tratara de tu...

—¡Ay! —le dijo Séchard, que la precedía—, se trataba de evitar su suicidio.

—No hablemos nunca más de ello —dijo ella dulcemente—. La mujer que le ha arrastrado a ese abismo de París es una criminal, y tu padre, David querido, es despiadado... Suframos en silencio.

Un discreto golpe detuvo alguna palabra cariñosa en los labios de David, y Marion se presentó, arrastrando por la habitación al grueso y hercúleo Kolb.

—Señora —dijo ella—, Kolb y yo hemos sabido que los señores tenían muchos problemas, y como entre los dos tenemos mil cien francos de ahorros, hemos pensado que en ningún lugar podrían estar mejor colocados que en las manos de la señora.

—De la señora —repitió Kolb con entusiasmo.

—Kolb —exclamó David Séchard—, no nos separaremos nunca; lleva mil francos a cuenta a casa de Cachan, el procurador, pero exige un recibo, guardaremos el resto. Kolb, que ningún poder humano te arranque una palabra sobre lo que hago, sobre mis horas de ausencia, sobre lo que me puedas ver traer; y cuando te envíe a buscar hierbas, sabes, que ningún ojo humano te vea... Tratarán, mi buen Kolb, de seducirte, tal vez te ofrezcan miles, decenas de miles de francos para hacerte hablar...

—Ya pueden ofrecerme millones, que yo no diré una palabra. ¿Acaso no conozco bien la consigna militar?

—Ya estás advertido. Anda, y ve a rogar al señor Petit-Claud que asista a la entrega de estos fondos al señor Cachan.

—Sí —dijo el alsaciano—, espero ser de algún día más *dico* para darle su merecido a ese *hompre de jusdicia*. No me gusta su cara.

—Es un buen hombre, señora —dijo la gruesa Marion—, es fuerte como un turco y dócil como un cordero. Haría dichosa a cualquier mujer. Y, sin embargo, ha sido él quien ha tenido la idea de colocar así nuestros ahorros, que él llama «*ajoros*». ¡Pobre hombre! Si habla mal, piensa bien y yo le entiendo lo mismo. Tiene la idea de irse a trabajar con otros para así no costamos nada...

—Uno quisiera ser rico únicamente para ayudar y recompensar a estas personas tan honradas —dijo Séchard, mirando a su mujer.

Ève encontraba todo eso muy natural y no se sorprendía al encontrar almas a la altura de la suya. Su actitud hubiese explicado toda la belleza de su carácter a los seres más estúpidos, incluso a un indiferente.

—Será rico, señor, tiene el riñón cubierto —exclamó Marion—; su padre acaba de comprar una granja y tendrá usted rentas...

En las actuales circunstancias, estas frases dichas por Marion para disminuir en cierto modo el mérito de su acción, ¿acaso no traicionaban una delicadeza exquisita?

Como todas las cosas humanas, el procedimiento francés tiene vicios; sin embargo, al igual que un arma de dos filos, sirve lo mismo para la defensa que para el ataque. Por otro lado, tiene de gracioso que si dos procuradores se entienden (y pueden entenderse sin tener necesidad de cambiar ni una palabra, ¡se entienden según la marcha de su proceso!), un proceso se parece entonces a una guerra como la hacía el primer mariscal de Biron, a quien su hijo proponía en el cerco de Ruán un medio para tomar la ciudad en dos días.

—Tienes mucha prisa —le dijo— por ir a plantar nuestras coles.

Dos generales pueden eternizar la guerra sin llegar a nada decisivo y dirigiendo sus topas según el método de los generales austríacos que el Consejo Áulico nunca censura por haber fallado una combinación, debido a que tenían que dejar comer el rancho a sus soldados. El abogado Cachan, Petit-Claud y Doublon se comportaron aún mejor que los generales austríacos; tomaron como modelo a un austríaco de la antigüedad, Fabius Cunctator.

Petit-Claud, astuto como un mulo, pronto se dio cuenta de las ventajas de su posición. Desde el momento en que el pago de los gastos estaba garantizado por Cointet el mayor, se prometió aliarse astutamente con Cachan, y hacer brillar su ingenio a los ojos de Métivier. Pero, desgraciadamente para ese joven Fíguro de los procuradores, el historiador tiene que pasar sobre el terreno de sus hazañas como si caminara sobre carbones al rojo vivo. Una sola relación de gastos como la hecha en París es suficiente, sin duda, para la historia de las costumbres contemporáneas. Imitemos pues el estilo del Gran Ejército, ya que, para el buen entendimiento del relato, será más rápida la enumeración de los hechos y gestos de Petit-Claud y mejor se comprenderá esta página, exclusivamente jurídica.

Emplazado el 3 de julio ante el Tribunal de Comercio de Angulema, David no

compareció; la sentencia le fue notificada el 8. El 10, Doublon interpuso un recurso e intentó el 12 un embargo, al que se opuso Petit-Claud, citando de nuevo a Métivier para dentro de quince días. Por su parte, Métivier halló que ese plazo era demasiado largo e interpuso una nueva citación con carácter urgente para el día siguiente, obteniendo el 18 una sentencia que denegó a Séchard su oposición. Esta sentencia, que quedó firme el 21, autorizó un mandamiento el 22, una notificación de apremio corporal el 23 y un proceso verbal de embargo el 24. Este furor de embargo fue paliado por Petit-Claud, que se opuso interponiendo un recurso ante el Tribunal Real. Esta apelación, confirmada el 15 de julio, emplazaba a Métivier en Poitiers.

«Bueno —se dijo Petit-Claud—, ahora nos quedaremos allí durante algún tiempo».

Una vez dirigida la tormenta sobre Poitiers, a un procurador del Tribunal Real a quien Petit-Claud dio sus instrucciones, este defensor de doble intención notificó a David Séchard, con carácter de urgencia y por cuenta de la señora Séchard, la separación de bienes. Según la expresión forense, diligenció de forma que obtuviese su sentencia de separación el 28 de julio y lo insertó en el *Correo del Charente*, lo legalizó debidamente, y el primero de agosto, ante notario, se realizaba una liquidación de bienes de la señora Séchard que le constituía acreedora de su marido por la pequeña suma de diez mil francos, que el enamorado David le había reconocido como dote según el contrato de matrimonio, y para cuyo pago le cedía el mobiliario de su imprenta y el del domicilio conyugal.

Mientras Petit-Claud colocaba a salvo de esta forma los bienes del matrimonio, en Poitiers hacía triunfar la pretensión en la que había basado su apelación. Según él, David debía de ser tanto menos responsable de los gastos hechos en París contra Lucien de Rubempré cuanto que el Tribunal civil del Sena los había cargado, según su sentencia, a Métivier. Este sistema, adoptado por el Tribunal, fue confirmado por una disposición que dejó firmes las condenas dependientes del juicio del Tribunal de Comercio de Angulema contra Séchard hijo, distrayendo una suma de seiscientos francos de los gastos de París, a cargo de Métivier, compensando algunos gastos entre las partes, teniendo en cuenta el incidente que motivaba la apelación de Séchard. Esta disposición, notificada el 17 de agosto a Séchard hijo, se convirtió el 18 en un mandamiento de pago de capital, intereses y gastos originados, seguido de un proceso verbal de embargo el día 20. Entonces Petit-Claud intervino en nombre de la señora Séchard y reivindicó el mobiliario como perteneciente a la esposa, debidamente separada. Además, Petit-Claud hizo comparecer a Séchard padre, convertido en su cliente. He aquí por qué.

Al día siguiente de la visita que le hizo su nuera, el viñador fue a ver a su procurador de Angulema, *maître* Cachan, al que preguntó la forma en que podría recuperar y asegurar sus alquileres, comprometidos en la batalla en que su hijo estaba

metido.

—No me puedo ocupar del padre si tengo que perseguir al hijo —le dijo Cachan—, pero vaya a ver a Petit-Claud; es muy hábil, y tal vez le sirva mejor que lo que yo podría hacerlo...

En la audiencia, Cachan dijo a Petit-Claud:

—Te he enviado al padre de Séchard, ocúpate de él por mí, y espero que estarás a la recíproca.

Entre procuradores esta clase de favores se hacen tanto en provincias como en París.

Al día siguiente a aquel en que Séchard padre hubo dado su confianza a Petit-Claud, Cointet el mayor fue a ver a su cómplice y le dijo:

—Trate de dar una lección al Séchard. Es un hombre capaz de no perdonar a su hijo que le cueste mil francos, y este desembolso secaría en su corazón todo pensamiento generoso, si arraiga.

—Vuelva a sus viñas —dijo Petit-Claud a su nuevo cliente—; su hijo no es feliz, no le arruine comiendo en su casa. Ya le llamaré cuando sea el momento oportuno.

Así pues, en nombre de Séchard, Petit-Claud pretendió que las prensas, al estar selladas, se convertían en muebles por destino tanto más cuanto que, desde el reinado de Luis XIV, la casa había servido de imprenta. Cachan, indignado por cuenta de Métivier, quien, después de haberse encontrado en París con que los muebles de Lucien pertenecían a Coralie, se encontraba ahora en Angulema con que los muebles de David pertenecían a la mujer y al padre (se dijeron cosas muy curiosas en la audiencia), emplazó al padre y al hijo para destruir tales pretensiones.

—Queremos —exclamó— desenmascarar los fraudes de aquellos hombres que despliegan las mayores y más temibles fortificaciones de la mala fe, que de los artículos más inocentes y claros del Código hacen caballos de frisa para defenderse, ¿y de qué?, ¡de pagar tres mil francos!, tomados ¿dónde?, en la caja del pobre Métivier. ¡Y se atreven a acusar a los banqueros!... ¿En qué tiempos vivimos? Finalmente, lo pregunto, ¿no anda todo el mundo detrás del dinero de su vecino?... ¡No sancionaréis una pretensión que introduciría la inmoralidad en el corazón de la justicia!...

El Tribunal de Angulema, conmovido por la bella requisitoria de Cachan, emitió una sentencia contradictoria entre todas las partes, que dio la propiedad de los bienes muebles únicamente a la señora Séchard, rechazó las pretensiones de Séchard padre y le condenó a pagar cuatrocientos treinta y cuatro francos con sesenta y cinco céntimos de gastos.

—El viejo Séchard es bueno —se dijeron, riendo, los procuradores—. Ha querido meter la mano en la fuente... ¡Qué pague!

El 26 de agosto, esta sentencia quedó firme, de modo que se pudieran ya

embargar las prensas y los accesorios de la imprenta el 28 de agosto. ¡Se colocaron pasquines!... Se obtuvo, por demanda, una sentencia para poder vender en los mismos lugares. Se insertó el anuncio de la venta en los periódicos y Doublon se pavoneó de poder proceder a la verificación y a la venta el 2 de septiembre. En aquellos momentos, David Séchard debía, según sentencia y por ejecutoria firme, legalmente a Métivier la suma total de cinco mil doscientos setenta y cinco francos y veinticinco céntimos, sin contar los intereses. Debía a Petit-Claud mil doscientos francos, y los honorarios se habían dejado, siguiendo la noble confianza de los cocheros que os han guiado ampliamente, a su generosidad. La señora Séchard debía a Petit-Claud alrededor de trescientos cincuenta francos y los honorarios. Séchard padre debía sus cuatrocientos treinta y cuatro francos y sesenta y cinco céntimos, y Petit-Claud le pedía cien escudos de honorarios. De este modo, el total debía rondar los diez mil francos.

Aparte de la utilidad de estos documentos para las naciones extranjeras, que podrán ver allí el juego de la artillería judicial en Francia, es necesario que el legislador, si alguna vez el legislador tiene tiempo de leer, conozca hasta dónde puede llegar el abuso del procedimiento, ¿No se podría establecer una pequeña ley que, en ciertos casos, prohibiese a los abogados superar en gastos la suma que es objeto del proceso? ¿No es algo ridículo someter la propiedad de una centiárea a las formalidades que rigen la tierra de un millón? Se comprenderá, por esta exposición un tanto parca de todas las fases por las que pasa el debate, el valor de estas palabras: ¡la forma, la justicia, los gastos!, de las que no sospechan la inmensa mayoría de los franceses. He aquí lo que en la jerga judicial se llama prender fuego a los asuntos de una persona.

Los caracteres de la imprenta, que pesaban cinco mil libras, valían, al precio de fundición, dos mil francos. Las tres prensas valían seiscientos francos. El resto del material tuvo que ser vendido como madera y hierro viejo. El mobiliario del matrimonio hubiese producido, a lo más, mil francos. Así pues, de valores pertenecientes a Séchard hijo y que representaban una suma de alrededor de cuatro mil francos, Cachan y Petit-Claud habían pretextado siete mil francos de gastos sin contar el futuro, cuya flor prometía muy bellos frutos, tal como vamos a ver. Ciertamente, los alguaciles de Francia y de Navarra, incluso los de Normandía, concederán su estima y su admiración a Petit-Claud; pero las personas de buen corazón, ¿no concederán además una lágrima de simpatía a Kolb y Marion?

Durante esta guerra, Kolb, sentado a la puerta del patio, en una silla, mientras David no necesitaba de él, cumplía con los deberes de un perro guardián. Recibía las actas judiciales, siempre revisadas, además, por un pasante de Petit-Claud. Cuando los pasquines anunciaban la venta del material de la imprenta, Kolb los arrancaba tan pronto como el empleado los había pegado a la pared, y corría por toda la ciudad para

quitarlos, mientras exclamaba:

—¡Los muy *tesalmados!*..., ¡*adormendar* a un *hombre* dan bueno! ¡Y a eso *chaman jusdicia!*

Marion ganaba durante la tarde una moneda de diez sueldos haciendo girar una máquina en una fábrica de papel, y la empleaba en los gastos cotidianos de la casa. La señora Chardon había recommenzado, sin protestar, las cansadas tareas de su empleo de cuidar enfermos y llevaba el salario a su hija al final de cada semana. Había hecho ya dos novenas y se extrañaba por encontrar a Dios sordo a sus rezos y ciego a la claridad de las velas que le encendía.

El 2 de septiembre, Ève recibió la única carta que Lucien escribió después de aquella en la que anunciaba la puesta en circulación de las tres letras a su cuñado, y que David había ocultado a su mujer.

«Ésta es la tercera carta que he tenido de él desde que se marchó», se dijo la pobre hermana, vacilando en rasgar el sobre. En aquellos momentos estaba alimentando a su bebé; le daba biberón, ya que se había visto obligada a despedir a la nodriza para hacer economías. Se puede juzgar en qué estado le puso la lectura de la siguiente carta, así como a David, a quien hizo levantarse. Después de haberse pasado toda la noche trabajando en el papel, el inventor se había acostado al amanecer.

«París, 29 de agosto.

»Mi querida hermana: Hace dos días, a las cinco de la mañana, he recibido el último suspiro de una de las más bellas criaturas de Dios, la única mujer que podía amarme como tú me amas, como me quieren David y mi madre, uniendo a esos sentimientos tan desinteresados lo que una madre y una hermana no pueden proporcionar: ¡todas las felicidades del amor! ¡Después de habérmelo sacrificado todo, tal vez la pobre Coralie ha muerto por mi causa! Por mí, que en estos momentos no tengo ni con qué enterrarla... En vida, ella era la única que podría haberme consolado. Ahora sois vosotros, mis queridos ángeles, los únicos que podéis consolarme de su muerte. Esta inocente muchacha ha sido, lo creo firmemente, absuelta por Dios, ya que ha muerto cristianamente. ¡Oh, París!... Ève mía, París es a la vez toda la gloria y toda la infamia de Francia, en él he perdido ya muchas ilusiones y voy a perder muchas más al mendigar el dinero que necesito para enterrar el santo cuerpo de un ángel!

»Tu desgraciado hermano,

Lucien».

«P. S. He debido causarte muchos disgustos a causa de mi ligereza; lo

sabrás todo un día y me perdonarás. Por otra parte, puedes estar tranquila; al vernos tan atormentados, a Coralie y a mí, un honrado comerciante, a quien he causado muchas preocupaciones, el señor Camusot, se ha encargado, según él dice, de solucionar este asunto».

—¡La carta aún está húmeda por sus lágrimas! —dijo a David, mirándole con tanta lástima que en sus ojos brillaba algo de su antiguo cariño por Lucien.

—Pobre muchacho, ha tenido que sufrir mucho si era tan amado como dice —exclamó el feliz esposo de Ève.

Y el marido, al igual que la mujer, olvidaron todos sus dolores ante el grito de este supremo dolor. En ese instante, Marion se precipitó, diciendo:

—Señora, ¡aquí están, aquí están!...

—¿Quiénes?

—Doublon y sus hombres, el diablo; Kolb lucha con ellos, van a venderlo todo.

—¡No, no, nada se va a vender, estad tranquilos! —exclamó Petit-Claud, cuya voz sonó en la habitación que precedía al dormitorio—. Acabo de presentar una apelación, no podemos quedar bajo una sentencia que nos acusa de mala fe. No he querido defenderme aquí. Para ganar tiempo, he —dejado charlar a Cachan, estoy seguro de que en Poitiers triunfaré una vez más...

—¿Pero cuánto costará este triunfo? —preguntó la señora Séchard.

—Honorarios, si ganan, y mil francos si perdemos.

—¡Dios mío! —exclamó la pobre Ève—. ¿Pero no es peor el remedio que la enfermedad?

Al oír este grito de la inocencia iluminada por el fuego judicial, Petit-Claud quedó desconcertado, hasta tal punto le pareció bella Ève. Séchard padre, avisado por Petit-Claud, llegó mientras tanto. La presencia del anciano en el dormitorio de sus hijos, en donde su nieto sonreía a la desgracia, hizo que la escena quedara completa.

—Señor Séchard —dijo el joven procurador—, me debe setecientos francos por mi intervención, pero los cargará a su hijo, añadiéndolos al conjunto de los alquileres que le debe.

El viejo viñador captó la ironía picante que Petit-Claud puso en su acento y en su ademán, al dirigirle esta frase.

—Menos le hubiera costado avalar a su hijo —dijo Ève, apartándose de la cuna para acercarse a abrazar al anciano...

David, abrumado por la aglomeración que se había formado ante su casa, en donde la lucha de Kolb y los hombres de Doublon había atraído a la gente, tendió la mano a su padre sin darle los buenos días.

—¿Y cómo es que le debo setecientos francos? —preguntó el viejo a Petit-Claud.

—Pues porque en primer lugar me he ocupado de usted. Como se trata de sus

alquileres, frente a mí es solidario con su deudor. Si su hijo no me paga esos gastos, será usted quien me los tenga que pagar... Pero esto no es nada; dentro dé unas horas, meterán a David en la cárcel. ¿Dejará que le encarcelen...?

—¿Cuánto debe?

—Algo así como cinco o seis mil francos, sin contar lo que le debe a usted y lo que debe a su mujer.

El viejo, muy desconfiado, miró el cuadro conmovedor que a su vista se presentaba en esta habitación azul y blanca: una bella mujer llorosa junto a una cuna, David tambaleándose al fin bajo el peso de sus problemas, el procurador, que tal vez le había traído hasta allí como a una trampa; el oso creyó entonces que se especulaba con su paternidad y tuvo miedo de ser explotado. Se acercó a mirar y acariciar al niño, que le tendió sus manitas. En medio de tantos problemas, el niño, cuidado como el de un par de Inglaterra, tenía en la cabeza un gorrito bordado, forrado de rosa.

—¡Bah! Que David se arregle como pueda, yo sólo pienso en este niño — exclamó el abuelo—, y su madre estará de acuerdo conmigo. David es tan listo, que tiene que saber cómo pagar sus deudas.

—Le voy a traducir en buen francés sus sentimientos —dijo el procurador con aire burlón—. Mire, señor Séchard, está celoso de su hijo. ¿Quiere saber la verdad? Ha colocado usted a David en la situación en que se encuentra, al venderle su imprenta por el triple de su valor y arruinándole al obligarle a pagar este precio usurario. No, no tuerza la cabeza; el periódico vendido a los Cointet, y cuyo precio usted se embolsó completamente, era todo el valor de su imprenta... Odia a su hijo, no solamente porque le ha despojado, sino también porque de él ha hecho un hombre que está por encima de usted. Se da el lujo de amar prodigiosamente a su nieto para ocultar la bancarrota de sentimientos en relación a su hijo y su nuera, que le costarían dinero *hic et nunc*, mientras que su nieto no necesita afecto más que *in extremis*. Quiere a ese pequeñuelo para aparentar que quiere a alguien de su familia y no ser, en caso contrario, tachado de insensible. Ése es el fondo de su saco, Séchard...

—¿Para oír tales cosas me ha hecho venir? —dijo el viejo con tono amenazador, mirando alternativamente a su hijo, a su nuera y al procurador.

—Pero caballero —exclamó la pobre Ève, dirigiéndose a Petit-Claud—, ¿quiere usted nuestra ruina? Nunca mi marido se ha quejado de su padre... —El labrador miró a su nuera con aire desconfiado—. Me ha dicho cien veces que usted le quería a su manera —dijo al viejo, dándose cuenta de su falta de confianza.

Según las instrucciones del mayor de los Cointet, Petit-Claud acababa de enemistar al padre y al hijo a fin de que el padre no salvase a David de la apurada situación en que se encontraba.

—El día en que tengamos a David en la cárcel —había dicho la víspera Cointet el mayor a Petit-Claud—, será usted presentado en casa de la señora de Sénonches.

La inteligencia que proporciona el cariño había iluminado a la señora Séchard, que adivinaba esta enemistad ordenada, como ya se había percatado de la traición de Cérizet. Todos podrán imaginar la sorpresa de David, que no podía comprender que Petit-Claud conociera tan bien a su padre y sus asuntos. El leal impresor no sabía nada de las relaciones entre su defensor y los Cointet, y, además, ignoraba que los Cointet estuvieran tras Métivier. El silencio de David era una injuria para el viejo viñador; y por lo tanto, el procurador aprovechó la sorpresa de su cliente para abandonar el lugar.

—Adiós, mi querido David, ya estás advertido; el apremio corporal no es susceptible de ser invalidado por una apelación, es el único camino que queda a tus acreedores, y van a tomarlo. Así pues, ¡sálvate!... O mejor aún, si quiere creerme, ve a ver a los hermanos Cointet, tienen capital, y si tu descubrimiento ha sido realizado, si es como que dices, asóciate con ellos; después de todo, no son mala gente.

—¿Qué secreto? —preguntó el viejo Séchard.

—¿Pero, cree a su hijo lo suficientemente tonto como para haber abandonado su imprenta sin pensar en otra cosa? —exclamó el procurador—. Está en camino, según me ha dicho, de encontrar el medio de fabricar a tres francos la resma de papel, que hoy en día tiene un coste de diez francos...

—¡Otra manera astuta de querer engañarme! —exclamó el viejo Séchard—. Están aquí todos puestos de acuerdo como ladrones en una feria. Si David ha encontrado eso, ya no tiene necesidad de mí, ya es millonario. Adiós, amigos míos, buenas tardes.

Y el viejo comenzó a bajar las escaleras.

—Piensa en esconderse —dijo Petit-Claud a David, mientras corría tras el viejo Séchard para exasperarle más todavía.

El procurador encontró al viñador murmurando en la plaza du Murier, le acompañó hasta el Houmeau y le dejó, amenazándole con pedir un ejecutivo para los gastos que le debía si no era pagado en una semana.

—¡Le pagaré si me encuentra el medio de poder desheredar a mi hijo sin perjudicar a mi nieto ni a mi nuera!... —dijo el viejo Séchard, dejando bruscamente a Petit-Claud.

«¡Qué bien conoce su mundo Cointet el mayor!... Ya me lo decía: estos setecientos francos que tiene que dar impedirán al padre pagar los siete mil de su hijo —pensaba el procurador, subiendo hacia Angulema—. Sin embargo, no nos dejemos enredar por ese papelero embaucador; ya ha llegado el momento de que le pidamos algo más que palabras».

—Y bien, David, querido mío, ¿qué piensas hacer? —preguntó Ève a su marido, cuando Séchard padre se hubo marchado junto con el procurador.

—Pon tu marmita más grande en el fuego, muchacha —exclamó David,

dirigiéndose a Marion—. Ya tengo mi asunto.

Al oír esta frase, Ève tomó su sombrero, su chal y sus zapatos con una febril vivacidad.

—Vístase, amigo mío —dijo a Kolb—; tiene que acompañarme, pues quiero ver si hay un medio de salir de este infierno...

—Señor —dijo Marion, cuando se hubo marchado Ève—, sea razonable, o la señora se morirá de pena. Gane dinero para pagar lo que debe, y después buscará sus tesoros a sus anchas...

—Calla, Marion —repuso David— venceré la última dificultad. Tendré a la vez una patente de invención y una patente de perfeccionamiento.

El problema de los inventores en Francia es la patente de perfeccionamiento. Un hombre dedica diez años de su vida a buscar un secreto industrial, una máquina, un descubrimiento cualquiera; saca la patente y se cree dueño de su casa; pero es seguido por un competidor que, si él no lo ha prevenido todo, le perfecciona la invención con un tornillo y se la quita de las manos. Así pues, al inventar una pasta para fabricar papel a bajo precio, no quedaba todo dicho. Otros podían perfeccionar el procedimiento. David Séchard quería preveerlo todo a fin de no dejarse arrebatar una fortuna buscada en medio de tantas contrariedades. El papel de Holanda (este nombre ha quedado para el papel fabricado enteramente con trapo de hilo de lino, a pesar de que Holanda no lo fabrica) está ligeramente encolado; pero se encola hoja a hoja en un proceso que encarece el papel. Si fuera posible encolar la pasta dentro del depósito y con una cola barata (lo que en realidad se hace hoy en día, aunque tampoco de forma perfecta), ya no habría que buscar ningún perfeccionamiento. Desde hacía un mes, por tanto, David trataba de encontrar la forma de encolar la pasta. Apuntaba a la vez a dos secretos.

Ève se fue a ver a su madre. Por un azar favorable, la señora Chardon cuidaba a la mujer del primer sustituto, la cual acababa de dar un presunto heredero a los Milaud de Nevers. Ève, desconfiando de todos los oficiales ministeriales, había tenido la idea de consultar acerca de su situación con el defensor legal de las viudas y los huérfanos y preguntarle si podía liberar a David, obligándose, vendiendo sus derechos; pero esperaba también conocer la verdad sobre la conducta ambigua de Petit-Claud.

El magistrado, sorprendido por la belleza de la señora Séchard, la recibió, no solamente con las consideraciones debidas a una mujer, sino también con una especie de cortesía a la que Ève no estaba acostumbrada. La pobre mujer vio en fin, en los ojos del magistrado, aquella expresión que, desde su matrimonio, sólo había encontrado en Kolb, y que para las mujeres guapas y bellas como Ève es el *criterium* con el que juzgan a los hombres.

Cuando una pasión, el interés o la edad enturbian en los ojos de un hombre el resplandor chispeante de la absoluta obediencia que ya brilla en la juventud, una mujer entonces desconfía de este hombre y comienza a observarlo. Los Cointet, Petit-Claud, Cérizet, todos los hombres a los que Ève había considerado como enemigos, la habían mirado con ojos fríos y escrutadores; se sintió pues a gusto con el sustituto, quien, a pesar de recibirla con gracia, destruyó en pocas palabras todas sus esperanzas.

—No es seguro, señora —le dijo—, que el Tribunal Real reforme la sentencia que restringe a los bienes muebles el abandono que le ha hecho su marido de todo lo que poseía para compensarle de sus bienes dótiles. Su privilegio no ha de servir para cubrir un fraude, Pero, como será admitida en calidad de acreedora al reparto de los precios de los objetos embargados, y como su suegro debe ejercer igualmente su privilegio por la suma de los alquileres debidos, habrá, una vez dada la notificación del tribunal, materia para otras evidencias a propósito de lo que en términos jurídicos nosotros llamamos una contribución.

—¿Entonces, el señor Petit-Claud nos está llevando a la ruina? —exclamó ella.

—La conducta de Petit-Claud —continuó el magistrado— está de acuerdo con las instrucciones de su marido, que quiere, según dice su procurador, ganar tiempo. A mi parecer, valdría más desistir de la apelación y presentarse como compradores en la subasta, usted y su suegro, de los utensilios más necesarios para su explotación, usted hasta el límite de lo que se le ha de devolver y él por la suma total de sus alquileres... Pero eso sería ir demasiado rápidamente hasta el final. ¡Los procuradores les arruinan!...

—En tal caso me encontraré entre las manos del señor Séchard, padre, a quien deberé el alquiler de los útiles y el de la casa; por ello mi marido no dejará de estar bajo la influencia de la demanda del señor Métivier, que apenas ha percibido nada...

—Sí, señora.

—Entonces nuestra posición será peor que la actual...

—La fuerza de la ley, señora, pertenece en definitiva al acreedor. Han recibido ustedes tres mil francos, es preciso devolverlos...

—¡Oh, caballero! Nos cree capaces de...

Ève se contuvo, dándose cuenta del peligro que su justificación podía hacer correr a su hermano.

—Oh, sé muy bien —continuó el magistrado— que este asunto es oscuro, tanto por el lado de los deudores, que son probos, delicados, hasta grandes, como por parte del acreedor, que no es más que un testafierro... —Ève, asustada, miraba al magistrado con aire aturdido—. Se dan cuenta —añadió, lanzándole una mirada llena de educación— que tenemos para reflexionar sobre lo que sucede ante nosotros el tiempo que estamos sentados, escuchando las requisitorias de los señores abogados.

Ève volvió a su casa con la desesperación de su fracaso. Por la tarde, a la siete, Doublon trajo el mandamiento en el que se notificaba la orden de detención. A esa hora, la persecución llegaba a su apogeo.

—A partir de mañana —dijo David—, sólo podré salir de noche.

Ève y la señora Chardon estallaron en llanto. Para ellas, esconderse era un deshonor. Al enterarse de que la libertad de su amo estaba amenazada, Kolb y Marion se alarmaron, tanto más cuanto que desde hacía mucho tiempo le habían considerado desprovisto de cualquier género de malicia; y temblaron por él de tal forma, que fueron a ver a la señora Chardon, Ève y David, con el pretexto de saber hasta qué punto les podría ser útil su abnegación. Llegaron en el momento en que aquellos tres seres, para los que hasta entonces la vida había sido tan sencilla, lloraban al ver la necesidad de tener que ocultar a David. Pero, ¿cómo escapar a los espías, invisibles que, desde aquel momento, estarían observando los menores movimientos de este hombre, por desgracia tan distraído?

—Si la señora *buete esberar* un *bequeño guardo* de hora, *foy a evecduar* un *bequeño negonocimiendo* en el *gambo enemigo* —dijo Kolb—, y *ferán* que sé *pien oprar*, ya *gue aungue deneo el asbecdo* de un alemán, *opraré* como un *fertatero* francés que *diene* malicia.

—¡Oh, señora! —dijo Marion—. Déjele ir, no piensa en otra cosa que en defender al señor, no tiene otras ideas. Kolb no es un alsaciano. Es... ¡qué!..., un verdadero perro de Terranova.

—Vaya, mi buen Kolb —le dijo David—; aún tenemos tiempo de tomar una decisión.

Kolb corrió a la casa del notario, en donde los enemigos de David, reunidos en consejo, trataban de la forma de apoderarse de él.

El arresto de los deudores es en provincia un hecho anormal y monstruoso si los hay. En primer lugar, todo el mundo se conoce muy bien como para que nadie emplee

un método tan odioso. Los deudores y acreedores se han de encontrar cara a cara durante toda la vida. Además, cuando un comerciante, un quebrado, para servirse de las expresiones provincianas, que no transige en absoluto en esta especie de robo legal, medita una gran quiebra, París le sirve de refugio.

París, en cierto modo, es la Bélgica de la provincia: allí hay escondites casi impenetrables, y el mandato del notario perseguidor expira en los límites de su jurisdicción. Por otro lado, hay impedimentos casi dirimentes. Así pues, la ley que consagra la inviolabilidad de domicilio reina sin excepción en provincias; el alguacil no tiene derecho, como en París, de penetrar en una casa ajena para allí apresar al deudor.

El legislador ha creído un deber exceptuar a París, a causa de la reunión constante de diversas familias en la misma casa. Pero en provincias, para violar el domicilio del propio deudor, el alguacil tiene que requerir la asistencia del juez de paz. Y el juez de paz, que tiene bajo su jurisdicción a los agentes ejecutivos es en realidad el dueño de conceder o negar su colaboración. En loor de los jueces de paz se ha de decir que esta obligación se les hace pesada y no quieren servir a ciegas pasiones o venganzas.

Hay además otras dificultades menos graves y que tienden a modificar la crueldad, por completo inútil, de la ley sobre el encartamiento mediante la acción de las costumbres, que cambia a menudo las leyes hasta el punto de anularlas. En las grandes ciudades existe un número bastante elevado de miserables, gente depravada, sin fe ni ley, para que hagan el oficio de espías; pero en las pequeñas ciudades todo el mundo se conoce demasiado como para ponerse a las órdenes de un alguacil judicial. Cualquiera que perteneciendo a la capa más baja de la sociedad, se prestara a ese género de degradación, se vería obligado a abandonar la ciudad. Así pues, al no ser la detención de un deudor, como sucede en París o en los grandes centros urbanos, el objeto de la industria privilegiada de los agentes ejecutivos, se convierte en una obra de difícil procedimiento, un combate entre el deudor y el ejecutor, lleno de astucia y cuyos incidentes algunas veces han hecho las delicias en los sucesos en los periódicos.

Cointet el mayor no había querido dar la cara; pero Cointet el gordo, que se decía encargado por Métivier para este asunto, se había presentado en casa de Doublon acompañado de Cérizet, convertido en su regente y cuya cooperación había sido adquirida mediante un billete de mil francos. Doublon disponía de dos de sus agentes; por tanto, los Cointet contaban con tres espías para vigilar a su presa. En el momento de la detención, pedía además, emplear la gendarmería, que por indicación de la sentencia ha de prestar ayuda al alguacil que la requiera. Esas cinco personas se encontraban, pues, reunidas en el despacho de *maître* Doublon, situado en la planta baja de la casa, al lado de su estudio.

Se entraba al estudio a través de un largo pasillo embaldosado que era una especie

de sendero. La casa tenía una simple puerta falsa, y a ambos lados podían verse las placas ministeriales doradas, en el centro de las cuales se leía en letras negras: «alguacil». Las dos ventanas del estudio que daban a la calle estaban protegidas por gruesos barrotes de hierro. El despacho daba a un jardín en el que el alguacil, amante de Pomona, cultivaba él mismo, con gran éxito, árboles frutales. La cocina estaba situada enfrente del estudio, y tras la cocina comenzaba la escalera por la que se subía al piso superior.

Esta casa se encontraba en una pequeña calle tras el nuevo Palacio de Justicia, en construcción por aquel entonces, y que no se terminó hasta después de 1830. Estos detalles no son inútiles para mejor darse cuenta de lo que sucedió a Kolb. El alsaciano había tenido la ocurrencia de presentarse al notario bajo el pretexto de traicionar a su amo, a fin de enterarse de ese modo de cuáles serían las trampas que le iban a tender y poderle preservar de ellas. La cocinera acudió a abrir y Kolb le manifestó su deseo de hablar con el señor Doublon acerca de negocios. Contrariada por haber sido molestada mientras fregaba los platos, esta mujer abrió la puerta del estudio diciendo a Kolb, que le era desconocido, que esperara allí al señor, por el momento en conferencia en su despacho; luego fue a prevenir a su amo de que un hombre le quería hablar.

Esta expresión, un hombre, significaba claramente un aldeano, por lo que Doublon dijo:

—¡Qué espere!

Y Kolb se sentó junto a la puerta del despacho.

—Entonces, ¿cómo piensa cazarlos? Ya que si pudiéramos echarle mano mañana por la mañana sería tiempo ganado —dijo Cointet el gordo.

—Desde luego, es digno de su nombre de ingenuo; nada será más fácil —exclamó Cérizet.

Al reconocer la voz de Cointet el gordo, pero sobre todo al oír estas dos frases, Kolb adivinó inmediatamente que se trataba de su amo y su extrañeza fue creciendo cuando reconoció la voz de Cérizet.

—Un muchacho que ha *gomito* su *han* —exclamó, lleno de horror.

—Amigos míos —dijo Doublon—, he aquí lo que tenemos que hacer. Escalonaremos a nuestra gente a grandes distancias, desde la calle de Beaulieu y la plaza du Murier, en todos los sentidos, de forma que sigamos al ingenuo, ese apodo me gusta, sin que se pueda dar cuenta; no lo abandonaremos ni un momento hasta que entre en su casa, en donde se creará escondido; le dejaremos unos días de seguridad, y luego lo encontraremos cualquier día antes de la salida o la puesta de sol.

—¿Y qué hará en ese momento? Puede escarpársenos —dijo Cointet el gordo.

—Estará en su casa —dijo *maître* Doublon—; si saliera, lo sabría. Tengo uno de mis escribanos en la plaza du Murier, en observación; otro en la esquina del Palacio y

un tercero a treinta pasos de mi casa. Si nuestro hombre llegara a salir, silbarían y no habría dado treinta pasos sin que yo lo supiera rápidamente por medio de esta comunicación telegráfica.

Los alguaciles dan el sonoro nombre de escribanos a sus ayudantes.

Kolb no había contado con tan inesperada suerte; salió silenciosamente del estudio y dijo a la criada:

—El señor Douplon *depe esdar ocubado en asundo largo e imbortante. Folveré mañana bor la mañana demprano.*

El alsaciano, por haber servido en la caballería, tuvo una idea que puso inmediatamente en ejecución. Corrió a casa de una persona conocida suya que alquilaba caballos, escogió uno, lo hizo ensillar y volvió apresuradamente a casa de su amo, en donde encontró a la señora Ève sumida en la más profunda desolación.

—¿Qué hay, Kolb? —preguntó el impresor, viendo en el alsaciano un aire asustado y divertido a la vez.

—*Esdán roteatos de sinvergüenzas. Lo más seguro es que se esgonda, amo. ¿La señora ha bensado tonte poter esconter al señor?*

Cuando el honrado Kolb hubo explicado la traición de Cérizet, las circunvalaciones trazadas alrededor de la casa, la parte que Cointet el gordo había tomado en aquel asunto, e hizo presentir las astucias que aquellos hombres meditaban contra su amo, los resplandores más fatales iluminaron la posición de David.

—Son los Cointet los que te persiguen —exclamó la pobre Ève, anonadada—, y ahí tienes la razón de por qué Métivier se mostraba tan duro... Son papeleros y quieren tu secreto.

—Pero, ¿qué vamos a hacer para burlarlos? —preguntó la señora Chardon.

—Si la señora puede *dener un pequeño lugar para esgonter al señor* —dijo Kolb—, *brometo llefarlo hasda allí sin que natie se entere.*

—Entrad solamente de noche en casa de Basine Clerget —repuso Ève—; iré a ponerme de acuerdo con ella. En las actuales circunstancias, Basine es como si fuera yo misma.

—Los espías te seguirán —dijo finalmente David, que empezaba a recobrar cierta presencia de ánimo—. Hay que encontrar un medio para poder prevenir a Basine sin que ninguno de nosotros vaya.

—La señora *pítete ir* —dijo Kolb—. He *aguí* mi plan: *hoco* salir al señor *conmico*, y haremos que los espías *sican* nuestras huellas. Mientras tanto, la señora irá a casa de la señorita Clerchct y a ella no la seguirán. Tengo un caballo, pongo al señor a la *crupa*, y ¡*tiaplo*, si nos acarran!

—Bien; entonces, ¡adiós, amor mío! —exclamó la pobre mujer, arrojándose en los brazos de su marido—; nadie de nosotros irá a verte, ya que podríamos ser causa de que te detuvieran. Es preciso que nos digamos adiós por todo el tiempo que pueda

durar esta prisión voluntaria, Nos escribiremos, Basine enviará tus cartas y yo te escribiré a su nombre.

A su salida, David y Kolb oyeron los silbidos y condujeron a los espías hasta la parte baja de la puerta Palet, en donde vivía el de los caballos. Una vez allí, Kolb tomó a su amo en la grupa, recomendándole que se agarrara fuertemente a él.

—*Sil par, silpar, mis pítenos amigos. Me río de fosotros* —exclamó Kolb—. *Aro lojraréis adrabar a unjjejo jinete.*

Y el viejo jinete se lanzó hacia el campo con una rapidez que debía poner, como puso, a los espías en la imposibilidad de seguirlos ni saber a dónde se dirigían.

Ève fue a casa de Postel con el ingenioso pretexto de consultarle. Después de haber aguantado los insultos de esa piedad que sólo prodiga palabras, Ève abandonó al matrimonio Postel y pudo llegar sin ser vista hasta la casa de Basine, quien para más discreción hizo entrar a Ève en su habitación y abrió la puerta de un despacho contiguo por donde entraba la luz a través de una claraboya por la que nadie podía ver el interior. Las dos amigas desatascaron una pequeña chimenea cuyo tubo subía junto con el de la chimenea del taller en donde ponían a calentar sus planchas. Ève y Basine extendieron unas mantas viejas sobre el suelo para amortiguar el ruido que David pudiera hacer inadvertidamente; le colocaron un catre para dormir, un hornillo para sus experimentos, una mesa y una silla para sentarse y para escribir. Basine se comprometió a darle de comer por las noches, y, como nadie entraba en su habitación, David podía desafiar a todos sus enemigos, incluso a la policía.

—Finalmente —dijo Ève, abrazando a su amiga— se encuentra a salvo.

Ève volvió a casa de Postel para esclarecer unas dudas que, dijo ella, le obligaron a volver a consultar a un juez del Tribunal de Comercio tan inteligente, y se hizo acompañar por él hasta su casa, escuchando sus condolencias.

—Si se hubiese casado conmigo, ¿se encontraría en esta situación?...

Este sentimiento se encontraba en el fondo de cada frase del pequeño farmacéutico. A la vuelta, Postel se encontró a su mujer celosa de la admirable belleza de la señora Séchard y furiosa por la cortesía de su marido. Léonie fue apaciguada por la opinión que el farmacéutico pretendía tener sobre la superioridad de las mujeres pequeñas y pelirrojas sobre las mujeres morenas que, según él, eran como bellos caballos, siempre en la cuadra. Sin duda debió de dar algunas pruebas de sinceridad, ya que a la mañana siguiente la señora Postel le mimaba.

—Podemos estar tranquilos —dijo Ève a su madre y a Marion, que, según la expresión de Marion, encontró embargadas.

—¡Oh, se han ido! —exclamó Marion cuando Ève miró maquinalmente hacia el dormitorio.

—¿*Atonte denemos que fingirnos?* —preguntó Kolb cuando se encontró a una legua, en la carretera de París.

—A Marsac —repuso David—; ya que me has puesto en este camino, quiero realizar una última tentativa en el corazón de mi padre.

—A mí me *costaría* más lanzarnos al *asaldo* de una *potería* de gañones, porque con *pucstro* señor *patre* no hay nata que hacer...

El viejo prensista no creía en su hijo; lo juzgaba como juzga el pueblo, según los resultados. En primer lugar, no creía haber despojado a David; además, sin tener en cuenta la diferencia de la época, se decía: «Lo he colocado en una imprenta, como yo mismo me encontré; y él, que sabía mil veces más que yo, no ha sabido salir adelante».

Incapaz de comprender a su hijo, le condenaba, y se daba sobre esta alta inteligencia una especie de superioridad, diciéndose: «Le conservo el pan».

Los moralistas nunca podrán llegar a hacer comprender toda la influencia que los sentimientos ejercen sobre los intereses. Esta influencia es tan poderosa como la de los intereses sobre los sentimientos. Todas las leyes de la naturaleza tienen un doble efecto, en sentido contrario, uno del otro. David, por su parte, comprendía a su padre y tenía la caridad sublime de excusarle. Llegados a Marsac hacia las ocho, Kolb y David sorprendieron al hombre al final de su cena, que se encontraba, por fuerza, muy cerca de su hora de acostarse.

—Te veo por imposición de la justicia —dijo el padre a su hijo con una amarga sonrisa.

—¿*Gomo* quieren *engontrarse usdet* y mi amo?... El *fiaja* por las *nupes* y *usdet esdá* siempre en las viñas... —exclamó Kolb, indignado.

—Bueno, Kolb; vete y deja el caballo en casa de la señora Courtois y no molestes a mi padre, has de saber que los padres siempre tienen razón.

Kolb se fue, gruñendo como un perro al que han reñido a causa de su prudencia y que protesta mientras obedece. David, sin confesar sus secretos, ofreció entonces a su padre la prueba más evidente de su descubrimiento, proponiéndole una participación en aquel asunto a cambio de las sumas que le eran necesarias, tanto para librarse inmediatamente como para la explotación de su secreto.

—¿Y cómo puedes probarme que puedes hacer con nada papel estupendo que no cuesta nada? —preguntó el antiguo tipógrafo, lanzando a su hijo una avisada mirada, pero ávida y curiosa.

Hubieseis dicho un rayo de sol saliendo de una nube cargada de lluvia, ya que el viejo oso, fiel a sus tradiciones, nunca se acostaba sin su gorro de dormir. Este gorro consistía en dos botellas de excelente vino añejo que, según su expresión, paladeaba.

—Nada más sencillo —repuso David—. No llevo papel conmigo; estoy aquí huyendo de Doublon, y al verme en el camino de Marsac he pensado que bien podía venir a buscar en usted las facilidades que pudiera darme un usurero. Sólo llevo lo puesto. Enciérreme en un lugar a cubierto, donde nadie pueda entrar, donde nadie

pueda verme, y...

—¿Cómo? —dijo el viejo, lanzando a su hijo una mirada espantosa—. ¿No vas a permitirme ver tus operaciones?

—Padre —replicó David—, usted es quien me ha demostrado que no hay padre en los negocios...

—¡Ah! Desconfías de quien te ha dado la vida...

—No, sino de quien me ha privado de los medios para vivir.

—Cada uno para sí, ¡tienes razón! —dijo el anciano—. Muy bien, te pondré en la bodega.

—Estaré allí con Kolb, me dará un caldero para hacer la pasta —continuó David, sin percatarse de la mirada que le lanzó su padre—; después irá a traerme tallos de alcachofas, espárragos, ortigas y juncos que cortará en las orillas de su riachuelo. Mañana por la mañana saldré de su bodega con un papel magnífico...

—Si tal cosa es posible... —exclamó el oso, dejando escapar un hipo—, te daré, tal vez... Veré si te puedo dar... ¡bah!... veinticinco mil francos, a condición de que me hagas ganar otro tanto cada año...

—Póngame a prueba, ¡estoy de acuerdo! —exclamó David—. Kolb, sube a caballo, llégate hasta Mansle y compra un gran tamiz de crin en casa de un fabricante de celemines, cola en un tendero y ven inmediatamente a toda prisa.

—Ten, bebe... —dijo el padre, colocando ante su hijo una botella de vino, pan y restos de carne fría—. Toma fuerzas, que yo voy a recoger tus provisiones de trapos verdes, ya que son verdes tus trapos; tengo miedo de que no sean hasta demasiado verdes.

Dos horas más tarde, hacia las once de la noche, el viejo encerraba a su hijo y a Kolb en un cuartito junto a la bodega, tapado con tejas, en donde se encontraban todos los utensilios necesarios para quemar los vinos de aquella región, que como se sabe proveen a todos los aguardientes llamados de Cognac.

—Vaya, ¡pero si me encuentro aquí como en una fábrica! —exclamó David—. Tenemos madera y recipientes.

—Bueno, hasta mañana —dijo el viejo Séchard—; voy a encerraros y soltaré a mis dos perros, estoy seguro de que nadie va a venir a traeros papel. Enséñame hojas mañana, y me comprometo a hacerme tu socio; los negocios serán entonces claros y bien dirigidos...

Kolb y David se dejaron encerrar y se pasaron alrededor de dos horas macerando y preparando los tallos, sirviéndose de dos maderos. El fuego brillaba, el agua hervía. Hacia las dos de la madrugada, Kolb, menos ocupado que David, oyó un suspiro ahogado, como un hipo de borracho; cogió una de las dos bujías y comenzó a mirar por todas partes; vio entonces la faz violácea del viejo Séchard que cubría una pequeña abertura cuadrada practicada encima de la puerta por la que comunicaba de

la bodega al horno y disimulada con trastos viejos. El malicioso anciano había hecho entrar a Kolb y a su hijo en su tostador por la puerta exterior, que servía para hacer pasar las barricas que se vendían. Esta otra puerta en el tostador, por su parte interior, servía para hacer pasar los toneles de la bodega al tostador sin tener que dar la vuelta por el patio.

—¡Ah, *señor!* Esto no es *jueco limbio*; quiere *figilar* a su hijo... ¿*Sape* lo que hace *quando* pepe una *potella* de *puen jino*? Se *confierde* en un *pripón*.

—¡Oh, padre! —dijo David.

—Venía a ver si necesitabais algo —dijo el viñador, casi en estado normal.

—¿Y es por *inderés* hacia nosotros por lo que ha *gogido* una *esgalerilla*? —dijo Kolb, que, tras de haber despejado el camino, abrió la puerta y descubrió al viejo subido en una escalerilla y en camisón de dormir.

—¡Arriesgar su salud! —exclamó David.

—Me parece que soy sonámbulo —dijo el viejo, avergonzado, mientras se bajaba—. Tu falta de confianza en tu padre me ha hecho soñar, imaginaba que llegabas a un acuerdo con el diablo para realizar lo imposible.

—El *tiaplo* es su *basten pog* los *jasos* de *fino* —exclamó Kolb.

—Vuélvase a acostar, padre —dijo David—; enciérrenos, si quiere, pero ahórrenos la molestia de volver: Kolb va a hacer de centinela.

Al amanecer, a las cuatro, David, salió del quemadero, tras de haber hecho desaparecer todas las huellas de sus operaciones, y llevó a su padre una treintena de hojas de papel, cuya finura, blancura, consistencia y fuerza nada tenían que envidiar, y que llevaba por filigrana las marcas de los hilos, unos más fuertes que otros, del tamiz de crin. El viejo tomó aquellas muestras, las acercó a la lengua, como oso acostumbrado desde su juventud a hacer de su paladar una probeta de papeles, les dio vueltas, las arrugó, las dobló; en una palabra, las sometió a todas las pruebas que los tipógrafos realizan con los papeles para reconocer en ellos sus cualidades, y aunque nada tuvo que decir, no quiso darse por vencido.

—¡Ahora hay que saber el resultado que esto dará bajo una prensa!... —dijo, para no tener que verse obligado a felicitar a su hijo.

—¡*Faya* hombre! —exclamó Kolb.

El viejo, con aire circunspecto, cubrió, bajo su dignidad paternal, una falsa irresolución.

—No quiero engañarle, padre; este papel me parece que aún ha de costar un tanto caro, y quiero resolver el problema de encolado en la tina... Sólo me queda por conquistar esa ventaja...

—¡Ah!, ¡querías engañarme!

—¿Pero, cómo he de decírselo? Hago bien el encolado en la tina, pero hasta ahora la cola no penetra por igual en la pasta y da al papel la aspereza de un cepillo.

—Bueno, entonces perfecciona tu invento y tendrás mi dinero.

—¡Mi amo nunca *jera* el *golor* de su *diñero*!

Evidentemente, el viejo quería hacer pagar a David la vergüenza por la que tenía que haber pasado la noche anterior; por lo tanto, le trató más que fríamente.

—Padre —dijo David, que despidió a Kolb—, nunca le he reprochado que haya tasado su imprenta en un precio exorbitante y que me la haya vendido de acuerdo con su exclusiva estimación; siempre he visto en usted a mi padre. Me he dicho a menudo: dejemos en paz a un anciano que ha tenido que trabajar duramente, que quizá me ha educado mejor que como tenía que haberlo hecho, y que disfrute en paz a su manera del producto de su trabajo. Le he abandonado incluso los bienes de mi madre, y he seguido la vida llena de deudas a la que me ha obligado. Me he prometido ganar una buena fortuna sin importunarle. Pues bien, he encontrado ese secreto, con los pies en el fuego, sin pan en mi casa, atormentado por deudas que no son las mías... Sí, he luchado pacientemente hasta que mis fuerzas se han agotado. Tal vez me debe un auxilio... pero no piense en mí, ¡vea a una mujer y un niño pequeño!... —en ese punto, David no pudo reprimir sus lágrimas—, y présteles su ayuda y protección. ¿Va a ser menos que Marion y Kolb, que me han dado sus ahorros? —exclamó el hijo, al ver a su padre frío como el mármol de una prensa.

—¿Y eso no te ha bastado...? —exclamó el viejo, sin experimentar la menor vergüenza—. Pero si tú devorarías Francia entera... ¡Buenas noches! Soy demasiado ignorante para entrometerme en explotaciones en las que el único explotado sería yo mismo. El mono no se comerá al oso —dijo, haciendo alusión a su apodo de taller—. Soy viñador y no banquero... Y, además, ya sabes, los negocios entre padre e hijo van siempre mal. Comamos, vamos, ¡no dirás que no te doy nada!...

David era uno de esos seres de gran corazón que pueden sepultar en él sus sufrimientos, de forma que constituyen un secreto para los que le son queridos; en esta clase de personas, por tanto, cuando el dolor se desborda de este modo, es ya su esfuerzo supremo. Ève había comprendido perfectamente aquel carácter. Pero el padre vio en aquella ola de dolor que surgía desde el fondo a la superficie la tretra vulgar de los hijos que quieren engañar al padre, y tomó el excesivo abatimiento de su hijo por la vergüenza del fracaso. Padre e hijo se separaron reñidos.

David y Kolb volvieron a medianoche a Angulema, en donde entraron a pie con tantas precauciones como hubiesen adoptado dos facinerosos que se dedicaran a un robo. Hacia la una de la madrugada, David fue introducido, sin testigo alguno, en casa de la señorita Basine Clerget, en el impenetrable asilo preparado por su mujer para él. Al entrar allí, David iba a quedar escondido y preservado por la compasión más ingeniosa de todas, la de una modistilla. A la mañana siguiente, Kolb presumió de haber salvado a su amo en un caballo y no haberse separado de él hasta haberle colocado en un carruaje que debía llevarlo a los alrededores de Limoges. Una

provisión de materias primas bastante considerable fue almacenada en el sótano de Basine, de forma que Kolb, Marion, la señora Séchard y su madre pudieran no tener ninguna relación con la señorita Clerget.

Dos días después de esta escena con su hijo, el viejo Séchard, que disponía de veinte días antes de comenzar los trabajos de la vendimia, corrió a casa de su nuera, empujado por su vanidad. Ya no podía dormir y quería saber si el descubrimiento ofrecía alguna probabilidad de fortuna, y pensaba velar por sus intereses, según decía. Se fue a vivir encima del piso de su nuera, en una de las dos habitaciones abuhardilladas que se había reservado, y vivió cerrando los ojos a la precaria situación económica en que se encontraba el hogar de su hijo. Se le debían alquileres, ¡bien podían alimentarle! Y no encontraba extraño que se le sirviera en cubiertos de estaño.

—Yo empecé así —repuso a su nuera, cuando ésta se excusó de no poderle servir en vajilla de plata.

Marion se vio obligada a empeñarse con los tenderos para todo lo que se consumiera en la casa. Kolb trabajaba con los albañiles por veinte sueldos diarios. Finalmente, pronto no quedaron a la pobre Ève más que diez francos, y en interés de su hijo y de David sacrificó sus últimos recursos para recibir lo mejor posible al viñador. Esperaba aún que sus zalamerías, su respetuoso cariño y su resignación enterneceran al avaro, pero siempre le encontraba insensible. Finalmente, al percibir en él la mirada fría de los Cointet, Petit-Claud y Cérizet, quiso observar su carácter y adivinar sus intenciones, pero fue trabajo perdido. El viejo Séchard se hacía impenetrable, nadando siempre entre dos vinos. La embriaguez es un doble velo. A favor de su embriaguez, unas veces real y otras simulada, el bribón trataba de arrancar a Ève los secretos de David. Tan pronto halagaba como asustaba a su nuera. Cuando Ève le respondía que no sabía nada, él le decía:

—Me beberé toda la herencia, la cambiaré por una renta vitalicia.

Estas deshonrosas luchas cansaban a la pobre muchacha, que, para no faltar al respeto a su suegro, había optado por guardar silencio. Un día, llegada a los últimos extremos, le dijo:

—Pero, padre, hay una forma muy sencilla de tenerlo todo; pague las deudas de David, vendrá aquí y juntos se entenderán.

—¡Ah! Eso es lo único que queréis obtener de mí —exclamó—; bueno es saberlo.

Séchard, que no creía en su hijo, creía en los Cointet. Los Cointet, a los que a fue a consultar, le encandilaron diciéndole que se trataba de millones las experiencias emprendidas por su hijo.

—Si David puede probar que ha triunfado, no dudaré un sólo momento en asociarme con él por el valor de mi fábrica, considerando el descubrimiento de su hijo como de igual valor —le dijo el mayor de los Cointet.

El desconfiado viejo recopiló tantas informaciones bebiendo con los obreros, interrogó tan hábilmente a Petit-Claud, haciéndose el imbécil, que acabó por sospechar que los Cointet se escondían tras de Métivier y les atribuyó el plan de arruinar la imprenta Séchard y hacer que él pagara, poniéndole como anzuelo el descubrimiento, ya que aquel viejo aldeano no podía adivinar la complicidad de Petit-Claud, ni la trama urdida para apoderarse tarde o temprano de aquel excelente secreto industrial. Finalmente, un día, el viejo, exasperado al no poder vencer el silencio de su nuera y no obtener de ella ni siquiera la información de dónde se había escondido David, resolvió forzar la puerta del taller empleado en la fundición de los rodillos, después de haberse enterado de que en él realizaba su hijo los experimentos. Una mañana temprano bajó y se puso a trabajar en la cerradura.

—¡Eh!, ¿qué hace ahí, papá Séchard?... —le gritó Marion, que se levantaba al alborear para ir a su fábrica y que dio un salto hasta la pila de mojar el papel.

—¿Acaso no estoy en mi casa, Marion? —dijo el hombre, avergonzado.

—¡Ah! ¿Se ha vuelto ladrón a sus años? Y eso que está en ayunas... Voy a contar todo esto inmediatamente a la señora.

—Calla, Marion —dijo el viejo, sacando de su bolsillo dos escudos de seis francos—. Toma...

—Me callaré, pero no vuelva a hacerlo —le dijo Marion, amenazándole con el dedo—, o si no se lo diré a todo Angulema.

En cuanto el anciano se hubo ido, Marion subió a casa de su ama.

—Tenga, señora, he sacado doce francos a su suegro; aquí están...

—¿Y cómo lo has hecho?

—¿Pues no quería ver las tinas y los utensilios del señor? Cosa de descubrir el secreto. Yo ya sabía que no había nada en la pequeña cocina, pero le he metido miedo como si fuera a robar a su hijo, y me ha dado dos escudos para que me callase...

En aquel momento, Basine trajo alegremente a su amiga una carta de David, escrita sobre un papel magnífico y que le entregó en secreto.

«Mi Ève adorada, eres la primera a la que escribo sobre la primera hoja de papel obtenida según mi procedimiento. ¡He conseguido resolver el problema del encolado en la tina! La libra de pasta valdrá, aun suponiendo que se hayan de cultivar terrenos especiales de buena calidad para los productos que empleo, a cinco sueldos. De este modo, la resma de doce libras necesitará únicamente tres francos de pasta encolada. Estoy seguro de que podré disminuir el peso de los libros al menos en su mitad. El sobre, la carta, las muestras, son de fabricaciones diferentes. Te envió un beso, seremos felices con la fortuna, la única cosa que nos faltaba».

—Tome —dijo Ève a su suegro, entregándole las muestras—, dé a su hijo el precio de su cosecha y déjele que haga su fortuna; le devolverá lo que le preste multiplicado por diez, ¡ya que lo ha conseguido!

El viejo Séchard corrió inmediatamente a casa de los Cointet. Allí cada muestra fue probada y examinada con toda minuciosidad; unas tenían cola, las otras no; estaban etiquetadas con valores que oscilaban de tres a diez francos la resma; unas eran de una pureza metálica, otras suaves como el papel de China y se daban todos los matices del blanco. Unos judíos que examinaran diamantes no hubieran tenido los ojos más animados que lo que lo estaban los de los Cointet y el viejo Séchard.

—Su hijo va por buen camino —dijo el gordo.

—Muy bien; entonces paguen sus deudas —dijo el viejo prensista.

—Con mucho gusto, si quiere tomarnos como socios —repuso Cointet el mayor.

—¡Son unos aprovechados! —gritó el oso retirado—. Persiguen a mi hijo amparados bajo el nombre de Métivier y quieren que sea yo el que les pague, eso es lo cierto. No está mal pensado, burgueses...

Los dos hermanos se miraron, pero supieron reprimir la sorpresa que les causaba la perspicacia del avaro.

—Aún no somos lo suficientemente millonarios como para hacer de banqueros como diversión —repuso Cointet el gordo—; nos daríamos por muy satisfechos de poder pagar nuestros trapos al contado, pero aún tenemos que aceptar letras a nuestro proveedor.

—Se ha de intentar una experiencia en grande —dijo fríamente Cointet el mayor—, ya que el que triunfa en una marmita fracasa en una fabricación a gran escala. Libere a su hijo.

—Sí; pero una vez mi hijo en libertad, ¿me aceptará como asociado? —preguntó el viejo Séchard.

—Eso no nos concierne —dijo Cointet el gordo—. ¿Es que cree, infeliz, que cuando haya dado diez mil francos a su hijo, se habrá resuelto todo? Una patente de inventor cuesta dos mil francos; habrá que hacer algunos viajes a París; luego, antes de lanzarse de lleno a la empresa, será prudente fabricar, como mi hermano dice, mil resmas, arriesgar fabricaciones enteras antes de quedar convencidos. ¿Ve?, nada hay más digno de desconfianza que los inventores.

—A mí —dijo Cointet el mayor— me gusta el pan ya cocido.

El viejo pasó todavía la noche rumiando este dilema: «Si pago las deudas de David, queda libre; y, una vez libre, no necesita asociarme a su éxito. Sabe muy bien que le engañé en el asunto de nuestra primera asociación y no querrá realizar una segunda. Mi interés sería pues mantener en prisión al desgraciado».

Los Cointet conocían lo suficiente al viejo Séchard como para saber que cazarían al alimón. Así pues, estos tres hombres decían:

«Para instituir una sociedad basada en el secreto, se han de hacer experimentos, y para realizar esas experiencias se ha de liberar a David Séchard. Una vez liberado David, se nos va de las manos».

Todos, por su parte, tenían además una segunda intención; Petit-Claud se decía:

«Después de mi boda, estaré en paz con los Cointet, pero mientras tanto los tengo en mis manos».

El mayor de los Cointet, se decía:

«Me gustaría más tener encerrado a David, de esta forma yo sería el amo».

El viejo Séchard pensaba:

«Si pago las deudas de mi hijo, éste me saludará con agradecimiento».

Ève atacada, amenazada por el viñador con ser despedida de la casa, no quería revelar el refugio de su marido, ni siquiera proponerle que aceptara un salvoconducto. No se veía segura para esconder a David una segunda vez, de forma tan perfecta como la primera, y respondía a su suegro:

—Libere a su hijo y lo sabrá todo.

Ninguno de los cuatro interesados, que se encontraban todos como comensales ante una mesa bien servida, se atrevía a emplearla con el festín, hasta tal punto temía verse aventajado: y todos se observaban desconfiando los unos de los otros.

Unos días después del escondite de Séchard, Petit-Claud visitó a Cointet en su papelería.

—Lo he hecho lo mejor posible —le dijo—. David se ha colocado voluntariamente en una prisión que nos es desconocida y busca con tranquilidad algún perfeccionamiento. Si no ha conseguido lo que deseaba, no es culpa mía. ¿Mantendrá su promesa?

—Sí, si triunfamos —repuso Cointet el mayor—. El padre de Séchard está aquí desde hace unos días; ha venido a hacernos algunas preguntas sobre la fabricación del papel, pues el viejo avaro ha olfateado la invención de su hijo y quiere aprovecharse; hay, pues, ciertas esperanzas de llegar a formar una sociedad. Usted es el procurador del padre y del hijo...

—Que el Espíritu Santo le inspire para traicionarlos —terminó Petit-Claud, sonriendo.

—Sí —dijo Cointet—. Si triunfa y logra encarcelar a David o ponerlo en nuestras manos mediante un acta de sociedad, será el marido de la señorita de La Haye.

—¿Es éste su ultimátum? —preguntó Petit-Claud.

—¡Yes! —dijo Cointet—, ya que hablamos idiomas extranjeros.

—Pues bien he aquí el mío en buen francés —repuso Petit-Claud, con tono seco.

—¡Ah!, veamos —replicó Cointet con aire curioso.

—Presénteme mañana a la señorita de Sénonches, haga que exista algo positivo en mi favor; en una palabra, cumpla su promesa, o pago la deuda de Séchard y me

asocio con él vendiendo mi título. No quiero que se me engañe. Me ha hablado claro; me sirvo del mismo lenguaje. Yo ya he pasado por las pruebas, pase ahora usted por las suyas. Usted lo tiene todo, yo aún no tengo nada. Si no tengo una prenda de su sinceridad, adoptaré su juego.

El mayor de los Cointet tomó su sombrero, su paraguas, adoptó su aire jesuítico y salió, diciendo a Petit-Claud que le siguiera.

—Ahora verá, mi querido amigo, si no le he preparado el camino... —dijo el negociante al procurador.

En un momento, el astuto e inteligente papelero se había dado cuenta del peligro de su posición, y veía en Petit-Claud a uno de aquellos hombres con los que se ha de jugar abiertamente. Para prever los acontecimientos y para acallar la conciencia, con el pretexto de dar el estado de la situación financiera de la señorita de La Haye, ya había dejado caer algunas palabras en el oído del antiguo cónsul general.

—Me estoy preocupando por el asunto de Françoise, ya que con treinta mil francos de dote, hoy en día —dijo sonriendo—, una muchacha no debe ser muy exigente.

—Ya hablaremos de eso —había respondido Francis du Hautoy—. Desde la marcha de la señora de Bargeton, la posición de la señora de Sénonches ha cambiado mucho: podremos casar a Françoise con algún viejo gentilhomme campesino.

—Y se comportará mal —dijo el papelero, adoptando su aire frío—. Cásela con un hombre joven, capaz, ambicioso, al que protegerá y que pondrá a su mujer en una buena situación.

—Ya veremos —había repetido Francis—. Antes que todo, la madrina tiene que ser consultada.

A la muerte del señor de Bargeton, Louise de Nègrelisse había vendido el palacio de la calle Minage. La señora de Sénonches, que se encontraba viviendo en reducido espacio, convenció al señor de Sénonches para que comprara esta casa, cuna de las ambiciones de Lucien, y en donde comenzó esta escena. Zéphirine de Sénonches había concebido la idea de suceder a la señora de Bargeton en aquella especie de reinado que había ejercido, tener un salón y poder, al fin, hacer la gran dama.

Una escisión, había tenido lugar en la alta sociedad de Angulema, entre los que, a raíz del duelo del señor de Bargeton y el señor de Chandour, estaban a favor de la inocencia de Louise de Nègrelisse y los que se aferraban a las calumnias de Stanislas de Chandour. La señora de Sénonches se declaró a favor de los Bargeton y conquistó primeramente a todos los de ese partido. Después, cuando se hubo instalado en su palacio, se aprovechó de la costumbre de muchas personas que acudían allí para jugar desde hacía tantos años. Recibió todas las noches y consiguió un claro triunfo sobre Amélie de Chandour, que se presentó como antagonista suya.

Las esperanzas de Francis du Hautoy, que se vio en el corazón de la aristocracia de Angulema, iban hasta querer casar a Françoise con el viejo señor de Séverac, que la señora du Brossard no había podido capturar para su hija. La vuelta de la señora de Bargeton, convertida en prefecta de Angulema, aumentó las pretensiones de Zéphirine para con su muy amada ahijada. Se decía que la condesa Sixte du Châtelet usaría su influencia para la que se había convertido en su acérrima campeona.

El papelero, que conocía el mundillo de Angulema al dedillo, se dio cuenta, de una ojeada, de todas esas dificultades, pero resolvió salir de este difícil paso mediante una de esas maniobras audaces que sólo Tartufo se hubiese permitido. El procuradorcillo, muy sorprendido por la lealtad de su comanditario en enredos, le dejaba sumido en sus meditaciones mientras caminaban desde la fábrica de papel hasta la calle Minage, donde a la puerta de entrada los dos inoportunos fueron detenidos por estas palabras:

—El señor y la señora están almorzando.

—Anúncienos a pesar de todo —repuso Cointet el mayor.

A su nombre, una vez introducido el devoto comerciante, presentó el procurador a la preciosa Zéphirine, que almorzaba con el señor Francis du Hautoy y la señorita de La Haye. El señor de Sénonches se había ido, como siempre, a abrir la caza a casa del señor de Pimentel.

—He aquí, señora, el joven abogado procurador de quien le he hablado y que se encargará de la emancipación de su bella pupila.

El antiguo diplomático examinó a Petit-Claud, quien, por su parte, miraba a hurtadillas a la bella pupila. En cuanto a la sorpresa de Zéphirine, a quien ni Cointet ni Francis le habían dicho una sola palabra, fue tal, que su tenedor se le cayó de las manos.

La señorita de La Haye, especie de picagrega de rostro ceñudo, talle poco esbelto, delgada, cabellos de un rubio pálido, era, a pesar de su pequeño aire aristocrático, sumamente difícil de casar. Aquellas palabras: padre y madre desconocidos, de su acta de nacimiento, le vedaban, en realidad, la esfera en la que le querían situar la amistad de su madrina y Francis. La señorita de La Haye ignoraba su posición y se hacía la difícil: hubiera rechazado al comerciante más rico del Houmeau. La mueca bastante significativa inspirada a la señorita de La Haye por el aspecto del modesto procurador la volvió a encontrar Cointet en los labios de Petit-Claud.

La señora de Sénonches y Francis parecían consultarse para saber de qué forma podrían despedir a Cointet y a su protegido. Cointet, que se dio cuenta de todo, rogó al señor du Hautoy que le concediera un momento de audiencia y pasó al salón con el diplomático.

—Caballero —le dijo con claridad—, la paternidad le ciega. Casará difícilmente a su hija, y en su interés le he colocado en la imposibilidad de echarse atrás, ya que

amo a Françoise, yo también, como si fuese mi ahijada. Petit-Claud lo sabe todo... Su enorme ambición le garantiza la dicha de su querida pequeña. En primer lugar, Françoise hará de su marido todo lo que ella quiera, pero usted, ayudado por la prefecta que nos llega, hará de él un procurador del rey. El señor Milaud va a ser nombrado para Nevers, ya de forma segura. Petit-Claud venderá su título y usted obtendrá fácilmente para él el puesto de segundo sustituto; pronto llegará a procurador del rey, luego presidente del tribunal, diputado...

De vuelta en el comedor, Francis estuvo encantador con el pretendiente de su hija. Miró a la señora de Sénonches de modo particular y terminó aquella escena de presentación invitando a Petit-Claud para cenar al día siguiente, en que hablarían de negocios. Luego, acompañó al negociante y al procurador hasta el patio, diciendo a Petit-Claud que, ante la recomendación de Cointet, estaba dispuesto, así como la señora de Sénonches, a confirmar todo lo que el guardián de la fortuna de la señorita de La Haye hubiese dispuesto para la felicidad de aquel pequeño ángel.

—¡Ah, que fea es! —dijo Petit-Claud—. Estoy cogido...

—Tiene aire distinguido —replicó Cointet—; pero si fuera guapa, ¿cree que se la darían?... ¡Ah!, amigo mío, hay más de un pequeño propietario a quien treinta mil francos de renta, la protección de la señora de Sénonches y la de la condesa du Châtelet irían a maravilla; y tanto más cuanto que el señor Francis du Hautoy no se casará nunca y esta muchacha será su heredera... ¡Su matrimonio ya está hecho!...

—¿Y cómo?

—Vea lo que acabo de decirle —continuó el mayor de los Cointet, mientras contaba al procurador su rasgo de audacia—. Querido amigo, el señor Milaud, según se dice, va a ser nombrado procurador del rey en Nevers: usted venderá su bufete y antes de diez años será ministro de Justicia. Es suficientemente audaz como para no retroceder ante ninguno de los servicios que la corte le pida.

—Pues bien, esté mañana a la cuatro y media en la plaza du Murier —repuso el procurador, fanatizado ante las probabilidades de aquel porvenir—. Habré visto al viejo Séchard y llegaremos a efectuar un acta de sociedad en la que el padre y el hijo pertenezcan al Espíritu Santo de los Cointet.

En el momento en que el anciano cura de Marsac subía las cuevas de Angulema, para instruir a Ève del estado en que se encontraba su hermano, David estaba escondido desde hacía once días dos puertas más allá de la que el digno sacerdote acababa de dejar.

Cuando el padre Marron desembocó en la plaza du Murier, se encontró en ella a los tres hombres importantes, cada uno en su estilo, que pesaban con toda su fuerza en el presente y el porvenir del pobre prisionero voluntario: Séchard padre, Cointet el mayor y el raquítrico procuradorcillo. ¡Tres hombres, tres concupiscencias!, pero tres concupiscencias tan distintas como los mismos hombres. El uno había ideado traficar

con su hijo, el otro con su cliente y Cointet el mayor compraba todas estas infamias, alardeando de no pagar nada. Eran alrededor de las cinco, y la mayor parte de los que volvían a sus casas para cenar se paraban para mirar un momento a estos tres hombres.

«¿Qué demonios tendrán que decirse Séchard y Cointet el mayor?», pensaban los más curiosos.

—Deben tratar, sin duda, sobre ese pobre desgraciado que dejaba a su mujer, a su suegra y a su hijo sin pan —respondían.

—Sí, sí, enviad a vuestros hijos a que aprendan un oficio en París —decía un arraigado provinciano.

—¡Eh!, ¿qué viene a hacer por aquí, señor cura? —exclamó el viñador al distinguir al padre Marron, tan pronto como desembocó en la plaza.

—Vengo para los suyos —repuso el anciano.

—¡Alguna nueva idea de mi hijo!... —dijo Séchard.

—Bien poco le costaría hacer feliz a todo el mundo —dijo el sacerdote, señalando las ventanas, donde, entre las cortinas, la señora Séchard dejaba ver su bello rostro.

En aquellos momentos, Ève intentaba acallar los gritos de su hijo, haciéndole saltar y cantándole una canción.

—¿Me trae noticias de mi hijo, o, lo que sería mejor aún, dinero? —dijo el padre.

—No —dijo el padre Marron—, traigo a la hermana noticias del hermano...

—¿De Lucien?... —exclamó Petit-Claud.

—Sí. El pobre muchacho ha venido desde París a pie. Lo he encontrado en casa de Courtois, muriéndose de fatiga y de miseria —repuso el sacerdote—. ¡Es muy desgraciado!

Petit-Claud saludó al sacerdote y tomó a Cointet el mayor por el brazo, mientras decía en voz alta:

—Cenamos en casa de la señora de Sénonches, ya es hora de que nos cambiemos de ropa... —Ya los pocos pasos le dijo al oído—: Cuando se tiene a la cría, en seguida se tiene a la madre. Ya tenemos a David...

—Yo le he casado, cáseme usted ahora —dijo Cointet el mayor, con una falsa sonrisa.

—Lucien es mi compañero de colegio, éramos amigos... De aquí a una semana sabré algo de él. Haga de manera que se publiquen las amonestaciones, y yo le respondo de que meto a David en la cárcel. Mi misión termina con su prisión.

—¡Ah! —exclamó suavemente el mayor de los Cointet—. El gran negocio será inscribir la patente a nuestro nombre.

Al oír esta frase, el procurador se estremeció. En aquel instante Ève veía entrar a su suegro acompañado del padre Marron, quien con una palabra acababa de poner en claro el drama judicial.

—Vea, señora Séchard —dijo el viejo oso a su nuera—, aquí está nuestro cura, quien sin duda viene a contarle bonitas cosas de su hermano.

—¡Oh! —exclamó la pobre Ève, herida en el corazón—. ¿Qué es lo que le ha podido suceder ahora?

Esta exclamación anunciaba tantos dolores pasados, tantas aprensiones y tantas inquietudes, que el padre Marron se apresuró a decir:

—Esté tranquila, señora, ¡está vivo!

—¿Tendrá la bondad, padre —dijo Ève al viejo viñador—, de ir a buscar a mi madre? Ella oirá lo que el señor cura nos tenga que decir de Lucien.

El viejo se fue a buscar a la señora Chardon, a la que dijo:

—Tendrán mucho que hablar con el padre Marron, que es buena persona, aunque cura. Seguramente la comida se retrasará, así que vuelvo dentro de una hora.

Y el anciano, insensible a todo lo que no sonaba o relucía como el oro, dejó a la pobre mujer sin ver el efecto del golpe que le acababa de asestar. La desgracia que se cernía sobre sus dos hijos, el fracaso de las esperanzas puestas sobre Lucien, el cambio tan imprevisto de un carácter que durante tanto tiempo se creyó enérgico y probo, en una palabra, todos los acontecimientos que venían sucediendo desde hacía dieciocho meses, había vuelto desconocida a la señora Chardon. No sólo era noble de estirpe, sino con un gran corazón, y adoraba a sus hijos.

Por tanto, en aquellos últimos meses había sufrido más que durante toda su viudez. Lucien había tenido la ocasión de ser Rubempré por edicto del rey, de recomenzar esta familia, de revivir el título y los blasones, ¡de llegar a ser grande! ¡Y había caído en el fango! Ya que, más severa con él que la hermana, lo había dado por perdido el día en que se enteró del asunto de las letras.

Las madres quieren equivocarse algunas veces, pero siempre conocen bien a los hijos que han criado y que no han abandonado, y en las discusiones entre David y su mujer sobre la suerte de Lucien en París, la señora Chardon, a pesar de que aparentemente parecía participar de las ilusiones de Ève acerca de su hermano, temblaba porque David no tuviera razón, ya que le oía hablar como sentía hablar a su conciencia de madre. Conocía de sobras la delicadeza de sensibilidad de su hija como para poderle hablar expresándole sus dolores, y se veía, por tanto, forzada a devorarlos, en ese silencio del que sólo son capaces las madres que saben querer a sus hijos.

Ève, por su lado, seguía con terror los estragos que causaban los disgustos en su madre y le veía pasar de la vejez a la decrepitud, siempre empeorando. La madre y la hija se comunicaban una a otra esas nobles mentiras que nunca engañan. En la vida de esta madre, la frase del feroz viñador fue la gota de agua que hacía rebosar la copa de las aflicciones de la señora Chardon, y se sintió herida de muerte.

Por eso cuando Ève dijo al sacerdote: «Le presento a mi madre», y éste vio aquel

rostro macerado como el de una vieja religiosa, encuadrado por cabellos completamente blancos, pero embellecido por el aire tranquilo y suave de las mujeres piadosamente resignadas que caminan, como suele decirse, a la voluntad de Dios, se dio cuenta de lo que era la vida de aquellas dos criaturas. El sacerdote ya no tuvo ninguna compasión por el verdugo, por Lucien; tembló al adivinar todos los suplicios que aquellas víctimas padecían.

—Madre —dijo Ève, secándose las lágrimas—, nuestro pobre hermano está muy cerca de nosotros, se encuentra en Marsac.

—¿Y por qué no aquí? —preguntó la señora Chardon.

El padre Marron contó todo lo que Lucien le había dicho acerca de las miserias de su viaje y las desgracias de sus últimos días en París. Describió las angustias que habían agitado el alma del poeta cuando se enteró de los efectos que habían causado en el seno de su familia sus imprudencias y cuáles eran sus aprensiones ante la acogida que le podía esperar en Angulema.

—Entonces, ¿ha llegado a dudar de nosotros? —dijo la señora Chardon.

—El desgraciado ha venido hasta ustedes a pie, padeciendo las privaciones más horribles, y vuelve dispuesto a entrar en los caminos más humildes de la vida... para reparar sus faltas.

—Señor —dijo la hermana—, a pesar del daño que nos ha hecho, quiero a mi hermano como se quiere al cuerpo de un ser que ya no existe; y quererlo de esta manera es quererlo aún más que lo que muchas hermanas quieren a sus hermanos. Nos ha dejado en la más absoluta pobreza, pero que venga, compartirá el menguado trozo de pan que nos queda; en una palabra, lo que nos ha dejado. ¡Ah! Si no nos hubiese abandonado no habiéramos perdido nuestros tesoros más preciados.

—Y es la mujer que nos lo quitó la que lo ha traído en su coche —exclamó la señora Chardon—. Marchó en la calesa de la señora Bargeton, a su lado, y ahora ha vuelto detrás.

—¿En qué puedo serles útil dada la situación en que se encuentran? —preguntó el honrado clérigo, que buscaba una frase de salida.

—¡Ah! —repuso la señora Chardon—. La herida de dinero no es mortal, según dicen, pero esas heridas sólo pueden tener como médico al enfermo.

—Si tuviera la suficiente influencia como para convencer a mi suegro para que ayudara a su hijo, salvaría a toda una familia —dijo la señora Séchard.

—No cree en usted y me ha parecido muy exasperado contra su marido —dijo el anciano, a quien las perífrasis del viñador le habían hecho considerar los negocios de Séchard como un avispero en el que no había que poner los pies.

Terminada su misión, el sacerdote se fue a comer a casa de su sobrino Postel, quien disipó la poca buena voluntad de su tío dando, como todo Angulema, razón al padre contra el hijo.

—Con los pródigos existen recursos —dijo el pequeño Postel, terminando—; pero con los que hacen experimentos uno se arruinaría.

La curiosidad del cura de Marsac había quedado satisfecha, lo que en todas las provincias de Francia es el fin principal del excesivo interés que se testimonia. Por la noche, puso al corriente al poeta de todo lo que pasaba en casa de los Séchard, pintándole su viaje como una misión dictada por la más pura y desinteresada caridad.

—Ha endeudado usted a su hermana y a su cuñado en unos diez mil o doce mil francos —dijo, para terminar—, y nadie, mi querido señor, dispone de esa bagatela para prestar al vecino. En esta región no somos ricos. Yo creía que se trataba de mucho menos cuando usted me habló de sus letras.

Después de haber agradecido al anciano sus bondades, el poeta le dijo:

—La palabra de perdón que me trae es para mí el verdadero tesoro.

A la mañana siguiente, Lucien salió muy de mañana de Marsac en dirección a Angulema, adonde llegó hacia las nueve, con un bastón en la mano, vestido con una levita bastante deteriorada por el viaje y un pantalón negro con manchas blancas. Sus usadas botas decían bien claramente que pertenecían a la infortunada raza de los peatones. Por lo tanto, no se disimulaba el efecto que debía de producir en sus compatriotas el contraste entre su vuelta y su marcha. Pero con el corazón todavía bajo el peso de los remordimientos que le atenazaban por la narración del anciano sacerdote, aceptaba por el momento aquel castigo, decidido a afrontar las miradas de sus conocidos. Se decía para sí: «Soy heroico!».

Todas esas naturalezas de poeta comienza por engañarse a sí mismas. A medida que caminaba por el Houmeau, su alma luchaba entre la vergüenza de aquella vuelta y la poesía de sus recuerdos. Su corazón latió con más fuerza al pasar ante la puerta de Postel, donde, por suerte para él, Léonie Marron se encontraba sola en la tienda con su hijo. Vio con placer (hasta tal punto conservaba fuerte su vanidad) el nombre de su padre borrado. A raíz de su matrimonio, Postel había hecho pintar su tienda y puesto debajo, como en París: «Farmacia». Al subir la cuesta de la puerta Palet, Lucien experimentó la influencia del aire natal, no sintió ya el peso de sus infortunios y se dijo con delicia: «¡Voy a verlos de nuevo!».

Llegó hasta la plaza du Murier sin haberse encontrado con nadie: una dicha que apenas esperaba, ¡él que antaño se paseaba por la ciudad con aire triunfante! Marion y Kolb, de centinelas ante la puerta, se precipitaron por la escalera, gritando:

—¡Ya está aquí!

Lucien vio de nuevo el viejo taller y el viejo patio, en la escalera se encontró con su hermana y su madre y se abrazaron, olvidando por un momento todas las desgracias, en este apretón. En familia, casi siempre hay arreglo con la desgracia; se prepara una cama y la esperanza hace que se acepte su dureza.

Si Lucien ofrecía la imagen de la desesperación, también ofrecía la de la poesía:

el sol del camino y los espacios abiertos le había bronceado la tez, una profunda melancolía, impresa en sus rasgos, dejaba caer sus sombras sobre la frente del poeta. Este cambio anunciaba tantos sufrimientos, que ante el aspecto de las huellas dejadas por la miseria en su fisonomía; el único sentimiento posible era la piedad. La imaginación, salida del seno de la familia, se encontraba a su vuelta con tristes realidades.

Ève tuvo, en medio de su alegría, la sonrisa de las santas en medio de su martirio. La pena vuelve sublime el rostro de una joven muy bella. La gravedad que en la cara de su hermana reemplazaba la completa inocencia que él observaba antes de su marcha a París, hablaba demasiado elocuentemente a Lucien como para que no recibiera una dolorosa impresión. Por eso, la primera efusión de los sentimientos, tan viva y natural, fue seguida por una y otra parte de una reacción: todos temían hablar. Lucien no pudo, sin embargo, impedir una mirada, buscando al que faltaba en la reunión. Esta mirada, perfectamente entendida, hizo que Ève estallara en llanto y Lucien se echó también a llorar. En cuanto a la señora Chardon, estaba pálida y, en apariencia, impasible. Ève se levantó, bajó para ahorrar a su hermano una dura reconvención, y se fue a decir a Marion:

—Hija mía, a Lucien le gustan mucho las fresas, ¿tienes que encontrar!

—¡Oh!, ya me he figurado que deseaba agasajar al señor Lucien. Esté tranquila, tendrá un buen almuerzo y también una succulenta comida.

—Lucien —dijo la señora Chardon a su hijo—, tienes muchas cosas que reparar aquí. Te fuiste para ser causa de orgullo para tu familia y nos has sepultado en la miseria. Casi has roto entre las manos de tu hermano el instrumento— de fortuna en la que únicamente pensó para su nueva familia. Y no sólo has roto eso... —dijo la madre. Se hizo una pausa espantosa, y el silencio de Lucien implicó la aceptación de esos reproches maternos—. Adáptate a un ambiente de trabajo —continuó suavemente la señora Chardon—. No te censuro el haber intentado hacer revivir la noble familia de donde salí, mas, para tales empresas, es preciso tener una fortuna y nobles sentimientos, y tú no has tenido nada de eso. A la fe, has hecho suceder en nosotros la desconfianza. Has destruido la paz de esta familia trabajadora y resignada, que aquí marchaba por un camino difícil... Se deben perdonar las primeras faltas... No vuelvas a empezar. Nos encontramos aquí en muy difíciles circunstancias, sé prudente, escucha a tu hermana: la desgracia es un maestro cuyas lecciones, dadas de forma muy dura, le han proporcionado un fruto: se ha vuelto serio, es madre y soporta toda la carga de la casa por abnegación hacia nuestro querido David: en resumen, por tu culpa, ella es la que se ha convertido en mi único consuelo.

—Puede usted ser más severa —dijo Lucien, besando a su madre—. Acepto su perdón porque será el único que tendré que recibir en toda mi vida.

Ève volvió y, ante el aspecto humilde de su hermano, comprendió que la señora

Chardon había hablado. Su bondad le puso una sonrisa en los labios, a la que Lucien respondió con unas lágrimas reprimidas.

La presencia tiene como un encanto, cambia las disposiciones más hostiles tanto entre amantes como en el seno de las familias, por muy fuertes que sean los motivos del descontento. ¿Acaso el afecto traza en el corazón unos caminos por los que gusta volver a pasar? ¿Pertenece este fenómeno a la ciencia del magnetismo? ¿Dice la razón que es preciso no verse nunca más o perdonar? Tanto si este efecto pertenece al razonamiento, a una causa física o al alma, todos tienen que haber comprobado que las miradas, el gesto, los actos de un ser amado, encuentran, en el seno de los que más ha ofendido, disgustado o maltratado, vestigios de ternura.

Si el espíritu se olvida difícilmente, si el interés sufre todavía, el corazón, a pesar de todo, reanuda su servidumbre. Por eso, la pobre hermana, al escuchar hasta la hora del almuerzo las confidencias del hermano, no fue dueña de sus ojos cuando le miró ni de su acento cuando dejó hablar a su corazón. Al darse cuenta de los elementos de la vida literaria en París, comprendió cómo David había podido sucumbir en la lucha.

La alegría del poeta, acariciando el hijo de su hermana, sus niñerías, la dicha de volver a ver su tierra y los suyos, unido al profundo disgusto de saber que David se encontraba oculto, las frases de melancolía que se le escaparon a Lucien, su enternecimiento al ver que, en medio de su desgracia, su hermana se había acordado de sus gustos, cuando Marion sirvió las fresas; todo, incluso la obligación de alojar al hermano pródigo, y ocuparse de él, hizo una fiesta de este día. Fue como un alto en la miseria. Hasta el viejo Séchard hizo detener el curso de los sentimientos en las dos mujeres, al decir:

—Le están festejando como si les trajera un dineral...

—Pero, ¿qué ha hecho mi hermano para que no sea festejado?... —exclamó la señora Séchard, afanosa por esconder la vergüenza de Lucien.

Sin embargo, una vez pasadas las primeras ternuras, comenzaron a abrirse camino los matices de la verdad. Bien pronto, Lucien percibió en Ève la diferencia entre el afecto actual y el que antes le tenía. David era profundamente honrado, y Lucien era querido a pesar de todo y como se quiere a una amante a pesar de los desastres que causa.

La estima, base necesaria para nuestros sentimientos, es el recio tejido que les da no sé qué certeza, qué seguridad, de la que se vive, y que faltaba entre la señora Chardon y su hijo, entre el hermano y la hermana. Lucien se sintió privado de esta plena confianza que se hubiese tenido en él de no haber faltado al honor.

La opinión escrita por D'Arthez sobre él, y convertida en la de su hermana, se dejó adivinar en los gestos, en las miradas y en el acento. Lucien era compadecido; pero en cuanto a ser la gloria, la nobleza de la familia, el héroe del hogar doméstico, todas esas bellas esperanzas se habían ido para no volver. Su ligereza se temió hasta

el punto de ocultarle el lugar en que se encontraba oculto David. Ève, insensible a las caricias que acompañaban la curiosidad de Lucien, que quería ver a su hermano, no era ya la Ève del Houmeau para la que, antaño, una sola mirada de Lucien era una orden irresistible. Lucien habló de reparar sus yerros, envaneciéndose de poder salvar a David. Ève le replicó:

—No te mezcles en eso, tenemos por adversarios a las personas más pérfidas y hábiles.

Lucien hizo un gesto con la cabeza, como queriendo decir:

«He luchado con parisienses...».

Y su hermana le replicó con una mirada que significaba:

«Pero has sido vencido».

«Ya no soy querido —pensó Lucien—. Para la familia, como para el mundo, hay que triunfar».

A partir del segundo día, tratándose de explicar la poca confianza de su madre y de su hermana, el poeta tuvo un pensamiento, no odioso, pero sí despechado. Aplicó la medida de la vida parisiense a esta casta vida de provincias, olvidándose de que la paciente mediocridad de este interior sublime de resignación era obra suya.

«Son burguesas, no pueden entenderme», se dijo, separándose de esta forma de su madre, de su hermana y de Séchard, al que no podía engañar ni en su carácter ni en su porvenir.

Ève y la señora Chardon, en quienes el sentido adivinador se había despertado por tantas cosas y tantas desgracias, espiaban los pensamientos más secretos de Lucien, se sintieron mal juzgadas y le vieron aislarse de ellas.

—¡París nos lo ha cambiado por completo! —se dijeron.

Recogían, al fin, el fruto del egoísmo que ellas mismas habían cultivado. De una parte y de otra esa ligera levadura tenía que fermentar y fermentó; pero principalmente en Lucien, que se encontraba tan reprochable. En cuanto a Ève, era de esas hermanas que saben decir a un hermano en falta: «Perdóname *tus* errores...».

Cuando la unión de las almas ha sido perfecta, como lo fue al comienzo de la vida entre Ève y Lucien, todo atentado a este bello ideal del sentimiento es mortal. Allí donde los desalmados se hacen amigos después de las puñaladas, los enamorados riñen de manera definitiva por una mirada o por una palabra. En ese recuerdo de la casi perfección de la vida del corazón se encuentra el secreto de las separaciones, a veces inexplicables. Se puede vivir con una desconfianza en el corazón cuando el pasado no ofrece el cuadro de un afecto puro y sin nubes, pero para dos seres que en otras ocasiones han estado perfectamente unidos, la vida, cuando la mirada y la palabra exigen precauciones, se hace insoportable. Por eso, los grandes poetas hacen morir a sus Pablo y Virginia al salir de la adolescencia. ¿Os imagináis a Pablo y Virginia reñidos?...

Señalemos, en honor de Ève y de Lucien, que los intereses, heridos de forma tan profunda, no avivaban en absoluto esas heridas: en la hermana irreprochable, como en el poeta culpable, todo era sentimiento; por eso el menor equívoco, la querrela más íntima, una nueva falta por parte de Lucien, podía desunirlos o provocar una de esas disputas que separan y enemistan irrevocablemente a las familias. En cuestión de dinero, todo se arregla, pero los sentimientos son implacables.

Al día siguiente, Lucien recibió un número del periódico de Angulema y palideció de placer al verse objeto de una de las primeras Noticias de Angulema que se permitía este inestimable diario, el cual, a semejanza de las Academias de provincia, como hija bien educada, según frase de Voltaire, hacía que nunca se hablara de ella.

«Que el Franco Condado se enorgullezca de haber sido la cuna de Victor Hugo, Charles Nodier y Cuvier; Bretaña, de Chateaubriand y de Lamennais; Normandía, de Casimir Delavigne; Turena, del autor de Eloa; hoy, la región de Angulema, donde ya bajo el reinado de Luis XIII el ilustre Guez, más conocido por De Balzac, se hizo nuestro compatriota, no tiene ya nada que envidiar a esas provincias; ni al Limousin, que vio nacer a Dupuytren; ni a Auvernia, patria de Montlosier; ni a Burdeos, que ha tenido la dicha de contar entre sus hijos a tantos grandes hombres; nosotros también tenemos un poeta: el autor de los bellos sonetos titulados *Las Margaritas*, une a la gloria del poeta la del prosista, ya que igualmente se le debe la magnífica novela *El arquero de Carlos IX*. Algún día nuestros nietos se sentirán orgullosos de tener por compatriota a Lucien Chardon ¡un rival de Petrarca!».

En los periódicos de provincias de aquel tiempo, los signos de admiración era semejantes a los hurras con los que se acogían los *speech* de los *meetings* en Inglaterra.

«A pesar de sus brillantes éxitos en París, nuestro joven poeta ha recordado que el palacio de Bargeton había sido la cuna de sus triunfos, que la aristocracia angulemina había sido la primera en aplaudir sus poesías; que la esposa del señor conde du Châtelet, prefecto de nuestro departamento, había alentado sus primeros pasos en la carrera de las musas, ¡y ha vuelto entre nosotros!... Todo el Houmeau se ha conmovido cuando ayer nuestro Lucien de Rubempré se presentó. La noticia de su vuelta ha despertado en todas partes la más viva sensación. Es seguro que la ciudad de Angulema no se dejará aventajar por el Houmeau en los honores que se habla de tributar al que, sea en la prensa, sea en la literatura, ha representado tan gloriosamente a

nuestra ciudad en París; Lucien, a la vez poeta religioso y realista, ha desafiado el furor de los partidos; ha venido, según se dice, para descansar de las fatigas de una lucha que agotaría a los atletas, más fuertes aún que los hombres de la poesía y del ensueño.

»Debido a un pensamiento eminentemente político, el cual aplaudimos, y que la señora condesa du Châtelet ha tenido, según dicen, la primera, es cuestión de devolver a nuestro gran poeta el título y el nombre ilustre de la familia de los Rubempré, cuya única heredera es la señora Chardon, su madre. Rejuvenecer así, mediante talentos y glorias nuevas, a las viejas familias a punto de extinguirse, es, en la patria del inmortal autor de la Carta, una nueva prueba de su constante deseo, expresado por estas palabras: unión y olvido.

»Nuestro poeta se ha alojado en casa de su hermana, la señora Séchard».

En la rúbrica de Angulema, se encontraban las siguientes noticias:

«Nuestro prefecto, el señor conde du Châtelet, nombrado ya Gentilhombre ordinario de Cámara de S. M., acaba de ser promovido a Consejero de Estado en servicio extraordinario.

»Ayer, todas las autoridades se presentaron en casa del señor Prefecto.

»La señora condesa Sixte du Châtelet recibirá todos los jueves.

»El alcalde de Escarbas, señor de Nègrepelisse, representante de la rama menor de los Espard, padre de la señora du Châtelet, nombrado recientemente conde, par de Francia y Comendador de la Real Orden de San Luis, ha sido, según se rumorea, designado para presidir el gran colegio electoral de Angulema en las próximas elecciones».

—Mira —dijo Lucien a su hermana, llevándole el periódico.

Después de haber leído atentamente el artículo, Ève devolvió la hoja a su hermano con aire pensativo.

—¿Qué me dices de esto?... —le preguntó Lucien, extrañado de una prudencia que semejaba a la frialdad.

—Amigo mío —replicó ella—, este periódico pertenece a los Cointet; son dueños absolutos de insertar los artículos que queieran, y sólo están obligados por la Prefectura o el Obispado. ¿Supones que tu antiguo rival, hoy prefecto, es lo suficientemente generoso como para cantar así tus alabanzas? ¿Olvidas acaso que los Cointet nos persiguen bajo el nombre de Métivier y quieren, sin ninguna duda, obligar a David a que les deje aprovecharse de sus descubrimientos?... De cualquier

parte que pueda venir este artículo, yo lo encuentro inquietante. Aquí tú no despertabas más que envidias, celos, y se te calumniaba en virtud del refrán: Nadie es proyecta en su tierra, y he aquí que, en un abrir y cerrar de ojos, todo cambia...

—Tú no conoces el amor propio de las ciudades provincianas —replicó Lucien—. En una pequeña ciudad del Mediodía fueron a las puertas a recibir en triunfo a un joven que había obtenido el premio de honor en el gran certamen, al considerarlo como un gran hombre en ciernes.

—Escúchame, mi querido Lucien, no quiero sermonearte, te lo diré todo en una sola frase: aquí, desconfía hasta de las cosas más insignificantes.

—Tienes razón —repuso Lucien, sorprendido al encontrar a su hermana tan poco entusiasta.

El poeta estaba en el colmo de la gloria al ver convertida en un triunfo su mezquina y vergonzante entrada en Angulema.

—¡No creéis en lo poco de gloria que tan caro nos cuesta! —exclamó Lucien tras una hora de silencio, durante la que se formó una especie de tormenta en su corazón.

Por toda respuesta, Ève miró a Lucien y esta mirada le dejó avergonzado de su acusación.

Unos instantes antes de comer, un ordenanza de la Prefectura trajo una carta dirigida al señor Lucien Chardon y que pareció dar la razón a la vanidad del poeta, que el mundo disputaba a la familia.

Esta carta era la siguiente invitación:

«El señor conde Sixte du Châtelet y la señora condesa du Châtelet ruegan al señor Lucien Chardon les haga el honor de comer con ellos el quince de septiembre próximo.

R. P. F.».

A la carta, iba unida esta tarjeta de visita:

«*El conde Sixte du Châtelet. Gentilhombre ordinario de Cámara del Rey, prefecto del Charente y consejero de Estado*».

—Está usted en favor —dijo Séchard padre—; en la ciudad se habla de usted como de un gran personaje... Angulema y el Houmeau se disputan quién será el que más coronas le lance...

—Mi querida Ève —dijo Lucien al oído de su hermana—, me encuentro igual que estaba en el Houmeau el día que tuve que ir a casa de la señora de Bargeton: no tengo ropa para la comida del prefecto.

—¿Entonces piensas aceptar esa invitación? —exclamó la señora Séchard,

espantada.

Estalló entonces una discusión entre hermano y hermana sobre la cuestión de acudir o no a la Prefectura. El buen sentido de la mujer de provincia decía a Ève que nadie puede mostrarse en público si no es con el rostro risueño, con traje completo y vestido irrepochablemente; pero ocultaba su verdadero pensamiento:

«¿A dónde conducirá a Lucien la comida del prefecto? ¿De qué le puede ser útil la alta sociedad de Angulema? ¿No se estará tramando alguna cosa contra él?».

Lucien acabó por decir a su hermana antes de ir a acostarse:

—Tú no sabes cuánta puede ser mi influencia: la mujer del prefecto teme al periodista; y por otra parte, en la condena du Châtelet está siempre Louise de Nègrepelisse. Una mujer que acaba de obtener tantos favores, puede salvar a David. Le hablaré del descubrimiento que mi hermano acaba de realizar y no será difícil para ella obtener del ministerio una subvención de diez mil francos.

A las once de la noche, Lucien, su hermana, su madre, el tío Séchard, Marion y Kolb, fueron despertados por los acordes de la banda de la ciudad, a la que se había unido la de la guarnición, y se encontraron con la plaza du Murier llena de gente. Se dio una serenata a Lucien Chardon de Rubempré, a cargo de los jóvenes de Angulema. Lucien se asomó a la ventana del cuarto de su hermana y dijo en medio del más profundo silencio, después del último acorde:

—Agradezco a mis paisanos el honor que me hacen, trataré de ser digno de él; me perdonarán que no diga más: mi emoción es tan viva que no sabría continuar.

—¡Viva el autor de *El arquero de Carlos IX!*... ¡Viva el autor de *Las Margaritas!* ¡Viva Lucien de Rubempré!

Después de estas tres salvas proferidas por algunas voces, tres coronas y unos ramos fueron lanzados diestramente a través de la ventana, dentro del piso. Diez minutos más tarde, la plaza estaba completamente vacía y el silencio reinaba en ella.

—Hubiese preferido diez mil francos —dijo el viejo Séchard, que miró y remiró las coronas y ramilletes con aire sarcástico—. Pero usted le ha dado margaritas y ellos le devuelven ramos, todo queda en flores.

—¡Ésta es la estima en que tiene los honores que mis paisanos me confieren! —exclamó Lucien, cuya fisonomía ofreció una expresión enteramente desprovista de melancolía y que verdaderamente resplandeció de satisfacción—. Si conociera a los hombres, papá Séchard, sabría que en la vida nunca se tropieza con dos ocasiones iguales. ¡No hay más que un verdadero entusiasmo a quien se pueda deber triunfos semejantes!... Esto, mi queridas madre y hermana, borra muchas penas.

Lucien abrazó a su madre y a su hermana, como se suele abrazar en los momentos en que la alegría se desborda en oleadas tan grandes que es necesario volcarlas sobre el corazón de un amigo. (A falta de un amigo, decía en cierta ocasión Bixiou, un autor ebrio por su éxito abraza a su portero.)

—Bueno, querida niña —dijo a su hermana—, ¿por qué lloras ahora? ¡Ah!, es de alegría...

—¡Ah! —dijo Ève a su madre, antes de acostarse de nuevo y cuando se encontraron solas—. Creo que dentro de cada poeta hay una bella mujer de la peor especie.

—Tienes razón —dijo la madre, moviendo la cabeza—. Lucien lo ha olvidado ya todo, no sólo sus miserias, sino también las nuestras.

Madre e hija se separaron sin atreverse a decirse todos sus pensamientos.

En los países devorados por el sentimiento de insubordinación social, escondido bajo la palabra «igualdad», todo triunfo es uno de esos milagros que no prospera, como ciertos milagros, sin la cooperación de técnicos expertos. De diez ovaciones obtenidas por personas vivas y consideradas, en el seno de la patria, nueve son por causas extrañas al glorioso homenajeado. La apoteosis de Voltaire en el escenario del Teatro Francés, ¿no era la de la filosofía de su siglo? En Francia sólo se puede triunfar cuando todo el mundo se corona en la cabeza del triunfador. Por lo tanto, las dos mujeres tenían razón en sus presentimientos. El éxito del gran hombre de provincias era demasiado antipático a las inmovibles costumbres de Angulema como para que no hubiese sido puesto en escena por intereses o por un dirigente apasionado, colaboraciones igualmente pérfidas. Ève, como la mayor parte de las mujeres, desconfiaba por temperamento y sin poder justificarse la razón de esta desconfianza. Al dormirse se decía:

«¿Quién quiere aquí a mi hermano como para haber excitado a la región?... *Las Margaritas* no han sido aún publicadas; ¿cómo pueden, entonces, felicitarle por un éxito que todavía no ha obtenido?...».

Este triunfo, efectivamente, era obra de Petit-Claud. El día en que el cura de Marsac le anunció la vuelta de Lucien, el abogado comía por primera vez en casa de la señora de Sénonches, que tenía que recibir oficialmente la petición de mano de su pupila. Fue una de estas comidas de familia cuya solemnidad se traiciona más por los tocados que por el número de los invitados. A pesar de estar en familia, se sabe que se está en representación y las intenciones se descubren en todas las caras.

Françoise estaba presentada como en un escaparate. La señora de Sénonches había enarbolado los pabellones de sus más cuidadosos tocados. El señor de Hautoy vestía de negro. El señor de Sénonches, a quien su mujer había escrito la llegada de la señora du Châtelet, que por primera vez se tenía que presentar en su casa, y la presentación oficial de un pretendiente para Françoise, había regresado de casa del señor de Pimentel. Cointet, vestido con su mejor traje marrón de corte eclesiástico, ofreció a las miradas un diamante de seis mil francos en su chorrera, la venganza del rico comerciante sobre la aristocracia empobrecida. Petit-Claud, depilado, peinado, enjabonado, no había podido desprenderse de su aire seco.

Era imposible no comparar a aquel procuradorcillo, enfundado en su traje, a una víbora helada, pero la esperanza aumentaba de tal forma la vivacidad de sus ojos de urraca, puso tanto afeitado en su cara, se acicaló de tal forma, que justo llegó a la dignidad de un ambicioso pequeño procurador del rey.

La señora de Sénonches había rogado a sus íntimos que no dijeran una sola palabra de la primera entrevista de su pupila con un pretendiente, ni de la aparición de la prefecta, de manera que esperó a tener sus salones llenos. Efectivamente, el señor prefecto y su esposa habían hecho sus visitas oficiales mediante cartas, reservando el honor de las visitas personales como un medio de acción. Además, la aristocracia de Angulema estaba trabajada por una curiosidad tan enorme, que muchas personas del bando de Chandour se propusieron acudir al palacio Bargeton, ya que se mantenía obstinadamente la costumbre de no llamar a esta casa el palacio de Sénonches.

Las pruebas de la influencia de la condesa du Châtelet habían despertado muchas ambiciones; y además, se decía que había cambiado tanto para ventaja suya, que todo el mundo quería juzgar por sí mismo. Al enterarse por Cointet, durante el camino, de la gran noticia del favor que Zéphirine había obtenido de la prefecta para poderle presentar el futuro de la querida Françoise, Petit-Claud se envaneció de sacar partido de la falsa posición en que la vuelta de Lucien colocaba a Louise de Nègrelisse.

El señor y la señora de Sénonches habían adquirido compromisos tan fuertes al comprar su casa, que como buenos provincianos no se preocuparon de realizar el menor cambio en ella. Por lo tanto, las primeras palabras de Zéphirine a Louise, al ir a su encuentro cuando la anunciaron, fueron:

—Mi querida Louise, vea... está aún en su casa... —mientras le señalaba la pequeña araña con colgantes, las cornisas y el mobiliario que en un tiempo tanto fascinó a Lucien.

—Precisamente, querida, mi intención es acordarme lo menos posible de todo esto —dijo graciosamente la señora prefecta, lanzando una ojeada a su alrededor para observar a la concurrencia.

Todos se mostraron unánimes en confesar que Louise de Nègrelisse no se parecía en nada a sí misma. El ambiente parisiense en el que había vivido durante dieciocho meses, la primera felicidad de su matrimonio, que transformó a la mujer tan bien como París había transformado a la provinciana, esa especie de dignidad que da el poder, todo ello hacía de la condesa du Châtelet una mujer que se parecía a la señora de Bargeton como una muchacha de veinte años se parece a su madre.

Llevaba una encantadora capota de encaje y flores sujeta negligentemente por un alfiler con cabeza de diamante. Su forma de peinado, a la inglesa, le realzaba el rostro y la rejuvenecía, ocultando los contornos. Llevaba un vestido de tela con el talle en punta, deliciosamente entallado y cuya hechura, obra de la famosa Victorine, realzaba

su talle. Sus hombros, cubiertos por una pañoleta de blanca, apenas eran visibles bajo una estola de gasa, ingeniosamente colocada alrededor de su cuello demasiado largo. Finalmente, jugaba con aquellas bonitas bagatelas cuyo manejo es siempre la pesadilla de la mujer provinciana; un bonito pebetero colgaba de su pulsera por una cadena; en una mano tenía su abanico y su pañuelo enrollado, sin sentirse molesta. El exquisito gusto en los detalles más ínfimos, sus ademanes y posturas, copiadas de la señora de Espard, revelaban en Louise un sabio estudio del *faubourg* Saint-Germain.

En cuanto al antiguo guapo del Imperio, el matrimonio le había madurado como a aquellos melones que, de verdes todavía la víspera, se vuelven amarillos en una sola noche. Al encontrar en el rostro marchito de su mujer la frescura que Sixte había perdido, las bromas corrieron de oreja a oreja, al estilo provinciano, con tanta más fruición cuanto que todas las mujeres se daban cuenta de la nueva superioridad de la antigua reina de Angulema; y el tenaz intruso tuvo que pagar por su mujer.

Exceptuando al señor de Chandour y a su mujer, al difunto Bargeton, el señor Pimentel y los Rastignac, en el salón se encontraba más o menos la misma concurrencia que el día en que Lucien dio su lectura, ya que monseñor llegó seguido de sus vicarios. Petit-Claud, impresionado por el espectáculo de la aristocracia angulemina, en cuyo centro desesperaba de encontrarse nunca cuatro meses antes, sintió cómo se calmaba su odio hacia las clases superiores. Encontró encantadora a la condesa du Châtelet, diciéndose:

«¡Ésta es, pues, la mujer que puede hacerme nombrar sustituto!».

A media velada, después de haber hablado el mismo tiempo con cada una de las mujeres, variando siempre el tono de la conversación según la importancia de la persona y la conducta que había seguido a raíz de su fuga con Lucien, Louise se retiró al gabinete con monseñor. Zéphirine tomó entonces el brazo de Petit-Claud, que sentía latir su corazón, y le condujo hacia aquel gabinete en donde habían comenzado las desgracias de Lucien y donde habrían de consumarse.

—He aquí al señor Petit-Claud, querida; te lo recomiendo con tanto más interés cuanto que todo lo que por él puedas hacer será, sin duda, en provecho de mi pupila.

—¿Es usted procurador, caballero? —preguntó la augusta hija de los Nègrepelisse mientras examinaba a Petit-Claud.

—¡Ay!, sí, señora condesa. —Nunca en su vida el hijo del sastre del Houmeau había tenido ocasión, ni siquiera una sola vez, de emplear estas dos palabras, así que pareció como si se le llenara la boca—. Pero —añadió— depende de la señora condesa el que me mantenga derecho en la curia. Según dicen, el señor Milaud ha sido destinado a Nevers...

—Pero —interrumpió la condesa—, ¿no hay que ser segundo y después primer sustituto? Me gustaría verle inmediatamente primer sustituto... Para ocuparme de usted y obtener este favor quiero alguna certeza de su adhesión a la Legitimidad, a la

Religión y, sobre todo, al señor de Villèle.

—¡Ah!, señora —dijo Petit-Claud, aproximándose a su hijo— soy un hombre dispuesto a obedecer al rey de forma absoluta.

—Esto es lo que nos hace falta hoy en día —repuso ella, echándose hacia atrás para demostrarle que no quería que se le dijera nada al oído—. Si sigue siendo de la conveniencia de la señora de Sénonches, cuente conmigo —añadió, haciendo con el abanico un gesto real.

—Señora —dijo Petit-Claud, a quien se mostró Cointet, llegando a la puerta del gabinete—, Lucien está aquí.

—¿Y bien, caballero?... —repuso la condesa, con un tono que hubiera detenido cualquier sonido en la garganta de un hombre ordinario.

—La señora condesa no me comprende —continuó Petit-Claud, sirviéndose de la más respetuosa fórmula—; quiero darle una prueba de adhesión a su persona. ¿Cómo quiere la señora condesa que el gran hombre que ella creó sea recibido en Angulema? No puede haber medias tintas: ha de ser objeto de desprecio o de gloria.

Louise de Nègrelisse no había pensado en este dilema, por lo que, evidentemente, se sentía interesada, más a causa del pasado que del presente. Y de los sentimientos que albergaba actualmente la condesa con respecto a Lucien, dependía el triunfo del plan concebido por el procurador para llegar a triunfar en el arresto de Séchard.

—Señor Petit-Claud —dijo ella, adoptando una actitud digna y altanera—, quiere pertenecer al gobierno; pues bien, sepa que su primer principio debe ser el de que jamás se equivoque, y que las mujeres tienen, de forma mejor que el gobierno, el instinto del poder y el sentimiento de su dignidad.

—Esto era precisamente lo que pensaba, señora —repuso vivamente, mientras observaba a la condesa con una atención tan profunda como disimulada—. Lucien llega en la mayor miseria. Pero si ha de recibir una ovación, puedo también obligarle, a causa de la ovación misma, a abandonar Angulema, en donde su hermana y su cuñado David Séchard están bajo el efecto de fuertes persecuciones...

Louise de Nègrelisse dejó ver en su altivo semblante un ligero movimiento producido por la misma represión del placer. Sorprendida por haber sido adivinada de forma tan perfecta, miró a Petit-Claud, desplegando su abanico, ya que entraba Françoise de La Haye, lo que le dio tiempo a buscar una respuesta.

—Caballero —le dijo con aire significativo—, no tardará en ser procurador del Rey.

¿No era decirlo todo, sin comprometerse?

—¡Oh, señora! —exclamó Françoise, acudiendo a dar gracias a la prefecta—. Le deberé entonces la dicha de mi vida. —Y acercándose a su oído, en un gesto de niña—: Me moriría lentamente si tuviese que ser la mujer de un procurador de

provincias...

Si Zéphirine se había lanzado de esta forma sobre Louise, había sido empujada a ello por Françoise, que no carecía de un cierto conocimiento del mundo burocrático. —En los primeros días de un acontecimiento, sea el de un prefecto, una dinastía o de una explotación —dijo el antiguo cónsul general a su amiga—, se encuentra a las personas decididas con toda su energía para hacer favores; pero bien pronto se dan cuenta de los inconvenientes de la protección y se convierten en hielo. Hoy en día, Louise hará por Petit-Claud gestiones que dentro de tres meses no querrá hacer ni por su marido.

—¿La señora condesa piensa —dijo Petit-Claud— en todas las obligaciones del triunfo de nuestro poeta? Deberá recibir a Lucien dentro de los diez días que durará nuestra fiesta.

La prefecta hizo un signo con la cabeza para despedir a Petit-Claud y se levantó para ir a hablar con la señora de Pimentel, que asomó su cabeza por la puerta del gabinete. Impresionada por la nueva elevación del infeliz de Nègrepelisse a la dignidad de par, la marquesa había juzgado necesario ir a acariciar a una mujer lo suficientemente hábil como para haber aumentado su influencia realizando un cuasi desliz.

—Dígame, querida, ¿por qué se ha tomado el trabajo de situar a su padre en la Cámara alta? —dijo la marquesa a raíz de una conversación confidencial en la que doblaba su rodilla ante la superioridad de su querida Louise.

—Querida, se me ha concedido este favor con tanta más complacencia cuanto que mi padre no tiene hijos y votará siempre por la corona; pero si yo tengo hijos, ya cuidaré de que mi primogénito sea heredero del título y de los blasones de su abuelo...

La señora de Pimentel vio con dolor que no podría realizar su deseo de ver elevado al señor de Pimentel a la dignidad de par, por ser una madre cuya ambición iba dirigida a los futuros hijos.

—Ya tengo a la prefecta —iba diciendo Petit-Claud a Cointet mientras salían—, y le prometo su acta de sociedad... Dentro de un mes seré primer sustituto y usted será dueño de Séchard. Trate ahora de encontrarme un sucesor para mi bufete, en cinco meses he hecho de él el primero de Angulema...

—Sólo faltaba ya montarle a caballo —dijo Cointet, casi celoso de su obra.

Ahora todo el mundo puede comprender la causa del triunfo de Lucien en su ciudad. Al igual que aquel rey de Francia que no vengaba al duque de Orléans, Louise no quería acordarse de las injurias recibidas en París por la señora de Bargeton. Quería patrocinar a Lucien, aplastarlo con su protección y librarse de él honradamente. Puesto al corriente de toda la intriga de París por los comadreos, Petit-Claud había adivinado perfectamente el vivo odio que las mujeres mantienen hacia el

hombre que no ha sabido amarlas en el momento en que ellas han tenido el deseo de ser amadas.

Al día siguiente de la ovación que justificaba el pasado de Louise de Nègrepelisse, Petit-Claud, para acabar de embriagar a Lucien y hacerse su dueño, se presentó en casa de la señora de Séchard al frente de seis jóvenes de la ciudad, todos ellos compañeros de Lucien en el colegio de Angulema. Esta representación era enviada al autor de *Las Margaritas* y de El arquero del Carlos IX, por sus condiscípulos, para rogarle su asistencia al banquete que querían dar al gran hombre que había salido de sus filas.

—¡Vaya! Eres tú, Petit-Claud —exclamó Lucien.

—Tu vuelta aquí —le dijo Petit-Claud— ha estimulado nuestro amor propio, ha despertado nuestro sentido del honor, nos hemos rascado el bolsillo y te preparamos una magnífica comida. Nuestro prefecto y nuestros profesores acudirán, y de la forma en que se preparan las cosas es posible que acudan hasta las autoridades.

—¿Y para qué día? —preguntó Lucien.

—Para el próximo domingo.

—Me va a ser imposible —repuso el poeta—; no puedo aceptar hasta dentro de diez días; pero entonces será con mucho gusto...

—Pues bien, estamos a tus órdenes —dijo Petit-Claud—; sea dentro de diez días.

Lucien estuvo encantador con sus antiguos camaradas de colegio, quienes le testimoniaron una admiración casi respetuosa. Durante media hora estuvo hablando con bastante ingenio, ya que se veía sobre un pedestal y quería justificar la opinión de su tierra; se puso las manos en los bolsillos del chaleco y habló exactamente como un hombre que ve las cosas desde la altura en que sus conciudadanos le han colocado. Se mostró modesto y buen muchacho, como un genio en zapatillas. Fueron las quejas de un atleta cansado de las luchas de París, sobre todo, desencantado; felicitó a sus compañeros por no haber abandonado su buena provincia, etc. Todos quedaron encantados con él. Luego, tomó aparte a Petit-Claud y le rogó que le dijese toda la verdad sobre los asuntos de David, reprochándole el estado de secuestro en que su hermano se encontraba. Lucien quería mostrarse astuto con Petit-Claud. Petit-Claud se esforzó en dar a su amigo la opinión de que él, Petit-Claud, era un pobre procurador de provincias, sin la menor agudeza.

La actual constitución de sociedades, infinitamente más complicada en sus engranajes que la de las sociedades antiguas, ha tenido como efecto subdividir las facultades en el hombre. Otras veces, las personas eminentes, al verse forzadas a tener que ser universales, aparecían en escaso número y como una especie de antorchas en medio de las naciones antiguas. Más tarde, si las facultades se especializaron, la cualidad iba dirigida aún al conjunto de las cosas. De este modo, un hombre rico en cautela, como se ha dicho de Luis XI, podía aplicar su astucia a

cualquier cosa; pero hoy en día, la cualidad se ha subdividido ella misma. Por ejemplo, hay tantas formas diversas de astucia como diferentes profesiones. Un astuto diplomático será muy bien engañado en un negocio, en lo profundo de una provincia, por un procurador mediocre o por un aldeano. El periodista más espabilado puede encontrarse completamente ignorante en materia de intereses comerciales, y Lucien tenía que ser y fue el juguete de Petit-Claud.

El malicioso procurador había escrito él mismo, naturalmente, el artículo en el que la ciudad de Angulema, comprometida con su barrio del Houmeau, se veía obligada a festejar a Lucien. Los conciudadanos de Lucien que habían acudido a la plaza du Murier eran los obreros de la imprenta y la fábrica de papel de los Cointet, acompañados por los pasantes de Petit-Claud, Cachan y algunos camaradas de colegio. Convertido de nuevo el poeta en el camarada del colegio, el procurador pensaba con razón que su amigo dejaría escapar en un tiempo dado el secreto del escondite de David. Y si David perecía por culpa del poeta, Angulema no era ya lugar apropiado para Lucien. De este modo, para asegurar mejor su influencia, se colocaba como el inferior a Lucien.

—¿Cómo no iba a hacer todo lo posible? —dijo Petit-Claud a Lucien—. Se trataba de la hermana de mi camarada; pero en la Audiencia existen situaciones en las que se ha de perecer. David me pidió a primeros de junio que le garantizara la tranquilidad durante tres meses; no estará en peligro hasta septiembre, y, además, he sabido sustraer todo su haber a sus acreedores, ya que ganaré el proceso en el Tribunal Real; allí haré que reconozcan que el privilegio de la mujer es absoluto, que, en la especie, no cubre ningún fraude... En cuanto a ti, vuelves desgraciado, pero eres un genio... —Lucien hizo un gesto como el de un hombre al que el incienso llega muy cerca de la nariz—. Sí, querido amigo —continuó Petit-Claud—, he leído *El arquero del Carlos IX*, y es algo más que una novela, es un buen libro. El prefacio no ha podido ser escrito más que por dos hombres, Chateaubriand o tú.

Lucien aceptó este elogio sin confesar que el prefacio era de D'Arthez. De cien autores franceses, noventa y nueve hubiesen obrado como él.

—Pues bien, aquí nadie parecía conocerte —continuó Petit-Claud, simulando indignación—. En cuanto he visto la indiferencia general, me puse manos a la obra para revolucionar a todo el mundo. Hice el artículo que has leído...

—¿Cómo! —exclamó Lucien—. ¿Eres tú el que...?

—¡Yo mismo!... Angulema y el Houmeau se han hecho rivales; he reunido a algunos jóvenes, tus antiguos compañeros de colegio, y organicé la serenata de ayer; luego, una vez lanzados al entusiasmo, hemos comenzado la suscripción para la comida. «Si David se esconde, al menos Lucien será coronado», me dije. Y aún he hecho más, he visto a la condesa Châtelet y le he hecho comprender que se debía a sí misma sacar a David de su situación, puede hacerlo y debe hacerlo. Si

verdaderamente David ha encontrado el secreto del que me ha hablado, el gobierno no se arruinará sosteniéndolo, y ¡vaya gloria para un prefecto parecer que ha contribuido en una mitad en un descubrimiento tan grande, gracias a la feliz protección que otorga al inventor! Se hablaría de él como de un inteligente administrador... Tu hermana se ha asustado del fuego de nuestra mosquetería judicial, ha tenido miedo del humo... La guerra en la Audiencia cuesta tan cara como en los campos de batalla, pero David ha mantenido su posición, es dueño de su secreto; no se le puede detener y no se le detendrá.

—Te lo agradezco, amigo mío, y veo que puedo confiarte mis planes, me ayudarás a ponerlos en práctica. —Petit-Claud miró a Lucien, dando a su nariz en forma de barreno un aire de signo de interrogación—. Quiero salvar a Séchard —dijo Lucien con aire importante—, soy la causa de su desgracia, lo repararé todo... Yo tengo influencia sobre Louise...

—¿Qué Louise?...

—¡La condesa Châtelet!... —Petit-Claud hizo un movimiento—. Tengo más influencia sobre ella que lo que ella misma cree —continuó Lucien—. Solamente, querido amigo, que, si bien tengo poder sobre vuestro gobierno, carezco de ropa en absoluto...

Petit-Claud hizo otro gesto como para ofrecer su bolsa.

—Gracias —dijo Lucien, estrechando la mano de Petit-Claud—. Dentro de diez días iré a hacer una visita a la señora prefecta y te devolveré la tuya.

Y se separaron dándose unos apretones de manos como verdaderos compañeros.

«Debe de ser poeta —dijo Petit-Claud para sus adentros—, porque está loco».

«Desde luego, no se puede negar —pensaba Lucien yendo al encuentro de su hermana—: para amigos, no hay como los amigos del colegio».

—Lucien —dijo Ève—, ¿qué te ha prometido, pues, Petit-Claud para que le demuestres tanta amistad? ¡Ten cuidado con él!

—¿Con él? —exclamó Lucien—. Escucha, Ève —continuó, pareciendo obedecer a una reflexión—; tú ya no crees en mí, desconfías de mí y puedes desconfiar de Petit-Claud; pero dentro de doce o quince días cambiarás de opinión —añadió, con aire un tanto fatuo...

Lucien subió de nuevo a su habitación y escribió a Lousteau la siguiente carta.

«Amigo mío, de nosotros dos, sólo yo puedo recordar el billete de mil francos que te he prestado; sin embargo, ¡ay!, conozco demasiado bien la situación en que te encontrarás al abrir mi carta, como para no añadir inmediatamente que no te los pido en monedas de oro o plata; no, te los pido en crédito, como a Florine se los pediría en placer. Tenemos el mismo sastre; puedes, por tanto, hacerme confeccionar en espacio más breve de tiempo un

equipo completo. Sin que esté exactamente en el traje de Adán, la verdad es que no puedo aparecer en público.

»Aquí, los honores provincianos debidos a las ilustraciones parisienses me esperaban, para mi gran asombro. Soy el héroe de un banquete, ni más ni menos que un diputado de izquierdas: ¿te das cuenta ahora de la necesidad de un traje negro? Promete el pago, encárgate de ello, echa mano de la propaganda; en fin, busca una escena inédita de don Juan con el señor Domingo, ya que es preciso endomingarme a cualquier precio. Sólo tengo harapos: ¡parte de ahí! Estamos en septiembre, hace un magnífico tiempo; *ergo*, ocúpate de que reciba a fines de esta semana un encantador conjunto de mañana: pequeña levita verde oscuro bronceado, tres chalecos, uno de color azufre, el otro de fantasía, de género escocés, y el tercero completamente blanco; además, tres pantalones, como para hacerse mujeres, el uno blanco, de tela inglesa, el otro de nankín y el tercero de un casimir negro muy ligero; finalmente un traje negro de noche y un chaleco de raso. Si has encontrado a alguna Florine cualquiera, me encomiendo a ella para dos corbatas de fantasía. Esto no es nada, confío en ti y en tu habilidad: el sastre me inquieta poco.

»Mi querido amigo, muchas veces lo hemos deplorado: la inteligencia de la miseria, que con toda seguridad es el veneno más activo que corroe al hombre por excelencia, al parisiense, esta inteligencia cuya actividad sorprendería a Satanás, aún no ha encontrado el sistema de poder tener a crédito un sombrero. Cuando hayamos puesto de moda los sombreros que valgan mil francos, entonces los sombreros serán posibles, pero hasta entonces tendremos siempre que llevar en nuestros bolsillos el suficiente dinero para pagarnos un sombrero. ¡Ah!, qué daño nos hace la Comédie-Française con aquello de: Lafleur, pondrás oro en mis bolsillos. Comprendo perfectamente todas las dificultades de la ejecución de esta solicitud: añade un par de botas, un par de escaupines, un sombrero, seis pares de guantes junto con lo demás.

»Es pedir lo imposible, ya lo sé. ¿Pero acaso la vida literaria es otra cosa que lo imposible encauzado?... Sólo te digo una cosa: opera ese prodigio redactando un gran artículo o haciendo cualquier pequeña infamia, y te condono y absuelvo tu deuda. Y es una deuda de honor, querido amigo, ya lleva doce meses de espera y te ruborizarías si pudieras ruborizarte.

»Mi querido Lousteau, bromas aparte, me encuentro en una grave situación. Juzga, si no, por esta sola frase: la Jibia ha engordado, se ha convertido en esposa de la Garza, y la Garza es el prefecto de Angulema. Esta espantosa pareja puede hacer mucho por mi cuñado, al que he colocado en

una espantosa situación; ¡está perseguido, escondido, bajo el peso de la letra de cambio!... Se trata de reaparecer ante los ojos de la señora prefecta y volver a adquirir influencia sobre ella a cualquier precio. ¿No es espantoso pensar que la suerte de David Séchard depende de un bonito par de botas, de medias de seda gris para el día (no las vayas a olvidar) y de un sombrero nuevo?... Me voy a hacer el enfermo y meterme en la cama como hizo Duvicquet para librarme de tener que responder al interés de mis conciudadanos. Mis conciudadanos me han dado, querido amigo, una serenata preciosa. Empiezo a preguntarme cuántos necios hacen falta para componer esta palabra: mis conciudadanos, después de que he sabido que el entusiasmo de la capital tenía como animadores a algunos de mis antiguos camaradas de colegio.

»Si pudieses intercalar en los *Sucesos* algunas palabras sobre mi recibimiento, me harías crecer aquí varios metros. Y, además, haré que la Jibia se percate de que, si no amigos, al menos tengo cierto crédito en la prensa parisiense. Como no renuncio a ninguna de mis esperanzas, te quedaré deudor de todo esto. Si necesitas algún bonito artículo de fondo para alguna crítica, tengo tiempo suficiente para meditarlo uno con toda tranquilidad. Sólo me resta decirte una cosa, querido amigo: cuento contigo de la misma forma que puedes contar tú con el que es

»todo tuyo,

Lucien de R.».

«P. S. Envíamelo todo por la diligencia, al apartado de correos».

Esta carta, en la que Lucien volvía a adoptar el tono de superioridad que su éxito le daba interiormente, le recordó París. Inmerso desde hacía seis días en la absoluta calma provinciana, su pensamiento iba hacia sus buenas miserias y sintió vagas nostalgias, durante una semana permaneció preocupado por la condesa du Châtelet y concedió tanta importancia a su reaparición, que cuando bajó al caer la noche al Houmeau, para buscar en el despacho de las diligencias los paquetes que esperaba de París, experimentaba la angustia de la incertidumbre al igual que una mujer que ha puesto todas sus esperanzas en un vestido y desespera tenerlo.

«¡Ah, Lousteau, te perdono tus traiciones!», se dijo al ver por la forma de los paquetes que el envío debía de contener todo cuanto había pedido.

En la caja del sombrero encontró la siguiente carta.

«En el salón de Florine.

»Mi querido muchacho: El sastre se ha portado muy bien, pero como te lo hacía presentir tu profunda ojeada retrospectiva, las corbatas, el sombrero, las inedias de seda han creado un problema en nuestros corazones, ya que en nuestra bolsa no había problemas que considerar. Comentábamos con Blondet: se podría hacer una fortuna montando un establecimiento en el que los jóvenes pudiesen encontrar lo que cuesta poco. Ya que acabamos de pagar muy caro lo que no podemos pagar en absoluto. Ya el gran Napoleón, detenido en su carrera hacia las Indias por falta de un par de botas, lo dijo: ¡Los asuntos fáciles nunca se hacen! Así pues, todo marchaba, excepto tu calzado... ¡Te veía vestido y sin sombrero! Con chaleco y sin zapatos, y pensaba enviarte un par de mocasines que un americano dio a Florine como cosa curiosa. Florine ofreció un total de cuarenta francos para que los jugáramos por ti. Nathan, Blondet y yo nos hemos sentido tan felices al no tener que jugar nada por cuenta nuestra, que nos hemos considerado lo suficientemente ricos como para llevar a la Torpille, la antigua amiga de Des Lupeaulx, a cenar. Frascati nos debía eso con creces.

»Florine se encargó de las compras; además ha adjuntado tres preciosas camisas. Nathan te regala un bastón, Blondet, que ganó trescientos francos, una cadena de oro. La Torpille añade un reloj de oro, tan grande como una moneda de cuarenta francos, que un imbécil le dio y que no anda. Eso es pacotilla, como lo que él recibió a cambio, nos ha dicho ella. Bixiou, que vino a buscarnos al Rocher de Cancale, ha querido meter un frasco de agua de Portugal dentro del envío que París te hace. Nuestro primer cómico ha dicho: Si esto puede hacerle feliz, que lo sea..., con ese acento barriobajero y esa importancia burguesa que tan bien imita. Todo esto, mi querido muchacho, te prueba cuánto se quiere a los amigos en desgracia. Florine, a quien tuve la debilidad de perdonar, te ruega envíes un artículo sobre la última obra de Nathan. ¡Adiós, hijo mío! No puedo menos que compadecerte por haber vuelto al tarro de donde salías cuando te hiciste viejo amigo de tu camarada,

Étienne L.».

«Pobres muchachos, ¡han jugado para mí!», se dijo conmovido.

De los países malsanos o de aquellos en los que se ha sufrido mucho, llega una especie de bocanadas que semejan a los aromas del paraíso. En una vida temperada, el recuerdo de los sufrimientos es una especie de disfrute indefinible. Ève Se quedó estupefacta cuando vio bajar a su hermano con su ropa nueva. No le reconocía.

—Ahora sí puedo irme a pasear por Beaulieu —exclamó—. Ya no dirán de mí: ha vuelto lleno de harapos. Mira, un reloj que te daré, ya que es mío y, además, me

parece que está estropeado.

—¡Qué niño eres!... —dijo Ève—. No se te puede reprochar nada...

—¿Acaso te vas a creer, mi querida niña, que he pedido todo esto con la idea bastante estúpida de brillar ante los ojos de Angulema, que me importa esto? —dijo, fustigando el aire con su bastón con empuñadura de oro tallada—. Quiero reparar el mal que he hecho, y me he armado.

El éxito de Lucien, como elegante, fue el único triunfo real que obtuvo, pero fue inmenso. La envidia desata tantas lenguas como las que hiela la admiración. Las mujeres enloquecieron por él, los hombres hablaron mal y él pudo exclamar como en la canción: ¡Oh, traje mío, te lo agradezco! Fue a dejar dos tarjetas en la prefectura e hizo igualmente una visita a Petit-Claud, a quien no encontró. Al día siguiente, día señalado para el banquete, los periódicos de París, en la rúbrica de Angulema, decían todos lo siguiente:

«Angulema. La vuelta de un joven poeta, cuyos comienzos fueron tan brillantes, del autor de *El arquero de Carlos IX*, la única novela histórica escrita en Francia sin imitar el estilo de Walter Scott, y cuyo prólogo es un acontecimiento literario, ha sido señalada por una ovación tan halagadora para la ciudad como para el señor Lucien de Rubempré. La ciudad se ha apresurado a ofrecerle un banquete patriótico. El nuevo prefecto, recién instalado, se ha asociado a la manifestación pública, festejando al autor de *Las Margaritas*, cuyo talento fue alentado de forma tan profunda en sus comienzos por la señora condesa Châtelet».

En Francia, una vez dado el impulso, nadie puede pararlo ya. El coronel del regimiento en guarnición ofreció su banda de música. El *maître* de hotel de la Cloche, cuyas expediciones de pavos trufados llegan hasta la China, adonde se envían en magníficas porcelanas; el famoso hotelero del Houmeau, encargado de la comida, había decorado su gran comedor con banderas sobre las que coronas de laurel, combinadas con ramilletes de flores, presentaban un magnífico efecto. A las cinco, cuarenta personas se habían reunido allí, todas con traje de etiqueta. Una muchedumbre de ciento y pico de personas, atraídas sobre todo por la presencia de los músicos en el patio, representaba a los conciudadanos.

—Todo Angulema está aquí —dijo Petit-Claud, asomándose a la ventana.

—No entiendo nada —decía Postel a su mujer, que había salido para escuchar a la banda—. ¡Cómo! ¡El prefecto, el recaudador general, el coronel, el director del polvorín, nuestro diputado, el alcalde, el prefecto de estudios, el director de la fundición Ruelle, el presidente, el procurador del Rey, el señor Milaud, todas las autoridades están ahí!...

Cuando se sentaron a la mesa, la banda militar comenzó con variaciones sobre el motivo de ¡Viva el rey, viva Francia!, que no ha podido hacerse popular. Eran las cinco de la tarde. A las ocho, un postre de sesenta y cinco platos, digno de mención por un Olimpo de azúcar rematado por una Francia de chocolate, dio la señal de los brindis.

—Caballeros —dijo el prefecto, levantándose—, ¡por el rey!... ¡por la legitimidad! ¿Acaso no debemos a la paz que los Borbones nos han proporcionado la generación de poetas y pensadores que mantienen en las manos de Francia el cetro de la literatura?...

—¡Viva el rey! —gritaron los comensales, entre los que predominaban los ministeriales.

El venerable prefecto de estudios, se levantó.

—Al joven poeta —dijo—, al héroe del día, que ha sabido aliar a la gracia y a la poesía de Petrarca, en un género que Boileau declaraba tan difícil, el talento del prosista.

—¡Bravo, bravo!

El coronel se levantó.

—Caballeros, ¡por el monárquico!, ya que el héroe de esta fiesta ha sabido y ha tenido el valor de defender los buenos principios.

—¡Bravo! —exclamó el prefecto, quien dio el tono a los aplausos.

Petit-Claud se levantó.

—Todos los compañeros de Lucien, a la gloria del colegio de Angulema, al venerable prefecto, que nos es tan querido y al que debemos conceder todo lo que le pertenece en nuestros éxitos...

El viejo prefecto, que no esperaba este brindis, se enjugó los ojos. Lucien se levantó: se hizo el silencio más profundo y el poeta palideció. En aquel momento, el prefecto del colegio, que se encontraba a su izquierda, le colocó en la cabeza una coronal de laurel. Hubo aplausos. Lucien sintió las lágrimas asomar a sus ojos y le tembló la voz.

—Está ebrio —dijo a Petit-Claud el futuro procurador del rey de Nevers.

—No es el vino lo que le ha embriagado —repuso el procurador.

—Mis queridos compatriotas, mis queridos compañeros —comenzó finalmente Lucien—, quisiera tener a Francia entera como testigo de esta escena. Así es como se educa a los hombres y se obtienen en nuestro país las grandes obras y las grandes acciones. Pero, al ver lo poco que yo he hecho y el gran honor que por ello recibo, no puedo por menos que sentirme confuso y remitirme al porvenir para que se encargue de justificar la acción de hoy. El recuerdo de estos momentos me dará fuerzas en medio de nuevas luchas. Permitidme que haga señalar para vuestros homenajes a la que fue mi primera musa y protectora, y beber igualmente a la salud de mi ciudad

natal: así pues, a la salud de la bella condesa Sixte du Châtelet y a la salud de la noble ciudad de Angulema.

—No lo ha hecho mal —dijo el procurador del rey, que inclinó la cabeza en señal de aprobación—, ya que nuestros brindis estaban preparados y el suyo ha sido improvisado.

A las diez, los invitados se fueron en grupos. David Séchard, al oír aquella música extraordinaria, dijo a Basine:

—¿Qué sucede en el Houmeau?

—Dan un homenaje en honor de su cuñado Lucien... —repuso ella.

—Estoy seguro —contestó él— que debe de sentir mucho no poderme ver.

A medianoche, Petit-Claud acompañó a Lucien hasta la plaza du Murier. Allí, Lucien dijo al procurador.

—Amigo mío, entre nosotros habrá una amistad hasta la muerte.

—Mañana —dijo el procurador— se firma mi contrato de matrimonio en casa de la señora de Sénonches con la señorita Françoise de La Haye, su pupila, hazme el favor de venir; la señora de Sénonches me ha rogado que te invite, y allí verás a la prefecta, que se sentirá muy halagada por tu brindis del que, sin duda, le hablarán.

—¡Mis ideas eran ciertas!

—¡Oh! Tú salvarás a David.

—Estoy seguro de ello.

En aquel momento, David apareció como por encanto. He aquí por qué. Se encontraba en una posición bastante difícil: su mujer le prohibía absolutamente que recibiera a Lucien ni que le hiciera saber el lugar de su escondite, mientras que por su parte Lucien le escribía las más afectuosas cartas, en las que le indicaba que en pocos días habría reparado el mal. Y la señorita Clerget había entregado a David las dos cartas siguientes, diciéndole el motivo de la fiesta cuya música llegaba a sus oídos.

«Amor mío, haz como si Lucien no estuviese aquí; no te inquietes por nada, y graba en tu querida cabeza esta proposición: nuestra seguridad se deberá por entero a que tus enemigos ignoren por completo dónde te encuentras. Tal vez sea mi desgracia tener más confianza en Kolb y en Marion y Basine que en mi hermano. ¡Ay!, mi pobre Lucien ya no es el cándido y tierno poeta que conocimos. Precisamente porque quiere mezclarse en tus asuntos, y tiene la presunción de pagar nuestras deudas (por orgullo, David mío), es por lo que le temo. Ha recibido de París buena ropa y cinco piezas de oro en una bonita bolsa. Las ha puesto a mi disposición y vivimos de este dinero. Al fin tenemos un enemigo menos: tu padre nos ha dejado y debemos su marcha a Petit-Claud, quien ha descubierto las intenciones de papá Séchard e inmediatamente las ha aniquilado diciéndole que tú nada harías sin él; que

él, Petit-Claud, nada te dejaría ceder de tu descubrimiento, sin una previa indemnización de treinta mil francos; primero quince mil, para pagar deudas y quince mil que cobrarías en cualquier circunstancia, tanto si triunfas como si fracasas. Petit-Claud es inexplicable para mí.

»Te abrazo, como una mujer abraza a su marido desgraciado. Nuestro pequeño Lucien está bien. ¡Qué espectáculo el de esta flor que se colorea y crece en medio de nuestras tempestades domésticas! Mi madre, como siempre, ruega a Dios y te abraza casi tan tiernamente como

tu Ève».

Petit-Claud y los Cointet, impresionados por la astucia campesina del viejo Séchard, se habían desembarazado de él, con tanta más facilidad cuanto que la labor de vendimia le reclamaba en sus viñas de Marsac.

La carta de Lucien, adjunta a la de Ève, iba concebida en los siguientes términos:

«Mi querido David, todo va bien. Estoy armado de pies a cabeza. Hoy entro en liza, y en dos días habré hecho mucha labor positiva. Con qué placer te abrazaré cuando estés libre y sin deudas. Pero estoy herido en el corazón y para toda la vida por la desconfianza que mi madre y mi hermana continúan testimoniándole. ¿Acaso no sé ya que te escondes en casa de Basine? Siempre que Basine viene a casa tengo noticias tuyas y respuesta a mis cartas. Además, es evidente que mi hermana no podía contar más que con su antigua amiga del taller. Hoy estaré muy cerca de ti y profundamente contrariado por no poderte hacer asistir al homenaje que me dan. El amor propio de Angulema me ha valido un pequeño triunfo, que dentro de unos días quedará olvidado por completo, pero en el que tu alegría hubiese sido la única sincera. En fin, unos pocos días más y lo perdonarás todo a aquel para quien cuenta más que todas las glorias del mundo el ser tu hermano,

Lucien».

David sintió una lucha en su corazón a pesar de que eran fuerzas algo desiguales, ya que adoraba a su mujer y su amistad con Lucien había bajado un poco de estima. Pero en la soledad, la fuerza de los sentimientos cambia por completo. El hombre solitario es presa de preocupaciones como las que devoraban a David y cede ante pensamientos contra los que encontraría puntos de apoyo en el ambiente ordinario de la vida. Por eso, al leer la carta de Lucien, en medio de las fanfarrias de ese inesperado triunfo, se sintió profundamente conmovido al ver expresado en ella un

sentimiento con el que ya contaba. Las almas tiernas no resisten a esos pequeños efectos de sentimiento que estiman más poderosos en otros que en sí mismos. ¿No es acaso la gota que hace rebosar la copa ya llena?... Por eso, hacia la media noche, ninguna de las súplicas de Basine pudieron impedir que David se lanzara a la calle para ir a ver a Lucien.

—Nadie —le dijo él— se pasea a esta hora por las calles de Angulema, no me van a ver y no me pueden detener de noche, y, en el caso en que me encontrara con alguien, puedo emplear de nuevo el método utilizado por Kolb para volver a mi escondrijo. Además, hace mucho que no he abrazado a mi mujer y a mi hijo.

Basine cedió ante todas esas razones, tan plausibles, y dejó salir a David, que gritó: «¡Lucien!», en el momento en que Lucien y Petit-Claud se despedían. Y los dos hermanos se arrojaron el uno en brazos del otro, llorando. No hay muchos momentos semejantes en la vida. Lucien sentía la efusión de una de esas amistades a pesar de todo, con las que no se puede contar y a las que se reprocha haber engañado. David experimentaba la necesidad de perdonar. Este generoso y noble inventor quería, sobre todo, sermonear a Lucien y disipar las nubes que velaban el afecto del hermano y la hermana. Ante estas consideraciones del sentimiento, todos los peligros engendrados por la falta de dinero habían desaparecido.

Petit-Claud dijo a su cliente:

—¡Ve a casa, aprovecha al menos tu imprudencia para abrazar a tu esposa y a tu hijo, y que no te vean!

«¡Qué lástima! —se dijo Petit-Claud, que se quedó solo en la plaza du Murier—. Si estuviese aquí Cérizet...».

En el momento en que el procurador hablaba consigo mismo a lo largo del recinto de tablas que rodea a la plaza en el lugar donde hoy se levanta orgullosamente el Palacio de Justicia, oyó golpear detrás de una de las tablas a sus espaldas, como cuando alguien toca en la puerta con el dedo.

—Estoy aquí —dijo Cérizet, cuya voz pasaba entre la rendija de dos tablas mal colocadas—. He visto a David que salía del Houmeau. Comenzaba a sospechar el lugar de su escondrijo, y ahora ya estoy seguro de él, sé donde atraparlo; pero para tenderle una trampa es necesario que sepa algo sobre los proyectos de Lucien, y ahora veo que los ha hecho entrar. Quédese al menos con cualquier pretexto. Cuando David y Lucien salgan, tráigalos cerca de mí: se creerán solos y así podré oír las últimas frases de su despedida.

—Eres un perfecto demonio —dijo en voz baja Petit-Claud.

—¡Caramba! —exclamó Cérizet—. ¿Qué es lo que yo no haría para conseguir todo lo que me han prometido?

Petit-Claud se separó de las tablas y se paseó por la plaza du Murier, mirando hacia las ventanas de la habitación en donde la familia estaba reunida, pensando en su

porvenir como para darse valor, ya que la habilidad de Cérizet le permitía asestar el último golpe.

Petit-Claud era uno de esos hombres profundamente retorcidos y doblemente traidores, que nunca se dejan encandilar por los cebos del presente ni por el señuelo de ninguna amistad después de haber observado los cambios en el corazón humano y la estrategia de los intereses. Por eso, en un principio había contado poco con Cointet. Para el caso en que la combinación de su matrimonio no hubiese dado buen resultado, sin que hubiese tenido derecho a acusar a Cointet el mayor de traición, se había puesto en situación de poderlo molestar; pero después de su triunfo en el palacio Bargeton, Petit-Claud jugaba limpio. Su doble juego se había hecho inútil y era peligroso para la situación política a la que aspiraba. He aquí las bases sobre las que deseaba asentar su futura importancia.

Gannerac y algunos negociantes importantes comenzaban a formar en el Houmeau un comité liberal que se relacionaba por cuestiones comerciales con los jefes de la oposición. La subida del ministerio Villèle, aceptado por Luis XVIII, agonizante, era la señal de un cambio de actitud en la oposición, que a partir de la muerte de Napoleón renunciaba al medio peligroso de las conspiraciones. El partido liberal organizaba en el fondo de las provincias su sistema de resistencia legal: tendió a hacerse dueño de la mayoría electoral a fin de conseguir sus fines mediante el convencimiento de las masas. Liberal rabioso e hijo del Houmeau, Petit-Claud fue el promotor, el alma del consejo secreto de la oposición de la ciudad baja, oprimida por la aristocracia de la ciudad alta. Fue el primero en hacer ver el peligro que había en dejar que los Cointet dispusieran ellos solos de la prensa en el departamento del Charente, en donde la oposición debería tener un órgano, a fin de no quedar retrasada con respecto a las demás ciudades.

—Que cada uno de nosotros dé un billete de quinientos francos a Gannerac, y tendrá veintitantos millares de franco para comprar la imprenta Séchard, en donde seremos los dueños, teniendo cogido al propietario con un préstamo —dijo Petit-Claud.

El procurador hizo que la idea germinara para de esta forma tener asentada su doble situación frente a Cointet y Séchard, y naturalmente pensó en un bribón de la clase de Cérizet para hacer de él el hombre fiel del partido.

—Si puedes descubrir a tu antiguo patrón y ponerlo entre mis manos —dijo al antiguo regente de Séchard—, te prestaran veinte mil francos para que puedas comprar su imprenta, y probablemente estarás al frente de un periódico. Así pues, adelante.

Más seguro de la actividad de un hombre como Cérizet que de la de todos los Doublon del mundo, Petit-Claud había prometido en consecuencia a Cointet el mayor el arresto de Séchard. Pero desde que Petit-Claud acariciaba la esperanza de entrar en

la magistratura, preveía la necesidad de volver la espalda a los liberales; mas había inflamado de tal forma los espíritus en el Houmeau, que los fondos necesarios para la adquisición de la imprenta se habían reunido. Petit-Claud, entonces, decidió dejar que los acontecimientos siguieran su curso normal.

«¡Bah! —se dijo—. Cérizet cometerá algún delito de prensa y lo aprovecharé para mostrar con él mi talento...».

Se dirigió hacia la puerta de la imprenta y dijo a Kolb, que hacía de centinela:

—Sube y advierte a David que se aproveche de la hora que es para que pueda marcharse, y tomad muchas precauciones; me marchó, ya es la una...

Cuando Kolb abandonó su puesto de centinela en la puerta, le sustituyó Marion. Lucien y David bajaron, Kolb les precedió cien pasos y Marion caminaba a cien pasos tras ellos. Cuando los dos hermanos pasaron junto a las tablas, Lucien hablaba animadamente con David.

—Amigo mío —le decía—, mi plan es de una gran sencillez; pero ¿cómo hablar delante de Ève, que nunca se daría cuenta de mis medios? Estoy seguro de que Louise conserva en el fondo de su corazón un deseo que yo sabré despertar, la necesito solamente para vengarme de este imbécil de prefecto. Si nos amamos, aunque sólo sea una semana, haré que pida al ministerio un fondo de ayuda de veinte mil francos para ti. Mañana veré a esa mujer en aquel pequeño gabinete en donde empezaron nuestros amores y en donde, según Petit-Claud, nada ha cambiado: allí interpretaré mi papel. Por lo tanto, pasado mañana por la mañana te haré enviar por medio de Basine unas letras para decirte si he sido silbado... Quién sabe, tal vez ya quedés libre... ¿Te das cuenta ahora para qué quería mi ropa de París? No es precisamente con unos harapos como se ha de interpretar el papel de joven galán.

A las seis de la mañana, Cérizet se fue a ver a Petit-Claud.

—Mañana al mediodía, Doublon puede preparar su golpe; se apoderará de nuestro hombre, respondo de ello —le dijo el parisiense—. Tengo amistad con una de las obreras de la señorita Clerget, ¿comprende?...

Después de haber escuchado el plan de Cérizet, Petit-Claud corrió a casa de los Cointet.

—Consiga que esta tarde el señor du Hautoy se decida a dar a Françoise la nuda propiedad de sus bienes, y dentro de dos días firmará un acta de sociedad con Séchard. No me casaré hasta ocho días después del contrato; de esta forma nos encontraremos dentro de los términos de nuestras pequeñas convenciones: toma y daca. Pero espiemos bien esta noche lo que suceda en casa de la señora de Sénonches entre Lucien y la señora condesa du Châtelet, ya que todo depende de eso... Si Lucien espera triunfar gracias a la prefecta, tengo a David.

—Yo creo que será usted ministro de Justicia —dijo Cointet.

—¿Y por qué no? El señor de Peyronnet lo es —dijo Petit-Claud, que aún no se

había despojado por completo de la piel del liberal.

El dudoso estado de la señorita de La Haye le valió la presencia de la mayor parte de los nobles de Angulema a la firma de su contrato. La pobreza de este futuro matrimonio, que se casaba sin regalos, avisaba el interés que la gente gusta de testimoniar, ya que con la beneficencia pasa lo mismo que con los triunfos: se quiere una caridad que satisface el amor propio. Por tanto, la marquesa de Pimentel, la condesa du Châtelet, el señor de Sénonches y dos o tres amigos de la casa hicieron a Françoise algunos regalos de los que se hablaba mucho en la ciudad. Estas preciosas bagatelas, unidas al ajuar preparado desde hacía un año por Zéphirine, a las joyas del padrino y a los regalos de costumbre del novio, consolaron a Françoise y despertaron la curiosidad de muchas madres, que llevaron a sus hijas.

Petit-Claud y Cointet ya se habían dado cuenta de que los nobles de Angulema les toleraban al uno y al otro en su Olimpo, como una necesidad: uno era el administrador de la fortuna, el tutor subrogado de Françoise; el otro era indispensable para la firma del contrato, como el ahorcado en una ejecución; pero a la mañana siguiente de su matrimonio, si bien la señora Petit-Claud conservaba el derecho de acudir a la casa de su madrina, el marido se veía difícilmente admitido allí y se prometía imponerse por completo a ese orgulloso mundo.

Avergonzado por sus oscuros familiares, el procurador hizo que su madre se quedara en Mansle, adonde se había retirado, rogándole se hiciese la enferma y diera su consentimiento por escrito. Bastante humillado por verse sin familia, sin protectores, sin firma por su parte, Petit-Claud se sentía por tanto muy feliz de poder presentar en el hombre célebre a un amigo aceptable, y que la condesa estaba deseosa de ver. Por tanto, pasó a recoger a Lucien en coche. Para esta memorable velada, el poeta se había arreglado de forma tal que indudablemente le iba a proporcionar una superioridad sobre todos los hombres. La señora de Sénonches había anunciado, además, al héroe del momento, y la entrevista de los dos amantes reñidos era una de esas escenas precisamente apetitosas para la provincia. Lucien había pasado a la situación de León: se decía de él que estaba tan guapo, tan cambiado, tan maravilloso, que todas las mujeres de la Angulema noble sentían grandes deseos de verle. Siguiendo la moda de aquel tiempo, a la que se debe la transición del antiguo calzón de baile a los espantosos pantalones actuales, se había puesto un pantalón negro ceñido.

Los hombres aún dibujaban sus formas con gran desesperación de las personas delgadas o mal hechas, pero las de Lucien eran apolíneas. Sus medias de seda gris al día, sus pequeños zapatos, su chaleco de raso negro, su corbata, todo fue elegido escrupulosamente, y le sentaba a las mil maravillas. Su rubia y abundante cabellera rizada realzaba su blanca frente, a cuyo alrededor los bucles se levantaban con una gracia buscada. Sus ojos, llenos de orgullo, brillaban. Sus pequeñas manos de mujer,

bonitas bajo el guante, no tenían que dejarse ver desnudas. Copió los gestos de De Marsay, el famoso elegante parisiense, sujetando con una mano su bastón y su sombrero, que no dejó, y sirviéndose de la otra para hacer raros gestos con cuya ayuda comentaba sus frases.

Lucien hubiese querido deslizarse en el salón al igual que aquellos célebres personajes que, por falsa modestia, se rebajarían en la Puerta de Saint-Denis. Petit-Claud, que no tenía más que un amigo, abusó de él. Fue casi pomposamente como condujo a Lucien hasta la señora de Sénonches a media velada. A su paso, el poeta oyó murmullos que antes le hubiesen hecho perder la cabeza y que ahora le dejaron frío: estaba seguro de que valía, él solo, tanto como todo el Olimpo junto de Angulema.

—Señora —dijo a la señora Sénonches—, he felicitado ya a mi amigo Petit-Claud, que tiene madera de ministro de Justicia, por tener la dicha de pertenecerle, por muy débiles que sean los lazos entre una madrina y su ahijada —y esto lo dijo con un tono muy epigramático que fue oído por todas las damas que escuchaban sin aparentarlo—. Pero en lo que a mí respecta, bendigo una circunstancia que me permite presentarle mis respetos.

Esto lo dijo sin embarazos con ademán de gran señor que está de visita en casa de personas de poca categoría. Lucien escuchó la respuesta enredada que profirió Zéphirine, mientras lanzaba una mirada circular por el salón para ir preparando sus efectos. Por eso, pudo saludar con gracia y matizando sus sonrisas a Francis du Hautoy y al prefecto, quienes le saludaron; finalmente, se acercó a la señora du Châtelet, fingiendo que se percataba de su presencia. Este encuentro era hasta tal punto el acontecimiento de la noche, que el contrato de matrimonio en el que las personas distinguidas iban a dejar su firma, acompañados al dormitorio, sea por el notario, sea por Françoise, fue olvidado. Lucien dio unos pasos hacia Louise de Nègrepelisse; y con aquella gracia parisiense, que para ella se encontraba en estado de recuerdo desde su llegada, le dijo en voz lo suficientemente alta:

—¿Es a usted, señora, a quien debo la invitación que me proporciona el placer de cenar pasado mañana en la prefectura?...

—No la debe, caballero, sino a su gloria —replicó secamente Louise, un tanto afectada por el tono agresivo de la frase meditada por Lucien, a fin de herir el orgullo de su antigua protectora.

—¡Ah!, señora condesa —dijo Lucien, con aire a la vez fatuo y distinguido—, me es imposible llevarle al hombre, si éste se encuentra en su desgracia.

Y sin esperar respuesta, giró sobre sí mismo al distinguir al obispo, al que saludó muy noblemente.

—Vuestra Ilustrísima casi fue profeta —dijo con voz encantadora—, y trataré de que lo sea por completo. Me siento muy feliz por haber podido venir aquí esta noche,

ya que de esta forma tengo la ocasión de poder presentarle mis respetos.

Lucien enzarzó a monseñor en una conversación que duró diez minutos. Todas las mujeres miraban a Lucien como a un fenómeno. Su inesperada impertinencia había dejado a la señora du Châtelet sin voz ni respuesta. Al ver a Lucien objeto de la admiración de todas las mujeres, al seguir de grupo en grupo la versión que cada una se hacía al oído de las frases que Lucien había pronunciado dejándola como aplastada, teniendo el aspecto de desdeñarla, se sintió lastimada en el corazón por una contracción de amor propio.

«Si después de esta frase no viniera mañana, ¡vaya escándalo! —pensó—. ¿De dónde saca este orgullo? ¿Se habrá encaprichado por él la señorita Des Touches?... ¡Es tan guapo! ¡Se dice que en París corrió a su casa a la mañana siguiente a la muerte de la actriz!... Tal vez ha venido a salvar a su cuñado y se encontró tras nuestra calesa en Mansle a causa de un accidente de viaje, Aquella mañana, Lucien nos miró a Sixte y a mí de forma muy singular».

Fue una miríada de pensamientos, y, desgraciadamente para Louise, se dejaba llevar por ellos mientras observaba a Lucien que hablaba con el obispo como si hubiese sido el rey del salón: no saludaba a nadie, y esperaba a que se acercaran a él, paseando su mirada con una variedad de expresión y una desenvoltura digna de De Marsay, su modelo. No se separó del prelado para saludar al señor de Sénonches, que se hizo ver a poca distancia.

Al cabo de diez minutos, Louise no pudo más. Se levantó, se acercó al obispo y le dijo:

—¿Qué os están diciendo, monseñor, para que os haga sonreír tan a menudo?

Lucien se apartó unos pasos para dejar discretamente a la señora du Châtelet con el prelado.

—¡Ah!, señora condesa, ¡este muchacho tiene mucho ingenio!... Me estaba explicando cómo le debe a usted todos sus éxitos...

—Yo, señora, no soy ingrato... —dijo Lucien, lanzando una mirada de reproche que encantó a la condesa.

—Entendámonos —dijo ella, atrayendo a Lucien con un gesto del abanico—. Venga con Monseñor, por aquí... Su Ilustrísima será nuestro juez.

Y señaló el gabinete, haciendo pasar al obispo.

—Está obligando a Monseñor a hacer un papelón... —dijo una mujer del campo Chandour, lo suficientemente alto como para ser oída.

—¡Nuestro juez!... —dijo Lucien, mirando alternativamente al prelado y a la prefecta—. ¿Habrá, pues, un culpable?

Louise de Nègrepelisse se sentó en el canapé de su antiguo gabinete. Después de haber hecho que Lucien se sentara a su lado y Monseñor al otro, comenzó a hablar. Lucien hizo a su antigua amiga el honor, la sorpresa y la dicha de no escuchar. Tuvo

la actitud y los gestos de la Pasta en *Tancredi*, cuando va a decir: «¡Oh, patria!...». Sobre su fisonomía, cantó la famosa cavatina «del Risso». Finalmente, el alumno de Coralie encontró el medio de hacer que a sus ojos asomaran unas lágrimas.

—¡Ah, Louise, cómo te amaba! —le dijo al oído, sin preocuparse por el prelado ni por la conversación, en el momento en que se dio cuenta que las lágrimas habían sido vistas por la condesa.

—Séquese los ojos o me perderá aquí, una vez más —dijo ella, volviéndose hacia él en un aparte que chocó al prelado.

—Es suficiente con una —repuso vivamente Lucien—. Esta frase de la prima de la señora de Espard secaría todas las lágrimas de una Magdalena. ¡Dios mío!... Por un momento he encontrado mis recuerdos, mis ilusiones, mis veinte años, y usted me los...

Monseñor entró repentinamente en el salón, comprendiendo que su dignidad podía quedar comprometida por aquellos dos antiguos amantes. Todos afectaron dejar solos a la prefecta y a Lucien en el gabinete. Pero un cuarto de hora más tarde, Sixte, a quien los discursos, las risas y los paseos en el umbral de la puerta disgustaron, se acercó con aire más que contrariado, y se encontró a Lucien y a Louise en animada conversación.

—Señora —dijo Sixte al oído de su mujer—, usted que conoce mejor que yo Angulema, ¿no tendría que pensar en la señora prefecta y en el gobierno?

—Querido —dijo, mirando a su editor responsable con aire altanero que le hizo temblar—, estoy hablando con el señor de Rubempré de cosas importantes para usted. Se trata de salvar a un inventor a punto de ser víctima de las maniobras más ruines, y usted nos va a ayudar a ello... En cuanto a esas señoras, pueden pensar de mí lo que quieran, y va a ver cuál va a ser mi comportamiento para helar el veneno en sus lenguas.

Salió del gabinete, apoyada en el brazo de Lucien, y le condujo a firmar el contrato, alardeando con una audacia de gran señora.

—¿Firmamos juntos?... —dijo ella, tendiendo la pluma a Lucien.

Lucien se dejó enseñar por ella el lugar en el que había firmado, a fin de que sus firmas estuvieran una junto a la otra.

—Señor de Sénonches, ¿ha reconocido al señor de Rubempré? —dijo la condesa, forzando al impertinente cazador a saludar a Lucien.

Condujo a Lucien de nuevo al salón y lo sentó entre ella y Zéphirine, en el temible canapé del centro. Luego, como una reina en su trono, comenzó, primero en voz baja, una conversación, evidentemente chistosa, a la que se unieron algunos de sus antiguos amigos y muchas mujeres que le hacían la corte. Bien pronto Lucien, convertido en el héroe del círculo, fue instado por la condesa a hablar de la vida de París, cuya sátira fue improvisada con un verbo increíble y sembrada de anécdotas

sobre personas célebres, verdadera golosina de la conversación de la que tan ávidos son los provincianos. Se admiró el ingenio como se había admirado al hombre. La señora condesa Sixte triunfaba de forma tan patente con Lucien, hacía tan perfectamente el papel de mujer encantada con su instrumento, le proporcionaba la réplica con tanta oportunidad, solicitaba para él aprobación con miradas tan comprometedoras, que varias mujeres comenzaron a ver en la coincidencia de la vuelta de Louise y Lucien un profundo amor víctima de algún doble desprecio. Un despecho había, tal vez, conducido al matrimonio tan poco acertado con du Châtelet, contra el que ahora se producía la reacción.

—¡Bueno! —dijo Louise en voz baja a Lucien, antes de levantarse—. Pasado mañana, hágame el favor de ser puntual...

La prefecta dejó a Lucien esbozando una pequeña inclinación de cabeza excesivamente amistosa, y se fue a decir unas palabras al conde Sixte que buscaba su sombrero.

—Si lo que la señora du Châtelet me acaba de decir es verdad, mi querido Lucien, cuente conmigo —dijo el prefecto, yendo en persecución de su mujer, que se marchaba sin él, como en París—. Desde esta noche su cuñado puede considerarse como persona libre de culpa.

—El señor conde me lo debe —repuso Lucien, sonriendo.

—Bueno, estamos fastidiados... —dijo Cointet al oído de Petit-Claud, testigo de esta despedida.

Petit-Claud, fulminado por el éxito de Lucien, estupefacto por la brillantez de su ingenio y por el juego de su gracia, miraba a Françoise de La Haye, cuya fisonomía, llena de admiración por Lucien, parecía decir a su prometido: «Sea como su amigo».

Un rayo de alegría iluminó el rostro de Petit-Claud.

—La cena del prefecto no es hasta pasado mañana, tenemos aún un día para nosotros —dijo—; respondo de todo.

—Bueno, amigo mío —dijo Lucien a Petit-Claud a las dos de la mañana, mientras regresaban a pie—; llegué, vi, vencí. Dentro de unas horas Séchard será completamente feliz.

«Esto es todo lo que yo quería saber. Sólo te creía poeta, y también eres Lauzun; esto es ser dos veces poeta», pensó Petit-Claud, dándole un apretón de manos que había de ser el último.

—Mi querida Ève —dijo Lucien, despertando a su hermana—; ¡una buena noticia! Dentro de un mes Lucien ya no tendrá más deudas...

—¿Y cómo?

—Pues bien, la señora du Châtelet escondía bajo sus faldas a mi antigua Louise; ¡me quiere más que nunca y va a hacer un informe al Ministerio del Interior, a través de su marido, en favor de nuestro descubrimiento!... Por eso, no tenemos más de un

mes para sufrir, el tiempo de vengarme del prefecto y hacerle el más dichoso de los esposos. —Ève creyó estar soñando al oír hablar a su hermano—. Al ver de nuevo el saloncito gris en donde temblaba como un niño hace dos años, al examinar aquellos muebles, las pinturas y las figuras, ¡me caía una venda de los ojos! ¡Cómo cambia París la forma de pensar!

—¿Es eso una dicha?... —dijo Ève, entendiendo por fin a su hermano.

—Bueno, tú estás dormida; hasta mañana, ya hablaremos después del almuerzo —le dijo Lucien.

El plan de Cérizet era de una enorme sencillez. Aunque pertenecía a la clase de estratagemas de los que se valen los notarios y agentes ejecutivos de provincias para detener a sus deudores, y cuyo éxito es hipotético, tenía que triunfar, ya que se basaba tanto sobre el conocimiento de los caracteres de Lucien y David como sobre sus esperanzas.

Entre las obrerillas de las que era el Don Juan y a las que gobernaba, enfrentando a unas contra otras, el regente de los Cointet, por el momento en servicio extraordinario, había distinguido a una de las planchadoras de Basine Clerget, una muchacha casi tan guapa como la señora de Séchard, llamada Henriette Signol, y cuyos padres eran pequeños viñadores que vivían en su propiedad a dos leguas de Angulema, en la carretera de Saintes.

Los Signol, como todos los campesinos, no eran lo suficientemente ricos como para tener con ellos a su hija única y la habían destinado a colocarse en una casa, es decir, a que fuera doncella. En provincias, una doncella tiene que saber lavar y planchar la ropa fina. La reputación de la señora Prieur, a quien sucedía Basine, era tal que los Signol colocaron allí a su hija como aprendiz, pagando una pensión por el alojamiento y la manutención. La señora Prieur pertenecía a esta raza de viejas amas que, en provincias, creen substituir a los padres. Vivía en familia con sus aprendizas, las llevaba a la iglesia y las vigilaba concienzudamente.

Henriette Signol, una morena guapa, desenvuelta, de mirada penetrante, cabellos largos y abundantes, era blanca como son blancas las hijas del Mediodía, con la blancura de una magnolia. Por lo tanto, Henriette fue una de las primeras obreras que Cérizet catalogó; pero como pertenecía a una familia de honrados labradores, no cedió más que vencida por los celos, por el mal ejemplo y por esta frase seductora: «¡Me casaré contigo!», que Cérizet le dijo una vez se vio segundo regente en casa de los señores Cointet.

Al enterarse de que los Signol poseían unos diez o doce mil francos en viñas y una pequeña casa bastante confortable, el parisiense se apresuró a colocar a Henriette en la imposibilidad de ser la mujer de otro. Los amores de la bella Henriette y del pequeño Cérizet estaban en aquel punto cuando Petit-Claud le habló de hacerle propietario de la imprenta Séchard, enseñándole una especie de comandita de veinte

mil francos que debía de ser un cebo. Este porvenir deslumbró al regente, la cabeza le dio vueltas, la señorita Signol le pareció un obstáculo para sus ambiciones y se desentendió de la pobre muchacha. Henriette, presa de la desesperación, se encariñó tanto más con el pequeño regente cuanto que éste parecía querer abandonarla.

Al descubrir que David se ocultaba en casa de la señorita Clerget, el parisiense, cambió de idea con respecto a Henriette, pero sin variar de conducta; ya que se proponía hacer servir para su fortuna la especie de locura que se apodera de una muchacha cuando, para esconder su deshonor, tiene que casarse con su seductor. Durante la mañana del día en que Lucien tenía que reconquistar a su Louise, Cérizet confió a Henriette el secreto de Basine, diciéndole que su futuro y su matrimonio dependían del descubrimiento del lugar en que se escondía David. Una vez aleccionada, Henriette no tuvo dificultad en reconocer que el impresor sólo podía estar oculto en el lavabo de la señorita Clerget, y no creyó haber hecho mal alguno dedicándose a ese espionaje; pero Cérizet la había comprometido en su traición con ese comienzo de participación.

Lucien dormía todavía cuando Cérizet, que fue a enterarse el resultado de la velada, escuchaba en el despacho de Petit-Claud la narración de los grandes menudos acontecimientos que debían conmocionar a Angulema.

—¿Lucien le ha escrito alguna carta desde su vuelta? —preguntó el parisiense después de haber inclinado la cabeza en señal de satisfacción cuando el procurador hubo terminado.

Ésta es la única que tengo —dijo Petit-Claud, tendiendo una nota en la que Lucien había trazado unas líneas sobre el papel de cartas que su hermano utilizaba.

—Pues bien —dijo Cérizet—, diez minutos antes de la puesta del sol, que se embosque Doublon en la Puerta Palet, que esconda a sus gendarmes y que disponga a su gente, tendrá a su hombre.

—¿Estás seguro de tu asunto? —preguntó Petit-Claud, examinando a Cérizet.

—Confío en la suerte —dijo el ex golfillo de París—, que es una bribona y no quiere a las personas honradas.

—Es preciso triunfar —repuso el procurador con tono seco.

—Triunfaré —dijo Cérizet—. Usted es quien me ha revolcado por este barro, bien podría darme algunos billetes de banco para limpiarme... Pero, caballero —añadió el parisiense, al sorprender en el rostro del procurador una expresión que no le gustó—, si me ha engañado, si dentro de ocho días no me compra la imprenta... Pues bien, dejará usted una joven viuda —dijo en voz baja el de París, lanzando la muerte en su mirada.

—Si detenemos a David a las seis, estáte a las nueve en casa del señor Gannerac y realizaremos tu asunto —dijo perentoriamente el procurador.

—De acuerdo. ¡Será servido, patrón! —dijo Cérizet.

Cérizet conocía ya el manejo consistente en lavar el papel, que coloca hoy en día los intereses del fisco en peligro. Lavó las cuatro líneas escritas por Lucien y las reemplazó por las siguientes, imitando la letra con una perfección desoladora para el porvenir social del regente.

«Mi querido David, puedes venir sin temor a casa del Prefecto; tu asunto ya está resuelto; y para estos momentos, ya puedes salir, me adelantaré a tu encuentro para explicarte cómo debes comportarte con el Prefecto.

»Tu hermano,

Lucien».

A mediodía, Lucien escribió una carta a David, en donde le comunicaba el éxito de la velada y le aseguraba la protección del prefecto, que, dijo, hoy mismo dirigía un informe al ministro sobre el descubrimiento, que le había entusiasmado.

En el momento en que Marion llevó esa carta a la señorita Basine, con el pretexto de darle a lavar las camisas de Lucien, Cérizet, informado por Petit-Claud de la probabilidad de esta carta, condujo a la señorita Signol a un paseo por las orillas, del Charente. Hubo sin duda un combate en el que la honradez de Henriette se defendió durante largo tiempo, ya que el paseo duró dos horas. No sólo estaba en juego el interés de una pobre criatura, sino también todo un porvenir de dicha, una fortuna; y lo que Cérizet le pedía era una bagatela; de todos modos, él se guardó muy bien de informarle sobre sus consecuencias. Únicamente, lo que asustaba a Henriette era el exorbitante precio de aquellas bagatelas. Sin embargo, Cérizet logró de su amante que se prestara a realizar su estratagema. A las cinco, Henriette salió y volvió a entrar, diciendo a la señorita Clerget que la señora Séchard la llamaba inmediatamente. Luego, un cuarto de hora después de la salida de Basine, ella subiría, llamaría al cuarto y entregaría a David la falsa carta de Lucien. Después, Cérizet lo esperaba todo del azar.

Por primera vez en más de un año, Ève sintió que se aflojaba el cinturón férreo con que la necesidad la oprimía. Al fin tuvo esperanzas. Ella también quiso disfrutar de su hermano, mostrarse al brazo del hombre festejado en su tierra, adorado por las mujeres, amado por la orgullosa condesa du Châtelet. Se puso guapa y pensó pasearse por el Beaulieu del brazo de su hermano, A aquella hora todo Angulema, en el mes de septiembre, se da cita allí para tomar el fresco.

—¡Oh!, es la bella señora Séchard —dijeron algunas voces, al ver a Ève.

—Nunca lo hubiera pensado de ella —dijo una mujer.

—El marido se esconde y la esposa se exhibe —dijo la señora Postel, lo suficientemente alto como para que la pobre mujer lo oyera.

—¡Oh!, volvamos —dijo Ève a su hermano—, he cometido una equivocación.

Unos minutos antes de la puesta del sol, el rumor que produce una aglomeración se levantó de la cuesta que desciende al Houmeau. Lucien y su hermana, empujados por la curiosidad, se dirigieron por aquel lado, ya que oyeron a varias personas que venían del Houmeau hablar entre ellas, como si se hubiese cometido un crimen.

—Tal vez un ladrón al que han detenido... Está pálido como un muerto —dijo un transeúnte al hermano y la hermana, al verles correr hacia el círculo que iba aumentando.

Ni Lucien ni su hermana tuvieron la menor aprensión. Miraron a los treinta chiquillos y viejas, a los obreros que venían de su trabajo y que precedían a los gendarmes, cuyos sombreros bordados brillaban en el centro del grupo principal. Este grupo, seguido de una muchedumbre de unas cien personas, caminaba como una nube tormentosa.

—¡Ah! —dijo Ève—. ¡Es mi marido!

—¡David! —gritó Lucien.

—¡Es su mujer! —dijeron algunos, apartándose.

—¿Quién te ha pedido hacer salir? —preguntó Lucien.

—Tu carta —repuso David, pálido y deshecho.

—Estaba segura de ello —dijo Ève, que cayó desmayada al suelo.

Lucien levantó a su hermana, que dos personas ayudaron a transportar hasta su casa, donde Marion la acostó. Kolb salió a buscar un médico. A la llegada del doctor, Ève no había recobrado aún el conocimiento. Lucien se vio entonces obligado a confesar a su madre que él era la causa de la detención de David, ya que no podía explicarse la confusión a que había dado lugar la falsa carta. Lucien, fulminado por una mirada de su madre, en la que puso su maldición, subió a su habitación y se encerró en ella.

Al leer la siguiente carta, escrita en medio de la noche e interrumpida varias veces, todos podrán adivinar por las frases, como arrojadas una a una, todas las agitaciones de Lucien.

«Mi bien amada hermana, nos hemos visto todos hace un momento por última vez. Mi resolución es definitiva. He aquí por qué: en muchas familias se encuentra un ser fatal que, para ellas, es una especie de enfermedad. Para vosotros, yo soy ese ser. Esta observación no es mía, sino de un hombre que ha visto mucho mundo. Cenábamos una noche entre amigos en el Rocher de Cancale. Entre las mil bromas que entonces se intercambiaron, este diplomático nos dijo que una cierta muchacha, a la que con sorpresa veíamos quedarse soltera, estaba enferma de su padre. Y entonces nos explicó su teoría sobre las enfermedades de familia. Nos explicó cómo, sin tal madre, una casa

hubiese sido próspera, cómo un hijo había arruinado a su padre, cómo tal padre había destruido el porvenir y la consideración de sus hijos. Aunque mantenida un tanto en broma, esta tesis social quedó apoyada en diez minutos por tantos ejemplos, que me quedé sorprendido. Esta verdad justificaba todas las paradojas insensatas, pero ingeniosamente demostradas, mediante las que los periodistas se divertían entre ellos cuando no encuentran una persona a la que embromar.

»Pues bien, yo soy el ser fatal para nuestra familia. Con el corazón lleno de ternura obro como el peor enemigo. A todos vuestros sacrificios he respondido con males. Aunque de forma involuntaria, el último golpe asestado es el más cruel, Mientras llevaba en París una vida sin dignidad, llena de placeres y de miserias, tomando la camaradería por amistad, dejando a verdaderos amigos por personas que querían y habrían de explotarme, olvidándome y no acordándome de vosotros más que para causaros mal, seguíais el humilde sendero del trabajo, yendo de forma penosa pero segura hacia esa fortuna que yo trataba tan locamente de sorprender. Mientras vosotros os ibais haciendo mejores, yo introducía en mi vida un elemento funesto.

»Sí, tengo desmesuradas ambiciones que me impiden aceptar una vida humilde. Tengo gustos y placeres cuyo recuerdo envenena el goce que está a mi alcance y que antaño me hubiese bastado. ¡Oh, mi Ève querida!, me juzgo más severamente que lo que cualquiera pudiera hacerlo, ya que me condeno en absoluto y sin piedad para mí. La lucha en París exige una fuerza constante y mi querer sólo va por accesos: mi cerebro es intermitente. El futuro me asusta tanto que no quiero saber nada con el futuro, y el presente me es insoportable. He querido volver a veros, hubiese sido mejor haberme desterrado para siempre. Pero el destierro sin medios de fortuna sería una locura y no la voy a añadir a todas las otras.

»La muerte me parece preferible antes que una vida incompleta; y en cualquier posición que me sitúe, mi excesiva vanidad hará que cometa tonterías. Ciertos seres son como ceros, les es preciso una cifra que les preceda y entonces su nada adquiere un valor diez veces mayor. Yo sólo puedo adquirir valor mediante un matrimonio con una voluntad fuerte, implacable. La señora de Bargeton era mi mujer, he hecho fracasar mi vida al no abandonar a Coralie por ella. David y tú podríais ser excelentes pilotos para mí; pero no sois lo suficientemente fuertes como para domeñar mi debilidad que se escapa, en cierta manera, a la dominación. Me gusta la vida fácil, sin problemas; y, para librarme de una contrariedad, soy de una cobardía que me puede llevar muy lejos. Soy un príncipe nato. Tengo más destreza de

ingenio que la necesaria para triunfar, pero sólo me dura un momento, y el premio en una carrera recorrida por tanto ambicioso es para aquel que sólo despliega la necesaria y que aún conserva la suficiente al final.

»Haré mal, como lo acabo de hacer aquí, con la mejor buena fe del mundo. Hay hombres-roble y yo no soy, tal vez más que un arbusto elegante y tengo la pretensión de ser un cedro. Éste es mi resultado escrito. Este desacuerdo entre mis medios y mis deseos, esta falta de equilibrio anulará para siempre mis esfuerzos. Hay muchos caracteres así entre los escritores, a causa de la desproporción continua entre la inteligencia y el carácter, entre el querer y el deseo. ¿Cuál sería mi destino? Lo puedo ver con antelación al acordarme de algunas viejas glorias parisienses que he visto olvidadas. En el umbral de la vejez seré un viejo prematuro, sin fortuna y sin consideración. Todo mi ser actual rechaza una vejez así: no quiero ser un pingajo social.

»Querida hermana adorada, tanto por tus últimos rigores como por tus ternuras primeras, si hemos pagado caro el placer que he tenido al volver a verte, tú y David pensaré tal vez más adelante que ningún precio era demasiado alto para las últimas dichas de un pobre ser que os amaba... No hagáis ninguna búsqueda sobre mí ni sobre mi destino: al menos mi ingenio me habrá servido para la ejecución de mi voluntad. La resignación, ángel mío, es un suicidio cotidiano; yo sólo tengo resignación para un sólo día, así que me voy a aprovechar de ella hoy...

»Dos de la mañana.

»Sí, lo he resuelto de forma definitiva. Adiós, pues, y para siempre, mi querida Ève. Experimento una cierta dicha al pensar que sólo viviré en vuestros corazones. Ésa será mi tumba... no quiero otra. Adiós una vez más... Es el último de tu hermano.

Lucien».

Después de haber escrito esta carta, Lucien bajó sin hacer ruido, la depositó sobre la cuna de su sobrino, dio un beso en la frente a su hermana dormida, con los ojos llenos de lágrimas, y salió. Apagó la vela ante la luz crepuscular y, después de haber contemplado aquella vieja casa por última vez, abrió con cuidado la puerta del corredor, pero a pesar de sus precauciones, despertó a Kolb, que dormía sobre un colchón en el suelo del taller.

—¿Quién fa?... —exclamó.

—Soy yo —repuso Lucien—. Me voy, Kolb.

—*Megor hupiese hecho gon no haper jenido minga* —se dijo Kolb a sí mismo,

pero lo suficientemente alto para que Lucien lo oyera.

—Bien hubiese hecho con no haber venido al mundo —repuso Lucien—. Adiós, Kolb, no te censuro por un pensamiento que yo también tengo. Dirás a David que mi última pena es no haberle podido abrazar.

Cuando el alsaciano se hubo vestido, Lucien había cerrado ya la puerta de la casa y bajaba hacia el Charente por el paseo de Beaulieu, pero como si se dirigiera a una fiesta, ya que había hecho un sudario de su ropa parisiense y de su elegante conjunto de dandy. Sorprendido por el acento y las últimas palabras de Lucien, Kolb quiso saber si su ama estaba al corriente de la marcha de su hermano y si se había despedido de ella; pero al encontrar la casa sumida en un profundo silencio, pensó que sin duda aquella marcha debía de ser conocida y se volvió a acostar.

En relación a la gravedad del asunto, se ha escrito poco entre el suicidio y se ha estudiado poco. Tal vez esta enfermedad es inobservable.

El suicidio es el efecto de un sentimiento al que llamaremos si os parece la estima de sí mismo, para no confundirlo con la palabra honor. El día en que el hombre se desprecia, el día en que se ve despreciado, el momento en que la realidad de la vida está en desacuerdo con sus esperanzas, se mata y rinde de este modo homenaje a la sociedad ante la cual no quiere aparecer desprovisto de sus virtudes o de su esplendor. A pesar de lo que se diga, entre los ateos (hay que exceptuar del suicidio al cristiano) sólo los cobardes aceptan una vida deshonrosa. El suicidio es de tres naturalezas: en primer lugar existe el suicidio que no es más que el último acceso de una larga enfermedad y que, desde luego, pertenece a la patología; luego, el suicidio como desesperación, y, finalmente, el suicidio por razonamiento. Lucien se quería matar por desesperación y por razonamiento, los dos suicidios que se pueden volver a reconsiderar, ya que el patológico es el único irrevocable, aunque a menudo se juntan las tres causas, como en el caso de Jean-Jacques Rousseau, Lucien, una vez tomada su determinación, cayó en la deliberación de los medios, y el poeta quiso terminar poéticamente. En un principio había pensado en ir y arrojarse simplemente en el Charente; pero, al bajar las cuestas de Beaulieu por última vez, oyó por anticipado el escándalo que produciría su suicidio, vio el espantoso espectáculo de su cuerpo flotando sobre el agua, deformado, siendo objeto de una instrucción judicial; como algunos suicidas, tuvo un amor propio póstumo. Durante el día que pasó en el molino de Courtois se había paseado a lo largo del río y se había fijado que, no lejos del molino, había uno de esos remansos circulares, como se suelen encontrar en las corrientes de agua pequeñas cuya excesiva profundidad queda acusada por la tranquilidad de la superficie. El agua ya no es ni verde, ni azul, ni clara, ni amarilla; es como una especie de espejo de acero pulimentado. Los bordes de esta laguna carecían de gladiolos y flores azules y tampoco se veían las anchas hojas del nenúfar; la hierba de la orilla era corta y apretada; los sauces, colocados pintorescamente, lloraban a su alrededor. Se podía adivinar fácilmente un precipicio lleno de agua. Aquel que tuviera el suficiente valor como para llenar de piedras sus bolsillos, debía de encontrar allí una muerte inevitable y no ser nunca encontrado.

«He aquí —se había dicho el poeta, admirando aquel hermoso paisaje— un lugar en el que uno se ahoga de un chapuzón».

Este recuerdo acudió a su memoria en el momento en que llegaba al Houmeau. Echó a andar, pues, hacia Marsac, presa de sus últimos y fúnebres pensamientos y con la firme intención de ocultar así el secreto de su muerte, de no ser objeto de una investigación, de no ser enterrado y no ser visto en él: horrible estado en que se encuentran los ahogados cuando! salen a flor de agua. Pronto llegó hasta una de aquellas cuestas que frecuentemente se encuentran en las carreteras de Francia, y

sobre todo entre Angulema y Poitiers.

La diligencia de Burdeos a París avanzaba con rapidez y los viajeros iban sin duda a bajar para subir aquella cuesta a pie. Lucien, que no quiso que le vieran, se dejó caer en un pequeño camino con desnivel y se puso a coger las flores de una viña. Cuando volvió de nuevo a la carretera principal, llevaba en la mano un gran ramillete de telefio, una flor amarilla que crece entre los guijarros de las viñas, y se fue a tropezar con un viajero vestido enteramente de negro, de cabellos empolvados, calzando unas zapatos de piel de Orléans con hebillas de plata, de rostro moreno y lleno de cicatrices, como si en su infancia se hubiese caído al fuego. Este viajero, de aspecto netamente eclesiástico, caminaba lentamente y fumaba un cigarro. Al oír al Lucien, que saltaba de la viña a la carretera, el desconocido se volvió y pareció sorprendido de la belleza profundamente melancólica del poeta, de su ramo simbólico y de su aspecto elegante. Este viajero se parecía a un cazador que se encuentra con una presa esperada por largo tiempo y buscada inútilmente. Dejó que Lucien se fuera acercando y retrasó el paso fingiendo mirar al fondo de la pendiente. Lucien, que hizo el mismo movimiento, vio allí una pequeña calesa con dos caballos enganchados y un postillón a pie.

—Ha dejado pasar la diligencia, caballero; perderá su sitio, a menos que quiera subir a mi calesa para alcanzarla, ya que se va más de prisa que en el transporte público —dijo viajero a Lucien, pronunciando estas palabras con un acento español muy marcado y dando a su ofrecimiento una exquisita cortesía.

Sin esperar la respuesta de Lucien, el español sacó de su bolsillo un estuche de cigarros y se lo presentó abierto al poeta para que cogiera uno.

—No soy un viajero —repuso Lucien—, y me encuentro demasiado cerca del final de mi viaje para darme el placer de fumar...

—Es usted muy severo consigo mismo —continuó el español—. Aunque canónigo honorario de la catedral de Toledo, de vez en cuando me apetece un buen cigarro. Dios nos ha dado el tabaco para adormecer nuestras pasiones y nuestros dolores... Me da la sensación de que está apenado, al menos lleva su enseña en la mano como el triste dios del himeneo. Tome... todas sus penas desaparecerán con el humo del cigarro.

Y el sacerdote acercó de nuevo su caja de mimbre con una especie de seducción y lanzando a Lucien vivas miradas de caridad.

—Perdón, padre —replicó secamente Lucien—, no hay cigarros que puedan disipar mis penas...

Y al decir esto, los ojos de Lucien se llenaron de lágrimas.

—¡Oh!, muchacho, ¿acaso es la providencia divina la que me ha hecho desear estirar un poco las piernas para de este modo disipar el sueño que por la mañana se adueña de todos los viajeros, a fin de que, al consolarle, pueda cumplir mi misión

aquí abajo?... ¿Y qué grandes penas puede tener a su edad?

—Sus consuelos, padre, serían inútiles; es usted español y yo soy francés; usted cree en los mandamientos de la Iglesia, mientras que yo soy ateo...

—¡Santa Virgen del Pilar!... ¡Es ateo! —exclamó el sacerdote, cogiendo del brazo a Lucien con celo casi maternal—. Ésta es una de las curiosidades que me había prometido observar en París. En España no creemos en los ateos... Sólo en Francia pueden tenerse semejantes opiniones a los diecinueve años.

—¡Oh! Yo soy un ateo completo; no creo ni en Dios, ni en la sociedad, ni en la felicidad. Míreme pues bien, padre, ya que dentro de unas horas no existiré... Éste es mi último sol... —dijo Lucien con cierto énfasis, señalando al cielo.

—Pero, ¿qué ha hecho para morir? ¿Quién le ha condenado a muerte?

—Un tribunal soberano, ¡yo mismo!

—¡Criatura! —exclamó el sacerdote—. ¿Ha matado a algún hombre?, ¿le espera el patíbulo? Razonemos un poco. Si quiere entrar, según dice, en la nada, todo le es aquí abajo indiferente. —Lucien inclinó la cabeza en signo de asentimiento—. Pues bien, puede contarme sus penas... ¿Se trata tal vez de algunos amoríos que no van bien?... —Lucien hizo un gesto de hombros muy significativo—. ¿Quiere matarse para evitar el deshonor o porque desespera de la vida? Pues bien, se podrá matar de igual modo en Poitiers que en Angulema, y en Tours igual que en Poitiers. Las arenas movedizas del Loira no devuelven su presa...

—No, padre —replicó Lucien—, ya lo tengo decidido. Hace unos veinte días vi el remanso más encantador para que un hombre, asqueado de este mundo, pueda abordar el otro...

—¿Otro mundo? Entonces usted no es ateo.

—¡Oh! Lo que yo tengo por otro mundo es mi transformación en animal o en planta...

—¿Tiene alguna enfermedad incurable?

—Sí, padre...

—Bueno, ¡entonces ya está! —dijo el sacerdote—. ¿Cuál?

—La pobreza.

El sacerdote miró a Lucien, sonriendo, y le dijo con gracia infinita y sonrisa casi irónica:

—El diamante ignora su valor.

—¡Sólo un sacerdote puede halagar a un hombre que va a morir! —gritó Lucien.

—Usted no morirá —repuso el español con autoridad.

—He solido oír que en las carreteras se desvalijaba a la gente, pero nunca me habían dicho que se les enriqueciera.

—Va a saberlo —dijo el sacerdote, tras de haber examinado si la distancia a la que se encontraba el coche les permitía dar aún algunos pasos solos—. Escúcheme —

dijo, masticando su cigarro—, su pobreza no puede ser una razón para morir. Necesito un secretario. El mío acaba de morir en Barcelona. Me encuentro en la misma situación en que estaba el barón de Goërtz, el famoso ministro de Carlos XII, que llegó sin secretario a una pequeña ciudad camino de Suecia, como yo voy hacia París. El barón tropezó con el hijo de un orfebre, digno de mención por una belleza, que sin embargo no iguala, a la de usted... El barón de Goërtz encuentra inteligencia en ese joven, como yo encuentro poesía en su frente; le sube a su coche, como yo le voy hacer subir al mío, y de este muchacho, condenado a bruñir cubiertos y a fabricar joyas en una pequeña ciudad de provincias como Angulema, hace de él su favorito, como usted lo será mío. Una vez en Estocolmo, instala a su secretario y lo abrumba de trabajo. El joven secretario se pasa las noches escribiendo y, como todos los grandes trabajadores, contrae una costumbre, se pone a comer papel. El difunto señor de Malesherbes solía hacer desaires, y uno de ellos lo hizo a no sé qué personaje cuyo proceso dependía de su informe. Nuestro joven y guapo amigo comienza por papel blanco, pero se acostumbra a él y pasa a los papeles escritos, que encuentra más sabrosos. Entonces no se fumaba como hoy. Finalmente el pequeño secretario llega, de sabor en sabor, a masticar pergaminos y a comérselos. Por aquel entonces Rusia y Suecia se ocupaban de un tratado de paz que los Estados imponían a Carlos XII, como en 1814 se quería forzar a Napoleón a tratar la paz. La base de las negociaciones era el tratado hecho entre las dos potencias a propósito de Finlandia; Goërtz confió el original a su secretario; pero cuando llega el momento de someter el proyecto a los Estados, se encuentran con la pequeña dificultad de que el tratado no aparece. Los Estados se imaginan que el ministro, por servir a las pasiones del Rey, se ha apresurado a hacer desaparecer esta pieza; el barón de Goërtz es acusado y entonces su secretario confiesa haberse comido el tratado... Se instruye un proceso, se prueba el hecho y el secretario es condenado a muerte. Pero como usted no está en tal situación, acepte un cigarro y fúmelo mientras esperamos nuestra calesa.

Lucien tomó un cigarro y lo encendió, como se hace en España, con el cigarro del sacerdote, diciéndose:

«Tiene razón, siempre tengo tiempo de matarme».

—A menudo acontece —continuó el español— que en el momento en que los jóvenes más desesperan de su futuro, comienza su fortuna. Esto es lo que le quería decir, y he preferido probárselo con un ejemplo. Este guapo secretario condenado a muerte se encontraba en una situación tanto más desesperada cuanto que el rey de Suecia no podía perdonarle, ya que su sentencia había sido dictada por los Estados de Suecia; pero cerró los ojos a una evasión. El apuesto secretario se escapa en una barca con algunos escudos en el bolsillo y llega a la corte de Curlandia, provisto de una carta de recomendación de Goërtz para el duque, a quien el ministro sueco explicaba la manía de su protegido y toda la aventura. El duque coloca al guapo

muchacho como secretario de su intendente. El duque era un disipador, tenía una bella esposa y un intendente, tres causas de ruina. Si cree que este guapo muchacho, condenado a muerte por haberse comido el tratado relativo a Finlandia, se corrige de su gusto depravado, no conoce la influencia del vicio sobre el hombre; la pena de muerte no le detiene cuando se trata de un goce que él mismo se ha creado. ¿De dónde proviene este poder del vicio? ¿Es una fuerza que le es propia, o viene de la debilidad humana? ¿Existen gustos que están en los límites de la locura? ¡No puedo por menos de reírme de los moralistas que quieren combatir semejantes enfermedades con bellas frases!... Sucedió un día que el duque, asustado de la negativa que le dio su intendente a propósito de una petición de dinero, quiso revisar las cuentas, ¡una tontería! No hay nada más fácil que preparar una cuenta; la dificultad no está precisamente ahí. El intendente confió todos los documentos a su secretario, para que estableciera un balance de la lista civil de Curlandia. En medio de su trabajo y de la noche en que lo acababa, nuestro pequeño comedor de papel se da cuenta de que está masticando un recibo del duque por una cantidad considerable: el miedo se apodera de él, se para a mitad de la firma y corre a arrojarse a los pies de la duquesa, explicándole su manía, implorando la protección de su soberana e implorándola en medio de la noche. La belleza del joven empleado causó tal impresión sobre esta mujer, que se casó con él cuando se quedó viuda. Así, en pleno siglo dieciocho, en un país en el que reinaba el blasón, el hijo de un orfebre se convirtió en príncipe soberano... ¡Y ha llegado a ser algo mejor!... Ha sido regente a la muerte de la primera Catalina, ha gobernado a la emperatriz Ana y ha querido ser el Richelieu de Rusia. Pues bien, hijo mío, entérese de esto: y es que si usted es más guapo que Biren, yo valgo mucho más, a pesar de ser canónigo, que el barón de Goërtz. Por tanto, ¡suba!, le encontraremos un ducado de Curlandia en París y, a falta de ducado, siempre encontraremos a la duquesa.

El español cogió del brazo a Lucien y le obligó literalmente a subir al coche, y el postillón cerró la portezuela.

—Ahora hable, le escucho —dijo el canónigo de Toledo a Lucien, estupefacto—. Soy un viejo sacerdote a quien puede decirlo todo sin peligro alguno. Sin duda se ha debido comer su patrimonio o el dinero de su mamá. Habrá hecho alguna locura, y tiene honor hasta en la punta de sus preciosas botas... ¡Vaya!, confiésese con todo atrevimiento, como si se hablara a sí mismo.

Lucien se encontraba en la situación de aquel pescador de no sé qué leyenda árabe, quien, queriendo ahogarse en pleno océano, cae en medio de un país submarino y le hacen rey. El sacerdote español parecía tan verdaderamente afectuoso, que el poeta no dudó en abrirle su corazón: por lo tanto, de Angulema a Ruffec, le contó toda su vida, sin omitir ninguna de sus faltas y terminando por el último desastre que acababa de causar. En el momento en que terminaba esta narración, tanto

más poéticamente explicada cuanto que Lucien la repetía por tercera vez en los últimos quince días, llegaban al punto, en que, en la carretera, cerca de Ruffec, se extienden las posesiones de la familia Rastignac, cuyo nombre, la primera vez que lo pronunció, provocó Un movimiento en el español.

—De aquí —dijo— es de donde marchó el joven Rastignac, que no está desde luego a mi altura, pero que ha tenido más suerte que yo.

—¡Ah!

—Sí, esta especie de solar es la casa de su padre. Se ha convertido, como le decía, en el amante de la señora de Nucingen, la mujer del famoso banquero. Yo me he dejado llevar por la poesía; él, más hábil, se ha decidido por lo positivo...

El sacerdote hizo detener la calesa y quiso, por curiosidad, recorrer la pequeña avenida que llevaba de la carretera a la casa, mirándolo todo con más interés que el que Lucien podía esperar de un sacerdote español.

—Así pues, ¿conoce a los Rastignac?... —le preguntó Lucien.

—Conozco a todo París —le dijo el español, subiendo de nuevo a su coche—. De modo que, por carecer de diez o doce mil francos, se iba a suicidar. Es un niño y no conoce ni a los hombres ni las cosas. El destino vale en la medida que un hombre lo valora y lo estima, y usted ha puesto a su futuro un precio de doce mil francos; pues bien, yo, ahora mismo, le voy a comprar por más. En cuanto a la prisión de su cuñado, eso es una fruslería. Si ese querido señor Séchard ha hecho un descubrimiento, será rico. Los ricos nunca han ido a prisión por deudas. No me parece que esté muy fuerte en Historia. Existen dos historias: la Historia oficial, mentirosa, la que se enseña, la *Historia ad usum delphini*; y luego la Historia secreta, en la que se escriben las verdaderas causas de los acontecimientos, una historia vergonzosa. Déjeme que le cuente, en cuatro palabras, otra historieta que no conoce. Un ambicioso, sacerdote y joven, quiere entrar en los negocios públicos y se convierte en el perro faldero del favorito, el favorito de una reina; el favorito se interesa por el sacerdote y le otorga el rango de ministro, concediéndole un puesto en el Consejo. Una noche, uno de esos hombres que creen hacer un favor (nunca haga un favor que no le hayan pedido), escribe al joven ambicioso que la vida de su benefactor está amenazada. El rey se ha enojado por tener quien lo domina, y mañana el favorito tiene que ser asesinado si acude a palacio. Ahora, dígame: ¿Qué hubiese hecho si hubiese recibido esa carta?

—Habría ido inmediatamente a avisar a mi protector —repuso vivamente Lucien.

—Es una reacción más del niño que revela su historia —dijo el sacerdote—. Nuestro hombre se dijo: Si el rey llega hasta el crimen, mi protector está perdido; debe haber recibido esta carta demasiado tarde. Y durmió hasta la hora en que mataron al favorito...

—¡Es un monstruo! —exclamó Lucien, quien sospechó en el sacerdote la

intención de ponerle a prueba.

—Todos los grandes hombres son unos monstruos. Éste se llama el cardenal de Richelieu —repuso el canónigo—, y su bienhechor se llamaba el mariscal de Ancre. Ya ve que no conoce su historia de Francia. ¿No tenía razón al decirle que la historia enseñada en los colegios es una colección de fechas y hechos, excesivamente sospechosa en principio, pero sin el menor alcance? ¿Para qué le sirve saber que Juana de Arco ha existido? ¿Ha sacado alguna vez la conclusión de que si Francia hubiese aceptado entonces la dinastía Anjou de los Plantagenet, los dos pueblos unidos tendrían hoy en día el imperio del mundo y que las dos islas donde se forjan los desórdenes políticos del continente serían dos provincias francesas?... ¿Ha llegado a estudiar los medios por los que los Médicis, simples comerciantes, llegaron a ser grandes duques de Toscana?

—Un poeta de Francia no ha de ser un benedictino —repuso Lucien.

—Pues bien, muchacho, llegaron a grandes duques de la misma forma en que Richelieu se convirtió en ministro. Si hubiese buscado en la historia las causas de los acontecimientos, en lugar de aprender de memoria las etiquetas, hubiese aprendido normas para su conducta. De lo que acabo de tomar al azar en la colección de los hechos verdaderos, resulta esta ley: No vea en los hombres, y sobre todo en las mujeres, algo! más que meros instrumentos; pero no deje que se percaten de ello. Adore, como si de Dios se tratara, a aquel que está situado más alto que usted, puede serle útil, y no lo abandone hasta que haya pagado caro su servilismo. En el comercio del mundo sea ávido y rastrero como el judío; haga por el poder todo lo que él hace por el dinero. Pero, también, sienta por el hombre caído la misma pena que si no hubiese existido. ¿Sabe por qué tiene que comportarse así?... Quiere dominar al mundo, ¿no es verdad? Pues es preciso comenzar por obedecer al mundo y estudiarlo bien. Los sabios estudian los libros, los políticos estudian a los hombres y sus intereses y las causas que originan sus acciones. Pero el mundo, la sociedad, los hombres considerados en conjunto, son fatalistas; adoran el éxito. ¿Sabe por qué le estoy dando ese pequeño curso de historia? Porque le creo de una ambición desmesurada...

—¡Sí, padre!

—Ya lo he visto —continuó el canónigo—. Pero en ese momento se dice: «Este canónigo español inventa anécdotas y me estruja la historia para probarme que he tenido demasiado poca virtud...» —Lucien esbozó una sonrisa al ver tan bien adivinados sus pensamientos—. Pues bien, muchacho, consideremos lo pasado como simples trivialidades —dijo el sacerdote—. Un día Francia casi es conquistada por los ingleses, el rey no tiene más que una provincia. Del seno del pueblo, dos seres se alzan: una pobre muchacha, esta misma Juana de Arco de la que hablábamos, y luego un burgués llamado Jacques Coeur. Una da su brazo y su prestigio de virginidad, el

otro su oro; el reino ha sido salvado; ¡pero la muchacha ha quedado prisionera!... El rey, que podía rescatar a la muchacha, la deja quemar viva. En cuanto al heroico burgués, el rey deja que sea acusado de crímenes capitales por sus cortesanos, que se apropian de todos sus bienes. Los despojos del inocente, perseguido, acusado y abatido por la justicia, enriquecen a cinco casas nobles... Y el padre del arzobispo de Bourges sale del reino, para no volver allí, sin un céntimo de sus bienes de Francia, sin otro dinero que el que había confiado a los árabes, a los sarracenos de Egipto. Todavía puede decir: Estos ejemplos son muy antiguos, todas estas ingratitudes tienen trescientos años de Instrucción Pública y los esqueletos de aquella edad son fabulosos. ¡Y bien, amigo mío!, ¿cree en el último semidiós de Francia, en Napoleón? Tuvo a uno de sus generales en desgracia, no le hizo mariscal sino a pesar suyo, nunca se sirvió de él de buena gana. Ese mariscal se llamaba Kellermann. ¿Sabe por qué?... Kellermann salvó a Francia y al primer cónsul en Marengo mediante una audaz carga que fue aplaudida en medio de la sangre y el fuego. Esta carga heroica ni siquiera se mencionó en la orden del día. La causa de la frialdad de Napoleón hacia Kellermann es la misma que la de la desgracia de Fouché, del Príncipe de Talleyrand; es la ingratitud del rey Carlos VII, de Richelieu, la ingratitud...

—Pero, padre, suponiendo que me salvara la vida y que hiciese mi fortuna —dijo Lucien—, me dispensa de toda gratitud.

—Pequeño bribón —dijo el clérigo, sonriendo y cogiendo la oreja de Lucien para retorcérsela con una familiaridad casi real—, si fuese ingrato conmigo, sería un hombre fuerte y me doblegaría ante usted; pero aún no ha llegado a ese punto, ya que, de simple escolar, ha querido pasar a maestro demasiado pronto. Es el defecto de los franceses de su época, Todos han sido halagados por el ejemplo de Napoleón. Presentan su dimisión porque no han podido conseguir la charretera que ambicionaban... Pero ¿han puesto toda su voluntad y todas sus acciones al servicio de una idea?...

—¡Ah, no! —exclamó Lucien.

—Usted ha sido lo que los ingleses llaman *inconsistent* —continuó el canónigo, sonriendo.

—¡Qué importa lo que yo haya sido, si ya no puedo ser nada! —exclamó Lucien.

—Detrás de sus bellas cualidades se encuentra una fuerza *semper virens* —dijo el sacerdote, queriendo demostrar que sabía un poco de latín—, y nada se le resistirá en el mundo. Ya le quiero bastante... —Lucien sonrió con aire incrédulo—. Sí —continuó el desconocido, respondiendo a la sonrisa de Lucien—, me interesa como si fuese mi hijo, y soy lo suficientemente poderoso como para hablarle con el corazón en la mano, como usted acaba de hablarme. ¿Sabe lo que me gusta de usted?... Ha hecho de sí mismo tabla rasa y puede escuchar un curso de moral que no se puede oír en ninguna otra parte, ya que los hombres, en conjunto, son aún más hipócritas de lo

que suelen ser cuando su interés les obliga a representar una comedia. Por eso se pasan una buena parte de su existencia intentando ahogar lo que han dejado crecer durante su adolescencia. Esta operación se llama adquirir experiencia.

Lucien, mientras escuchaba al padre, se decía:

«Éste es algún viejo político que está encantado de divertirse por el camino. Se complace en hacer cambiar de opinión a un pobre muchacho que se encuentra al borde del suicidio y me va a abandonar al borde de la broma... Pero comprende bien la paradoja y me parece tan fuerte como Blondet o Lousteau».

A pesar de esta prudente reflexión, la corrupción intentada por este diplomático sobre Lucien penetraba de forma profunda en aquella alma dispuesta a recibirla, y hacía tanto más daño cuanto que se apoyaba en ejemplos célebres. Interesado por el encanto de esta cínica conversación, Lucien se agarraba tanto más a la vida cuanto que se sentía empujado desde el fondo de su suicidio a la superficie por un potente brazo.

En esto, el sacerdote triunfaba, evidentemente. Por eso, de vez en cuando, acompañaba sus sarcasmos históricos con una maliciosa sonrisa.

—Si su forma de tratar la moral se parece a su manera de ver la historia —dijo Lucien—, quisiera saber cuál es en este momento el móvil de su aparente caridad.

—Esto, jovencito, es el último punto de mi plática, y me permitirá que me lo reserve, ya que así no nos separaremos hoy —replicó, con la finura de un sacerdote que ve triunfar su malicia.

—Pues bien, hábleme de moral —dijo Lucien, que se dijo para sí: «Voy a hacer que se descubra».

—La moral, amigo mío, comienza con la ley —dijo el sacerdote—. Si sólo contara la religión, las leyes serían inútiles: los pueblos religiosos tienen pocas leyes. Por encima de la ley civil se encuentra la ley política. ¡Y bien! ¿Quiere saber lo que, para un hombre político, está escrito sobre la frente de su siglo diecinueve? Los franceses inventaron en 1793 una soberanía popular que ha terminado con un emperador absoluto. Esto es lo tocante a su historia nacional. En cuanto a las costumbres: la señora Tallien y la señora de Beauharnais han tenido la misma conducta, Napoleón se casa con una, hace de ella la emperatriz, y nunca ha querido recibir a la otra, a pesar de que fuera una princesa. *Sans-culotte* en 1793, Napoleón se ciñe la corona de hierro en 1804. Los feroces amantes de la Igualdad o la Muerte de 1792, se convierten, a partir de 1806, en cómplices de una aristocracia legitimada por Luis XVIII. En el extranjero, la aristocracia, que hoy en día se ha instalado, dominante, en el *faubourg* Saint-Germain, se ha comportado peor: ha sido usurera, comerciante, ha hecho pastelillos, ha sido cocinera, granjera, pastora de corderos. En Francia, por tanto, la ley política, al igual que la ley moral, han desmentido ambas su comienzo a su final, sus opiniones por la conducta, o la conducta por las opiniones.

No ha habido lógica ni en el gobierno ni en los particulares. Por lo tanto, ya no disponen ustedes de moral. Hoy en día, en su patria, el éxito es la razón suprema de todas las acciones, cualesquiera que sean. El hecho no es ya nada en sí mismo, y se encuentra entero en la idea que los demás se forman sobre él. De ahí, muchacho, un segundo precepto: ¡conservar siempre las buenas apariencias!, esconda el revés de su vida y presente un derecho! muy brillante. La discreción, esta divisa de los ambiciosos, es la de nuestra Orden, hágala suya. Los grandes cometen casi tantas bajezas como los miserables, pero las cometen en la sombra y hacen gala de su valor: siguen siendo grandes. Los pequeños despliegan sus virtudes en la sombra, exponen sus miserias a la luz pública: son despreciados. Usted ha escondido sus grandezas y ha mostrado sus llagas. Ha tenido públicamente por amante a una actriz, ha vivido con ella, en su casa; no era digno de reprensión, en absoluto, todos les encontraban al uno y al otro perfectamente libres, pero rompían por completo las ideas del mundo, y no han tenido la consideración que el mundo concede a aquellos que obedecen sus leyes. Si hubiese dejado a Coralie a ese tal señor Camusot, si hubiese ocultado sus relaciones con ella y se hubiese casado con la señora de Bargeton, sería prefecto de Angulema y marqués de Rubempré. Cambie de conducta, deje a un lado su belleza, sus encantos, su ingenio y su poesía. Si se permite pequeñas infamias, que sea entre cuatro paredes: a partir de entonces ya no será culpable de ensuciar las decoraciones de este gran teatro llamado mundo. Napoleón llama a esto lavar la ropa sucia en familia. Del segundo precepto se infiere el corolario: Todo estriba en las apariencias. Existen personas sin instrucción que, obligadas por la necesidad, violentamente, se apoderan de una suma cualquiera que pertenece al prójimo; se les denomina criminales y están obligados a vérselas con la justicia. Un pobre hombre con talento descubre un secreto cuya explotación equivale a un tesoro, uno le presta tres mil francos (a ejemplo de esos Cointet que se han encontrado con sus tres mil francos en la mano y que van a despojar a su cuñado), le atormenta de forma que le ceda todo el secreto o parte de él, uno sólo tiene la amenaza de la conciencia, y nuestra conciencia no nos lleva ante un Tribunal. Los enemigos del orden social aprovechan este contraste para enojarse en nombre del pueblo de que se envíe a galeras a un ladrón nocturno de gallinas de una granja, mientras que un hombre que arruina a varias familias haciendo una quiebra fraudulenta, apenas va unos meses a la cárcel; pero esos hipócritas saben que al condenar al ladrón, los jueces mantienen la barrera entre los pobres y los ricos, que si fuese derribada conduciría al fin del orden social; mientras que el que se declara en quiebra, el diestro captador de herencias, el banquero que destroza un negocio en su provecho, sólo producen desplazamientos de fortuna. De este modo la sociedad, hijo mío, está forzada a distinguir, por cuenta suya, lo que le hago distinguir por la de usted. El gran punto es igualar a toda la sociedad. Napoleón, Richelieu, los Médicis se igualaron a su siglo. Usted, ¡usted se

preocupa por doce mil francos!... Su sociedad ya no adora al verdadero Dios, sino al Becerro de Oro. Ésta es la religión de su Carta que, en política, sólo cuenta con la propiedad. ¿No se dice en todas ocasiones: Tratad de ser ricos?... Cuando tras haber sabido encontrar legalmente una fortuna, sea rico y marqués de Rubempré, se permitirá el lujo del honor. Entonces hará profesión de tanta delicadeza, que jamás se atreverán a acusarle de que haya carecido de ella, si alguna vez llega a faltarle mientras hace fortuna, cosa que no le aconsejaría nunca —dijo el sacerdote, tomando la mano de Lucien y dándole unas palmaditas—. ¿Qué es lo que tiene que meterse entonces en esa bella cabeza?... Únicamente la siguiente cuestión: Proponerse una meta brillante y ocultar los medios para llegar hasta ella, escondiendo siempre la marcha. Ha obrado como un niño, sea ahora hombre, sea cazador, colóquese a cubierto, embósquese en el mundo parisiense, espere una presa y un azar; no malgaste, no prodigue ni su persona ni lo que se llama dignidad, ya que todos obedecemos a alguna cosa, a un vicio, a una necesidad, pero observe siempre la ley suprema: el secreto.

—¡Me asusta usted, padre! —exclamó Lucien—. Esto me parece una teoría de salteador de caminos.

—Tiene razón —le contestó el canónigo—, pero no es creación mía. Así es como razonaron los advenedizos, tanto la casa de Austria como la de Francia. No tiene nada, se encuentra en la situación de los Médicis, de Richelieu, de Napoleón en los comienzos de su ambición. Esas personas, amigo mío, han estimado su futuro al precio de la ingratitud, de la traición y de las más violentas contradicciones. Se ha de arriesgar todo, si se quiere tenerlo todo. ¿Razonamos? Cuando os sentáis a una mesa de *bouillotte*, ¿discute las condiciones? Las reglas están ahí y usted las acepta.

«Bueno —pensó Lucien—, al menos conoce la *bouillotte*».

—¿Cómo se comporta en la *bouillotte*?... —preguntó el sacerdote—. ¿Practica la más bella de las virtudes, la franqueza? No solamente esconde su juego, sino que además trata de hacer creer, cuando está seguro de triunfar, que lo va a perder todo. En una palabra, disimula, ¿no es verdad?... ¡Miente para ganar cinco luises!... ¿Qué diría de un jugador lo bastante generoso como para prevenir a los demás de que tiene juego completo? Pues bien, el ambicioso que quiere luchar con los preceptos de la virtud en una carrera en la que sus antagonistas se juegan el todo por el todo, es un niño al que los viejos políticos dirían lo que los jugadores dicen a aquel que no se aprovecha de sus juegos completos: «Caballero, no juegue nunca a la *bouillotte*...». ¿Es usted quien hace las reglas en el juego de la ambición? ¿Por qué le he dicho que se iguale a la Sociedad?... Porque hoy en día, jovencito, la Sociedad se ha arrogado insensiblemente tantos derechos sobre los individuos, que el individuo se ve obligado a combatir a la Sociedad. Ya no hay leyes, sólo hay costumbres, es decir, arrumacos, siempre la forma. —Lucien hizo un gesto de extrañeza—. ¡Ah!, hijo mío —siguió el

sacerdote, temiendo haber sublevado al candor de Lucien—, ¿esperaba acaso encontrar al ángel Gabriel en un sacerdote cargado con todas las inquietudes de la contradiplomacia de dos reyes? Soy el intermediario entre Fernando VII y Luis XVIII, dos grandes reyes que deben ambos su corona a profundas... combinaciones. Creo en Dios, pero creo aún más en nuestra Orden, y nuestra Orden sólo cree en el poder temporal. Para hacer el poder temporal muy poderoso, nuestra Orden defiende a la Iglesia apostólica, católica y romana, es decir, el conjunto de los sentimientos que mantienen al pueblo en la obediencia. Somos los Templarios modernos, tenemos una doctrina. Al igual que el Temple, nuestra Orden fue destruida por las mismas razones: se había igualado al mundo. Si quiere ser soldado, yo seré su capitán. Obedézcame al igual que una mujer obedece a su marido, como un niño obedece a su madre, le garantizo que en menos de tres años será marqués de Rubempré, se casará con una de las más nobles muchachas del faubourg Saint-Germain y un día se llegará a sentar en los bancos de los pares. En estos momentos, si yo no le hubiese distraído con mi conversación, ¿qué sería? Un cadáver imposible de encontrar en el fondo de un pozo; pues bien, ¡haga un esfuerzo de poesía! —Lucien miró a su protector con curiosidad—. El joven que se encuentra sentado ahí, en esta calesa, al lado del sacerdote Carlos Herrera, canónigo honorario del capítulo de Toledo, enviado secreto de Su Majestad Fernando VII a su Majestad el Rey de Francia, para llevarle un despacho en el que tal vez le dice: «Cuando me hayáis libertado, haced colgar a todos los que en estos momentos acaricio, y a mi enviado igualmente, para que sea verdaderamente secreto»; este joven —dijo el desconocido— nada tiene en común con el poeta que acaba de morir. Le he pescado, le he devuelto a la vida y me pertenece como la criatura es del creador; como, en los cuentos de hadas, el Ifrit es del genio y como el Icoglán es del Sultán; como el cuerpo es del alma. Yo le mantendré con mano poderosa en el camino del poder, prometiéndole, además, una vida de placeres, de honores, de continuas fiestas... Nunca le faltará el dinero... Brillará, lucirá, mientras que, encorvado en el barro de los cimientos, yo aseguraré el brillante edificio de su fortuna. Yo, ¡yo amo el poder por el poder! Siempre me sentiré feliz por sus placeres, que a mí me están prohibidos. En una palabra, ¡me haré usted mismo!... Pues bien, el día en que ese pacto de hombre a demonio, de muchacho a diplomático, ya no le convenga, siempre podrá ir a buscar un escondido paraje, como aquél del que hablaba, para ahogarse: será más o menos lo que hoy en día es, desgraciado o deshonorado...

—¡Esto no es precisamente una homilía del arzobispo del Granada! —exclamó Lucien, al ver la calesa detenida en una posta.

—No sé el nombre que quiere dar a esta somera instrucción, hijo mío, ya que le adopto y haré de usted mi heredero, pero es el código de la ambición. Los elegidos de Dios son escaso número. No se puede escoger: o hay que irse al fondo del claustro (y

a menudo encontrará allí el mundo en pequeño), o se ha de aceptar este código.

—Tal vez sea mejor no ser tan sabio —dijo Lucien, tratando de sondear el alma de este terrible sacerdote.

—¡Cómo! —continuó el canónigo—. Después de haber jugado sin conocer las reglas del juego, abandona la partida en el momento en que comienza a ser fuerte, en el momento en que se presenta con un sólido padrino... ¡y sin tan siquiera el deseo de tomarse el desquite! ¡Cómo! ¿No siente ansias de subirse a las espaldas de los que le han arrojado de París?

Lucien se estremeció como si un instrumento de bronce, un gong chino, hubiera dejado oír esos terribles sonos que ponen los nervios en tensión.

—No soy más que un humilde sacerdote —continuó este hombre, dejando aparecer una horrible expresión en su rostro, atezado por el sol de España—; pero si unos hombres me hubiesen humillado, vejado, torturado, traicionado y vendido, como han hecho con usted los bribones de que me ha hablado, sería como el árabe del desierto... Sí, dedicaría mi cuerpo y mi alma a la venganza. No me importaría acabar mi vida colgado de un gancho, sentado en el garrote, empalado o guillotinado, como en su país; pero no dejaría perder mi cabeza sino hasta después de haber aplastado a mis enemigos bajo mis pies.

Lucien guardaba silencio. Ya no sentía ningún deseo de hacer hablar a aquel sacerdote.

—Unos descienden de Abel y otros de Caín —dijo el canónigo para terminar—; yo tengo la sangre mezclada: Caín para mis enemigos, Abel para mis amigos, y desgraciado de aquel que despierte a Caín... Después de todo usted es francés, yo soy español y, además, canónigo...

«¡Qué naturaleza de árabe!», se dijo Lucien, examinando el protector que el cielo acababa de enviarle.

El padre Carlos Herrera, en apariencia, no ofrecía el aspecto del jesuita, ni tan siquiera del religioso. Grueso y de pequeña talla, manos grandes, ancho tórax, fuerza hercúlea, una mirada terrible, pero suavizada por la mansedumbre del mando; tez bronceada que no dejaba traslucir nada del interior, inspiraban mucha más repulsión que atracción. Unos largos y bonitos cabellos blancos empolvados, a la manera del príncipe de Talleyrand, daban a este singular diplomático el aspecto de un obispo, y la cinta azul, listada de blanco, de la que colgaba un crucifijo de oro, indicaban sin embargo una dignidad eclesiástica. Sus medias de seda negra moldeaban unas piernas de atleta. Su ropa, de exquisita pulcritud, revelaba este minucioso cuidado de su persona, que los sacerdotes no suelen tener normalmente, y menos en España. Un tricornio estaba colocado en la parte delantera del carruaje, blasonado con las armas de España. A pesar de tantas causas de repulsión, sus ademanes, a la vez violentos y melosos, atenuaban el efecto de su fisonomía, y para Lucien, el sacerdote se había

hecho evidentemente amable, acariciador, casi un gato.

Lucien examinó hasta los menores detalles con aire preocupado. Se dio cuenta de que en aquel momento se trataba de vivir o morir, ya que se encontraba en el segundo relevo después de Ruffec. Las últimas frases del sacerdote español habían removido muchas cuerdas en su corazón, y, digámoslo para vergüenza de Lucien y del sacerdote, quien con ojo perspicaz estudiaba el bello rostro del poeta, estas cuerdas eran las peores, las que vibran ante el ataque de los sentimientos depravados. Lucien volvía a ver París, volvía a empuñar las riendas del dominio, que sus inexpertas manos habían dejado escapar, ¡se vengaba! La comparación entre la vida de provincias y la de París, que acababa de constituir la más poderosa causa de su suicidio, desaparecía: iba a encontrarse en su ambiente, pero protegido por un político profundo que llegaba hasta la perversión de Cromwell.

«Estaba solo, ahora seremos dos», se decía.

Cuantas más culpas había descubierto en su conducta anterior, más interés había mostrado el eclesiástico. La caridad de este hombre había aumentado en función de la desgracia, y no se extrañaba de nada. Sin embargo, Lucien se preguntó cual podía ser el motivo de este portador de intrigas reales. En primer lugar, se le ocurrió una razón vulgar: ¡los españoles son generosos! El español es generoso al igual que el italiano es envenenador y celoso, como el francés ligero, como franco es el alemán, el judío despreciable y noble el inglés. Dad la vuelta a estas proposiciones y llegaréis al fondo de la verdad. Los judíos han acaparado el oro, escriben *Roberto el Diablo*, interpretan *Fedra*, cantan *Guillermo Tell*, encargan cuadros, levantan palacios, escriben *Reisebilder* y poesías admirables, son más poderosos que nunca, su religión es aceptada y, por último, conceden empréstitos al papa. En Alemania, por la más simple cosa, preguntan al extranjero: «¿Tiene un contrato?», hasta tal punto se cometen estafas. En Francia, desde hace cincuenta años, se aplauden en escena estupideces nacionales, se continúa llevando sombreros inexplicables, y ¡el gobierno sólo cambia a condición de ser siempre el mismo!... Inglaterra despliega a la faz del mundo perfidias cuyo horror sólo puede compararse a su avidez. El español, después de haber tenido el oro de dos Indias, se ha quedado sin nada. No hay país en el mundo en que existan menos envenenamientos que en Italia y en donde las costumbres sean más fáciles y corteses. Los españoles se han beneficiado mucho de la reputación de los moros.

Cuando el español subió de nuevo a la calesa, dijo al oído del postillón:

—Necesito alcanzar al correo, hay tres francos de propina.

Lucien dudaba en subir, y el sacerdote le dijo: —¡Vamos ya!

Y Lucien subió bajo pretexto de soltar un argumento *ad hominem*.

—Padre —le dijo—, un hombre que acaba de exponer con la mejor sangre fría del mundo las máximas que muchos burgueses tacharán de profundamente

inmorales...

—Y que lo son —interrumpió el sacerdote—; por esto es por lo que Jesucristo quería que se diese el escándalo, hijo mío. Y he aquí por qué el mundo siente tan tremendo pavor por el escándalo.

—Un hombre de su temple no se sorprenderá de la pregunta que le voy a hacer.

—Adelante, hijo mío... —dijo Carlos Herrera—, no me conoce bien. ¿Cree que cogería un secretario sin saber si tiene principios seguros como para no quitarme nada? Estoy contento de usted. Tiene aún toda la inocencia del hombre que se mata a los veinte años. ¿Su pregunta?...

—¿Por qué me lo da todo? ¿Cuál es su parte?

El español miró a Lucien y sonrió:

—Esperemos llegar a una cuesta, la subiremos a pie y hablaremos al aire libre. El interior de un carruaje es indiscreto.

El silencio reinó durante algún tiempo entre los dos compañeros, y la rapidez de la marcha ayudó, por así decirlo, a la embriaguez moral de Lucien.

—Padre, ya estamos en la cuesta —dijo Lucien, como despertándose de un sueño.

—Pues bien, andemos —dijo el sacerdote, gritando con fuerte voz al postillón que se detuviera.

Y ambos caminaron carretera adelante.

—Hijo —le dijo el español, cogiendo a Lucien por el brazo—, ¿has meditado la Venecia liberada de Otway? ¿Has llegado a comprender esta amistad profunda, de hombre a hombre, que liga a Pierre con Jaffier, que hace para ellos que una mujer sea una bagatela, y que cambia entre ellos todos los términos sociales?... Pues bien, esto por el poeta.

«El canónigo conoce también el teatro», se dijo Lucien a sí mismo.

—¿Ha leído a Voltaire? —le preguntó.

—Hago algo mejor —contestó el canónigo—; lo pongo en práctica.

—¿No cree en Dios?...

—Bueno, ahora resulta que yo soy el ateo —repuso el sacerdote, sonriendo—. Seamos positivos, hijo mío —continuó, cogiéndole por la cintura—. Tengo cuarenta y seis años, soy hijo natural de un gran señor, sin familia, y tengo corazón... Pero entérate de esto y grábalo en tu cerebro, aun un tanto blando: el hombre siente horror de la soledad. Y de todas las soledades, la soledad moral es la que más le espanta. Los primeros anacoretas vivían con Dios, habitaban el mundo más poblado, el mundo espiritual. Los avaros habitan el mundo de la fantasía y de los placeres. El avaro lo tiene todo, incluido su sexo, en el cerebro. La primera idea que el hombre tiene, su primer pensamiento, sea leproso o forzado, infame o enfermo, es tener un cómplice de su futuro. Para satisfacer este sentimiento, que es la vida misma, emplea todas sus fuerzas, todo su poder, el verbo de su vida. Sin este deseo soberano, ¿hubiese podido

Satanás encontrar a sus compañeros?... Ahí se encuentra todo un poema por hacer, que podría ser el prólogo de *El Paraíso Perdido*, que no es sino una apología de la rebelión.

—Éste sería la *Ilíada* de la corrupción —dijo Lucien.

—Pues bien, yo estoy solo, vivo solo. Si bien tengo el ropaje, no por eso poseo un corazón de clérigo. Me gusta la abnegación, tengo ese vicio. Vivo por abnegación, por eso soy sacerdote. No temo a la ingratitud, y soy agradecido. La Iglesia no es nada para mí, es una idea. Me he dado por completo al rey de España, pero no se puede amar al rey de España; me protege, se ciernen sobre mí. Yo quiero amar a mi criatura, formarla, modelarla a mi modo, a fin de quererla como un padre quiere a su hijo. Subiré en tu tálburi, muchacho, me alegraré de tu éxito con las mujeres, diré: «¡Este apuesto joven soy yo! Yo he creado a este marqués de Rubempré y lo he lanzado al mundo aristocrático; su alcurnia es obra mía, se calla o habla según mis deseos, me lo consulta todo». El abate de Vermont era eso para María Antonieta.

—¡La llevó al patíbulo!

—No quería a la reina... —respondió el sacerdote—, solo amaba al abate de Vermont.

—¿Tengo que dejar tras de mí la desolación? —dijo Lucien.

—Tengo tesoros, podrás disponer de ellos.

—En estos momentos haría muchas cosas por salvar a Séchard —repuso Lucien con una voz que ya no era la de un suicida.

—Di una sola palabra, hijo mío, y mañana recibirá el dinero suficiente para su libertad.

—¡Cómo! ¿Usted me daría doce mil francos?

—¡Eh, muchacho!, ¿no ves que hacemos cuatro leguas por hora? Vamos a comer en Poitiers. Allí, si quieres firmar el pacto, darme una sola prueba de obediencia, ¡es grande, la quiero!, pues bien, la diligencia de Burdeos llevará quince mil francos a tu hermana...

—¿Dónde están?

El sacerdote español no respondió; Lucien se dijo:

«Ya le he cogido, se burlaba de mí».

Unos momentos más tarde, el español y el poeta subieron de nuevo al coche, silenciosamente. Silenciosamente, el sacerdote metió la mano en la cartera del carruaje y sacó esa bolsa de piel, hecha en forma de talego, dividida en tres compartimientos, tan conocida de los viajeros; extrajo cien portuguesas metiendo por tres veces la ancha mano, que cada viaje salió llena de oro.

—Padre, soy suyo —dijo Lucien, deslumbrado por aquel río de oro.

—Hijo —repuso el sacerdote, besando a Lucien en la frente, con ternura—, esto no es más que la tercera parte del oro que se encuentra en esta bolsa, treinta mil

francos, sin contar el dinero de viaje.

—¿Y viaja sólo?... —exclamó Lucien.

—¿Qué importancia tiene? —dijo el español—. Tengo más de cien mil escudos en letras sobre París. Un diplomático sin dinero es lo que tú hace un momento: un poeta sin voluntad.

En el instante en que Lucien subía al coche, con el supuesto diplomático español, Ève se levantaba para dar de beber a su hijo y encontraba la carta fatal, que leyó. Un frío sudor heló el calor tibio que produce el sueño de la mañana; tuvo un mareo y llamó a Marion y a Kolb. A la frase:

—¿Ha salido mi hermano?

Kolb repuso:

—Sí, *señoza*, *andes* de que amaneciera.

—Guardad el más profundo secreto sobre lo que os voy a decir —recomendó Ève a los dos criados—. Mi hermano se ha debido de marchar, sin duda, para poner fin a sus días. Corred los dos, tratad de enteraos discretamente y vigilad las márgenes del río.

Ève se quedó sola, en un estado de estupor horrible de ver. En medio de aquel disgusto, hacia las siete de la mañana, llegó Petit-Claud para hablarle de negocios. En momentos semejantes se escucha a todo el mundo.

—Señora —dijo el procurador—, nuestro pobre querido David está en prisión y ha llegado a la situación que preví al comienzo de todo este asunto. Entonces le aconsejé que se asociara para la explotación de su descubrimiento con sus competidores, los Cointet, que tienen en sus manos los medios de ejecutar lo que con su marido sólo está en período de concepción. Por lo tanto, ayer por la noche, en cuanto me enteré de la noticia del arresto, ¿qué es lo que hice?, me fui a ver a los señores Cointet con la intención de obtener de ellos concesiones que puedan convenirles. Al querer defender este descubrimiento, la vida de ustedes va a continuar siendo lo que es: una vida de perros, en la que sucumbirán, en la que acabarán, agotados y agonizantes, por hacer, con pérdida para ustedes, con alguna persona de dinero, lo que yo quiero hacer con los hermanos Cointet, dándoles el máximo de ventajas. De esta manera evitarán las privaciones, las angustias del combate del inventor contra la avidez del capitalista y la indiferencia de la sociedad. ¡Veamos! Si los señores Cointet pagan sus deudas, si una vez sus deudas pagadas les dan una suma independientemente de lo que suceda en el futuro, mérito o posibilidad del descubrimiento, concediéndoles, desde luego, una parte determinada en los beneficios de la explotación, ¿no estaría contenta?... Usted, señora, se convierte en la propietaria de la imprenta y todo su material, y sin duda la venderá; esto ya valdrá veinte mil francos, y yo le garantizo un comprador por ese precio. Si acepta mediante acta quince mil francos de los señores Cointet, tendrá una fortuna de treinta y cinco

mil francos, y con el estado actual de las rentas obtendría una de dos mil francos... Con dos mil francos de renta se puede vivir en provincias. Y recuerde también, señora, que aún tendría que contar las eventualidades de su asociación con los señores Cointet. Digo eventualidades, ya que hay que prever el fracaso. Pues bien, he aquí lo que soy capaz de lograr: en primer lugar, la libertad completa de David; después, quince mil francos entregados a título de indemnización por sus investigaciones, entregados sin que los señores Cointet puedan nunca reclamarlos por ninguna razón, y aunque el descubrimiento fuese improductivo; finalmente, una sociedad formada entre David y los señores Cointet, para la explotación de una patente de invención, a tomar tras un período de prueba, hecho en común y en secreto, del proceso de fabricación, sobre las siguientes bases: los señores Cointet correrán con todos los gastos. Los fondos que aportará David serán su patente y tendrá la cuarta parte de los beneficios. Usted es una mujer llena de juicio y muy razonable, lo que no sucede a menudo con las mujeres guapas; reflexione sobre estas proposiciones, y las encontrará muy aceptables...

—¡Ah, señor! —exclamó la pobre mujer, llena de desesperación y prorrumpiendo en llanto—. ¿Por qué no vino ayer noche a proponerme esta transacción? Hubiésemos evitado el deshonor y... algo mucho peor.

—Mi discusión con los Cointet, que como habrá supuesto se hacía a espaldas de Métivier, no terminó hasta medianoche. Pero, ¿qué ha podido suceder desde ayer por la noche que sea peor que la detención de nuestro pobre David? —preguntó Petit-Claud.

—Ésta es la espantosa noticia que me he encontrado a mi despertar —repuso ella, tendiendo a Petit-Claud la carta de Lucien—. En este momento me demuestra que es usted nuestro amigo, que se interesa por nosotros, no tengo necesidad de pedirle el secreto...

—Esté tranquila —dijo Petit-Claud, devolviendo la carta después de haberla leído—. Lucien no se matará, Después de haber sido la causa del arresto de su hermano, necesitaba una razón para abandonarles, y ahí yo veo una especie de salida, como entre bastidores.

Los Cointet habían llegado adonde se proponían. Después de haber torturado al inventor y a su familia, escogían el momento de esa tortura en que el cansancio hace desear un cierto reposo. Los buscadores de secretos no tienen la constancia del bulldog, que muere con la presa entre sus dientes, y los Cointet habían estudiado de forma muy hábil el carácter de sus víctimas. Para Cointet el mayor, el arresto de David era la última escena del primer acto del drama. El segundo acto comenzaba con la proposición que Petit-Claud acababa de hacer.

Como gran maestro, el procurador consideró la locura de Lucien como una de esas suertes inesperadas que, en una partida, deciden su final. Vio a Ève tan

completamente abatida por este acontecimiento, que resolvió aprovecharse de él para ganar su confianza, ya que había llegado a percatarse de la influencia de la mujer sobre el marido. Así pues, en vez de sumir aún más a la señora Séchard en la desesperación, trató de consolarla y la dirigió hábilmente hacia la prisión en la situación de ánimo en que se encontraba, pensando que convencería entonces a David para que se asociara con los Cointet.

—David, señora, me ha dicho que sólo deseaba la fortuna para usted y para su hermano, pero tiene que tener ya comprobado que sería una locura querer enriquecer a Lucien. Ese muchacho se comería tres fortunas.

La actitud de Ève demostraba bien a las claras que la última de las ilusiones sobre su hermano había desaparecido, y, por lo tanto, el procurador hizo una pausa para convertir el silencio de su cliente en una especie de asentimiento.

—Por tanto, en esta cuestión sólo se trata de usted y de su hijo. Es usted quien tiene que saber si dos mil francos de renta son suficientes para su tranquilidad, sin contar la herencia del viejo Séchard. Su suegro obtiene, desde hace algún tiempo, unas rentas de siete a ocho mil francos, sin contar los intereses que sabe sacar de sus capitales; así que, a pesar de todo, tienen ustedes un brillante porvenir. ¿Para qué atormentarse?

El procurador dejó a la señora Séchard para que reflexionara sobre esta perspectiva, bastante bien preparada la víspera por el mayor de los Cointet.

—Vaya y hágale entrever la posibilidad de cobrar una suma cualquiera —había dicho el lobo cerval de Angulema al procurador cuando vino a anunciarle la detención—, y en cuanto se hayan hecho a la idea de palpar una suma, serán nuestros; regatearemos, y, poco a poco, les haremos llegar al precio que queremos fijar para ese secreto.

Esta frase contenía, en cierto aspecto, el argumento del segundo acto de este drama financiero. Cuando la señora Séchard, con el corazón destrozado por sus temores acerca de la suerte de su hermano, se hubo vestido y bajó para dirigirse a la cárcel, experimentó la angustia que le daba el tener que atravesar sola las calles de Angulema. Sin preocuparse por la ansiedad de su cliente, Petit-Claud volvió para ofrecerle el brazo, empujado por un pensamiento bastante maquiavélico, y tuvo el mérito de una delicadeza para la que Ève fue extremadamente sensible: ya que él se lo dejó agradecer sin sacarla de su error. Esta pequeña atención, en un hombre tan duro y frío y en un momento semejante, modificó la idea que la señora Séchard había tenido hasta el momento acerca de Petit-Claud.

—Le llevo —le dijo— por el camino más corto, pero no nos tropezaremos con nadie.

—Ésta es la primera vez, caballero, que no tengo derecho a ir con la cabeza alta, bien duramente me lo hicieron saber ayer...

—Será la primera y la última.

—¡Oh! Seguramente no me quedaré en esta ciudad...

—Si su marido consintiera en las proposiciones que más o menos ya hemos decidido entre los Cointet y yo —dijo Petit-Claud a Ève, al llegar al umbral de la prisión—, hágamelo saber; vendré inmediatamente con una autorización de Cachan, que permitirá que David salga, y con toda seguridad no volverá a la prisión...

Todo esto, dicho frente al calabozo, era lo que los italianos llaman una combinación. Para ellos, esta palabra significa el acto indefinible en el que se encuentra un tanto de perfidia, mezclado al derecho, el fraude permitido, una bribonada casi legítima y bien concebida; según ellos, la noche de San Bartolomé es una combinación política.

Por las causas expuestas anteriormente, la detención por deudas es un hecho judicial tan raro en provincias que, en la mayor parte de las ciudades de Francia, no hay ni siquiera un lugar de detención. En estos casos, el deudor es encerrado en la prisión donde se encarcela a los inculcados, a los acusados y a los condenados. Tales son los diversos nombres que adoptan legal y sucesivamente los que el pueblo califica genéricamente como criminales. De este modo, David quedó instalado de forma provisional en una de las habitaciones del piso bajo de la prisión de Angulema, de donde tal vez acababa de salir algún condenado que ya había cumplido su condena.

Una vez encarcelado, con la suma decretada por la ley para los alimentos del prisionero durante un mes. David se encontró ante un grueso personaje que, para los cautivos, tiene más poder que el rey: ¡el carcelero! En provincias no se sabe de ningún carcelero delgado. En primer lugar, este puesto es una sinecura, y, además, el carcelero es como un posadero que no tiene que pagar alquiler de casa, y que se alimenta muy bien dando mal de comer a los prisioneros que alberga, como hace el posadero, de acuerdo con los medios de que dispone. Conocía de nombre a David, sobre todo a causa de su padre, y tuvo la deferencia de acostarlo decentemente por una noche, a pesar de que David se encontraba sin un céntimo.

La cárcel de Angulema data de la Edad Media y no ha sufrido más cambios que la catedral. Llamada aún Casa de Justicia, se encuentra adosada al antiguo Presidial. Su entrada es clásica, la puerta claveteada, sólida en apariencia, usada, baja y de construcción tanto más ciclópea cuanto que tiene como especie de único ojo en la frente, la mirilla por la que el carcelero reconoce a los que llaman antes de abrir. Un pasillo se extiende a todo lo largo de la fachada, en la planta baja, y a este pasillo se abren varias habitaciones cuyas ventanas, altas y con visera, reciben luz del cobertizo. El carcelero tiene una vivienda separada de aquellas habitaciones por una bóveda que divide el entresuelo en dos partes, y al fondo de la cual se ve, desde la entrada, una reja que cierra el cobertizo. David fue llevado por el carcelero a la habitación cuya

puerta daba enfrente de su alojamiento. El carcelero quería estar junto a un hombre que, vista su particular posición, podía servirle para hacerle compañía.

—Es el mejor cuarto —dijo al ver como David se quedaba estupefacto ante el aspecto del local.

Las paredes de este cuarto eran de piedra y bastante húmedas. Las ventanas, muy altas, tenían barrotes de hierro. Las losas de piedra despedían un frío glacial. Se oía el paso regular del centinela que se paseaba por el corredor. Este ruido monótono, como el de la marea, provoca a cada momento este pensamiento: «¡Te han detenido, ya no eres libre!». Todos estos detalles, este conjunto de cosas, obra de manera prodigiosa sobre la moral de las personas honradas.

David vio una cama execrable; pero las personas encarceladas se ven agitadas de forma tan violenta durante la primera noche, que no se percatan de la dureza de su cama hasta la segunda. El carcelero estuvo condescendiente, propuso naturalmente a su detenido si quería pasearse por el cobertizo hasta la noche. El suplicio de David no comenzó hasta el momento de acostarse. Estaba prohibido dejar una luz a los prisioneros; era, por tanto, necesario un permiso del procurador del rey para exceptuar al detenido por deudas del reglamento que concernía únicamente a las personas que habían caído bajo la férula de la justicia.

El carcelero admitió de buen grado a David en su morada, pero le fue preciso encerrarle al fin en su celda a la hora de acostarse. El pobre marido de Ève conoció entonces los horrores de la prisión y la grosería de sus costumbres, que le sublevó. Pero, debido a una de esas reacciones bastante propias de los pensadores, se aisló en esta soledad y se libró de ella mediante uno de esos sueños que los poetas tienen la facultad de realizar completamente despiertos. El desgraciado acabó por llevar sus reflexiones a sus negocios.

La cárcel predispone enormemente al examen de conciencia. David se preguntó si había cumplido con sus deberes de padre de familia, ¡cuánta debía de ser la desolación de su mujer! ¿Por qué, como le decía Marion, no ganar bastante dinero como para realizar más tarde su descubrimiento con toda tranquilidad?

«¿Cómo —se decía— quedarse en Angulema después de un escándalo semejante? Si salgo de la cárcel, ¿qué va a ser de nosotros?, ¿adónde iremos?».

Algunas dudas aparecieron sobre sus procedimientos. Fue una de esas angustias que sólo pueden ser comprendidas por los mismos inventores. De duda en duda, David llegó a ver claro la situación y se dijo a sí mismo lo que los Cointet había dicho al tío Séchard, lo que Petit-Claud acababa de decir a Ève: «Suponiendo que todo vaya bien, ¿qué pasará con la aplicación? Necesito una patente de inventor, y eso es dinero. Necesito también una fábrica en la que hacer mis ensayos en grande, y eso será descubrir mi invención. ¡Oh!, ¡qué razón tenía Petit-Claud!». Las más oscuras prisiones emiten vivos resplandores.

«¡Bah! —se dijo David, durmiéndose sobre la especie de cama de campaña en la que había un horrible colchón de tela marrón, muy basto—. Sin duda veré a Petit-Claud mañana por la mañana».

David se había preparado, pues, bien a sí mismo para escuchar las proposiciones que su mujer le llevaba de parte de sus enemigos. Después de que hubo abrazado a su marido y se hubo sentado al pie de la cama, ya que sólo había una silla de madera de la peor clase, la mirada de la mujer se posó sobre el feo caldero colocado en un rincón y sobre los muros repletos de nombres y de apotegmas escritos por los predecesores de David. Y entonces, de sus ojos enrojecidos, las lágrimas comenzaron a caer de nuevo. Y aún tuvo lágrimas, después de las que había derramado, al ver a su marido en la situación de un criminal.

—¡He aquí hasta dónde puede conducir el deseo de la gloria!... —exclamó—. ¡Oh, ángel mío!, abandona esta carrera... Sigamos juntos el camino trillado y no busquemos una fortuna rápida... Me es preciso muy poca cosa para ser feliz, sobre todo después de haber sufrido tanto... Y si tú supieras... Esta deshonrosa situación no es nuestra peor desgracia... ¡Toma!

Le tendió la carta de Lucien, que David leyó rápidamente, y, para consolarle, le contó el desagradable comentario de Petit-Claud sobre Lucien.

—Si Lucien se ha matado, ya lo ha hecho —dijo David—; y si no lo ha hecho aún, no se matará; no puede, como él bien dice, tener valor más de una mañana...

—¡Pero permanecer con esta ansiedad!... —exclamó la hermana, que lo perdonaba todo o casi todo ante la idea de la muerte.

Contó de nuevo a su marido las proposiciones de Petit-Claud, que éste había supuesto obtener de los Cointet y que fueron aceptadas por David inmediatamente, con visible placer.

—Tendremos con qué vivir en una aldea cerca del Houmeau, en donde está situada la fábrica de los Cointet, ¡y sólo quiero tranquilidad! —exclamó el inventor—. Si Lucien se ha castigado con la muerte, tendremos bastante suerte para esperar la de mi padre; y si existe, el pobre muchacho sabrá conformarse con nuestra mediocridad... Los Cointet se aprovecharán a buen seguro de nuestro descubrimiento, pero, después de todo, ¿qué soy con respecto a mi región?... Un hombre. Si mi secreto aprovecha a todos, ¡entonces estoy contento! Mira, querida Ève, ni el uno ni el otro hemos nacido para ser comerciantes. No sentimos el deseo del beneficio, ni esa repugnancia a soltar cualquier clase de moneda, aun la que se debe, que son, tal vez, las virtudes del negociante, ya que se nombran estas dos avaricias: Prudencia y Sentido comercial.

Encantada por esta conformidad de pareceres, una de las más dulces flores del amor, ya que los intereses y las mentalidades pueden muy bien no ir al unísono en dos seres que se quieren, Ève rogó al carcelero que enviara a alguien con un recado a

casa de Petit-Claud, en el que decía librarán a David, anunciándole su mutuo consentimiento a las bases del arreglo concertado. Diez minutos más tarde, Petit-Claud entraba en la horrible habitación de David y decía a Ève:

—Vuelva a casa, señora; iremos en seguida...

—Vaya, mi querido amigo —dijo Petit-Claud—, te has dejado prender. ¿Cómo pudiste cometer la imprudencia de salir?

—¿Y cómo no iba a salir? Mira lo que me escribió Lucien.

David entregó a Petit-Claud la carta de Cérizet; Petit-Claud la cogió, la leyó, la miró, palpó el papel y habló de negocios, doblando la carta como por distracción para metérsela después al bolsillo. Luego, el procurador tomó a David por el brazo y salió con él, ya que el descargo del alguacil había sido llevado al carcelero durante esta conversación. Al entrar en su casa, David se creyó en el cielo, lloró como un niño al abrazar a su pequeño Lucien y al encontrarse de nuevo en su dormitorio, después de veinte días de detención, cuyas últimas horas eran, según las costumbres de la provincia, deshonrosas. Kolb y Marion habían vuelto. Marion se enteró en el Houmeau de que Lucien había sido visto andando por la carretera de París, más allá de Marsac. Las ropas del dandy habían llamado la atención de los campesinos que llevaban comestibles a la ciudad. Después de lanzarse a caballo por la carretera principal, Kolb se había enterado finalmente en Mansle que Lucien, reconocido por el señor Marron, viajaba en una calesa.

—¿Qué le decía yo? —exclamó Petit-Claud—. Este muchacho no es un poeta, es una novela continua.

—En una calesa —repitió Ève—. ¿A dónde irá esta vez?

—Ahora —dijo Petit-Claud a David— venga a casa de los señores Cointet, le están esperando.

—¡Ah! —exclamó la bella señora Séchard—. Se lo ruego, defienda bien nuestros intereses, en sus manos está todo nuestro futuro.

—¿Quiere, señora —dijo Petit-Claud—, que la entrevista se celebre en su casa? Le dejo a David. Estos señores vendrán aquí esta tarde, y verá si sé defender sus intereses.

—¡Ah, caballero, me daría una gran alegría! —dijo Ève.

—Pues bien —repuso Petit-Claud—, esta tarde aquí, hacia las siete.

—Se lo agradezco —repuso Ève, con una mirada y un acento que probaron a Petit-Claud cuántos progresos había hecho en la confianza de su cliente.

—No tema nada, ¿lo ve? Tenía yo razón —añadió—. Su hermano está a treinta leguas de su suicidio. En fin, tal vez esta tarde tenga una pequeña fortuna. Se presenta un serio comprador de su imprenta.

—Si es así —dijo Ève—, ¿por qué no esperar antes de ligarnos a los Cointet?

—¿Olvida, señora —repuso Petit-Claud, que vio el peligro de su confidencia—,

que no se verán libres para vender su imprenta hasta después de haber pagado al señor Métivier, ya que todos sus útiles continúan embargados?

Una vez en su casa, Petit-Claud hizo llamar a Cérizet. Cuando el regente entró en su despacho, lo llevó hasta una de las ventanas.

—Mañana por la noche serás propietario de la imprenta Séchard, y lo bastante protegido para obtener la transmisión de tu patente —le dijo al oído—. ¡Pero imagino que no Quieres terminar en galeras!

—¡De qué, de qué las galeras! —exclamó Cérizet.

—Tu carta a David es falsa, y yo la tengo... Si interrogaran a Henriette, ¿qué diría?... No quiero perderte —dijo a continuación Petit-Claud, viendo palidecer a Cérizet.

—¿Quiere alguna cosa más de mí? —preguntó el parisiense.

—Pues bien, mira lo que espero de ti —continuó Petit-Claud—. Escúchame bien, serás impresor en Angulema dentro de dos meses... ¡Pero deberás tu imprenta y no la habrás pagado en diez años!... Trabajarás durante mucho tiempo para tus capitalistas, y además te verás obligado a ser el testaferro del partido liberal... Yo seré quien redacte tu acta de comandita con Gannerac; la haré de forma que un día la imprenta pueda ser tuya... Pero si crean un periódico, si eres su gerente, si soy aquí primer sustituto, te entenderás con Cointet el mayor, para publicar en tu periódico artículos de tal naturaleza que haya que retirarlo y suprimirlo... Los Cointet te pagarán muy bien para que les hagas ese favor... Sé muy bien que serás condenado, que tendrás que vértelas en prisión, pero pasarás por un hombre importante y perseguido. Te convertirás en un personaje del partido liberal, un sargento Mercier, un Paul-Louis Courier, un Manuel en pequeño. Nunca te dejaré retirar tu patente. En resumen, el día en que el periódico sea suprimido, quemaré esta carta ante ti... Tu fortuna no te costará muy cara...

Las personas del pueblo tienen ideas muy erróneas sobre las distinciones legales de la falsificación, y Cérizet, que se veía ya en el banquillo, respiró.

—Dentro de tres años seré procurador del rey en Angulema —continuó Petit-Claud—; podrás necesitar de mí, piénsalo.

—Estoy de acuerdo —dijo Cérizet—. Pero no me conoce bien: queme esta carta delante de mí y fíese de mi agradecimiento.

Petit-Claud miró a Cérizet. Fue uno de esos duelos de ojos en que la mirada del que observa es como un escalpelo con el que se intenta explorar el alma, y en el que los ojos del hombre que coloca entonces esas virtudes como en una exposición son una especie de espectáculo.

Petit-Claud no respondió; encendió una vela y quemó la carta, mientras pensaba: «¡Aún tiene que hacerse su fortuna!».

—Dispone usted de un alma condenada —dijo el regente.

David esperaba con vaga inquietud su conversación con los Cointet: no era la discusión de sus intereses ni la del acta que se debía extender lo que le preocupaba, sino la opinión que los fabricantes iban a tener de sus trabajos. Se encontraba en la situación del autor dramático ante sus jueces. El amor propio del inventor y sus ansiedades en el momento de conseguir sus fines propuestos, hacían palidecer cualquier otro sentimiento.

Finalmente, hacia las siete de la tarde, en el instante en que la señora condesa du Châtelet se metía en la cama, pretextando una jaqueca, y dejaba que su marido hiciera los honores de la cena, hasta tal punto se encontraba afligida por las noticias contradictorias que corrían acerca de Lucien, los Cointet, el gordo y el mayor, entraron con Petit-Claud en la casa de su competidor, que se entregaba a ellos atado de pies y manos. Pero en un principio se encontraron detenidos por una dificultad preliminar: ¿cómo hacer una escritura de sociedad sin conocer los procedimientos de David? Y si se divulgaban los procedimientos de David, éste se encontraba a merced de los Cointet. Petit-Claud logró que la escritura fuese hecha antes. El mayor de los Cointet pidió entonces a David que le enseñara algunos de sus productos, y el inventor le presentó las últimas hojas fabricadas, garantizándole su precio de costo.

—¡Bueno, ya está! —dijo Petit-Claud—. Ya tenemos la base de la escritura; pueden asociarse bajo esas condiciones introduciendo una cláusula de disolución en el caso en que las normas de la patente no se cumplieran al ser ejecutadas en fábrica.

—Otra cosa, caballero —dijo el mayor de los Cointet a David—; una cosa es fabricar en pequeño, en su habitación, en pequeñas cantidades, muestras de papel, y otra el dedicarse a la fabricación a gran escala. Juzgue usted mismo con un solo ejemplo. Hacemos papeles de color y compramos, para teñirlos, tinturas muy parecidas. Así pues, el índigo sirve para azular y se toma de una caja en la que cada pastilla proviene de una misma fabricación. Pues bien, nunca hemos podido obtener dos tintajes idénticos... En la preparación de nuestros materiales se operan fenómenos que sobrepasan nuestros conocimientos. La cantidad y la calidad de la pasta cambian por completo nuestro trabajo. Cuando tiene en la pila una serie de ingredientes que no pido saber cuáles son, es su dueño, puede obrar de manera uniforme sobre todas las partes, ligarlas, amasarlas, moldearlas a su antojo, darles un aspecto homogéneo... Pero, ¿quién le garantiza que en una fabricación de quinientas resmas sucederá lo mismo y que su procedimiento tendrá éxito?

David, Ève y Petit-Claud se miraron, diciéndose muchas cosas en sus miradas.

—Le pondré un ejemplo que le proporcione más claridad —dijo Cointet el mayor, tras una pausa—. Corta un par de gavillas de heno en una pradera y las coloca muy apretadas en su habitación sin haber dejado que la hierbas echen el fuego, como dicen los campesinos; tiene lugar la fermentación, pero no causa accidentes. Con la base de esta experiencia, ¿sería capaz de almacenar dos mil gavillas en una granja de madera?

... Sabe muy bien que el fuego prenderá en el heno y que su granja ardería como una cerilla. Usted es un hombre instruido —dijo Cointet a David—. ¿Saca la conclusión? En estos momentos ha cortado dos gavillas de heno, y tememos prender fuego a nuestra fábrica de papel si encerramos en ella dos mil. En otros términos, podemos perder más de una fabricación, sufrir pérdidas y encontrarnos sin nada en las manos, después de habernos gastado mucho dinero.

David estaba aterrado. La práctica hablaba su lenguaje positivo a la Teoría, cuya palabra se encuentra siempre en el futuro.

—¡Al diablo si yo firmo semejante acta de asociación! —exclamó brutalmente Cointet el gordo—. Si tú quieres, Boniface, puedes perder tu dinero, pero yo me guardaré el mío... Ofrezco pagar las deudas del señor Séchard y seis mil francos... Tres mil francos más en letras —prosiguió— a doce y quince meses... Ya son bastantes riesgos a correr... Tenemos doce mil francos que tomar de nuestra cuenta con Métivier. Esto hará ya quince mil francos. Pero es todo lo que pagaría por el secreto, y para explotarlo yo solo. ¿Conque ésta es la ganga de que me hablabas, Boniface?... Pues muchas gracias, ¡te creía más inteligente y despierto! No, esto no es lo que se llama un negocio...

—La cuestión para ustedes —dijo entonces Petit-Claud, sin asustarse por esta salida— se reduce a lo siguiente: ¿Quieren arriesgar veinte mil francos por comprar un secreto que puede enriquecerles? Pero, caballeros, los riesgos están siempre en proporción con los beneficios... Es un riesgo de veinte mil francos contra una fortuna. El jugador coloca un *luis* para ganar treinta y seis en la ruleta, pero sabe que su *luis* está perdido. Hagan lo propio.

—Quiero reflexionar —dijo el gordo Cointet—; yo no soy tan inteligente como mi hermano. Soy un pobre hombre bien simple que sólo sabe una cosa: fabricar el libro de misa a veinte sueldos y venderlo a cuarenta. En una invención que se encuentra solamente en los comienzos, sólo veo una causa de ruina. La primera tanda la lograremos, fallaremos la segunda, seguiremos adelante; entonces uno se deja llevar, y cuando se han pasado los brazos por esos engranajes, el cuerpo va detrás...

Contó la historia de un negociante de Burdeos, arruinado por haber querido cultivar las Landas siguiendo las indicaciones de un sabio; encontró en seguida seis ejemplos parecidos en los departamentos del Charente y de Dordoña, en la industria y en la agricultura; se dejó llevar por su conversación, no quiso escuchar nada, y las objeciones de Petit-Claud acrecentaban su irritación en lugar de calmarla.

—Prefiero comprar más cara una cosa cierta que este descubrimiento, y tener únicamente un pequeño beneficio —dijo, mirando a su hermano—. A mi juicio, nada parece estar lo suficientemente sólido como para hacer un negocio —exclamó.

—Bueno, pero ustedes han venido aquí para algo —dijo Petit-Claud—. ¿Qué ofrecen ustedes?

—Liberar al señor Séchard y asegurarle, en caso de éxito, el treinta por ciento de los beneficios —repuso vivamente Cointet el gordo.

—¡Eh, caballero! —dijo Ève—. ¿Y con qué viviremos durante todo el tiempo de las experiencias? Mi marido ha sufrido la vergüenza de ir a la cárcel, puede volver allí; las cosas no variarán por eso, y nosotros podremos pagar nuestras deudas...

Petit-Claud se colocó un dedo en los labios, mirando a Ève.

—No son ustedes razonables —dijo, dirigiéndose a los dos hermanos—. Han visto el papel, el viejo Séchard les dijo que su hijo, encerrado por él, había, en una sola noche, con ingredientes que debían costar muy poco, fabricado un papel excelente... Están aquí para llegar a un acuerdo, están dispuestos a ello, ¿sí o no?

—Mire —dijo Cointet el grande—, tanto si mi hermano quiere como si no, yo arriesgo el pago de las deudas del señor Séchard; doy seis mil francos al contado, y el señor Séchard tendrá el treinta por ciento de los beneficios; pero escuche bien esto: si en el espacio de un año no ha conseguido las realizaciones que él mismo detallará en la escritura, nos devolverá los seis mil francos, la patente nos pertenecerá y saldremos adelante de la mejor forma que podamos.

—¿Estás seguro de ti? —dijo Petit-Claud, cogiendo a David en un aparte.

—Sí —repuso David, que cayó víctima de la táctica de los dos hermanos y que temblaba sólo de pensar que Cointet el gordo podía romper esta conferencia de la que dependía su porvenir.

—Muy bien, entonces voy a redactar la escritura —dijo Petit-Claud a los Cointet y a Ève—; esta noche enviaré una copia a cada uno, la meditarán durante toda la mañana, y luego, a la tarde, hacia las cuatro, al salir de la audiencia, la firmarán. Ustedes, caballeros, retiren las letras de Métivier. Yo, por mi parte, escribiré para que suspendan el proceso en el Tribunal real y nos notificaremos los desestimientos recíprocos.

He aquí el enunciado de las obligaciones de Séchard.

«Entre los abajo firmantes, etc.

»Al afirmar el señor David Séchard, hijo, impresor en Angulema, haber hallado el medio de encolar por un igual el papel en la tina, y el sistema para reducir el precio de fabricación de toda clase de papel en más de un cincuenta por ciento, mediante la introducción de materias vegetales en la pasta, bien mezclándolas a los trapos empleados hasta el presente, bien empleándolas sin mezcla de trapos, se forma una Sociedad para la explotación de la patente de invención, que se ha de establecer sobre la base de esos procedimientos entre el señor David Séchard, hijo, y los señores Cointet hermanos, con las cláusulas y condiciones siguientes...».

Uno de los artículos de la escritura despojaba completamente a David Séchard de sus derechos en el caso de que no cumpliera las promesas enunciadas en aquel libelo, cuidadosamente redactado por Cointet el mayor y consentido por David.

Al llegar esta escritura a la mañana siguiente, a las siete y media, Petit-Claud enteró a David y a su esposa de que Cérizet ofrecía veintidós mil francos al contado por la imprenta. El contrato de venta podía firmarse aquella misma tarde.

—Pero —añadió— si los Cointet se enteraran de esta adquisición, serían capaces de no firmar su acuerdo, perseguirles y hacerles vender esto...

—¿Está seguro del pago? —preguntó Ève, extrañada al ver terminarse un asunto del que ya había perdido toda esperanza y que tres meses antes lo hubiese salvado todo.

—Tengo el dinero en mi casa —repuso concisamente.

—¡Pero esto es cosa de magia! —dijo David, preguntando a Petit-Claud la causa de esta dicha.

Petit-Claud dijo:

—Es algo muy sencillo: los negociantes del Houmeau quieren fundar un periódico.

—Pero yo me comprometí a no hacerlo —repuso David.

—Usted sí; pero, ¿y su sucesor?... Además —añadió—, no se preocupe por nada; venda, embólese el dinero y deje que Cérizet se desembarace de las cláusulas de la venta, ya sabrá salir del apuro.

—Ah, sí —dijo Ève.

—Si usted se comprometió a no publicar ningún periódico en Angulema, los financieros de Cérizet lo harán en el Houmeau.

Ève, deslumbrada ante la perspectiva de poseer treinta mil francos, de cubrir las necesidades, no consideró ya la escritura de asociación sino como una esperanza secundaria. Por lo tanto, el señor y la señora Séchard cedieron acerca de un punto de la escritura que dio pie a una última discusión. El mayor de los Cointet exigió que se pusiera a su nombre la patente del invento. Logró establecer que, desde el momento en que los derechos útiles de David estaban perfectamente definidos en el acta, la patente podía ir de forma indiferente a nombre de cualquiera de los asociados. Su hermano acabó por decir:

—¡Él es quien da el dinero de la patente, quien corre con los gastos del viaje, que son dos mil francos más! Que se ponga a su nombre o no hay nada que hacer.

El lobo cerval triunfó, pues, en todos los terrenos. El acta de la sociedad se firmó hacia las cuatro y media. El mayor de los Cointet ofreció con toda galantería a la señora Séchard seis docenas de manteles de hilo y un bonito chal de Ternaux, a modo de alfileres, para hacerle olvidar los rigores de la discusión, según dijo. Una vez cambiadas las copias, y apenas había terminado Cachan de entregar a Petit-Claud las

renuncias, documentos y las tres terribles letras firmadas por Lucien, cuando la voz de Kolb se oyó en la escalera detrás del ensordecedor ruido de un coche de las diligencias, que se detuvo ante la puerta.

—¡Señora, señora!, *guiñee mil vrangos...* —exclamó—. ¡*Enfiatos teste Boitiers, en tinero gontande bor el señor Lucien!*

—¡Quince mil francos! —exclamó Ève, levantando los brazos.

—Sí, señora —dijo el cartero, presentándose—, quince mil francos que ha traído la diligencia de Burdeos, que venía bien cargada, ¡vamos! Tengo dos hombres abajo que le suben los sacos. Esto le viene remitido por el señor Lucien Chardon de Rubempré... Le subo una pequeña bolsa de piel en la que hay para usted quinientos francos de oro y, probablemente, una carta.

Ève creyó soñar al leer la carta siguiente:

«Mi querida hermana, te mando quince mil francos.

»En lugar de matarme, he vendido mi vida. Ya no me pertenezco, no soy más que el secretario de un diplomático español, soy su criatura.

»Comienzo una terrible existencia. Tal vez me hubiese valido más ahogarme.

»Adiós. David quedará libre, y con cuatro mil francos podrá, sin duda, comprar una pequeña papelería y hacer fortuna.

»No penséis más, os lo ruego, en vuestro pobre hermano

Lucien».

—Está escrito —dijo la señora Chardon, que acudió a ver cómo se amontonaban los sacos— que mi pobre hijo será siempre fatal, tanto escribiendo como haciendo el bien.

—¡Nos hemos librado por los pelos! —exclamó el mayor de los Cointet, cuando se encontró en la plaza du Murier—. Una hora más tarde los reflejos de ese dinero hubiesen iluminado la escritura, y nuestro hombre se habría asustado. Dentro de tres meses, como nos lo ha prometido, sabremos a qué atenernos.

Por la noche, a las siete, Cézizet compró la imprenta y la pagó, comprometiéndose a satisfacer el alquiler del último trimestre. A la mañana siguiente, Ève había remitido cuarenta mil francos al recaudador general, para hacer comprar a nombre de su marido dos mil quinientos francos de renta. Después escribió a su suegro para que le encontrara en Marsac una pequeña propiedad de diez mil francos, para asentar allí su fortuna personal.

El plan de Cointet el mayor era de una enorme sencillez. Desde el primer momento consideró que el encolado en la tina era imposible. El añadir materias

vegetales poco costosas a la pasta de trapos le pareció el verdadero y único medio de lograr su propósito. Se propuso, por tanto, pasar por alto el abaratamiento de la pasta e insistir enormemente en el encolado en la tina. He aquí por qué.

La fabricación de Angulema se ocupaba por aquel entonces casi exclusivamente de papeles de escribir llamados Escudo, Poulet, Ecolier, Coquille, que, naturalmente, todos son encolados. Esto fue, durante largo tiempo, la gloria de la papelería de Angulema. Por lo tanto, la especialidad monopolizada por los fabricantes de Angulema, desde tiempos atrás, daban la razón a la existencia de los Cointet; y el papel encolado, como pronto lo vamos a ver, no entraba para nada en la especulación.

La previsión de los papeles de escribir está limitada con exceso, mientras que la de los papeles de impresión y sin encolar prácticamente no tienen límites. En el viaje que hizo a París para poner la patente a su nombre, Cointet el mayor pensaba establecer negocios que determinarían grandes cambios en su forma de fabricar. Alojado en casa de Métivier, Cointet le dio instrucciones para lograr hacerse, en el plazo de un año, con la exclusiva en el mercado de los periódicos, arrebatándosela a los papeleros que la explotaban, bajando los precios de la resma a una cifra tal que ninguna fábrica pudiese competir y prometiendo a cada periódico un blanco y unas calidades superiores a las mejores empleadas hasta entonces. Como los negocios con los periódicos son a plazo fijo, era necesario antes realizar una serie de trabajos subterráneos con las administraciones para poder llegar a establecer este monopolio; pero Cointet calculó que tendría tiempo suficiente para deshacerse de Séchard mientras Métivier obtenía acuerdos con los principales diarios de París, cuyo consumo se elevaba por aquel entonces a doscientas resmas diarias.

Naturalmente, Cointet interesó a Métivier en una proporción determinada, con respecto a esa provisión, a fin de tener un representante hábil en la plaza de París, y no perder tiempo en viajes. La fortuna de Métivier, una de las más considerables del comercio paplero, ha tenido como origen este negocio. Durante diez años tuvo, sin competencia posible, el abastecimiento de los periódicos de París. Tranquilo sobre su futuro, el mayor de los Cointet regresó a Angulema, a tiempo para asistir al matrimonio de Petit-Claud, cuyo bufete había sido vendido, y que esperaba el nombramiento de su sucesor para ocupar el puesto del señor Milaud, prometido al protegido de la condesa Châtelet.

El segundo sustituto del procurador del rey en Angulema fue nombrado primer sustituto en Limoges, y el ministro de Justicia envió a uno de sus protegidos al Tribunal de Angulema, en donde el puesto de primer sustituto quedó vacante durante dos meses. Este intervalo fue la luna de miel de Petit-Claud.

En ausencia del gran Cointet, David realizó primero una fabricación sin cola, que dio como resultado un papel de periódico muy superior al que utilizaban los periódicos, y luego una segunda, de papel vitela magnífico, destinado a las

impresiones de categoría y que la imprenta Cointet empleó para una edición del *Devocionario de la diócesis*. Los materiales habían sido preparados por David en persona, en secreto, ya que no quiso más obreros junto a él que Kolb y Marion.

A la vuelta de Cointet el mayor, todo cambió de aspecto; estudió las muestras de los papeles fabricados y sólo se sintió satisfecho a medias.

—Mi querido amigo —dijo a David—, el comercio de Angulema es el papel *Coquille*. Antes de todo es preciso hacer la *Coquille* más bonita con un costo inferior al cincuenta por ciento con respecto al actual.

David trató de fabricar una tina de pasta encolada para *Coquille* y obtuvo un papel recio como un cepillo, en el que la cola se distribuía a grumos. El día en que el experimento se terminó y David pudo contemplar una de las hojas, se fue a un rincón; quería estar solo para devorar su pena; pero el mayor de los Cointet acudió a alentarle, fue para con él de una encantadora amabilidad y consoló a su socio.

—No se desanime —dijo Cointet—. ¡Adelante siempre! Soy una buena persona y le comprendo, ¡llegaremos al final!...

—Verdaderamente —dijo David a su esposa, al llegar a casa para comer—, estamos unidos a gentes honradas y nunca hubiese creído que Cointet el mayor pudiera ser tan generoso.

Y le contó su conversación con su pérfido socio. Pasaron tres meses de experiencias. David dormía en la papelera y observaba los efectos de las diversas composiciones de la pasta. Unas veces atribuía su fracaso a la mezcla de los trapos y sus materiales, y efectuaba una fabricación compuesta enteramente por sus ingredientes. Otras veces trataba de encolar una fabricación enteramente compuesta de trapos. Y siguiendo su obra con una perseverancia admirable y bajo los ojos de Cointet el mayor, de quien el pobre hombre ya no desconfiaba, fue de materia homogénea en materia homogénea hasta que agotó la serie de sus ingredientes combinados con todas las diferentes colas.

Durante los seis primeros meses del año de 1823, David Séchard vivió con Kolb en la fábrica de papel, si se puede llamar vivir a descuidar su alimento, su vestir y su persona. Se batió tan desesperadamente con las dificultades, que para otros hombres que no fueran los Cointet hubiese resultado un espectáculo sublime, ya que ningún pensamiento interesado preocupaba a este atrevido luchador. Hubo un momento en que no deseó nada más que la victoria. Espiaba con maravillosa sagacidad los extraordinarios efectos de las sustancias transformadas por el hombre en productos a su conveniencia, y en donde la naturaleza es, en cierto aspecto, domada en sus secretas resistencias, deduciendo de ello interesantes leyes industriales, observando que no se podían obtener esta especie de creaciones si no era obedeciendo a las relaciones ulteriores de las cosas, a lo que él llamó la segunda naturaleza de la sustancia.

Finalmente, en el mes de agosto, llegó a obtener un papel encolado en la tina, absolutamente semejante al que la industria fabricaba en ese momento, que se emplea como papel de pruebas en las imprentas, pero cuya calidad no tiene ninguna uniformidad y hasta el encolado no es seguro. Este resultado tan satisfactorio, si se tiene en cuenta la situación papelera de 1823, había costado diez mil francos, y David esperaba resolver las últimas dificultades del problema. Pero entonces comenzaron a extenderse por Angulema y el Houmeau unos singulares rumores: David Séchard arruinaba a los hermanos Cointet. Después de haber devorado treinta mil francos en experimentos, obtenía al fin, según se decía, un papel muy malo.

Los demás fabricantes, asustados, se atenían a los métodos antiguos y, celosos de los Cointet, iban extendiendo el rumor de la próxima ruina de esta ambiciosa casa. El mayor de los Cointet, por su parte, hacía venir máquinas para fabricar el papel continuo, haciendo siempre creer que esta maquinaria era necesaria para las experiencias de David Séchard. Pero el jesuítico negociante mezclaba a la pasta los ingredientes indicados por Séchard y, animándole siempre para que sólo se ocupara del problema del encolado en la fabricación, enviaba a Métivier miles de resmas de papel de periódico.

En el mes de septiembre, Cointet el mayor tomó aparte a David Séchard, y, al enterarse por él que meditaba un experimento triunfal, le disuadió de que continuara esa lucha.

—Mi querido David, váyase a Marsac a ver a su esposa y a descansar de sus fatigas; no queremos arruinarnos —le dijo amistosamente—. Lo que considera un gran triunfo no es más que un punto de partida. Ahora esperaremos antes de lanzarnos a nuevas experiencias. Sea justo. Vea los resultados. No somos solamente papeleros, somos impresores, banqueros, y se dice que nos arruina usted... —David Séchard hizo un gesto de sublime ingenuidad para protestar de su buena fe—. No son cincuenta mil francos tirados al Charente lo que nos arruinan —continuó Cointet el mayor, respondiendo al gesto de David—, pero no queremos vernos obligados, a causa de las calumnias que corren sobre nosotros, a tener que pagarlo todo al contado; nos veríamos obligados a interrumpir nuestras operaciones. Nos encontramos al final de nuestro contrato, se ha de reflexionar por ambas partes.

«¡Tiene razón!», se dijo David, quien, sumido en sus experimentos en grande, no se había fijado en el movimiento que había adquirido la fábrica.

Y se fue a Marsac, donde desde hacía seis meses iba a ver a Ève todos los sábados por la noche y la dejaba el martes a la mañana.

Bien aconsejada por el viejo Séchard, Ève había comprado, precisamente delante de los viñedos de su suegro, una casa llamada la Verberie, acompañada de tres *arpents* de jardín y un cercado de viñas enclavado en el viñedo de su suegro. Vivía con su madre y Marion de manera muy económica, ya que aún debía pagar cinco mil

francos de esta encantadora propiedad, la más bonita de Marsac. La casa, entre patio y jardín, estaba construida con toba, cubierta de pizarra y adornada con esculturas que la facilidad en esculpir la toba permite prodigar sin demasiados gastos. El bello mobiliario, procedente de Angulema, parecía aún más bonito en el campo, donde nadie en la región desplegaba aún el menor lujo. Delante de la fachada, por el lado del jardín, había una hilera de granados, naranjos y plantas raras que el anterior propietario, un anciano general muerto a manos del señor Marron, cultivaba personalmente. Fue bajo un naranjo, en el momento en que David jugaba con su mujer y su pequeño Lucien, delante de su padre, donde el alguacil le trajo personalmente una comunicación de los hermanos Cointet a su asociado para constituir el tribunal arbitral ante el cual, según los acuerdos de su acta de sociedad, debían resolverse sus diferencias. Los hermanos Cointet pedían la devolución de los seis mil francos y la propiedad de la patente, así como los futuros frutos de su explotación como indemnización por los enormes gastos hechos por ellos sin ningún resultado.

—¡Dicen que les estás arruinando! —dijo el viñador a su hijo—. Es la única cosa que has hecho que me parezca agradable.

Al día siguiente, Ève y David se encontraban, a las nueve, en la antecámara del señor Petit-Claud; convertido en el defensor de la viuda el tutor del huérfano, y cuyos consejos les parecieron los más indicados a seguir. El magistrado recibió maravillosamente a sus antiguos clientes, y se empeñó en que el señor y la señora Séchard le hicieran el honor de almorzar con él.

—¡Los Cointet les reclaman seis mil francos! —dijo, sonriendo—. ¿Cuánto deben aún del precio de la Verberie?

—Cinco mil francos pero va tengo dos mil... —dijo Ève.

—Guárdese sus dos mil francos —repuso Petit-Claud—. Veamos, cinco mil... necesitan aún diez mil francos para instalarse perfectamente allá abajo... Pues bien, dentro de un par de horas los Cointet les traerán quince mil francos...

Ève hizo un gesto de sorpresa.

—... Contra la renuncia por parte suya a todos los beneficios del acta de sociedad, que disolveremos amistosamente —dijo el magistrado—. ¿Les parece bien?

—¿Y será legal esto? —preguntó Ève.

—Completamente legal —dijo el magistrado, sonriendo—. Los Cointet ya les han causado suficientes disgustos y voy a poner fin a sus pretensiones. Escuchen, hoy soy magistrado y tienen que saber la verdad. Pues bien, los Cointet les engañan en estos momentos, pero están en sus manos. Podrían ganar el proceso que intentan, aceptando la guerra. ¿Quieren estar de nuevo pleiteando durante diez años? Se multiplicarán los peritajes y los arbitrajes y quedarán sometidos al azar de las más contradictorias opiniones... Y —dijo, sonriendo— no conozco aquí a ningún

procurador que les pueda defender, ya que mi sucesor carece de medios. Piénselo, un mal arreglo vale más que un buen pleito...

—Todo arreglo que nos proporcione la tranquilidad me parecerá bien —dijo David.

—Paul —llamó Petit-Claud a su criado—, ¡vaya a buscar al señor Ségaud, mi sucesor!... Mientras almorzamos iré a ver a los Cointet —dijo a sus antiguos clientes—, y dentro de unas horas se volverán a Marsac arruinados, pero tranquilos. Con diez mil francos se harán quinientos francos de renta, y en su bonita finca vivirán felices.

Al cabo de dos horas, como Petit-Claud lo había dicho, *maître* Ségaud volvió con dos escrituras debidamente firmadas por los Cointet y con quince billetes de mil francos.

—Te debemos mucho —dijo David a Petit-Claud.

—Pero si acabo de arruinaros —repuso Petit-Claud a sus antiguos clientes, extrañados—. Os he arruinado, os lo repito; los veréis con el tiempo, pero os conozco, preferís vuestra ruina a una fortuna que hubieseis obtenido, tal vez, demasiado tarde.

—No somos interesados, caballero, le agradecemos que nos haya dado los medios para conseguir la dicha —dijo la señora Ève—, y siempre le estaremos agradecidos.

—¡Dios mío, no me bendigan!... —dijo Petit-Claud—. Siento remordimientos, pero creo que hoy lo he reparado todo. Si he llegado a magistrado ha sido gracias a ustedes; y si alguien tiene que sentirse agradecido, ése soy yo... Adiós.

Con el tiempo, el alsaciano cambió de opinión con respecto al viejo Séchard, que, por su parte, cogió afecto al alsaciano, encontrándole como él, sin ninguna noción de letras, ni de escritura, y fácil de emborrachar. El antiguo oso enseñó al antiguo coracero a cultivar sus viñedos y a vender sus productos; le formó con la idea de dejar una persona razonable a sus hijos, ya que en sus últimos días sus temores eran grandes y pueriles acerca de la suerte de sus bienes. Había tomado a Courtois, el molinero, como su confidente.

—Ya verá —le decía— cómo les irá todo a mis hijos cuando yo estire la pata. ¡Ah, Dios mío! Su porvenir me hace temblar.

En 1829, en el mes de marzo, el viejo Séchard murió, dejando alrededor de doscientos mil francos de bienes que, unidos a la Verberie, hicieron una magnífica propiedad muy bien llevada por Kolb desde hacía dos años.

David y su mujer encontraron cerca de cien mil escudos en oro en casa de su padre. El rumor público, como siempre, engrosó de tal forma el tesoro del viejo Séchard, que se evaluó en un millón en todo el departamento del Charente. Ève y David tuvieron cerca de treinta mil francos de renta, uniendo a esta herencia su pequeña fortuna, ya que esperaron algún tiempo para hacer uso de sus fondos y pudieron colocarlos en bonos del Estado en la revolución de Julio. Solamente

entonces el departamento del Charente y David Séchard supieron a qué atenerse sobre la fortuna de Cointet el mayor. Poseedor de muchos millones, nombrado diputado, Cointet es par de Francia y será, según se dice, ministro de Comercio en la próxima coalición. En 1842 se casó con la hija de uno de los hombres de estado más influyentes de la Dinastía, la señorita Popinot, hija del señor Anselme Popinot, diputado de París y alcalde de barrio.

El descubrimiento de David Séchard ha pasado por la fabricación francesa como el alimento por un gran cuerpo. Gracias a la introducción de materias diferentes al trapo, Francia pudo fabricar papel a un precio más bajo que cualquier otro país de Europa. Pero el papel de Holanda, según la previsión de David Séchard, no existe ya. Tarde o temprano será necesario, sin duda, crear una manufactura real de papel, al igual que se crearan los Gobelinos, Sèvres, la Savonnerie y la Imprenta Real que, hasta el presente, han soportado los golpes que les han propinado los vándalos burgueses.

David Séchard, querido por su mujer, padre de dos hijos y una hija, ha tenido el buen gusto de no hablar nunca de sus tentativas. Ève ha tenido el talento de hacerle renunciar a la terrible vocación de los inventores, estos Moisés devorados por su arbusto de Horeb. Cultiva las letras como solaz, pero lleva la vida feliz y perezosa del propietario acomodado. Después de haber dicho un adiós definitivo a la gloria, se ha alineado valientemente en la clase de soñadores y coleccionistas; se dedica a la entomología y busca e investiga las transformaciones, tan secretas hasta el presente, de los insectos que la ciencia sólo conoce en su último estado.

Todo el mundo ha oído hablar de los éxitos de Petit-Claud como procurador general; es el rival del famoso Vinet de Provins, y su ambición es llegar a ser primer presidente del Tribunal Real de Poitiers.

Cérizet, condenado muy a menudo por delitos políticos, ha hecho que se hablara de él con bastante frecuencia. El más atrevido de los hijos perdidos del partido liberal, tuvo como apodo Cérizet el Valiente. Obligado por el sucesor de Petit-Claud a vender su imprenta de Angulema, buscó en la escena de provincias una nueva existencia que su talento como actor podía convertir en brillante. Una joven primera actriz le obligó a trasladarse a París para solicitar recursos contra el amor a la ciencia, y allí trató de convertir en dinero el favor que le dispensaba el partido liberal.

Por lo que se refiere a Lucien, su vuelta a París es ya tema de las *Escenas de la Vida Parisiense*. 1835-1843.

FIN



Honoré de Balzac, (Tours, Francia, 1799 - París, 1850) Novelista francés. En 1814 se trasladó con su familia a París, donde estudió derecho y empezó a trabajar en un bufete, pero su afición a la literatura le movió a abandonar su carrera y escribir el drama *Cromwell* (1820), que fue un rotundo fracaso.

Sin embargo, el apoyo de Mme. de Berny, mujer casada y bastante mayor que él, le permitió seguir publicando novelas históricas y melodramáticas bajo seudónimo, que no le reportaron beneficio alguno. Empezó varios negocios, que acabaron en fracaso y le cargaron de deudas, que, sumadas a las derivadas de su afición al coleccionismo de arte y su tendencia al derroche, lo pusieron en una difícil situación.

Sin embargo, con *El último chuan* (1829), la primera novela que publicó con su apellido, obtuvo un gran éxito. A partir de entonces inició una febril actividad, escribiendo entre otras novelas *La fisiología del matrimonio* (1829) y *La piel de zapa* (1831), con las que empezó a consolidar su prestigio. La amistad con la duquesa de Abrantes le abrió las puertas de los salones de sociedad y literarios.

En 1834, tras la publicación de *La búsqueda de lo absoluto*, concibió la idea de configurar una sociedad ficticia haciendo aparecer los mismos personajes en distintos relatos, lo que empezó a dar a su obra un sentido unitario. Por entonces inició su intercambio epistolar con la condesa polaca Eveline Hanska, con quien mantuvo una intensa relación, aunque sus encuentros fueron breves hasta la muerte del marido de ella (1843). En 1847, poco antes de morir, se casó con Eveline, pero entretanto mantuvo relaciones con sus otras amantes.

En los últimos años de su vida fue presidente de la Société des Gens de Lettres

(desde 1839) e intervino en numerosos asuntos públicos como director de la Revue Parisienne, al tiempo que sufría el acoso de sus acreedores. En 1841 se inició la publicación de sus voluminosas obras completas bajo el título de *La comedia humana*, aunque de las 137 novelas que debían integrarla, cincuenta quedaron incompletas.

Balzac es considerado a menudo como el fundador de la novela moderna, y su preocupación por el realismo y el detallismo descriptivo se halla en la base de la posterior novela francesa, aunque su realismo convive siempre con elementos románticos y trazos del Balzac «visionario», tal como lo definió Baudelaire.

Notas

[1] Además de ser el nombre de un juego de naipes, *whist* significa «silencioso», «mudo», «callado». < <

[2] Para entender este dicho, hay que tener en cuenta que la palabra *vers* posee en francés la doble significación de lombriz y de verso.<<

[3] Vocablo inglés, con el que se designa la persona avarienta y sin corazón.<<

[4] *Gris, borrachos, pardos.* <<

[5] Marrullero.<<